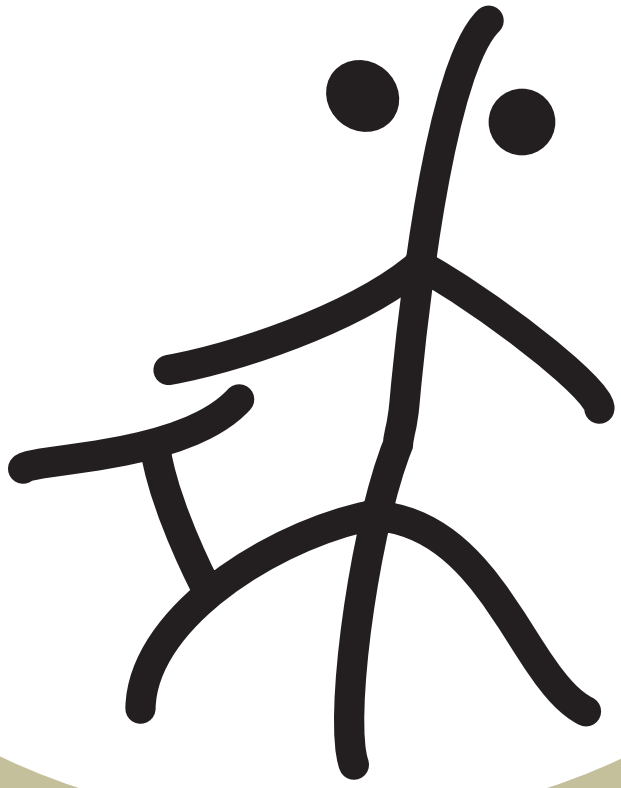
TREBALLS D'ETNOARQUEOLOGIA, 6



# Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía

Departament d'Arqueologia i Antropologia
Institució Milà i Fontanals
CSIC

# Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía

La presente obra es resultado de los trabajos presentados y los debates desarrollados en el Simposio Internacional «Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la Analogía», organizado por el CSIC y la UAB en Barcelona, los días 1, 2 y 3 de septiembre de 2004. Por este motivo, en este volumen no consta el Comité Científico de la colección *Treballs d'Etnoarqueologia*.

**Ilustración de la portada:**
Débora Zurro

**Coordinación y Maquetación:**
Ivan Briz i Godino

**Impresión:**
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Vitrubio, 8
28006. Madrid

TREBALLS D'ETNOARQUEOLOGIA, 6

# Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía

Departament d'Arqueologia i Antropologia
Institució Milà i Fontanals
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
(eds.)






La versión electrónica de este libro está disponible en acceso abierto en editorial.csic.es y se distribuye bajo los términos de la licencia Creative Commons Atribución-Non Comercial-No Derivadas 4.0. La información completa sobre dicha licencia puede ser consultada en https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/. Esta licencia afecta solo al material original del libro. El uso del material proveniente de otras fuentes (indicadas en las referencias), como diagramas, ilustraciones, fotografías o fragmentos de textos, requerirá permiso de los titulares del *copyright.*

Las noticias, asertos y opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores. La editorial, por su parte, sólo se hace res-ponsable del interés científico de sus publicaciones.

*Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado: https://cpage.mpr.gob.es*

EDITORIAL CSIC: *https://editorial.csic.es* (correo: *editorialcsic@csic.es*)

MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CIENCIA

CSIC CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

© CSIC
© Los autores
NIPO: 653-06-028-5
eNIPO: 155-26-119-3
ISBN: 84-00-08456-X
eISBN: 978-84-00-09050-0
Depósito legal: M. 39.953-2006
Compuesto en Puntographic, S. L.
Impreso en España - *Printed in Spain*

# Etnoarqueología de la Prehistoria. ¿Más allá de la analogía? Presentación

IVAN BRIZ I GODINO
Dept. de Prehistòria (Unidad Asociada al CSIC).
Universitat Autònoma de Barcelona.
Dept. d'Arqueologia i Antropologia-IMF.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
ASSUMPCIÓ VILA I MITJÀ
Dept. d'Arqueologia i Antropologia-IMF.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Empleando un razonamiento del pensador Edgard Morin, podríamos decir que el término «Etnoarqueología» no es una «palabra-solución», sino que se trata, más bien, de una «palabra-problema». Para cualquiera de las personas que conocen la dinámica de desarrollo de las diferentes orientaciones y aplicaciones de la Etnoarqueología, intentar dar una definición de qué es esta disciplina, técnica, método... es harto difícil. No podemos defender que exista, actualmente, una idea clara y divulgada sobre qué es la Etnoarqueología y su razón de ser; independientemente, de las lógicas y normales diferencias producto de la divergencia de objetivos de investigación. Ahora bien, ¿acaso podemos considerar que esta ausencia de criterios comunes «mínimos» para el caso de la Etnoarqueología, no es producto de esas mismas divergencias en los objetivos de investigación? Es decir, en última instancia por qué y para qué hacemos Arqueología y, aún más importante, por qué la Arqueología que hacemos es como es.

La historia de las investigaciones del *Departament d'Arqueologia i Antropologia*[1] (anteriormente, *Laboratori d'Arqueologia*) de la *Institució Milà i Fontanals* del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, está estrechamente ligada a esta «palabra-problema». Desde nuestra constitución, junto con nuestras y nuestros colegas de la *Universitat Autònoma de Barcelona,* como grupo de investigación, hemos considerado la Etnoarqueología como la vía para desarrollar una Arqueología capaz de responder a nuestras preguntas sobre las dinámicas sociales y su devenir histórico (Estévez y Vila, 1995). Así, para nuestra praxis, la Etnoarqueología ha constituido siempre una «palabra-solución». La Etnoarqueología que hemos intentado llevar a término se ha concentrado/enfocado en desarrollar una metodología arqueológicamente operativa que nos permitiera llevar más allá la actual capacidad

[1] La parte «Arqueología» del *Departament d'Arqueologia i Antropologia* de la *Institució Milà i Fontanals* del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, responsable de la edición de este libro, está formada por: Ivan Briz i Godino, Ignacio Clemente Conte, Xavier Terradas Batlle, Andrea Toselli, Assumpció Vila i Mitjà y Débora Zurro Hernández.

interpretativa de la ciencia arqueológica o, al menos, evaluarla y determinar los orígenes de esta imposibilidad.

La diversidad, diferencias e, incluso, contradicciones existentes entre todos los trabajos que constituyen este libro clarifican el porqué ponemos de relieve, nada más empezar y en estas páginas iniciales, la ausencia de unidad en la concepción de la investigación etnoarqueológica. Aún pese a estar articulados en tres amplios grupos que intentaban reunir las soluciones propuestas por las diferentes líneas de investigación presentadas, no dejan de mostrarnos marcadas diferencias que no pueden deberse a un simple posicionamiento interpretativo divergente y plural: la falta de acuerdo afecta a la esencia misma de la naturaleza de la Etnoarqueología y su historia.

Conocíamos esta realidad (que no es exclusiva de nuestro país) y, pese a ello, continuamos con la palabra, aunque desde el primer momento en que decidimos emplearla explicitamos el cómo y el porqué, con lo que en realidad, también desde el principio nos desmarcamos de las distintas definiciones. Además con este simposio abogamos por una práctica etnoarqueológica que, si es exitosa, pueda hacer que sea prescindible en Arqueología.

¿Por qué un simposio sobre algo tan *flou* como Etnoarqueologia en un país en el que ni el concepto ni la práctica han merecido nunca demasiadas páginas? En primer lugar porque precisamente por ello pensábamos que nuestra propuesta podría ser bien entendida. Y recibida, sin demasiados apriorismos. Después de más de diez años de trabajos, podíamos apoyarnos en unas realidades que hacían más claros nuestros objetivos arqueológicos, objetivos y métodos que pensábamos podían interesar a gran parte de la comunidad arqueológica. El organizar un encuentro de este tipo podía ser la mejor manera de mostrar nuestra manera de entender cuáles son los lastres que impiden que la Arqueología avance; y discutir unos métodos que nos parecen adecuados para salir de esta situación. Como a estos métodos hemos llegado a través de una propuesta que hemos titulado «Etnoarqueología», deseábamos dialogar con todas aquellas que trabajan, también, bajo esta denominación. De todas maneras, señalamos en el título del simposio que deseábamos ir «más allá de la analogía» y que nos centrábamos en la investigación prehistórica.

Así, nuestro planteamiento fue organizar un simposio que diera cabida a un debate intenso y profundo, y donde se pudiese intentar construir una nueva concepción de la Etnoarqueología a partir de la exposición y debate de las diferentes líneas de concepción allí presentes. La reunión, de ámbito internacional y considerada como acto asociado al *Fòrum de les Cultures 2004*, fue coorganizada por nuestro departamento y el *Departament de Prehistòria* (Unidad asociada al CSIC) de la *Universitat Autònoma de Barcelona*, contando con financiación del Ministerio de Cultura y de la *Generalitat de Catalunya*, y la colaboración de la *Residència d'Investigadors CSIC-Generalitat de Catalunya*. Cada uno de los tres días de trabajo fue dedicado a una problemática específica que, desde el comité organizador, considerábamos relevante para avanzar en un mejor desrrollo de la Etnoarqueología: *Conceptos y definiciones de Etnoarqueología*; *Etnoarqueología aplicada*; y *Arqueología etnohistórica*. Tras la exposición de los diferentes trabajos (iniciada por la presentación de una Ponencia específica encargada por el comité científico del simposio), se realizó un debate relacionado con las diferentes investigaciones que acabábamos de conocer.

En lo referente a los diferentes trabajos aquí recogidos y publicados poco pretendemos comentar. Mejor que realizar la habitual enumeración de títulos y auto-

rías, típica de este tipo de publicaciones, remitimos a la parte importante del libro. Hojear (consultando el índice o no) las diferentes secciones buscando y leyendo aquello que creemos puede aportarnos nuevas vías o soluciones o, simplemente, despierte nuestra curiosidad. Los diferentes artículos que pueden encontrarse en estas páginas son los desarrollos concretos de los trabajos que fueron expuestos en el simposio. Eran todos los que son pero no son todos los que eran: dejando de lado aquellas comunicaciones que no llegaron a participar en las jornadas pese a estar inscritas (las menos), algunas compañeras y compañeros que sí estuvieron en la reunión no han podido colaborar en la realización de esta obra. Lo lamentamos, y esperamos que en breve sus ideas y trabajos vean la luz en formato impreso en alguna revista o libro, pues fueron de gran interés para los objetivos de la reunión.

Destacar también que desearíamos que este simposio fuera el «primero», es decir que dado que fue la puesta en público de un tema novedoso que despertó defensas y discusiones apasionadas y no llegamos a «conclusiones», no damos por cerrado el tema, y sería bueno que dentro de un tiempo volviéramos a poner en común y en voz alta las continuaciones de nuestros trabajos.

En relación a la edición de esta obra, obviamente consideramos desde el principio que tenía su lugar en la serie monográfica del CSIC *Treballs d'Etnoarqueologia* (siendo este, ya, el número seis), aunque en esta ocasión hemos adaptado su formato habitual a unas características «especiales», pues «especial» es el contenido.

Pese a que hemos incidido levemente en dotar de una unidad mínima la edición de los diferentes artículos, también conscientemente hemos respetado peculiaridades que autoras y autores han realizado en sus trabajos, asumiendo que ésta no es una obra unitaria, sinó que se trata de un conjunto de artículos diversos agrupados en una reunión en torno a una temática específica. Estas peculiaridades se encuentran, sobre todo, en la información contenida en las bibliografías, donde se manifiesta, seguramente de forma más que clara, los diferentes «tics» de la formación de todas y todos nosotros.

## Bibliografía

Estévez, J. y Vila, A. (1995), «Etnoarqueología: el nombre de la cosa», en: Estévez, J. y Vila, A. (coords.), *Encuentros en los conchales fueguinos*, Treballs d'Etnoarqueologia, 1, CSIC-UAB, Bellaterra, pp. 17-23.

# I. CONCEPTOS Y DEFINICIONES DE ETNOARQUEOLOGÍA

# La inferencia por analogía: más allá de la analogía etnográfica

DR. MANUEL GÁNDARA V.[1]
Maestría en Arqueología.
Dirección de Postgrado.
Escuela Nacional de Antropología e Historia. México.

**RESUMEN.** Se sostiene que la analogía es una forma de argumento en la que propiedades conocidas en un conjunto «fuente» son proyectadas al conjunto «meta», y que son inferidas ahí inductivamente. En consecuencia, las analogías son susceptibles cambios en la base empírica sobre la que se sustentan, e invariablemente requieren de «argumentos de relevancia» que permitan discernir cuántas y cuáles propiedades deben ser compartidas entre ambos conjuntos antes de proponer que aquellas no observadas también se comparten. Se extraen de aquí dos resultados novedosos: para utilizar la analogía justificadamente, es necesario adoptar una ontología de lo social que incluya principios generales. Sin éstos, la proyección inductiva es imposible. Así, las arqueologías particularistas históricas (que niegan la existencia de principios generales) y las arqueologías escépticas (que proponen que quizá existan, pero es imposible encontrarlos), estarían haciendo un uso soterrado y sin justificación de la analogía etnográfica. Se utiliza este argumento a favor de ontologías de lo social en las que los principios sociales e históricos existen y son cognoscibles (aunque sea con limitaciones). Por último se responde desde la arqueología social iberoamericana a la crítica de que aceptar la existencia de principios generales sociales implica aceptar que dichos principios sean ahistóricos.

**ABSTRACT.** It is held that analogy is a form of argument in which known properties of a «source» set are projected onto a «target» set and inferred there inductively. Hence, analogies are sensitive to changes in the empirical base on which they stand, and invariably require of «arguments of relevance» that allow to discern how many and which of the properties must be shared between both sets before positing that those not observed are also shared. From here two novel results are extracted: in order to use analogy with justification, it is necessary to adopt a social ontology which includes general principles. With out them, inductive projection is impossible. Thus, historical-particularist archaeologies (which deny the existence of such principles) as well a skeptical archaeologies (which may accept their existence, but deny that we can ever find them) would be using ethnographic analogies without justification. This argues in favor of social ontologies in which general law-like principles exist and are knowable (even if with limitations). Finally, a reply is given from the perspective of the so called «Iberoamerican Social Archaeology» to the criticism that accepting such principles entails to accept them to be a-historical.

[2] Maestría en Arqueología, Dirección de Postgrado, Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), México. El autor agradece al CSIC y en particular al Departamento de Arqueología y Antropología, y a los organizadores del Simposio, el apoyo que permitió nuestra presencia en Barcelona; y a la ENAH, las facilidades otorgadas para la asistencia a la reunión.

## Introducción: la analogía es más que la analogía etnográfica

La analogía etnográfica ha tenido una suerte variable en la arqueología —o al menos en la arqueología americanista—. Se le ha considerado como un auxiliar de primer orden para complementar las deficiencias del registro arqueológico, como en los días de gloria del llamado «enfoque histórico directo»; o se le ha considerado como una forma ilegítima o al menos defectuosa de inferencia; para finalmente volver a ganar popularidad, bajo la influencia de la arqueología procesual, para convertirse en el pilar de la etnoarqueología.

En este vaivén, que parece estar tomando un nuevo giro hacia una valoración negativa, se suele esconder un error conceptual, que es el de confundir el todo por la parte: es decir, en los momentos en que la analogía etnográfica es rechazada, se rechaza, *in toto*, la analogía en general. Este rechazo pudiera no solamente carecer de fundamento, sino ser excesivo. Es posible argumentar que la analogía, en tanto procedimiento lógico general de inferencia (también llamado «abducción»), es no solamente permisible o legítimo, sino que es constitutivo de la inferencia en arqueología, incluso más allá de la etnoarqueología: toda la arqueología está, en buena medida, basada en argumentos analógicos. Y esta situación no es privativa de la arqueología, sino de varias disciplinas de carácter histórico, como la geología histórica o la paleozoología.

Hemos argumentado en otro lado (Gándara, 1990) —y extenderemos esta argumentación aquí hacia nuevas direcciones— que la analogía es constitutiva de la inferencia arqueológica. Y que toma, en cierto sentido, una forma de analogía etnográfica generalizada o universalizada. En ausencia de una máquina del tiempo que permitiera la «observación directa» (si tal cosa existiera) de los seres humanos del pasado utilizando sus artefactos, la inferencia misma de que una raedera o un percutor son en efecto tales, se deriva de una analogía con los percutores y raederas observados en el registro etnográfico; o en el examen de huellas de uso obtenidas experimentalmente en el presente, y que, al ser comparadas con las de los artefactos prehistóricos, permiten apoyar la inferencia de que estos últimos cumplían una función similar.

La analogía está presente en cada momento en las cadenas de inferencia arqueológica: desde casos como en el que una hilada de piedras es interpretada como «muro», hasta aquellos en que una diferencia en la compactación y textura de un depósito son considerados «una superficie de ocupación». Ello es posible solamente proyectando que lo que hoy conocemos como muro o como superficie de ocupación como válido para el pasado.

Ahora bien: como en el caso de cualquier inferencia, existe siempre la posibilidad de equivocarse. Al menos desde una epistemología falibilista[2], existe *siempre* la posibilidad del error. Y *siempre* significa que este riesgo no es exclusivo de la analogía etnográfica en particular, o incluso de la analogía en general. Aún el razonamiento deductivo está sujeto a problemas cuando alguna de las premisas es falsa, dado que un argumento no es necesariamente verdadero por el hecho de ser válido[3].

---

[2] Para una caracterización de esta epistemología y de otras formas de justificación epistémica, ver (Gándara, 1991).

[3] Dicho de manera más directa, si es el riesgo del error lo que hace a algunos dudar de la legitimidad de la analogía etnográfica o de la analogía en general, entonces habría que dudar también de las más rigurosas inferencias deductivas, ya que sus premisas siempre pueden ser falsas. La validez de un argumento deductivo no es garantía de la verdad de las premisas.

## La solución procesual

La analogía etnográfica en arqueología fue criticada originalmente por la arqueología procesual, que obtuvo caso tras caso de ejemplos en los que la analogía etnográfica conducía a errores, como parte del ataque a ciertos argumentos de la arqueología «tradicional». Pero fue el propio Binford quien dio la clave para entender la naturaleza real y con ello rescatar a la analogía etnográfica: ésta debe ser considerada solamente como un mecanismo para generar hipótesis. Y la «validez» (quería decir seguramente «verdad») de estas hipótesis no depende de la manera en que se generaron, sino de la historia de su contrastación (Binford, 1967). En otras palabras, la analogía etnográfica es solamente el primer momento en un proceso que implica, al momento siguiente, someter a prueba las hipótesis generadas. Y será solamente la contrastación de estas hipótesis la que determinará su «validez» (Binford, 1968 y 1972)[4].

Este argumento debió haber puesto fin a la aparentemente interminable discusión sobre si era válido o no utilizar la analogía etnográfica. En mi opinión, pone el dedo en la llaga metodológica al mostrar que el problema con algunos casos de usos de la analogía etnográfica es que ocurren al final del proceso de investigación, se postulan como posibilidades y luego se entronizan como «verdades aceptadas», sin haber sido nunca evaluadas («contrastadas», en la terminología neopositivista binfordiana). El problema es metodológico, y golpeaba directamente a los interlocutores de la arqueología procesual de ese momento, que insistían en que antes de poder evaluar hipótesis había que tener la «reconstrucción de la secuencia histórico-cultural correcta»; esto es, las hipótesis y su evaluación vendría después. Típicamente, nunca llegaba, y de ahí que la literatura estuviera llena de propuestas «tentativas» de analogías etnográficas, que durante la década de 1980 empezaron a ser severamente criticadas.

Yo he sostenido (Gándara, 1990) que podemos ir más lejos, si entendemos mejor la naturaleza de los argumentos analógicos, más allá de su uso específico en la analogía etnográfica. La analogía suele verse como una forma de inferencia que está en un punto medio entre los extremos de la inferencia deductiva y la inferencia inductiva. La inferencia deductiva, por supuesto, transmite sin pérdida el valor de verdad de las premisas a la conclusión (siempre y cuando las premisas sean verdaderas y el argumento válido); mientras que la inferencia inductiva solamente puede aspirar a proponer una probabilidad de la veracidad de la conclusión dada las premisas —y ello dependiendo de cuál de las diferentes teorías de la probabilidad se adopte—. La analogía se ha concebido, de manera vaga, como una forma de inferencia que estaría entre estos dos polos.

La arqueología procesual, al adoptar no siempre afortunadamente la epistemología y la metodología neopositivistas, creó una falsa dicotomía entre deducción e inducción. Uno de los excesos de los divulgadores de la arqueología procesual fue

[4] No importa que años después él mismo traicionaría los preceptos que recomendaba. Y lo hizo al utilizar a las analogías como pretexto para proponer la ahistoricidad de las leyes sociales (o, leído caritativamente, cuando menos de *algunas* leyes sociales): «Si son realmente nomológicas, dichas proposiciones deberán cubrir sistemas organizacionales tanto contemporáneos como pasados» (Binford, 1978: 25). Esto viola el espíritu de su propuesta, ya que si este último enunciado es cierto, si las leyes son realmente ahistóricas, ¿para que ir al pasado, qué aprender de él que no esté contenido en el presente? —problema al que he llamado «la paradoja de Binford»—.

el dar la impresión de que los argumentos inductivos no tenían cabida en la inferencia arqueológica. Esta impresión es particularmente paradójica, dado que puede mostrarse que la analogía etnográfica, en tanto analogía, no es una forma «intermedia» de inferencia, sino que es realmente una aplicación de la lógica inductiva, esa misma lógica que los procesuales despreciaban.

## Una caracterización de la analogía como inferencia inductiva, y un ejemplo mexicano

En la analogía, se toma como base un conjunto de propiedades conocidas, que ocurren juntas en un caso particular (la «base» de la proyección analógica, también llamada «conjunto de referencia», o «fuente»), que es comparado con un conjunto similar (el conjunto «meta»), que se quiere conocer mejor, pero en el que alguna o varias de las propiedades no han sido observadas. El argumento propone entonces que la probabilidad de que la(s) propiedad(es) presentes en el conjunto base estén también presentes en el conjunto meta es una función de la probabilidad de que el conjunto base ocurra con una cierta regularidad con todas sus propiedades. De ser cierta esta premisa, entonces se puede postular que las propiedades no observadas en el conjunto meta probablemente estén/estuvieran contenidas en él, a partir de que las propiedades generalmente ocurren juntas.

Quizá un ejemplo mexicano ayude a ilustrar el principio[5]. *Cuicuilco* es un sitio del período inmediatamente anterior al de la aparición de las clases sociales y el estado en Mesoamérica —es decir, antes del estadio normalmente llamado «de la civilización» o «estatal» en algunas terminologías—. Fue uno de los primeros en tener arquitectura monumental en el centro de México, lo que ha llevado a que se debata si era ya un estado o un cacicazgo, en los términos de la secuencia evolutiva propuesta por Service y popularizada por la arqueología procesual (Service, 1971). Lo cierto es que se encontró en el sitio una efigie hecha en piedra que representa a una persona de edad avanzada (la espalda arqueada, la cara cubierta de arrugas, la expresión cansada), que sostiene un recipiente de bordes evertidos con una particular decoración en el su exterior. Este conjunto de rasgos, sumados a los del color, la textura y el tamaño de la pieza, lo hacen muy similar a las representaciones conocidas para el siglo XVI, del llamado «Dios Viejo del Fuego» de los aztecas. Por analogía (histórica, en este caso), se ha propuesto que la imagen encontrada en *Cuicuilco* corresponde al Dios Viejo del Fuego.

Quizá algunos colegas concurrirían con esta inferencia analógica, argumentando que las propiedades señaladas (representación de un viejo que sostiene un incensario decorado con ciertos motivos), constituyen un conjunto de referencia, al que además, por relatos de los cronistas del siglo XVI, podemos añadir la propiedad de «ser una representación del Dios Viejo del Fuego». Se ha dicho incluso que la referencia a que es un dios «viejo» no es solamente a la edad representada en la figura, sino a que ésta pudiera ser una de las deidades fundadoras del panteón mesoamericano. *Cuicuilco*, importante centro regional, con primicias como su gran

[5] He tomado un ejemplo trivial cuyos detalles puedo obviar, y no alguno de los muchos excelentes ejemplos generados por los practicantes de la etnoarqueología en México, para no detenerme demasiado en la empiria del caso.

basamento circular, una población calculada en más de veinte mil personas, bien podría ser la cuna de esta deidad. Un «dios viejo» en efecto, después de casi 2.000 años de seguir siendo venerado. Se hace entonces la «proyección inductiva»: si en los casos conocidos aztecas (y existe un buen número de ellos), el conjunto «fuente» de propiedades incluye que la efigie representa al Dios del Fuego, entonces podemos inferir por analogía, que el conjunto «meta», el caso encontrado en *Cuicuilco* es también, con una alta probabilidad, una representación del Dios del Fuego, al presentar una cantidad importante de las propiedades del conjunto «fuente».

Hasta aquí, la analogía ha jugado un papel que podemos llamar «heurístico»: ha facilitado la formación de una hipótesis: la hipótesis de que la efigie de *Cuicuilco* representa al Dios Viejo del Fuego. Qué tan buena es esta hipótesis no puede evaluarse solamente *a priori*, por criterios lógicos —aunque habría algunos— sino que requiere de una evaluación empírica, apoyada en una sólida teorización. Éste era el punto en que, en mi opinión, Binford tenía razón. Podemos debatir hasta el cansancio si la inferencia es buena o mala, pero el único árbitro que puede ayudarnos a solventar la diferencia es la propia realidad. Habría que formular esta hipótesis ahora ligando una nueva propiedad, hasta ahora no considerada, que aparezca en el conjunto de referencia, y que, de aparecer en el conjunto meta, «confirmaría» (en la terminología de Binford, que a veces utiliza incluso «comprobaría») la hipótesis. Yo prefiero «corroboraría», es decir permite creer que no es falsa. Esta terminología es más afín a una metodología falsacionista metodológica sofisticada, que a su vez es más congruente con una epistemología falibilista, como la que caracteriza, en mi opinión, a la Arqueología Social Iberoamericana (Gándara, 1993; Bate, 1998).

Supongamos, solamente para poder continuar con el ejemplo, que esta nueva propiedad antes no considerada, es que el incensario en los casos históricamente conocidos, muestre rasgos químicos de una variedad de copal (una forma local de «incienso») muy específica —y aquí estoy inventando, por supuesto—. ¿Se consideraría esta nueva propiedad como «corroboradora» de la analogía en el caso de que también pruebas realizadas en la pieza de *Cuicuilco* mostraran que se usó la misma especie de copal? Ya sea que contestemos en el afirmativo o en el negativo, lo cierto es que lo único que hemos hecho es aumentar la base de la proyección inductiva. Esto es, el número de propiedades consideradas se habría incrementado. Hay autores que recomiendan que este incremento esté jerarquizado. Por ejemplo, si resultara por investigaciones posteriores (de nuevo estoy inventando) que la decoración del incensario, es realmente un glifo que se traduce en *náhuatl* como «Dios Viejo del Fuego», y resulta que el mismo glifo aparece en la pieza de *Cuicuilco*, casi todo mundo estaría de acuerdo con que la probabilidad de la inferencia se incrementaría mucho más que con la evidencia química antes mencionada. A esto nos referimos con la idea de «jerarquía» en el incremento de la base inductiva en el conjunto de referencia.

Claro que, en este nuevo ejemplo, hay quienes dirían que ya no se trata de una inferencia analógica, dado que es directamente una observación de un dato sobre el propio artefacto. Pero la inferencia se mantiene analógica porque no sabemos qué idioma hablaban los habitantes de *Cuicuilco*. Ni siquiera sabemos qué idioma hablaban los habitantes de Teotihuacan, un desarrollo posterior, sobre el que hay mayor cantidad de evidencia —y parece ser que no era *náhuatl*—. Por lo mismo, la asignación de una lectura *náhuatl* al glifo seguiría siendo una nueva inferencia analógica. Una no muy fuerte, dado que si se amplía la base de la comparación,

*Cuicuilco* tiene pirámides redondas, con rampas en vez de escalinatas, muy diferente a las pirámides de los *nahuatlacas*, que solían ser de planta rectangular, con escalinatas.

Este último comentario me lleva a otra característica peculiar de la inferencia analógica. No se trata solamente de que entre el conjunto de referencia y el conjunto meta haya suficientes similitudes, sino de que no existan, por otro lado, importantes disimilitudes que reduzcan la probabilidad de la inferencia inductiva. Como se verá, qué califica como «importante» requiere una referencia fuerte a alguna teoría de orden mayor, típicamente de envergadura mucho más importante que la de elementos aislados de evidencia, sino más bien con referencia a totalidades sociales.

Un ejemplo de este último principio puede ser el hecho de que, en contra la imagen de *Cuicuilco* pueda ser el Dios del Fuego, es que típicamente los cacicazgos no tienen una religión formal, institucionalizada, con deidades formalizadas al estilo de las que caracterizan a los estados arcaicos. El Dios del Fuego azteca ocurre en un contexto no solamente estatal, sino imperial, en donde, por cierto no es el único, ni siquiera el más importante de los dioses. ¿Sería este argumento uno suficientemente poderoso como para minimizar las similitudes formales de la pieza que hasta ahora han sido la base de la inferencia inductiva? De nuevo, este asunto nos remite a un conjunto de referencia mayor a la pieza misma, e incluso mayor a *Cuicuilco*, hacia una teorización sobre qué propiedades de las sociedades cacicales van siempre juntas. Esta teorización es por necesidad de corte inductivo en sí misma, dado que reúne en una síntesis las propiedades empíricamente observadas de los cacicazgos conocidos.

Se podría intentar contrarrestar este argumento con una forma diferente de nueva evidencia inductiva: el hallar casos de otras efigies similares, pero en una secuencia histórica que quizá apunta a una continuidad de significado. Y, en efecto, se han encontrado imágenes similares en Teotihuacan (que es contemporáneo a *Cuicuilco* en parte de la secuencia, y luego le sobrevive más de cuatrocientos años; y hay ejemplos del período inmediatamente posterior, más cerca del período azteca, por lo que no es necesario ya dar un salto de 2.000 años para afirmar la continuidad de la representación. Los lapsos son menores, y hay forma de mostrar que al menos hubo contactos entre los grupos involucrados: los aztecas serían los herederos de una larga tradición, y esta tradición está evidenciada ya no en una pieza aislada, sino en muchas (lo que aumenta la base inductiva).

¿Pesa más este argumento reminiscente del llamado «enfoque histórico directo» que el contra-argumento evolutivo anteriormente presentado? Claramente eso dependerá de que se favorezca una posición teórica más o menos afín al evolucionismo o a la historia cultural tradicional. Como se verá, la evaluación de la analogía no es un asunto simple, de «rango medio» que pueda ser neutral al punto de vista teórico del investigador.

## ¿Alguna moraleja? Algunos resultados iniciales

Llegado este punto podemos extraer ya cuando menos dos resultados: primero, la analogía (etnográfica, histórica) es una forma de razonamiento inductivo: se propone que propiedades que se ha observado aparecen juntas con alguna frecuencia

(conjunto fuente), pueden ser proyectadas a un caso parcialmente conocido (conjunto meta), en el que aparecen solamente algunas de estas propiedades; y en la que se infiere, a partir de la co-ocurrencia frecuente del conjunto, pueden considerarse como probablemente existentes aquellas no directamente observadas. Segundo, que determinar cuáles y cuántas de estas propiedades deben de co-ocurrir como para ser una base sólida al momento de formular la hipótesis, o deben de añadirse a ambos conjuntos, en el momento de corroborarla, es un asunto que requiere de una argumentación más profunda, teórica, de qué propiedades son las más *relevantes*. Es decir, se requiere de un argumento de relevancia que permita determinar si la frecuencia en que ocurre el conjunto base y su propia composición, son fundamento suficiente para la inferencia. Este argumento de relevancia tiene que tener, para poder funcionar, la forma de un principio general. De otra manera no puede apoyar la inferencia, dado que haría al caso único o a la relación accidental.

Si estos primeros dos resultados tienen algún mérito, entonces podemos extraer algunos otros, de entre los cuales hay un par que pueden parecer sorpresivos, pero sin duda son una consecuencia de aceptar los dos primeros como premisas:

1) De ser acertada esta caracterización de la inferencia analógica, entonces las arqueologías de corte particularista (como las de la historia cultural y otras bautizadas por Marvin Harris como «particularismo histórico» (Harris, 1968)), es decir, las que niegan la posibilidad de principios generales, *están utilizando la analogía de manera velada y en plena contradicción a lo que postulan como su ontología*. En efecto, cualquier teorización que piense que es imposible construir o encontrar generalidades en la conducta humana, se niega a sí misma la posibilidad de hacer analogías, dado que la proyección inductiva a la que hacíamos referencia arriba no es otra cosa que la utilización de un principio general («las propiedades observadas juntas en el conjunto fuente aparecen juntas en virtud de un principio que requiere su co-ocurrencia»), y que determina la relevancia de las propiedades seleccionadas.

   Para ver que esto es así, basta reconocer que se consideraría arbitrario decir que mi inferencia sobre la imagen de *Cuicuilco* mejora cuando yo hago notar que los aztecas tenían árboles y *Cuicuilco* también los hubo. Pocos aceptarían esa nueva propiedad compartida como relevante. Las razones para necesariamente rechazarla pueden derivar solamente de algún tipo de teorización, por más modesta que sea, sobre las características generales de las sociedades involucradas. Dicho de otra manera, el establecimiento de proyecciones analógicas requiere de criterios de relevancia que necesariamente se apoyan en principios generales, del tipo que particularistas (y también los escépticos) propondrían no existen o no pueden ser encontrados en lo social.

   Las ontologías particularistas afirman que no existen principios generales de lo social (o que no podemos descubrirlos): cada sociedad es un caso único e irrepetible. De tener razón, entonces cualquier inferencia analógica es igualmente arbitraria. Y como éste no es el caso, dado que con ello se niega la posibilidad de la inferencia arqueológica, que siempre es analógica, entonces, por reducción al absurdo, la ontología particularista (o escéptica) es poco recomendable. Y, en consecuencia, el menos en principio, sus críticas y su rechazo a la etnoarqueología pierden credibilidad.

2) Parte de la dificultad de algunos colegas para aceptar una ontología social en la que existan principios generales, es la manera en que la nueva arqueología presentó a estos principios: se trataba de leyes sociales ahistóricas, o «trans-históricas», es decir, válidas para cualquier sociedad en cualquier momento y lugar. Esta característica es la que hace fracasar, por cierto, algunas de las analogía que hace Binford mismo cuando nos presenta a los *Nunamiut* como una base de referencia para hacer analogías con el Musteriense europeo (Binford, 1978): a muchos nos parece dudoso que grupos que cazan en *snowmobil* utilizando rifles de precisión, y que si no logran cazar pueden colectar el seguro de desempleo («*welfare*») que les ofrece el gobierno de los Estados Unidos, tengan mucho en común con los Musterienses (detalles que Binford minimiza en su discusión (Binford, 1976)). La idea de que esta analogía es viable es solamente creíble en el momento en que las «leyes» que rigen las sociedades cazadoras recolectoras deben ser igualmente válidas en Alaska en 1976 que hace decenas de miles de años. Y esa idea parece bastante poco probable.

   Pero en un intento por rechazarla, se ha adoptado en ocasiones el punto de vista opuesto y extremo: cada caso es único y es imposible generalizar —lo que nos lleva a la situación presentada en el resultado anterior: entonces la analogía (y con ella la inferencia) son imposibles—. Y lo mismo sucede si se propone que quizá los principios existen, pero simplemente no podemos nunca conocerlos, porque el conocimiento en sí no es posible (o es siempre dudoso, sospechoso, contaminado por el presente).

## ¿Existe alguna solución alternativa?

Creo que sí. He argumentado en otra ocasión que la Arqueología Social Iberoamericana, que tiene como fundamento al Materialismo Histórico, ofrece una solución a la falsa dicotomía entre leyes ahistóricas y ausencia de leyes (Gándara, 1990). Para el Materialismo Histórico, hay diferentes jerarquías de leyes —idea que extendida a la dialéctica materialista, permite hablar de «dominios ontológicos» de mayor a menor generalidad: las leyes de la física y la química rigen incluso en lo biológico, y algunas leyes biológicas rigen (mediadas culturalmente), en lo social.

Regresando al ámbito de lo social, el Materialismo Histórico tiene una idea parecida: hay leyes de corte general para lo social, como las que rigen la relación que existe entre las formas de propiedad y la forma de las relaciones sociales de producción, que serían aplicables a todas las sociedades: en todas, las formas de propiedad de los medios de producción son el elemento causal central que determina en buena medida la forma de las relaciones sociales de producción. Pero hay otras que son solamente aplicables a ciertos momentos del desarrollo histórico, es decir, cuyo ámbito de predicación se restringe a ciertas formaciones-socio económicas. Por ejemplo, el antagonismo entre el capital y el trabajo, que aparece en varias leyes sobre el capitalismo, simplemente no existían como tal en otras formaciones previas al capitalismo; por ello, resulta inadecuado proyectarlo fuera del ámbito de las sociedades capitalistas, como intentaron, con la mejor de las inten-

ciones pero con el mismo estrepitoso fracaso, por un lado Service y por el otro Fried [Service, 1978; Fried, 1978][6].

De esta manera, el Materialismo Histórico tendría una solución a cuándo una generalización es proyectable como base de una inferencia analógica en arqueología: la proyectabilidad del principio general dependería de que sea congruente con el rango de formaciones socioeconómicas para el que fue formulado. Regresando al ejemplo sobre los *Nunamiut*, lo ilegítimo no es que sea Norteamérica y no Europa (y por tanto, no haya conexión «histórico-directa», o que se trate de caribúes y no de renos, o que la tradición tecnológica sea distinta, o que quizá el clima sea más o menos extremo que en el Musteriense (factores que podrían considerarse «discordantes» en el conjunto meta en relación al conjunto fuente, del Musteriense). No. El problema es que aún si estos factores fueran idénticos en un caso y en otro, las leyes que rigen una sociedad cazadora recolectora precapitalista, y que determinan cómo opera su dinámica social, son dramáticamente diferentes a la de un pueblo colonizado, subyugado, casi exterminado, cuya economía ha sido distorsionada por el capitalismo, como ocurre entre los *Nunamiut*.

## Comentarios finales

Curiosamente, algunos colegas miembros de la arqueología social han confesado, en discusiones informales, que la analogía les causa inquietud. Temen quizá que los lleve a una concepción de leyes sociales ahistóricas. Creo que no es el caso. Y no es así, porque existen analogías en las que el principio general involucrado no es social, sino físico, o químico. Y ningún materialista histórico tiene problema en considerar que, al menos para distancias y velocidades como las que experimentamos los humanos, los principios de estos dominios son universales. Así, es perfectamente legítimo observar que, si en el presente, un tipo de golpe a un bloque de obsidiana produce un cierto tipo de lasca, las lascas que encontramos en el registro hayan sido producidas por golpes cuando menos similares. Y las lascas pueden provenir de contextos musterienses o incluso anteriores. Ello no implica problemas, salvo que las leyes que rigen la resistencia de los materiales o la propagación de la energía en un sólido, hayan cambiado desde entonces para acá, cosa que parece poco probable. Estos principios son obtenidos de la física, no son sociales, y por tanto, no son sujetos a las condiciones de historicidad tan caras al Materialismo Histórico.

Queda un asunto que aquí solamente puedo esbozar. Y tiene que ver con los «conjuntos fuente» normalmente utilizados como bases de la inferencia arqueológica, particularmente en la etnoarqueología. El problema consiste en hasta qué punto estos conjuntos base pueden ser considerados «casos legítimos» y por consecuencia, bases confiables para las proyecciones inductivas que requiere la analogía. Fried, por ejemplo (Fried, 1975), creía que el nivel evolutivo que Service llamó «de las tribus» (Service, 1971), es totalmente un artefacto de la expansión capitalista durante el co-

[6] Service, atacando al marxismo al mostrar que no había tensiones obrero-patronales en Mesopotamia, y Fried que sí las hubo. Difícil asunto si no había ni patrones ni obreros en el sentido de gente que compra y gente que vende su fuerza de trabajo en un mercado de libre intercambio de mercancías.

lonialismo. Que, en caso tras caso de los que Fried examinó, las tribus parecen formas de resistencia a la ingerencia colonial. De ser cierto su argumento, entonces no puede utilizarse la presencia de tribus en el registro histórico para postular con confianza su existencia en momentos precapitalistas: simplemente no las habría.

Algo similar sugiere Fried para los cacicazgos: por eso prefiere el término «sociedades de rango», que desafortunadamente ha pasado a la literatura como sinónimo del concepto de «cacicazgo» de Service. En su opinión, las sociedades de rango fueron todas volátiles, y si se quiere estudiarlas, entonces hay que ir a excavar debajo de los estados arcaicos, ya que no habría un solo ejemplo etnográfico. En consecuencia, utilizar a Hawai (que, por cierto, en mi opinión era un estado secundario), como ejemplo de cacicazgo, sería estar cometiendo un error histórico (como lo hace Service en su libro de 1962, reeditado en 1978 (Service, 1978), error que lo abre a las críticas injustificadas de Earle (Earle, 1978), que dice entonces refutar su teoría sobre el origen del cacicazgo.

El problema con esta línea de argumentación es que entonces habría muchas situaciones en las que no habría referentes etnográficos o históricos disponibles. La primera tarea a realizar, en mi opinión, es la investigación histórica, antes de asumir que hay pueblos que carecen de historia, dado que se «fosilizaron» en un estadio al que representan ahora en el presente. Fue la investigación histórica y arqueológica la que mostró que Hawai era un estado cuando menos 500 años antes de la llegada de Vancouver y Cook (Homon, 1976[7]), como pensó Service; fue la investigación histórica la que mostró que los lacandones de la selva chiapaneca no son los antecedentes remotos de los mayas clásicos, como pensó Tozzer, sino un grupo refugiado durante la Guerra de Castas de mediados del siglo XIX (Fevre, 1973).

La segunda tarea es recordar que hay analogías de diferentes órdenes de generalidad, que combinadas con otras que dependen de principios físicos, químicos y biológicos, son menos susceptibles a problemas de distorsión histórica. Y que hay «grados de historicidad» que deben poderse desarrollar en las teorías respectivas -con lo que, por cierto, el sueño de una teoría «neutral» de «rango medio» (Binford, 1978)[8], pierde mucho de su atractivo.

Pero mi conclusión es clara: más vale que la analogía sea posible, porque sin analogía simplemente no hay arqueología[9].

---

[7] Y, por lo mismo, casi 600 años antes de que este estado «involucionara» (¿?) a cacicazgo complejo, ante la democión a la que lo sujeta Earle para poder refutar la teoría de Service sobre el origen del cacicazgo...

[8] Resulta curioso que incluso los seguidores de la arqueología postprocesual recuperen este término, tomado por Binford de la sociología neopositivista parsoniana: el término lo introdujo el discípulo de Parsons, Merton, y en muy poco tiempo perdió su vigencia en esa disciplina.

[9] He llamado en otro momento a este principio el «Principio Cortina» en honor a mi muy querido amigo el matemático Mario Cortina Borja, quien en una discusión con un grupo de arqueólogos nos hizo ver que inferencias generalizadas como «eso es una puerta», o «eso es un muro» eran analogías etnográficas en las que el grupo de referencia o conjunto fuente era la cultura occidental. La conclusión es obvia: sin ellas no podemos ni siquiera empezar a hacer arqueología: le llamamos «vasija» o «tiesto» a lo que en nuestra cultura occidental generalizada le llamamos «vasija» o «tiesto» y asumimos el principio uniformitarianista de que los contextos de deposición arqueológicos se formaban bajo principios similares a los que rigen la creación de contextos de deposición históricamente documentados o actualmente observados. El principio uniformitarianista, que permitió que la geología histórica creciera como ciencia, tiene entonces su equivalente en arqueología. Y esa, por cierto, es otra analogía...

## Bibliografía

Bate, F. (1998): *El Proceso de Investigación en Arqueología*, Crítica, Barcelona.
Binford, L. (1967): «Smudge pits and hide-smoking: the use of analogy in archaeological research», en: Binford L. (ed.), *An Archaeological Perspective*, pp. 33-35, New York: Academic Press.
Binford, L. (1968): «Methodological considerations of the Archaeological Use of Ethnographic data», en: Binford L. (ed.), *An Archaeological Perspective*, pp. 59-67, New York: Academic Press.
Binford, L. (1976): «Forty-Seven Trips», en: Hall, S. (ed.), *Contributions to Anthropology; the interior Peoples of Northern Alaska*, Archaeological Survey of Canada, n.º 49, Ottawa: National Museum of Man.
Binford, L. (1978): *Nunamiut Archaeology*, New York: Academic Press.
Binford, L. (1972): «Archaeological reasoning and smudge pits-revisited», en: Binford L. (ed.), *An Archaeological Perspective*, pp. 52-58, New York: Academic Press.
Binford, L. (ed.) (1972): *An Archaeological Perspective*, New York: Academic Press.
Cohen, R. y Service, E. (eds.) (1978): *The Origins of the State*, Philadelphia: ISHI.
Earle, T. (1978): *Economic and Social Organization of a Complex Chiefdom: the Halelea District, Kaua'I, Hawaii*, Anthropological Papers, 63, Ann Arbor: Museum of Anthropology, University of Michigan.
Favre, H. (1973): *Cambio y continuidad entre los Mayas de México*, México: Siglo XXI.
Fried, M. (1967): *The Evolution of Political S*ociety, New York: Random House.
Fried, M. (1975): *The Notion of Tribe*, Menlo Park: Cummings.
Fried, M. (1978): «The state, the chicken and the egg», en: Cohen, R. y Service, E. (eds.) (1978), *The Origins of the State*, pp. 35-48, Philadelphia: ISHI.
Gándara, M. (1990): «La analogía etnográfica como heurística: lógica muestreal, dominios ontológicos e historicidad», en: Sugiura, Y. y Serra, M. C. (eds.), *Etnoarqueología: Primer Coloquio Bosch-Gimpera*, México: UNAM.
Gándara, M. (1991): «El análisis del conocimiento: implicaciones para la arqueología», *Boletín de Antropología Americana, IPGH*: 5-19.
Gándara, M. (1993): «El análisis de posiciones teóricas: aplicaciones a la arqueología social», *Boletín de Antropología Americana, IPGH*: 5-20.
Harris, M. (1968): *The Rise of Anthropological Theory*, New York: Thomas y. Crowell.
Homon, J. (1976): *The formation of primitive States in pre-contact Hawaii*, Tesis Doctoral, Tucson: University of Arizona.
Service, E. (1971): *Primitive Social Organization*, New York: Random House.
Service, E. (1975): *The Origins of the State and Civilization*, New York: Norton.
Service, E. (1978 [1962]): *Profiles in Ethnology*, New York: Harper and Row.
Service, E. (1978): «Classical and modern theories of the origins of government», en: Cohen, R. y Service, E. (eds.), *The Origins of the State*, pp. 21-34, Philadelphia: ISHI.

# Etnoarqueología y globalización. Propuesta para una etnoarqueología estructuralista

ALMUDENA HERNANDO GONZALO
Dpto. Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia.
Universidad Complutense.

**RESUMEN.** El capitalismo postmoderno y globalizador está acabando con la diversidad cultural del planeta. En este trabajo se intenta llamar la atención sobre la responsabilidad que la Arqueología moderna y positivista ha tenido en la justificación de la ideología que sostiene este avance. Al nacer con un planteamiento inequívocamente evolucionista, la Arqueología identificaba menor desarrollo tecnológico con mayor simplicidad cultural. De esa manera, legitimaba la ecuación «grupos de reducido nivel de complejidad socio-económica» con «grupos embrionarios» y todo esto con «grupos del pasado». Se defiende que el error de partida en esta apreciación reside en haber ignorado que, dependiendo del grado de complejidad socio-económica, cada grupo humano entiende la realidad de forma diferente, por lo que siempre constituyen estados «maduros» de desarrollo. Esto impide, además, proyectar nuestra propia interpretación de la realidad a los grupos del pasado, y comparar a todos los grupos humanos a través de criterios que sólo pertenecen a nuestra cultura. Se propone una Etnoarqueología estructuralista que tenga como objetivo estudiar las pautas estructurales que guían la construcción de la realidad —basada en la percepción del tiempo y el espacio— de los distintos grupos humanos no-modernos que existen en la actualidad. Con ello se pretende desarrollar instrumentos críticos para aproximarnos menos etnocéntricamente a los «otros» grupos del pasado y del presente.

**ABSTRACT.** Post-modern capitalism is absorbing cultural differences through globalization. The aim of this text is to call attention on the responsibility that modern and positivist Archaeology holds in the theoretical justification of this destructive process. As Archaeology was born as a part of an evolutionist paradigm, it identified less technological development with less cultural complexity. As a result, it identified «groups with a low level of socio-economic complexity» with «immature» groups and with «groups of the past». In this text it is defended that groups with different socio-economic complexity understand reality in different ways. Therefore, it is not possible to compare different cultures under the criteria of our own culture. When we understand that there exists an structural relation between material relation to reality and perception of that reality, it becomes clear that all the human cultures are equally «mature» and complex. The practice of an Ethnoarchaeology which tries to find out these structural relations corresponding to different socio-economic complexity levels is proposed as the only way to understand and respect the «other» no-modern groups of the past and the present as fully «developed» groups.

## Introducción

La globalización se está produciendo a un ritmo irrefrenable y terrible, como puede comprobarse con el simple hecho de intentar buscar un grupo no-moderno para desarrollar un proyecto de Etnoarqueología. Dentro de unas cuantas decenas de años nuestro mundo será un mundo «globalizado», caracterizado por la interconexión económica de todas sus partes, por la presencia de un mismo orden capitalista en la base de todas las lógicas económicas y sociales. Dentro de este marco común, existirán aparentes diferencias culturales, pero serán sólo diferencias de grado, de intensidad, de cercanía al núcleo duro del sistema. No serán ya diferencias como las que han existido hasta ahora, diferencias que demuestran, a quienes quieran asomarse a ellas, la sofisticada complejidad de la cultura humana, la extremada coherencia que estructura y da sentido a cada sociedad, la sorprendente capacidad de nuestra mente para enfrentar con éxito las más variadas condiciones de vida. Dentro de unas decenas de años, habremos perdido, para siempre, a los «otros» del presente, a los que tienen una lógica y una visión del mundo distinta de la moderna, capitalista y post-industrial. Y con ello, la Prehistoria habrá perdido también a los «otros» del pasado, porque ya nunca podrá conocerlos si no se apresura antes a conocer, a través de la Etnoarqueología, a los que nos pueden dar la clave para entender su diferencia. Y si eso sucede, en mi opinión, la Prehistoria habrá dejado de tener el único sentido que es legítimo, el de conocer a quienes habitaron el pasado para entender las transformaciones que protagonizaron, los cambios que resistieron o propiciaron, los secretos de la cultura humana y de la dinámica histórica.

A mi juicio, la Prehistoria tiene una enorme responsabilidad en la justificación de la globalización. De hecho, creo que la globalización del presente es una de las consecuencias de un proceso histórico que comenzó por «globalizar el pasado», asumiendo que nuestra sociedad moderna es la referencia para juzgar a todas las demás sociedades humanas. El origen ilustrado de la Prehistoria le impedía comprender que un grupo humano que tiene un desarrollo tecnológico menor no es más simple en términos culturales. Al haber sostenido ese esquema evolucionista en el que no se comprendía la «diferencia» profunda y nuclear de las sociedades que nos precedieron, la Prehistoria generalizaba la idea de que los grupos de menor complejidad socio-económica del presente son meros embriones de ese estado adulto que hemos sabido desarrollar los que vivimos en la modernidad, legitimando así su identificación con grupos del pasado. La Prehistoria no ha entendido que los grupos del pasado fueron tan adultos como lo somos nosotros y, por tanto, no ha devuelto a la sociedad la idea de que los grupos no-modernos de la actualidad lo son en la misma medida también. A mi juicio, la base del error reside en que su convicción positivista la ha llevado a pensar que todos los grupos humanos perciben la realidad del mismo modo que la sociedad moderna, que todos habitan un mundo que es igual. Esto abre la posibilidad de comparar y jerarquizar a las sociedades en función de sus respectivas capacidades para controlar materialmente esa supuesta realidad invariable. Los cazadores-recolectores estarían en la base de esa clasificación y los habitantes de la modernidad en la cima, con todos los escalones intermedios de las sociedades agrícolas y campesinas. Quizás muchos prehistoriadores considerarán que éstas son cuestiones ya discutidas y superadas hace tiempo, y que en cualquier caso, esta reflexión no es importante para su propio quehacer. Sin embargo, a mi juicio, esta reflexión sigue siendo esencial porque, sin darnos cuenta, estamos con-

tribuyendo a justificar la extinción de los seres humanos que no pertenecen a la modernidad y con ello, a facilitar el triunfo definitivo y excluyente de la lógica capitalista y post-industrial. Para que la Prehistoria pueda convertirse en un instrumento crítico y deje de seguir siendo un mero medio de legitimación del avance globalizador de la modernidad, debe comprender que la diferencia entre los grupos modernos y los pre-modernos de la Prehistoria o los no-modernos de la actualidad no es de grado o de cantidad, sino que es cualitativa y esencial, definiendo estadios maduros y completos en todos los casos. Sólo cuando se comprenda así se hará imposible la jerarquización y con ello se abrirá la posibilidad de considerar «iguales» en lugar de «inferiores», adultos en lugar de embriones, complejos en lugar de simples, tanto a los grupos que nos precedieron como a los que nos acompañan hoy día al margen de la modernidad. Y creo que la Etnoarqueología ofrece la llave para comprender esa diferencia.

## Propuesta de una etnoarqueología estructuralista

Como sabemos, la Etnoarqueología nació como expresión plena del positivismo procesual, como una Teoría de Alcance Medio que pretendía establecer analogías más o menos directas entre ciertos comportamientos del presente antropológico y del pasado arqueológico (Binford, 1967 y 1978; Yellen, 1977; Gould, 1980), buscando establecer leyes generales que permitieran extrapolar significados de unos contextos a otros. Aunque ya algunos autores procesuales (Kent, 1994; por ejemplo) expresaron dudas respecto a la pertinencia de esta aplicación, la corriente procesual no podía escapar a su convicción positivista, y en consecuencia a su intento generalizado de extrapolar significados de unas culturas a otras. Desde el materialismo histórico, M. Gándara (1990) dio un paso más allá al plantear la dificultad de encontrar formaciones sociales actuales que compartan rasgos relevantes en su estructura socio-económica con los del pasado, condición imprescindible para aplicar analogías, en su opinión.

Pero ni los procesuales ni los marxistas podían tener en cuenta, por sus propias convicciones teóricas, la dimensión «subjetiva» de la cultura, bien por no creer en ella, o bien por considerar que, aunque exista, es imposible acceder a su conocimiento en los grupos de la Prehistoria. Como sabemos, fué precisamente a través de la Etnoarqueología, cómo la corriente postprocesual demostró empíricamente que la cultura material estaba simbólicamente constituida (Hodder, 1982 a y b) y que, por ello, su significado podía variar interculturalmente. Es decir, la Etnoarqueología postprocesual fue clave para la renovación del paradigma en el que hasta entonces se había movido la Arqueología moderna, porque demostraba que quizás estábamos juzgando equivocadamente los comportamientos y los significados de las culturas del pasado. El problema de la posición posprocesual es que al poner el peso en la contextualidad de los significados hacía intransferible cualquier conclusión sobre las relaciones observadas en una cultura a otra distinta, pues entendía que la relación entre los aspectos dinámicos y los estáticos de una cultura está histórica y coyunturalmente determinada (Hodder, 1994; González Ruibal, 2003: 20-21). Con ello se asumía la imposibilidad de aplicar la Etnoarqueología al conocimiento del pasado.

De esta forma, llegamos a una situación crítica, cuya salida parece difícil de encontrar: o bien hacemos una Arqueología (o una Etnoarqueología) moderna, po-

sitivista y evolucionista, que niega la intervención de la subjetividad en el discurso científico, razón por la cual se dedica a proyectar acrítica y completamente la subjetividad moderna a las sociedades más premodernas que han existido jamás, falseando cualquier resultado; o bien hacemos una Arqueología (y Etnoarqueología) posmoderna, anti-positivista y hermenéutica, en la que el sujeto adquiere importancia, pero en la que no existen leyes generales ni posibilidad alguna de aplicar analogías entre culturas distintas, ni por tanto, de conocer la Prehistoria. ¿Tiene sentido, entonces, seguir haciendo Etnoarqueología? O mejor: ¿puede ser la Etnoarqueología un instrumento de conocimiento de la Prehistoria?

Yo creo que sí. Por un lado, porque creo que pueden hacerse muchos tipos de Etnoarqueología, con distintos niveles de abstracción, pero todos ellos útiles, desde posiciones procesuales, marxistas y postprocesuales —como sin duda veremos a lo largo de estos días—; pero por otro, y sobre todo, porque creo que la Etnoarqueología contiene la clave para poder comprender en su totalidad, en su madurez y en su complejidad a los grupos de la Prehistoria. Creo que la Etnoarqueología contiene una de las claves más importantes para la renovación de los estudios prehistóricos porque, a través del estructuralismo, permite profundizar en el «tipo de mundo», si se me permite la expresión, en el que creen vivir las sociedades humanas dependiendo de su grado de complejidad socio-económica.

Desde el estructuralismo, el objetivo principal de cualquier análisis cultural es la comprensión de las pautas estructurales que rigen el orden de racionalidad de una determinada sociedad. Se considera que existe una lógica interna que estructura la cultura y que atraviesa y se manifiesta en todas sus dimensiones, y por tanto, también en la de la cultura material. Se parte de la convicción de que para tener una determinada relación material con la realidad, es necesario entenderla de cierto modo, y que sólo cuando se entiende de cierto modo, se sostendrá una determinada relación material con ella. Es decir, que existe una relación estructural, y por tanto necesaria, entre el grado de complejidad socio-económica de un grupo humano y la estructura básica de su percepción del mundo, el tipo de mundo en el que cree vivir. Ese mundo tendrá unos límites y unas dimensiones que vendrán dadas por el modo cómo percibe el tiempo y el espacio y el modo en que representa ambos parámetros de orden, y esto está directamente vinculado con su grado de división social de funciones y de especialización del trabajo, es decir, con su grado de complejidad socio-económica. Esto significa, por ejemplo, que una sociedad de caza-recolección sostendrá una determinada percepción de la realidad, del tiempo y del espacio, de las posibilidades de desplazamiento por el territorio, del valor de la naturaleza, de los riesgos que implican los cambios, etc., independientemente de las características culturales concretas que adopte su cultura. De ahí la convicción de que, si conseguimos entender la estructura de correlaciones básica que rige el orden de racionalidad de un grupo de cazadores-recolectores, horticultores o campesinos, será posible establecer analogías muy útiles para entender el comportamiento de los grupos de la Prehistoria y el significado y función de su cultura material.

Quizás desde las posiciones procesuales, marxistas o postprocesuales se llegue a pensar que encontrar el orden de racionalidad que corresponde a un nivel dado de complejidad socio-económica no tiene nada que ver con la verdadera Etnoarqueología. Por ello, me propongo defender su legitimidad a través del análisis de las tres variables que, a mi juicio, se conjugan en la definición general de la Etnoarqueología: el trabajo de campo en sociedades vivas, el estudio de la cultura material y el uso de la analogía.

## 1) El trabajo de campo en sociedades vivas

Salvo excepciones, todas las definiciones publicadas de «Etnoarqueología» (Kramer, 1996; González Ruibal, 2003: 12; Politis, 2004; David, 1992,...), asumen que su estudio pasa por el trabajo de campo en sociedades vivas, normalmente preindustriales. Mientras la Arqueología intenta reconstruir las relaciones que generaron determinado registro material a partir del estudio de éste último, la Etnoarqueología tendría como el más inmediato de sus objetivos el registro directo de las relaciones en las que participa un determinado conjunto material. Es decir, la Arqueología tiene un objeto estático de análisis que intenta interpretar dinámicamente, mientras que la Etnoarqueología tiene un objeto dinámico de análisis, cuya finalidad última puede residir en ese mismo análisis o en su utilización como fuente de analogías, sugerencias, o mecanismo de deconstrucción de los prejuicios con que nos acercamos a la reconstrucción arqueólogica de ese mismo tipo de relaciones.

Una Etnoarqueología estructuralista intenta comprender cómo construyen la realidad grupos vivos para intentar comprender la realidad en que habitaron los del pasado, y desde este punto de vista se adapta perfectamente a la definición de la disciplina.

## 2) El estudio de la cultura material

Todas las definiciones que se han dado de Etnoarqueología insisten en que centra su interés en la dimensión material de las sociedades estudiadas, porque de hecho, ésa es la especialidad de la Arqueología. La Etnoarqueología se diferencia de la Etnología en que, entre las relaciones que analiza, la cultura material es siempre la constante, pudiendo variar el resto de las dimensiones interactivas analizadas, lo que sucederá dependiendo de la posición teórica que se adopte.

La Etnoarqueología estructuralista intenta llegar a entender el «tipo de mundo» en que pudieron vivir los distintos habitantes de la Prehistoria, mediante analogías de rasgos estructurales, que no particulares, de sociedades no-modernas actuales. Y creo que este estudio puede considerarse legítimamente etnoarqueológico, porque sirve para interpretar elementos tan pertenecientes a la cultura material como el territorio que puede ocupar y recorrer, el alcance y naturaleza de los intercambios o el comercio que sostendrá, la percepción de la muerte y el consecuente sentido de sus tumbas, de los ajuares o de los proyectos productivos, etc...

## 3) Sobre el uso de la analogía

Creo que la utilización de analogías válidas está en el núcleo de la fundamentación de una Etnoarqueología de la Prehistoria, pero no de la Etnoarqueología en sí.

A mi juicio, existen dos tipos de estudios etnoarqueológicos: los que intentan conocer las relaciones de la cultura material con otras dimensiones de la cultura en una sociedad viva actual, y los que, además de esto, pretenden utilizar esta información para profundizar en el conocimiento de sociedades concretas del pasado.

Si se trata de contribuir al conocimiento de los grupos del pasado, entonces tiene que existir una base positivista que permita la confianza en que las relaciones que se descubran en el presente se habrían dado también en el pasado que investigamos. En este grupo incluiría la mayor parte de los estudios procesuales y mate-

rialistas, y la mayor parte de mis propios estudios estructuralistas (Hernando, 1997, 1999, 1999b y 2002).

Ahora bien, también existe todo un conjunto de estudios etnoarqueológicos que no utilizan la analogía. En él se incluyen estudios desarrollados sobre todo desde la corriente postprocesual, pero también desde la procesual o desde el estructuralismo. Lo que tienen en común es que su objetivo final no es conocer sociedades concretas del pasado, sino comprender las múltiples implicaciones de la relación entre la cultura material y la sociedad humana, con dos posibles objetivos a la vista: el primero, conocer a fondo la cultura actual, normalmente pre-industrial, en la que se realiza el trabajo de campo, profundizando en la función y el significado que los objetos materiales cumplen en ella. El segundo, desvelar los prejuicios y las proyecciones actualistas de la Arqueología en general, ayudando a deconstruir muchas de las asociaciones pretendidamente objetivas con la que ésta ha ido construyéndose, para ir consiguiendo que los arqueólogos se enfrenten a sus objetos de estudio de una manera menos presentista y sesgada.

Por supuesto que ésta es la única etnoarqueología que puede desarrollarse desde la corriente postprocesual, anti-positivista y hermenéutica (cfr. González Rubial, 2003) dada su convicción de que la determinación contextual de la relación entre los aspectos dinámicos y los estáticos de una cultura impide la extrapolación de significados de unas culturas a otras. Pero existen también estudios no postprocesuales que yo incluiría en este segundo bloque. Por ejemplo, determinados estudios procesuales que intentan demostrar que en la constitución del registro arqueológico han intervenido factores de índole distinta a la de la lógica puramente economicista o material con la que la Arqueología procesual y materialista lo ha explicado siempre. Éste es el trabajo que ha realizado, por ejemplo, Gustavo Politis al analizar la existencia de tabúes alimenticios en la determinación de los recursos que aprovecha un determinado grupo de cazadores-cazadores (Politis y Saunders, 2002) o de juguetes dentro del registro arqueológico (Politis, 1998).

E incluiría aquí también mis propios estudios sobre las diferencias de utilización del espacio entre hombres y mujeres *Q'eqchí'* (Hernando, 2000), cuyas conclusiones no pretenden ser transportadas a ningún contexto prehistórico particular, sino que pretenden, simplemente, servir de sugerencia para poder pensar en el origen de las diferencias de género.

Así pues, en mi opinión, la analogía no es condición *sine qua non* de la Etnoarqueología, aunque sí lo es de la Etnoarqueología de la Prehistoria.

## Conclusión

Creo que la Etnoarqueología es el estudio de las relaciones que se establecen, en sociedades vivas, entre la dimensión material y otras dimensiones de la cultura, sean éstas de orden social, económico, ideológico, o puramente estructural. A partir de aquí, hay estudios etnoarqueológicos que tienen una base positivista e intentan utilizar esta información para profundizar en el conocimiento de las sociedades del pasado; y otros, que pueden tener una base positivista, aunque es más frecuente que la tengan hermenéutica, que no aspiran a utilizar estos datos para conocer ningún pasado concreto, sino a desvelar la complejidad de las relaciones en las que se inserta la cultura material en cualquier grupo humano. Creo también que la Et-

noarqueología constituye una de las claves del futuro de la Arqueología, puesto que abre la puerta al conocimiento de los «otros» del pasado, devolviéndoles al estado de madurez cultural del que, hasta ahora, les habíamos privado.

La posibilidad de entender a las culturas del pasado pasa, indefectiblemente, por entender a las «otras» culturas del presente. Pasa por asumir que el menor desarrollo tecnológico no implica menor complejidad cultural, porque la realidad se construye de formas distintas dependiendo del grado de complejidad socio-económica. No entender el grado de sofisticación y coherencia de las culturas no-modernas sólo lleva a la convicción, ilustrada y errónea, de que nuestra cultura moderna es mejor que cualquier otra, principio que justifica y legitima su expansión globalizadora. Personalmente creo que los arqueólogos debemos hacer un esfuerzo crítico para no seguir contribuyendo a esta extinción anunciada. Y ello no sólo por el bien de la humanidad, sino por propio interés profesional, porque al extinguirse los grupos no-modernos se habrá acabado para siempre la posibilidad de entender de verdad la cultura humana, su flexibilidad y su riquísimos recursos —no sólo materiales, sino sobre todo psíquicos— para hacer frente a mundo complejo en muy distintas condiciones de vida.

Si la Prehistoria no utiliza la Etnoarqueología para intentar conocer el orden de racionalidad que estructura y sirve de base a la cultura de los grupos que no pertenecen a la modernidad, habrá perdido, quizá, la última posibilidad que le queda para entender a los grupos que habitaron nuestro pasado. Porque cuando se extingan los últimos grupos no-modernos vivos sólo quedarán sobre la Tierra grupos que formen parte del orden capitalista, en una u otra medida. Y a partir de ahí, creerán tener razón todos aquellos arqueólogos positivistas materialistas que piensan que la realidad no se construye, sino que es la misma para todos los seres humanos. Y los demás ya no encontraremos ninguna prueba que demuestre lo contrario. El orden lógico del capitalismo post-industrial habrá ganado su última batalla, la definitiva, irreversible y final..., porque no sólo habrá conseguido extender su manto globalizador sobre los «otros» del presente, haciendo desaparecer su diferencia, sino que conseguirá que la Prehistoria lo extienda a su vez sobre los «otros» del pasado, negando que esa diferencia haya existido jamás, y legitimando así, de nuevo, como en su inicio, como siempre, el orden social en el que se generan sus estudios.

## Bibliografía

Binford, L. R. (1967): «Smudge pits and hide smoking: the use of analogy in archaeological reasoning», *American Antiquity*, 32: 1-12.

Binford, L. R. (1978): *Nunamiut Ethnoarchaeology*, New York: Academic Press.

David, N. (1992): «Integrating Ethnoarchaeology: A Subtle Realist Perspective», *Journal of Anthropological Archaeology*, 11: 330-359.

Gándara, M. (1990): «La Analogía Etnográfica como Heurística: Lógica Muestreal, Dominios Ontológicos e Historicidad», en: Sugiura, Y. y Serra, P. (eds.), *Etnoarqueología. Coloquio Bosch-Gimpera*, pp. 43-82, Instituto de Investigaciones Antropológicas, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

González Ruibal, A. (2003): *La Experiencia del Otro. Una introducción a la Etnoarqueología*, Madrid: Akal.

Gould, R. A. (1980): *Living archaeology*, Cambridge: Cambridge University Press.

Hernando, A. (1997): «Sobre la Prehistoria y sus habitantes: mitos, metáforas y miedos», *Complutum*, 8: 247-260.

Hernando, A. (1999), «Percepción de la realidad y Prehistoria. Relación entre la construcción de la identidad y la complejidad socio-económica en los grupos humanos», *Trabajos de Prehistoria*, 56(2): 19-35.

Hernando, A. (1999b): «El espacio no es necesariamente un lugar. En torno al concepto de espacio y a sus implicaciones en el estudio de la Prehistoria», *Arqueología Espacial*, 21, 7-27.

Hernando, A. (e. p.): «Hombres del Tiempo y Mujeres del Espacio: individualidad, poder y relaciones de género», *Arqueología Espacial,* 23.

Hernando, A. (2002): *Arqueología de la Identidad*, Madrid: Akal.

Hodder, I. (1982a): *The Present Past. An Introduction to Anthropology for Archaeologists*, London: Batsford.

Hodder, I. (1982b): *Symbols in Action: Ethnoarchaeological Studies of Material Culture*, Cambridge: Cambridge University Press.

Hodder, I. (1994), *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*, Barcelona: Crítica.

Kent, S. (1994): «Ethnoarchaeology: what is it good for?», *Actas del World Archaeological Congress-III*, *Delhi, India, diciembre 1994.*

Kramer, C. (1996): «Ethnoarchaeology», en: Levinson, D. y Ember, M. (eds.), *Enciclopedia of Cultural Anthropology*, pp. 396-399, New York: Henry Holt and Co.

Politis, G. (1998): «Arqueología de la infancia. Una perspectiva etnoarqueológica», *Trabajos de Prehistoria*, 55(2): 5-19.

Politis, G. (2004): «La etnoarqueología en América Latina. Tendencias», en: Politis, G. y Peretti, R. (eds.), «*Teoría Arqueológica en América del Sur*», Serie, Teórica 3, Olavarria (Argentina): INCUAPA.

Politis, G. y Saunders, N. J. (2002): «Archaeological Correlatos of Ideological Activity: Food Taboos and Spirit-animals in an Amazonian Hunter-Gatherer Society», en: Miracle, P. y Milner, N. (eds.), *Consuming passions and patterns of consumption*, McDonald Institute Monographs, pp. 113-130, Cambridge: Cambridge University Press.

Yellen, J. E. (1977): *Archaeological approaches to the present: models for reconstructing the past*, New York: Academic Press.

# La etnoarqueología como medición

PHILIP J. ARNOLD III
Loyola University Chicago.

**RESUMEN.** En esta discusión se sugiere que hay demasiado énfasis en una etnoarqueología que ofrece a los arqueólogos episodios etnográficos discretos que ellos usan para informar las reconstrucciones del pasado. La presente ponencia propone, por el contrario, que un enfoque en los procesos culturales a largo plazo resulta más adecuado y útil para la arqueología como disciplina. Desde esta perspectiva, el papel de la etnoarqueología es establecer y proporcionar articulaciones seguras entre actividades y sus consecuencias materiales. Se usan dichas conexiones, más bien, como estándares analíticos y no como analogías culturales.

Se empieza la discusión por identificar algunos problemas básicos con el uso de la analogía, como el énfasis etnográfico en los estudios etnoarqueológicos. Segundo, se presenta una manera alternativa de imaginar el uso del presente para informar el pasado, enfatizando el lado arqueológico de los estudios etnoarqueológicos y aconsejando que la variación entre el presente y el pasado debe exigir la atención de los investigadores. Finalmente, se propone que usemos la etnoarqueología para establecer índices analíticos los cuales puedan proyectarse al pasado. Con estos índices se puede documentar y evaluar las diferencias en la conducta representada por el registro arqueológico. Se finaliza con dos ejemplos de implementar este programa de medición.

**ABSTRACT.** The following discussion suggests that ethnoarchaeology places inordinate emphasis on archaeological reconstructions that favor discrete ethnographic episodes and events. In contrast, this paper takes the position that a focus on long-term processes is more congruent and useful for archaeological practice. From this perspective, the role of ethnoarchaeology is to establish secure relationships between activities and their material consequences. These relationships, in turn, should be used as analytical standards and points of reference rather than cultural analogs.

The presentation begins with the identification of some basic problems with the use of analogy, such as the ethnographic emphasis in ethnoarchaeological studies. An alternative way to envision the use of the present is proposed, suggesting that the variation between the present and the past should occupy investigator's attention. Ethnoarchaeology is offered as a means to establish the analytical indices that can be projected into the past. The paper closes with two brief examples of how this program of measurement can be implemented.

## Introducción

Esta discusión explora la teoría y los métodos de la etnoarqueología. Se sugiere que hay demasiado énfasis en una etnoarqueología que ofrece a los arqueólogos episodios etnográficos discretos que ellos usan para informar las reconstrucciones del pasado. En contraste, la presente ponencia propone que la arqueología se sirve mejor de un énfasis en los procesos culturales de largo plazo.

Desde esta perspectiva, el papel de la etnoarqueología es establecer y proporcionar articulaciones seguras entre actividades y sus consecuencias materiales. Se usan dichas conexiones, más bien, como estándares analíticos y no como analogías culturales. La diferencia se refleja en sus aplicaciones: la analogía tiene por fin relacionar el sujeto con la fuente (Wylie, 1985 y 2002), mientras que el propósito de un índice referencial es hacer comparaciones e investigar la variabilidad.

En la siguiente discusión se considera esta distinción. Se empieza por identificar algunos problemas básicos con el uso de la analogía. Estas dificultades se enfocan en el énfasis etnográfico en los estudios etnoarqueológicos. Segundo, se presenta una manera alternativa de imaginar el uso del presente para informar el pasado. Aquí se enfatiza el lado arqueológico de los estudios etnoarqueológicos y se aconseja que la variación entre el presente y el pasado debe exigir la atención de los investigadores.

Finalmente, se propone que usemos la etnoarqueología para establecer índices analíticos los cuales puedan proyectarse hacia el pasado. Estos índices o estándares nos sirven como puntos de referencia, en una manera semejante al uso de un *datum* (dato) principal en un sitio arqueológico. Con estos índices se puede documentar y evaluar las diferencias en la conducta representada por el registro arqueológico. Se finaliza con algunos ejemplos para implementar este programa de medición.

## El contexto metodológico de la etnoarqueología

Son varias las definiciones de la etnoarqueología que se han propuesto a través de los años. Según un estudio de un conjunto de publicaciónes recientes (David y Kramer, 2001), estas caracterizaciones varían, y van desde un intento por mejorar conocimiento analógico hasta el uso explícito de información etnográfica para explicar el registro arqueológico. Estas diferencias abarcan un área teórica y metodológica enorme y contribuyen a los problemas fundamentales que se le plantean a la etnoarqueología hoy en día.

Hay dos factores importantes que distinguen la etnoarqueología de otras disciplinas antropológicas. Cada factor hace hincapié en el lado arqueológico de la palabra compuesta «etno-arqueología». También, dicha perspectiva exige una consideración fundamental de las metas de la arqueología.

En primer lugar, los estudios etnoarqueológicos deben empezar con una pregunta que viene del registro arqueológico. Es el registro arqueológico y no el mundo etnográfico el que constituye el dominio apropiado de nuestros estudios científicos del pasado (Arnold, 2000: 117-118). Emprender la etnoarqueología observando primero actividades contemporáneas y luego preguntar cómo dichas actividades pueden mostrarse arqueológicamente es llevar a cabo la etnoarqueología al revés.

En segundo lugar, los estudios etnoarqueológicos deberían incluir la aplicación arqueológica de observaciones etnográficas (Arnold, 1991, 1999 y 2000). Este acercamiento sigue el camino iniciado por los primeros etnoarqueólogos, quienes subrayaron el uso de la etnoarqueología como instrumento para mejorar nuestro conocimiento del pasado (David y Kramer, 2001: 6-14). En otras palabras, la etnoarqueología debe empezar y terminar con datos arqueológicos. Si los estudios actuales no toman en cuenta la información arqueológica, estos trabajos reflejarán poco más que una forma de etnología del material cultural estos estudios serán simplemente etnográficos.

El énfasis en la aplicación de los resultados etnoarqueológicos a las cuestiones arqueológicas plantea el problema potencial de desfase entre las escalas de tiempo etnográficas y las arqueológicas (David y Kramer, 2001: 50-51; Wobst, 1978). Sin embargo, esta diferencia se presenta como un serio problema solamente si insistimos en que nuestras preguntas arqueológicas correspondan como calco a nuestras preguntas etnográficas. Afortunadamente, este deseo de encontrar «viñetas etnográficas» en el pasado ha sido desacreditado por varios estudiosos (Binford, 1981; Hegmon, 1998: 272; Stahl, 1993).

## Los problemas con la analogía

Los problemas con la aplicación convencional de argumentos analógicos al registro arqueológico son varios y cubren un área enorme de la literatura filosófica de nuestra disciplina (Gándara, 1990; Hernando Gonzalo, 1995; Kelley y Hannen, 1987; Stahl, 1993; Wylie, 1985 y 2002). En la discusión siguiente se reconocen solamente tres dificultades básicas; seguramente otras contribuciones a este libro pueden aumentar la lista. Estas tres distinciones son las siguientes: 1) la inhabilidad de identificar sistemas prehistóricos que no tienen un equivalente contemporáneo; 2) la tendencia de percibir el registro arqueológico como un fenómeno de corto plazo, y 3) el énfasis en el lado etnográfico de los estudios etnoarqueológicos.

El primero, la constricción del pasado por el presente, es sin duda el problema fundamental de los argumentos analógicos. Varios autores, como Wobst (1978), Gould (1978), y Wylie (1985 y 2002) han considerado estas limitaciones. Cabe mencionar que, en su resumen recientemente publicado, Nicolas David y Carol Kramer (2001) reconocen los límites del uso de la analogía, pero ellos no nos ofrecen ningún método para resolver el dilema. De hecho, su respuesta es, aparentemente, resignarse a la situación, diciendo que: «…tenemos que aceptar que el valor de los análogos etnoarqueológicos al estudio de procesos de largo plazo es limitado...»[1] (David y Kramer, 2001: 53).

En esta presentación, se toma la posición que el valor de las analogías no es limitado; el fallo está en nuestros métodos al aplicar la información al registro arqueológico. En el sentido de Binford (1982 y 1983), no debemos echar la culpa a los datos arqueológicos ni etnográficos: los defectos en la forma de pensar son de nuestra responsabilidad.

---

[1] «*…we must accept that the value of ethnoarchaeological analogs to the study of long-term process is limited…*» (traducido por el autor).

La cita de David y Kramer (2001) también refuerza el segundo problema; es decir, la tendencia a considerar los datos arqueológicos como eventos etnográficos de una duración corta. Por supuesto existen los casos raros, como de la ciudad de Pompeya en Italia o el sitio Céren en El Salvador, donde el registro arqueológico refleja eventos catastróficos. Estos casos, aunque dramáticos, son las excepciones y no representan la mayoría de los datos arqueológicos.

Repetidas veces, tanto en los libros de textos arqueológicos como lo que repiten los profesores y los maestros, se dice que el mejor uso de la información arqueológica es investigar los cambios culturales y los procesos de largo plazo. Como se dice, no existe ninguna otra disciplina que tenga datos tan pertinentes al estudio de los procesos culturales a través de los años. Sin embargo, la mayoría de los estudios etnoarqueológicos ignora esta aplicación, y en cambio enfatiza las analogías para reconstruir las «viñetas etnográficas» en el pasado.

El tercer problema sigue con este énfasis. En realidad, la abrumadora mayoría de estudios etnoarqueológicos no tiene aplicaciones arqueológicas, se queda en el presente como estudios del material etnográfico. En otras palabras, dichos estudios no tocan la arqueología, sirviéndose, como dice Stark (1994:197; 2003), solamente para estimular la imaginación arqueológica. Esta justificación es absurda, y podemos pensar en varias alternativas que pueden estimular mejor nuestras imaginaciones. El hecho que la etnoarqueología hoy en día ha sido relegada a un estudio restringido al contexto etnográfico indica los problemas profundos de la aplicación de analogías culturales al pasado.

## Más allá de la analogía

Es fácil hablar de problemas. El avance de la etnoarqueología, sin embargo, requiere algo más. Si vamos a resaltar la etnoarqueología mas allá de la analogía, tenemos que empezar por distinguir algunos puntos básicos. Dudo que los siguientes factores puedan convencer a todos, pero lo más importante para esta discusión es que dichas posiciones sean explícitas.

El primer punto es que la arqueología resulta mejor cuando se enfoca en identificar y explicar la variación que caracteriza el pasado. Digo explicar en lugar de interpretar: mediante esta distinción hago énfasis en los métodos científicos. Rechazo la sugerencia por la que el círculo hermenéutico nos ofrece el modelo suficiente para conocer el pasado. La idea de que lo hermenéutico nos sirve como un instrumento válido de la arqueología emerge de una substitución inapropiada de analogía por el proceso de evaluación (Arnold, 2003a).

A pesar de los comentarios de algunos etnoarqueólogos (David y Kramer, 2001: 53), no hacemos pruebas de nuestras observaciones etnográficas en el registro arqueológico (Arnold, 2003a: 56-57). Como una entidad estática, dicho registro no tiene ni la calidad ni el carácter necesario para realizar una prueba de causa y efecto (Binford, 1981: 197). Dado que el registro arqueológico representa únicamente los efectos de conductas pasadas, no podemos usar datos arqueológicos para confirmar una hipótesis sobre sus causas de una manera lógica. En otras palabras, el modelo convencional de hacer pruebas de hipótesis usando los datos arqueológicos no tiene valor en la mayoría de los casos.

Aquí se pone el énfasis en las variaciones —es decir, en las diferencias— entre el presente y el pasado. Lo más importante, e interesante, del pasado es precisa-

mente estos patrones que no se conforman con la vida conocida y actual. En otras palabras, si no existen diferencias entre el presente y el pasado, la arqueología no tiene razón de ser; todo lo que necesitamos saber sobre la existencia humana podemos encontrarlo en las fuentes etnográficas.

El segundo punto implica la escala de nuestras observaciones. Como ya mencioné, los procesos de largo plazo se conforman mejor con los estudios arqueológicos. Uno de los problemas fundamentales con la analogía es la falta de congruencia temporal entre las observaciones actuales y los datos arqueológicos. Pero esta característica nos presenta un problema solamente si intentamos forzar lo etnográfico al registro arqueológico. Es decir, si es diferente la información etnográfica y los datos arqueológicos ¿Por qué buscamos respuestas etnográficas a nuestras preguntas arqueológicas?

Finalmente, los estudios etnoarqueológicos deben empezar con una pregunta provinente del registro arqueológico. Es dicho registro, y no el mundo etnográfico, que constituye el dominio apropiado de nuestros estudios científicos del pasado (Arnold, 1999: 117; 2000: 117-118). Emprender la etnoarqueología primero observando actividades contemporáneas y, después, preguntar cómo dichas conductas pueden mostrarse arqueológicamente es dirigir la etnoarqueología a la inversa. ¿Cómo podemos evaluar los métodos y los resultados de la etnoarqueología si no tenemos una idea de lo que queremos saber arqueológicamente?

## La analogía como medición

Es por estas razones que propongo un uso alternativo de la analogía etnográfica. En lugar de imponer la vida del presente al pasado, sugiero que adoptemos la analogía como un punto fijado de referencia; es decir, un «*datum*» de deducción. Desde esta perspectiva, la analogía no sirve como una representación del pasado; sino más bien como un instrumento de medición o un estándar analítico[2].

Los investigadores entienden bien cómo hacer un mapa de un sitio arqueológico. Se empieza con un punto referencial y se usa dicho punto para hacer observaciones sobre las diferencias en las distancias y las elevaciones. Para crear el mapa se tiene que hacer caso a dos principios: 1) no se debe cambiar el «*datum*» principal, y 2) no se debe cambiar el sistema de medición. Puede evaluarse la exactitud del mapa al establecer otro punto principal y repetir el proceso. La conformación entre los dos mapas verifica la representación dimensional del sitio.

Creo que podemos usar la etnoarqueología de una manera semejante. La etnoarqueología nos proporciona la oportunidad de establecer los índices o estándares fijados. Identificamos dichos puntos de referencia al observar las relaciones de causa y efecto hoy en día, en el contexto etnográfico. Solamente en este contexto podemos controlar las fuerzas que producen un patrón específico. Además, solamente en el contexto etnográfico podemos probar y confirmar la viabilidad de estas asociaciones.

Hay gente que descarta este enfoque por la falta de comprensión en la intención. Ellos dicen que no existen leyes universales del comportamiento y, dado que cada

[2] El uso de las frases «instrumento de medición» y «estándar analítico» no implica la adopción de la filosofía del instrumentalismo, usualmente asociada a los trabajos de John Dewey.

actividad cultural tiene su propio contexto, no podemos usar la conducta de un grupo de hoy en día para entender la conducta de otro grupo en el pasado (Hodder, 1991).

Este argumento, sin embargo, es una disputa contra la aplicación simple de la analogía y no contra la posición recomendada aquí. El hecho que utilicemos un método sistemático para realizar mapas de sitios —es decir, establecer un *datum* principal, medir con una cinta métrica, y fijar la curva de nivel en cincuenta centímetros— no produce mapas idénticos de sitios diferentes. La utilización de un índice fijado de una manera sistemática solamente nos da la oportunidad de documentar diferencias en relación a un estándar o punto de referencia.

Cuando hablamos de un índice o un estándar, vale recordar algunos puntos importantes. Primero, estos instrumentos de medición son arbitrarios; es decir, no hay uno «mejor» que otro. No importa si usamos centímetros o pulgadas; lo importante es que seamos consecuentes en nuestra aplicación de cualquier estándar que elijamos.

Lo siguiente es que la selección del índice depende de la pregunta particular; por ejemplo, no vale medir con centímetros cuando la pregunta involucra kilómetros. Tampoco debemos fiarnos de una medición de longitud cuando lo que interesa es el peso. Es precisamente por esta razón que el establecimiento de un índice etnoarqueológico debe empezar con una pregunta derivada del registro arqueológico (Binford, 2001).

Por último, el propósito de usar un índice es documentar las desviaciones en relación al estándar. El uso de una regla métrica no asegura que cualquier cosa va a medir un metro; asimismo, un modelo de actividades basado en observaciones etnoarqueológicas no asegura que la gente del pasado se comportó de igual manera. El valor de dicho punto de «*datum*» etnoarqueológico es la capacidad de documentar variaciones y cambios en relación a algo fijado, en otras palabras, una suposición uniformitaria.

Me gustaría compartir algunos ejemplos para ayudar a esta discusión. Tal vez el modelo etnoarqueológico más conocido fue proporcionado por Binford (1978) y resultó de sus estudios con los *Nunamiut* de Alaska. Binford inició este trabajo para explorar los patrones en las secuencias culturales del Paleolítico Medio en Francia. Es decir, él empezó su trabajo desde un punto de vista arqueológico y no simplemente como un estudio etnográfico.

Basado en sus observaciones, Binford habló de la importancia de un sistema de movilidad logística, y distinguió entre la organización cultural de los «*collectors*» y los «*foragers*». Además, identificó diferencias tecnológicas que se asocian con uno u otro.

Hay varios autores que critican el estudio de los *Nunamiut* porque este grupo viajan en motocicletas de nieve y cazan con rifles. Según estos arqueólogos, no existe una correspondencia entre la vida de los *Nunamiut* y la vida paleolítica. Consecuentemente, los *Nunamiut* no pueden servir como una analogía etnográfica.

Esta crítica subraya los problemas con el uso convencional de la analogía. La selección de los *Nunamiut* por Binford no fue realizado para proponer o confirmar la existencia de las mismas características arqueológicamente. Más bien, Binford ofreció su estudio como un punto documentado —es decir, fijado— para hacer comparaciones con el registro arqueológico. Los investigadores que simplemente notan la falta de correspondencia entre el presente y el pasado no comprenden este punto. Tampoco entienden que usan los resultados de dicho estudio para la simple identificación de los «*collectors*» o «*foragers*» en el registro arqueológico.

Otro aspecto de la discusión de movilidad logística se enfoca en la escala de investigación. Las observaciones que hizo Binford pertenecen a un ciclo de ocupación que incorpora varios años de vida. En otras palabras, aunque él realizó sus estudios etnográficos solamente por un tiempo corto, los resultados de su investigación fueron dirigidos a largo plazo.

En mi caso, estoy estudiando los cambios en el conjunto cerámico de un sitio formativo en México (Arnold, 2003b). Pero no es suficiente hablar de una diferencia a través de los años; sino que quiero entender cómo y por qué cambió este yacimiento. Basado en estudios etnográficos, como los de *Skibo* (1994) entre los *Kalinga* de las Filipinas y los de Deal (1998) en las tierras altas de Guatemala, he identificado dos tipos de cambio: 1) el proceso de reemplazar o substituir la función de una clase de artefactos por otra, y 2) el proceso de aumentar el conjunto material por la adición de una clase nueva de artefactos.

En ambos casos la colección material cambia, pero las causas y los contextos de los cambios son diferentes. Se realiza el proceso de reemplazar cuando la tecnología nueva conlleva una asociación elitista. En contraste, el incremento ocurre cuando hay presión en la organización del trabajo, especialmente a nivel doméstico. La intención, sin embargo, no es probar que estos procesos existían en el pasado. Más bien, puedo usarlos para anclar las observaciones del conjunto cerámico en el sitio a largo plazo. No podemos explorar cambios de una manera sistemática sin referencia a un estándar controlado.

## Resumen

En resumen, el uso apropiado de la etnoarqueología no consiste en la introducción simple de las análogías etnográficas en el pasado. Tampoco debemos tratar de sincronizar el presente con el pasado y buscar «viñetas etnográficas» en el registro arqueológico. El valor de los datos arqueológicos se encuentra en su relación a los procesos culturales a largo plazo. El uso de la etnoarqueología, entonces, resulta mejor cuando se conforma en relación al registro arqueológico.

Usar el presente para informar estos procesos requiere lo siguiente: 1) que se empiece la etnoarqueología con una pregunta arqueológica; 2) que termine con una aplicación de la información al registro arqueológico, y 3) que pensemos menos en los análogos y más en la medición. De esta manera podremos evitar las trampas lógicas que producen tanta confusión en la literatura y comprometen muchos de los trabajos designados como etnoarqueología hoy en día.

## Bibliografía

Arnold, P. J. III. (1991): *Domestic Ceramic Production and Spatial Organization: A Mexican Case Study in Ethnoarchaeology*, Cambridge: Cambridge University Press.

Arnold, P. J. III. (1999): «On Typology, Selection, and Ethnoarchaeology in Ceramic Production Studies», en: Chilton E. S. (ed.), *Material Meanings: Critical Approaches to the Interpretation of Material Culture*, pp. 103-117, Salt Lake City: University of Utah Press.

Arnold, P. J. III. (2000): «Working Without a Net: Recent Trends in Ceramic Ethnoarchaeology», *Journal of Archaeological Research*, 8: 105-133.

Arnold, P. J. III. (2003a): «Back to Basics: The Middle-Range Program as Pragmatic Archaeology», en: VanPool T. L. y Christine S. VanPool C. S. (eds.), *Essential Tensions in Archaeological Method and Theory*, pp. 55-66, Salt Lake City: University of Utah Press.

Arnold, P. J. III. (2003b): «Early Formative Pottery from the Tuxtla Mountains and Implications for Gulf Olmec Origins», *Latin American Antiquity*, 14: 29-46.

Binford, L. R. (1978): *Nunamiut Ethnoarchaeology*, New York: Academic Press.

Binford, L. R. (1981): «Behavioral Archaeology and the «Pompeii Premise» », *Journal of Anthropological Research*, 37: 195-208.

Binford, L. R. (1982): «Objectivity-Explanation-Archaeology 1981», en: Renfrew, C., Rowlands, M. J. y B. Reagraves-Whallon, B. (eds.), *Theory and Explanation in Archaeology: The Southampton Conference*, pp. 125-138, New York: Academic Press.

Binford, L. R. (1983): «Working at Archaeology: The Late 1960s and Early 1970s», en: *Working at Archaeology*, pp. 3-20, New York: Academic Press.

Binford, L. R. (2001): «Where do Research Problems Come From?», *American Antiquity*, 66: 669-678.

David, N. y Kramer, C. (2001): *Ethnoarchaeology in Action*, Cambridge: Cambridge University Press.

Deal, M. (1998): *Pottery Ethnoarchaeology in the Central Maya Highlands*, Salt Lake City: University of Utah Press.

Gándara, M. (1990): «La analogía etnográfica com heurística: Lógica muestreal, dominios ontológicos e historicidad», en: Suguiara Y. y Serra, M. C. (eds.), *Etnoarqueología Coloquio Bosch-Gimpera*, pp. 43-82, Instituto de Investigaciones Antropológicas, México, D.F.: Universidad Nacional Autonoma de México.

Gould, R. A. (1978): «Beyond Analogy in Ethnoarchaeology», en: Gould, R. A. (ed.), *Explorations in Ethnoarchaeology*, pp. 249-293, Albuquerque: University of New Mexico Press.

Hegmon, M. (1998): «Technology, Style, and Social Practice: Archaeological Approaches», en: Stark, M. (ed.), *The Archaeology of Social Boundaries*, pp. 264-279, Washington DC: Smithsonian Institution Press.

Hernando Gonzalo, A. (1995): «La Etnoarqueología hoy: una vía eficaz de aproximación al pasado», *Trabajos de Prehistoria*, 52(2): 15-30.

Hodder, I. (1991): *Reading the Past: Current Approaches to Interpretation in Archaeology*, Cambridge, 2a: Cambridge University Press.

Kelley, J. y Hanen, M. (1987): *Archaeology and the Methodology of Science*, Tucson: University of Arizona Press.

Skibo, J. (1994): «The Kalinga Cooking Pot: An Ethnoarchaeological and Experimental Study of Technological Change», en: Longacre W. y Skibo, J. (eds.), *Kalinga Ethnoarchaeology: Expanding Archaeological Method and Theory*, pp. 113-126, Washington, DC: Smithsonian Institution Press.

Stahl, A. B. (1993): «Concepts of Time and Approaches to Analogical Reasoning in Historical Perspective», *American Antiquity*, 58: 235-260.

Stark, M. T. (1994): «Pottery Exchange and the Regional System: A Dulapa Case Study» en: Longacre W. y Skibo, J. (eds.), *Kalinga Ethnoarchaeology: Expanding Archaeological Method and Theory*, pp. 169-197, Washington, DC: Smithsonian Institution Press.

Stark, M. T. (2003): «Current Issues in Ceramic Ethnoarchaeology», *Journal of Archaeological Research*, 11: 193-242.

Wobst, H. M. (1978): «The Archaeo-Ethnography of Hunter-Gatherers or the Tyranny of the Ethnographic Record in Archaeology», *American Antiquity*, 43: 303-309.

Wylie, A. (1985): «The Reaction Against Analogy», *Advances in Archaeological Method and Theory*, 8: 63-111.

Wylie, A. (2002): «The Reaction Against Analogy», en: *Thinking from Things: Essays in the Philosophy of Archaeology*, pp. 136-153, Berkeley: University of California Press.

# El giro poscolonial: hacia una etnoarqueología crítica

ALFREDO GONZÁLEZ RUIBAL
Universidad Complutense.

**ABSTRACT.** With some remarkable exceptions, ethnoarchaeologists have been seldom concerned with the ethical problems raised by their work with the living communities of the Third World. This lack of interest leads, in a generally unconscious way, to the construction of neo-colonial narratives on the subject/object of study, who is considered as essentially «primitive» —changeless, without history, without culture—, at the disposal of western archaeologists. Overcoming the neo-colonial shortcomings of ethnoarchaeological research is probably impossible, since we are embedded in a capitalist, globalized world, but it is at least necessary to reflect on them and be aware of their implications. Thus, we have *a*) to make explicit the neocolonial links between archaeological praxis and politics; *b*) to deconstruct colonial (meta)narratives in our discipline; and *c*) to introduce the post-colonial agenda in our ethnoarchaeological research. A case study from Western Ethiopia, where different kinds of colonial subjects have been constructed and contested, is addressed in this article.

**RÉSUMÉ.** Avec des excéptions remarquables, les questions éthiques que posse le travail avec des communautés vivantes du Tiers Monde ont rarement préoccupé aux éthnoarcheologues. Cette manque d'intérêt conduit, d'une façon la plupart des fois inconsciente, à l'élaboration de récits hégémoniques et neocoloniales sur le sujet/objet d'étude, qui est consideré essentiellement «primitive» —immuable, sans histoire, sans culture—, et toujours à disposition des archéologues occidentaux. Surmonter completement les problèmes neocoloniaux est probablement une tâche impossible, parce que nous sommes immergés dans un monde capitaliste et globalisé, mais c'est quand même nécessaire de réflechir sur ces problèmes et d´être conscients de ses implications. On doit donc: *a*) révéler des liens neocoloniaux entre la pratique archéologique et la politique *b*) deconstruire des (meta)discours coloniaux dans la discipline; et *c*) introduire les questions de la théorie post-coloniale dans notre recherche. Dans cet article, on étude un exemple de l'Éthiopie occidental, où des differents types de sujets coloniaux ont été produits par les États voisins et réjetés ou assimilés de differentes manières par les populations indigènes.

## Teoría poscolonial y arqueología

Durante las últimas dos décadas los arqueólogos han ido cobrando consciencia de las implicaciones éticas que posee su trabajo, especialmente en aquellos lugares del mundo donde los restos arqueológicos poseen todavía un significado relevante para las sociedades actuales (Layton, 1989). Esto ha llevado, entre otras cosas, a abogar por una «arqueología de las comunidades» (Marshall, 2002), que otorgue a éstas —no necesariamente de países tercermundistas— un papel más relevante en la gestión e interpretación de los restos materiales del pasado (véase: The Ludlow Collective, 2001). En buena medida, fenómenos como el reenterramiento de vestigios arqueológicos, especialmente humanos (Gosden, 2001: 249-257), la multivocalidad (Gnecco, 1999) y la crítica de las narrativas imperialistas en arqueología (Hingley, 2000; Gosden, 2004; Given, 2004) es reflejo de la generalización de perspectivas que podríamos denominar poscoloniales. La influencia del pensamiento poscolonial en las últimas dos décadas se ha dejado sentir en la crítica literaria, la historiografía, la antropología y recientemente en la arqueología (Gosden, 2001), hasta el punto de que podríamos hablar con propiedad de un giro poscolonial en las ciencias humanas y sociales. Curiosamente, pese a que los etnoarqueólogos trabajan con gente viva, en muy escasas ocasiones se ha producido una reflexión crítica equivalente no ya a la de la antropología, sino simplemente a la de la arqueología —notables excepciones son las de David y Kramer (2001: 63-90) y Fewster (2001)—. El objetivo de este artículo es llamar la atención sobre la necesidad de que los etnoarqueólogos reflexionen sobre las implicaciones éticas y políticas de su práctica y de su discurso. Para ello, la teoría poscolonial nos ofrece elementos de crítica sumamente útiles.

Los orígenes de esta tendencia se encuentran en los estudios literarios y, en general, en lo que en el mundo anglosajón se denominan *cultural studies*. El padre oficial de la teoría y uno de los autores más influyentes es Edward Said, autor de *Orientalism* (1978). En esta obra, con una clara influencia de Foucault, se revelaba el papel que los intelectuales, en particular los escritores, tuvieron en la construcción de un discurso colonial sobre las comunidades extraeuropeas. Said exploró, en concreto, la existencia de una visión estereotipada del Oriente, desde el mundo árabe a Japón y del Medievo a nuestros días, a partir de la cual Occidente autoproclamaba su superioridad moral y cultural y justificaba la dominación del Otro. Frente a los documentos con una intención más panfletaria y política, Said bucea en los productos aparentemente más inocentes y puros del pensamiento occidental, la novela, la poesía o la literatura de viajes. Puede así, como propone Foucault, «coger al poder en sus extremidades, en sus confines últimos, allí donde se vuelve capilar, de asirlo en sus formas e instituciones más regionales, más locales» (Foucault, 1978: 142). Pese a las críticas de las que ha sido objeto, la obra de Said inauguró una línea de trabajo cuyo objetivo básico ha sido desmontar la parte de colonialismo que hay en cualquier producto intelectual metropolitano.

Esta empresa la han continuado otros pensadores poscoloniales, como Homi Bhabha y Gayatri Chakravorti Spivak. Una de las mayores preocupaciones de estos autores ha sido analizar como se han producido los sujetos coloniales, a través de qué mecanismos los propios colonizados han asimilado su imagen negativa y hasta qué punto la han resistido o han encontrado espacio para resistirla. Así, Bhabha (1994: 70), afirma que «el objetivo del discurso colonial es construir al colonizado

como una población de tipos degenerados sobre la base del origen racial, con el fin de justificar la conquista y establecer sistemas de administración e instrucción». Al contrario que Said, sin embargo, tanto Bhabha como Spivak subrayan la imposibilidad de que el discurso colonial se realice de forme plena, lo que se revela en la repetición constante de los estereotipos coloniales. Por otro lado, mientras que en Said y en Bhabha el sujeto colonizado posee cierta capacidad de acción y de expresión, para Spivak (1993) los colonizados, los subalternos, no pueden hablar, su discurso es irrecuperable, una ficción, lo cual resulta especialmente verdad en el caso de las mujeres. Lo que deben hacer los historiadores y antropólogos, por consiguiente, no es tanto recuperar las voces reprimidas de los sujetos coloniales, como denunciar la propia imposibilidad de existencia de un discurso subalterno. En todos los casos, los autores coinciden en afirmar que el proceso de creación de una identidad subalterna se produce mediante una inscripción del discurso sobre el sujeto colonizado. Ese proceso de inscripción se produce, como decía, tanto de forma abiertamente opresiva —administración, educación— como por medios más sutiles —literatura, arte—. Esta doble vía es la que asegura el éxito y el carácter perdurable de la implantación de la imagen colonial, al menos dentro de los márgenes que permiten las vías de resistencia.

En buena medida paralelamente, los antropólogos vienen realizando una profunda crítica del sesgo imperial que afectaba a su labor científica (Davies, 1999: 11, 45), lo que explica el rechazo, o al menos suspicacia, que las jóvenes naciones descolonizadas han mostrado hacia esta disciplina. Grandes maestros como Radcliffe-Brown o Marcel Griaule realizaron una práctica abiertamente colonial, bien por haberse puesto al servicio de las autoridades coloniales, bien porque sus métodos se han asemejado, en muchas ocasiones, al mero saqueo (intelectual o incluso material) de las tradiciones locales. En cualquier caso, los antropólogos no tienen más remedio que admitir su parte en la construcción de un discurso opresor sobre los pueblos conquistados. La revisión de la práctica antropológica colonial ha llevado, entre otras cosas, a que el modelo tradicional de investigación, donde Nosotros (hombres, blancos, de países industriales) estudiamos a Otros, haya sido puesto en tela de juicio (Gosden, 1999: 180). Esto afecta también a la imagen de las culturas como islas: los antropólogos estudiaban grupos que se juzgaban discretos, bien definidos —los *nuer*, los *yanomamo*— y sobre todo estáticos, sin historia, situación que se expresaba mediante el recurso al presente etnográfico (Davies, 1999: 157-58). Durante los últimos años se ha impuesto la tendencia a contemplar las culturas como entidades híbridas y en continua formación (Jones, 1997). Como señalaba al principio de este artículo, los arqueólogos también han iniciado una labor de autocrítica respecto al apoyo que han prestado a las administraciones coloniales, su entusiasmo saqueador del patrimonio arqueológico de otros pueblos y la producción de relatos racistas —un interesante ejemplo es el estudiado recientemente por Keenan (2002)—.

Los etnoarqueólogos no podemos considerar que nuestro trabajo se encuentra más allá de las redes (neo)coloniales y de la construcción de discursos hegemónicos occidentales. Por mucho que la nómina de investigadores sea reducida y su obra científica tenga un papel cuantitativa y cualitativamente mínimo, en comparación con otras disciplinas (antropología, historia, arqueología), es ilícito pensar que nuestra tarea carezca de dependencias extradiscursivas (*sensu* Foucault, 1978) e incluso que nuestro discurso se encuentre desligado de una construcción metateó-

rica que trasciende a la propia disciplina. Así pues, una etnoarqueología poscolonial debe abordar las siguientes tareas:

1. Hacer explícitos sus vínculos neocoloniales: considerando el lugar en el que se lleva a cabo el trabajo de campo, su historia política y sus dependencias presentes y pasadas.
2. Releer la etnoarqueología a la luz del poscolonialismo: observando cómo los etnoarqueólogos reproducen, consciente o inconscientemente discursos neocoloniales, es decir, observando como colaboran a construir un sujeto (neo)colonial.
3. Introducir las cuestiones poscolonial en nuestro trabajo, las cuales afectan directamente a las comunidades con que trabajamos, y valorar el conocimiento local. Tener esto en cuenta supone involucrarse de forma más activa en las comunidades locales y abandonar cualquier veleidad por parte del etnoarqueólogo de estar en posesión de un conocimiento superior.

## 1. Hacer explícitos los vínculos neocoloniales

Debemos plantearnos, en primer lugar, en qué lugares practicamos la etnoarqueología. En la mayor parte de los casos esos lugares presentan, al menos, dos problemas: han sufrido un proceso colonial por parte de Occidente (posiblemente nuestro propio estado) y se ubican en un país pobre, sea del Tercer Mundo o se encuentre «en vías de desarrollo». Por lo que se refiere al fenómeno colonial, es obvio que en la inmensa mayoría de los casos se aprovechan unas relaciones de dominación previas —sea por lazos económicos, políticos o académicos de tipo neocolonial—, que hacen que a los investigadores les resulte más sencillo llevar a cabo trabajo de campo en sus antiguas posesiones. Así, incluso en una disciplina con poca vocación exterior (por motivos económicos entre otras cosas) como es la arqueología y la etnoarqueología en España, se pueden advertir también relaciones de tipo neocolonial: países como Marruecos, Guinea Ecuatorial y las naciones latinoamericanas han recibido tradicionalmente a investigadores de la Península. En realidad, si parece que la ciencia española no tuvo (o tiene) apenas efecto en la creación de un discurso colonial es porque, con contadas excepciones (por ejemplo, Calvo, 1997; Fernández Martínez, 2001) no se ha analizado el trabajo de los investigadores españoles en las colonias. La obra de Almagro Basch (1947), por lo que respecta a la arqueología, y las de Unzueta (1944) y Guinea (1947), entre otros, en cuanto a la antropología, sirven para demostrar el papel activo que estas disciplinas tuvieron en su momento en crear un sujeto colonial.

Es cierto que tampoco en otros países, protagonistas de la colonización de la era industrial, se ha llevado a cabo una reflexión sobre la responsabilidad de los etnoarqueólogos, fundamentalmente por el carácter joven de esta disciplina. Aunque apenas con intención crítica, el artículo de McEachern (1996) sobre etnoarqueología en África, deja en evidencia clara que los investigadores han heredado directamente las líneas geográficas de la ocupación colonial: los equipos francófonos han copado el oeste de África mientras que los anglófonos se han encargado del este y sur del continente. Ian Hodder (1982, 1982a), por ejemplo, ha seguido un itinerario claramente colonial: Kenya, Sudán y Zambia. Curiosamente, pese a sus preocupaciones

éticas y sus llamadas a la reflexividad en el trabajo arqueológico (Hodder, 1994), no ha hecho nunca explícitas las implicaciones neocoloniales de su trabajo.

No es tampoco casual que los Estados Unidos, potencia inverosímilmente autoproclamada anticolonial, haya centrado sus estudios etnoarqueológicos en su área de influencia política más clara: Latinoamérica, «casualmente» la zona donde han tenido una intervención política más directa. El único país abiertamente colonizado por Estados Unidos, Filipinas, ha sido y es una de las regiones clásicas de la etnoarqueología, gracias al trabajo de Longacre y su equipo (Longacre y Skibo (eds.), 1994). No puede olvidarse que este investigador comenzó su trabajo durante la dictadura de Ferdinand Edralin Marcos. ¿Y qué decir de los numerosos investigadores que se concentraron en Irán en época del Sha? Algunos de los trabajos fundamentales de la etnoarqueología se realizaron en esta zona antes del año 1979 (Watson, 1979; Kramer, 1982; Horne, 1994). ¿No es una forma de sancionar simbólicamente un regimen despótico aprovecharse del amparo que le presta nuestro propio país para llevar a cabo una investigación etnoarqueológica?

Como decía, deberíamos tener en cuenta asimismo el hecho de que los países con los que trabajamos sean por lo general pobres, o más pobres que el nuestro, mientras que los etnoarqueólogos solemos proceder de países ricos y pertenecer a clases medias sin problemas económicos. Incluso cuando se trabaja en el país propio, normalmente existe una asimetría socioeconómica significativa entre el investigador y los individuos objeto de estudio, lo cual es especialmente claro en el caso de Latinoamérica —aunque también puede suceder en Europa—. Said (1996: 107) ha señalado la dificultad que plantea esta relación desigual entre los antropólogos, que da lugar a una «casi insuperable contradicción entre una realidad política basada en la fuerza, y el deseo científico y humano de entender al Otro a través de la simpatía y de la hermenéutica…». En el caso de los etnoarqueólogos suele ser más grave porque, así como nuestros colegas alcanzan al menos un grado notable de integración en la comunidad en la que trabajan y llegan a implicarse activamente en sus vidas y problemas (por ejemplo: James, 2002, en la misma zona en que yo he trabajado), los etnoarqueólogos raramente tenemos un contacto más que superficial con los individuos que estudiamos. Por supuesto existen ejemplos en contra, como lo demuestran los estudios de larga duración de Nicholas David en Camerún (cf. bibliografía en: David y Kramer, 2001), por ejemplo. Una convivencia más larga e intensa con las comunidades, como ya propuso —aunque no practicó— Hodder (1994: 132) en su día puede ser una forma sino de superar sí de amortiguar el carácter hondamente asimétrico de nuestra relación con las comunidades.

## 2. Releer la etnoarqueología a la luz del poscolonialismo

Simplemente por el hecho de que la etnoarqueología se realice por parte del opulento mundo occidental en comunidades pobres y tercermundistas ya debería obligarnos a realizar una reflexión crítica sobre nuestra posición como investigadores (Shepherd, 2002). Sin embargo, la cuestión es más grave, puesto que, al contribuir a afianzar esta relación asimétrica por la propia esencia de nuestra disciplina, estamos contribuyendo a crear un sujeto neocolonial, del mismo modo que los literatos, antropólogos e historiadores colaboraron, de forma más o menos inconsciente, en crear un sujeto colonial. Si en ese caso se trataba de construir una imagen

del otro claramente negativa y subalterna, mediante la exageración de rasgos como el salvajismo, el escaso desarrollo tecnológico, la suciedad o la promiscuidad, el sujeto neocolonial se dibuja, como toda la política neocolonial, de forma mucho más sutil y se conjuga en forma pasiva: se trata de un sujeto-objeto, sin personalidad cultural, neutro, al servicio de Occidente. Mientras Europa tiene una historia y una cultura particulares, el sujeto neocolonial de la etnoarqueología vive en un presente ahistórico y acontextual que permite su extrapolación allá donde consideremos necesario —por lo general, a comprender mejor los problemas arqueológicos que nos planteamos los arqueólogos blancos (como ha criticado Agbaje-Williams, cit. en: Folorunso, 1993)—. De hecho, la etnoarqueología recuerda a la cartografía colonial en la forma que tiene de tratar al objeto de estudio: un espacio neutro, «tierra no inscrita» en palabras de Spivak (1999: 212), que el colonizador se encarga de inscribir —en nuestro caso con culturas ajenas a aquellas que han sido simbólicamente desposeídas por nuestra labor—. De lo que debemos ser conscientes los etnoarqueólogos, como los historiadores o los antropólogos, es que tenemos el poder de narrar sobre el Otro y «el poder para narrar, o para impedir que otros relatos se formen y emerjan en su lugar, es muy importante para la cultura y para el imperialismo, y constituye uno de los principales vínculos entre ambos» (Said, 1996: 13). Según Kapucinski (2004: 25) «cuando uno opta por describir la realidad, su escritura influye sobre esa realidad». Por tanto, lo que escribamos sobre la gente que estudiamos contribuirá a su opresión —real o simbólica— o a todo lo contrario.

Por otro lado, también deberíamos preguntarnos hasta qué punto colaboramos con la consolidación de la imagen (neo)colonial mediante la repetición de estereotipos, como señalaba Bhabha (1994), en nuestro caso heredados de la antropología colonial: los etnoarqueólogos, más que ningún otro tipo de investigador, favorecen la fijación de modelos proyectados por Occidente hacia otras culturas. Buscamos tecnología de cazadores-recolectores, economía de agricultores incipientes o arquitectura de grupos pastoriles, sin plantearnos el carácter impuesto o artificial de nuestros compartimentos estancos y el carácter híbrido de la mayor parte de las comunidades que analizamos (Gosden, 2001: 248). En resumen, la etnoarqueología, como otras ciencias sociales, produce conocimiento sobre el Otro y al hacerlo contribuye a construir una imagen, consciente o inconscientemente. Lo que debemos procurar es que dicha imagen se vea libre en toda la medida posible, de valores coloniales. Al fin y al cabo, acabar con el colonialismo no sólo consiste en velar por la independencia y autonomía de los países del Tercer Mundo, sino dar la vuelta a los modos dominantes de ver el mundo. Proyectando estereotipos que fijan al Otro como categóricamente primitivo y a disposición de Occidente, no contribuimos en absoluto a minar los prejuicios del sujeto colonial. Probablemente quienes realizan una práctica más colonial de todo el gremio etnoarqueológico (casi siempre inconscientemente), por su desprecio de la historia local, la cultura y el contexto sociopolítico, son los partidarios de la sociobiología, una tendencia en alza en los Estados Unidos. Sus análisis reducen la cultura a la mera biología, fácilmente describible con una serie de fórmulas matemáticas en las que todo se explica por cuestiones adaptativas y funcionales (un buen ejemplo: Bird y Bird, 2000). Los sociobiólogos se defienden diciendo que no sólo los bosquimanos o los aborígenes son víctimas del determinismo ecológico, también lo somos los occidentales. Sin embargo, como perspicazmente señalan David y Kramer (2001: 107), cabe preguntarse porqué acuden a grupos del Tercer Mundo si pueden estudiarse a ellos mis-

mos. Con su actitud los sociobiólogos contribuyen activamente a identificar el objeto de estudio como más salvaje, más cercano al estado natural, menos tocado por la historia.

Lo que parece el punto flaco de la etnoarqueología —la sustracción de conocimiento de otras comunidades—, puede, no obstante, convertirse en su mayor ventaja: los etnoarqueólogos somos el único colectivo investigador que basa su propia esencia en la necesidad de adquirir conocimientos inalcanzables en Occidente, es decir, dependemos por completo de la experiencia del Otro y consideramos su conocimiento válido y útil (González-Ruibal, 2003b). Con ello, nos aproximamos a lo que pensadores poscoloniales como Spivak (1999) propugnan: no debemos pensar en qué podemos ayudar a las comunidades del Tercer Mundo, situándonos así en un plano de superioridad, sino en qué pueden ayudarnos éstas a nosotros. Hay que dejar que ellos nos enseñen, como ha señalado Hodder (1994: 122).

## 3. Introducir las cuestiones poscoloniales en la etnoarqueología

Una vez que se ha deconstruido la etnoarqueología tradicional, una nueva práctica pasaría por contar con las cuestiones poscoloniales que indudablemente afectan a nuestro trabajo, pese a que raramente se toman en consideración: la tensión entre globalización y cultura local, las identidades de la diáspora, el mestizaje, la creación de sujetos subalternos, la resistencia, el nacionalismo, el género, la raza y muchas otras cosas. Estos temas aparecen recogidos en la mayor parte de las introducciones al poscolonialismo y en *readers* sobre la materia —(por ejemplo: McLeod, 2000)—. No podemos utilizar a las comunidades tradicionales como seres sin historia y sin problemas, es decir, exentas de su contexto (pos)colonial. Prescindir de este contexto quizá no tenga ningún efecto si lo que pretendemos es, única y exclusivamente, comprender los procesos de alteración del registro arqueológico en un yacimiento magdaleniense. Sin embargo, si somos conscientes de que tenemos un compromiso con las comunidades en que desarrollamos nuestra labor, no podemos dejar de tomar en consideración todas las cuestiones que ha planteado la crítica poscolonial y que afectan a las relaciones —políticas, económicas, académicas— entre los países privilegiados (o dominadores) y los países pobres (o dominados), así como a los individuos que habitan estos últimos.

La visión esencialista de los etnoarqueólogos, más que la de cualquier otro científico social, tiende a simplificar la realidad cultural y los problemas de las gentes que estudiamos, repitiendo estereotipos esencialistas, como ya he señalado. No obstante, como se encargan de subrayar los críticos poscoloniales, «nadie es hoy puramente una sola cosa» (Said, 1996: 515; también uno de los temas centrales de Bhabha, 1994) y esta situación no caracteriza únicamente al mundo moderno. Incluso los grupos aparentemente menos afectados por el contacto llevan con toda seguridad varios cientos o miles de años relacionándose con otras culturas: el ejemplo de las cerámicas romanas aparecidas en Vietnam (Groslier, 1986) es bien elocuente. La propia globalización actual no deja de producir nuevas culturas locales, aunque es necesario reconocer que, por su dependencia de culturas materiales tradicionales y modos de racionalidad premodernos, a la etnoarqueología de la Prehistoria se le presenta un panorama más sombrío que a la antropología. De todos modos, la experiencia local del uso de tecnologías modernas sigue resultando útil

como elemento de reflexión para los arqueólogos (González-Ruibal, 2003b: 159). Del mismo modo que las culturas están en contacto desde siempre, las personas llevan desplazándose desde tiempo inmemorial: el fenómeno de la diáspora, que se ha incrementado exponencialmente a partir de fines del siglo XIX por motivos políticos, económicos y tecnológicos, tiene un efecto fundamental en la cultura de múltiples comunidades y, desde luego, afecta al registro material: he podido comprobarlo personalmente con las comunidades con que trabajo en Europa y África (Fernández Martínez y González-Ruibal, 2001; González-Ruibal, 2003). La modernidad y el contacto con Occidente ha traído igualmente cambios en la construcción del género, en el papel social y el status de las mujeres, en la autoridad de los varones (cf. Moore, 1986). Algunos de los trabajos, como el mencionado, aunque básicamente antropológicos, han servido también para ofrecer elementos de reflexión a la arqueología (Morris, 2000: 283-84).

Muchos de los problemas que tienen que ver con la diáspora, la raza, el género o la modernización se encuentran estrechamente vinculados a un sustrato colonial y a las presentes relaciones neocoloniales, todo lo cual afecta a las sociedades del Tercer Mundo de hoy y a su cultura material. Como demuestran actuaciones recientes —la de Francia en Costa de Marfil (2004), por ejemplo— no podemos pensar que ya no se producen sujetos subalternos por parte de Occidente. De hecho, más importante que introducir las preocupaciones de los críticos poscoloniales en el trabajo etnoarqueológico es hacer de nuestra labor una actividad negociada con las comunidades locales (Shepherd, 2002: 80), que permita construir discursos que vayan más allá de la analogía arqueológica y atacar la visión del Otro como subalterno. Si la arqueología ha sido vista como una usurpación del pasado de los pueblos colonizados por parte de Occidente (Gosden, 2001: 249), la etnoarqueología corre el riesgo, si no lo remediamos, de ser considerada una usurpación del presente.

## El sujeto colonial revelado: una aproximación etnoarqueológica a tres formas de construcción de la identidad

Trataré a continuación un caso de estudio procedente del oeste de Etiopía, en concreto de la región autónoma de *Benishangul-Gumuz* (fig. 1).

Aquí se han llevado a cabo trabajos arqueológicos y etnoarqueológicos por parte del Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense durante tres años, bajo la dirección de V. M. Fernández (Fernández Martínez y González-Ruibal, 2001; González-Ruibal y Fernández Martínez, 2003; Fernández Martínez, 2004; González-Ruibal, E. P.). El principal objetivo, por lo que a la etnoarqueología se refiere, era realizar una recopilación lo más exhaustiva posible de la cultura material de los pueblos de la zona, pertenecientes a un subgrupo nilótico que, por sus caracteres aparentemente más arcaicos, fue definido como «prenilótico» (Grottanelli, 1948). La mayor parte de la investigación se centró en los *berta*, un grupo segmentario de agricultores de roza y quema. Otras etnias de la región son los *mao*, los *kwama* y los *gumuz*. Junto a estas comunidades nativas se encuentran los grupos de las Tierras Altas (*amhara* y *oromo*), que han llegado como invasores o colonos a lo largo del último siglo y medio fundamentalmente.

Desde un punto de vista etnoarqueológico, los pueblos de la frontera etio-sudanesa presentan un gran interés, dado que permiten comprobar la coincidencia o

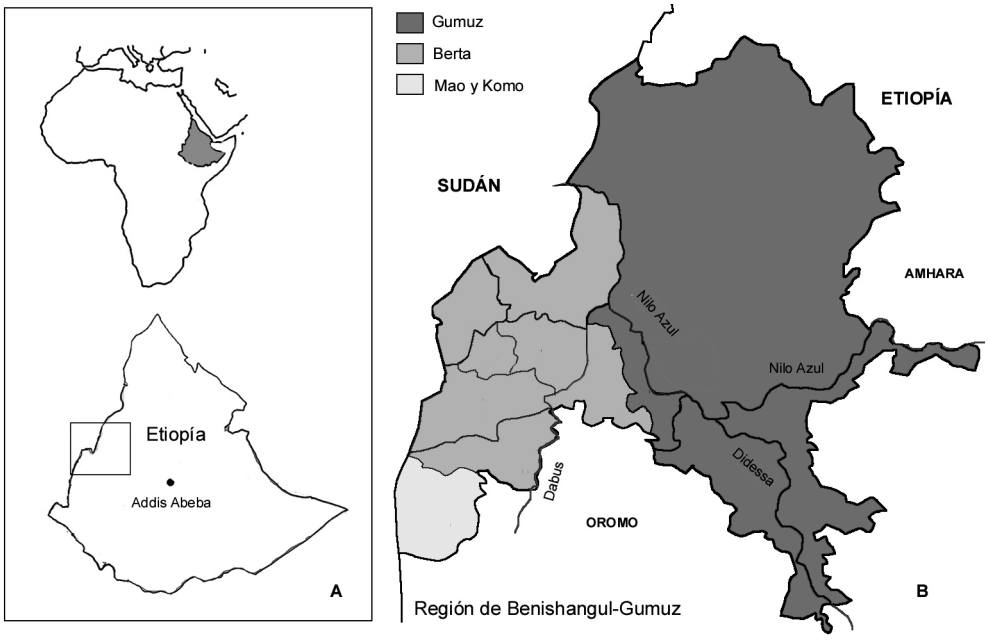



Figura 1. Ubicación del área de estudio y distribución aproximada de las principales etnias mencionadas en el texto.

no entre fronteras materiales y étnicas y el contexto social que favorece o inhibe la señalización activa de esas fronteras. En general, se advierte una coincidencia muy clara entre los límites de los grupos y su cultura material, especialmente por lo que se refiere a la cerámica: al contrario que en otras zonas de África (por ejemplo Dietler y Herbich, 1989; Gallay *et alii*, 1996), en *Benishangul* cada grupo étnico tiende a consumir preferentemente la cultura material característica de su etnia.

En general y de forma muy simplificada, podemos observar tres actitudes de producción de la identidad diferentes entre los grupos nilóticos de *Benishangul*. Dicha identidad se construye tanto a través de elementos materiales (cerámica, vivienda, indumentaria) como no materiales (religión, lengua).

1) Una actitud de resistencia generalizada que caracteriza sobre todo a los *gumuz* y en menor medida a los *kwama*. Ambos mantienen la desnudez (fig. 2), el uso de escarificaciones, una arquitectura y una cerámica propia y el uso de instrumentos de caza tradicionales (arcos, flechas, lanzas) (fig. 3); las religiones tradicionales tienen todavía un gran peso (sobre todo entre los *gumuz*) y hablan de forma preferente su propia lengua —*gumuz* o *kwama*—, aunque conozcan otras.

El intercambio de hermanas se ha utilizado entre estos grupos frente a la compra de la novia, como forma de cohesión intragrupal (James, 1980; 1986). Dada la experiencia que *gumuz* y *kwama* tienen de la esclavitud —pues han sido objetivo tradicional de razzias esclavistas—, consideran que la compra de la novia es, en cierto modo, un acto semejante al de los traficantes de esclavos y que aliena a la novia comprada del grupo del que procede. El mantenimiento de la cultura propia y la actitud de resistencia ante la colonización sudanesa o abisinia ha llevado a que *gumuz* y *kwama* hayan buscado refugio en las zonas más inhóspitas y apartadas del

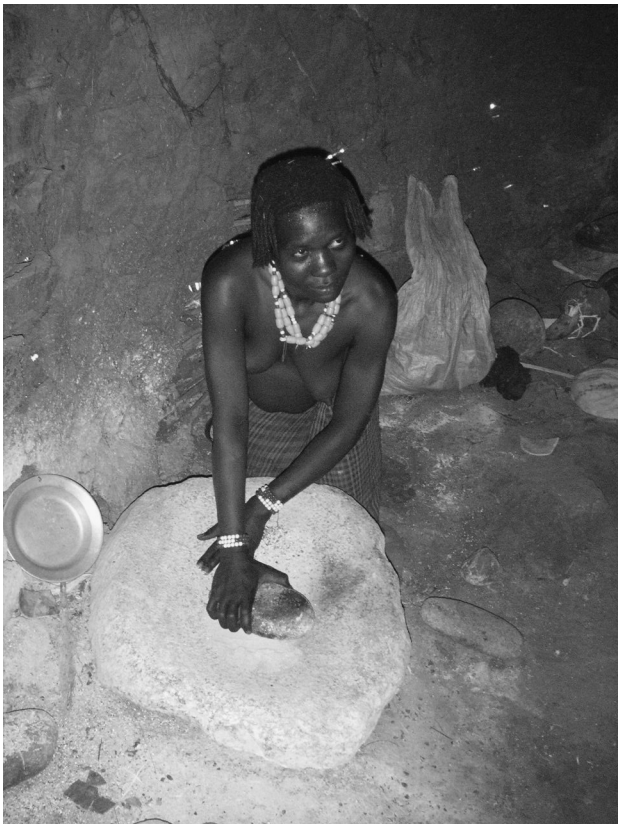


Figura 2. Mujer *kwama* moliendo en el interior de su vivienda (Zebsher). El atuendo es típicamente *kwama*: collares y pulseras de cuentas y una falda como único vestido.

occidente de Etiopía. Los *gumuz* son los que más han sufrido invasiones y expediciones esclavistas desde la Edad Media (Pankhurst, 1977).

Esta larga experiencia histórica de maltrato, desprecio y depredación por parte de otros grupos puede explicar que sean los *gumuz* quienes mantienen con más fuerza y tesón su identidad cultural.

2) Una actitud de resistencia a los pueblos de las Tierras Altas etíopes y de identificación con el mundo islámico sudanés, que es propia de los *berta*. La influencia islámica les ha llevado a abandonar la desnudez, que han cambiado por chilabas y velos (fig. 4), las escarificaciones (tres líneas verticales en cada mejilla) se han reinterpretado como la inicial de Alá (el *alif*); mantienen una cerámica y una arquitectura propias, aunque han adoptado elementos sudaneses, como la vajilla metálica esmaltada con símbolos islámicos, los remates en forma de media luna en algunas casas, la planta cuadrada, especialmente en los ámbitos «urbanos», y la vajilla del café (fig. 5); la religión tradicional ha desaparecido casi por completo (más del 99 por 100 de los *berta* se declaran musulmanes) y suelen ocultar o rechazar las prácticas rituales tradicionales (como la consulta a brujos y el consumo de la cerveza). Aunque la lengua *berta* (*rut'ana*, palabra árabe sudanesa) es la más hablada en *Benishangul*, posee numerosas interferencias con el árabe, idioma que hablan de forma corriente muchos individuos. El matrimonio es por compra de la novia y las bodas entre primos son habituales, como sucede en el vecino Sudán. La

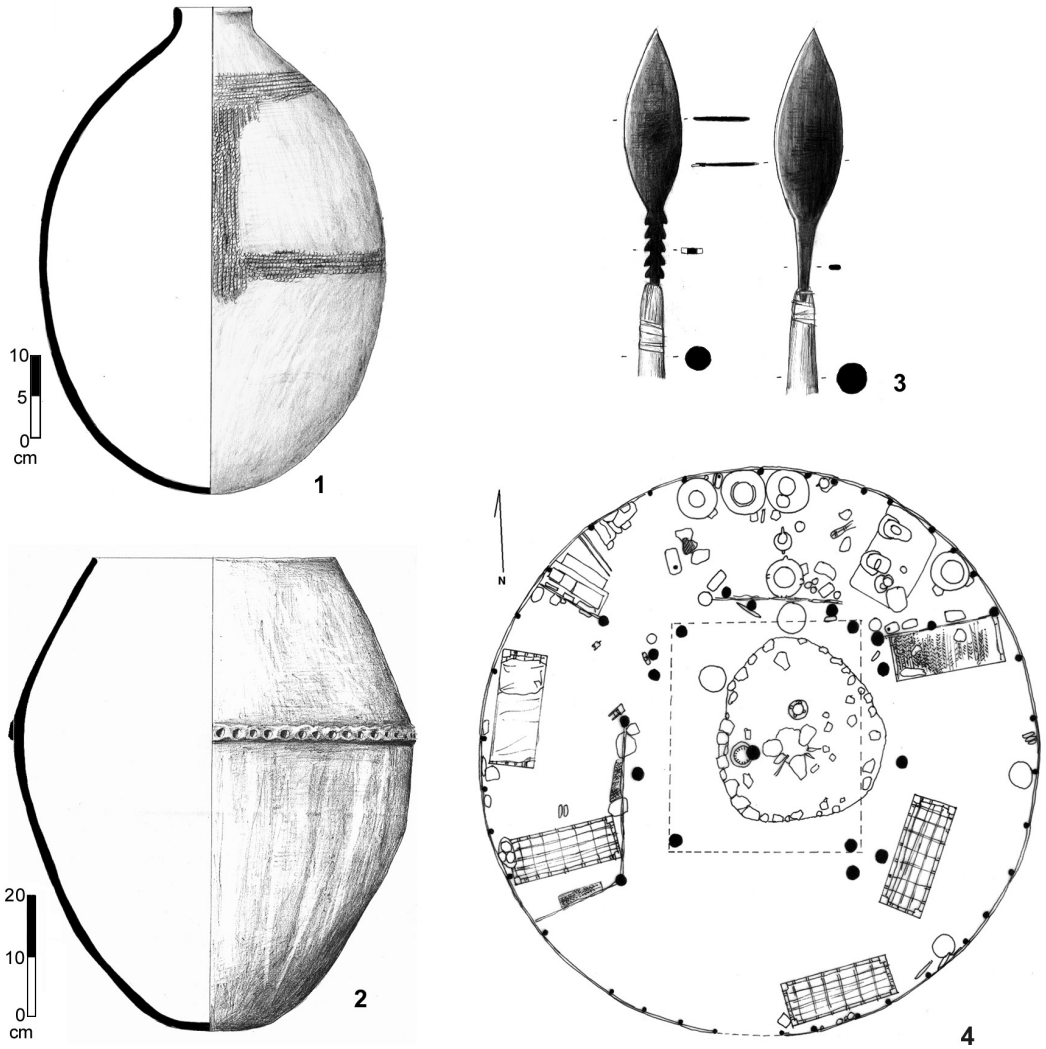



Figura 3. Cultura material *gumuz* y *kwama*: 1. Recipiente *kwama* para cerveza (*kongo*) (Zebsher); 2. Recipiente para la cerveza (*koga*) (Berkasa); 3. Puntas de flecha *gumuz* (Sirba Abbay); 4. Vivienda tradicional *gumuz* (Berkasa).

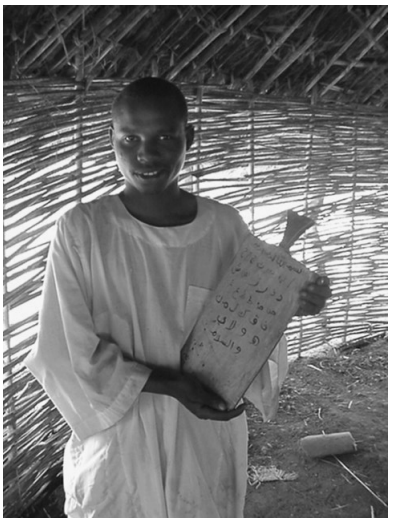


Figura 4. Joven *berta* con las tablas coránicas utilizadas en las madrasas para aprender a escribir (Famatsere).

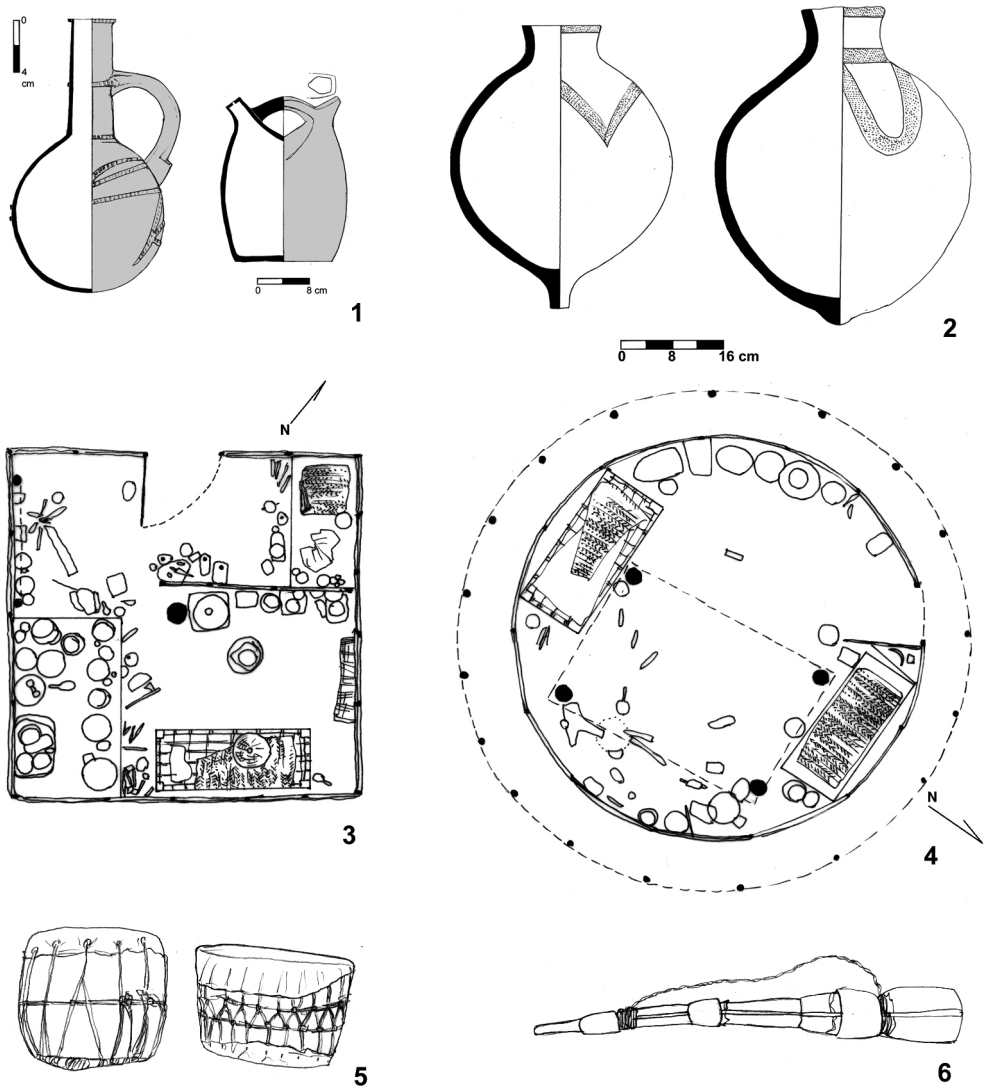



Figura 5. Cultura material *berta:* 1. Cerámicas de origen sudanés; 2. Vasijas tradicionales para la cerveza (*awar*); 3. Vivienda rectangular de influencia sudanesa (Gundul); 4. Vivienda *berta* tradicional (Fulederu); 5. Tambores de tipo sudanés; 6. Trompeta de calabazas tradicional *(was:a)*.

compra de la novia, además, es la única posible en situaciones asimétricas, como las que se daban entre *berta* y comerciantes sudaneses. Se mantienen pese a todo restos matrilineales (el marido vive el primer año en el poblado de sus suegros y trabaja para ellos).

Por supuesto, existe una clara diferencia regional entre los *berta* de las zonas más cercanas a Sudán o que habitan grandes poblaciones bien comunicadas, y quienes se asientan en los territorios rurales más inaccesibles. La identidad islámica, en el primer caso, es más ostensible, si bien lo islámico y sudanés posee, en general, un gran prestigio entre los *berta*. El hecho de que los *berta*, al contrario que los *gumuz*, hayan ido asimilando una cultura ajena a lo largo de los años se puede deber, entre otros motivos, al diferente trato que recibieron de los sudaneses, en comparación con los *gumuz* y los *amhara*. Aunque los sudaneses también saquearon las tierras *berta* y los esclavizaron, se dio entre ambos pueblos un considerable grado

de mestizaje: los jefes *berta* casaron a sus hijas con mercaderes sudaneses —un caso semejante al que sucede con los *swahili* de la costa africana oriental— y dieron lugar a un grupo mestizo, de considerable ascendencia social, denominado *watawit*. Actualmente, existen numerosos *berta* con piel clara y rasgos caucasoides, semejantes a los de los *baggara* y otros grupos sudaneses. Estos *berta* «sudanizados» no tuvieron inconveniente, a fines del siglo XIX, en esclavizar a sus vecinos *berta* no musulmanes (Triulzi, 1981). Esta situación no se encuentra entre gumuz y amhara. James (1980) señala la ausencia total de matrimonios mixtos entre ambos grupos. Nosotros mismos hemos podido comprobar al norte del Nilo Azul como las familias *amhara* y *gumuz*, incluso cuando conviven en el mismo territorio, nunca se mezclan en el mismo poblado. Tampoco se observan matrimonios interétnicos.

3) Una actitud de asimilación de la identidad de la Tierras Altas, *oromo* en particular, que caracteriza a los mao, especialmente en la zona de Tongo y al sur de esta localidad (señalada ya por: Grottannelli, 1966). Buena parte de los *mao* hablan *oromo*, se visten como ellos (fig. 6) y usan cerámica indistintamente de cualquier grupo vecino (fig. 7, n.º 1).

Casi las únicas diferencias que se advierten entre *mao* y *oromo* en la zona de Tongo son el uso de collares de cuentas y los rasgos físicos. Según se nos informó, la propia palabra «*mao*» se utiliza entre los miembros de esta etnia de forma des-



Figura 6. Joven *mao* ataviada con el vestido *oromo*, pero adornada con los collares de cuentas característicos de los nilóticos (Tongo).

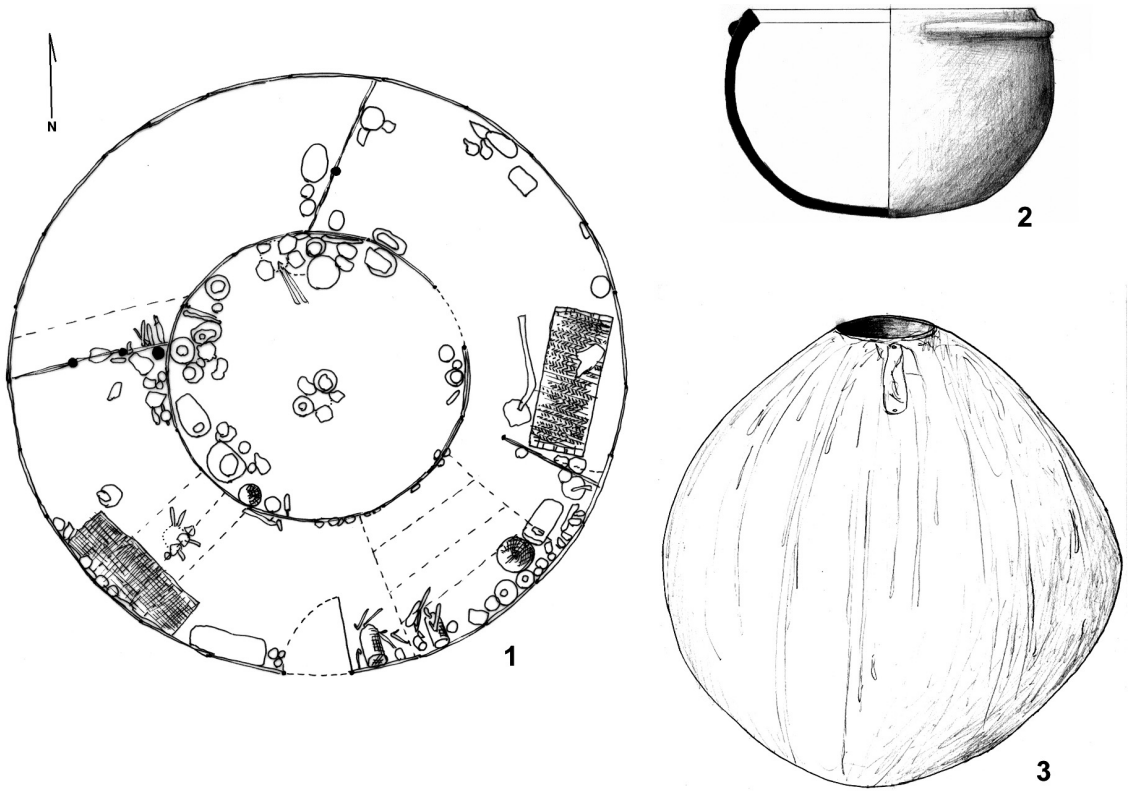



Figura 7. Cultura material *mao:* 1. Vivienda tradicional *mao* (Mus'a); el modelo es idéntico al de las casas tradicionales *berta*, por lo que puede que se trate de un tipo importado. Posiblemente los *mao* fabricaban casas de tipo colmeniforme (cf. Grottanelli, 1940). 2. Cerámica de cocina fabricada por alfareros de las Tierras Altas —*dëst*—. 3. Calabaza tradicional *mao* para cerveza.

calificativa: a los niños que se portan mal se les dice «pareces un *mao*». Existe un diferente grado de mestizaje *mao-oromo*, según las zonas. En el sur, la asimilación de la cultura *oromo* por los *mao* ha llevado a que prácticamente sean indistinguibles de los invasores (Grottanelli, 1940 y 1966). A esta «oromización» ha contribuido decisivamente la existencia de unos jefes *mao* coaligados desde antiguo a los *oromo*, con distintas relaciones de vasallaje o asociación. En el área más septentrional, los *mao* no se mezclan en absoluto con los *oromo*, pese a vivir en los mismos poblados que ellos y compartir buena parte de su cultura material (como el arado o la cerámica). Las viviendas *mao* del norte mantienen, en cambio, el plano tradicional nilótico, frente a la arquitectura *oromo* que les rodea (fig. 7, n.º 1).

La coherencia entre el uso de la cultura material y las distintas formas de construir la identidad resulta muy interesante desde un punto de vista etnoarqueológico, debido precisamente a su visibilidad arqueológica. A cada actitud le corresponde, aproximadamente, un tipo de cultura material y, en la mayor parte de los casos, unas fronteras étnicas relativamente bien definidas. Un arqueólogo podría describir los límites étnicos de cada cultura a partir de los restos materiales —cerámica, restos de vestido (cuentas, brazaletes de bronce), viviendas—, especialmente en el caso de los *gumuz*, *kwama* y *berta*. Sería más complicado, en cambio, distinguir la especificidad cultural de los *mao*. A partir de los restos materiales podrían confundirse con *berta* u *oromo*, probablemente. La etnoarqueología, además y esto es lo más

interesante, nos permite adentrarnos en los motivos que producen esta diferenciación étnica desde un punto de vista histórico, social y político y, en consecuencia, ampliar el abanico de interpretaciones con que cuentan los arqueólogos para explicar el estilo y su papel en la construcción de la identidad de grupo.

En este sentido el análisis puede resultar igualmente útil desde un punto de vista poscolonial. Para ello debemos ir más allá de la superficie, del resultado de las relaciones, y analizar su contexto de producción y sus efectos políticos en el presente. Las identidades «prenilóticas», como se ha señalado, son en buena parte el resultado de la presión ejercida por formaciones políticas complejas: Sudán, el Imperio Abisinio y la nación *oromo*. Estos tres estados —en el caso *oromo* cabría mejor hablar de jefaturas— crearon una imagen de la frontera como lugar vacío: sintomáticamente, la única obra histórica sobre Benishangul (Triulzi, 1981), se subtitula, «preludio a la historia de una tierra de nadie». Obviamente, ese «nadie» es una serie de grupos organizados en pequeñas comunidades igualitarias, dedicados a una agricultura de roza y que practicaban religiones tradicionales. Sudaneses, *amharas* y, en menor medida, *oromos*, inscribieron con su narrativa hegemónica sobre un territorio que consideraron susceptible de ser dominado y crearon un sujeto colonial a partir de sus habitantes, a los que esclavizaron y desposeyeron de sus tierras. Algunos (los *gumuz* y los *kwama*) huyeron a regiones marginales, insalubres e inaccesibles: el valle del Nilo y el Didessa o las montañas de la frontera entre Sudán y Etiopía. Otros, (los *mao*) fueron casi por completo asimilados por los conquistadores. Finalmente, otros (los *berta*) se mezclaron con los invasores y adoptaron parte de sus costumbres, rechazando la identidad tradicional.

Al final, las tres formas de identidad resultan de una reacción ante el intento, por parte de los estados vecinos, de construir un sujeto colonial, inferior y sometido. Sólo los *gumuz*, y en menor medida los *kwama*, han conseguido defenderse con éxito de la narración hegemónica, al rechazarla categóricamente. Significativamente, entre los *berta* la asimilación del sujeto colonial ha traído consigo unas actitudes memoricidas semejantes a las que he tenido ocasión de estudiar en Galicia, al analizar el impacto de la modernidad en el mundo rural (González-Ruibal, 2003 y 2003a): el rechazo a la identidad previa se manifiesta en la destrucción o abandono de la cultura material ligada al pasado más negativo (en el caso *berta*, pagano) y hasta cierto punto de la lengua. Conviene señalar que dos de los temas preferentes de la teoría poscolonial —la raza y el género— constituyen puntos clave de la historia reciente de *Benishangul*. En buena medida, la inferioridad y «conquistabilidad» de los pueblos de la frontera se ha justificado a partir de sus rasgos marcadamente negroides y piel oscura, que contrastan con los rasgos caucasoides y piel clara de los habitantes de las Tierras Altas y el Sudán islámico. La inferioridad física se traduce en una inferioridad moral, que hace de todos los grupos sometidos un solo conjunto de seres: los shanquilla, «esclavos». Al englobar los antropólogos coloniales (Grottanelli, 1948) a estos *shanquilla* bajo la etiqueta de «prenilóticos», en el fondo no dejan de seguir construyendo una imagen simplificada y subalterna sobre una compleja realidad histórica y cultural. Por lo que respecta al género, se ha argumentado que el fortalecimiento de los elementos matrilineales y rituales femeninos en las sociedades fronterizas ha servido para reconstruir, una y otra vez, la castigada identidad de estos grupos (James, 1986).

Ante este escenario, la situación del etnoarqueólogo comprometido no es en absoluto sencilla. No se puede, simplemente, criticar el sujeto colonial creado por

Sudán, cuando ha sido asimilado tan profundamente por buena parte de los *berta*. Es decir, la crítica sería posible si quien la realizara fuese un *berta* o un individuo de cultura islámica, pero desde una perspectiva occidental debemos recordar que Europa ha creado una poderosa y negativa imagen colonial del mundo árabe e islámico, como demostró Said (1978). De hecho, el recuperar las culturas minoritarias se ha utilizado en ocasiones como coartada para atacar a sociedades oprimidas por Occidente, pero que a su vez son opresoras. Los escritos de van der Post (1962) sobre los bosquimanos y su exterminio a parte de bantúes africanos y colonos blancos ha servido para justificar, en cierta medida, la opresión de la población indígena sudafricana por parte de los europeos —al fin y al cabo, los bantúes también invadieron un territorio que no era suyo y aniquilaron a su población—. Algo semejante ocurre con los *gumuz*: revelar el carácter agresivo del estado abisinio respecto a sus fronteras puede ser un arma de doble filo. Al fin y al cabo, Etiopía ha sido uno de los bastiones de la Negritud, primer estado africano y reducto que siempre resistió a la colonización europea. Es decir, al proponer narraciones emancipatorias de los africanos oprimidos por los africanos (como hicieron los propios colonizadores italianos), corremos el riesgo de reafirmar la narrativa hegemónica occidental. Por otro lado, el desprecio, aún existente entre los individuos de las Tierras Altas etíopes (*amhara* y *oromo*) respecto a los de los márgenes forma parte también de la asimilación por parte de aquéllos del sujeto colonial proyectado por Europa, según el cual los grupos más simples, desde una perspectiva evolucionista, son inferiores. Los habitantes de las Tierras Altas se avergüenzan de sus compatriotras, que perciben como escollo para el progreso y unidad de Etiopía.

En todo caso, el objetivo de este trabajo no es ofrecer recetas con las que tratar a nuestro sujeto/objeto de estudio, sino despertar la consciencia poscolonial: con los ejemplos mencionados se quiere poner de manifiesto el carácter sumamente problemático que posee la investigación con comunidades desposeídas y del Tercer Mundo y la necesidad acuciante de tener en cuenta el contexto poscolonial en que se desarrolla nuestra labor.

## Conclusión

La antropología, dice Gosden (1999: 190), «no puede ya consistir en que una pequeña sección del mundo hable del resto, con completa confianza en que sus visiones son superiores y se encuentran mejor basadas en la realidad. Más bien, el conocimiento antropológico es una forma de conocimiento entre muchos, un conjunto de comprensiones negociadas entre profesionales y gente local…». Si la etnoarqueología quiere ganarse el respeto de la antropología, ha de repensar sus bases epistemólogicas, y en concreto su relación con el sujeto/objeto de estudio, en las líneas que propone esta disciplina. Resulta imprescindible que también los etnoarqueólogos hagamos de nuestra investigación una práctica negociada entre las comunidades y los investigadores (González-Ruibal, 2003b: 14-15). Ello implica reconsiderar nuestra actitud respecto a quienes estudiamos y tomar en consideración cuestiones significativas en un mundo globalizado, como la tensión entre lo local y lo global, las disimetrías económicas y las culturas híbridas, así como la mayor parte de los temas que preocupan a la teoría poscolonial.

Ha de reconocerse que, frente a otras disciplinas, la etnoarqueología posee la ventaja de basar sus fundamentos metateóricos en la necesidad de adquirir un conocimiento inaccesible en Occidente. Desde este punto de vista, no se sitúa en un plano de superioridad frente a su objeto de estudio y, por tanto, se encuentra en posición privilegiada para desarrollar una auténtica actitud poscolonial. Por otro lado, al investigar el lado material de la cultura humana, los etnoarqueólogos pueden llegar a descubrir cuestiones relevantes que pasan desapercibidas a los antropólogos y con ello pueden contribuir, al menos en teoría, a paliar los daños que la mal llamada ayuda para el desarrollo suele tener en las comunidades tradicionales —al evaluar el impacto de las tecnologías occidentales en los grupos premodernos—. Tanto desde un punto de vista práctico, como el señalado, como desde uno más teórico, revelando la existencia de discursos hegemónicos, los etnoarqueólogos pueden desarrollar una praxis poscolonial y comprometida.

## Agradecimientos

Agradezco a Víctor M. Fernández la lectura atenta de este trabajo y sus comentarios.

## Bibliografía

Almagro Basch, M. (1947): *Prehistoria del norte de África y del Sáhara Español*, CSIC-Instituto de Estudios Africanos, Madrid.

Bhabha, H. (1994): *The location of culture*, Londres: Routledge.

Bird, D. W. y Bird, R. B. (2000): «The ethnoarchaeology of juvenile foragers: shellfishing strategies among Meriam children», *Journal of Anthropological Archaeology*, 19: 461-476.

Calvo Calvo, L. (1997): «África y la antropología española: la aportación del Instituto de Estudios Africanos», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 52(2): 169-185.

David, N. y Kramer, C. (2001): *Ethnnoarchaeology in action*, Cambridge: Cambridge University Press.

Davies, CH. A. (1999): *Reflexive ethnography. A guide to resolving selves and others*, Londres: Routledge.

Dietler, M. y Herbich, I. (1989): «Tich matek: the technology of Luo pottery production and the definition of ceramic style», *World Archaeology*, 21: 148-164.

Fernández Martínez, V. M. (2001): «La idea de África en el origen de la Prehistoria española: una perspectiva post-colonial», *Complutum*, 12: 167-184.

Fernández Martínez, V. M. (2004): «Prehistoria y etnoarqueología en el Nilo Azul (Sudán y Etiopía)», *Bienes culturales. Revista del Instituto del Patrimonio Histórico Español*, 2: 119-127.

Fernández Martínez, V. M. y González-Ruibal, A. (2001): «Historia, arqueología e identidad de un pueblo fronterizo: los Berta de Benishángul (etiopía)», en: *I Seminario de Arqueología de la Identidad: Presente y Pasado en la Construcción Identitaria*, Unión Cultural Arqueológica. Madrid: Facultad de Geografía e Historia de la UCM. Arqueoweb 3(3) http://www.ucm.es/info/arqueoweb.

Fewster, K. (2001): «The responsabilities of ethnoarchaeologists», en: Pluciennik, M. (ed.), *The responsabilities of archaeologists. Archaeology and Ethics*, pp. 65-73, Oxford: British Archaeological Reports. International Series, 981.

Folorunso, C. A. (1993): «Ethnoarchaeology, its methods and practice: the Tiv example», *West African Journal of Archaeology*, 23: 90-103.

Foucault, M. (1978): *Microfísica del poder*, Madrid: Las Ediciones de la Piqueta.

Gallay, A., Huysecom, E., Mayor, A. y Ceuninck, G. (1996): *Hier et aujourd'hui: des poteries et des femmes. Ceramiques traditionnelles du Mali*, Ginebra: Documents du departement d'Anthropologie et d'Écologie de l'Université de Géneve, 22.

Gnecco, C. (1999): *Multivocalidad histórica*, *hacia una cartografía poscolonial de la arqueología*, Bogotá: Depto. De Antropología, Universidad de los Andes.

González-Ruibal, A. (2003): *Etnoarqueología de la immigración. El fin del mundo preindustrial en Terra de Montes (Galicia)*, Pontevedra: Deputacion de Pontevedra, Servicio de Publicacións.

González-Ruibal, A. (2003a): «Desecho e identidad: Etnoarqueología de la basura en Galicia», *Gallaecia*, 22: 413-440.

González-Ruibal, A. (2003b): *La experiencia del otro. Una introducción a la etnoarqueología*, Madrid: Akal.

González-Ruibal, A. (e. p.): «Etnoarqueología de la cerámica en Etiopia», *Trabajos de Prehistoria*, 57.

González-Ruibal, A. y Fernández Martínez, V. M. (2003): «House ethnooarchaeology in Ethiopia. Elements for the study of domestic space in Benshangul (West Ethipopia)», en: Ayán, X., Mañana, P. y Blanco R. (eds.), *Archaetocture. Archaeology of Architecture*, Bristish Archaeological Reports. International Series, 1175, pp. 83-97.

Gosden, CH. (1999): *Anthropology and Archaeology. A changing relationship*, Londres y Nueva York: Routledge.

Gosden, CH. (2001): «Postcolonial archaeology. Issues of culture, identity and knowledge», en: Hodder, I. (ed.), *Archaeological theory today*, pp. 241-261, Cambridge: Polity.

Gosden, CH. (2004): *Archaeology and colonialism. Cultural contact from 5000 BC to the present*, Cambridge: Cambridge University Press.

Groslier, B. P. (1986): «Arqueología de las relaciones comerciales», en: *Gran Atlas de Arqueología*, pp. 254-255, Barcelona: Ebrisa.

Grottanelli, V. (1940): *Missione Etnografica nel Uollega Occidentalle. Volume Pimo. I Mao*, Reale Accademia d'Italia. Centro Studi per l'Africa Orientale Italiana, Roma.

Grottanelli, V. (1948): «I Preniloti: un'arcaica provincia culturale in Africa», *Annali Lateranensi*, 12: 280-326.

Grottanelli, V. (1966): «The vanishing Pre-Nilotes revisited», *Bulletin of the International Committee on Urgent Anthropological Research*, 8: 23-33.

Guinea, E. (1947): *En el país de los pamúes. Relato ilustrado de mi primer viaje a la Guinea española*, Instituto de Estudios Africanos. Madrid: CSIC.

Hingley, R. (2000): *Roman officers and English gentlemen. The imperial origins of Roman archaeology*, Londres: Routledge.

Hodder, I. (1982): *The Present Past. An Introduction to Anthropology for Archaeologists*, Londres: Batsford.

Hodder, I. (1982a): *Symbols in Action: Ethnoarchaeological Studies of Material Culture*, Cambridge: Cambridge University Press.

Hodder, I. (1994 [1986]): *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*, Barcelona: Crítica.

Horne, L. (1994): *Villages spaces. Settlement and society in Northeastern Iran*, Washington y Londres: Smithsonian Institution Press.

James, W. (1980): «From aboriginal to frontier society in western Ethiopia», en: Donham, D. L. y James W. (eds.), *Working papers on society and history in Imperial Ethiopia: The southern periphery from 1880 to 1974*, African Studies Center. Cambridge: Cambridge University Press.

James, W. (1986): «Lifelines: exchange marriage among the Gumuz», en: Donham, D. L. y James, W. (eds.), *The southern marches of Imperial Ethiopia. Essays in history and social anthropology*, pp. 119-147, Cambridge: Cambridge University Press.
James, W. (2002): «No place to hide: flag-waving on the western frontier», en: James, W., Donham, D. L., Kurimoto, E. y Triulzi, A. (eds.), *Remapping Ethiopia. Socialism & after*, James Currey. Ohio University Press. Addis Ababa University Press, pp. 259-275, Oxford. Atenas: Addis Ababa.
Jones, S. (2004): *The archaeology of Ethnicity*, Londres: Routledge.
Kapuscinski, R. (2002): *El mundo de hoy*, Barcelona: Anagrama.
Keenan, J. (2002): «The Lesser Gods of the Sahara», *Public Archaeology*, 2(3): 131-150.
Kramer, C. (1982): *Village ethnoarchaeology: Rural Iran in archaeological perspective*, Nueva York: Academic Press.
Layton, R. (ed.) (1989): *Conflict in the archaeology of living traditions*, Londres: Unwin Hyman.
Longacre, W. y Skibo, J. M. (eds.) (1994): *Kalinga ethnoarchaeology: expanding archaeological method and theory*, Washington: Smithsonian Institution Press.
Marshall, Y. (2002): «What is community archaeology?», *World Archaeology*, 34(2): 211-219.
McEachern, S. (1996): «Foreign countries: The development of ethnoarchaeology in Sub-Saharan Africa», *Journal of World Prehistory*, 10(3): 243-304.
McLeod, J. (2000): *Beginning post-colonialism*, Manchester y New York: Manchester University Press.
Miller, D. (1997): *Capitalism: An ethnographic approach*, New York: Berg.
Moore, H. (1986): *Space*, *text and gender*, Cambridge: Cambridge University Press.
Morris, I. (2000): *Archaeology as cultural history*, Blackwell, Malden (MA) & Oxford.
Pankhurst, R. (1977): «The history of Bareya, Sanquella and other Ethiopian slaves from the borderlands of the Sudan», *Sudan Notes and Records*, 58: 1-43.
Said, E. (1996 [1993]): *Cultura e imperialismo*, Barcelona: Anagrama.
Shepherd, N. (2002): «Heading south, looking north. Why we need a post-colonial archaeology», *Archaeological Dialogues*, 9(2): 74-82.
Spivak, G. CH. (1993): «Can the subaltern speak?», en: Williams y Christman (eds.), *Colonial discourse and post-colonial theory*, Harvester Wheatsheaf, pp. 66-111.
Spivak, G. CH. (1999): *A critique of post-colonial reason. Towards a history of the vanishing present*, Harvard: Harvard University Press.
The Ludlow Collective (2001): «Archaeology of Colorado Field War 1913-1914», en Buchli, V. y Lucas, G. (eds.), *Archaeologies of contemporary past*, pp. 94-107, pp. 94-107, Londres: Routledge.
Triulzi, A. (1981): *Salt*, *gold and legitimacy. Prelude to the history of no-man's land. Bela Shangul*, *Wallaga*, *Ethiopia (ca. 1800-1898)*, Nápoles: Istituto Universitario Orientale. Seminario di Studi Africani.
Unzueta y Yuste, A. (1944): *Guinea Continental Española*, Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
Van der Post, L. (1962): *The lost world of the Kalahari*, Londres: Penguin.
Watson, P. J. (1979): *Archaeological ethnography in western Iran*, Viking Fund. Publications in Anthropology, 57, Tucson: University of Arizona Press.

# Propuesta de evaluación de la metodología arqueológica

ASSUMPCIÓ VILA I MITJÀ
Dpt. d'Arqueologia i Antropologia.
Institució Milà i Fontanals-CSIC.

**ABSTRACT.** We still do not have *archaeological* access to social organization, to the relationships between people established in order to achieve their own social production and reproduction; that is, to all of that that doesn't fit within the classical definition of what is considered «material». Consequently, it is thought that it shouldn't be included in the archaeological record as it is not an object of study of archaeology. The problem is that we consider that only through the recognition of these relationships we will be able to reach a knowledge of any society and to formulate hypothesis to explain both its changes or stability.

We think that what needs archaeology is to be focused on a deep methodological research. This re-statement of what our discipline is must be done on the basis of a reflection of the theoretical bases from which we work.

Our proposal is to calibrate the method; that is, to set up, evaluate and cleanse archaeological methodology, verifying at the same time explicative models or general laws of hunter-gatherer mode of production.

**RESUMEN.** Seguimos sin tener acceso *arqueológico* a las organizaciones sociales, a las relaciones entre personas para la producción y la reproducción social... a todo aquello que no entra en la definición reduccionista de «material». Y que, consecuentemente, no forma parte del registro arqueológico, no es objeto de estudio de la Arqueología. El problema es que sólo a partir del reconocimiento de estas relaciones y de su organización que podríamos caracterizar una sociedad y plantear explicaciones para los cambios o la estabilidad de la misma.

Así pues, teniendo en cuenta que la Arqueología es la única posibilidad científica de acercarnos a los principios ágrafos de las sociedades humanas, resulta que estrictamente hablando *no* podemos proponer explicaciones científicas.

A partir de las anteriores constataciones insistimos en que lo que nos hace falta en Arqueología es *investigación en metodología*. Y no, sólo, investigación técnica. La investigación metodológica empieza por las preguntas. Por tanto este repensar la metodología arqueológica debe surgir de un replanteamiento de las bases teóricas desde las que trabajamos.

Nuestra propuesta es calibrar el método, es decir replantear evaluar y depurar la metodología arqueológica, verificando al mismo tiempo modelos explicativos o leyes generales del modo de producción cazador-recolector.

Para ir más allá de la fanfarria retórica hemos reelaborado primero los instrumentos conceptuales y después hemos desarrollado la metodología adecuada para contrastar las hipótesis formuladas desde nuestra propuesta.

## Introducción

Etnografía y Arqueología, que nacieron casi al mismo tiempo y han sufrido influencias mutuas desde los inicios, han sido consideradas ciencias diferentes por la cronología del objeto de estudio (presente/pasado) y por su aproximación al mismo (directa/indirecta). Este divorcio, producto quizás entre otras causas de la necesidad coyuntural de especialización, ha derivado en la actual incapacidad de estudiar coherentemente las diferentes manifestaciones de lo que es un único fenómeno social, y ha implicado tanto la incomprensión del propio fenómeno (la formación social) en su globalidad, como la de las razones esenciales del ser social. El distanciamiento actual entre Etnografía y Arqueología, incluso ignorancia mutua a veces, provoca situaciones realmente inconcebibles, resultado de haber «olvidado» que la unidad ontológica en el común objeto de conocimiento resulta en una «complementariedad contradictoria» de las fuentes, directas (arqueológicas) e indirectas (etnográficas) y que, por tanto, aplicarlas (pensarlas/??) conjuntamente podría ser muy productivo.

Si analizamos esta extraña relación vemos que en Arqueología podemos en la actualidad, y gracias entre otras cosas a los avances técnicos o al impulso dado a la experimentación sistemática, disponer de una cantidad y calidad de datos realmente impensables hace bien pocos años. Pero también, aunque con matices, seguimos dependiendo (en algunos casos académicos podríamos decir reposando) y, a veces defendiendo, de aquella primera definición del siglo XIX que hizo que la Arqueología quedara relegada a la documentación de una evidencia consentidamente limitada. En consecuencia nuestro acercamiento arqueológico permanece *limitado* por la antigua definición de «*el registro*» (también llamado, significativamente, «*cultura material*»). Recordemos que de esta concepción se desprende una percepción reduccionista/simplista de «lo material» y una consecuente actitud inmovilista-esencialista respecto a lo que *es* el registro arqueológico. Seguimos manteniendo a la Arqueología en el nivel de ciencia descriptiva; más aún, gracias a la adquisición de nuevos datos del tipo que he comentado, casi podríamos decir Arqueología «detallista».

Pero no hemos avanzado, realmente, en lo que se refiere a explicaciones de los procesos (pre)históricos.

Quiero recordar que la Arqueología es la única posibilidad científica de acercarnos a los principios ágrafos de las sociedades humanas, pero que con ese planteamiento reduccionista nos hemos incapacitado para interpretar las sociedades prehistóricas. Estrictamente hablando así es: *no* podemos proponer explicaciones puesto que seguimos sin tener *acceso arqueológico* a las organizaciones sociales, ni a las relaciones entre personas para la producción y la reproducción social (grupal, intergrupal...) ni a todo aquello que *no* entra en la definición reduccionista de «*material*» (como por ejemplo las relaciones sociales). Y que por tanto, también axiomáticamente, se entiende que no forman parte del registro arqueológico, que no son objeto de estudio de la Arqueología.

Sin embargo, y creo que es un detalle importante, son estas relaciones las que nos permitirían caracterizar una sociedad y sus estrategias de reproducción, plantear las causas de los cambios, las direcciones de estos cambios, las causas de la ausencia de cambios, etc.

En resumen: empezar a plantear explicaciones.

Estos aspectos estrictamente sociales, o de organización social, quizás por no considerarse imprescindibles y en cambio al ser por definición inalcanzables arqueológicamente, continúan siendo, sin pudor alguno, campo de especulaciones, de analogías etnográficas más o menos sofisticadas; o «deducidos» directamente —la mayoría de las veces mecánicamente— desde la descripción subsistencial, que a su vez (no lo olvidemos) es interpretada desde la Etnografía. Y como no son considerados datos estrictamente arqueológicos están siempre a disposición de la última pirueta teórica.

Entramos así en el campo del segundo componente de la relación Arqueología-Etnografía. Seguimos utilizando datos etnográficos (es decir, modernos) para la *explicación* social de las sociedades prehistóricas: por analogía, por analogía ponderada, por analogía como teoría de rango medio,.... como sea que la llamemos.

Es a partir de datos etnográficos que, desde diferentes corrientes de pensamiento y de manera explicita o implícita, se han construido los principales modelos (o clichés) explicativos sobre sociedades cazadoras-recolectoras prehistóricas. El problema del *cambio*, y de sus causas, se ha resuelto tradicionalmente apelando al determinismo ecológico o generando explicaciones a partir de la existencia de conflictos internos que derivan también del análisis de sociedades cazadoras-recolectoras actuales. Por otra parte, y en general, estos modelos se caracterizan por la poca consideración que han dedicado a las relaciones sociales de reproducción y al papel que han podido tener como motor o impulso de cambio. Esta falta de interés por analizar la relación entre producción y reproducción está en sintonía por otra parte con el discurso androcentrista de la Academia.

La utilización de abstracciones y/o generalizaciones etnográficas para la interpretación del registro arqueológico plantea muchos y diversos problemas, tal y como se ha señalado ya desde diferentes posicionamientos.

Las sociedades cazadoras-recolectoras recientes y aquellas formaciones económico-sociales prehistóricas que las precedieron y que sólo podemos analizar arqueológicamente, pueden ser distintas. La diferencia esencial entre estas sociedades radica en el hecho de que las prehistóricas dejaron de existir o se «transformaron» en otro Modo de Producción, mientras que las etnográficas han subsistido como cazadoras-recolectoras hasta su choque con la globalización capitalista.

Tratarlas conjuntamente puede dificultar el descubrimiento de la Contradicción motora o Contradicción principal (CP) y consecuentemente puede impedirnos comprender el proceso histórico (las causas o motivos de los cambios) que desembocó y conformó nuestras sociedades actuales.

Las representaciones sociales prehistóricas elaboradas a partir de la extrapolación de la analogía etnográfica derivan de la descripción de pueblos que, supuestamente, habrían conservado formas de organización social y económica que entendemos homogéneas con las de las sociedades prehistóricas, considerando que estos pueblos actuales «fosilizados» se mantuvieron sin cambios, sin producir innovaciones durante milenios.

Nada más alejado de la realidad. Pese a que ha sido habitual negar para estas sociedades etnográficas la capacidad de cambio e innovación, es obvio que cambiaron a lo largo de su devenir histórico y que optaron por diferentes alternativas para garantizar su reproducción. No olvidemos que cuando citamos ejemplos etnográficos estamos utilizando descripciones provenientes de sociedades cazadoras-recolectoras contemporáneas, estudiadas cuando ya muchas de ellas habían sufrido el

impacto de las sociedades europeas, por lo que estaban como mínimo desestructuradas y, en el peor de los casos, en vías de desaparición. La historia de esas gentes, donde veríamos el proceso y las alternativas, no la encontramos en la Etnografía, pues parece ser que esta historia sería objeto de estudio de la Arqueología, de un estudio arqueológico de estas sociedades etnográficas. Y este estudio es algo que casi nadie se plantea pues asumimos que estas sociedades están, siguen estando, en su/nuestra Prehistoria.

Más aún, con la analogía por bandera no sólo asumimos una «no evolución» de las sociedades «primitivas» sino que, usando un mecanicismo simplista: «a mismo tipo de subsistencia misma organización social», realizamos una falsa homogeneización de todas ellas, obviando las reales diferencias sociales más allá que el tipo de recursos aprovechados sea cualitativamente el mismo.

Resumiendo, en Arqueología usamos de manera desajustada y acrítica unos datos etnográficos falsamente «asépticos» y, además, los utilizamos en la parte equivocada del proceso científico: en la descripción y en la explicación, cuando deberíamos hacerlo en el proceso de formulación de hipótesis.

Sin querer entrar en más detalles, nuestra opinión es que estudiar las poblaciones «primitivas/o poblaciones que se han conservado tradicionalmente» es desde luego importante en Arqueología, pero para la fase *indagadora* del Método Científico, ya que para la fase *demostrativa* harían falta experimentos independientes.

## Etnoarqueología

La actualización o el toque de atención respecto a estos abusos etnográficos y metodológicos vino desde Norteamérica por razones, creo, de índole histórica y de formación académica. El concepto norteamericano de «Arqueología como Antropología» dio pie a que la dirección básica del cambio en Arqueología apuntara, allí, hacia la puesta en cuestión de la Etnografía y sus métodos. Así, y retomando antiguos antecedentes, se consolidó con y en la *New Archaeology* la disciplina que se llamará Etnoarqueología. Los arqueólogos estaban y están dispuestos a completar los estudios etnográficos, a hacer lo que no hicieron los etnógrafos (que parecerían mucho más interesados por las relaciones de parentesco que por cómo hacían o cómo usaban los utensilios e instrumentos, o los cacharros de cerámica). Los arqueólogos, dicen, van a interesarse por la cultura material de estos pueblos y a fijarse en la relación causa-efecto con las acciones humanas. Empiezan así trabajos de campo en los que arqueólogos observan, en vivo, la relación «conducta concreta-restos materiales específicos» entre sociedades de cazadores-recolectores. Y así se convierten en etnoarqueólogos... lo cual, según muchos etnógrafos, es sinónimo de «etnógrafas/os aficionados haciendo particularismos».

Estas observaciones o los resultados de estas observaciones, van a ser trasportadas, una vez más, a la parte explicativa de los estudios arqueológicos (prehistóricos), es decir, a la interpretación del registro arqueológico. Pero se supone que ahora se hace con ejemplos más actuales y sobretodo promediados.

Desde nuestro punto de vista, la solución no está en «arreglar» la Etnografía. Los datos que los etnoarqueólogos aportan son con toda seguridad muy útiles para completar los estudios etnográficos, pero lo que no está tan claro es que lo sean para la Arqueología prehistórica. En realidad, la Etnoarqueología, sin entrar ahora

en matices, posibilitó auténticos avances muy concretos en metodología arqueológica porque planteó preguntas pertinentes para la fiabilización de los datos, estimuló la reflexión sobre la importancia de los procesos de formación de los sitios para obtener conclusiones fiables, para reducir la ambigüedad de la evidencia, enfatizó el análisis de procesos mecánicos (talla, descuartizamiento, producción cerámica) para correlacionar procesos de trabajo y las consecuencias mecánicas y físicas registrables a través de la Arqueología.

Pero, una vez más, no enfrentó con la misma perspectiva los aspectos sociales sino que siguió con extrapolaciones a partir de analogías o incluso perdió el contacto lógico científico con la materialidad arqueológica

En último término, y visto con cierta perspectiva, creemos que el «hallazgo» de la Etnoarqueología ha contribuido de manera importante a NO investigar desde la propia Arqueología el cómo alcanzar estos aspectos sociales, organizativos, estas relaciones intergrupales y las causas de sus cambios.

Fue una manera de quedarnos tranquilas; nos proporcionó una excusa, porque la práctica propuesta desde la *New Archaeology* procedía de la ciencia: era una relación con los datos etnográficos científica.

## Arqueología

De todas maneras, la mayoría de profesionales, al menos en Europa, sigue creyendo en una ciencia = positivismo = datos... y piensa que los relatos sociales desde la Arqueología es campo especulativo (en clara coincidencia en la práctica con el postmodernismo). En esta última afirmación hay una gran parte de verdad, pero el problema puede no estar en la incapacidad intrínseca de nuestra disciplina (que como cualquier Iglesia no es nada sin la gente practicante).

Desde los años ochenta (tal como hemos publicado y practicado en numerosas ocasiones) apostamos por la necesidad de fiabilizar los datos-base usados en Arqueología mediante la adaptación (no necesariamente sólo adopción) de técnicas adecuadas.

Esta fiabilización, casi siempre cuantitativa, era imprescindible para sustentar el edificio interpretativo. Pero una vez esa postura era integrada en el método, seguíamos teniendo una disciplina *rigurosamente* descriptiva, y *sólo* especulativa en lo explicativo o bien encontrando en los cambios medioambientales la explicación de los cambios sociales.

Para quienes partíamos de la hipótesis de que el cambio social, incluso en Prehistoria, era causado/determinado por contradicciones internas a la propia sociedad, seguía faltando lo esencial en una ciencia: proporcionar explicaciones para los cambios a través del registro de los cambios fenoménicos.

Teorías para el cambio social no faltaban. Además de las tradicionales explicaciones existencialistas inmanentes («el cambio cultural y étnico») o deterministas ecológicas (cuyo limitado alcance se percibió rápidamente), existían también teorías generales del cambio en historia con énfasis en los factores sociales

Es decir, no había que inventar teorías para la Arqueología.

El problema era que tratábamos sociedades *prehistóricas* (axiomáticamente sin clases, igualitarias.... naturales), y las preconcepciones sobre el registro arqueoló-

gico y sobre las capacidades de la gente prehistórica, junto con las ideologías personales y colectivas, estaban muy interiorizadas.

Nuestro conocimiento de las sociedades prehistóricas está frecuentemente condicionado por ideas preconcebidas y supuestos básicos no demostrados. Se han imaginado las sociedades cazadoras recolectoras primigenias de una forma ambigua y dual:

- Por un lado se insistía en remarcar un primitivismo consecuencia de la incapacidad tecnológica y por ello una supeditación a los azares del medio de un comunismo primitivo, con propiedad colectiva de los medios de producción y de la propia fuerza de trabajo. El trabajo estaría organizado en una división técnica de colaboración/complementación basado en las diferencias biológicas, de edades y sexo.
- Por otro lado, ciertos caracteres de competitividad, egoísmo, violencia, enfrentamientos/diferenciación excluyente de etnias, desigualdad y liderazgo típicos de la sociedad moderna se convertían en un universal inmanente de la especie humana.

Tanto una como otra visión se elaboraron a partir de presupuestos extraídos de una especie de «sentido común» y una extrapolación al pasado de las visiones modernas opuestas (políticas) sobre las sociedades etnográficas modernas homogeneizadas.

Pero incluso otras teorías que sitúan las causas o explicaciones esenciales en la organización social *sensu lato*, parten exclusivamente de las fuentes etnográficas, que extrapolan al pasado. Obvian así la manifestación de las causas en movimiento, el cómo se han ido generando o han ido cambiando esas sociedades desde el origen hasta la actualidad. O bien toman de nuevo las sociedades pre-capitalistas como fósiles que no han cambiado y que, por tanto, son representativas de las sociedades prehistóricas. O se utiliza un mecanicismo-determinismo económico plano: a determinada subsistencia corresponde siempre determinada organización social.

Desde nuestro planteamiento hemos insistido y repetido que cuando decimos «organización social» NO estamos aludiendo a conductas sociales ni tampoco a estrategia de explotación económica de los recursos: p. ej.: estacionalidad, nomadismo, agregación-desagregación..., porque la categoría «nomadismo» es sólo descriptiva y los tipos de nomadismo no son explicativos de sí mismos.

Aunque todas usábamos las mismas palabras: «cambio social, organización social, tiempo de trabajo, relaciones sociales, esencial-fenoménico, dialéctico...» los conceptos no eran entendidos igual. Pasaba lo que en la Arqueología histórico-cultural con la palabra Musteriense: que es usada por cada autor/a con un contenido distinto o, al menos, no coincidente necesariamente.

## Propuesta

Nuestro punto de partida es que la organización de las relaciones sociales marca las diferencias esenciales entre sociedades. Y con el concepto «organización social» nos referimos a las formas de organizar las relaciones/procesos para la producción/reproducción o, dicho de otra manera: cómo se organizan hombres y mujeres para producir y reproducirse.

Y lo que caracteriza las sociedades cazadoras recolectoras es la relación contradictoria entre estos dos términos.

La expresión fenoménicas de esta Contradicción puede ser distinta, pero lo importante es conocer las diferencias en el grado de desarrollo de esa Contradicción, pues es lo que señala las diferencias entre sociedades cazadoras-recolectoras.

Por tanto, debemos intentar llegar a dilucidar las diferencias sociales, de valorización personal a través del trabajo, que son las que nos marcarán ese grado de desarrollo.

No nomadismo, ni estacionalidad; no ver si hay más cabras que ciervos... sino cómo se distribuyen el trabajo y los bienes producidos, y porqué (y cómo) la organización de esta distribución cambia.

Pensamos que estos cambios no son consecuencia mecánica determinada por el medio, por los cambios en el medio. Por ello insistimos en que las formas de organizar las relaciones/procesos para la producción/reproducción no están predeterminadas biológicamente, y que han ido cambiando a lo largo del tiempo.

Por eso también propusimos «estrategias organizativas» como concepto instrumental en el análisis de las formas (concretas, históricas) de organizar las relaciones o procesos para la subsistencia (supervivencia) y reproducción.

Evidentemente partíamos de un marco teórico que nos permitió proponer una «hipótesis tipo ley» para el funcionamiento interno de aquellas sociedades que no inciden directamente en la reproducción de sus recursos. Fue el primer paso, necesario para poder buscar después los instrumentos conceptuales, los datos y construir finalmente un registro que negara o afirmara la propuesta y nos permitiera seguir avanzando.

Pero parecía aun más difícil que este conjunto de relaciones deje registro material, o que las encontremos relacionando objetos arqueológicos.

Las preguntas eran muchas: ¿Se podían desarrollar nuevos instrumentos conceptuales para la Arqueología? ¿Teníamos bastante con las técnicas arqueológicas disponibles? ¿Hacían falta todas las usuales? ¿Era el espacio la expresión metafórica de la organización social y por eso eran imprescindibles las excavaciones en extensión y las relaciones en el espacio de los objetos producidos...?

Nuestra respuesta-pregunta fue: ¿podía ser útil la Etnoarqueología?

Nos pareció que, en principio, podía serlo pues veíamos en esta práctica una posibilidad de superar las analogías y poder conseguir dilucidar los aspectos sociales desde la propia Arqueología.

Pero, ¿qué Etnoarqueología hacer? ¿Cómo escoger el objeto de estudio y cómo actuar?

Una etnografía descriptiva sólo puede ayudar a la Arqueología descriptiva y, además, nosotras no estábamos pensando en un trabajo arqueológico en sociedades subactuales para verificar hipótesis de correlación entre conducta y restos materiales (no hace falta ver cómo se produce la mecánica organizativa, la mecánica ya se conoce; ni tampoco hace falta ir a ver la gente actuando). No se trata de usar analogías formales derivadas de observaciones en el presente para ayudar en la interpretación del pasado.

En resumen, no entendemos que el objetivo de la Etnoarqueología sea estrictamente correlacionar las categorías sociales, definidas etnográficamente, con categorías materiales definidas arqueológicamente.

Para modificar, mejorar o delimitar las capacidades/posibilidades de la Arqueología con total seguridad, proponemos hacerlo *desde dentro*, replanteando la disci-

plina del todo, desde la propia definición. Los contextos históricos, y por tanto también los científicos, han cambiado mucho desde el siglo de su «nacimiento», el XIX, y debemos preguntarnos *ya* porqué aceptamos *aún* la imposibilidad de una Arqueología científica, global, o porqué ni siquiera planteamos la posibilidad de reenfocarla, de repensarla desde cero.

El objetivo de la Arqueología es averiguar orígenes y desarrollo de las sociedades humanas; la Arqueología es en realidad la única ciencia que puede enfrentarse a los principios de las sociedades humanas, explicar nuestros primeros pasos (hace millones de años).

Con la enorme y variada cantidad de informaciones etnográficas y la experiencia arqueológica ya acumulada ¿no podemos, no debemos, proponer una evaluación del método arqueológico y concluir respecto a su incapacidad intrínseca o su imprescindible adecuación a nuevas preguntas? ¿Podemos seguir asumiendo que a partir de la evidencia arqueológica (los materiales y su contexto) sólo se puede construir *un* registro arqueológico y que hay aspectos de la vida social que no dejan registro material, que es imposible inferir? ¿Nos conformaremos diciendo que la Arqueología es un revoltijo de parcialidades de otras ciencias, y el arqueólogo un «*go between*» (como escribimos alguna vez)?

Debemos partir de la actualidad, desde luego, pero no para transportarla al pasado sino para encontrar/descubrir/implementar los *métodos*, la manera, los mecanismos analíticos universales que nos permitan llegar a discernir los elementos variables, las relaciones, las causalidades... que condujeron al presente sin necesidad de recurrir siempre a las analogías o a las especulaciones. Debemos aprovechar las múltiples experiencias (estudios y experimentaciones) acumuladas y depuradas a lo largo de la historia de la disciplina para ahora investigar el camino (métodos y técnicas) que nos permita ir de la causa a la consecuencia.

Como en cualquier otra ciencia, en investigación arqueológica partimos de la actualidad pero *no* se puede investigar el proceso (circunstancias y causas) histórico que concluye en el presente partiendo *ya* de interpretaciones actualísticas. Actualismo no significa «siempre igual porque existe la naturaleza humana». *No* es cierto que seamos siempre lo mismo con un añadido de mayor sofisticación tecnológica.

Insisto en que la investigación en y para metodología es lo que necesitamos en Arqueología. Y no me refiero, sólo, a investigación técnica. Ya hemos visto que la simple incorporación de nuevas técnicas tampoco ha superado el nivel descriptivo. Desde la Nueva Arqueología nos dirían que nos falta una «teoría de alcance medio», pero este instrumento no nos servirá de nada sin un replanteamiento a fondo. La investigación metodológica empieza por las preguntas. Por tanto este repensar la metodología, es evidente, debe surgir de un replanteamiento de las bases teóricas desde las que trabajamos. Este repensar la Arqueología necesita incorporar el pensamiento feminista, pues sólo así será posible replantear estos marcos teóricos (todos) en los que se desarrolla la ciencia, implícita y sustantivamente androcéntricos (así se marginó por ejemplo la importancia de la reproducción social dentro del análisis histórico), y que han construido una historia sesgadamente parcial desde el principio. Si, como pensamos, son las relaciones sociales las que caracterizan las sociedades y las que marcan las diferencias esenciales entre sociedades, también para la Prehistoria es imprescindible acceder a las formas concretas, históricas, que han ido tomando las relaciones *entre hombres y mujeres* para producir y reproducirse.

Nuestra propuesta es calibrar el método, es decir *replantear y depurar la metodología arqueológica, verificando al mismo tiempo modelos explicativos o leyes generales del modo de producción* cazador-recolector.

Para llevarla a cabo hemos considerado básico reelaborar los instrumentos conceptuales y desarrollar después la metodología adecuada para poder contrastar las hipótesis formuladas desde nuestra propuesta «*global*».

Etnoarqueología sería el nombre que daríamos al camino que nos posibilita *aprehender* los rasgos definitorios de unas sociedades etnográficamente documentadas (y no de una sola, sino buscando recurrencias significativas, más allá de lo fenoménico de cada una) y redescubrirlos a través de la Arqueología. En el camino iríamos viendo que es lo irrelevante, que lo que hay que reforzar o que hay que implementar...: construiríamos metodología.

Así pretendemos, a partir de una definición de los rasgos o relaciones esenciales del Modo de Producción cazador-recolector, ver cómo quedan éstos materializados en un registro etnográfico y arqueológico correspondiente a una única expresión fenoménica concreta.

Además, al hacer interactuar ambos tipos de fuentes dialécticamente (buscando su unidad, contradicciones, antagonismos y la negación de unos datos por otros) enriquecemos ambos extremos científicos en una nueva síntesis.

La Etnoarqueología sería pues, además, el motor para el desarrollo metodológico de ambas disciplinas. Y una vez conseguido el objetivo, desaparecería. Podríamos ya trabajar en y desde la Arqueología. Nuestra propuesta etnoarqueológica sólo es etnoarqueológica en este sentido y hasta ese punto.

Sin extenderme en explicitar el ya largo desarrollo propio vehiculado a través de diferentes Proyectos de investigación pues ha fructificado en numerosas publicaciones, lo que sí pretendo aquí es resumir la *propuesta* metodológica, el cómo abordar este estudio, el «modelo metodológico» cuya reproducción por parte de otros grupos facilitaría o al menos agilizaría la consecución de conclusiones.

Nuestro proceso de investigación ha seguido este derrotero:

1) Propuesta de una hipótesis tipo ley para explicar el funcionamiento de sociedades que no controlan directamente la reproducción de sus recursos. Hemos formulado y argumentado cuales son para nosotros los caracteres esenciales de este Modo de Producción así como su Contradicción Principal (CP) o factor movilizador interno (Estévez *et alii*, 1998 y 1999; Vila, 1998 y 2000). Esta CP, consecuencia estrictamente histórica que se desarrolla a partir de condiciones y contradicciones de otro signo preexistentes (p. ej.: entre sociedad/medio), dinamiza y al mismo tiempo determina estas sociedades, es decir les da el carácter específico respecto a otros Modos de Producción.

Esta CP, o relación contradictoria dialéctica, es la relación antagónica que emerge entre las condiciones sociales de los procesos de producción de bienes materiales y las de los procesos de reproducción biológica y social. Ese antagonismo surge a partir del momento en el que un incremento del trabajo (del desarrollo de las fuerzas productivas: mas gente, medios de producción mas efectivos, mas capacidad de inversión de trabajo) no genera ya un mayor producto sino todo lo contrario: la reducción de las posibilidades de reproducción de los recursos. Se expresa a través de una ecuación simple: en estas sociedades cuanta mayor es la producción más se compromete la reproducción social. La contradicción, entre fuerzas productivas

y las condiciones de reproducción, ya no se plantea prioritariamente entre la sociedad y el medio (los recursos) sino en el seno mismo de la sociedad.

Y será esta Contradicción, al desencadenar determinadas articulaciones de las relaciones sociales de producción y de reproducción, que permitirá entender la dinámica de cambio en estas sociedades. Entendemos que el Modo de Producción cazador recolector estaría caracterizado por el dominio del modo de reproducción sobre el de producción, que lo ha determinado.

Según este enunciado, la existencia y la reproducción social de estos sistemas llevan implícito un estricto control (no entendido sólo como restrictivo) social de ambos aspectos de la Contradicción Principal. Es decir la continuidad de estas sociedades nos está indicando que debieron poner en práctica necesariamente mecanismos sociales de regulación de las condiciones en que se llevan a cabo los procesos de producción de bienes y los de reproducción (biológica y social) para conseguir esta continuidad (un equilibrio dinámico). Y también entendemos que cuando esta Contradicción específica se resolvió o superó (por «descontrol» de los términos de la Contradicción, o una crisis en el equilibrio quizás condicionada por el desarrollo de las fuerzas productivas) se cambió de Modo de Producción: es decir los aspectos contrarios ya no fueron los mismos. Decimos por ejemplo que se resuelve en la revolución neolítica en el sentido de que entonces cuanto mayor fue el trabajo invertido mayor era el producto obtenido y la capacidad de reproducción social (Estévez *et alii*, 1998).

El control de la producción en sociedades cazadoras recolectoras está directamente relacionado con el ciclo reproductivo animal y vegetal. Se debe permitir la continuidad en la reproducción y ello se consigue de diversas maneras: estrategias autolimitantes, cambio periódico o constante de residencia, expansión hacia nichos no explotados, explotación de recursos de rápida reproducción…, e incluso de manera indirecta p. e. eliminando competidores (Estévez *et alii*, 1998).

El balance en la Contradicción exige también una acción sobre la reproducción. El control (restrictivo o no) de la reproducción puede efectivamente ensayarse mediante distintas formas de organizar la dimensión y la distribución de las unidades poblacionales, pero inevitablemente deberá ejercerse, a partir de un momento dado, directamente sobre las relaciones sociales-sexuales. Y más efectivamente sobre las reproductoras: llegamos así al control (de la fecundidad) de las mujeres. Para poder hacer efectivo este control social sobre (la reproducción) las mujeres puede ser imprescindible su previa infravaloración social. Una forma social utilizada en sociedades cazadoras recolectoras ha sido consagrar la división social-sexual del trabajo, la cual permitió desvalorizar a las mujeres a través de la infravaloración de su aporte productivo (se infravalora no reconociendo el aporte real de los trabajos realizados por las mujeres, *cualesquiera que sean estos trabajos*).

La/s manera/s (objetivos, instrumentos, grado) en que se concretizaron estos controles, es decir lo fenoménico, podría diferir cronológica y espacialmente, y constituiría lo específico de cada sociedad. (Estévez *et alii*, 1998).

Recapitulando: de la enunciada *tesis* sobre la Contradicción Principal en este tipo de sociedades y de la manera de conseguir este control social sobre la reproducción, hemos derivado una *hipótesis* referente a los factores causales, históricamente condicionados, que han determinado las relaciones asimétricas mujeres/hombres y que se desarrollan como diversos niveles y formas de opresión, explotación y discriminación.

Y nos ha posibilitado asimismo explicar dos «universales» relacionados: la división sexual del trabajo y la discriminación social de las mujeres, que serían, en esta hipótesis, la *morfología* de esta Contradicción Principal.

Verificar modelos explicativos contrastando/evaluando al mismo tiempo la metodología arqueológica que usábamos habitualmente para yacimientos prehistóricos debía ser el paso siguiente, pues lo que estamos intentando implementar es una *metodología arqueológica para explicaciones sociales*.

¿Cómo? Seguimos con los puntos 2 y 3 con los que intentamos demostrar que aprovechar la diversidad, cantidad y cualidad de informaciones etnográficas de las que disponemos de manera combinada con la experiencia de más de un siglo de práctica arqueológica en Europa, puede servir de impulso para la actual Arqueología.

2) Análisis sistemático y crítico de toda la información etnográfica existente respecto al grupo/s concretos en estudio (en nuestro proyecto los grupos *Yámana* de la Tierra del Fuego) con el objetivo fundamental o prioritario de destilar de este análisis el comportamiento social significativo, es decir averiguar cómo son y cómo se articulan entre hombres y mujeres las relaciones sociales que organizan la producción y la reproducción en esa sociedad concreta.

Intentaremos dilucidar cuales son los rasgos que definen la sociedad y propondremos posibilidades acerca de cómo podrían reconocerse en los fenómenos arqueológicamente registables. Dicho de otra manera, y a partir de un caso concreto, propondremos cuál sería el registro arqueológico necesario que nos permitiría acceder a las relaciones sociales significativas. Y a continuación la pregunta sería ¿cómo podríamos aproximarnos? Esta será la conclusión a la que intentaremos llegar tras el punto 3.

Para nosotros, y así fue en nuestro caso, remitirnos a la «Información etnográfica» significa realizar dos tipos de análisis:

*a*) Análisis textual pertinente: confrontar crítica y sistemáticamente las fuentes escritas y gráficas de una misma sociedad (*yámana*) procedentes de diferentes autores y distintas épocas. Es importante que la información proceda de diversos autores y de momentos (siglos) también distintos pues será más fácil discriminar subjetivismos de diversa índole y, también, será mejor para rastrear recurrencias. Podremos también, p. ej.: captar el origen e intención de determinados conceptos usados en la caracterización de esas gentes (etnia, fronteras, estacionalidad, igualdad...) y por tanto evaluar su utilidad y limitaciones arqueológicas.

*b*) Análisis con óptica arqueológica y con métodos propios de nuestra disciplina de los productos y bienes de consumo de esta misma sociedad depositados en los museos etnológicos. El objetivo es hacerlos aptos para una *utilización relacional* con los provenientes de yacimientos arqueológicos. Este estudio de las colecciones etnográficas permite una mayor comprensión de la utilización de los recursos y de las capacidades técnicas del grupo en cuestión (p. ej.: incluye ítems que, por perecederos, no son esperables en Arqueología), y a la vez contribuye a la mejor evaluación de la capacidad interpretativa de la actual metodología arqueológica (p. ej.: se puede ir evaluando tanto la representatividad del registro arqueológico en los yacimientos excavados como las posibilidades arqueológicas de acceder a un registro completo).

En esta parte del trabajo es conveniente plantearse el problema de la representatividad de la muestra analizada y buscar una representación variada y suficientemente representativa, puesto en las colecciones depositadas en los museos etnográficos pueden existir sesgos en lo que se refiere al tipo particular y concreto de objetos depositados. Esta disparidad dependerá de los intereses concretos de las personas que recolectaron los objetos. No es el mismo conjunto el que recogen/intercambian/compran el misionero, un lobero, un comerciante, los etnólogos... porque responde a intereses muy diferentes.

Con el análisis arqueológico de estas colecciones de objetos (se registraran parámetros morfotécnicos, funcionales, métricos y datos sobre el proceso de producción de los ítems, obteniendo así una información que a menudo no está contemplada en la bibliografía etnográfica de estos materiales) conformamos una importante base de datos en relación a sus características y variabilidad.

Como he ido apuntando, la conjunción de los dos tipos de análisis nos ha permitido reconocer la información crítica, es decir qué datos significativos deberíamos esperar pero no se encuentran en el registro arqueológico, formular hipótesis del porqué, y finalmente enfocar su búsqueda: cómo se pueden adquirir o suplir de manera satisfactoria.

Es decir, tenemos ahora abierta la posibilidad de formular preguntas a respuestas ya conocidas, y por tanto podemos *depurar la forma misma, y la dirección, de la encuesta arqueológica*.

3) El tercer paso imprescindible es encontrar y *excavar* aquellos «restos» definitorios y significativos de esta sociedad de cuya imagen social (organización concreta de las relaciones sociales para la producción y la reproducción) ya disponemos.

En nuestro caso, la excavación de los sitios representativos del grupo social en estudio (en sentido cualitativo, y no necesariamente sólo cuantitativo) implicaba asentamientos cotidianos, en ubicaciones representativas de la diversidad ambiental, y también enterramientos y lugares donde habían tenido lugar ceremonias rituales. Y evidentemente estos sitios debían corresponder, cronológicamente, con las épocas descritas en los relatos etnohistóricos.

Dado que, no lo olvidemos, estamos evaluando el método en sí, calibrándolo, es decir descubriendo cómo construir (qué sobra y qué falta en la metodología actual), en esta Arqueología debemos estar constantemente confrontando, experimentando, redefiniendo. Por ello insistimos en que estas excavaciones deben incorporar más que nunca el aspecto experimental específico en y para todos los apartados de la encuesta arqueológica. Es importante entender la experimentación como parte del propio método y, por tanto, adecuada a cada momento: como contrastación de hipótesis, o como evaluación de rentabilidades técnicas o como marcador de significación... Y así la excavación, que sólo es uno de los aspectos de la metodología arqueológica, al no tomarla como una rutina o simple repetición de una mecánica aprendida, nos permite preguntarnos desde el principio cómo ir más allá del dato. En la propuesta presentada ya conocemos el significado, el funcionamiento, las características sociales de lo que vamos a excavar y también el papel que juegan estos sitios (cabañas, sitios ceremoniales, enterramientos) en la organización social global.

¿Si excaváramos con métodos y técnicas estándares actuales pero cuyo objetivo no es el que perseguimos, conseguiríamos alcanzarlo? ¿Radica la cuestión en que

el método está pensado para caracterizar subsistencias culturales? ¿Es cuestión sólo de adaptarlos o corregirlos? ¿Es cuestión intrínseca, de imposibilidad de la disciplina?

## Nuestro planteamiento de la encuesta arqueológica

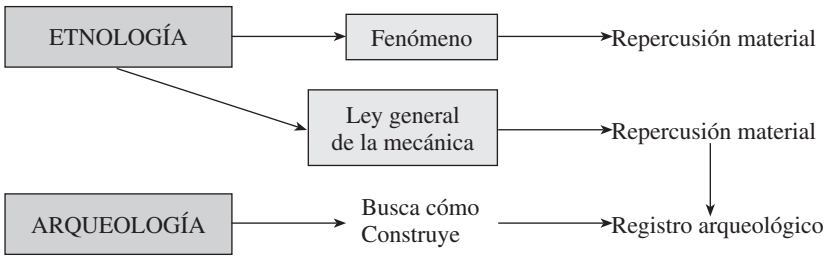
Etnográficamente percibimos dos *fenómenos universales* en las sociedades cazadoras-recolectoras:

1. La discriminación social de las mujeres.
2. La división sexual del trabajo.

Los hemos correlacionado a través de una *causa*: el *control de la reproducción*, que, a su vez, atribuimos a un motivo dominante (histórico): *La Contradiccion Principal*, que *no* es natural y que tiene su «momento» en el tiempo (con el máximo desarrollo de las técnicas de caza y de crecimiento exponencial de la reproducción humana: el final del Paleolítico superior).

La hipótesis alternativa es que existe una homeostasis, que hay un equilibrio natural. Es decir, que la cantidad de población se controla sola, biológicamente por selección natural, o a través de la ley de la oferta y la demanda.

Así pues para apoyar nuestra teoría debemos demostrar justamente que no es un fenómeno natural, que aparece en un momento concreto histórico. Debemos demostrar esa correspondencia *motivo-causa-fenómeno*.




La etnografía nos ofrece la posibilidad de documentar el fenómeno y de ver su repercusión material: cuales son las pruebas materiales de la división del trabajo (p. ej.: mayor desgaste físico en mujeres..) y cuales pueden ser las pruebas de la discriminación (menor calidad de vida, infanticidio femenino = menor valor social).

Al mismo tiempo nos permite describir la mecánica (cómo funciona y cómo se mantiene), tanto de la discriminación como de la división sexual/social de trabajo (si es por coerción, mediante rituales o tabúes, o por minusvalorización de sus trabajos o por atribución de los trabajos de menor rendimiento, por normativas...).

Finalmente, y es importante, posibilita ver *la materialidad* de esta mecánica (cabañas rituales, objetos de diferenciación sexual...).

Más aún, la etnografía puede proporcionarnos también la ley general de esta mecánica. Por ejemplo: «siempre que existe discriminación y división sexual del trabajo se mantienen mediante rituales». Lo que podríamos expresar diciendo: todos los rituales «de paso» son mecanismos por los que se mantienen la discriminación y la división sexual del trabajo.

A partir de estas leyes generales y la correspondencia con unas materialidades concretas, en Arqueología deberemos seguir los fenómenos en el tiempo y comprobar la correspondencia causal con la causa y el motivo.

Sería importante que esta propuesta, que contiene aquellos elementos que permiten ir seleccionando técnicas y métodos arqueológicos fuera replicada para otros casos. La repetición debería permitir, a partir de recurrencias significativas, rechazar el «ruido» y diseñar finalmente una propuesta global estrictamente arqueológica que posibilite el acceso a una interpretación social tanto de las estrategias organizativas, como de sus cambios o pervivencias.

Así, y como colofón implícito, la conformación de esta metodología arqueológica nos permitiría superar la necesidad de la Etnoarqueología.

Nuestra experiencia en Tierra del Fuego nos ha permitido obtener respuestas contrastadas a preguntas sobre, p. ej.: la pertinencia de tipologías morfológicas en el estudio de los restos líticos, o sobre la representatividad del resultado de un análisis traceológico realizado sobre una muestra del total de los restos líticos, en relación al total de actividades que tuvieron lugar en el yacimiento. En ambos casos la respuesta fue negativa: la clasificación morfológica (aún con aplicaciones estadísticas) de los restos líticos no tiene relación alguna con variables sociales, y en cambio sí la tienen los análisis relacionados con la identificación y caracterización de instrumentos; en relación a la segunda cuestión fue importante entender que el que un número determinado de piezas (una muestra) tenga significado a nivel matemático (sea representativo del número total) ello no implica necesariamente que lo tenga a nivel social, y, por tanto, la cantidad de piezas analizadas puede ser representativa en relación al número total de piezas del yacimiento pero el resultado del análisis traceológico de esas piezas no es representativo de todas las actividades realizadas en el sitio (Clemente, 1997).

Hemos dado, con la experiencia acumulada, pasos importantes tanto en la formulación de la propuesta teórica como en la consecuente práctica. En este mismo volumen presentamos el estado actual de nuestra reflexión en relación al tema *valor* como uno de los caminos para establecer un método arqueológico de evaluación de la explotación también en sociedades cazadoras-recolectoras.

Ya en 1994 (Barceló *et alii*, 1994) el ensayo con Redes Neuronales nos confirmó la hipótesis de funcionamiento de una sociedad conocida, etnográfica (no arqueológica): *Yámana*. Sabemos pues cómo era la morfología y el funcionamiento de la CP en la sociedad *yámana*.

Nos queda claro también que las variables arqueológicas que la caracterizan son *relacionales* y, siempre, en relación. Es decir, tenemos una estructura relacional, cuantitativa y direccionalmente característica (por históricamente conformada); por tanto, las variables que debemos encontrar, las que conformarán el registro arqueológico, no serán, con toda seguridad, ítems concretos ni contextualizados con otros ítems. La solución no pasa por «poner en relación espacial» ítems (p. ej.: collar + ofrendas animales + brazalete + figurillas femeninas de arte mueble… juntos en una tumba), *concluir* seguidamente que estamos delante de una «mujer *importante*» y *especular* después sobre posibles relaciones sociales y su nivel de complejidad. Ni aunque lo hagamos matemáticamente, pues el resultado matemático sólo nos informará de relación entre ítems, de nada más.

Es erróneo, en efecto, porque no conocemos previamente el significado social de cada ítem que, además, está en función de las relaciones y no tanto del valor objetivo del propio ítem.

Podemos afirmar que *las relaciones deben ser las variables*, y que las variables arqueológicas que necesitamos deben ser representativas de *relaciones*, de dinámicas relacionadas, deben remitir a relaciones.

A modo de reflexión final podemos decir que los trabajos efectuados hasta el momento nos han permitido constatar la necesidad básica e inicial de repensar el concepto y la amplitud de «registro arqueológico», lo cual lleva implícito de manera imprescindible el cambio hacia categorías relacionales socialmente significativas.

Vamos a ir configurando un método arqueológico general, con las técnicas necesarias, que pueda proporcionarnos un registro a partir del cual se consiga un marco explicativo del funcionamiento social: *el registro de la dinámica social esencial*.

Se trata en definitiva de averiguar cual es el registro arqueológico representativo de las relaciones esenciales/básicas/definitorias. Recuperada esa estructura relacional, los trazos significativos de cada grupo arqueológicamente documentado sí que podrán ser comparados.

## Bibliografía


Argelés, T. y Vila, A. (1993): «De la contradicció, o de la diferència a l'explotació», L'Avenç, 169: 68-70.

Barceló, J. A., Vila, A. y Argelés, T. (1994): «KIPA. A computer program to analyse the social position of women in hunter-gatherer societies», en: Johnson, I. (ed.), *Methods in the Mountains*, pp. 165-172 Univ. of Sydney.

Briz, I., Clemente, I., Pijoan, J., Terradas, X. y Vila, A. (2002): «Contextos etnoarqueològics i l'estudi de conjunts lítics», *Cota Zero*, 17: 12-20.

Clemente, I. (1997): *Los instrumentos líticos de Túnel VII: una aproximación etnoarqueológica*, Treballs d'Etnoarqueologia, 2, Madrid: CSIC.

Estévez, J. y Vila, A. (1995): «Etnoarqueología: el nombre de la cosa», en: Estévez, J. y Vila, A. (coords.), *Encuentros en los conchales fueguinos*, pp. 17-23, Treballs d'Etnoarqueologia, 1, Bellaterra: CSIC-UAB.

Estévez, J. y Vila, A. (1999): «Tierra del Fuego, lugar de encuentros», *Revista de Arqueología Americana*, 15: 187-219.

Estévez, J., Gasull, J., Lull, V., Sanahuja, E. y Vila, A. (1984): «L'Arqueologia com a Arqueologia», *L'Avenç*, 73: 75-80.

Estévez, J., Vila, A., Terradas, X., Piqué, R., Taulé, M., Gibaja, J. y Ruiz, G. (1998): «Cazar o no cazar: ¿es ésa la cuestión?», *Boletín de Antropología Americana*, 33: 5-24.

Piana, E., Orquera, L., Vila, A. y Estévez, J. (1992): «Chronicles of Ona-ashaga: archaeology in the Beagle Channel», *Antiquity*, 66(252): 771-783.

Vila, A. (1998): «Arqueologia per imperatiu etnogràfic», *Cota Zero*, 14: 73-80.

Vila, A. (2000): «Dadores de nombres/dadores de identidad. Secuencia para Tierra del Fuego», en: García *et alii* (coords.), *Estrategias de poder en América Latina*, pp. 45-59, Barcelona: UB.

Vila, A. (2004): «Proyectos etnoarqueológicos en Tierra del Fuego (Argentina)», *Bienes culturales*, 3: 193-200.

Vila, A. y Estévez, J. (1989): «Sola ante el peligro: la Arqueología ante las ciencias auxiliares», *Archivo Español de Arqueología*, 62: 272-278.

Vila, A. y Estévez, J. (2000): «Calibrando el método: Arqueología en Tierra del Fuego», *Archeologia postmedievale*, 4: 199-207.

Vila, A. y Piana, E. L. (1993): «Arguments per a una Etnoarqueologia», *Revista d'Etnologia de Catalunya*, 3: 151-154.

Vila, A. y Ruiz, G. (2001): «Información etnológica y análisis de la reproducción social. El caso *yamana*», *Revista Española de Antropología Americana*, 31: 275-291.

Vila, A. y Wünsch, G. (1990): «Un pequeño paso antes del gran salto: buscando como preguntar (o investigación teórico-metodológica en Tierra del Fuego)», *Xàbiga*, 6: 19-31.

Vila, A., Piqué, R. y Mansur, E. (2004): «Etnoarqueología de rituales en sociedades cazadoras-recolectoras», en: Luis, A. y Dalla, G. (eds.), *Bases arqueològiques per a l'estudi de les societats indígenes americanes*,pp. 286-296, Col.lecció Amer&Cat, Barcelona: ICCI.

# Posibilidades y límites para una etnoarqueología de la cerámica *matis*

JOSÉ MARÍA LÓPEZ MAZZ
Universidad de la República (Uruguay).

**RESUMEN.** El presente trabajo expone información etnográfica sobre la fabricación y el uso de los diferentes recipientes cerámicos confeccionados por el grupo amazónico *matis.* El interés del trabajo no es el de hacer Etnografía *matis*, sino orientar nuestra mirada de arqueólogo a un aspecto preciso y controlado de la economía de ese grupo: el sistema de producción y consumo de la cerámica.

El grupo *matis* fue contactado oficialmente en 1976 y actualmente habita en la aldea Aurelio sobre el Río Ituí, un afluente del Río Javarí, en el Oeste de Amazonía. El trabajo repasa aspectos teórico-metodológicos de la aproximación etnoarqueológica, y expone información de primera mano producida en el terreno. El trabajo pretende ir más allá de la analogía y apoyar nuestra labor de interpretación arqueológica de las formaciones económico sociales, que habitaron un poco más al Sur, en las tierras bajas de la Cuenca del Río de la Plata a partir del V milenio a. p.

**RESUMÉ.** Ce travail expose information ethnographique sur la fabrication et l'usage de pots de céramique par le groupe amazonien *matis.* L'interêt du travail n'est pas de faire de l'Ethnographie, *matis*, mais plutôt de regarder un aspect précis de l'économie: la production el la consommation de pots en céramique.

Le groupe *matis* contacté en 1976 habite actuellement sur le fleuve Ituí (vallée du Javarí) dans l'ouest amazonien. Ce travail aborde des aspects théoriques et méthodologiques de l'Ethnoarchéologie, et expose information du terrain.

Le travail a l'intention d'aller au-delà l'analogie et appuyer nos recherches archéologiques (V millénaire a.P. vers XVI siècle) dans les terres basses du bassin du fleuve de la Plata.

El presente trabajo expone información etnográfica sobre la fabricación y el uso de los diferentes recipientes cerámicos confeccionados por el grupo amazónico *matis.* El principal interés del trabajo no es en sí mismo el de hacer Etnografia *matis*, sino el de orientar nuestra mirada de arqueólogo a un aspecto preciso y controlado de la economía de ese grupo: el sistema de producción y consumo de la cerámica.

El grupo *matis* fue contactado oficialmente por la Fundación Nacional de Ayuda al Indígena (FUNAI/Brasil) en 1976 (Eriksson, 1996). Los *matis* habitan en la aldea Aurelio sobre el Río Ituí, un afluente del Río Javarí, en el Oeste de Amazonía (fig. 1).

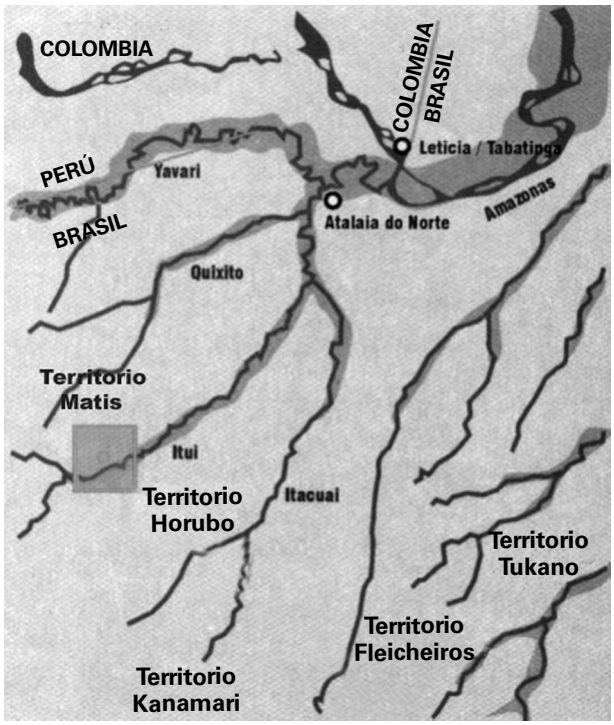



Figura 1. Mapa de la región.

Al momento del contacto eran unos 200 individuos, pero afectados por el shock bacteriológico en 1983 quedaban 83; por lo que cualquier expectativa de sobrevivencia como entidad cultural autónoma era pesimista (Eriksson, 1991 y 1996). Contra todo pronóstico en el año 2000 la población alcanzó los 213 individuos.

Los *matis* son de lengua *pano* y hacen parte de la rama septentrional del grupo denominado *mayoruna,* contactado en 1880 época desde la que fueron diezmados por las actividades vinculadas a la extracción de caucho.

En 1990 el etnólogo Philipe Erikson señalaba que la Etnografía de los grupos *pano* estaba, al igual que el estudio de sus recipientes cerámicos «aún cruda»; y demandaba a los arqueólogos, un estudio sobre la cerámica de los grupos *pano* y su herencia *mayoruna*.

El trabajo en su primera parte repasa aspectos teórico-metodológicos propios de la aproximación etnoarqueológica. En la segunda parte expone información de primera mano producida en el terreno. El trabajo pretende ir más allá de la analogía y apoyar nuestra labor de interpretación arqueológica de las formaciones económico sociales, que habitaron un poco más al Sur, en las tierras bajas de la Cuenca del Río de la Plata a partir del IV milenio antes del presente (López Mazz, 2001).

## La observación etnográfica y su uso en Arqueología

### Algunas definiciones teóricas

Las observaciones arqueológicas y etnográficas sobre la cultura material, han provocado un debate al respecto de la pertinencia y las condiciones de comparabilidad entre ambas bases de datos (Binford, 1968; Estevez y Vila, 1996; Gándara, 1990; Hernando, 1995; Politis, 1996b; David y Kramer, 2001).

El estudio etnográfico de culturas actuales desde una perspectiva arqueológica (subdisciplina de la Antropología, disciplina auxiliar de la Historia y método arqueológico) analiza vínculos entre cultural material y conducta, entre pasado y presente; al tiempo que desarrolla argumentaciones por analogía (David y Kramer, 2001: 33; Hernando, 1995).

Poco a poco, la arqueología ha revalorizado el uso analógico de las relaciones entre conducta humana y la variabilidad de sus productos (y circunstancias materiales). Por este camino, el reconocimiento de una naturaleza más amplia y diversa del «dato arqueológico» se asoció a la búsqueda de leyes específicas del comportamiento y mejoró el uso de la información etnográfica en el razonamiento arqueológico (Binford, 1968; Gándara, 1990; Watson *et alii*, 1979).

Politis (1996a: 19) entiende que «...la etnoarqueología es un tipo de etnografía que enfoca algunos aspectos y relaciones no abordados en detalle por las etnografías tradicionales».

Estévez y Vila (1996) señalan que la diferencia de objeto de estudio y de método ha generado un divorcio entre Etnografía y Arqueología, marcando las mutuas limitaciones a la hora de estudiar las diferentes manifestaciones de un mismo fenómeno como es la «formación social». Estos autores advierten del peligro de correlacionar categorías sociales de la Etnografía con categorías materiales definidas arqueológicamente, ya que una Etnografía descriptiva sólo podrá ayudar a una Arqueología descriptiva; y esto en la medida que perpetua el prejuicio histórico-cultural que correlaciona la categoría de *etnia* en Etnografía como explicativa o correspondiente a la categoría descriptiva de «culturas material» en Arqueología (*op. cit.*, 18).

Gándara (1990) retomando la argumentación positiva de Binford (1968) realiza una evaluación conclusiva sobre el uso de la analogía etnográfica en una concepción materialista histórica; y señala que el trabajo arqueológico requiere un nivel de teoría substantivo sobre los procesos sociales y otro observacional (llamado teoría arqueológica) sobre procesos de formación y transformación de contextos. Para este autor la Etnoarquelogía no es una nueva teoría social sustantiva, aunque si aporta reflexiones y principios generales a la teoría arqueológica (Gándara, 1990). Se subraya la importancia de los estudios realizados en relación con los problemas de formación y transformación de contextos, es decir a los problemas generales de la teoría arqueológica, pero se advierte del riesgo de particularismo histórico, y de que los arqueólogos actúen como etnógrafos aficionados (*op. cit.*).

Irmhid Wüst (1998: 674) por su parte, expone una perspectiva que vincula teoría, práctica, y ética al sugerir que la investigación etnoarqueológica y etnohistórica son importantes para transformar la investigación arqueológica en una herramienta para la defensa de la propiedad indígena de la tierra. Esto es un elemento importante, en momentos en que muchos arqueólogos sudamericanos asumen la

necesidad de una tarea con especificidades históricas propias y un compromiso de las ciencias sociales con el proceso de descolonización.

## Aspectos metodológicos

El uso de la analogía etnográfica no es un puro ejercicio de sentido común y asociación libre; por el contrario los arqueólogos como cualquier otro científico deben contrastar sistemáticamente sus hipótesis. La información etnográfica permite poner a prueba hipótesis que vinculan comportamiento y cultura material, inspirando modelos que estudian las interacciones entre relaciones sociales y estructuras arqueológicas. La información etnográfica sirve para construir y verificar modelos; pero las proposiciones deben ser resueltas con hipótesis verificables con información arqueológica (Binford, 1968).

La analogía etnográfica es un procedimiento heurístico para producir hipótesis, pero lo más importante es la historia de su contrastación ya que, que la analogía como sostiene Gándara (1990) no es prescindible, sino indispensable para la inferencia arqueológica. A partir del reconocimiento de una «analogía etnográfica rectora» se asume, tanto para el pasado como para el presente, una estrecha relación entre actividad humana y contextos materiales. Para Gándara (*op. cit.*) la labor analógica, depende de la relevancia y del grado de homogeneidad de las propiedades compartidas, que actúan permitiendo la proyección del contexto de referencia al contexto del objeto; y la lógica de este procedimiento es similar a la del muestreo estadístico, que enfatiza en la homogeneidad de las unidades de muestreo.

De Boer y Lathrop (1979) señalan que existe isomorfismo entre comportamientos humanos y sus representaciones arqueológicas derivadas, por lo que importa observar el comportamiento y sus productos, tratando de especificar la relación entre ambos. Como subrayan estos autores, el interés de la Etnoarqueología tiene que ver con la posibilidad de documentar, a través de la relación dialéctica entre actividad y producto, el pasaje de objetos desde su contexto sistémico comportamental contemporáneo (*sensu* Shiffer, 1972) y su incorporación al registro arqueológico (*op. cit.*).

Los estudios sobre el grupo amazónico *nukak,* orientan su análisis a la subsistencia, el asentamiento, la tecnología y la movilidad forrajera de los cazadores de selva tropical (Politis, 1996a y 1996b). La movilidad no parece ser producto de la baja productividad ecológica (como se ha sostenido) por el contrario, constituye una estrategia original de gestionar los recursos que se presentan concentrados en parches: «los *nukak* se mueven para producir» (Politis, 1996a). Estas investigaciones han dado nuevo impulso al estudio de la movilidad cazadora-recolectora prehistórica, realizado a partir de contextos materiales y de la caracterización de asentamientos.

Estévez y Vila (1996) trabajando en Tierra del Fuego buscaron depurar la metodología arqueológica y verificar modelos o leyes generales del modo de producción cazador-recolector. A partir de una definición de «rasgos esenciales» al interior de una misma cultura (*Yámana*) buscaron ver como quedan materializados en el registro Arqueológico y Etnohistórico.

También en Tierra del Fuego Legoupil (1996) asume que la información de pueblos actuales es relevante en la interpretación de pueblos del pasado. Partiendo de la técnica de excavación «paleoetnográfica» propuesta por Leroi-Gourham

(1957) y definiendo los «elementos objetivos» se comparó la organización espacial de un campamento cazador-recolector patagónico de época prehistórica (aprox. IV milenio a. p.) con otro de época moderna.

Con un estudio detallado de las «variables objetivas» del registro arqueológico, Legoupil (1996) apoya la interpretación funcional en la analogía etnográfica, y concluye reconociendo la influencia del determinismo ecológico y de la estructura social en la organización espacial de los campamentos.

En la región amazónica estudios actuales que integran información arqueológica y etnográfica, permiten discutir los estereotipos de marginalidad ecológica y cultural tradicionalmente atribuidos a las sociedades de tierras bajas (Steward, 1946). En ese sentido el grado de desarrollo social, la demografía, los patrones de asentamiento y la movilidad económica, vienen siendo puestos en tela de juicio a partir de investigaciones que articulan información etnográfica y arqueológica de primera mano (Heckemeberger *et alii*, 1999; Wüst y Barreto, 1999). Para entender los procesos de aculturación en el Brasil central, Irmhild Wüst (1998: 674) propone orientar las miradas arqueológica y etnográfica a los relevamientos regionales exhaustivos con especial atención a la morfología de los sitios, los patrones de asentamiento y la variabilidad espacial intrasitio.

## Recolección y procesamiento de datos

Las observaciones fueron realizadas entre junio y julio de 2000 en la aldea Aurelio sobre las márgenes del Río Ituí. Se prestó especial atención al registro de aquellos aspectos sociales que presentan un interés directo para el trabajo arqueológico: economía, movilidad, ocupación del territorio y tecnología. En esta ocasión se presenta una base de datos relativa a la tecnología cerámica. Las imágenes y la descripción sobre la función de los recipientes cerámicos que aquí se exponen, son producto de entrevistas y observaciones realizadas en las diferentes áreas de actividad, y con la colaboración de diferentes «informantes claves». En la aldea Aurelio se relevó información «locacional», que permite realizar un análisis espacial sobre las ubicaciones de los diferentes recipientes en la aldea. Dichas observaciones pudieron ser contrastadas luego en la visita a la aldea abandonada (más de cinco años) del *Igarapé Boiadeiro*, lugar donde el grupo habitaba anteriormente, en oportunidad del «contacto».

Para conocer los aspectos tecnológicos acompañamos y registramos las diferentes etapas del trabajo de la señora *Shari* mujer responsable de la producción de objetos cerámicos (fig. 2).

La información obtenida fue traducida en mapas distribucionales, de manera de representar la organización y la distribución espacial, de las zonas de producción y de consumo de los diferentes objetos cerámicos.

## El objetivo y la justificación de este trabajo

En primer lugar este trabajo tiene valor en relación al estudio de las sociedades amazónicas actuales, ya que profundiza el conocimiento de los grupos *mayorunas* a través de una aproximación a la «fracción política *matis*» (Erikson, 1996: 19).



Figura 2. Señora Shari.

Este trabajo busca mejorar nuestra comprensión de la variabilidad que presentan las diferentes asociaciones de restos materiales (y otras huellas) que constituyen el testimonio de la producción social de grupos cazadores-recolectores-plantadores de las tierras bajas sudamericanas, donde habitualmente desarrollamos nuestra labor de arqueólogo.

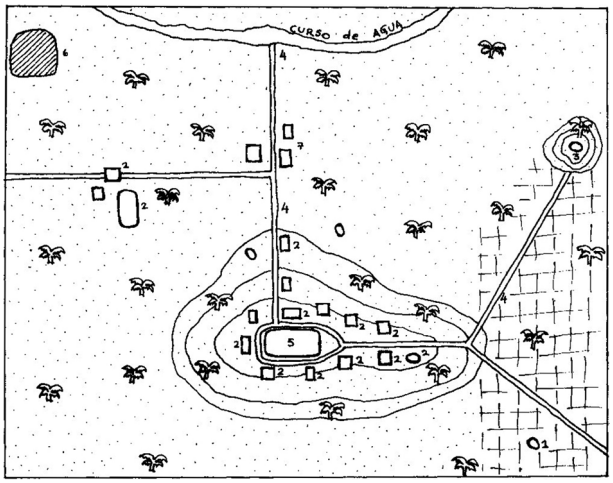
Especialmente buscamos entender los patrones espaciales internos de la aldea a través del estudio del dislocamiento espacial de las actividades de fabricación y de uso de la cerámica, en los diferentes lugares o ámbitos de la sociedad *matis*. Las observaciones realizadas pretenden contextualizar socialmente las actividades vinculadas a la cerámica *matis*, al tiempo de apoyar las inferencias e interpretaciones a nivel del registro arqueológico.

La información recolectada en este contexto etnográfico *matis*, pretende servir de referente específico y válido para la labor de investigación arqueológica sobre asentamientos prehistóricos de grupos cazadores-agricultores (ceramistas) que ocuparon las tierras bajas americanas, del Norte y Este de Uruguay, y del Sur de Brasil (López Mazz, 2001).

Un objetivo especifico es explorar los alcances metodológicos (epistemológicos y heurísticos) del trabajo etnoarqueológico. Otro, es el de desarrollar instancias de investigación que efectivamente contribuyan a descolonizar las relaciones que residualmente vinculan a antropólogos y arqueólogos con sus objetos de estudio.

## La producción de la cerámica *matis*

La producción de la cerámica *matis* involucra conocimiento y trabajo de mujeres. La confección es realizada en un lugar especializado para el trabajo artesanal que se ubica periférico a la aldea (fig. 3).




1. Lugar de fabricación de la cerámica.
2. Chozas domésticas de uso alternativo.
3. Lugar de fabricación del curare.
4. Hallazgos asilados de fragmentos cerámicos.
5. Casa comunal (*shobo*).
6. Primera casa comunal (derrumbada).
7. Antiguo puesto de la FUNAI.
8. Caminos.
9. Plantíos.

Figura 3. Plano de la aldea Aurelio.

Los conocimientos sobre la manufactura son transmitidos por línea femenina y esto constituye uno de los aspectos visibles de la división sexual del trabajo en esta sociedad. El objeto de trabajo esta representado por la arcilla que se extrae de las barrancas de los cursos de agua próximos (fig. 4). Esa arcilla es mezclada luego con cenizas de corteza de un árbol llamado *müi* (fig. 5). Este antiplástico de uso habitual por los pueblos de Amazonía es conocido como *cariapé*. Previamente a la mezcla con arcilla, las cenizas son tamizadas en un colador llamado *sekte* (Eriksson, 1999).



Figura 4. Antiplástico vegetal.



Figura 5. Herramientas.

El modelado de los recipientes se realiza a través de la confección de «rodetes», los que son unidos y alisados con un concha y luego con una semilla de fruto de palma. El tratamiento de la superficies del recipiente reciben algunas coberturas finas de barbotina a los fines de actuar como «engobe».



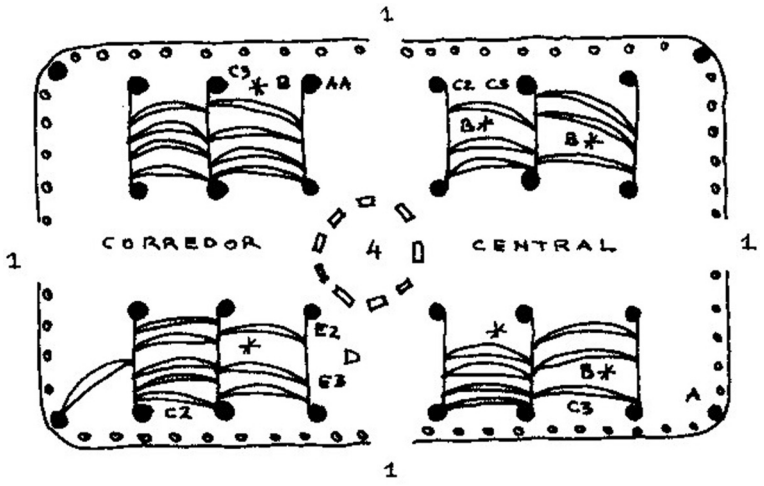
Figura 6. Fuego de cocción.

Los recipientes *matis* son secados a la sombra durante un día y luego cocidos. Primero en un fuego suave donde son colocados sobre los troncos.

Finalmente se cocina en un fuego fuerte donde son colocados al interior de la leña.

La fuerza de trabajo responsable de la manufactura cerámica, esta representada por mujeres. No obstante, no vimos niñas trabajando en esa manufactura. Pudimos apreciar incidentalmente la presencia de niños y ancianos que estaban en el lugar de trabajo de la artesana. Ellos cooperan en asegurar la leña, pero el mantenimiento y control de los fuegos usados en el proceso de fabricación, es una actividad enteramente a cargo de la artesana.

Las circunstancias y/o el momento en el que la artesana se pone a fabricar recipientes, esta marcada por la necesidad de reposición de piezas. Los recipientes cerámicos son eficaces medios de producción en el seno de la economía doméstica;




● : Pilares.
o : Soporte del techo.
: Hamacas.
✳ : Fuegos domésticos.
1 : Puerta.
: Corredor de baile.
: Corredor lateral.
4 : Centro (*nantan*).
B, C3, etc.: Tipos cerámicos.

Figura 7. Plano de casa comunal (*shobo*).

útiles para el procesamiento de vegetales (cultivados y recolectados) y de animales cazados (hervidos). La realización de ceremonias es el momento para el uso de los recipientes mayores de tipo «comunitarios» y de otros pequeños usados para beber o en las ceremonias de tatuaje. Las ceremonias son una oportunidad para la fabricación de máscaras de alto valor simbólico. En el contexto ceremonial masculino se utilizan también «trompetas» y recipientes para el «curare».

La voluntad de realizar intercambios fuera del grupo es otra razón, además del consumo al interior del grupo, para producir piezas cerámicas.

## Las formas y el uso de los productos cerámicos

Las formas (y su dimensión) y el uso que se hace de ellas, esta en relación con la utilidad que prestan tanto en la producción como en el consumo de alimentos. La siguiente tipología expresa un cruzamiento entre la información morfológica y métrica que proviene de nuestro registro; y aquella recuperada durante las entrevistas realizadas en los diferentes ámbitos de uso (fig. 8).



Figura 8. Casa comunal (Shobo).

*Matzum* es el nombre genérico usado para recipiente cerámico.

El primer tipo (A) corresponde a los recipientes grandes (*norapa*) (aprox. 50 cm. de diámetro y 30 cm. de altura) denominados *norapa matzum* usados para las fiestas y ceremonias, donde se preparan las bebidas ceremoniales en base a maíz (*chicha),* banana o buritί. También durante las fiestas se cocina carne para muchas personas en esos recipientes (Erikson, 1990: 57).

El segundo tipo (B) corresponde a los recipientes de dimensión mediana*, matzum* propiamente dicho (aprox. 30 cm. de diámetro y 15 cm. de altura) usados en los hogares de los espacios unifamiliares para cocinar carne (*mono, pecarí, tapir, tortuga y pescado*) y plantas domesticadas (*mandioca,» wymna» y maíz*).

Un tercer tipo de recipiente es de menores dimensiones (C) (aprox. 16 cm. de diámetro y 7,5 cm. de altura) y le llaman *matzum baku (*pequeño*),* usado durante el consumo de alimentos (C1) (carne, tubérculos, agua). Algunos son usados para el trabajo artesanal (almacenamiento de cuentas de collar). Un tipo especial esta representado por el recipiente que se usa para guardar el curaré (*beshó*) (C2) (15 cm. de diámetro y 9,5 cm. de altura). Este recipiente se caracteriza por un acondicionamiento vegetal de protección que sirve para taparlo y conservarlo.

Una variedad de recipientes pequeños (C3) lo constituye el que llaman *anchán*, usado para guardar las espinas con la que se realizan los tatuajes ceremoniales (*musha*) 12 cm. diámetro por 4 cm. de altura. Su función le confiere carácter ritual.

El cuarto tipo de recipiente (D1) es pequeño, con asa y le llaman *shuma*. Esa especie de cuchara o taza es usada para beber individualmente en fiestas o durante los ritos de iniciación. En el caso de la *chicha* y en ese contexto, al recipiente se le llama *nishkete*, mientras que en la ceremonia de la bebida *tachik* (ceremonia *masculina* asociada a la caza) cambia el nombre por el de *eushkete* (Erikson 1990: 59). La *shuma* mide apriximadamente 13 cm. de diámetro y 5 cm. de altura.

Un quinto tipo son los recipientes globulares con cuello escotado (E1, E2) usados para almacenar agua (*waca*) *waca matzum*, aunque no es el único usado para ese fin. Mide 33 cm. de altura y 35 cm. de diámetro máximo. Una variedad es utilizada como forma base para la fabricación de la trompeta ceremonial (bobonas o bocinas en la literatura) llamada *matzmuma* (E3). Esta trompeta, es fabricada a partir de un recipiente del tipo anterior (E) al que se le perfora el fondo y se le adhiere un apéndice cerámico, y luego una caña por la que se sopla. La vimos usada para convocar a los hombres a la ceremonia de la bebida *tatchik* y a toda la aldea durante la fiesta del *mariwin*.

Finalmente, un sexto y original tipo de producto cerámico, son las máscaras ceremoniales para la fiesta tradicional del *mariwin* (F) (17 cm. por 12 cm.) llamadas *mariwin maschó*. Esas máscaras ceremoniales reproducen los rasgos faciales (tatuajes y escarificaciones) propios de la identidad *matis*. Su fabricación se realiza a partir de un recipiente pequeño al cual se le aplican apéndices para modelar las orejas, la boca y la nariz. Finalmente se le pinta el motivo *musha* que los propios *matis* llevan en la cara tatuado.

## La distribución de la cerámica en las aldeas

De nuestras observaciones surge que los tipos cerámicos usados en espacios domésticos corresponden a varios tipos: B (para cocinar carne y vegetales), C1 (relacionadas a artesanías y para comer), C2 (curare), E2 (guardar agua), D (*chuma)* y C3 *(anchán).*

Estos espacios domésticos están constituidos por una familia nuclear de un hombre con una a dos mujeres, varios niños y algún miembro próximo (tío/a, suegra, etc.). El *shobo* comunal se subdivide en estos espacios unifamiliales, en los que se duerme, se realiza el procesamiento de alimentos y donde las cerámicas están asociadas a un fuego culinario, con acondicionamiento (fosa, estructura de palos) y reusos (fig. 7).

Hacen parte de estos contextos domésticos algunos recipientes pequeños (C) usados por mujeres en la confección de artesanía (cuentas de collar, cuerda) y por hombres para almacenar curare.

Por otro lado, dentro de la casa comunal pero en un espacio sustancialmente diferente, nuestras observaciones relevaron cerámicas de uso exclusivo en el ámbito ceremonial del *shobo*, próximo al *nantan* y corresponde a los siguientes tipos: A1 y A2 (*norapa matzum*), E3 (*matzuma),* E2 (guardar agua), D (*chuma).*

En gran medida la distribución espacial de la cerámica ceremonial esta asociada a la división sexual y a la organización del trabajo, generando una relación directa entre recipiente y espacios femeninos. Un conjunto de recipientes usados en la ceremonia masculina del *tchatchik* se ubican en el *nantan*, espacio central del *shobo* reservado a los hombres.

En el abrigo periférico usado para la confección de cerámica, se localizan algunos recipientes pequeños (C1) usados en la confección de cuentas de collar, y otros para beber agua en ese lugar durante el trabajo (C1 y E1).

Los hallazgos de fragmentos de cerámica de recipientes rotos, se vincula a lugares de trabajo como los plantíos (donde se lleva agua para beber) y a los arroyos y caminos. En todos los casos las observaciones realizadas correspondían al producto de accidentes durante el trasporte de agua a la aldea o durante las labores agrícolas.

Finalmente, se pudieron observar algunas situaciones de reciclaje de fragmentos de grandes vasijas (A) para realizar fuegos domésticos en algunas casas con piso de madera (*takpan shobo*).

## Posibilidades de una etnoarqueología de la cerámica *matis*

Parece haber acuerdo en que la Etnoarqueologia es una interfase disciplinaria que brinda una útil metodología arqueológica, y que se ha logrado mayor eficiencia y control de las observaciones en aspectos relativos a la subsistencia, los asentamientos y la cultura material. No obstante y como lo marca la convocatoria de esta publicación, las mejores posibilidades de la Etnoarqueología deben de ser estimadas más allá de la propia analogía.

Para evaluar las posibilidades de una Etnoarqueología de la cerámica *matis* partimos de la convicción de que la labor arqueológica precisa una epistemología que focalice fundamentalmente el trabajo, la relaciones sociales de producción y la propia materialidad de sus productos (entre otros: Bate, 1998; Estevez y Vila, 1996; Vicent, 1998). Es interesante el hecho que la Etnoarqueología también contribuye a profundizar esta perspectiva materialista, al ilustrar los aspectos inmateriales (sociales, comunicacionales, religiosos, etc.) que constituyen la cara oculta de la materialidad. De esta manera se ayuda efectivamente a los arqueólogos, dándoles a conocer situaciones culturales y conductas concretas de formación del registro; en lugar de dejarlos imaginarlas libremente y en abstracto.

Entre otras cosas, se puede señalar como elemento positivo que el referente *matis* presta buen servicio para estudio de contextos arqueológicos en los que aparecen inmersos los productos cerámicos. El llamado «tipo cerámico», la dimensión, su frecuencia y sus asociaciones con otros elementos del registro, permiten la elaboración de tipologías e hipótesis de trabajo que apoyan la interpretación de los contextos arqueológicos en términos de áreas de actividad. Esto permite también aproximarse por inferencia al número de personas y a las relaciones sociales vinculadas a la producción, la circulación y el consumo de estos productos.

Otra potencialidad es en relación al análisis comparado de la organización espacial del asentamiento *matis* y el de la estructura de los sitios arqueológicos de las tierras bajas sudamericanas; ya que aporta un modelo específico para el estudio de las sociedades cazadoras agroalfareras prehistóricas. En efecto, además de los modelos referenciales *nukak* (Politis, 1996b) y *yamana* (Vila y Estévez, 1996) usados en el estudio de cazadores recolectores prehistóricos que protagonizaron el poblamiento americano y las primeras etapas de su colonización (*ca*. XIII a VI mileno a. p.) la aldea *matis* suministra un modelo específico para el estudio de algunas formaciones económico sociales sustancialmente diferentes y cronológicamente posteriores al VI milenio a. p.

En el caso de los grupos cazadores-recolectores el modelo de asentamiento sería de tipo concentrado o agregado, con varias actividades en un mismo espacio. Por otro lado, en el ejemplo cazador agricultor el modelo sería de tipo desagregado o desconcentrado, con áreas de actividad especializadas, dispersas y desconectadas en un asentamiento de mayor extensión espacial e inserción territorial.

De la variabilidad arqueológica cerámica explicada analógicamente en términos de productos de patrones de conducta específicos, podemos inferir diferentes tipos de relaciones sociales. De este modo, los espacios de producción artesanal, de consumo doméstico y de consumo ceremonial adquieren fisonomía propia, y pueden inspirar hipótesis de trabajo desde el contexto «comportamental» observado (dinámico y sistémico) hacia el escenario de su contrastación en el registro arqueológico (estático y singular).

Los patrones recurrentes de asociación de objetos arqueológicos permiten (apoyados en la analogía *matis*) inferencias en término de áreas de actividad especializada y de actividad de género. En efecto la formación económica y social *matis* parece fuertemente marcada por la división sexual del trabajo, donde de manera dialéctica se oponen; por un lado el trabajo de producción femenina de recipientes y de procesamiento doméstico de alimentos, al consumo masculino ceremonial de objetos (máscaras, recipientes de bebida para ritos masculinos, curare, trompeta).

Las relaciones de parentesco también se asocian de alguna manera a la producción de la variabilidad arqueológica. Ellas priman en el espacio de consumo doméstico, mientras que las relaciones de cooperación extra familiares dominan entre los compañeros de caza, que comparten varias ceremonias masculinas. Los recipientes más grandes se asocian a la producción femenina de bebidas ceremoniales (y eventualmente comida) pero también al mayor y más amplio ámbito ceremonial de todo el grupo (fiestas de *mariwin* y *capivara*) donde se actualiza la organización social y la identidad grupal. El emplazamiento de estos recipientes esta asociado al corredor central de la casa comunitaria, elemento que simboliza el río y ordena, tanto el universo como la vida *matis*. El consumo individual esta marcado por el empleo del recipiente denominado *chuma* una copa o cuchara de cerámica con la que necesariamente debe beberse tanto el *chatchik*, como la *uma.*

A nivel arqueológico y partiendo del referente *matis*, esperamos poder identificar en nuestros sitios, áreas especializadas de fabricación de objetos cerámicos, a partir de contextos donde pueda diagnosticarse la asociación singular entre materias primas (arcilla, antiplástico, colorantes) herramientas, fuego y los propios vestigios cerámicos.

También a nivel arqueológico y a partir del referente *matis*, pueden inferirse contextos domésticos unifamiliares de la asociación entre estructuras de combustión, recipientes de tamaño y forma estándar, diversas herramientas (armas de caza, etc.) y artesanías (recipientes pequeños, cuentas de collar, cuerdas) con huellas de postes. Son específicos de estos contextos domésticos la presencia de elementos estructurales de la habitación comunitaria tradicionalmente identificados como «huellas de postes».

La identificación de estos contextos domésticos adquieren particular relevancia para la arqueología de las tierras bajas. En efecto la recurrencia de estos contextos y su asociación espacialmente continua, permitirian a algunos arqueólogos afirmar que se trata de «casas comunales», en nuestro caso el *shobo matis* (pero también la *maloca guaraní*). Estas estructuras tradicionalmente conocidas por la etnografía y

la arqueología americana como «*long houses*» han resultado la prueba por excelencia capaz de identificar el advenimiento de sociedades «segmentarias», más numerosas y sedentarias, los «*well planed villages*» (Dillehay, 1996) o las «aldeas de agricultores» (Iriarte, 2004). Esto adquiere importancia para nuestra zona de trabajo arqueológico y la investigación sobre los conjuntos de «cerritos» (estructuras en tierra) en particular las estructuras de forma alargada (*long houses*?). La utilidad de la analogía *matis* en la interpretación de estas estructuras en tierra típicas de las tierras bajas, debe sin embargo estar acompañada por un trabajo «fino» de excavación e interpretación de «pisos de ocupación» y reconocimiento de elementos estructurales, sin los cuales la analogía no dispone a nuestro entender del control necesario.

Por otro lado, contextos ceremoniales parecen posibles de ser inferidos de formas cerámicas excéntricas (máscaras y trompetas) y/o de recipientes de grandes dimensiones. Los elementos cerámicos aislados podrían también recibir una atención particular desde esta perspectiva según lo reclamado por Silva (2000). Esta ya sería una situación un poco más complicada de establecer con certeza en el terreno.

Las diferentes instancias en las que opera la Etnoarqueología y su analogía controlada pueden co-variar entre ellas, articulando un respaldo fáctico mayor al conjunto de la interpretación arqueológica. Esto permitirá entender mejor la relación entre tipos cerámicos, sus dimensiones, su redundancia, su disposición espacial y su relación relativa con otros elementos del registro.

## Limites de una etnoarqueología de la cerámica *matis*

Sin abandonar las convicciones sobre la utilidad de una teoría sustantiva de tipo materialista y de las virtudes del referente etnoarqueológico *matis*, debemos señalar no obstante, la posible existencia de algunos contextos cerámicos, difícil de reconocer o de «interpretar» en la medida que los vínculos que lo sitúan al interior del registro arqueológico no puedan ser reducidos exclusivamente a aspectos de la producción económica y del consumo cotidiano. La aplicación de técnicas analíticas (ácidos grasos, silicofitolitos, lámina fina, etc.) pueden producir datos de utilidad complementaria, y constituir una línea independiente de información en este tema.

Conviene tener presente lo propuesto por Faviola Silva (2000: 226) quién sugiere mejorar las tipologías y las clasificaciones de artefactos descontextualizados. El límite de los beneficios de una Etnoarqueología de la cerámica *matis* puede ubicarse entonces en la identificación e interpretación de algunos contextos y/o algunos objetos aislados como la cerámica usada eventualmente en los abrigos periféricos para confeccionar *curare,* o las mascaras enterradas en los ritos.

Es deseable siempre una atenta lectura de los procesos de formación de sitio, incluidos aspectos tafonómicos y post-depositacionales, de manera de controlar las limitaciones y mejorar las posibilidades del método. En el mismo sentido conviene tener conciencia de la escala de las superficies que los arqueólogos investigan (excavaciones) para poder entender mejor las áreas de actividad.

Como venimos de ver, las mejores posibilidades de una Etnoarqueología de la cerámica *matis* están en la observación controlada de la materialidad en los diferentes espacios de su producción social. Los aspectos metodológicos no pueden

como ya dijimos, perder de vista los aspectos inmateriales que constituyen la materialidad del objeto de estudio.

Los estudios etnográficos ilustran que las tecnologías además de sus contingencias económico sociales y materiales/adaptativas, están inmersas en un conjunto mayor de relaciones prácticas y simbólicas que las sociedades establecen con la naturaleza (Descola, 2002, Silva, 2000). De este modo la producción material constituye instancias polisémicas que codifican y comunican relaciones sociales y contenidos ideológicos; por lo que resulta riesgoso crear una separación tajante entre los modos como el ambiente es usado, y las formas de representación que le son dadas (Descola, 2002; Politis, 2000; Silva, 2000).

Un ejemplo de esto es el hecho de que la cerámica *matis* es un soporte válido sobre el cual se expresa o se comunica información de distinto orden social. En un caso se trata de la identidad femenina, asociada estrechamente a la producción y uso de recipientes. Otro circunstancia es la cerámica como soporte de la identidad *matis,* asociada a algunos recipientes específicos de uso masculino (máscaras, trompetas, curare) y particularmente a la decoración incisa con el motivo *musha,* presente en casi todos los recipientes. Esto puede ampliar demasiado el margen a la arbitrariedad de la relación entre significado y significante, que el arqueólogo habitualmente atribuye al «hecho arqueológico».

Esta situación se vincula a lo ya advertido por Estevez y Vila (1996) quienes señalaban el peligro de vincular etnicidad y relaciones sociales con cultura material. Pero en el caso *matis,* es un hecho que la producción cerámica da soporte a la identidad grupal. Esta limitación, a pesar del ejemplo *matis,* tampoco invalida la crítica general realizada a las interpretaciones difusionistas e histórico culturales que exageraron en el uso de la similitud cerámica. No obstante el ejemplo de la cerámica *matis* representa una limitación natural de esa propia crítica.

La cerámica *matis* contribuye además a reforzar las relaciones sociales y la identidad social femenino/masculina. Como señala Silva (2000) (citando a Regina Muller y a Lux Vidal) la reproducción social y la transmisión cultural se sirven entre otras cosas de la confección y decoración de objetos; al tiempo que la cultura material es usada para definir identidades sociales, y transmitir bienes y prerrogativas entre grupos de parentesco. La cerámica arqueológica en algunos casos, seguramente no escapó a esta situación y los patrones de su variabilidad en el registro puede haber estado pautada en este sentido. Y aquí se abre una nueva línea de trabajo donde la Etnoarqueología se anuncia como un camino válido para explorar.

## Conclusiones

Para concluir cabe reafirmar el reconocimiento positivo del valor metodológico de los estudios etnoarqueológicos, y su utilidad para los arqueólogos que asumen la responsabilidad de interpretar y explicar, a través del registro arqueológico, los modos de producción y de reproducción social de las poblaciones americanas prehistóricas.

La Etnoarqueología más allá de la analogía, presta singular servicio ya que permite controlar mejor la elaboración de las representaciones arqueológicas y su comparabilidad. Esto da más resolución a las generalizaciones y a las inferencias, y por tanto mayor ajuste a las conclusiones finales a las que llegan los estudios.

La Etnoarqueología y en este caso la de la cerámica *matis,* apoya la interpretación de la variabilidad arqueológica tanto en el tiempo, como en el espacio. En nuestro caso concreto, permite entender mejor las generalizaciones que están a la base de la elaboración de las llamadas «tradiciones cerámicas» y cómo los aspectos comunes a nivel técnico y morfológico funcional, se articulan con elementos decorativos distintivos de valor político.

Para finalizar, queremos subrayar las posibilidades de la cerámica *matis,* en tanto referente válido para entender mejor la estructura de los asentamientos de los grupos agricultores de las tierras bajas, ya que señalan claramente áreas domésticas, de trabajo artesanal y ceremoniales. En ese sentido, se realiza una contribución positiva al estudio arqueológico de la organización social, en la medida que el uso del espacio en los asentamientos humanos es particularmente sensible a la misma.

## Bibliografía


Bate, L. F. (1998): *El proceso de investigación en Arqueología*, Barcelona: Crítica.

Binford, L. (1968): «Methodological Considerations of the Archaeological Use of Ethnographic Data», en: Lee, R. y De Vore, I. (eds.), *Man the Hunther*, pp. 268-273, Chicago: Aldine.

David, N. y Kramer, C. (2001): *Ethnoarchaeology in Action*, Cambridge: Cambridge University Press.

De Boer, W. y Lathrap, D. (1979), «The manking and breaking of Shipibo-Conibo ceramics», en: Kramer, C. (ed.), *Ethnoarchaeology: implications of Ethnography for Archaeology*, pp. 102-138, New York: Columbia University Press.

Descola, P. (2002): «Genealogía de objetos e Antropología de la objetivaçao». *Horizontes Antropológicos,* 8: 323-333.

Dillehay, T. (1996): *Some especulation about mounds of east of Uruguay and South of Brasil*, Manuscrito Inédito.

Dillehay, T. (2000): «El paisaje cultural y público: el monumentalismo holístico, circunscripto de las comunidades araucanas», en: Durán y Bracco (eds.), *Arqueología de las Tierras Bajas*, pp. 449-466, Montevideo: Ministerio de Educación y Cultura.

Erikson, P. (1990): «How Crude Is Mayoruna pottery?», *Journal of Latin American*, 16(1): 47-68.

Erikson, P. (1991): «Ritual dos Matis», *Horizonte Geográfico*, maio/junio: 12-24.

Erikson, P. (1996): *La griffe des Aïeux*, París: Editions Peeters.

Estévez, J. y Vila, A. (1996): «Etnoarqueología: el nombre de la cosa», en: Estévez, J. y Vila, A. (coords.), *Encuentros en los conchales fueguinos*, pp. 17-23, Bellaterra: CSIC/UAB.

Heckenberger, M., Peterson, J. y Goés Neves, E. (1999): «Village Size and permanence in Amazonia: Two Archaeological examples from Brazil», *Latin American Antiquity*, 10 (4): 353-373.

Hernando, A. (1995): «La Etnoarqueología hoy: una vía eficaz de aproximación al pasado», *Trabajos de Prehistoria*, 52(2): 15-30.

Iriarte, J. (2004): «Evidence for cultivar adoption and emerging complexity during the mid-Holocene in the La Plata basin», *Nature*, 432: 614-617.

Leroi Gourhan, A. (1957): *Les Fuilles Préhistoriques,* Piccard, París.

Legoupil, D. (1996): «Organization spatiale, organization sociale. Du communautaire à l'individuel chez les nomads marins de Patagonie», *Journal de la Société des Americanistes*, 82: 31-61.

López Mazz, J. M. (1988): *Approche historique et culturelle à la formation sociale et à la identité uruguayenne*. *Thésè pour le Doctorat de 3 èmme cycle*, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, La Sorbonne Nouvelle (Paris III). Lille: Microfiches Université de Lille.

López Mazz, J. M. (1998): «La construcción de túmulos entre cazadores-recolectres complejos del Este de Uruguay», *Fronteiras,* 2(4): 297-378.

López Mazz, J. M. (2001): «Las estructuras tumulares (cerritos) del litoral Atlántico uruguayo», *Latin American Archaeology*, 12: 231-255.

Politis, G. (1996a): «Moving to produce», *World archaeology /Hunter-Gatherer land-use*, 27(3): 492-511.

Politis, G. (1996b): *NUKAK*, Bogotá: Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas Sinchi.

Politis, G. (1999): «La actividad infantil en la producción del registro arqueológico de los cazadores recolectores», *Anais da 1 Reuniao Internacional de Teoría Arqueológica na América do Sur. Revista do Museo de Arqueología e Etnología*, pp. 263-284, Sao Paulo.

Silva, F. (2000): *As tecnologías e seus significados. Um estudo da cerámica dos Asurini do Xingúe de cesteria dos Kayapó-Xikrin sob uma perspectiva etnoarqueológica. Tese de Doutorado*, Sao Paulo: Universidade de Sao Paulo (inédita).

Schiffer, M. (1972): «Archaeological context and systematic context», *American Antiquity*, 35: 156-165.

Steward, J. (1946): *Handbook of South American Indians*, Bulletin 143, Bureau of American Ethnology, Washington: Smithsonian Institution.

Vicent, J. M. (1998): «La Prehistoria del modo tributario de producción», *Hispania*, LVIII(3): 823-839.

Watson, P., Le Blanc, S. y Redman, C. (1974): *El método científico en Arqueología*, Madrid: Alianza.

Willey, G. (1999): «Styles and State Formation», *Latin Amrican Antiquity*, 10(1): 86-90.

Wüst, I. (1998): «Continuities and discontinuities: archaeology and ethnoarchaeology in the heart of the Eastern Bororo territory, Mato Grosso, Brazil», *Antiquity,* 72(277): 663-675.

Wüst, I. y Barreto, C. (1999): «The ring Villages of Central Brazil. A Challenge for Amazonian Archaeology», *Latin American Antiquity*, 10(1): 3-24.

# La etnoarqueología en el norte de la Península Ibérica y el estudio de las sociedades protohistóricas

JESÚS (KECHU) TORRES MARTÍNEZ
Dpto. Prehistoria. Universidad Complutense.
Instituto de Estudios Prerromanos y de la Antigüedad de Cantabria.
TERESA SAGARDOY FIDALGO
Dpto. Prehistoria. Universidad Complutense.
Instituto de Estudios Prerromanos y de la Antigüedad de Cantabria.

**RESUMEN.** En esta comunicación se presenta la metodología empleada en el Trabajo de Campo Etnoarqueológico aplicado a la Edad del Hierro en el norte de la Península Ibérica. Dicho trabajo se ha centrado en las relaciones entre la economía y la explotación del Paleoambiente. Partiendo de los restos arqueológicos, que en su mayoría contienen un significado económico, se intentan reconstruir las formas de relación económico-tecnológicas de las sociedades de la Edad del Hierro con el medio. En este proceso resulta fundamental la aportación de la etnoarqueología y del trabajo de campo realizado en los últimos años en la zona cantábrica. A partir de los datos obtenidos se realizan hipótesis sobre el ámbito social e ideológico.

**ABSTRACT**. In this paper we introduce the methodology used in the ethnoarchaeological fieldwork applicated to the studies of Northern Spain Iron Age. The main point of this work is the relationship between the economy and the environment explotation. Through the archaeological evidences, normally objects with an economical meaning, we try making a reconstruction of the economical and technological relationships between these societies and their environment. In this process is essential the use of the ethnoarchaeological fieldwork made in the last years in Northern Spain. With these informations, the development of new hypothesis about the social and ideological structures is possible.

## Introducción

Desde sus comienzos, la Prehistoria y la Arqueología han utilizado la comparación y la analogía con sociedades «primitivas» actuales como el camino para comprender a las sociedades prehistóricas. En su trabajo de síntesis Hernando Gonzalo (1995) explica cómo la Etnoarqueología nace en la década de los sesenta, de la mano de la Nueva Arqueología Norteamericana y desde esta fecha ha sufrido importantes críticas y debates sobre sus métodos y objetivos, de forma que aún está en proceso de definición. No obstante, cada vez se recurre más a esta disciplina,

que pese a toda controversia, sigue siendo una vía de acceso válida para plantear y responder nuevas preguntas en la aproximación al estudio de nuestro pasado.

Aunque estamos de acuerdo en que la etnoarqueología tiene significados más amplios, el trabajo que hemos realizado concuerda con la definición que hace V. Fernández Martínez de etnoarqueología en sentido estricto: es el trabajo de campo etnográfico realizado con criterios arqueológicos para obtener información relativa a la cultura material (Fernández Martínez, 1994: 137). Es este punto de vista desde el que hemos realizado nuestro trabajo de campo, ya que en la zona de estudio aún se pueden observar actividades y objetos de cultura material directamente relacionables con la mayoría del registro arqueológico manejado para la Edad del Hierro.

Los estudios antropológicos casi nunca han prestado mucha atención a los aspectos que se refieren a la cultura material, tan necesarios para la interpretación del registro arqueológico, de ahí la acuciante necesidad de realizar estudios de este tipo en zonas donde aún se conservan prácticas o modos de vida tradicionales. No obstante, esta es sólo la primera parte de un trabajo que ha de culminar relacionando esa cultura material con las pautas de racionalidad y orden social del grupo humano que la produce (Hernando Gonzalo, 1995: 24).

## La Antropología en el conocimiento de la Protohistoria del norte peninsular

Como en el resto de Europa y América, en España la incipiente investigación Prehistórica recurrió a la comparación y la analogía entre las culturas «primitivas» que aún existían y los vestigios de cultura material que aparecían en los yacimientos arqueológicos. En el ámbito de los estudios sobre la Protohistoria, se disponía además de los datos que ofrecían las fuentes grecolatinas, recurriéndose también a dichas analogías para interpretarlos.

Uno de los primeros autores que comenzó a utilizar esta nueva vía de aproximación a nuestro pasado fue A. Schulten, quien en la década de los años veinte del siglo XX, escribe su obra *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica* en la que integra ya el conocimiento de tipo antropológico como complemento en la interpretación de las fuentes clásicas grecolatinas y las evidencias arqueológicas. Las informaciones que emplea son muy diversas, sin una metodología antropológica determinada, lo que produce como resultado un mosaico de aciertos y errores que se reparte por toda su obra.

La integración del conocimiento antropológico dentro de las interpretaciones arqueológicas poco a poco se fue haciendo habitual entre los autores del siglo XX. Como en el caso de A. Schulten, las informaciones procedentes de distintos ámbitos aparecen integradas en un todo que conforma el discurso de distintos autores. P. Bosch-Gimpera en la década de los cuarenta del siglo XX establece cómo la antropología servía para desentrañar los puntos oscuros de la investigación prehistórica (Angulo Villaseñor, 1990: 83). Sobre esta premisa desarrolla y publica en 1932 su obra *Paleoetnología de la Península Ibérica* (1974) un conjunto de trabajos en los que intenta conjugar, con más éxito que Schulten, fuentes, etnología y arqueología. El autor se muestra cauto y advierte sobre la insuficiencia del conocimiento adquirido, pero establece la necesidad de realizar hipótesis de trabajo que con el tiempo los avances en la investigación se encargarán de contrastar.

En la misma época, J. Martínez Santa-Olalla (1941) publicará un trabajo titulado *Esquema Paleoetnológico de la Península Hispánica*. Décadas más tarde J. San Valero Aparisi realizará, junto a otros colaboradores, una *Guía para el estudio de la Cultura Popular*, basada en la experiencia acumulada en el trabajo de campo etnológico desde la Arqueología (San Valero Aparisi *et al*., 1980). En todas estas obras se intenta, con mayor o menor fortuna, recurrir a la información de tipo antropológico para solventar problemas interpretativos, básicamente realizando analogías.

Un hito importante en el conocimiento etnoarqueológico del norte Peninsular es la obra de J. Caro Baroja, *Los pueblos de España: ensayo de etnología*, realizada en los años cuarenta del siglo XX. En ella el autor desarrolla una serie de definiciones, que se convertirán en verdaderos modelos generales, sobre las distintas áreas geográficas de la Península Ibérica y el tipo de economía y estructura social que caracterizaban a los pueblos que las habitaron en la Protohistoria Final (Caro Baroja, 1946). Este modelo se desarrolló y perfeccionó sucesivamente en algunas de sus obras posteriores con gran éxito. En la *Primera reunión de Historia de la economía Antigua de la Península Ibérica* que dirige M. Tarradell (1968), J. Caro Baroja establece la clasificación de los grandes ámbitos geográficos, económicos y culturales de la Península Ibérica en la Protohistoria. Sus postulados no son discutidos y J. M. Blázquez los incorporará en su obra *Economía de la Hispania Prerromana* (1978). Los trabajos de J. Caro Baroja se convirtieron en referencia obligada y este autor fue considerado una autoridad sobre cuestiones de etnología aplicada al estudio de la Antigüedad Hispana. Su obra *Los Pueblos del Norte* (1977) sirvió para definir el carácter cultural, social y económico del conjunto de etnias prerromanas de la franja cantábrica.

Un cambio relativamente rápido y en cierto sentido radical, se producirá a partir de la década de los ochenta del siglo XX, motivado por la intensificación de la práctica arqueológica y sobre todo por el impulso que supone la introducción de la Nueva Arqueología y el consiguiente desarrollo de la etnoarqueología (Fernández Martínez, 1994; Hernando Gonzalo, 1995). A partir de estos momentos, los postulados de J. Caro Baroja caerán en el desuso y serán revisados críticamente (Bermejo Barrera, 1986 y 1994; García Quintela, 1999; Gómez Fraile, 2001; Torres Martínez, 2003 y 2004). Es también en estos momentos cuando comienzan a desarrollarse trabajos de campo sistemáticos, con una metodología etnoarqueológica, para la obtención de información aplicable a la interpretación protohistórica y de cara a la formulación de leyes y afirmaciones de carácter general.

## Arqueología, cultura material, etnoarqueología y tecnología

La etnoarqueología a menudo busca encontrar fórmulas para establecer los contenidos ideológicos, las relaciones sociales y las estructuras de poder de las sociedades del pasado. Esta búsqueda se desarrolla intentando establecer relaciones entre sociedades preindustriales actuales y sociedades prehistóricas. Pero esta relación a menudo resulta complicada, ya que el registro arqueológico es de tipo material, es decir se compone de objetos, artefactos, estructuras y algunos, pocos, restos orgánicos; mientras que la mayoría del registro etnológico del que disponemos en la actualidad es de tipo ideológico y pocas veces presta la importancia que merece a la cultura material.

Resulta evidente que a este respecto, las interpretaciones y las relaciones que se pueden establecer entre ambos registros y los resultados que se pueden extraer a partir de ambos contextos, por fuerza, han de resultar algo endebles. De hecho gran parte de las críticas que se efectúan contra la etnoarqueología y sus métodos, inciden en lo difuso y vago de las interpretaciones que suelen intentar establecer conexiones entre la cultura material —el registro arqueológico— y el patrimonio ideológico y de ordenación social. En muchos casos resulta excesiva la importancia que la interpretación, lo subjetivo, tiene en todo este proceso. Por otro lado, en muchas ocasiones se suelen establecer dichas relaciones y comparaciones entre pueblos excesivamente distantes entre sí, tanto en el espacio como en el tiempo (Brüeggemann, 1990).

Pese a todas estas dificultades y problemas, la etnoarqueología es uno de los elementos más importantes para la obtención de información de cara a la interpretación arqueológica. Desde nuestro punto de vista la etnoarqueología es un método de investigación enormemente rentable cuando se centra en cuestiones directamente relacionadas con la cultura material, en la búsqueda de aquellos elementos que tengan una relación lo más directa posible con las evidencias que aparecen en los yacimientos arqueológicos. Estos restos son esencialmente objetos materiales: herramientas, recipientes, estructuras, edificaciones, restos de fauna y plantas, etc. Son evidencias empíricas, contienen por sí mismos una información contrastable por el mero hecho de su naturaleza material y de los elementos de transformación con los que los humanos han alterado las materias con las que construyen su cultura material y los espacios en los que se desenvuelve su vida. Por tanto, el enfoque de nuestro trabajo parte de la base de que las evidencias que aparecen en los yacimientos arqueológicos, forman parte de una determinada tecnología que permite, ante todo, la explotación económica de los recursos del medio ambiente en el que ésta se inscribe. Y que a través de estos elementos se expresan otros contenidos de índole ideológica y social, pero directamente relacionados con los primeros.

Este punto de vista no es ninguna novedad. En una lúcida reflexión sobre la Arqueología, J. Caro Baroja establece que los objetos arqueológicos «... son casi siempre objetos con un significado económico visible por encima de todos los demás significados...» (Caro Baroja, 1968: 12-13). Es desde este punto de vista desde el que dicho autor desarrolla el concepto de *tecnología comparada,* a partir de la constatación de que la mayoría de lo recuperado en los yacimientos arqueológicos son restos de cultura material relacionados con actividades económicas (Caro Baroja, 1996). Una gran parte de estos restos y especialmente determinados objetos como útiles, herramientas, recipientes, etc. presentan evidentes similitudes, cuando no son prácticamente idénticos, a los que podemos encontrar en la cultura material empleada tradicionalmente en el ámbito agropecuario. Por tanto, para este autor, la Arqueología debía desarrollar estudios comparativos entre los objetos recuperados en los yacimientos arqueológicos y los que aún estaban en uso en las áreas donde existía una explotación agropecuaria de tipo tradicional para comprender para qué sirvieron, con qué actividades se relacionan y de qué modo se elaboran y emplean. Acompañando estos trabajos, se debía desarrollar un marco de evolución tipológica y determinar el contexto económico y cultural en el que dichos objetos tienen su sentido, remontándose estos estudios hasta la Prehistoria. Una vez recuperada toda esta información básica sobre los objetos, su funcionalidad y su ámbito cultural, es cuando resultaría posible obtener otro tipo de datos de índole social o incluso ideológica.

Otro concepto importante es el de la conveniencia de establecer los estudios de tecnología comparada con sociedades que no estuvieran alejadas geográfica, histórica y culturalmente de las sociedades de la Antigüedad que pretendemos estudiar, en este caso la Península Ibérica, ya que los países del ámbito mediterráneo de Europa mantienen un patrimonio cultural (que podríamos denominar como *cultura popular*, *campesina* o *preindustrial*) y un registro histórico suficiente para lograr estas comparaciones. Por dicho motivo este tipo de trabajos en nuestro país resulta, desde el punto de vista científico, sumamente rentable. En los enunciados de J. Caro Baroja tienen también importancia los contenidos geográficos, medioambientales. La tecnología que las culturas manejan sería el resultado de la adaptación al medioambiente en el que un grupo humano habita. Básicamente es a partir de estos primeros enunciados sobre *tecnología comparada* sobre los que ampliaremos este mismo concepto y desarrollaremos más adelante, el estudio de lo que denominamos *tecnología aplicada*.

En las últimas décadas del siglo XX y en los comienzos del siglo XXI se han desarrollado en la Península Ibérica una serie de trabajos sobre *tecnología protohistórica* que permiten la adecuada clasificación y amplían el conocimiento existente sobre útiles y herramientas de la Edad del Hierro. En la década de los sesenta del pasado siglo E. Plá Ballester desarrolló un importante trabajo de recopilación, clasificación y definición de herramientas recuperadas en yacimientos ibéricos (Plá Ballester, 1968 y 1969). M. Barril Vicente ha publicado una serie de artículos sobre objetos y herramientas procedentes de diversos yacimientos arqueológicos y fondos museísticos, especialmente rejas de arados (Barril Vicente, 1992, 1999, 2000, 2001 y 2002). En uno de estos trabajos, se recoge una breve historia de este tipo de investigaciones en el ámbito arqueológico de la Península Ibérica (Barril Vicente, 2002: 33-34). También el equipo de investigación de Numancia, dirigido por A. Jimeno publicó un trabajo sobre herramientas y útiles recuperados en ese yacimiento protohistórico en el *IV Congreso sobre Celtíberos* (Jimeno *et alii*, 1999). En esta misma línea, se presentaron varios trabajos en los que se analizaba el utillaje empleado en la explotación agrícola en la Protohistoria final en el occidente de Europa, dentro del XXII Coloquio Internacional para el Estudio de la Edad del Hierro (Buxó y Pons, 2000). Aportaciones de otros autores han servido para contextualizar las distintas herramientas y objetos dentro de las distintas actividades económicas (Torres Martínez, 2003) o para desarrollar el conocimiento sobre áreas tecnológicas de la Protohistoria poco conocidas como el textil (Alfaro Giner, 1978 y 1997; Castro Curel, 1984). Pero el ámbito de estudio es tan amplio que podemos decir que la mayor parte del trabajo, y lo más esencial, está aún por hacer.

## Tecnología Comparada

Hemos intentado ampliar los conceptos de J. Caro Baroja sobre *tecnología comparada* con el fin de poder establecer un estudio funcional de los objetos que fuera verdaderamente amplio, en el que tengan cabida otro tipo de cuestiones directamente relacionados con los objetos y su ámbito económico y sociocultural de actuación. Entendemos que esto es lo que dota a estos objetos de su pleno sentido dentro de las culturas y sociedades que los emplean. De este modo hemos desarrollado una serie de trabajos de cara a evaluar el modo más eficaz y rentable de tratamiento de

los objetos y establecer una metodología de trabajo que nos permita identificar y clasificar cualquier objeto que aparece en un yacimiento arqueológico y además conocer cuál era el uso de que se daba a cada objeto, cuál era su aspecto real y con qué materiales estaba elaborado, cómo y con qué técnicas se utilizaba, en qué momento histórico aparece (dataciones absolutas y relativas), cuál es su evolución conocida y qué otros modelos similares surgieron o evolucionaron a partir de cada objeto. Toda esta información puede ser recogida a través del trabajo de campo etnoarqueológico y se complementa con la consulta de trabajos etnográficos, de tipo folklórico y, por supuesto, arqueológicos.

| | | |
|---|---|---|
| **¿QUÉ OBJETO ES?** | Denominación de consenso del objeto. | Nombres secundarios. |
| **¿PARA QUÉ SIRVE?** | Actividad o uso principal. | Actividades o usos secundarios. |
| **¿DE QUÉ ESTÁ HECHO?** | Materiales con los que se elabora. | Método de fabricación o elaboración. |
| **¿CÓMO SE USA?** | Funcionalidad, ergonomía, trabajo. | Técnicas de manejo, mantenimiento, preservación. |
| **CRONOLOGÍA** | Momento histórico en el que aparace y en el que desaparece. | Dataciones absolutas relacionadas con hallazgos de este objeto o sustancia. |
| **EVOLUCIÓN** | Antecedentes y desarrollo del objeto o proceso. | Derivados, paralelos y similares. |

Esta metodología no sólo se aplica a la interpretación en el caso de útiles y herramientas, sino también en el trabajo con recipientes que han sido empleados en tareas de procesado, transformación y almacenaje de sustancias. De esta manera la etnoarqueología permitiría conocer, por contrastación directa en muchos casos, las técnicas de manipulación de determinados productos que aparecen cada vez con más frecuencia en el registro arqueológico y que sabemos se manipulaban y consumían en el pasado: diversos productos y sustancias de origen vegetal, también productos de origen animal (carnes, pieles, tendones, grasas y productos lácteos). Además están las labores de transformación de determinadas materias en productos como los objetos de metal, la elaboración de cerámicas, la obtención de sal y otros. En este sentido, además de la etnoarqueología y las fuentes antropológicas, las etnografías y los trabajos de folkloristas, no podemos olvidar las informaciones obtenidas a partir de la Arqueología experimental.

Uno de los elementos que permite un mayor desarrollo en la consecución de información sobre tecnología, es la posibilidad de recuperación de información a través de las denominadas «huellas de uso» y de evidencias microscópicas sobre sustancias que se pueden obtener en los restos de útiles, herramientas y contenedores. Este tipo de analíticas, impensables hace no mucho tiempo, nos permiten introducir un elemento de contraste empírico con el que establecer con mayor seguridad la interpretación. En este sentido, el trabajo de campo etnoarqueológico tomaría una nueva orientación con la posibilidad de tomar muestras sobre los distintos objetos implicados en la manipulación y procesamiento de productos y sus-

| | | |
|---|---|---|
| **¿QUÉ PRODUCTO ES?** | Denominación de consenso del producto o sustancia. | Nombres secundarios. |
| **¿PARA QUÉ SIRVE?** | Actividad o uso principal. | Actividades o usos secundarios. |
| **¿QUÉ COMPOSICIÓN TIENE?** | Sustancias que lo componen. | Método de elaboración. |
| **¿CÓMO SE USA?** | Funcionalidad. | Técnicas de manejo y preservación. |
| **CRONOLOGÍA** | Momento histórico en el que aparace y en el que desaparece. | Dataciones absolutas relacionadas con hallazgos de la materia o sustancia. |
| **EVOLUCIÓN** | Antecedentes y desarrollo del proceso de elaboración. | Derivados, paralelos y similares. |

tancias, con el fin de obtener información directamente útil para la búsqueda, recuperación e interpretación de evidencias en los materiales arqueológicos.

## Tecnología aplicada

La *tecnología aplicada* intenta desarrollar el concepto de *tecnología comparada* pero extendiendo su ámbito de interés más allá del ámbito funcional de las herramientas y objetos involucrados en las actividades económicas para abarcar otras formas de actividad tecnológicamente más complejas: la silvicultura, la recolección, la agricultura, la ganadería. En su conjunto aborda la explotación del territorio, entendido éste como ecosistema, como un ente compuesto por especies animales y vegetales que pueden ser manipulados y explotados para obtener de ellos los recursos necesarios para la vida. Estas actividades económicas se desarrollan a través de complejos sistemas tecnológicos en los que interviene un conocimiento práctico del medio, de tipo medioambiental, y un conocimiento aplicado de las especies vegetales y animales involucradas en todas estas actividades económicas. En la actividad de obtención de recursos las condiciones del medio establecen el marco biológico en el que los humanos pueden manipular a especies vegetales y animales para que se conviertan en herramientas para conseguir beneficios o recursos, tanto para los humanos como para otras especies que los humanos explotan.

Es el avance de las técnicas de recuperación de restos animales y vegetales, así como de otros indicadores medioambientales que son susceptibles de ser estudiados de modo comparado, ya sea en la actualidad o en el pasado, lo que permite ampliar el rango de estudios de tecnología de los objetos a las plantas, a los animales e incluso a los ecosistemas. De este modo es posible reconstruir las formas de relación económico-tecnológicas de las sociedades humanas con sus ecositemas. La conservación de determinadas formas de explotación tradicional del medio serviría para poder reconstruir las técnicas de explotación empleadas en el pasado. Uno de los elementos más importantes en esta forma de abordar la investigación de las actividades paleoeconómicas es que el trabajo de campo etnoarqueológico puede ser

| | | |
|---|---|---|
| **¿QUÉ ACTIVIDAD ES?** | Denominación de la actividad. | Nombres secundarios. |
| **¿QUÉ SE OBTIENE?** | Productos obtenidos. | Actividades o usos secundarios. |
| **¿CON QUÉ ELEMENTOS SE LLEVA A CABO?** | Elementos necesarios para desarrollar la actividad. | Método de obtención. |
| **¿CÓMO SE REALIZA?** | Pormenores del desarrollo de la actividad. | Técnicas para el desarrollo de la actividad y su preservación. |
| **CRONOLOGÍA** | Momento histórico en el que aparace y en el que desaparece. | Dataciones absolutas relacionadas con hallazgos de esta actividad. |
| **EVOLUCIÓN** | Antecedentes y desarrollo de la actividad. | Derivados, paralelos y similares. |

diseñado a partir de las necesidades del ámbito de investigación arqueológica. La información obtenida debe procesarse a través de comparaciones con la información arqueológica, así como con estudios específicos de arqueobotánica (palinología, carpología, antracología), paleoetnobotánica y arqueozoología, así como de analítica de restos microscópicos, etc. Estos estudios permitirán establecer relaciones entre la información actualmente disponible y los indicios que podemos recuperar del pasado, ya que las especies animales y vegetales involucradas en los estudios de Protohistoria no han sufrido cambios tan radicales como para no permitir un estudio comparado.

A este respecto otra fuente de información esencial que no podemos olvidar son las fuentes grecolatinas que, sometidas a técnicas de análisis etnohistórico, pueden aportar un importante volumen de conocimiento.

## Trabajo de Campo

En los últimos cinco años hemos desarrollado un trabajo de campo etnoarqueológico centrado principalmente en las relaciones entre la economía de la Edad del Hierro y la explotación del paleoambiente. Este trabajo se desarrolla en áreas del norte de la Península Ibérica y ha servido para adaptar la metodología de investigación etnológica a la obtención de información aprovechable desde el punto de vista de la arqueología.

El trabajo práctico realizado se centra en sociedades donde existe una relación medioambiental histórica y cultural directa con las sociedades protohistóricas en estudio. Se busca recopilar conocimiento sobre la relación entre las formas de explotación del entorno, la tecnología empleada y el conocimiento aplicado del medio que estas técnicas de explotación contienen. Se recoge información sobre la obtención de materias primas y productos y sobre la explotación de espacios adecuados para la alimentación de animales y humanos. También se investiga sobre las formas de elaboración tradicional de útiles, herramientas y máquinas que se confeccionan

con tecnologías simples y materiales básicos. El criterio siempre es el de buscar prácticas tradicionales que empleen criterios de maximización de resultados con máxima economía de medios.

Esta forma de enfocar los estudios de etnoarqueología presenta divergencias con la mayoría de los estudios etnoarqueológicos que establecen el énfasis en el trabajo con sociedades de tecnologías simples muy alejadas geográfica, ambiental y culturalmente de las sociedades prehistóricas o protohistóricas que se pretende estudiar. Frente a otras corrientes que emplean la etnoarqueología como un medio de obtener información sobre estructuras y jerarquización social, ideologías y formas de pensamiento, en nuestro área planteamos una etnoarqueología directamente relacionada con evidencias materiales, tangibles, empíricas, sobre las que desarrollar las inferencias. Los estudios etnoarqueológicos desarrollados a partir de este tipo de planteamientos tienen relación directa y evidente con los yacimientos arqueológicos y con los problemas derivados de la investigación arqueológica. Desde nuestro punto de vista, poseen una más amplia y sólida base empírica.

Uno de los ámbitos de investigación más rentable y con resultados más importantes ha sido el de la *ganadería protohistórica* (la actividad económica por excelencia en esta zona) y la comprensión de sus implicaciones tanto medioambientales como sociales. Una parte del Trabajo de Campo se desarrolla con informantes. La metodología empleada en la recogida de información es la estándar empleada en antropología y etnología, con entrevista semidirigida, documentación a través de notas, grabación en microcasettes y documentación fotográfica. La entrevista semidirigida se ha revelado como una técnica muy eficaz de obtención de información a través de informantes ya que permite que el entrevistado desarrolle su discurso libremente estableciendo las asociaciones que cree oportunas al tema tratado, pero con la posibilidad de reconducir el discurso si éste divaga en exceso o abandona el ámbito de interés.

Otra parte no menos importante del trabajo se desarrolla a través de la consulta de obras de folkloristas y etnografías, museos etnográficos, etc., así como con el estudio de obras de referencia sobre biología animal y vegetal, ecosistemas, botánica aplicada y etnobotánica, explotación ganadera, pastizales, etc. Los datos obtenidos sobre ecosistemas, animales y plantas se suelen contrastar sobre el terreno y también con informantes y especialistas en esos ámbitos de la investigación. Sobre este trabajo se establece la base documental que permite la comparación y la reconstrucción. Una vez compilada la información y debidamente contrastada se compara con los datos aportados con la Arqueología y con la información procedente de las fuentes grecolatinas.

Por ilustrar algún aspecto de este trabajo (véase Torres Martínez, 2003; Torres y Sagardoy, e. p.) detallamos algunos resultados del estudio de esta actividad ganadera. La primera parte de este trabajo de campo ha consistido en comprender la relación entre la climatología de la zona, los distintos ecosistemas, las especies vegetales que los habitan y sus períodos de maduración. El sistema de explotación tradicional está basado en el conocimiento aplicado de la biología y la etología de las especies ganaderas, así como del comportamiento de las especies vegetales que componen su alimento. El pasto se compone principalmente de gramíneas y leguminosas, así como de rosáceas. La maduración de estas especies vegetales, que componen el alimento del ganado, está en dependencia de la evolución medioambiental de los distintos ecosistemas en los que estas plantas habitan y que determi-

nan su período vital, su momento de crecimiento y maduración, en definitiva, su disponibilidad como alimento. Esto es lo que ha producido los sistemas de explotación ganadera basados en la *trasterminancia vertical* y en la *trasterminancia*: desplazamientos del ganado desde las zonas de invernada, generalmente en zonas bajas y protegidas, ascendiendo a través de pastizales de primavera y otoño situados generalmente en laderas y zonas boscosas, hasta llegar en un momento del comienzo del verano a los pastizales de verano, las brañas, situados en las zonas más altas de las montañas. Esto implica períodos de *subida*, de *bajada* y de permanencia del ganado en distintos emplazamientos estacionales. Sobre los mismos comportamientos de las especies pascícolas y necesidades de los ganados se establecen las prácticas *trasterminantes a larga distancia* y las *trashumantes.*

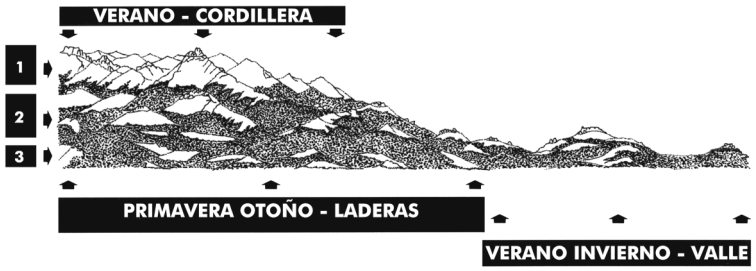



Figura 1. Modelo de ocupación estacional del territorio económico.
Los distintos pisos bioclimáticos son: **1** *Alpino* y *Subalpino*, **2** *Montano* y **3** *Colino*
(ilustración procedente de Torres Martínez 2004).

Una vez comprendidos estos procesos mediante el trabajo de campo etnoarqueológico, se ha avanzado en la forma de valorar la construcción de los territorios económicos y en la interpretación de determinados yacimientos estacionales, o de la ubicación de núcleos en función de caminos tradicionalmente empleados como vías pecuarias. También el surgimiento de los *oppida* de la zona se ha puesto en estrecha relación con la necesidad de control de determinados puntos que dominan estas vías de comunicación estratégicas y de circulación de los ganados, fenómeno detectado también en otras zonas de la Península Ibérica.

Por otro lado, se han realizado aproximaciones a cómo estas sociedades debían organizar su tiempo, determinado en gran parte por las necesidades de las distintas especies, estableciéndose un calendario ganadero. Este calendario es también un calendario medioambiental que recoge la maduración escalonada de los pastos y su disponibilidad a lo largo del año y puede ponerse en relación con el calendario céltico conocido para la Edad del Hierro. Este calendario permitiría la posibilidad de establecer los momentos adecuados para la reunión y los distintos movimientos de los contingentes de ganado a partir de determinadas «festividades», en relación con los momentos de maduración de los distintos recursos y de las necesidades de las distintas cabañas (Torres Martínez, 2005): véase figura 2.

Por otro lado, este tipo de explotación ganadera implica en muchos casos la necesidad de un trabajo planificado y cooperativo con un importante esfuerzo logístico y de coordinación social. También conlleva la explotación compartida por distintos grupos de espacios comunes de pastos, con lo que estos lugares (preferentemente de *estiaje* en las cordilleras y montañas, pero también de *invernada* en

**DISTRIBUCIÓN DE LAS ACTIVIDADES GANADERAS**

| Meses / Cabaña | Enero | Febrero | Marzo | Abril | Mayo | Junio | Julio | Agosto | Septiem. | Octubre | Novm. | Dicim. |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| **EQUIDOS (Equus caballus)** | Ordeño-Yeguas | Ordeño Yeguas | **Cubrición temprana (gestación 340 días aprox.) Partos** | **Cubrición Partos** | **Cubrición Partos tardios** | **Cubrición Tardia Partos tardios** | **Cubrición tardia** | Ordeño **YEGUAS** | Ordeño Yeguas | Ordeño Yeguas | Ordeño Yeguas | Ordeño Yeguas |
| **BOVIDOS (Bos taurus)** | Ordeño | Ordeño | Partos | Partos tardíos | Ordeño | **Cubrición (gestación 252 días aprox.)** | **Cubrición tardía** | Ordeño | Ordeño | Ordeño | Ordeño | Ordeño |
| **OVINOS (Ovis aries)** | Ordeño | Partos tempranos **Ordeño** | Partos **Ordeño** | Partos tardios **Ordeño** | Ordeño | Esquileo **Ordeño** | Ordeño | Ordeño | **Cubrición (gestación 150 días aprox.)** | **Cubrición tardía** | Ordeño | Ordeño |
| **CAPRINOS (Capra hircus)** | Ordeño | Ordeño | Ordeño | **Partos** | **Partos tradios** | Ordeño | Ordeño | Ordeño | Ordeño | Ordeño | **Cubrición (gestación 150 días aprox.)** | **Cubrición tardía** |
| **SUIDOS (Sus domésticus)** | | **Cubrición (gestación 105-125 días aprox.)** | | | | Partos | | | | | | |
| **CALENDARIO GANADERO** | **Procesado de carnes** | | | **Subida** | **Subida** | **Brañas** | **Brañas** | **Brañas** | **Bajada** | **Bajada** | | **Matanza procesado de carnes** |
| **CALENDARIO ASTRONÓMICO Y RITUAL** | | **Imbolg** ¿San Blas? | **Equinoccio de primavera** (San Nicolás) | | **Beltaine** (Los Mayos) | **Solsticio de verano** (San Juan) | | **LUGNASAD** | **Equinoccio de otoño** (San Miguel Arcángel) | | **Samain** (Difuntos) | **Solsticio de invierno** (Navidad) |

Figura 2. Cuadro de distribución de las actividades ganaderas, calendario ganadero y calendario ritual céltico.

determinadas zonas de condiciones favorables) se convierten en lugares de convivencia, de convergencia cultural. Aplicándolo a la Edad del Hierro, podríamos pensar que las *téseras* podrían en muchos casos establecer pactos de hospitalidad con un trasfondo ganadero, así como las formas de las fíbulas o las decoraciones cerámicas se pueden poner en relación con el mundo ganadero y su proyección estética, iconográfica. Para la comprensión de los mecanismos de difusión de los distintos elementos culturales y tecnológicos deben considerarse los fenómenos de convergencia etnocultural que se producirían en espacios comunes de pastoreo. Estos espacios serían un elemento esencial en los procesos de afirmación de los elementos comunes y de mezcla y difusión de las innovaciones y novedades.

## Bibliografía


Alfaro Giner, C. (1978): «Algunos aspectos del Trasquileo en la Antigüedad: a propósito de unas tijeras del Castro de Montesclaros», *Zephyrus*, XXVIII-XXIX: 299-308.

Alfaro Giner, C. (1997): *El tejido en época romana*, Cuadernos de Historia, 29, Madrid: Ed. Arco Libros, S. L.

Angulo Villaseñor, J. (1990): «Interrelación entre la Historia, etnología y Arqueología. Etnoarqueología», en: Sugiera, Y. y Serra, M. C. (eds.), *Coloquio Bosch-Gimpera*, pp. 83-97, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Barril Vicente, M. (1992): «Instrumentos de hierro procedentes de yacimientos celtibéricos de la provincia de Soria en el Museo Arqueológico Nacional», *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, T. X (1 y 2): 5-24.

Barril Vicente, M. (1999): «Arados prerromanos de la Península Ibérica: las rejas y su distribución zonal en el Interior Peninsular, *IV Simposio sobre los Celtíberos. Economía. 1997*, pp. 89-101, Zaragoza: Institución Fernando el Católico (CSIC) y Diputación de Zaragoza.

Barril Vicente, M. (2000): «Arados prerromanos del interior de la Península Ibérica: tipos, rejas y elementos de unión», en: Buxó, R. y Pons, E. (dirs.), *Els productes alimentaris d´origen vegetal a l´edat del Ferro de l´Europa Occidental: de la producció al consum. Actes del XXII Col·loqui Internacional per a l´Estudi de l´Edat del Ferro. Association française pour l´étude de l´Âge du Fer. Girona 1999*, Girona: Museu d´Arqueología de Catalunya-Girona.

Barril Vicente, M. (2001): «Pre-roman Ard-shares in Cantabria. The Archaelogy of the Matienzo Depression, north of Spain», British Archaeological Reports International Series, 975, pp. 177-197, Oxford: Archeopress.

Barril Vicente. M. (2002): «Los útiles agrícolas prerromanos: ideas básicas para su identificación, clasificación y adquisición de información», *Sautuola. Revista del Instituto de Prehistoria y Arqueología Sautuola*, vol. VIII: 33-55.

Belarte Franco, M. C. (2000): «Sobre el uso del barro en la protohistoria del Bajo Aragón: estudio de materiales conservados en el museo d´Arqueología de Catalunya-Barcelona», *Kalathos*, 18-19: 65-93.

Bermejo Barrera, J. C. (1986): *Mitología y Mitos de la Hispania Prerromana II*, Akal Universitaria. Serie Interdisciplinar, Madrid: Akal.

Bermejo Barrera, J. C. (1994), *Mitología y Mitos de la Hispania Prerromana I*, Akal Universitaria. Serie Interdisciplinar, Madrid: Akal 2.

Blázquez, J. M. (1957): «La economía ganadera de la España antigua a la luz de las fuentes literarias griegas y romanas», *Emerita*, Madrid: CSIC, Patronato «Menéndez y Pelayo», Instituto «Antonio de Nébrija» Tomo XXV, Fasc. I.º, primer semestre.

Blázquez, J. M. (1978): *Economía de la Hispania Prerromana*, Bilbao: Nájera.

Bosch Gimpera, P. (1974): *Paleoetnología de la Península Ibérica: colección de trabajos sobre los celtas, iberos, vascos, griegos y fenicios*, Graz: Akadeische Druck.

Brüeggemann, J. K. (1990): «Consideraciones en torno a lo que llaman etnoarqueología», en: Sugiura, Y. y Serra, M. C. (eds.), *Etnoarqueología. Coloquio Bosch-Gimpera*, pp. 15-21, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Buxó, R. y Pons, E. (2000): *Els productes alimentaris d´origen vegetal a l´edat del Ferro de l´Europa Occidental: de la producció al consum. Actes del XXII Col·loqui Internacional per a l´Estudi de l´Edat del Ferro*, Girona: Serie Monográfica, 18, Association française pour l´étude de l´Âge du Fer. Museu d´Arqueología de Catalunya-Girona.

Caro Baroja, J. (1946): *Los pueblos de España: ensayo de etnología*, Barcelona: Bara.

Caro Baroja, J. (1968): «Sobre el estudio económico de la España antigua», en: Tarradell, M., (dir.), Estudios *de economía antigua de la Península Ibérica*, pp. 11-17, Barcelona: Vicens-Vives.

Caro Baroja, J. (1977): *Los Pueblos del Norte*, San Sebastián: Txertoa.

Caro Baroja, J. (1986): *España Antigua (Conocimiento y Fantasía)*, Col. Ciclos y Temas de la Historia, Madrid: Istmo.

Caro Baroja, J (1996): *Tecnología Popular Española*, Circulo de Lectores, Barcelona: Galaxia Gutemberg.

Caro Baroja, J., Cossío, J. M., Gomarín Guirando, F., González Morales, M. R. y Ortega Valcárcel, J. (1987): *Formas de cultura y vida tradicional de los pastores y vaqueros en la región de Cantabria. Memoria de la Exposición*, Santander: Universidad de Cantabria.

Castro Curel, Z. (1984): «Notas sobre la problemática del tejido en la Península Ibérica», *Kalathos*, 3-4.

Fernández Martínez, V. (1994): «Etnoarqueología: una guía de métodos y aplicaciones», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XLIX: 138-169.

Forde, G. D. (1966): *Hábitat, economía y sociedad. Introducción geográfica a la etnografía*, Barcelona: Oikos-Tau.

García quintela, M. V. (1999): *Mitología y mitos de la Hispania Prerromana*, III. Akal Universitaria, Serie Interdisciplinar, Madrid: Akal.

Hernando Gonzalo, A. (1995): «La Etnoarqueología hoy: una vía eficaz de aproximación al pasado», *Trabajos de Prehistoria*, 52(2): 15-30.

Jimeno, A., De la Torre, J. I., Berzosa, R. y Granada, R. (1999): «El Utillaje de hierro en Numancia y su información económica», *IV Simposio sobre los Celtíberos. Economía*, pp. 103-113, Zaragoza: Institución Fernando el Católico (CSIC) y Diputación de Zaragoza.

Plá Ballester, E. (1968): «Instrumentos de trabajo ibéricos de la región valenciana. Estudios de economía Antigua de la Península ibérica», en: Tarradell, M. (dir.), *I.ª Reunión de Historia de la Economía Antigua de la Península Ibérica*, pp. 143-190, Barcelona: Vicens-Vives.

Plá Ballester, E. (1969): «El Instrumental metálico de los obreros ibéricos. Notas sobre economía antigua del País Valenciano», *X Congreso Arqueológico Nacional. Mahón (Menorca) abril de 1967, Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales*. Zaragoza: Seminario de Arqueología, Universidad de Zaragoza.

Rivas Rivas, A. M. (1991): *Representaciones colectivas y maneras de ser del cántabro. Antropología de los pueblos del Norte*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid y Universidad de Cantabria.

Rovira Hortalá, M. C. (2000): «Aproximación a la Agricultura Protohistórica del noroeste de la Peninsula Ibérica mediante el utillaje metálico», en: Buxó, R. y Pons, E. (dirs.), *Els productes alimentaris d´origen vegetal a l´edat del Ferro de l´Europa Occidental: de la producció al consum. Actes del XXII Col·loqui Internacional per a l´Estudi de l´Edat del Ferro*, pp. 269-280, Girona: Association française pour l´étude de l´Âge du Fer, Museu d´Arqueología de Catalunya-Girona.

San Valero Aparisi, J., García Torre, P. y Gonzalo Álvarez, M. (1980): *Guía para el Estudio de la Cultura Popular*, Serie Etnohistórica, 2, Departamento de Historia Antigua, Facultad de Geografía e Historia, Valencia: Universidad de Valencia.

Schulten, A. (1963): *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica*, Madrid: V. I. Instituto Rodrigo Caro de Arqueología y CSIC.

Schulten, A. (1963): *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica*, Madrid: V. II, Instituto Rodrigo Caro de Arqueología y CSIC.

Teira Brión, A. M. (2003): «Os trabajos agrarios e as ferramentas empregadas na cultura castrexa», *Gallaecia*, 22: 157-192.

Torres Martínez, J. F. (2003): *La economía de los celtas de la Hispania atlántica I*, Serie Keltia, Ed. Toxoxoutos.

Torres Martínez, J. F. (2004, e. p.): *La economía de los celtas de la Hispania atlántica II*, Serie Keltia, Ed. Toxoxoutos.

Torres Martínez, J. F. y Sagardoy, T. (e. p.): «Economía Ganadera en la zona cantábrica en el final de la Edad del Hierro», *Kobie*.

# «Etno» historias y arqueologías de la periferia. El caso de la reconstrucción del pasado preeuropeo del Archipiélago Canario[1]

AMELIA DEL CARMEN RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.
MARÍA DEL CRISTO GONZÁLEZ MARRRERO
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

**RESUMEN.** En las primeras «historias» de las Islas Canarias, siempre había lugar para la descripción de determinados aspectos de las poblaciones vencidas. Este interés se debió, en parte, a que constituían el primer ejemplo de seres humanos que exigían una nueva catalogación en los conceptos de alteridad vigentes hasta la Edad Media. En todas las recopilaciones que siguieron escribiéndose hasta el siglo XIX, puede observarse la persistencia en considerarlos como algo ajeno al relator, como «Los Otros». Sin embargo, la implantación en aquel momento de paradigmas románticos y evolucionistas supuso un giro diametral. Una parte de los eruditos locales volvió sus ojos a aquellos antiguos canarios, considerándose sus herederos directos, con la consecuencia de que, en el relato del pasado insular, «Ellos» pasaron a ser «Nosotros». Esta circunstancia impulsó el estudio etnográfico de las poblaciones campesinas, a las que se consideraba depositarias de la herencia cultural indígena. Estos presupuestos han seguido perviviendo hasta bien entrada la década de los setenta del siglo XX, condicionando profundamente la construcción histórica de las Islas. Sin embargo, a partir de aquel momento el panorama ha cambiado, la etnohistoria y la etnoarqueología son nuevas herramientas que pretenden superar los estereotipos anteriores y contribuir de forma más crítica a la tarea de hacer Historia.

**ABSTRACT.** In the first Histories about the Canary Island, there was always a place for the description of some aspects about their conquered inhabitants. This interest was due, partly, to the fact that they were the first human beings that needed a new cataloguing in the concept of alterity existing in the Middle Ages. In every following text until the XIX century, it can be observed the persistence in considering these populations as completely different from the writers, so as «The Others». At that moment the setting of romantic and evolutionists paradigms created another situation. Part of the local erudite turned their eyes to the ancient Canarian people, considering themselves as their direct heirs, and consequently in their stories about the island past, «They» turned to be «Ourselves». This fact improved the ethnographical study of peasant populations, as they were considered as the repository of the indigenous cultural inheritance. This idea has persisted until the 1970

[1] Este artículo se inserta en el marco del proyecto BHA2003-03930 del Ministerio de Ciencia y Tecnología, con el apoyo económico de los fondos FEDER.

decade of XX century, deeply making up the historical construction of the Islands. Nevertheless, in the next years, this situation turned differently. Ethnohistory and ethnoarchaeology have become the new tools to overcome the former stereotypes, contributing to the understanding of History in a more critical way.

Las primeras «historias» de las Islas Canarias son un producto renacentista que comienza a plasmarse a fines del siglo XVI, una centuria después de la conquista de la totalidad del Archipiélago y su anexión definitiva a la Corona de Castilla[2]. Al contrario que en algunos ejemplos americanos, todas fueron redactadas por europeos sin lazos familiares con los indígenas[3]. Ello se tradujo en que privilegiaban en sus narraciones aquellos acontecimientos ligados al acontecer histórico generado por conquistadores y colonos. Sin embargo, en todas existen capítulos más o menos prolijos que aluden al modo de vida de las poblaciones vencidas. Esta fascinación quizá se debió, al menos en parte, a que majos, bimbaches, auaritas, guanches, canarios y gomeros fueron los primeros ejemplos de unos seres humanos que exigían una nueva catalogación en los conceptos de alteridad vigentes hasta la Edad Media. Los debates religiosos y jurídicos que suscitó esa circunstancia sentaron los precedentes legales y éticos que regirían el comportamiento hacia los indígenas del Nuevo Continente (Pérez Voiturez, 1989).

Los datos que ilustraban esos capítulos se recogían de narraciones de viajeros, religiosos y soldados, contemporáneos a los hechos consignados, que habían redactado libros, notas de viajes y crónicas de conquista. En algún caso se complementaban con entrevistas a «guanches y canarios viejos» o incluso con visitas a determinados enclaves indígenas significativos que todavía se conservaban relativamente indemnes.

Por supuesto, todas esas «crónicas» e «historias» arrancaban con los hechos de la conquista bethancuriana de las islas de Lanzarote, Fuerteventura y el Hierro. Pero también existían alusiones a la presencia previa de otros europeos en las islas, así como a los avatares geopolíticos o religiosos que se dirimían en sus lugares de origen, en un contexto marcado por la expansión atlántica bajomedieval. De esta manera, los contenciosos jurisdiccionales entre portugueses, castellanos y aragoneses, y el protagonismo papal en la concesión de derechos de conquista o evangelización de los territorios ultramarinos ocupaban siempre una parte significativa de los relatos.

El devenir histórico de las poblaciones indígenas, anterior a la etapa de conquista, no constituyó nunca un objeto de interés específico, aunque en algunos casos se introdujeron comentarios acerca del origen del poblamiento insular. Así, se mezclaron sin reparo alusiones a los descendientes de Noé y la diáspora de la Torre de Babel, con explicaciones eruditas de las fuentes clásicas o de leyendas de incierta génesis, como la conocida de «las lenguas cortadas». También se transcribieron algunos relatos de indudable valor etnológico, que hacían referencia a los propios mitos locales que explicaban la existencia de las poblaciones insulares o justificaban la estructura social de los grupos. Las historias se multiplicaron a lo largo de

[2] Todas las cuestiones relacionadas con el proceso de incorporación de las Islas Canarias a la Corona de Castilla pueden leerse en los trabajos de Eduardo Aznar citados en la bibliografía final.

[3] Sin embargo se ha sugerido que, en el caso de la isla de Gran Canaria, alguna de las narraciones más prolijas en datos etnológicos y de cariz filoindígena, surgió en un entorno relacionado con los linajes aristocráticos de Gáldar (Onrubia Pintado, 2003: 89).

los siglos XVII y XVIII, copiando siempre de las mismas fuentes En ellas puede observarse la impronta de las sucesivas tendencias historiográficas europeas, que siempre llegaban con retraso. A las crónicas de corte medieval y a las historias renacentistas les suceden primero las narraciones barrocas, que conservan aún reminiscencias arcaizantes y más tarde los relatos dieciochescos, que incorporan el positivismo ilustrado e incluso las influencias russonianas en la consideración de los indígenas.

En todos los casos, al abordar el análisis de estos textos hay que tener claro dos circunstancias relevantes. Por una parte asumir que las descripciones de los indígenas se circunscribían a un marco temporal estrecho, coetáneo a los momentos de reconocimiento y posterior conquista del Archipiélago. Por otra, la consideración de todas estas poblaciones isleñas como algo ajeno al relator: son «los otros». Unos seres desconocidos a los que en primer lugar hubo que definir y ubicar en el universo bajomedieval, y que siempre se concibieron como integrantes de una tradición cultural diferente e inferior (Aznar Vallejo, 2002; Nieto Soria, 2002).

La implantación de paradigmas románticos y evolucionistas en el siglo XIX supuso un giro diametral en la concepción del pasado, pasando a adquirir relevancia aspectos que hasta ese momento habían sido soslayados. Son muchos los trabajos que han demostrado la importancia que el nacionalismo romántico dio a la búsqueda de la identidad de los pueblos y lo que ello significó para el impulso de la historia y la arqueología (Estévez González, 1987; Trigger, 1992). En un contexto de desarticulación del viejo imperio español y de auge de los criollismos no debe extrañar que al menos una parte de los eruditos canarios locales volvieran sus ojos a aquellos antiguos canarios en busca de un espejo en el que reflejarse. De esta manera, algunos intelectuales canarios de ese siglo se consideraron herederos directos de aquellas poblaciones aborígenes a las que confirieron un relieve casi mítico con la consecuencia de que en el relato del pasado insular «Ellos» pasaron a ser «Nosotros». Fernando Estévez (1987) ha señalado el relativo retraso que alcanzó esta actitud en Canarias, en comparación con otros lugares europeos, pero también es cierto que para ciertos elementos de las élites locales, el reclamar una ascendencia «no puramente europea» tuvo que constituir un hecho difícil de admitir, aunque debió de ser más fácil que para sus coetáneos americanos.

La asunción o no de esta ascendencia tuvo mucho que ver con el desarrollo de las teorías evolucionistas, que trajeron aparejado el auge de la raciología. Ésta propugnaba la estrecha unión entre cultura y raza, siendo aplicada en el Archipiélago para reivindicar un estatus privilegiado para los antiguos canarios en razón de sus supuestos ancestros cromañoides. Los presupuestos raciológicos tuvieron una temprana implantación en las islas, pudiendo rastrearse en la obra del francés Sabin Berthelot (1978 [1842], 1980a [1879]). Este intelectual, asentado en Canarias desde la década de los 20, se interesó por los vestigios y supervivencias de un pueblo primitivo para poder reconstruir su pasado (Berthelot, 1980b). Para él el guanche no desapareció tras la conquista sino que seguía viviendo en los isleños contemporáneos, asumiendo que eran los caracteres raciales los que permitían reconstruir los trazos culturales de los indígenas. Y para ello necesitaba que aún vivieran. Fue este erudito el que envió los primeros cráneos de guanches a los antropólogos Broca y Quatrefages, encendiendo la mecha que propició su vinculación directa con los restos descubiertos de Cromagnon.

Posteriormente, desde el tercer tercio del siglo XIX y hasta los años sesenta del siglo XX, Canarias se convirtió en la meca de eminentes antropólogos europeos y americanos que buscaban en ellas las evidencias congeladas de las antiguas razas europeas. De entre todos ellos, fueron los alemanes, con Ilse Schwidetzky (1963 y 1975) como figura más influyente, los que más lejos llevaron sus interpretaciones raciológicas. De todas formas, la pretensión básica de la raciología alemana fue la de dirigir sus esfuerzos hacia la glorificación del pasado y presente de la superioridad nórdica europea, con Canarias como común origen y España como puente mediador (Delgado, 2004). Es decir, en sus intereses no mediaba ninguna pretensión filoindígena, ni existía el deseo de construir ningún sentimiento nacionalista en el espacio geográfico objeto de sus estudios. Sin embargo, algunos eruditos canarios utilizaron sus conclusiones para construir un nuevo concepto de identidad. Así, estos presupuestos han tenido una amplia difusión y acogida entre los medios intelectuales y los de ideología nacionalista del Archipiélago. No obstante, lo cierto es que la lectura atenta de todos esos trabajos no revela más que incoherencias teóricas y metodológicas, continuamente parcheadas en aras de la virtud explicativa que tenían.

Esta doble circunstancia impulsó el estudio etnográfico de las poblaciones campesinas de las islas, a las que se consideraba descendientes directas y depositarias de la herencia cultural indígena, intacta desde hacía cuatro siglos. Quizá el caso más paradigmático de esta concepción tan reduccionista pueda apreciarse en la producción literaria de Juan Bethencourt Alfonso (1991 y 1994), cuya obra ha sido recuperada recientemente, y donde es evidente el uso reiterado de los datos de su época para explicar determinados aspectos de la vida de los guanches. Este médico sureño conocía profundamente las costumbres de sus paisanos, a los que atendía profesionalmente, y nos ha dejado un valioso legado etnográfico y de historia oral, que no dudó en emplear sistemáticamente para explicar el pasado de islas como Tenerife, La Gomera y El Hierro.

Esta actitud tuvo sus continuadores a lo largo del siglo XX. Los presupuestos raciológicos han seguido coleando hasta bien entrada la década de los setenta de ese siglo, y la actitud romántica de algunos investigadores parecía hacerles olvidar que la sociedad canaria tradicional es el resultado de múltiples añadidos culturales. Su atención se centra en el mundo rural y sin embargo olvidan que las prácticas económicas, agrícolas y ganaderas, han implicado un proceso continuo de incorporación de nuevas especies con las consiguientes nuevas pautas de cría y cultivo. Además, esas introducciones han actuado igualmente como agentes que distorsionan el medio o, claramente, como especies que ocupan el ecosistema de otras que pueden haber llegado a desaparecer (Morales Mateos, 2003). Con ello parecía negarse implícitamente que las sociedades campesinas tradicionales pueden haber seguido experimentando o añadiendo nuevos saberes a su acerbo cultural.

De esta manera la «Prehistoria» de Canarias se sustentaba, hasta la década de los setenta del pasado siglo XX, en dos pilares que se consideraban irrefutables: los textos provenientes de los siglos XIV al XVIII y los estudios etnográficos y la historia oral de los siglos XIX y XX. En ese contexto, la arqueología parecía ocupar un lugar secundario. Existían determinadas manifestaciones materiales más o menos espectaculares, como los grandes yacimientos de habitación y, sobre todo, las necrópolis que seguían surtiendo a los especialistas de Europa y América, pero los trabajos de campo eran muy escasos. Esta circunstancia tenía muchas causas, además de las

lógicas limitaciones económicas de aquellos momentos. Por una parte no había ningún prehistoriador o arqueólogo de formación en las islas, hasta la llegada de Manuel Pellicer a la Universidad de La Laguna en los setenta. Por ello, las intervenciones arqueológicas estuvieron en manos de intelectuales con diversa implicación en sus inquietudes por realizar adecuadamente los trabajos (Del Arco *et alii*, 1990). Tampoco debemos olvidar las implicaciones políticas que concitaba la interpretación del pasado prehistórico. Así, el Archipiélago se encontraba en un territorio marginal y era importante vincularlo teóricamente a la herencia cultural europea, aún cuando fuera necesario establecer un puente norteafricano en el empeño. Las aspiraciones colonialistas en el Norte de África también desempeñaron un papel importante en ese contexto (Farrujia y del Arco, 2004). Las evidencias arqueológicas se analizaban en términos comparativistas con los registros procedentes de diversos contextos culturales europeos y africanos, lo que en ocasiones dejaba al descubierto no pocas incoherencias en el marco teórico preestablecido. Por ello era más sencillo recurrir a los textos escritos, fomentándose una cierta sensación de que ya estaba todo explicado.

Sin embargo, cada vez era más evidente que esos pilares se estaban resquebrajando. Los análisis históricos del contexto social de las poblaciones canarias modernas y contemporáneas desvelaban que no habían vivido al margen de las influencias foráneas. Pero además, las aparentes contradicciones entre los hallazgos arqueológicos y los textos escritos, empezaron a poner de manifiesto los errores epistemológicos cometidos al utilizar este tipo de narraciones para explicar todo el lapso cronológico que abarca el mundo aborigen, obviando la posibilidad de cualquier cambio durante los 2.000 años que preceden a la presencia europea en las islas.

Por ello, a partir de los años ochenta y, como siempre, un tanto retrasados con respecto a los focos teóricos, surgieron investigadores preocupados por ejercer una lectura crítica de las fuentes escritas. Por primera vez comienza a emplearse el término de etnohistoria y se empiezan a aplicar fundamentalmente los paradigmas materialistas de los antropólogos americanos que llevaban décadas trabajando sobre textos etnohistóricos.

Las fuentes que ilustraban la historia de Canarias habían sido objeto de análisis eruditos durante todo el período anterior. Historiadores, genealogistas y estudiosos de la literatura editaron manuscritos poco conocidos e hicieron estudios críticos de otros que habían sido profusamente utilizados en los siglos anteriores. Se profundizó en la cronología de los textos, se indagó sobre la personalidad de los redactores y se especuló sobre las influencias de unos sobre otros. Sin embargo, las personas que practicaban la arqueología en el Archipiélago no parecían muy interesadas en esas ediciones críticas, pues se consideraban capacitadas para extraer datos brutos de los textos y cotejarlos con las evidencias que obtenían en su trabajo de campo. Una consecuencia muy grave de esta conducta fue la percepción atemporal que manifestaba una amplia mayoría de los interesados. Los datos etnológicos de esos textos se extrapolaban a cualquier momento del devenir histórico de las poblaciones aborígenes, sin tener en cuenta que en realidad reflejaban la visión contemporánea que los europeos tenían de unas formaciones sociales desestructuradas, enfrentadas a un nuevo universo. Otra práctica habitual consistía en utilizar datos que correspondían a una isla para ilustrar aspectos que se detectaban en otra. Esto se justificaba en el pretendido común origen cronológico y espacial de todas las poblaciones

insulares, aunque la realidad arqueológica mostrara unos datos empíricos diferentes en la cultura material de cada territorio.

Igualmente, las intuitivas percepciones de los eruditos decimonónicos que relacionaban a los indígenas canarios con las poblaciones rurales contemporáneas del Archipiélago, llegaron a ser aceptadas sin mucha crítica por sus sucesores del siglo XX. Los estudios profundos que arqueólogos como Luis Diego Cuscoy realizaron sobre las pautas ganaderas de los pastores isleños sirvieron para establecer los modelos de explotación económica del medio en época preeuropea (Diego Cuscoy, 1963 y 1968). La amplia aceptación del materialismo y el ecologismo cultural entre los arqueólogos y arqueólogas de las islas reforzaba la supuesta validez de esas teorías de alcance medio, pues, efectivamente, parecía que esas pautas constituían la manera más óptima de adaptarse a los paisajes y recursos insulares. Sin embargo, cuando en la pasada década se empezaron a acometer análisis espaciales desde una perspectiva más abierta, se comenzó a detectar serias discrepancias con esos modelos (Galván Santos *et alii*, 1999).

Pero, los estudios etnográficos más o menos exhaustivos sobre las comunidades rurales de las islas no han sido el único referente usado con profusión para explicar el pasado insular. Las poblaciones *amazighes* norteafricanas han constituido una fuente inagotable de datos que se han usado para explicar determinados fenómenos sociales o económicos. En este caso, se recurría siempre a la literatura etnológica generada por antropólogos, sociólogos, lingüistas e historiadores, fundamentalmente francófonos. Además, no se solía discriminar los distintos contextos espaciales y culturales que acogen estas poblaciones de origen bereber, hayan conservado o no su lengua ancestral, sino que se tomaban prestados datos inconexos según convinieran al discurso explicativo que se estaba creando.

Este ha sido el panorama imperante en el uso de las fuentes escritas y la información etnográfica como herramientas para ayudar a reconstruir el pasado preeuropeo del Archipiélago canario hasta hace poco más de una década y éstas las alternativas que se están articulando en el presente.

Por lo que respecta al análisis de las fuentes etnohistóricas, algunos arqueólogos han optado por encarar ellos mismos un estudio exhaustivo que se ha orientado a la recopilación y clasificación de los diversos textos, atendiendo a sus características formales, finalidad, cronología, autoría, etc. Investigadores como José Barrios (1994 y 1995), Sergio Baucells (2004), José Juan Jiménez (1990a, 1990b y 1998) o Jorge Onrubia (2003) son un ejemplo de esta tendencia. En este sentido hay que destacar la aparición de nuevos estudios críticos de los textos más conocidos. Tal es el caso de la crónica francesa de la conquista de Lanzarote, Fuerteventura y el Hierro, donde, por primera vez, se han aunado los esfuerzos de lingüistas y medievalistas para transcribir y traducir los originales en una primera etapa, y se está preparando la edición del estudio crítico donde colaboran además historiadores y arqueólogos (Pico, Aznar y Corbella (ed.), 2003) Hay que decir también que esta loable iniciativa no tiene por ahora imitadores y sin embargo se han editado recientemente traducciones de otros escritos que dejan mucho que desear en cuanto a la metodología empleada (Hernández González, 1998).

Ha habido que esperar a finales de la década de los ochenta para que algunos arqueólogos y arqueólogas empezaran a trabajar con medievalistas que les proporcionaran claves para comprender a los narradores de los textos y tratar de interpretar más correctamente sus afirmaciones. Esta es una vía que está aportando datos

fructíferos para ambos colectivos, ya que el análisis textual proporciona datos interesantes para la historia de las mentalidades del período bajomedieval que enmarca el descubrimiento y conquista del Archipiélago.

De todas formas, el avance más importante es, a nuestro juicio, que estas fuentes se conciben de otra manera. Ya no son el cajón de sastre en el que se revuelve para encontrar datos aislados que sirvan para ilustrar algún aspecto del pasado aborigen que de otra manera quedaría vacío. Ahora se analizan dentro de un contexto histórico específico, que corresponde al momento de desestructuración de las formaciones sociales indígenas, cuyos modos de vida ya estaban profundamente afectados por el impacto de los invasores europeos.

Además, esos mismos textos son materia prima para abordar otro tipo de estudios que puedan interesar a colectivos distintos. Un ejemplo de esta nueva perspectiva podría ser el análisis que realizamos hace algunos años de los datos que contenían las fuentes etnohistóricas sobre la vestimenta de las antiguas poblaciones insulares (González Marrero y Rodríguez Rodríguez, 1998). Así, sólo el conocimiento de la terminología medieval del campo semántico de la tecnología corioplástica nos permitió conocer determinados aspectos de las cadenas operativas empleadas para la transformación de la piel en cuero en los momentos epigonales de las formaciones sociales aborígenes. Otro tanto ocurrió con la identificación de la forma de las prendas de vestir, que eran descritas según los modelos vigentes en la Castilla de los siglos XV y XVI. Pero eso no fue todo. El análisis de los textos nos permitió detectar las actitudes miméticas de las poblaciones isleñas, que adoptaron determinados atuendos de los conquistadores[4], como las tocas en el caso de las mujeres nobles de la isla de Gran Canaria. También fue posible relacionar la diversidad en las descripciones entre distintos textos con el lapso cronológico que distaba entre ellos. Por ejemplo, la desnudez descrita para los majos por los cronistas franceses se torna en profusión de aditamentos en los relatos de finales del siglo XVI. Nosotras creemos que ambas circunstancias fueron posibles y que, aparte de explicaciones relacionadas con la observación de realidades diferentes achacables a circunstancias climáticas o de estatus social, los escasos habitantes de Lanzarote y Fuerteventura que pudieron sobrevivir al siglo XV debieron adaptar su atuendo a las nuevas circunstancias. Además, nuestro estudio sugirió otro tipo de hipótesis más evocadoras, que están en relación con la percepción que los descriptores tienen de la realidad que observan. Así, estos narradores siempre enfatizan la importancia que tenía el cabello largo como signo de nobleza, y destacan igualmente el uso de mangas, que sólo se admitía en esa misma clase social. Es muy posible que ambos atributos fueran un elemento clave para exhibir el lugar que se ocupaba en la escala social, pero seguramente existían otros de igual o mayor importancia que pudieron quedar completamente desapercibidos. El hecho de que en la Edad Media el cabello largo fuera un signo distintivo de nobleza, o de que las mangas fueran un lugar privilegiado para hacer ostentación de la riqueza puede explicar el por qué fue sencillo para los europeos el aprehender esos detalles y no otros.

[4] Los datos muestran la dialéctica de esa actitud entre los diversos indígenas. Así, mientras unos debieron de aceptar de buen grado las nuevas modas, que constituían una excelente manera de indicar su plena incorporación a la nueva situación y su voluntad de adaptación, otros emplearon la vestimenta para reivindicar su rechazo a las nuevas formas de vida y persistieron en su uso incluso cuando fue prohibida. De esta última actitud quedan como testimonio diversos procesos inquisitoriales.

Pero es en el campo de la etnoarqueología donde creemos que queda casi todo por hacer. En primer lugar hay que partir de una profunda revisión de los estudios etnográficos que se utilizaban como fuente aparentemente pura para establecer analogías que permitan interpretar los datos históricos o arqueológicos. En este contexto no sólo hay que incluir los datos referentes al análisis del modo de vida de los habitantes del Archipiélago, sino también aquellos otros provenientes de estudios etnográficos realizados en el Norte de África, entre los diferentes pueblos *amazigh*, que como hemos explicado, eran empleados directamente para explicar muchos aspectos de la prehistoria Canaria.

Al mismo tiempo tienen que multiplicarse los trabajos de campo en esa línea, que hasta ahora han sido ciertamente escasos. Esos estudios deben abordarse con unos puntos de vista diferentes a los de los antropólogos y etnógrafos, propios de esta disciplina, intentando establecer hipótesis explicativas de determinados fenómenos observados en los trabajos de campo y laboratorio. Hasta ahora nuestras incursiones en esta línea han estado estrechamente ligadas a los estudios de funcionalidad que lleva a cabo una de nosotras, y se han centrado por tanto en cuestiones relacionadas con el análisis de diversas cadenas operativas, como el trabajo de la piel, de la cerámica, las pautas carniceras, etc (Perera Betancor y Rodríguez Rodríguez, 1994, Rodríguez Rodríguez, 1997, 1998, 1999 y este volumen). Las conclusiones extraídas con esta dinámica tienen una aplicación transcultural que supera el ámbito del Archipiélago y se acerca a esa vocación universal de la etnoarqueología.

En estos últimos años el panorama se ha ampliado con la contribución de especialistas en otros aspectos. Así, el análisis de macrorrestos vegetales ha incorporado la etnobotánica como una herramienta explicativa de gran potencia, con ámbitos de aplicación más o menos específicos según los casos (Morales Mateos, 2003). También se ha iniciado por primera vez un programa de investigación etnoarqueológica fuera del marco territorial del Archipiélago, con el estudio de los graneros fortificados de la zona del Antiatlas marroquí, del que también se incluye una contribución en este volumen.

Para concluir, queremos destacar la situación privilegiada que tiene esta región para acometer proyectos de investigación directamente vinculados a las dos disciplinas de las que trata este congreso. Cinco siglos después de la desarticulación de las formaciones sociales indígenas, disponemos de datos directos de aquel proceso y también podemos rastrear una parte de la documentación referente a su progresiva inmersión en la nueva sociedad colonial, sin descartar que alguna parte de su patrimonio cultural pueda haber permanecido hasta el presente, transmutado por múltiples fenómenos de asimilación y de rechazo, de voluntad de integración o de reacción ante la situación dominante.

En primer lugar se ha mostrado que existe una dilatada tradición en el interés por las fuentes escritas y por los estudios etnográficos, lo que implica que se disponga en estos momentos de una gran cantidad de material de estudio. Ese cúmulo de datos, en unos casos ha sido objeto de análisis críticos que han permitido su uso provechoso como fuente de información relacionada con diversos aspectos de la prehistoria, la historia colonial, la historia de las mentalidades, etc. En otros casos, fundamentalmente en todo lo referido al trabajo etnográfico, sigue siendo una amalgama de descripciones, a veces condicionadas por apriorismos no asumidos, a la espera de ser depuradas situándolas en su contexto preciso. Este es un basto campo de trabajo, en el que es imprescindible la colaboración de historiadores y antropó-

logos, que en nuestros días cobra mayor sentido aún debido a la vertiginosa transformación de los modos de vida tradicionales. Por último, hay que incrementar los proyectos de investigación etnoarqueológicos, profundizando en una metodología propia y con unos objetivos específicos de esta disciplina. Ello que no obsta para que los resultados obtenidos puedan ser aprovechados por otros colectivos, o también contribuyan a documentar determinados aspectos de los modos de vida de los pastores y campesinos que todavía hoy persisten en su voluntad de mantener ciertos signos identitarios, que tienen un reflejo material susceptible de ser observado con esas premisas metodológicas.

Pensamos que es un privilegio disponer de fuentes referidas a nuestro propio contexto de estudio, susceptibles de ser abordadas desde la etnohistoria y la etnoarqueología. Ambas son herramientas útiles para la reconstrucción de ese pasado preeuropeo y proporcionan datos que pueden integrarse en los diversos paradigmas asumidos por los historiadores y prehistoriadores que trabajan sobre Canarias. Pero las hipótesis y las conclusiones que puedan surgir de nuestro trabajo también pueden servir para enriquecer cualquier debate que aborde toda clase de cuestiones en torno a formaciones sociales productoras, igualitarias o clasistas, de cualquier otro contexto espacio-temporal. La «etno» historia y la «etno» arqueología que podamos hacer aquí, desde la periferia, podrán erigirse en uno de los mejores medios que tengamos para mantener unos lazos de intereses comunes, destinados a ampliar nuestro recíproco conocimiento del pasado y del presente.

## Bibliografía


Aznar Vallejo, E. (1992): *La integración de Canarias en la Corona de Castilla*, Las Palmas de Gran Canaria, 2.ª.

Aznar Vallejo, E. (2002): «Identidad y alteridad en los procesos de expansión ultramarina. El ejemplo de *Le Canarien*», *Cuadernos del Cemyr,* 10: 169-183.

Barrios García, J. (1989): «Abreu Galindo: una revisión necesaria, Con la transcripción de los fragmentos relativos a Lanzarote y Fuerteventura en un extracto inédito de finales del siglo XVII», *Actas de las IV Jornadas de Estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura (1989)*, pp. 111-137.

Barrios García, J., (1994): «Sobre las líneas de transmisión textual de Le Canarien: manuscritos, copias y ediciones», *Actas de las V Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote (1991),* pp. 415-429.

Baucells Mesa, S. (2004): *Crónicas, historia, relaciones y otros relatos: las fuentes narrativas del proceso de interacción cultural entre aborígenes canarios y europeos (siglo XIV-XV),* Las Palmas de Gran Canaria: Fundación Caja Rural de Canarias.

Berthelot, S. (1978 [1842]): *Etnografía y anales de la conquista de las Islas Canarias*, Las Palmas de Gran Canaria: El Museo Canario.

Berthelot, S. (1980a [1879]): *Antigüedades canarias. Anotaciones sobre el origen de los pueblos que ocuparon las Islas Afortunadas desde los primeros tiempos hasta la época de su conquista*, Santa Cruz de Tenerife: Goya.

Berthelot, S. (1980b): *Primera estancia en Tenerife (1820-1830),* Santa Cruz de Tenerife: Aula de Cultura.

Bethencourt Alfonso, J. (1991): *Historia del pueblo guanche,* La Laguna: T. I, Francisco Lemus editor.

Bethencourt Alfonso, J. (1994): *Historia del pueblo guanche,* La Laguna: T. II, Francisco Lemus editor.

Del Arco Aguilar, C., Jiménez Gómez, M.ª C. y Navarro Mederos, J. F. (1990): *La arqueología en Canarias. Del mito a la ciencia,* Santa Cruz de Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria.

Delgado Alonso, M. (2004): «¿Qué razas, de qué culturas? Un estudio histórico-epistemológico de las investigaciones raciológicas de la antropología alemana en Canarias», *Eres*, 12: 71-89.

Diego Cuscoy, L. (1963): «Paleontología de las Islas Canarias», Santa Cruz de Tenerife: Museo Arqueológico.

Diego Cuscoy, L. (1968): «Los guanches. Vida y cultura del primitivo habitante de Tenerife», Santa Cruz de Tenerife: Museo Arqueológico.

Estévez González, F. (1987): *Indigenismo, raza y evolución. El pensamiento antropológico canario (1750-1900)*, Tenerife: Cabildo Insular de Tenerife.

Farrujia De La Rosa, A. J. y Del Arco Aguilar, M.ª C. (2004): «La arqueología en Canarias durante el régimen franquista: el tema del primitivo poblamiento de las islas como paradigma (1939-1969)», *Trabajos de Prehistoria*, 61-1: 7-22.

Galván Santos, Bertila, *et alii*. (1999): *Orígenes de Buenavista del Norte. De los primeros pobladores a los inicios de la colonización europea*, Santa Cruz de Tenerife: Ilustre Ayuntamiento de Buenavista del Norte.

González Marrero, M.ª C. y Rodríguez Rodríguez, A. C. (1998): «La mirada del otro: de cómo los europeos percibieron la vestimenta de los antiguos canarios», *XII Coloquio de Historia Canario-Americana (1996),* pp. 675-695.

Hernández González, M. (editor) (1998): *Crónica del descubrimiento y conquista de Guinea (1448) de Gomes Eanes da Zurara*, La Laguna: A través del Tiempo.

Jiménez González, J. J. (1990a): «La Etnohistoria, una nueva perspectiva de investigación: el modelo de Gran Canaria», *VII Coloquio de Historia Canario-Americana (1986)*, pp. 323-335.

Jiménez González, J. J. (1990b): *Los canarios, Etnohistoria y arqueología*, Santa Cruz de Tenerife: Publicaciones Científicas, 14, Museo Arqueológico.

Jiménez González, J. J. (1998): «Las fuentes etnohistóricas canarias, Crónicas, historias, memorias y relatos», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 44: 199-263.

Morales Mateos, J. (2003): *De textos y semillas. Una aproximación etnobotánica a la prehistoria de Canarias*, Las Palmas de Gran Canaria: Colección Viera y Clavijo, El Museo Canario.

Nieto Soria, J. M. (2002): «Lo bárbaro como categoría intelectual en la España bajomedieval», *Cuadernos del Cemyr*, 10: 9-26.

Onrubia Pintado, J. (2003): *La Isla de los Guanartemes. Territorio, sociedad y poder en la Gran Canaria indígena (siglos XIV-XV)*, Cabildo de Gran Canaria.

Perera Betancor, M. A. y Rodríguez Rodríguez, A. C. (1995): «Las tenerías de Fuerteventura. Un estudio sobre el trabajo tradicional del cuero», *VI Jornadas de Estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura,* pp. 637-650.

Pérez Voiturez, A. (1989): *Los aborigenes canarios y los derechos humano,* Santa Cruz de Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria.

Pico, B., Aznar, E. y Corbella, D. (eds.) (2003): *Le Canarien. Manuscritos, transcripción y traducción*, La Laguna: Instituto de Estudios Canarios.

Rodríguez Rodríguez, A. C. (1997): «La tecnología de la piel y el cuero en la Prehistoria de Canarias. Una aproximación etnoarqueológica», *El Museo Canario*, LII: 11-31.

Rodríguez Rodríguez, A. C. (1998): «Primeras experiencias de análisis funcional en los instrumentos de basalto tallado de Canarias. El ejemplo del material prehistórico de la isla de La Palma», *Vegueta*, 3: 29-46.

Rodríguez Rodríguez, A. C. (1999): «The Reconstruction of Ancient Leather Technology or How to Mix Methodological Approaches», *Urgeschichtliche Materialhefte*, 14: 99-110.

Schwidetzky, I. (1963): *La población prehispánica de las Islas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife: Museo Arqueológico.
Schwidetzky, I. (1975): *Estudio comparativo entre la población actual y prehispánica de las Islas Canarias,* Santa Cruz de Tenerife: Museo Arqueológic.
Trigger, B. C. (1992): *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona: Crítica.

## Fuentes etnohistóricas impresas

Abreu Galindo, J. (1977 [1632]): *Historia de la conquista de las siete Islas de Canaria*, A. Cioranescu (ed.), Santa Cruz de Tenerife.
Anónimo (1948 [segunda mitad del siglo XV]): *Viagens de Luis de Cadamosto y de Pedro de Sintra*, J. Franco Machado trad. y ed. Academia Portuguesa da História (edición bilingüe) Lisboa.
Arias Marín De Cubas, T. (1986 [1694]): *Historia de las siete islas de Canaria*, A. de Juan Casañas, M. Régulo Rodríguez, J. Régulo Pérez y J. Cuenca Sanabria (eds.), Las Palmas de Gran Canaria.
Arias Marín De Cubas, T. (1993 [1694]): *Historia de las siete islas de Canaria, Thomas Arias Marín de Cubas, 1694 (Edición príncipe)*, F. Ossorio Acevedo (eds.), Santa Cruz de Tenerife.
Barros, J. (1628 [1552]): *Decada primeira da Asia de Ioão de Barros: Dos feitos que os portugueses fezerão no descobrimento & conquista dos mares & terras do Oriente*, Lisboa.
Bernáldez, A. (1962 [*circa* 1515]): *Memorias del reinado de los Reyes Católicos que escribía el bachiller Andrés Bernáldez, Cura de Los Palacios*, M. Gómez-Moreno y J. de M. Carriazo eds., en: Biblioteca Reyes Católicos, Madrid: Crónicas.
Casas, B. (1957 [*circa* 1556]): *Historia de las Indias*, J. Pérez de Tudela Bueso y E. López Oto eds., en: *Obras Escogidas de Fray Bartolomé de Las Casas*, Madrid: I-II, Biblioteca de Autores Españoles, XCV-XCVI.
Cioranescu A. (trad. y ed.) (1986): Aula de Cultura de Tenerife-Cabildo Insular de Tenerife, 3.ª, (reimpresión de la edición de 1980), Santa Cruz de Tenerife.
Eanes De Zurara, G. (1949 [1450-1452]): *Crónica dos feitos de Guiné, II, Texto*, Lisboa: Agência Geral das Colónias.
Espinosa, A. (1967 [1594]): *Historia de Nuestra Señora de Candelaria*, A. Cioranescu (ed.), Santa Cruz de Tenerife.
Frutuoso, G. (1964 [siglo XVI]): *Las Islas Canarias (de «Saudades da Terra»)*, E. Serra, J. Régulo y S. Pestana trads. y eds., en: *Fontes Rerum Canariarum*, XII, La Laguna: Instituto de Estudios Canarios.
Galíndez De Carvajal, L. (1953 [siglo XV]), «Crónica del Rey Don Juan el Segundo», en: *Crónicas de los reyes de Castilla desde don Alfonso el Sabio, hasta los Católicos don Fernando y doña Isabel II,* pp. 273-695, Madrid: C. Rosell ed. (Biblioteca de Autores Españoles, 68).
*Le Canarien, Crónicas francesas de la conquista de Canarias* [versión G circa 1420 y versión B 1488-1491].
López De Gómara, F. (1985 [1551]): *Historia General de las Indias, I,* Barcelona: Hispania Victrix.
Mendoza y Salazar, L. (1999 [1669]): *Discurso y Plantas de las Yslas de Canaria*, E. Aznar Vallejo y J. M. Bello León eds., Las Palmas de Gran Canaria.
Morales Padrón, F. (1978): *Canarias: Crónicas de su conquista, Transcripción, estudio y notas*, Las Palmas de Gran Canaria: Ayuntamiento de Las Palmas-El Museo Canario. Incluye:
— «Libro dela conquista de la ysla de gran Canaria y de las demas yslas della trasladado de otro libro orijinal de letra de mano fecho por El alferes alonso jaimes de sotomayor

que uino por alferes mayor de la dicha conquista El qual se hallo En Ella desde el principio hasta que se acabo y muryo Enla uilla de galdar En canaria donde tiene oy uisnietos, El qual libro orijinal rremitio aesta ysla El capitan Jhoan de Quintana persona fidedina y de mucho credito donde fue trasladado por El capitan alonso de xerez cardona en quatro de marso de mill y seissientos y treynta y nueue años» (Ovetense), pp. 107-183.

— «Conquista de la isla de gran Canaria hecha por mandado de los señores Reyes Catholicos Don Fernando y Doña Isabel, Por el capitan Don Juan Rejon y el governador Rodrigo de Vera con el alferes mayor Alonso Jaimes de Sotomayor, Comensose por Musiut Joan de Betancurt, El año de 1439 y se acavo el año de 1477 dia del bienaventurado S.P°. Martyr a 29 de abril y duro 38 años esta conquista» (Lacunense), pp. 185-228.

— «Conquista de las siete islas de Canarias» (Matritense), pp. 229-257.

— «Historia de la conquista de las siete Yslas de Canaria, Recopilada, Por el Licenciado Don Francisco López de Vlloa natural dellas, Año de 1646», pp. 259-342.

— «Brebe resumen y historia (no) muy verdadera De la Conquista De Canaria Scripta (no) Por Antonio Cedeño Natural De Toledo, Vno de los Conquistadores que Uinieron Con el General Juan Rexon», pp. 343-381.

— «Libro segundo prosigue la conquista de canaria, Sacado en limpio fielmente del manuscrito del licenciado Pedro Gómes Scudero, Capellán», pp. 383-468.

Núñez De La Peña, J. (1994 [1676]): *Conqvista y Antigvedades de las Islas de la Gran Canaria, y sv descripción, Compvesto por el Licenciado Ivan Nuñez de la Peña, natural de la dicha Isla de Thenerife en la Ciudad de la Laguna*, A. de Béthencourt Massieu y J. Allen eds., Las Palmas de Gran Canaria.

Palencia, A. (1970 [*circa* 1490]): *Cuarta Década de Alonso de Palencia*, J. López de Toro trad. y ed., en: Archivo Documental Español, XXIV, Madrid.

Pico, B., Aznar, E. y Corbella, D. (eds.) (2003): La Laguna: Instituto de Estudios Canarios.

Serra E. y Cioranescu A. (trads. y eds.) (1959-1964): *Fontes Rerum Canariarum*, La Laguna: VIII, IX y X, Instituto de Estudios Canarios-El Museo Canario, 3 t.

Sosa, J. (1994 [1678-1688]): *Topografía de la Isla Afortunada de Gran Canaria*, Colección Ínsulas de la Fortuna, 3, M. Ronquillo Rubio y A. Viña Brito eds., Las Palmas de Gran Canaria.

Torriani, L. (1978 [*circa* 1592]): *Descripción e historia del reino de las Islas Canarias antes Afortunadas, con el parecer de sus fortificaciones*, A. Cioranescu trad. y ed., Santa Cruz de Tenerife.

Valera, D. (1927 [segunda mitad del XV]), *Crónica de los Reyes Católicos*, Madrid: J. de M. Carriazo ed., en: Revista de Filología Española, anejo VIII.

Viana, A. (1991 [1604]): *Antigüedades de las Islas Afortunadas*, Islas Canarias: M. R. Alonso ed., Biblioteca Básica Canaria, 5.

Viera y Clavijo, J. (1982 [1810]): *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, A. Cioranescu ed., Santa Cruz de Tenerife.

# II. ETNOARQUEOLOGÍA APLICADA

# Ethnoarchéologie appliquée: le point de vue de deux chercheurs pressés

PIERRE PÉTREQUIN
Laboratoire de Chrono-écologie.
UMR 6565, CNRS.
Université de Franche-Comté.

ANNE-MARIE PÉTREQUIN
Laboratoire de Chrono-écologie.
UMR 6565, CNRS.
Université de Franche-Comté.

**RÉSUMÉ.** Chez les préhistoriens de langue française, les approches ethnoarchéologiques sont peu fréquentes, comme d'ailleurs les raisonnements clairs par hypothèses hors du bon «sens» occidental. Parmi les rares ethnoarchéologues, deux tendances se côtoient, suggérant des attitudes individuelles radicalement différentes: d'une part des modélisateurs à partir de l'actuel (en particulier pour la céramique), qui discutent sans cesse des conditions d'application sans se décider à tester les modèles sur des situations passées; d'autre part, des ethnoarchéologues qui cherchent une vision archéologique du présent, c'est-à-dire essentiellement des hypothèses de travail pour enrichir et guider momentanément la recherche archéologique. Les auteurs proposent des exemples de construction de modèles à des fins archéologiques bien définies (habitat lacustre, production et circulation des haches polies, exploitation du sel), où les interprétations archéologiques se sont trouvées radicalement modifiées par cette démarche, même si finalement les modèles actualistes ont dû être nuancés, modifiés ou abandonnés.

**ABSTRACT.** Amongst French speaking prehistorians, there are few instances of an ethnoarchaeological approach, or of clear hypothetical thought processes that go outside the bounds of western «common sense». Amongst the rare ethnoarchaeologists, two tendencies can be discerned, that speak of radically different attitudes: on the one hand, those who create models based on actual situations (particularly for pottery), and who endlessly discuss the areas of application, without ever deciding to test their models on past situations; on the other hand, those ethnoarchaeologists who seek for an archaeological view of the present, which means that they essentially look for working hypotheses to enrich and give a sense of direction at a given point in time to archaeological research. The authors will describe examples of models built and their application (lakeshore dwellings, the production and circulation of polished stone axe blades, the production of salt), where the archaeological interpretations ended by being radically altered by this approach, even if in the final analysis, the present-day models had to be tempered, modified or put aside.

La démarche ethnoarchéologique, comme vecteur et moyen de contrôle de l'imagination scientifique, comme technique de modélisation d'hypothèses temporaires d'interprétation, est loin de faire l'unanimité chez les préhistoriens d'Europe

continentale. Le mythe est répandu qu'il n'y a pas besoin d'hypothèses préalables à une fouille (en tous cas, elles ne sont pas si souvent exprimées), que les projets d'observation et de collecte des témoins archéologiques sont tellement connus et classiques que cela ne vaut plus la peine de les discuter (et le phénomène se trouve souvent exacerbé et amplifié par le récent développement des fouilles préventives où le temps est strictement mesuré, voire toujours insuffisant pour laisser une vraie réflexion se mettre en place), enfin que les documents parlent d'eux-mêmes, sans avoir besoin de faire appel à des connaissances extérieures à l'archéologie (et sans que puisse être évaluée la part interprétative qui tient de ce que l'on appelle curieusement le «bon sens»). Pour cette forme d'archéologie, qui veut s'en tenir aux faits, le retard méthodologique est considérable, quand on sait quel développement a connu l'épistémologie des sciences dès le début du XX$^{e}$ siècle. Quoiqu'il en soit, cela montre bien que pour beaucoup, la «science» archéologique se suffit en elle-même, enfermée dans ses spécialités et confortée par des raisonnements qui tiennent du «sens commun», et la conscience est rarement claire que le bon sens est éminemment variable d'un groupe culturel à l'autre. C'est d'ailleurs probablement une des raisons pour laquelle chaque génération d'archéologues recommence éternellement le même travail, pour tenter de répondre chaque fois, sans bien s'en rendre compte, à une problématique actualiste, cette fois-ci directement en rapport avec les propres questionnements de la société du moment. Le développement en flèche des sciences environnementales en archéologie n'a probablement pas d'autre raison d'être, à l'origine du moins, comme d'ailleurs la notion de patrimoine archéologique (considéré, sans argumentation, comme devant être «sauvé» à tout prix). De même l'idée que l'on se fait des déplacements de population dans le passé a-t-elle été fondée par une archéologie de temps de guerre déclarée (et on se souvient des excès de l'archéologie des peuples: Veit, 1989), en alternance avec une archéologie de temps de paix supposée (où les peuples du passé se retrouvent figés sur place, tandis que les transmissions culturelles sont imaginées de proche en proche). On pourrait ainsi multiplier les exemples de formes différentes d'archéologie qui, sur le moment, s'imposaient d'elles-mêmes. Nous nous en permettrons encore un: l'utilisation explicite de l'analogie ethnologique a été en coïncidence avec les mouvements de colonisation par l'Occident, tandis que plus tard, avec la décolonisation apparente, le comparatisme ethnologique dit «primaire» a été officiellement rejeté par la plupart, tandis qu'il est encore à l'œuvre implicitement dans beaucoup d'approches archéologiques fondées, dit-on, sur les faits eux-mêmes.

L'ethnoarchéologie, telle qu'on l'entend aujourd'hui, est un des avatars de la *New Archaeology* dans les années 1960, qui a eu le mérite -sachons le reconnaître- de conduire à une critique des raisonnements archéologiques et à une ouverture sur la notion de causalité pour tenter de rendre compte des phénomènes sociaux à l'œuvre pendant la préhistoire (David et Kramer, 2002). C'est là certainement un moment-clef de l'histoire des idées en archéologie, même si —et c'est peut-être le propre de toute théorie naissante— l'on espérait alors tout pouvoir expliquer. Pendant ce temps, avec A. Leroi-Gourhan, les préhistoriens français développaient une «ethnologie préhistorique», que l'on affirmait alors uniquement fondée sur des faits archéologiques stricts et décrits par un «vocabulaire d'attente» neutre. Nul ne niera l'apport considérable d'A. Leroi-Gourhan à l'archéologie préhistorique, mais les réticences de ce grand préhistorien envers l'ethnoarchéologie masquent mal l'utilisation systématique, mais parfois soigneusement camouflée, des comparai-

sons ethnologiques: sans son travail sur la «civilisation du renne» (Leroi-Gourhan, 1936) et son immense connaissance de la culture matérielle (Audouze, 1987), il n'y aurait probablement pas eu les interprétations démonstratives de la fouille de Pincevent (Leroi-Gourhan et Brézillon, 1972). Voilà un exemple tout à fait significatif des préhistoriens qui apparemment laissent parler les faits, mais dont les interprétations pratiques ou théoriques sont profondément marquées par une vaste culture générale, en particulier dans le domaine de l'ethnologie, de la sociologie et de l'ethnographie des techniques, à la suite des travaux et des propositions de M. Mauss (1947 et 1968).

Ainsi donc l'analyse de la pratique de l'archéologie montre qu'il n'y a pas de choix: que le préhistorien l'affiche clairement ou bien qu'il le masque sous un discours volontairement aseptisé, la conception d'une recherche, la sélection de témoins sur le terrain et les interprétations sont réalisées en faisant appel à des connaissances extérieures à la discipline, qu'elles soient de l'ordre de la culture générale ou d'exemples et de modèles clairement exprimés. A. Gallay (1986), parmi d'autres, a écrit quelques belles pages sur le sujet.

Dans ce colloque, c'est donc là un fait indiscutable, un raisonnement que nous partageons probablement tous à des degrés divers. Mais là est probablement notre seul dénominateur commun, car, dans les faits, l'utilisation de l'ethnoarchéologie est extrêmement variable d'un auteur à l'autre; chacun y met des limites et des sécurités à des niveaux très différents. C'est d'ailleurs ce que voulait exprimer la conclusion du colloque d'Antibes (Gallay, 1992). Le problème n'est pas tant l'utilisation explicite de modèles actualistes (qu'ils soient tirés de la propre expérience personnelle du chercheur ou d'exemples ethnologiques sous d'autres cieux). La question cruciale, surtout pour ceux qui doutent encore de la puissance de résolution de certains modèles (ethnarchéologiques entre autres), est de savoir quand un modèle peut être considéré comme «bien» construit, quelles sont les conditions de son application et à quel moment ce modèle doit être modifié ou abandonné. On peut gloser sans fin sur les conditions d'application d'un modèle ethnoarchéologique. D'abord, un modèle ne prétend pas, du premier coup, représenter une réalité ancienne, mais seulement une hypothèse plus ou moins complexe à tester sur les bases documentaires connues, pour tenter de répondre à des questions précises (Pétrequin et Pétrequin, 1992). De plus le modèle ethnoarchéologique (construit à partir de données ethnologiques pour être explicitement applicable à l'archéologie) n'est pas une réalité de tous les temps, ainsi que le font remarquer les ethnologues eux-mêmes (qui approchent rarement l'archéologie, au moins en Europe): il n'existe plus, de par le monde, la moindre société —aussi simple puisse-t-elle paraître au plan des techniques— qui puisse être étroitement comparable à une quelconque société préhistorique. La question des règles d'application d'un modèle ethnoarchéologique est donc clairement un faux débat, puisque dans tous les cas de figure, semble-t-il, on étudie des sociétés actuelles et des communautés du passé qui, chacune, ont eu leur propre histoire et un parcours particulier, ce qui en fait —presque toujours— des cas uniques, qui pourraient expliquer la diversité de toutes les formes de manifestations techniques et sociales. Lorsque C. Renfrew (1975 et 1977) a proposé des modèles interprétatifs des échanges et du transit des objets, il a fondé ses propositions sur l'analyse du fonctionnement d'un certain nombre de sociétés actuelles (dont aucune, on s'en doute, n'est l'équivalent exact des sociétés préhistoriques que nous étudions). Et pourtant il s'agit indiscutablement d'un mo-

dèle interprétatif qui présente une bonne puissance d'analyse, car il est exprimé non pas en termes stricts de comparaisons pas-à-pas (procédure aujourd'hui abandonnée), mais en termes de tendance —et ce terme se retrouvait souvent sous la plume d'A. Leroi-Gourhan—. Par exemple, si le volume des objets échangés s'effondre rapidement à tant de kilomètres de la source, alors il y a des chances que le transfert ait été fait de telle ou telle manière... Lorsque B. Hayden (1995) parle de l'émergence de techniques nouvelles et de leur manipulation sociale pour l'affichage (et la création) d'inégalités entre les hommes, là encore il s'agit d'une tendance et probablement pas d'un simple «choix culturel» tel que le définit P. Lemonnier (1986), pas davantage qu'une véritable loi sociale universelle, dont on commence à douter.

Mais revenons à ces fameuses règles d'application d'un modèle ou, autrement dit, au processus d'utilisation d'exemples ethnologiques destinés à être projetés sur le passé en tant qu'hypothèses de travail. Lors de ce même colloque d'Antibes en 1991, A. Gallay (1992) classait, peut-être un peu radicalement, les ethnoarchéologues en deux catégories. Il opposait les ethnoarchéologues qui prenaient du temps pour expliciter en détail leurs modèles et définir des règles d'application, et ceux (*«les ethnoarchéologues pressés»*), qui n'attendaient pas un travail peaufiné pour tester leurs modèles sur le passé, bien que parfois avec une redoutable efficacité. Pour appartenir, par caractère et par choix personnel, à la deuxième catégorie, celle des voyageurs pressés en Occident et lents en Orient (Pétrequin et Pétrequin, 1992), nous savons bien que derrière cette opposition entre deux comportements, telle que la soulignait A. Gallay, n'interviennent ni la formation théorique, ni le temps réellement passé sur le terrain ethnologique, pas davantage que la prise en compte globale, partielle ou nulle des fonctionnements sociaux; et pourtant ces derniers fondent l'ethnologie et l'archéologie (Lemonnier, 1976; Mauss, 1968). Là n'était pas la question, mais, plus simplement, un discours très théorique sur les scientifiques prudents et ceux qui ne le seraient pas. A vrai dire, nous ne savons toujours pas si une «bonne» archéologie doit être nécessairement conjuguée avec la prudence.

Pour notre part, la question a toujours été beaucoup plus simple et —peut-être en raison de la formation très diversifiée que nous avons reçue— nous n'avons pas longtemps pu pratiquer l'archéologie sans hypothèses de travail. On sait depuis longtemps que les hypothèses sont faites pour être testées, modifiées, abandonnées et remplacées; c'est le mode de fonctionnement le plus classique de nos raisonnements hypothético-déductifs occidentaux, mais nous le retrouvons ailleurs, dans d'autres sociétés, avec d'autres propositions et, bien sûr, d'autres résultats. A l'instar de ce qui se passe en Sciences naturelles, le raisonnement actualiste ne nous a donc jamais gêné, comme certains le sont encore par principe. Nous savons aussi, par expérience —et non par conviction—, que l'archéologie descriptive et la mesure à tout crin constituent une étape indispensable des bases de données (une forme d'inventaire après-décès), qui précède l'étape des classifications; mais une exploitation volontairement neutre de ces documents a peu de chances d'apporter la moindre théorie explicative des «mouvements» qui sans cesse ont animé les sociétés préhistoriques. C'est donc le cœur léger que nous nous sommes précipités vers la modélisation ethnoarchéologique, d'autant que pendant longtemps, nous étions peu satisfaits de la pratique archéologique en France dans les années 1960-70, où priorité était donnée à des constructions typologiques indispensables (mais par ailleurs

assez peu sérieuses dans ses méthodes et ses résultats), où nous ne pouvions étancher ce besoin de comprendre le pourquoi. Deux billets d'avion, un jour, ont fait toute la différence entre une première étape d'archéologues régionalistes de terrain et une deuxième étape où les voyages d'étude se sont succédés, à la fois dans l'espace géographique actuel et dans le passé du Néolithique européen.

L'affaire a commencé à propos de l'architecture néolithique des villages de tourbières et de bord de lacs circum-alpins et de ses rapports avec les fluctuations du niveau des plans d'eau. Au-delà de la simple question des «cités lacustres», c'est tout le problème des formes d'adaptation architecturale et des causes du choix des habitats en ambiance humide qui était en jeu. Dominait alors —et de façon presque totale, à l'exception des réticences de C. Strahm (1975)— l'idée, diffusée par le pamphlet d'O. Paret (1958), qu'il s'agissait simplement de villages de terre ferme plus tard inondés par la montée des lacs. Mais un certain nombre d'observations de terrain, à Chalain et à Clairvaux (Jura), demeuraient inexplicables à la lumière de l'hypothèse Paret, suivie alors par une génération d'archéologues. Deux missions successives en République Populaire du Bénin ont permis de construire un modèle diversifié sur les relations entre les fluctuations du niveau d'une lagune, les formes d'adaptation architecturale et les dynamiques de sédimentation (naturelle et anthropique), à l'intérieur des espaces villageois (Pétrequin et Pétrequin, 1981).



Figure 1. A la base de la modélisation ethnoarchéologique de l'habitat littoral en zone inondable: les villages actuels et les sites archéologiques récents du lac *Nokoué* (République Populaire du Bénin). Cliché: P. Pétrequin.

Bien que les conditions d'application de ce modèle (climat équatorial, pêcheurs davantage que cultivateurs, sociétés de type chefferie, etc.) aient pu sembler insupportables à certains, le modèle s'est avéré efficace (fig. 2) pour diversifier les hypothèses de reconstitution des villages du Néolithique et de l'Age du Bronze au nord-ouest des Alpes et en particulier à Chalain et à Clairvaux; ce sont alors de nouveaux fonctionnements sociaux qui sont apparus, où le souci de défense de petites communautés agricoles en milieu humide devenait le répondant de celui des communautés villageoises de terre ferme, installés dans des villages fortifiés (Pétrequin, 1997).



Figure 2. Séquence stratigraphique d'un habitat littoral néolithique en zone inondable: le site de Clairvaux-les-Lacs/La Motte-aux-Magnins (Jura, France) a montré une très belle correspondance de la dynamique sédimentaire de sédimentation avec celle des villages lacustres du Bénin. Cliché: P. Pétrequin.

Pendant longtemps ce modèle et ces interprétations nouvelles n'ont pas été entendues, en dehors de notre équipe de recherche et de certains collègues d'Allemagne du Sud-Ouest. En Suisse, les formes cantonales d'archéologie ont figé la situation et les interprétations se sont trouvées bloquées, pendant cinquante ans, par le modèle de Paret (et l'on voit ici le danger d'une modélisation non contrôlée, qui peut tenir lieu de credo officiel davantage que d'hypothèse de travail qui, elle, demande toujours à être remise en cause). Aujourd'hui, le panorama interprétatif des villages littoraux en Suisse tend à se modifier, mais avec un curieux contraste: une majorité de collègues, dans les discours et les publications, suivent toujours l'interprétation unique et sans nuances de Paret; mais commencent à fleurir, au bord des lacs suisses, des reconstitutions grandeur nature de maisons sur pilotis du Néolithique ou de l'Age du Bronze, faites par des préhistoriens, qui imitent sans argumentation scientifique (à quelques exceptions près) les maisons expérimentales construites quelques années plus tôt au bord du lac de Chalain (entre autres: Arnold, 1986 et 1990). Est-ce le signe d'une ouverture progressive des hypothèses; si c'est le cas, elle aurait été faite sans prendre le temps du moindre argumentaire, comme si les scientifiques pouvaient passer discrètement d'un mode de pensée à l'autre sans avoir sinon à le justifier, du moins à l'expliquer.

Quoiqu'il en soit, de notre point de vue, nous n'avions pris aucun risque en présentant et en appliquant notre premier modèle ethnoarchéologique, simplement parce qu'il touchait à des processus de sédimentation et à des déterminismes physiques, indépendants du climat et des fonctionnements sociaux et économiques des *Hommes de l'Eau* du Lac *Nokoué* (Nicoud, 1992). Mais nous ne l'avons compris que bien plus tard.

Sur le moment, il nous semblait important de diversifier ce modèle construit au Bénin et c'est la raison de notre premier départ pour la Nouvelle-Guinée; il s'agissait de tester la validité de nos observations sur une autre région du globe et dans une autre ambiance sociale; une certaine forme de prudence commençait à nous venir, à force d'entendre critiquer les approches ethnoarchéologiques, d'ailleurs aussi bien par les ethnologues que par les archéologues. De ce travail sur l'homme, l'architecture et l'eau en Papua Barat, la partie occidentale de la Nouvelle-Guinée, il y a peu de choses à dire sinon la confirmation des observations béninoises. Mais du coup, nous nous sommes retrouvés -presque sans le vouloir et certainement sans problématique scientifique affichée- dans la dernière région du monde où des cultivateurs -il serait plus approprié de dire des horticulteurs- en ambiance forestière fabriquaient encore, échangeaient et utilisaient des lames polies pour haches et herminettes.



Figure 3. Exploitation d'une carrière de roche à glaucophane par le feu à *Yeleme*/*Wang-Kob-Me* (*Kp Paniai*, Papua Barat, Indonésie). Les lames polies destinées aux échanges lointains sont exclusivement tirées d'affleurements primaires. Cliché: P. Pétrequin.

En 1984, nous sommes arrivés —encore par hasard— juste au moment où s'éteignait progressivement la tradition des haches de pierre, sapée par l'arrivée d'un nouveau type de biens prestigieux, la hache en acier. A ce qu'il semble, la recherche est aussi l'art de saisir la chance au vol et l'occasion était inespérée pour des néolithiciens. Mais la question était autrement plus complexe qu'au Bénin, puisqu'il s'agissait de faire une synthèse de plus de 12 missions de terrain de deux mois chacune, pour tenter de présenter un modèle non pas simplement de chaînes opératoires de fabrication et d'utilisation des haches, mais de l'insertion sociale de ces formes d'outillage, depuis l'outil simple techniquement efficace sur la matière première jusqu'aux longs outils détournés de leur fonction première et socialement valorisés, manipulés par les hommes (fig. 4), dédiés aux esprits des ancêtres, thésaurisés en tant que véritable monnaie sociale ou affichés en public comme marqueurs des inégalités sociales (Pétrequin et Pétrequin, 1993).



Figure 4. Exemple de paiement compensatoire avec de grandes lames polies anthropomorphes, représentant des femmes avec leurs jupes. *Jiwika*, groupe *Kurulu*, vallée de la Baliem centrale (*Kp. Jayawijaya*, Papua Barat, Indonésie). Cliché: D. Pillonel.

La première édition d'*Ecologie d'un outil: la hache de pierre en Nouvelle-Guinée* est parue en 1993, mais dès 1989, nous commencions à tester notre modèle sur le Néolithique du nord-ouest des Alpes: la question de l'origine, des modalités de production et de la circulation des lames polies en pélite-quartz du sud des Vosges. Ce thème avait déjà été l'objet de plusieurs publications et les auteurs s'accordaient pour restituer une collecte de galets dans les rivières, une mise en forme expéditive d'ébauches rapidement taillées et une circulation de proche en proche jusqu'à plus

de cent kilomètres à vol d'oiseau. Cette interprétation s'inscrivait tout à l'opposé de ce que suggéraient les modèles ethnoarchéologiques de Nouvelle-Guinée. En 1989, à peine rentrés de mission, nous repartions dans le sud vosgien, avec un certain nombre de modèles néo-guinéens encore tout frais dans la tête.

La découverte des grandes carrières néolithiques de pélite-quartz a été faite lors du troisième jour de prospection et de remontée des rivières, à Plancher-les-Mines (fig. 5).

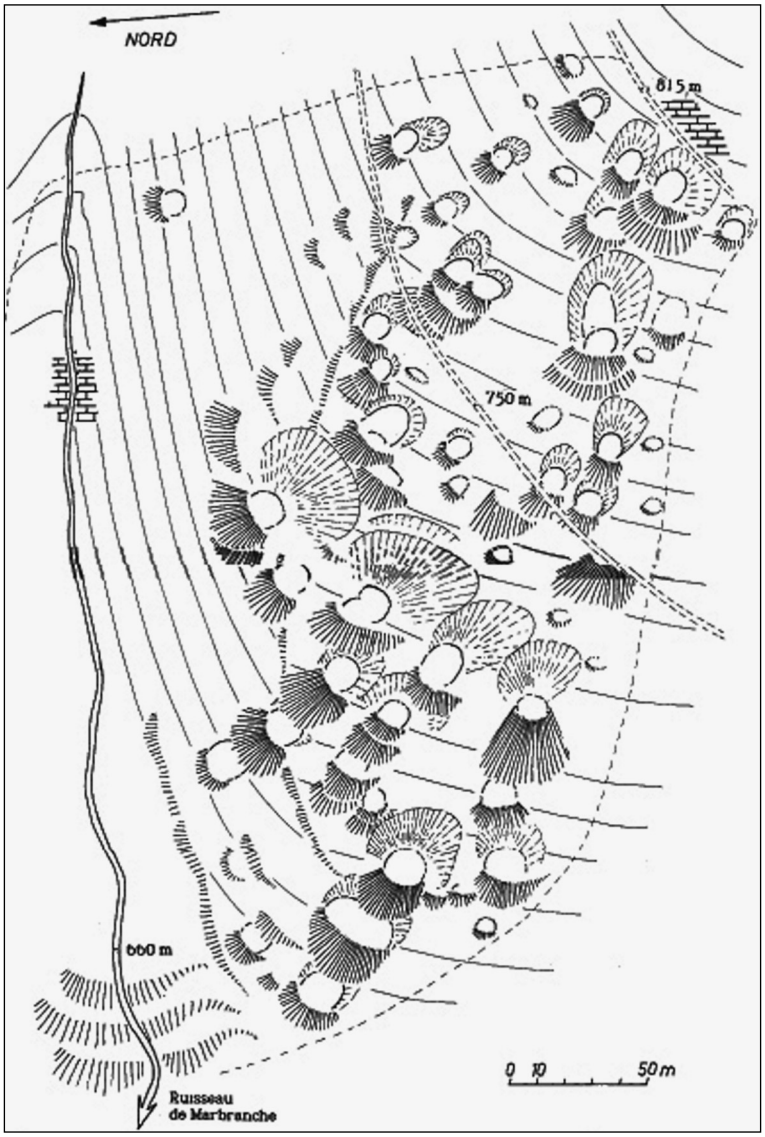



Figure 5. Plan des carrières néolithiques de Plancher-les-Mines (Haute-Saône, France). L'application des modèles de Nouvelle-Guinée a permis de découvrir de grandes carrières dans le sud des Vosges, où étaient produites collectivement des haches polies qui ont circulé sur 200 km à vol d'oiseau. Dessin: P. Pétrequin.

Dès l'année suivante, un programme de recherche était consacré à ce sujet, avec l'inventaire de toutes les ébauches et haches dans l'est de la France, en Suisse et en Allemagne du Sud-Ouest. Nous avons pu montrer (Petrequin et Jeunesse, 1995) que

les nouvelles hypothèses de travail (les modèles de Nouvelle-Guinée opposés au bon sens occidental) modifiaient complètement l'interprétation de l'exploitation des Vosges au Néolithique pour la production de lames polies: grandes carrières exploitées collectivement lors d'expéditions saisonnières (au lieu d'un simple ramassage individuel de galets), chaîne opératoire complexe témoignant de l'activité de spécialistes à temps partiel (tandis qu'autrefois on imaginait seulement des techniques de mise en forme approximatives, à la portée de tous), production massive de centaines d'ébauches à la fois qui partaient, ensemble, dans les circuits de transfert (une conception donc à l'opposé d'une production et d'échanges individuels)... on pourrait continuer longtemps sur ce sujet. Mais la démonstration là encore était faite, en dépit de toutes les réticences possibles (et d'ailleurs justifiées) sur les conditions d'application des modèles ethnoarchéologiques (les néolithiques actuels de Nouvelle-Guinée n'ont définitivement rien à voir avec les néolithiques d'Europe occidentale). Les exemples modélisés de Papua Barat ont permis de mettre en évidence des tendances, des sortes de régularités techniques et sociales qui pourraient être, à un niveau très général, d'ordre transculturel et transchronologique, du moins dans les ambiances de groupes d'agriculteurs en ambiance forestière. Mais de cet élargissement des conditions d'application du modèle, nous ne sommes pas sûrs, car aucun test n'a été fait sur d'autres ambiances sociales.

Il faut dire aussi —et voilà qui expliquerait certaines forces du modèle— que nous avons travaillé en Nouvelle-Guinée, dans une des régions du monde les plus étudiées par les ethnologues; les mauvaises langues disent d'ailleurs que derrière chaque néo-guinéen se profile l'ombre d'un ethnologue. Le contexte d'étude était donc on ne peut plus favorable. Il convient également de dire que nous avons été largement influencés par les travaux de certains ethnologues des techniques, comme P. Lemonnier (1976), à qui nous avons clairement emprunté l'idée de la sur-détermination sociale des outillages, mais en la détournant de son interprétation première pour la faire mieux coller à nos observations de terrain. C'est la synthèse de deux approches assez différentes —celle d'un ethnologue des techniques et celle de deux ethnoarchéologues travaillant sur des terrains néo-guinéens culturellement apparentés— qui a conduit au modèle de manipulation sociale des haches, aujourd'hui un de nos chevaux de bataille pour un programme de recherche en cours: la production et la circulation des longues lames polies en roches alpines dans l'Europe occidentale néolithique (Pétrequin *et alii*, 2002).

Au plan de l'historique de la recherche, nous nous trouvons devant le même cas de figure que pour les Vosges méridionales au Néolithique, mais l'échelle du phénomène est ici très différente: des haches polies en éclogite ou en jadéitite, des roches exploitées dans les Alpes italiennes et le nord des Apennins, ont circulé jusqu'au Danemark, en Ecosse, en Bretagne et en Catalogne (jusqu'à 1.800km à vol d'oiseau), pendant la deuxième moitié du Ve millénaire av. J.-C. C'était autrefois une affaire de géologues et de pétrographes, mais ce phénoménal champ de recherche est ouvert maintenant aux applications ethnoarchéologiques. C'est, on s'en doute, un tout autre panorama de l'Europe néolithique qui commence à se dessiner, avec ses inégalités sociales drastiques fondées sur un pouvoir religieux et affiché, parmi d'autres marqueurs, par la possession de haches translucides en roche «exotique» semi-précieuse, en fait une sorte de répondant occidental du phénomène chalcolithique de l'Europe sud-orientale et centrale (fig. 6).

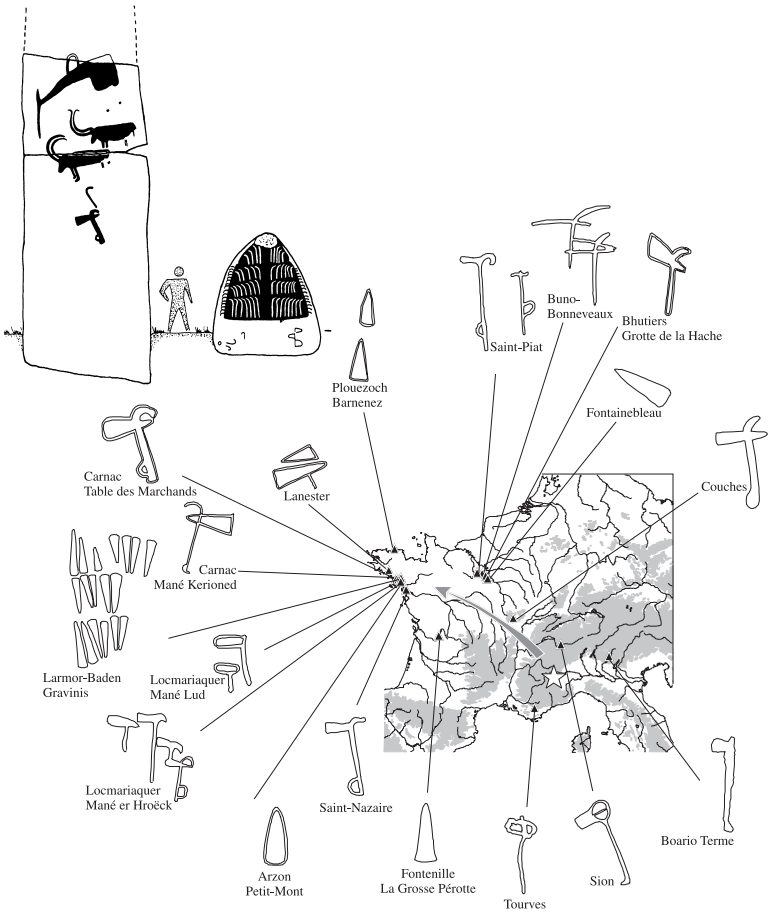



Figure 6. En s'éloignant des sources de matières premières dans les Alpes internes, les grandes haches polies en roches alpines ont envahi le domaine des rituels et du sacré. Figurées sur des stèles monumentales pendant la deuxième moitié du Ve. millénaire, ces haches ont été consacrées à des puissances sur-naturelles, ce qui souligne leur extraordinaire rareté. Dessin: P. Pétrequin, C. Croutsch et S. Cassen.

Avec cet exemple, nous touchons presqu'exclusivement au domaine des fonctionnements sociaux, à partir des carrières de roches rares dont certaines sont situées en montagne entre 2.000 et 2.500 m d'altitude (fig. 7).

Nous ne voudrions pas lasser le lecteur avec une énumération trop longue de modélisations que l'on peut considérer comme «réussies», car elles ont eu des implications à la fois sur le terrain et sur la recherche de vraies causalités, que l'on masque souvent sous le terme de choix culturels (ce qui pour nous ne signifie à peu près rien). Plus récemment encore, à partir de l'exploitation des sources salées de Papua Barat (fig. 8), un modèle a été proposé en collaboration avec O. Weller (Weller *et alii*, 1996); son application a eu des répercussions sensibles sur le Néolithique de la France de l'Est, où l'on a maintenant démontré la production de sel à partir des sorties de saumure naturelle dès le milieu du Ve. millénaire (fig. 9) (Pétrequin *et alii*, 2001 et 2004). Il faut en fait maintenant poser la question: pourquoi ces modèles actualistes se sont-ils avérés si efficaces pour l'approche du Néolithique? Où situer les limites de leur application? Aurait-on pu faire autrement?

L'efficacité de ces modèles n'est pas douteuse. Mais nous croyons qu'avant tout il ne faut pas en tirer gloire, parce qu'en Europe continentale, nous sommes en tra-



Figure 7. La modélisation ethnoarchéologique des conditions de production des longues lames polies en roches alpines a permis de découvrir, en 2003, une des carrières qui alimentaient les transferts de jadéitite à longue distance. *Oncino/Chiot del Porco-Rasciassa* (Piémont, Italie), 2.400m d'altitude. Cliché: P. Pétrequin.

in de redécouvrir —tardivement— des modes de raisonnement déjà largement explicités, une génération plus tôt, dans le monde archéologique anglo-saxon par exemple, et un siècle auparavant dans d'autres disciplines scientifiques. Dans le cadre de recherches encore fondées sur l'idée que le bon sens occidental est suffisant pour comprendre les phénomènes du Néolithique, le jeu est plutôt facile, en diversifiant les hypothèses de travail, avec un strict contrôle du terrain et des documents archéologiques eux-mêmes. De ce côté là donc, il n'y a pas de réelles surprises, car l'archéologie ne peut s'élever au niveau des causalités qu'à la condition de prendre en compte les fonctionnements sociaux. Notre sentiment est que ces modèles se sont révélés efficaces —une réussite partielle et momentanée très probablement, en attendant les contre-exemples— aussi parce qu'ils ont été construits



Figure 8. Dans les Hautes Terres de Papua Barat (Indonésie), la fabrication de sel est faite en trempant des végétaux dans une source salée, puis en les brûlant sur un bûcher. On obtient ainsi un sel blanc de bonne qualité, sans utiliser les classiques récipients en terre cuite qui permettent aux préhistoriens de démontrer la production et le moulage de pains de sel à l'Age du Fer en Europe occidentale. *Hitadipa*, groupe *dani* de l'Ouest (*Kp. Paniai*). Cliché: P. Pétrequin.

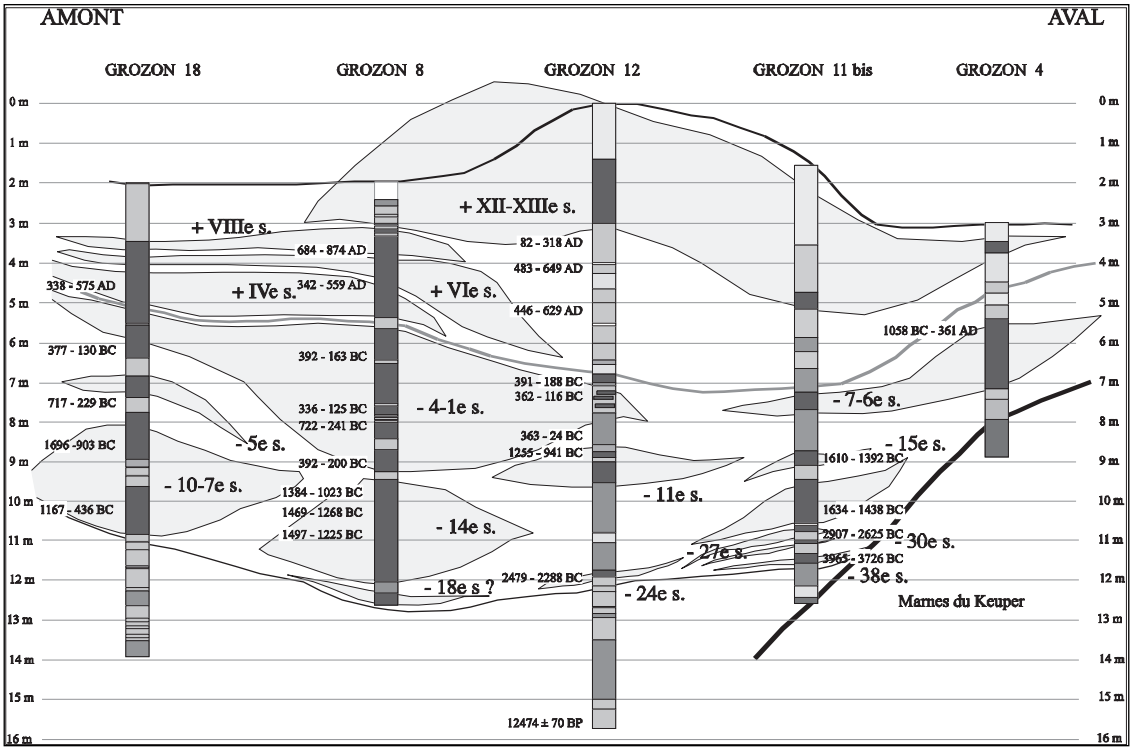



Figure 9. Dans le Jura français, les accumulations de charbons de bois (en grisé sur la coupe stratigraphique) peuvent atteindre plusieurs mètres d'épaisseur dans certaines dépressions aux abords de sources salées. Sur la base du modèle ethnoarchéologique de Nouvelle-Guinée, ces accumulations charbonneuses ont permis de démontrer la production de sel au Néolithique dès le milieu du Ve millénaire. Dessin: P. Pétrequin et O. Weller.

par des néolithiciens et pour l'étude du Néolithique. A aucun moment nous n'avons cherché une quelconque loi transculturelle. Plus simplement, la recherche d'exemples ethnographiques à modéliser a commencé après, grosso modo, une vingtaine d'années de terrain archéologique dans l'est de la France; nous sommes ainsi partis avec des problèmes particuliers à résoudre par le biais de modèles spécifiques. On peut d'ailleurs penser que le milieu des ethnologues, globalement, serait probablement un peu effrayé de la première naïveté de deux néolithiciens en Nouvelle-Guinée. Mais cette orientation préalable -des recherches archéologiques de longue durée, des questions formulées, des observations ethnologiques orientées, une modélisation faite pour être confrontée à ces documents archéologiques particuliers plutôt qu'à tous les autres- nous a conduit peu à peu à des allers-retours dialectiques entre un Néolithique archéologique et un Néolithique actuel, avec des effets de rétroaction de l'un et sur l'autre; ainsi nos enquêtes en Nouvelle-Guinée ont été peu à peu modifiées en fonction des «réponses» archéologiques; en symétrie, les modalités de nos recherches archéologiques se sont trouvées influencées par les «comportements» néolithiques de Papua Barat (Pétrequin et Pétrequin, 1992). C'est une situation que certains peuvent considérer, avec quelque raison, comme dangereuse pour une démarche scientifique. D'ailleurs nous savons qu'un collègue s'est inquiété de nous voir aujourd'hui approcher le domaine des conceptions religieuses (qui pour nous ne sont jamais que des fonctionnements sociaux), car des formes d'acculturation pourraient commencer à nous toucher, puisque nous fréquentons depuis si longtemps des groupes néo-guinéens où nous vivons bien, au-delà des simples attentes scientifiques d'observateurs «neutres».

L'implication personnelle dans un programme de recherche ou une enquête ethnologique ne nous a jamais semblé une tare insurmontable. Cette implication personnelle, pour discutable qu'elle puisse apparaître en théorie, peut cependant avoir des conséquences scientifiques non négligeables et parfois même favorables. Si, après quelques semaines d'enquête, nous nous mettons en apprentissage dans un village de Nouvelle-Guinée pour fabriquer des haches ou produire des poteries qui —l'expérience acquise— partent dans les échanges, est-ce que cela ne veut pas dire aussi que nous commençons à savoir de quoi nous parlons à propos des niveaux de savoir-faire, des formes d'apprentissage, des modalités sociales de la production et des échanges. Pour observer correctement une situation ethnologique, faut-il nécessairement rester à ce point neutre, que beaucoup d'enquêteurs étudient la fabrication et la production de céramiques sans être capables de les fabriquer? La soi-disant neutralité —voulue ou non— risque dans ce cas de nuire à la qualité des observations bien sûr, mais surtout à leur interprétation et à la recherche des fameuses causalités qui nous intéressent. Tout bien réfléchi, pour notre part, nous continuerons, dans ces domaines, à apprendre des techniques nouvelles et à les pratiquer nous-mêmes en situation.

C'est d'ailleurs peut-être un volet particulier de l'ethnologie des techniques qui est en train de se développer chez les chercheurs de langue française (Gosselain, 2002). Il s'agit par exemple de mener en parallèle l'étude tracéologique d'outillages préhistoriques et une observation ethnologique de populations utilisant aujourd'hui les mêmes variantes d'outillage. On peut alors considérer qu'il s'agit d'une forme efficace d'expérimentation, grandeur nature, par des gens habitués à leur outillage qu'il est possible ensuite d'étudier en tracéologie (Beyries *et alii*, 2001). Au demeurant, cette procédure d'observation et de recherche conduit rapidement à des résul-

tats de bien meilleure qualité que beaucoup d'expérimentations —où ce que certains considèrent comme telles—, qui n'ont probablement pas d'autre valeur, faute d'atteindre le niveau de vrais savoir-faire, que celle d'un apprentissage approximatif hors contexte social valide. C'est pourtant l'expérimentation qui constitue le troisième volet —une autre voie possible de validation— des recherches archéologiques et de la modélisation (ethnoarchéologique). Dans le domaine des techniques, elle s'avère indispensable et enrichissante dans tous les cas; mais les fonctionnements sociaux échappent bien souvent à cette approche matérialiste. N'empêche qu'avec l'abandon progressif des techniques pré-industrielles dans le monde et le regard de plus en plus éloigné que nous posons sur les milieux naturels ou anthropisés, l'expérimentation et l'ethnologie des techniques constituent de bons moyens pour reprendre pied dans la réalité.

Nous pensons donc qu'il n'y a pas de recherche archéologique sans hypothèses et sans modélisation (ethnologique), qu'elles soient inconscientes (le bon sens, la logique occidentale), masquées (j'utilise des modèles extérieurs à l'archéologie, mais je ne le crie pas sur les toits) ou bien clairement déclarées (c'est le cas des ethnoarchéologues, parmi d'autres). Dans le premier cas, les modèles sont difficiles à contrôler, car la part d'inconscient est parfois considérable et les conditions d'application souvent indéfinies; il n'empêche que tirer des hypothèses de travail de sa propre société est parfaitement cohérent, à condition de l'expliciter et de ne pas laisser croire que c'est la seule logique possible; mais se limiter à une seule société réduit, on peut le comprendre, les chances de toucher à des régularités ou des tendances de niveau plus général. Dans le deuxième cas (modèles utilisés, mais non déclarés), il s'agit d'une attitude sociale qui suit la mode du moment (je suis convaincu que la diversification des hypothèses est un enrichissement pour le raisonnement, mais je ne sais pas comment le démontrer sans faire appel à des notions qui dépassent largement la recherche archéologique, alors je m'abstiens d'en parler pour éviter les critiques). Quant à la troisième attitude, elle est tout simplement justifiée par le fonctionnement même de notre esprit et de l'assimilation des signes quotidiens de reconnaissance ou de non-reconnaissance (on peut imaginer la succession des images latentes qui se forment et disparaissent dans le cerveau jusqu'à identification d'un objet, d'un individu, d'une situation); mais ce fonctionnement normal est largement touché par l'apprentissage et l'éducation; le marquage «culturel» de ce bon sens en fait nécessairement un outil parfaitement adapté à un contexte social, mais de portée limitée lorsque ce contexte est modifié ou inconnu. La modélisation —qu'elle soit subconsciente, théorique ou ethnoarchéologique— est probablement fondée sur le même principe et nous ne voyons guère comment y échapper. C'est la raison essentielle pour laquelle il faut continuer à utiliser et à expliciter les démarches par hypothèses. On peut de plus se demander si la question des règles d'application d'une inférence ethnoarchéologique est réellement si importante; le risque est de savoir si l'on reconnaît réellement (ou non) une situation conforme au modèle ou bien si l'on croit la reconnaître à un moment où le contexte social de la recherche favorise une hypothèse plutôt qu'une autre.

De bons exemples de la deuxième alternative s'offrent à nous à peu près tous les jours, avec la sacro-sainte notion de progrès, qui est l'image publicitaire que nôtre société s'est forgée d'elle-même; ce concept banal, mais pas sans conséquences, mis en pratique dans la vie quotidienne et dans la recherche scientifique, est

un modèle interprétatif à forte connotation sociale et de faible valeur heuristique pour ce qui nous concerne. N'empêche que l'on pourrait le qualifier de modèle ethnoarchéologique, fondé sur l'observation d'une société par elle-même et utilisé pour évaluer des sociétés non occidentales ou bien disparues.

Selon nous, l'approche ethnoarchéologique participe de l'utilisation consciente de certaines formes de régularités techniques (et c'est là que les modèles sont aujourd'hui les mieux construits) et sociales (la très réelle complexité dans ce cas impose souvent des simplifications drastiques) qui permettent de multiplier les hypothèses de travail. En tant que telle, l'ethnoarchéologie est grande pourvoyeuse d'hypothèses particulièrement diversifiées et, à ce titre, doit aider à la recherche des causalités pour tenter de rendre compte de situations passées. En fait, l'utilisation de modèles, quels qu'ils soient, ne fait pas réellement problème (parce que nous savons que nous ne réfléchissons pas autrement). Ce qui pose problème, c'est simplement la part de chances que nous laissons —toutes méthodes confondues— à ce que nous appelons les faits archéologiques, éléments décousus de palimpsestes toujours très compliqués. Un modèle (dans notre sens, une hypothèse de travail élaborée pour tenter de résoudre un problème) doit être modifié, abandonné ou remplacé dès qu'apparaissent des contradictions avec les données archéologiques (du moment). Pour revenir aux exemples précédents, le modèle des haches de Nouvelle-Guinée ont du être abandonnés, pour ce qui concerne les interprétations sociales, dès que nous avons reconnu qu'en Europe, certaines sociétés néolithiques de Bretagne ont vécu des fonctionnements sociaux tellement inégalitaires, avec les grandes architectures mégalithiques du Ve. millénaire, que les tentatives d'explication de type néo-guinéen n'étaient plus validables. Il n'empêche qu'une partie des modèles de Nouvelle-Guinée a permis de renouveler en profondeur des pans importants de la problématique scientifique et qu'ils n'ont pas fini d'être utilisés.

De même, lorsque nous avons travaillé sur l'exploitation du sel au Néolithique, les modèles ethnoarchéologiques de Nouvelle-Guinée nous ont fait gagner un temps considérable pour imaginer et monter d'autres procédures de recherche en France. Mais finalement, les modalités d'exploitation du sel par le feu en Nouvelle-Guinée et dans l'est de la France se sont révélées très différentes.

Il n'y a pas d'autre voie possible: diversifier les hypothèses de travail, utiliser au mieux ce que l'on croit reconnaître comme des tendances dans les fonctionnements techniques, économiques, sociaux; la limite d'utilisation de ces procédures scientifiques est fixée par la qualité des documents archéologiques et par l'idée que l'on s'en fait. Une telle limite restera probablement variable d'un chercheur à l'autre et d'une génération à l'autre. La prudence élémentaire consiste à ne pas contraindre les documents archéologiques et à multiplier les méthodes et les techniques de recherche indépendantes; l'ethnoarchéologie n'est que l'une d'entre elles. Justifier des règles d'application, ici comme d'ailleurs pour les autres disciplines, serait indispensable dans le cas de véritables lois présentées comme transculturelles (traduisons: universelles); c'était un projet ambitieux de la New Archaeology et celui-là a disparu en fumée, remplacé par l'évocation plus modeste de tendances dans les fonctionnements sociaux. Et pour l'instant, des hypothèses actualistes modestes s'avèrent plus souples d'utilisation sur un matériau archéologique lacunaire ou sur des sociétés actuelles où les «dentelles culturelles» (qu'on ne prenne pas ce terme de façon péjorative) masquent largement les tendances profondes.

## Bibliographie


Arnold, B. (1986): *Cortaillod-Est, un village du Bronze final, 1, Fouille subaquatique et photographie aérienne*, Archéologie neuchâteloise, 1, Editions du Ruau, pl. 6 et 7, Saint-Blaise.

Arnold, B. (1990): *Cortaillod-Est et les villages du lac de Neuchâtel au Bronze final, 6, Structure de l'habitat et proto-urbanisme*, Archéologie neuchâteloise, 6, Editions du Ruau, 79, Saint-Blaise.

Audouze, F. (1987): «Des modèles et des faits: les modèles de A. Leroi-Gourhan et de L. Binford confrontés aux résultats récents», *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 84 (10-12): 343-352.

Beyries, S., Vasil'ev, S., Davis, F., D'iachenko, V. I., Karlin, K. et Chesnokov, Y. V. (2001): «Ui1, a Palaeolithic site in Siberia: an ethno-archaeological approach», dans: Beyries, S. et Pétrequin, P. (eds.), *Ethno-Archaeology and its tranfers. European Association of Archaeologists, Fifth Annual Meeting in Bournemouth (1999)*, B.A.R., International series (983): 9-21.

David, N. et Kramer, C. (2001): *Ethnoarchaeology in action*, Cambridge world archaeology, Cambridge: Cambridge University Press.

Gallay, A. (1986): *L'archéologie, demain*, Paris: Pierre Belfond.

Gallay, A. (1992), «L'ethnoarchéologie en question?», dans: *Ethnoarchéologie: justification, problèmes, limites. XIIe Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Histoire d'Antibes*, pp. 447-452, Juan-les-Pins: Editions APDCA.

Gosselain, O. P. (2002): *La poterie du Cameroun méridional. Styles et techniques et rapports à l'identité*, Monographie du CRA, 26, Paris: CNRS Editions.

Hayden, B. (1995): «The Emergence of Prestige Technologies and Pottery», dans: Barnett, W. et Hoopes, J. (eds.), *The Emergence of Pottery*, pp. 257-265, Washington: Smithsonian Institution Press.

Lemonnier, P. (1976): «La description des chaînes opératoires: contribution à l'analyse des systèmes techniques», *Technique et Culture*, (ancienne série), 1: 100-151.

Lemonnier, P. (1986): «The study of material culture today: toward an anthropology of technical system», *Journal of Anthropological Archaeology*, 5: 147-186.

Leroi-Gourhan, A. (1936): *La civilisation du renne*, Collection Géographie humaine, Paris: NRF. Librairie Gallimard.

Leroi-Gourhan, A. et Brézillon, M. (1972): *Fouilles de Pincevent. Essai d'analyse ethnographique d'un habitat magdalénien (le secteur 36)*, 7e supplément à Gallia-Préhistoire, Paris: CNRS.

Mauss, M. (1947): *Manuel d'ethnographie*, Paris: Petite bibliothèque Payot, 102, Payot.

Mauss, M. (1968): «Les techniques du corps», dans: *Sociologie et anthropologie*, pp. 365-386, Paris: Presses Universitaires de France.

Nicoud, C. (1992): «Habitats littoraux présents et passés: confrontation entre un modèle ethnoarchéologique et une analyse de site archéologique», dans: *Ethnoarchéologie: justification, problèmes, limites. XIIe Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Histoire d'Antibes*, pp. 239-256, Juan-les-Pins: Editions APDCA.

Paret, O. (1958): *Le mythe des cités lacustres*, Paris: Dunod.

Pétrequin, P. (éd.) (1997): *Les sites littoraux néolithiques de Clairvaux et Chalain (Jura), III, Chalain 3, 3200-2900 av. J.-C*, Paris: Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.

Pétrequin, A. M. et Pétrequin, P (1984): *Habitat lacustre du Bénin, une approche ethnoarchéologique*, Paris: Editions Recherches sur les Civilisations, Mémoire n° 39, ADPF.

Pétrequin, P., Cassen, S., Croutsch, C. et Errera, M. (2002): «La valorisation sociale des longues haches de l'Europe néolithique», dabs: Guilaine, J. (ed.), *Matériaux, pro-*

*ductions, circulations du Néolithique à l'Age du Bronze*, pp. 67-98, Paris: Editions Errance.

Pétrequin, P., Dufraisse, A., Gauthier, E., Pétrequin, A. M. et Weller, O. (2004): «Techniques d'exploitation préhistorique du sel en Franche-Comté et en Bourgogne», *Congrès de la Société Préhistorique Française. Paris (2000)*, pp. 427-444, Paris: Société Préhistorique Française.

Pétrequin, P. et Pétrequin, A. M., (1992): «De l'espace actuel au temps archéologique ou les mythes d'un préhistorien», dans: *Ethnoarchéologie: justification, problèmes, limites. XIIe Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Histoire d'Antibes*, pp. 211-238, Juan-les-Pins: Editions APDCA.

Pétrequin, P. et Pétrequin, A. M. (2000 [1993]): *Ecologie d'un outil: la hache de pierre en Irian Jaya (Indonésie)*, Monographie du C.R.A., Paris: 12, Editions du CNRS.

Pétrequin, P. et Jeunesse, C. (1995): *La hache de pierre. Carrières vosgiennes et échanges de lames polies pendant le Néolithique (5400-2100 av. J.-C.)*, Paris: Editions Errance.

Pétrequin P., Weller, O., Gauthier, E., Dufraisse, A. et Piningre, J. F. (2001): «Salt springs exploitation without pottery during Prehistory. From New Guinea to the French Jura», dans: Beyries, S. et Pétrequin, P. (eds.), *Ethno-Archaeology and its tranfers. European Association of Archaeologists, Fifth Annual Meeting in Bournemouth (1999)*, B.A.R., International series (983), pp. 37-65.

Renfrew, C. (1975): «Trade as action at distance», dans: Sabloff, J. A. et Lamberg-Karlosky, G. C. (eds.), *Ancient civilization and trade*, pp. 1-59, Albuquerque: University of New Mexico Press.

Renfrew, C. (1977): «Alternative models for exchange and spatial distribution», dans: Earle, T. K. et Ericson, J. E. (eds.), *Exchange systems in Prehistory*, pp. 71-90, New-York: Academic Press.

Strham, C. (1975): «Nouvelles réflexions sur un vieux problème», *Eburodunum*, I: 157-163.

Veit, U. (1989): «Ethnic concepts in German prehistory: a case study on the relationship between cultural identity and archaeological objectivity», dans: Shennan, S. J. (ed.), *Archaelogical Approaches to Cultural Identity*, One World Archaeology, 10, pp. 35-56, London and New-York: Routledge.

Weller, O., Pétrequin, P., Pétrequin, A.M. et Couturaud, A. (1996): «Du sel pour les échanges sociaux. L'exploitation des sources salées en Nouvelle-Guinée (Irian Jaya, Indonésie)», *Journal de la Société des Océanistes*, 102: 3-30.

# Lítico tallado y cultura material de los *Wola*, Papúa-Nueva Guinea

KAREN HARDY

**RESUMEN.** Los *Wola* de las tierras altas de Papúa-Nueva Guinea tallaron y usaron materiales líticos de manera habitual hasta los años ochenta. Gracias a los amplios estudios que se hicieron a nivel etnográfico, fue posible un estudio detallado de la tradición lítica así como de su uso en los contextos materiales, sociales, económicos y medioambientales. Esta información contextual permitió también un estudio de sus posibles causas, orígenes y evolución. Igualmente, ha ofrecido la posibilidad de conformar ciertas ideas acerca de algunos aspectos abstractos del uso del lítico, que en contextos prehistóricos, normalmente, no es alcanzable. Esto incluye los criterios usados para la selección de herramientas, un estudio detallado del uso de los útiles, la ausencia de herramientas líticas en muchas actividades importantes, la diferencia sexual entre tareas, el uso sustancial de materiales orgánicos en la construcción de la cultura material, las actitudes idiosincráticas hacia el conservar o desechar los artefactos y la baja cantidad de artefactos líticos usados directamente en la subsistencia. Aunque no se puede hacer ninguna analogía directa en relación a la Prehistoria, la información provinente de los *Wola* muestra algunos de los problemas intrínsecos a los métodos de clasificación e interpretación que se basan en criterios modernos.

**ABSTRACT.** The Wola of highland Papua New Guinea were habitual makers and users of stone tools until well into the 1980's. Due to the large body of ethnographic data available for the Wola, a detailed study not only of the lithic tradition, but also the way in which this fits into the material, social, economic and environmental background was possible. This background information has enabled a study of causality and ideas as to the origins and evolution of this lithic tradition as well as providing insight into abstract aspects of the lithic tradition that in a prehistoric context would normally be lost. These include criteria for tool selection, detailed understanding of tool use, the absence of any lithic tools in many key activities, the differences between male and female tasks, the substantial use of organic materials in material culture construction, the idiosyncratic attitudes to artefact storage and discard and the low percentage of lithic artefacts dedicated directly to subsistence. While no direct analogy into prehistory can be made, the insights provided by the Wola illustrate some of the problems inherent in basing classification or interpretation on modern criteria.

## Introducción

La isla de Nueva Guinea se encuentra al Norte de la Península del Cabo York, en Queensland, Australia. En ella se ha constatado presencia humana desde, por lo menos, hace 40.000 años, aunque es probable un poblamiento anterior (Allen, 1996; Allen y O'Connell, 1995; Gosden, 1995; Groube *et al.*, 1986).

El interior de Nueva Guinea es marcadamente montañoso: hasta la pasada década de los años treinta se asumía que se trataba de un territorio deshabitado. En realidad, más de un tercio de la población de Papúa-Nueva Guinea vivían y viven en las laderas abruptas de los valles, a altitudes de entre 1.600 y 200 metros (s.n.m.). Algunos investigadores han propuesto que, en estas tierras altas, ciertas plantas alimenticias fueron manipuladas por la población humana desde hace unos 30.000 años (Hope y Golson, 1995). De hecho, existe también las posibilidad que nunca hubo en ese territorio una fase cazadora-recolectora. Esta propuesta se basa en la ausencia de recursos adecuados (Sillitoe, 2002).

La población se divide en diferentes grupos culturales. Los *Wola* viven en el sector sur-central, en cinco valles llamados: *Ak*, *Was*, *Nemb*, *Lai* y *Mend*, al noreste del Lago *Kutubu* (fig. 1). La topografía es montañosa: los *Wola* viven en pequeños asentamientos, de aproximadamente unas 300 personas, situados en las laderas de los valles. Los *Wola* son sedentarios y practican la agricultura y la ganadería: su cultivo habitual es la patata dulce, a la vez que se dedican a la cría de cerdos. Los hombres practican la caza pero no dependen de ésta para su alimentación (Hardy y Sillitoe, 2003).

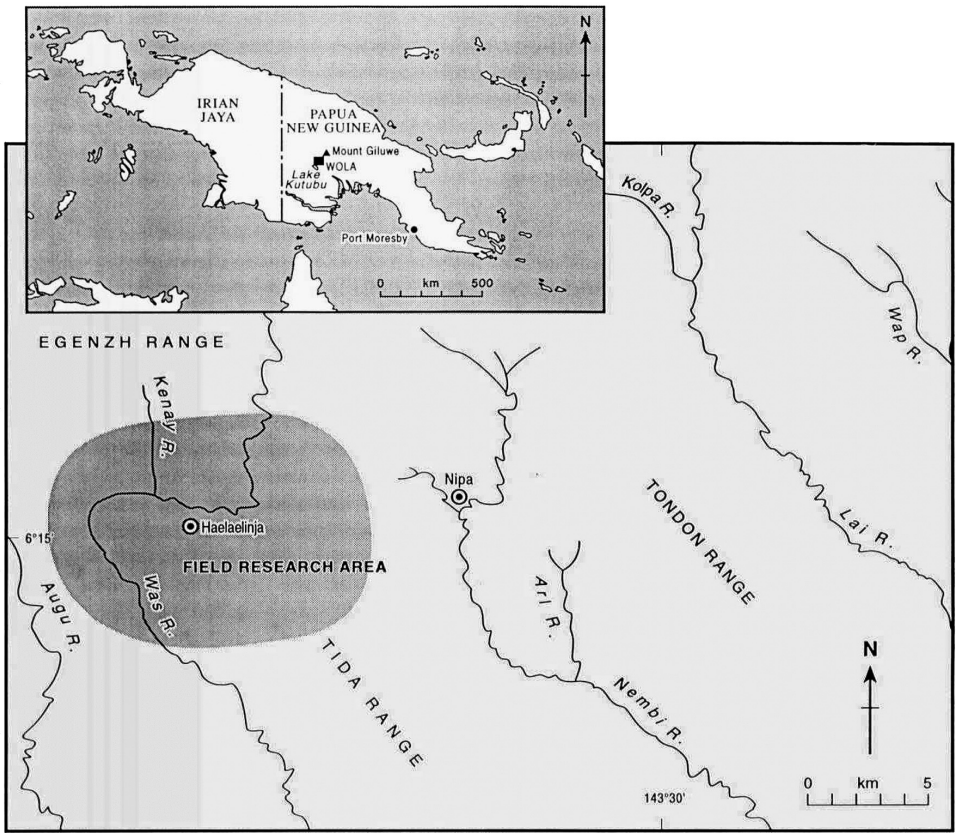



Figura 1. La región *Wola* (Hardy y Sillitoe, 2003).

La geología de la región es sobre todo de calizas. A diferencia de muchos otros grupos de las tierras altas, los *Wola* no fabrican hachas pulidas: según ellos, no disponen de la materia prima adecuada en su región, así que obtienen sus hachas pulidas mediante la importación.

Lascas gruesas «con cintura» (*waisted blades*) son halladas en las tierras altas desde cronologías de, por lo menos, 11.000 años; aunque probablemente existan desde mucho antes (White y Thomas, 1972; Groube, 1986 y 1989; Groube *et al.*, 1986, Muke 1984; Bulmer 1964). Es probable que estas lascas gruesas sean los antecedentes de las hachas pulidas (Bulmer, 1977).

Durante la década de los ochenta, los *Wola* fueron estudiados intensivamente desde la Etnografía (Sillitoe, 1979a, 1979b, 1982, 1986 y 1988). En aquel tiempo el lítico tallado todavía era habitual, pero actualmente ya se ha perdido esta práctica. Hoy, los *Wola* siguen viviendo a la manera tradicional. La gran diferencia entre los años ochenta y ahora es que el uso de materiales naturales para la construcción de la cultura material ha sido reemplazado por materias sintéticas compradas (Hardy y Sillitoe, 2003).

Todavía hay algunos grupos que siguen usando el lítico tallado de manera tradicional en diferentes parte del mundo: por ejemplo, en Etiopía (Gallagher, 1977; Rots y Williamson, 2004), Brasil (Miller, 1979), sur de Grecia (Runnels, 1975 y 1976), México (Clark, 1989 y 1991; Nations, 1989; Weigand, 1989), partes del Caribe (Walker y Wilk 1989), y en las tierras altas de Guatemala (Hayden, 1987; Hayden y Deal, 1989; Hayden y Nelson, 1981). Pese a ello, estos ejemplos tienden a ser para un uso específico. En el desierto occidental de Australia existían grupos de cazadores-recolectores que empleaban el lítico de manera cotidiana en el presente etnográfico (Gould, Koster y Sontz, 1971; Hayden 1979; Gould 1980). Igualmente, en muchas otras partes de Australia, se ha constatado en la etnografía el uso del lítico (por ejemplo: Allchin, 1957; Elkin, 1970; Knight, 1990; Tacon, 1991; Thomson, 1964; Tindale, 1985; Gould, Koster y Sontz, 1971). Sin embargo, las gentes de las tierras altas, como los *Wola*, posiblemente representan los últimos casos en el mundo que continuaron, y posiblemente continúan, usando el lítico de forma cotidiana en determinados casos (Petrequin, com. pers.).

La tradición del lítico de las tierras altas de Nueva Guinea ha sido descrita varias veces en el pasado (por ejemplo: Blackwood, 1950; Brass, 1998; Chappell, 1966; Cranstone, 1971; Godelier y Garanger, 1973; Hampton, 1999; Hardy y Sillitoe, 2003; Heider, 1970; Nilles, 1942; Petrequin y Petrequin, 1988; Pospisil, 1963; Salisbury, 1962; Sillitoe, 1979b, 1982 y 1988; Sillitoe y Hardy, 2003; Strathern, 1969; Townsend, 1969; Watson, 1995; White, 1967, 1968 y 1979; White y Thomas, 1972; White *et al.*, 1977). Lo significativo en relación a los *Wola*, es la amplitud de la información etnográfica referida. Existe un registro completo de la cultura material (Sillitoe, 1988), además de información detallada acerca de la vida socio-cultural y económica de los *Wola*. Esto ofrece una oportunidad para investigar el uso del lítico tallado dentro de una base contextual muy amplia.

El objetivo de este trabajo es investigar de qué manera puede ser útil la información acerca de la tradición de fabricación y uso de la materia lítica, provinente de un grupo moderno de agricultores de las altas tierras tropicales, o sea, los *Wola*. Para así explorar aspectos del uso de la piedra tallada en la prehistoria, a nivel de la analogía generalizada. Está basado en un estudio de una colección etnográfica de lítica y notas etnográficas (Hardy y Sillitoe, 2003; Silitoe y Hardy, 2003). Este tra-

bajo se justifica por la falta de información etnográfica detallada acerca del uso tradicional del lítico, y por el papel tan central e importante que tiene en el estudio de la Prehistoria. Con tan pocos datos directos, mucho de lo que asumimos acerca del lítico prehistórico se basa en criterios inventados por nosotros mismos. Pero no podemos pretender conocer cómo se sentía una persona prehistórica, y así nuestros criterios no son más que una imposición de orden basados en nuestra realidad, como productos de una sociedad basada en valores de eficiencia económica. Los *Wola* nos permiten vislumbrar un uso tradicional y antiguo del lítico, una percepción de su tradición lítica dentro de contextos sociales, económicos y del resto de su cultura material.

La primera parte de este artículo consiste en la descripción de la tradición lítica de los *Wola*. En la segunda parte, se explora algunas ideas acerca de cómo se puede usar la información provinente de los *Wola* para examinar ciertos aspectos relevantes al estudio del lítico prehistórico.

## Descripción de la tradición lítica de los *Wola* (Hardy y Sillitoe, 2003)

La materia prima es un «chert» que se encuentra en forma de guijarro en el cauce de los arroyos locales. No pertenece a nadie, cualquiera podía ir a recoger lo que necesitaba cuando lo deseaba. Normalmente se encontraba un guijarro al cabo de unos 10 o 15 minutos. Esta obtención se hacía de modo informal y cuando era necesario. Si un hombre necesitaba «chert», se dirigía a uno de los arroyos o enviaba a algún niño. A veces, los hombres tallaban lo que necesitaban directamente y obtenían las lascas allí mismo. Como percutor, empleaban guijarros de basalto. A veces, cogían una piedra-percutor de un horno, a donde la retornaban cuando ya no lo necesitaban más.

En primer lugar, cuando encontraban un guijarro, tenían que averiguar la calidad del mineral de su interior. Primero era levantado para averiguar su peso y, posteriormente, era abierto lanzándolo contra otra piedra o bien dándole un golpe con el talón de su hacha de acero (fig. 2). Si algunos de los fragmentos servían como útiles, los recogían y eran empleados tal cual.

Sin embargo, en general llevaban los guijarros a casa para tallarlos. Tallaban al lado de la casa, cuidando de mantenerse lejos de los lugares donde caminaba la gente para evitar que alguien pudiera dañarse con el desecho de la talla: tenían un dicho al respecto que indicaba que no era una buena práctica trabajar la piedra dentro de la casa. Normalmente, los hombres tallaban solos y, a veces, recitaban un dicho para propiciar fracturas afiladas.

Si un guijarro era muy grande, lo ponían en el suelo para tallarlo. Los *Wola* decían que usando el método bipolar se perdía el control y la pieza se fracturaba en demasiadas piezas. Decían que el mejor método de tallar era sostener el nódulo en la palma de la mano.

Usaban el método de percusión directa sin preparar las plataformas (fig. 3). Continuaban tallando hasta producir una pieza de tamaño adecuado, normalmente al cabo de unos minutos. Guardaban los nódulos en lugares fáciles de recordar pudiendo recogerlos y tallarlos en distintas ocasiones. Los talladores no sabían cómo iban a salir las lascas, ni de qué forma, ni si iban a tener buenos filos. Watson (1995: 91)



Figura 2. Dando en guijarro un golpe para abrirlo (Hardy y Sillitoe, 2003).

indica que los talladores creían que la calidad de los útiles se encontraba ya en la piedra y que su trabajo era encontrar esa calidad y liberarla.

Si una lasca era grande o de forma muy incómoda, podía ser tallada nuevamente para producir más lascas, pero nunca retocaban un filo poco afilado o embotado. Si la lasca era pequeña, la guardaban y la deshechaban una vez que se embotaba su filo. Las lascas no eran modificadas ni tan siquiera para facilitar una mayor como-

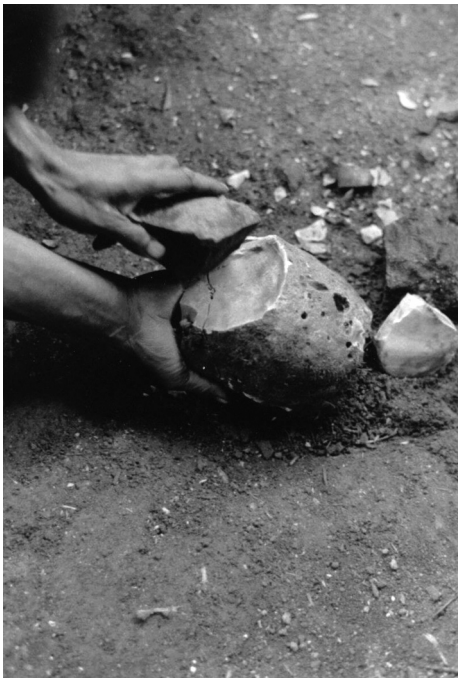


Figura 3. Percusión directa (Hardy y Sillitoe, 2003).

didad al cogerlas. En ocasiones, lascas pequeñas eran enmangadas (fig. 4). Cuando la talla era realizada por las mujeres, éstas empleaban exclusivamente el método bipolar.

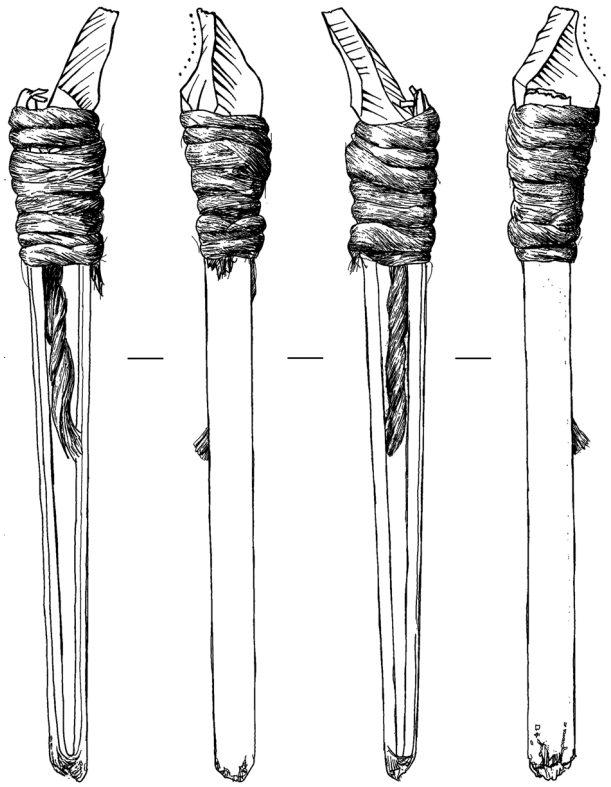



Figura 4. Herramienta enmangada (Tool 48A) (Hardy y Sillitoe, 2003).

El uso de las lascas para distintas tareas era realizado normalmente dentro o al lado de su casa. A veces, tareas muy repetitivas y largas (como por ejemplo desbastar un mango para una hacha) eran desarrolladas mientras caminaban.

## La selección de lascas para ser empleadas como instrumentos

El único criterio de selección era la existencia de un buen filo y que fuera de buen tamaño para sostener en la mano (fig. 5). Aunque White, trabajando con los *Duna*, distinguió cinco diferentes grupos de herramientas en base a las huellas macroscópicas de uso, los mismos trabajadores no los reconocían como tales (White, 1968; White y Thomas, 1972; White y Modjeska, 1978; White *et al.*, 1977).

Normalmente, un hombre empleaba una lasca para una única tarea; de hecho, a veces usaba muchas lascas para cada tarea concreta. Así que aunque un tipo de lasca podía ser empleada en múltiples tareas diferentes, y cualquier lasca podía servir para diferentes trabajos, normalmente cada una de las piezas era empleada en una única tarea.

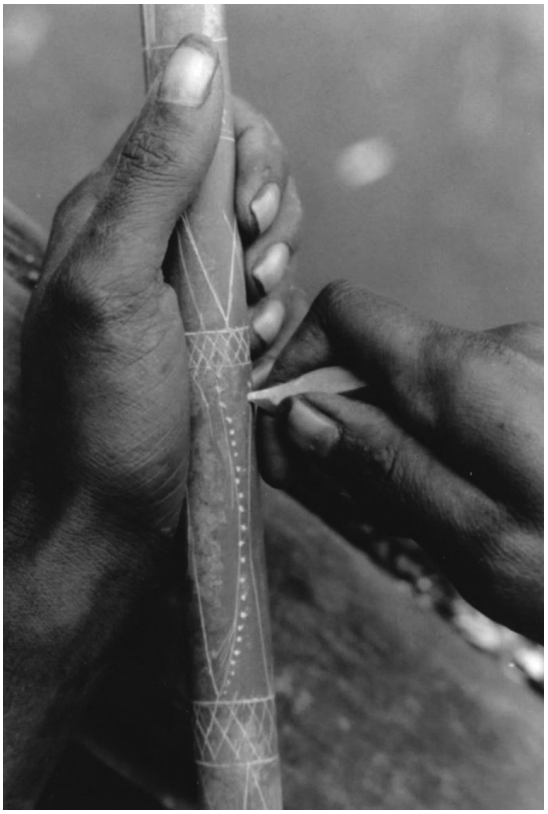


Figura 5. Trabajando con herramientas líticas (Hardy y Sillitoe, 2003).

Los *Wola* definían los diferentes útiles únicamente mediante su uso. Disponían de múltiples términos diferentes para cada tarea realizada con sus instrumentos líticos. Por ejemplo, empleaban seis términos diferentes para la acción de cortar, según la materia prima que iba a ser cortada, la tarea que estaban haciendo y el método de usar la lasca. Así, cada lasca o útil, disponía de un rango de nombres potenciales (Hardy y Sillitoe, 2003).

Los *Wola* nunca clasificaron su material lítico bajo las formas características de la arqueología (nódulos, lascas, debitage, etc.); no identificaban ningún tipo de diferencia entre ellos: todos los productos del proceso lítico eran útiles potenciales.

## Guardar o tirar

Al acabar de usar un útil, el usuario lo guardaba con mucho cuidado, para que no fuera un peligro, y también para poder recuperarlo en otra ocasión.

En ocasiones, lascas y nódulos no usados eran guardados durante años. Las lascas con buenos filos se guardaban a veces en pequeñas latas, y los hombres las llevaban en sus bolsas de hilo junto con el tabaco y otros objetos. A veces, guardaban lascas ya usadas para reutilizarlas, pese a que no era lo más habitual. La cultura material tradicional de los *Wola* contiene casi 200 artículos individuales y se usaban 255 materias primas diferentes en su construcción (Hardy y Sillitoe, 2003; Sillitoe, 1988).

Los artículos pueden dividirse en seis categorías (tabla 1):

Tabla 1

| Artículos | Cantidades |
|---|---|
| Herramientas o útiles | 23 |
| Armas | Tres formas diferentes, pero dentro de éstas se constatan 19 diferentes tipos de flecha |
| Utensilios para la preparación de comida | 13 |
| Ropa | 23 |
| Adornos y autodecoración | 79 |
| Instrumentos musicales | 6 |

Las materias primas se dividen en quince categorías. Todas las materias primas que pueden encontrarse en la región son usadas de alguna manera (tabla 2):

Tabla 2

| Materias primas | Cantidades |
|---|---|
| Árboles y arbustos | 94 |
| Palmeras | 12 |
| Parras | 16 |
| Helecho | 8 |
| Bambús y cañas | 10 |
| Hierbas | 23 |
| Musgos | 5 |
| Hongos | 1 |
| Mamíferos | 23 |
| Pájaros | 31 |
| Insectos | 3 |
| Peces y reptiles | 3 |
| Moluscos marinos | 8 |
| Rocas, piedras y suelos | 13 |
| Otros (por ej.: ceniza) | 5 |

## El uso de las lascas-útiles

Las lascas eran usadas ocasionalemente en la preparación de comida, especialmente en el descuartizado de cerdos, pero la importancia destacada para los *Wola* era como útiles de fabricación de su cultura material (fig. 5). Todavía en los años ochenta, en que ya disponían de hachas de acero y hojas de afeitar, fabricaban cerca de la mitad de los artículos de su cultura material (97 artículos) únicamente mediante lascas de piedra. Además, muchos otros artículos se fabricaban en este período con las hachas de acero y hojas de afeitar; probablemente, éstos también

habrían sido fabricados con lascas de piedra de haber continuado las formas tradicionales. Otras materias primas que se usaban para la fabricación de útiles, de uso similar a los de piedra, incluyen los cuchillos de bambú (excelente útil para cortar), o el uso de hueso para las puntas de flecha (algo que jamás fue realizado en piedra), así como dientes, garras, púas y colmillos de animales.

Los *Wola*, como otros grupos de la región, no mostraban especial interés en la talla de piedra: ésta no poseía ningún estatus especial, y la veían como una tarea necesaria pero sin ningún valor especial.

## Interpretaciones

### El desarrollo de la tradición lítica

En contextos arqueológicos es, normalmente, muy difícil estudiar las causas de la especificidad de una tradición lítica. Sin embargo, la infomación disponible sobre los *Wola*, de su vida, de su medio ambiente, y de su cultura material, ha ofrecido una oportunidad de explorar ideas acerca de esta causalidad.

Constatamos cuatro líneas diferenciadas que, al unirlas, parecen haber tenido influencia en la formación de la tecnología lítica de las altas montañas.

#### *El medio ambiente*

Aunque el medio ambiente de las tierras altas sufrió los fuertes cambios del Pleistoceno, estos cambios fueron sobre todo de desplazamiento altitudinal. Desde finales del Pleistoceno, el medio ambiente se ha mantenido más o menos estable. El rango y la variedad de materias primas disponibles siempre ha sido amplio. La proximidad y disponibilidad de la materia prima lítica puede ser usada, a veces, para explicar una tecnología simple, pero, en este caso, parece ser únicamente parte de la causa. La región *wola* se divide en dos zonas ecológicas: pradera artificial y bosque de alta montaña. Dentro de estas dos zonas y dentro de, aproximadamente, unos 30 $km^2$ alrededor de cualquier asentamiento y en cualquier momento del año. Esto, frente a las únicas 34 materias primas obtenidas mediante la importación. La disponibilidad y cantidad de materias primas no líticas es, posiblemente, un factor importante en la falta del desarrollo de una tradición lítica más compleja: simplemente, no fue necesario.

#### *El uso de los útiles líticos*

Las funciones de los utiles líticos son bastante limitadas. Se emplean para raspar, alisar y perforar. Aunque son empleados sobre múltiples materias primas diferentes, el rasgo más destacado es el filo aguzado y no retocado que sirve para cortar y rascar. Los requisitos para los útiles eran muy limitados, y artefactos más elaborados no eran necesarios. Otras materias primas, como por ejemplo el bambú, varios tipos de madera dura y ciertas materias animales también ofrecieron alternativas al uso de útiles líticos.

*La alimentación*

La agricultura se ha usado como modo de subsistencia en las tierras altas desde hace mucho tiempo. La población nunca ha tenido problema para disponer de suficiente alimento bajo condiciones climáticas normales. Los vegetales, destacadamente la patata dulce, y antes el taro, se pueden cosechar durante todo el año. También el cerdo doméstico es criado. Cazan algunos animales, pero la caza no es importante para la subsistencia primaria (p. e.: Pospisil, 1963; Salisbury, 1962; Sillitoe, 2001). Los útiles para la agricultura son fabricados, eminentemente, en madera, mientras que el trabajo pesado de preparación de las tierras fue siempre realizado, tradicionalmente, con hachas pulidas. Estas herramientas siempre recibieron un cuidado especial. La variedad de útiles de agricultura y el cuidado invertido en su fabricación y mantenimiento pueden vincularse a la importancia de esta producción. Las herramientas líticas no tienen un rol primario en la subsistencia, y aun para la caza y las armas (flechas, lanzas...), las puntas son de hueso o bambú, pero jamás de piedra.

## Las hachas de piedra

Las hachas de piedra poseían un muy amplio abanico de usos (Bulmer y Bulmer, 1964). Se empleaban para talar árboles, despejando el terreno en preparación para nuevos cultivos, para cortar pastos y recoger materias primas para la manufactura de artículos (Strathern, 1969). Las hachas poseían una larga vida útil, en ocasiones incluso la totalidad de la vida de un hombre (Sillitoe, 1988). La combinación de una tecnología lítica simple y el uso del hacha pulida es algo conocido en otros lugares del mundo y ligado a la economía neolítica (Torrence, 1989b).

Una percepción holística de la tecnología lítica de los *Wola* sugiere que esta tecnología, sofisticada en su simplicidad, puede ser el resultado de una combinación de cuestiones relacionadas con la vida social, económica y el medio ambiente, que juntos no hacía necesaria una tecnología lítica más compleja. Las herramientas líticas cubrían perfectamente las finalidades para las que eran necesarias, empleando la materia prima disponible: adecuadas en tanto que herramientas útiles y desechables. La baja valoración del lítico por la gente misma puede ser el resultado de la disponibilidad de la materia prima y su rol como útil de fabricación sin un estatus especial.

De esta manera, la información provinente de los *Wola* sugiere la importancia de incluir un rango más amplio de datos en el estudio del material lítico arqueológico. Podemos aproximarnos a un concepto más real incluyendo infomación sobre el uso de los útiles.

Asimismo, en relación a los otros artículos de la cultura material, hay que destacar que además de información acerca del medio ambiente y la subsistencia, ayudan a completar una visión más amplia y más cercana a la realidad del material lítico; a un nivel más profundo que la clasificación, y que ofrece la posibilidad de aproximarse un poco más al grupo prehistórico a estudiar.

Los *Wola* también pueden ofrecer ideas acerca de aspectos específicos relevantes al estudio del lítico prehistórico. La forma en que los *Wola* seleccionan las lascas a emplear, según los mismos talladores, se basa únicamente en la tarea prevista. La

selección se realiza en base a su morfología: en primer lugar por el ángulo del filo y en segundo lugar por la forma y tamaño de la lasca. Los resultados de un test ciego de análisis funcional han sido comparados con la informacion etnográfica.

Lascas con filos agudos se relacionan continuamente con material suave como por ejemplo las parras, mientras que las lascas con filo más grueso están relacionadas con material duro como las maderas resistentes tropicales.

La ausencia de evidencia no implica la evidencia de ausencia. La falta de puntas de proyectil líticas no es evidencia que la gente no disponía de armas-proyectiles. Es muy probable que otros grupos, al igual que los *Wola*, sabían que los huesos empleados como proyectiles, al clavarse en el cuerpo, además de la herida provocan una intensa septicemia y una muerte segura, rápida y desagradable. Por otra parte, el sacrificio de cerdos, que es tan importante en la vida ritual y alimentaria de los *Dani*, se realiza empleando exclusivamente cuchillos de bambú. Esta actividad, tan primordial en su vida, probablemente no dejaría ningún indicio arqueológico (Hampton, 1999). En Europa septentrional no existe el bambú, pero otras materias como por ejemplo los filos de conchas, podrían haber tenido un abanico de usos similares a muchas herramientas líticas. Por ejemplo, se han encontrado instrumentos de concha en varios sitios mesolíticos de Escocia (Hardy e. p.; Lacaille, 1954).

Las mujeres *Wola* utilizaban herramientas de piedra ocasionalmente. Si necesitaban una lasca, se la pedían a un hombre de la familia o la tallaba ellas mismas utilizando el método bipolar. Este método ha sido interpretado como un método de estatus inferir (Hayden, 1980), aunque entre los *Dani* suele ser el único empleado debido a la carencia en su región de buena materia prima (Hampton, 1999).

Los *Wola* dividen sus tareas, ellos mismos, en dos grupos: tareas fuertes y tareas livianas. Las tareas fuertes son realizadas, generalmente, por los hombres y emplean materias primas fuertes. Estas tareas incluyen la fabricación de armas y todos los accesorios para la vida ritual. En cambio las tareas livianas son realizadas por las mujeres, son de tipo más reiterativo y relacionadas con la provisión de alimento en el día a día, la producción de tejidos y la posterior confección de ropa con éstos.

Tanto hombres como mujeres minusvaloran las tareas livianas, a la vez que los hombres relacionan el concepto de liviandad a la mente, expresando que, así como sus tareas, las mujeres son livianas de cerebro, a diferencia de los hombres que son fuertes. Pese a subestimar sus tareas, las mujeres están en desacuerdo respecto a esto último.

La fabricación de tejido es una de las actividades más constantes y que exige mayor dedicación en la vida de una mujer de las tierras altas: es una labor sin fin (MacKenzie, 1991).

En contextos prehistóricos es posible que los objetos líticos más complejos y retocados pueden correlacionarse con tareas «masculinas» o fuertes, de uso postergado, como la caza y la manufactura de objetos «fuertes» como por ejemplo las hachas. Mientras que la tecnología simple, especialmente las lascas no retocadas, puede que se relacione con tareas livianas «femeninas» y de uso inmediato, como por ejemplo las tareas cotidianas relacionadas con la preparación de la comida inmediata y la manufactura de objetos de cultura material simples, empleando materias vegetales. Como los *Wola* no emplearon el lítico para ninguna de sus tareas o actividades primarias, no tuvieron necesidad de desarrollar un conjunto de útiles líticos complejos y especializados.

Uno de los elementos más importantes en arqueología es el estudio de la deposición de artefactos. Para el lítico, los conceptos de «*curated*» y «expeditivo» han sido y continúan siendo usados como la manera más común para examinar a nivel teórico, las diferentes tecnologías líticas, pese a que su significado cambia según el autor (Nash, 1996).

Aunque los *Wola* no nos dan información acerca de tecnologías complejas, su comportamiento con su material lítico nos demuestra que esto es, por lo menos, idiosincrático y mucho más complejo de lo que la división entre «*curated*» y «expeditivo» sugiere.

A nivel arqueológico, la tecnología de los *Wola* se clasificaría como expeditiva, por la ausencia de material retocado y la fácil accesibilidad a la materia prima. Pero esta visión es simplista en exceso. Utilizaron sus herramientas una vez (o nunca), a veces las guardaban incluso realizando la inversión de excavar depósitos para guardarlas y protegerlas adecuadamente. Guardaban nódulos y lascas, usados y no usados, de manera regular. Algunas piezas fueron montadas en mangos, a veces las lascas eran recicladas y otras fabricadas con gran antelación a su uso.

La tabla 3 muestra algunas de las diferentes interpretaciones que se han propuesto en relación al significado de «*curated*» y «expeditivo» (Bamforth, 1986; Binford, 1977, 1979 y 1989; Hayden, 1987; Odell, 1996, y Shott, 1989).

La columna final indica el comportamiento de los *Wola* acerca de su material lítico dentro de estas interpretaciones. Muestra que no se ajusta ni en el concepto de «*curated*» ni en el de «expeditivo», sino que se trata de una combinación de ambos. Este ejemplo sugiere que etiquetar específicamente el comportamiento humano es una simplificación, dado que normalmente no se toma en cuenta el comportamiento «ilógico». En este caso concreto, ¿por qué esforzarse en guardar y conservar materia prima y piezas usadas cuando hay tanta cantidad disponible fácilmente y cuando los *Wola* no parecen tener ninguna relación personal con este material?

Tabla 3

| **Criterios usado para explicar curado y expeditivo** | **Autoría** | **Interpretación** | **Uso por los *Wola*** |
|---|---|---|---|
| Manufactura anticipada | Binford/Torrence | *Curated* | A veces |
| Usado para un abanico de tareas | Binford | *Curated* | No normalmente |
| Transportado | Binford | *Curated* | No relevante |
| Reciclado | Binford | *Curated* | A veces |
| Fabricado, usado y desechado al mismo tiempo | Binford | Expeditivo | A veces |
| Almacenaje de útiles | Hayden | *Curated* | A veces |
| Materia prima autóctona | Bamforth | Expeditivo | Sí |
| Almacenamiento | Shott | *Curated* | Sí |
| Enmangado | Odell | *Curated* | A veces |
| Simplicidad tecnológica | Binford | Expeditivo | Sí |
| Sofisticación tecnológica | Binford | *Curated* | No |

Investigar el porqué los *Wola* realizaron ese esfuerzo en conservar objetos que no necesitaban requiriría un estudio psiconanalítico. Sin embargo, el hecho de guardar objetos que posiblemente no son necesarios se repite en múltiples partes del mundo, tanto a nivel etnográfico como en nuestra sociedad actual.

El estudio de focos de actividad en el interior de yacimientos arqueológicos se ha basado en ocasión en los objetos que se encuentran en el yacimiento (por ej., Flannery, 1986; Grace, 1992). Pero los *Wola* nunca abandonaban su material lítico indiscriminadamente, ante el riesgo de hacerse daño. Esta conciencia del peligro potencial del lítico en el suelo se ha constatado etnográficamente en otras partes del mundo (Clark, 1991; Deal y Hayden, 1987; Gallagher, 1977; Torrence, 1986). De la misma manera, Gould (1980) estima que las herramientas líticas que se encontraban en los campamentos de los aborígenes representaban el 0,05 por 100 de las herramientas empleadas, mientras que el 99,95 por 100 de las herramientas usadas habían sido desechadas fuera de sus campamentos.

Por otro lado, Brody habla de todas las cosas distribuidas aparentamente de manera casual alrededor de las viviendas en el norte de Canadá como, en realidad, una reserva de objetos guardados para su empleo o reciclaje en el futuro («*a minor store of all manner of spare parts*, 1981: 5), cuando sea necesario; ¿quizás de manera similar a lo que hacen los *Wola* con su material lítico? ¿No sería posible que los cazadores/recolectores nómadas hicieran lo mismo? Hayden (1979) indicó que en los campamentos aborígenes de Australia los artefactos eran distribuidos en la periferia, aparentamente de una manera casual, pero que en realidad era para hallarlos y recogerlos fácilmente, de manera similar a las observaciones de Brody con grupos sedentarios en Canadá.

Un estudio funcional de material mesolítico de *Camas Daraich*, en Escocia (Hardy, 2004), mostró que las piezas retocadas eran, en general, no usadas o usadas con muy poca intensidad. Es posible que estas piezas representen a aquellas perdidas al ser empleadas o antes de su explotación plenamente desarrollada; y que las piezas realmente empleadas fueron abandonadas en el paisaje, o bien se trata de objetos guardados para una posible reutilización y posteriormente olvidados. De hecho, es difícil imaginar cómo podemos asegurar que un objeto esté realmente deshechado.

Dobres (2000) propone que el hecho de clasificar objetos puede ocultar información útil e importante. El hecho que niveles diferentes y no visibles puedan existir en objetos aún aparentemente sencillos está ilustrado por White (1979), quien demuestra que los *Duna* de Nueva Guinea, en lugar de percibir sus herramientas como útiles específicos, los ven como trozos de piedra que podrían ser diferentes cosas en diferentes momentos durante su vida. Un mismo objeto podía ser, por ejemplo, cuchillo, cepillo, núcleo, percutor y guijarro para cocinar a lo largo de su vida útil. Otro ejemplo se encuentra en Jacobi (2004), quien muestra una pieza lítica del Paleolítico superior, en la cual unas extracciones realizadas en el córtex han sido realizadas al emplear el guijarro como núcleo.

En los contextos arqueológicos los niños son, normalmente, invisibles. Entre los *Wola,* contribuyen a la economía desde muy pequeños como, por ejemplo, en la recolección y preparación preliminar de materias primas (fig. 6). Podemos mostrar también que la correlación entre el trabajo mal hecho y la juventud puede ser una simplificación, puesto que la aptidud adulta es un criterio reconocido por los *Wola*.



Figura 6. Niños observando.

Es notable que de los 200 objetos de cultura material que tienen los *Wola* únicamente el 20 por 100 son empleados para necesidades básicas, o sea, la subsistencia, la ropa y las bolsas. Todo el resto de los objetos están vinculados a la parte ritual/social, como por ejemplo las pelucas, que tienen un papel central en la vida de los *Wola*. De hecho, incluso por el material lítico, únicamente un porcentaje mínimo fue empleado directamente en la subsistencia.

Si los *Wola* hubiesen vivido en Escocia (con sus suelos tan ácidos) hace algunos miles de años, solamente dos cosas, probablemente, habrían sobrevivido: las hachas pulidas y el lítico. Por el contrario, se habría perdido por completo toda evidencia sobre la caza, del procesado de la comida, los mangos para las hachas, todas las herramientas vinculadas a la subsistencia, todo el equipo para encender fuego, todo lo que tiene que ver con el ámbito ritual/social de su vida, todos los instrumentos musicales y todo lo que tiene que ver con ropa y bolsas. Podríamos encontrar evidencias de tres tecnologías diferentes: percusión directa mediante percutor duro, percusión bipolar y lanzamiento sin percusión. La única manera de encontrar alguna evidencia del uso de material orgánico sería estudiar las huellas de uso en el lítico y así, una vez más, se ha mostrado de alta importancia.

En fin, los *Wola* muestran un ejemplo de la creatividad humana y enseñan que la capacidad para inventar que tiene el ser humano va mucho más allá de lo que uno puede percebir. Quizás ésta sea la contribución más profunda que ofrecen los *Wola*. Y está bien ilustrado en la figura 7, donde aparece un hombre pinchando la peluca de otro con un pinchador de pelucas, fabricado en helecho de madera mediante una herramienta de piedra.

Este trabajo demuestra que aspectos de la información provinente de los *Wola* y del uso de su material lítico, dentro de contextos más amplios (sociales, económicas y de su cultura material) pueden ofrecer una percepción al uso del lítico a nivel interpretativo. La analogía generalizada puede servir para vislumbrar interpretaciones a ciertos aspectos del uso del lítico que, normalmente, se pierden en el tiempo y que puede servir para ayudar a llegar a una comprensión más profunda del lítico, y más cercana a las gentes que estudiamos.



Figura 7. Arreglando una peluca con un pinchador de pelucas.

## Bibliografía

Allchin, B. (1957): «Australian Stone Industries, past and present», *Royal Anthropological Institute Journal*, 87: 115-36.

Allen, J. (1996): «The Pre-Austronesian Settlement of Island Melanesia: Implications for Lapita Archaeology», en: Goodenough, W. D. (ed.), *Prehistoric Settlement of the Pacific*, Transactions of the American Philosophical Society, V. 86, part 5, Philadelphia: American Philosophical Society.

Allen, J. y O'Connell, F. (1995): «Introduction», *Antiquity* 69(265) 265: 8-9. (Special number.)

Bamforth, D. B. (1986): «Technological efficiency and tool curation», *American Antiquity*, 51(1): 38-50.

Binford, L. (1977): «Forty-seven trips: A case study in the character of archaeological formation processes», en: Wright, R. V. S. (ed.), *Stone tools as cultural markers: change, evolution and complexity*, Prehistory and Material Culture Series, 12, Canberra: Australian Institute of Aboriginal Studies.

Binford, L. (1979): «Organization and formation processes: looking at curated technologies», *Journal of Anthropological Research*, 35: 255-73.

Binford, L. (1989): *Debating Archaeology,* New York: Academic Press.

Blackwood, B. (1950): «The technology of a modern stone age people in New Guinea», *Occasional Papers on Technology*, 3. Oxford: Pitt Rivers Museum.
Brass, L. (1998): «Modern stone tool use as a guide to prehistory in the New Guinea Highlands», en: Fullagar, R. (ed.), *A Closer Look. Recent Australian Studies of Stone Tools*, Sydney: Sydney University Archaeological Methods Series, 6.
Brody, H. (1981): *Maps and Dreams*, London: Faber and Faber.
Bulmer, S. (1964): «Prehistoric stone implements from the New Guinea Highlands», *Oceania,* 34: 246-68.
Bulmer, S. (1977): «Waisted blades and axes: A functional interpretation of some early stone tools from Papua New Guinea», en: Wright, R. V. S. (ed.), *Stone tools as cultural markers: change, evolution and complexity*, Prehistory and Material Culture Series, 12, Canberra: Australian Institute of Aboriginal Studies.
Bulmer, R y Bulmer, S. (1964): «The Prehistory of the Australian New Guinea Highlands», *American Anthropologist*, 66(4): 39-76.
Chappell, J. (1966): «Stone axe factories in the Highlands of East New Guinea», *Proceedings of the Prehistoric Society*, 5: 96-121.
Clark, J. E. (1989): «La técnica de talla de los lacandones de Chiapas», en: Gaxiola M. y Clark, J. E. (eds.), *La obsidiana en Mesoamérica*, Mexico: Colección Científica, INAH.
Clark, J. E. (1991): «Flintknapping and Debitage Disposal among the Lacondon Maya of Chiapas», Staski, E. y Sutro, L. (eds.), *The Ethnoarchaeology of Refuse Disposal*, Anthropological Research Papers, 42, Arizona: Arizona State University.
Cranstone, B. A. L. (1971): «The Tifalmin: a "neolithic" people in New Guinea», *World Archaeology*, 3(2): 132-142.
Deal, M. y Hayden, B. (1987): «The persistence of pre-Columbian lithic technology», en: Hayden, B. (ed.), *Lithic Studies among the Contemporary Maya*, pp. 235-331, Tucson: University of Arizona Press.
Dobres, M. A. (2000): *Technology and Social Agency*, Oxford: Blackwell.
Elkin, A. P. (1970): *The Australian Aborigines: How to understand* them, Sydney: Angus and Robertson.
Flannery K. V. (1986): *Guila· Naquitz. Archaic foraging and Early Agriculture in Oaxaca, Mexico*, London: Academic Press.
Gallager, J. (1977): «Contemporary Stone tools in Ethiopia», *Journal of Field Archaeology*, 4: 407-414.
Godelier, M. y Garanger, J. (1973): «Outils de pierre, outils d'acier chez les Baruya de Nouvelle-Guinee», *L'Homme*, 13: 187-220.
Gosden, C. (1995): «Arboriculture and agriculture in coastal Papua New Guinea», *Antiquity* 69(265): 807-817, (Special Number).
Gould, R. A. (1980): *Living Archaeology*, *New Studies in Archaeology,* Cambridge: Cambridge University Press.
Gould, R. A., Koster, D. A. y Sontz, H. L. (1971): «The Lithic Assemblage of the Western Desert Aborigines of Australia», *American Antiquity*, 36 (2): 149-169.
Grace, R. (1992): «Use Wear Analysis», en: Healey, F. (ed.), *A Mesolithic Site at Thatcham, Berkshire. Proceedings of the Prehistoric Society*, 58: 41-76.
Groube, L. (1986): «Waisted axes of Asia, Melanesia and Australia», en: Ward, G. K. (ed.), *Archaeology and ANZAAS,* Canberra, pp. 168-177, Canberra: Canberra Archaeological Society.
Groube, L. (1989): «The taming of the rain forests: A model for late Pleistocene exploitation in New Guinea», en: Harris, D. R. y Hillman, G. C. (eds.), *Foraging and farming. The Evolution of Plant Exploitation*, pp. 292-304, London: Unwin Hyman.
Groube, L., Chappell, J., Muke, J. y Price, D. (1986): «A 40,000 year old human occupation site at Huon Peninsula, Papua New Guinea», *Nature*, 324: 453-455.

Hampton, O. W. (1999): *Culture of Stone. Sacred and Profane Uses of Stone among the Dani*, Texas: Texas A y M University Press.

Hardy, K. (e. p.): «Worked and decorative shell», en: Hardy, K. y Wickham-Jones, C. R. (eds.), *Mesolithic and later sites around the Inner Sound, Scotland: the Scotland's First Settlers project 1998-2004*, SAIR. (Scottish Archaeological Internet Reports), *http:// www.sair.org.uk*.

Hardy, K. (2004): «Microwear Analysis of a Sample of Flaked Stone Tools», en: Wickham-Jones, C. R. y Hardy, K. (eds.), *Camas Daraich: A Mesolithic site at Point of Sleat, Skye*, SAIR (Scottish Archaeological Internet Reports), 12, *http:// www.sair.org.uk*.

Hardy, K. y Sillitoe, P. (2003): «Material Perspectives: stone tool use and material culture among the Wola», PNG, *Internet Archaeology*, 14, *http://intarch.ac.uk/journal/issue14/ hardy_index.html*.

Hayden, B. (1979): *Palaeolithic Reflections: Lithic technology of the Western Desert Aborigines,* Canberra, New Jersey: Australian Institute of Aboriginal Studies. Humanities Press Inc.

Hayden, B. (1980): «Confusion in the Bipolar World. Bashed Pebbles and Splintered Pieces», *Lithic Technology*, 9: 2-7.

Hayden, B. (ed.) (1987): *Lithic Studies among the Contemporary Maya*, Tucson: University of Arizona Press.

Hayden, B. y Deal, M. (1989): «Vitreous Materials Used by the Contemporary Maya», en: Gaxiola, M. y Clark J.E. (eds.), *La obsidiana en Mesoamérica*, México: Colección Científica, INAH.

Hayden, B. y Nelson, M. (1981): «The Use of Chipped Lithic Material; in the Contemporary Maya Highlands», *American* Antiquity, 46(4): 885-898.

Heider, K. G. (1970): *The dugum dani*, Chicago: Aldine Publishing Company.

Hope, G. y Golson, J. (1995): «Late Quaternary change in the mountains of New Guinea», *Antiquity*, 69(265): 817-830, Special Number.

Jacobi, R. (2004): «The Late Upper Palaeolithic Lithic Collection from Gough's Cave, Cheddar, Somerset and Human Use of the Cave», *Proceedings of the Prehistoric Society*, 70: 1-92.

Knight, J. (1990): «Australian Lithic Bibliography», *Lithics*, 11.

Lacaille, H. (1954): *The Stone Age in Scotland*, London: Oxford University Press.

Mackenzie, M. (1991): *Androgynous Objects: String Bags and Gender in Central New Guinea,* Chur (Switzerland): Harwood Academic Publishers.

Miller, T. O. Jr. (1979): «Stonework of the Xít· Indians of Brazil», en: Hayden, B. (ed.), *Lithic Use-Wear Analysis,* New York: Academic Press.

Muke, J. D. (1984): *The Huon discoveries: a preliminary report on the stone artefacts and a comparative analysis of the discoveries of waisted tools in Greater New Guinea,* B. Litt. Thesis, Canberra: Department of Prehistory and Anthropology, Australian National University.

Nash, S. H. (1996): «Is curation a useful heuristic?», en: Odell, G. H. (ed.), *Stone Tools: Theoretical Insights into Human Prehistory*, pp. 81-100, New York and London: Plenum Press.

Nations, J. A. (1989): «The Lacondon Maya bow and Arrow», en: Gaxiola, M. y Clark J. E. (eds.), *La obsidiana en Mesoamérica*, México: Colección Científica, INAH.

Nilles, J. (1942-5): «Digging-sticks, spades, hoes, axes and adzes of the Kuman people in the Bismark Mountains of east-central New Guinea», *Anthropos*, 37-40: 205-212.

Odell, G. H. (1996): «Economising behaviour and the concept of curation», en: Odell, G. H. (ed.), *Stone Tools: Theoretical Insights into Human Prehistory*, pp. 51-80, New York and London: Plenum Press.

Petrequin, A.-M. y Petrequin, P. (1988): *Le neolithique des lacs. Prehistoire des lacs de Chalain et de Clairvaux*, Paris: Editions Errance.

Pospisil, L. (1963): *Kapauko Papuan Economy*, Yale University Publications in Anthropology, 67, New Haven: Yale University Dept. of Anthropology.
Rots, V. y Williamson, B. S. (2004): «Microwear and residue analyses in perspective: the contribution of ethnoarchaeological evidence», *Journal of Archaeological Science*, 31: 1287-1299.
Runnels, C. (1975): «A note on glass implements from Greece», *Newsletter of Lithic Technology*, 4(3): 30-31.
Runnels, C. (1976): «More on glass implements from Greece», *Newsletter of Lithic Technology*, (3): 27-31.
Salisbury, R. F. (1962): *From Stone to Steel*, London, New York.
Shott, M. J. (1989): «On tool-class use lives and the formation of archaeological assemblages», *American Antiquity*, 54(1): 9-30.
Sillitoe, P. (1979a): *Give and Take: Exchange in Wola Society*, Canberra: Australian National University Press.
Sillitoe, P. (1979b): «Stone versus steel», *Mankind*, 12: 151-161.
Sillitoe, P. (1982): «The Lithic technology of a Papua New Guinea Highland People», *The Artefact*, 7: 19-38.
Sillitoe, P. (1988): *Made in Niugini Technology in the Highlands of Papua New Guinea*, London: British Museum Publications Ltd.
Sillitoe, P. (1996): *A place against time: land and environment in the Papua New Guinea highlands,* Amsterdam: Harwood Academic [Gordon y Breach].
Sillitoe, P. (2001): «Hunting for Conservation in the Papua New Guinea Highlands», *Ethnos* 66(3): 365-393.
Sillitoe, P. (2002): «Always been farmer-foragers? Hunting and gathering in the Papua New Guinea Highlands», *Anthropological Forum*, 12 (1): 45-76.
Sillitoe, P. y Hardy, K. (2003): «Living Lithics. Ethnography and archaeology in Highland Papua New Guinea», *Antiquity*, 77(297): 555-566.
Strathern, M. (1969): «Stone axes and flake tools: evaluations from two New Guinea Highlands societies», *Proceedings of the Prehistoric Society*, 35: 311-329.
Taçon, P. (1991): «The power of stone: symbolic aspects of stone use and tool development in western Arnhem Land, Australia» *Antiquity*, 65: 192-207.
Thomas, D. H. (1983): *Gateliff Shelter*, New York: Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, 59.
Tindale, N. B. (1985): «Australian Aboriginal techniques of pressure-flaking stone implements», en: Plew, M. G., Woods, J. C. y Pavesic, M. G. (eds.), *Stone Tool Analysis: essays in Honor of Don E.* Crabtree, Alburquerque: University of New Mexico Press.
Torrence, R. (1983): «Time budgeting and hunter-gatherer technology», en: Bailey, G. (ed.), *Hunter-Gatherer Economy in Prehistory: A European Perspective*, pp. 11-22, Cambridge: Cambridge University Press.
Torrence, R. (1986): *Production and Exchange of Stone Tools*, New Studies in Archaeology, Cambridge: Cambridge University Press.
Torrence, R. (1989b): «Retooling: towards a behavioural theory of stone tools», en: Torrence, R. (ed.), *Time, energy and stone* tools, New Directions in Archaeology, Cambridge: Cambridge University Press.
Townsend, W. H. (1969): «Stone and Steel tool use in a New Guinea society», *Ethnology*, 8: 199-205.
Walker, J. y Wilk, R. (1989): «The manufacture and Use-Wear of Ethnographic Replicated and Archaeological Manioc Grater Board Teeth», en: Gaxiola, M. y Clark J. E. (eds.), *La obsidiana en Mesoamérica*, México: Colección Científica, INAH.
Watson, V. D. (1995): «Simple and Significant: Stone Tool Production in Highland New Guinea», *Lithic Technology*, 20 (2): 89-99.

Weigand, P. C. (1989): «Notes Concerning the Use and Reuse of Lithic Materials Among the Huicholes of Jalisco», en: Gaxiola, M. y Clark J. E. (eds.), *La obsidiana en Mesoamérica*, México: Colección Científica, INAH.

White, P. (1967): «Ethno-archaeology in New Guinea: two examples», *Mankind*, 6: 409-414.

White, J. P. (1968): «*Ston naip bilong tumbuna:* the living stone age in New Guinea», en: Bordes, F. y De Sonneville Bordes, D. (eds.), *La préhistoire: problemes et tendances*, pp. 511-516, Editions du CNRS.

White, J. P. (1979): «Recreating the Stone Age», *Popular Archaeology*, nov. 1979: 19-21.

White, J. P. y Thomas, D. H. (1972): «What mean these stones?», en: Clarke, G. (ed.), *Models in Archaeology*, pp.275-308.

White, J. P. y Modjeska, N. (1978): «Where do all the stone tools go? Some examples and problems in their social and spatial distribution in the Papua New Guinea Highlands», en: Hodder, I. (ed.), *The Spatial Organisation of Culture*, London: Duckworth Press.

White, J. P., Modjeska, N. y Hipuya, I. (1977): «Group definitions and mental templates. An ethnographic experiment», en: Wright, R. V. S. (ed.), *Stone tools as cultural markers: change, evolution and complexity*, Prehistory and Material Culture Series, 12, Canberra: Australian Institute of Aboriginal Studies.

# Etnoarqueología de los graneros fortificados magrebíes: el *agadir* de *Id Aysa* (*Amtudi*, Marruecos)

MARIE-CHRISTINE DELAIGUE
CNRS-Université de Lyon.

JORGE ONRUBIA PINTADO
Universidad de Castilla-La Mancha.

ABDESSELAM AMARIR

YOUSSEF BOKBOT

**RÉSUMÉ.** A partir de l'étude ethnoarchéologique du grenier fortifié (*agadir*) des *Id Ayssa* (Maroc) les auteurs proposent quelques régularités qui concernent d'abord l'identification d'un *agadir*. Un deuxième type de régularité s'attache à définir la société qui a produit ces bâtiments à partir de l'association *agadir*/habitat/réseau d'irrigation. Une troisième implication permet une estimation de la population qui l'utilise. La quatrième proposition souligne son rôle comme élément protecteur qui permet d'assurer la survie du groupe et comme élément symbolique puisqu'il marque l'appropriation d'un territoire par tel ou tel segment de la société. Au-delà de l'archéologie marocaine elle-même, ces régularités sont susceptibles de s'appliquer à d'autres domaines: l'Espagne musulmane et la Grande Canarie préhispanique.

**ABSTRACT.** At the end of the ethnoarchaeological study on the fortified granary (*agadir*) of the *Id Aysa* (Morocco), the authors put forward some ideas about findings that appeared with regularity related to the fortified granaries, in the first place, how to identify an *agadir*. A second type of regularity, is linked to the definition of a society that constructed these types of buildings and from that association *agadir*/habitat/irrigation system. A third finding has allowed another hypothesis to be put forward on the number of peoples who used these fortified granaries. The fourth idea underlines the role of an *agadir* as a means of assuring and protecting the survival of the group, and as a symbolic role that marked out territory appropriated by the social segments of the community. Beyond Moroccan archaeology itself, these regularities can be applied to further examples such as: Muslim Spain and pre-Hispanic Gran Canaria.

El objeto de esta comunicación es presentar un modelo de referencia etnoarqueológico —actualmente en curso de elaboración— a propósito de un tipo particular de estructuras de almacenamiento que ha caracterizado, hasta su abandono y paulatina amortización a partir de mediados del siglo XX, a numerosas comunidades rurales del Magreb, y más en particular del actual Marruecos: los graneros fortificados. A menudo presentadas como paradigma del comunitarismo bereber por la literatura etnográfica, que se refiere sistemáticamente a ellas como graneros colec-

tivos, estas construcciones defensivas, en efecto vigiladas y gestionadas de forma mancomunada, son al mismo tiempo, no obstante, la expresión material de un régimen de propiedad individual ejercido por las distintas familias del grupo sobre la celda o celdas de almacenamiento que poseen.

En toda lógica, el eventual interés de esta propuesta concierne, en primer lugar, al propio ámbito histórico del norte de África, donde lamentablemente los estimables trabajos de época colonial disponibles sobre este tipo de almacenes no ofrecen, a pesar de haber sido elaborados cuando éstos eran todavía funcionales o comenzaban apenas a caer en desuso, una gran utilidad desde una perspectiva etnoarqueológica o puramente arqueológica[1]. Por otra parte, sus implicaciones pueden alcanzar, asimismo, la Gran Canaria prehispánica o Al Andalus medieval entre cuyos vestigios arqueológicos se documentan toda una serie de estructuras que han sido puestas en relación, apelando tanto a la existencia de afinidades tipológicas más o menos manifiestas como a la presencia de un similar substrato poblacional de origen bereber supuesto o real, con los graneros fortificados norteafricanos[2].

Existe pues una auténtica demanda de referencias etnoarqueológicas susceptibles de permitir, de una parte, aportar precisiones sobre el tipo de sociedad que ha producido estos edificios y, de otra, medir las implicaciones sociales de tal sistema. En este sentido, y en virtud del activo papel que éstos desempeñan en la producción de significados, se hace necesario analizar los graneros fortificados no sólo como un reflejo y un símbolo de esa sociedad sino, también, como un elemento fundamental en la reproducción social.

La realización, desde 1995, de un ambicioso programa de investigaciones arqueológicas en la cuenca del *ued Nun*[3] nos ha permitido localizar, entre otras entidades de interés arqueológico o etnoarqueológico, un amplio conjunto de fortificaciones rurales que engloba no pocos graneros fortificados[4]. Su llamativa densidad y su aceptable estado de conservación en el entorno del oasis de *Amtudi* convirtieron a este pequeño valle en un inmejorable candidato a la hora de acometer, en el marco de los diferentes estudios de caso llevados a cabo, un examen etnoarqueológico de los mismos.

Así las cosas, se escogió como referencia el conocido granero (*agadir*, plural *igudar*) de *Id Aysa*, el mejor conservado, si bien en su estudio hemos empleado como término de comparación un segundo granero, el vecino *agadir* de *Uggluy*. Conviene destacar que ambos almacenes fortificados no funcionan desde la época del Protectorado. En ausencia de observaciones directas sobre su funcionamiento, hemos tenido que recurrir, en consecuencia, a la memoria individual y colectiva con las restricciones que tales datos conllevan. También hemos intentado integrar una visión diacrónica del funcionamiento de estos *igudar*, y de la sociedad, utilizando los archivos familiares disponibles y los mitos de origen.

---

[1] Ver, por ejemplo: Jacques-Meunié, 1951.

[2] Onrubia-Pintado, 1995; Onrubia Pintado, 2003: 167-169 y 467-476; De Meulemeester y Matthys, 1995.

[3] Este programa científico, desarrollado al amparo del Protocolo de Cooperación Hispano-Marroquí en materia de Arqueología y Patrimonio suscrito en 1990, cuenta entre sus patrocinadores con el Ministerio de Cultura y la Agencia Española de Cooperación Internacional (Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación), por parte española, y con el *Institut National des Sciences de l'Archéologie et du Patrimoine*, por parte marroquí.

[4] Bokbot *et alii*, 2002.

## El granero de *Id Aysa*

*Id Aysa* es, a un tiempo, el nombre de un clan, del pueblo en el que habitan sus miembros y del granero fortificado a él asociado. Los *Id Aysa* pertenecen a la tribu bereberohablante de los *Ait Hrbil* que ocupa el pie de monte del contrafuerte sur del Anti Atlas (fig. 1). Los caseríos de esta tribu se distribuyen en forma de abanico cuyo epicentro es *Suq Tnine wa Adday*, mercado semanal y centro administrativo desde el Protectorado, hacia el que convergen todas las pistas que llevan a las distintas localidades (está a menos de 25km. de cada pueblo, distancia que permite ir y volver andando en el día).

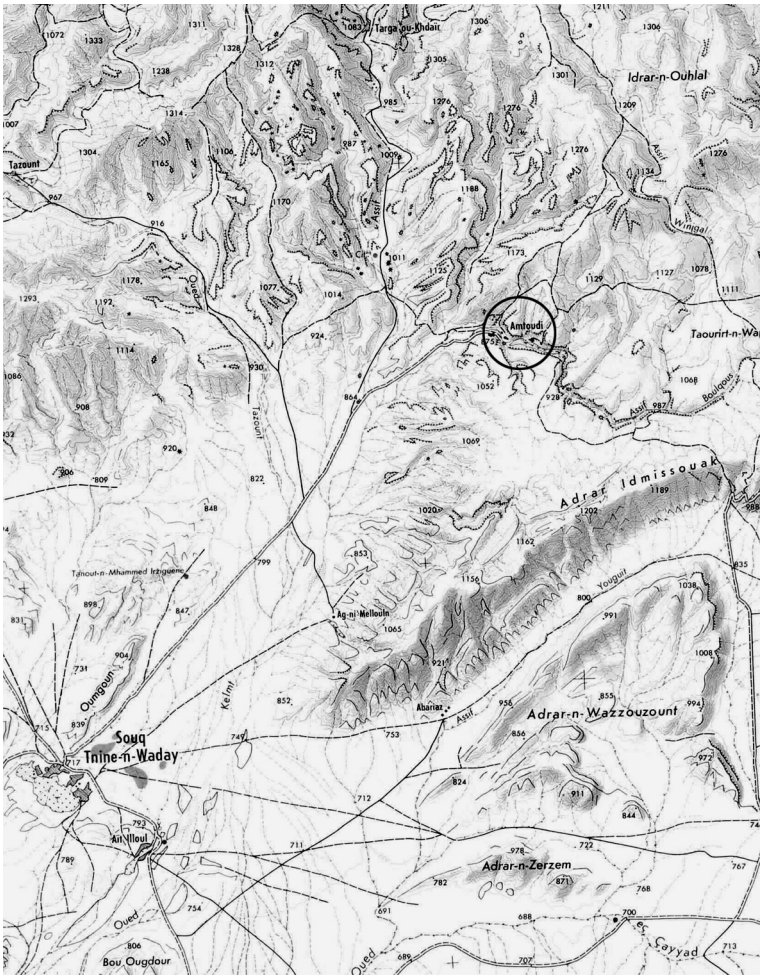



Figura 1. Territorio de la tribu de los *Ait Hrbil*. El círculo rodea al oasis de *Amtudi*.

El granero de *Id Aysa* se sitúa en la entrada del oasis de *Amtudi*, puesto en valor gracias a una red de regadío que canaliza el agua de una fuente (fig. 2). La gestión del agua es un asunto común que tratan los representantes (*inflaz*) de las comunidades que comparten el flujo. El rendimiento del regadío apenas asegura la supervivencia de la población, que hoy en día emigra masivamente hacia otros países, y se completa con el aporte del secano y la cría de ganado menor. Actualmente, los habitantes de dos pueblos, cada uno con su *agadir*, explotan el valle pero en el paisaje se aprecian las huellas de otros graneros arruinados también asociados a sendos despoblados.

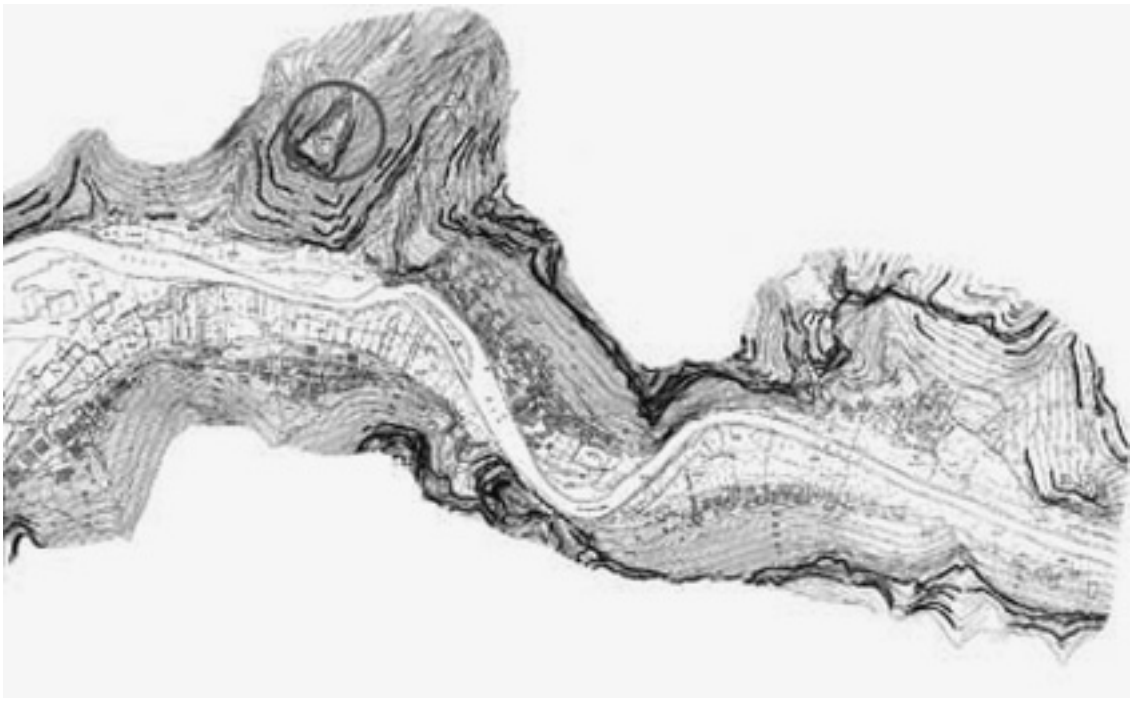


Figura 2. Plano del oasis de *Amtudi*. El círculo rodea al *agadir* de *Id Aysa*.

Al confrontar las tradiciones orales con los archivos familiares hemos podido recomponer algunos retazos de la historia de los *Id Aysa* y de los *Ait Hrbil* quienes al final de la Edad Media nomadizan en el Sáhara. Según toda probabilidad, entran en el *Sus* después de la peste de 1348 e intentan ocupar las tierras abandonadas por las víctimas de estas epidemias[5]. Antes de instalarse en la región donde actualmente se encuentran, pretendieron implantarse en otros sitios en los que, según recogen los mitos de origen, construyeron su propio *agadir*. Las distintas fracciones de los *Ait Hrbil* se reparten el territorio: la fracción de los *Id Aysa* se implanta en *Amtudi* cuyo oasis parece ya poblado en ese momento[6]. Aquí están documentados por los archivos familiares a partir de la primera mitad del siglo XVII, pero es posible que lleguen antes. En todo caso, se puede fechar la fundación por los *Id Aysa* del pueblo y del granero epónimo a finales del siglo XVII, episodio que se contempla en los mitos como una fisión violenta de la sociedad. Hoy en día, bajo la denominación de *Id Aysa* se esconde una sociedad compuesta por clanes que provienen de distintos horizontes de los cuales los *Id Aysa* no son más que el elemento federador.

## Descripción del granero fortificado

Para construir el *agadir* se escogió una plataforma rocosa amesetada que domina la entrada del valle[7] (fig. 3). En primer lugar se edificó el recinto: la muralla,

[5] Rosenberger, 1970-1971.

[6] Delaigue *et alii*, e. p.

[7] La presencia de antiguos grabados rupestres que han sido conservados (Cortés Vázquez, 1987) confiere al lugar un valor profiláctico.



Figura 3. Vista general del *agadir* de *Id Aysa*.

construida en un solo momento, está dispuesta a plomo sobre la roca cuyo trazado sinuoso sigue asegurando la flexibilidad del conjunto (fig. 4). Las cuatro torres no presentan un fuerte valor defensivo ya que apenas sobresalen de la muralla y sus almenajes son más bien decorativos. Su función es, ante todo, simbólica. El conjunto tiene un solo acceso cuidadosamente protegido por dos puertas anteriores e integrado en una torre.



Figura 4. Vista de la muralla oeste del *agadir* de *Id Aysa*.

La organización del conjunto ha sido minuciosamente pensada (fig. 5): los aljibes se encuentran en el punto más bajo para recuperar toda el agua posible; al norte de éstos se han dispuesto las colmenas de propiedad individual; las celdas de almacenamiento se desarrollan alrededor de la roca central[8], que sobresale del conjunto, de tal forma que desde cualquier ángulo visual no se pueda apreciar el número de celdas que comporta el *agadir*.

[8] En la roca central se encuentran nada más que cuatro celdas.

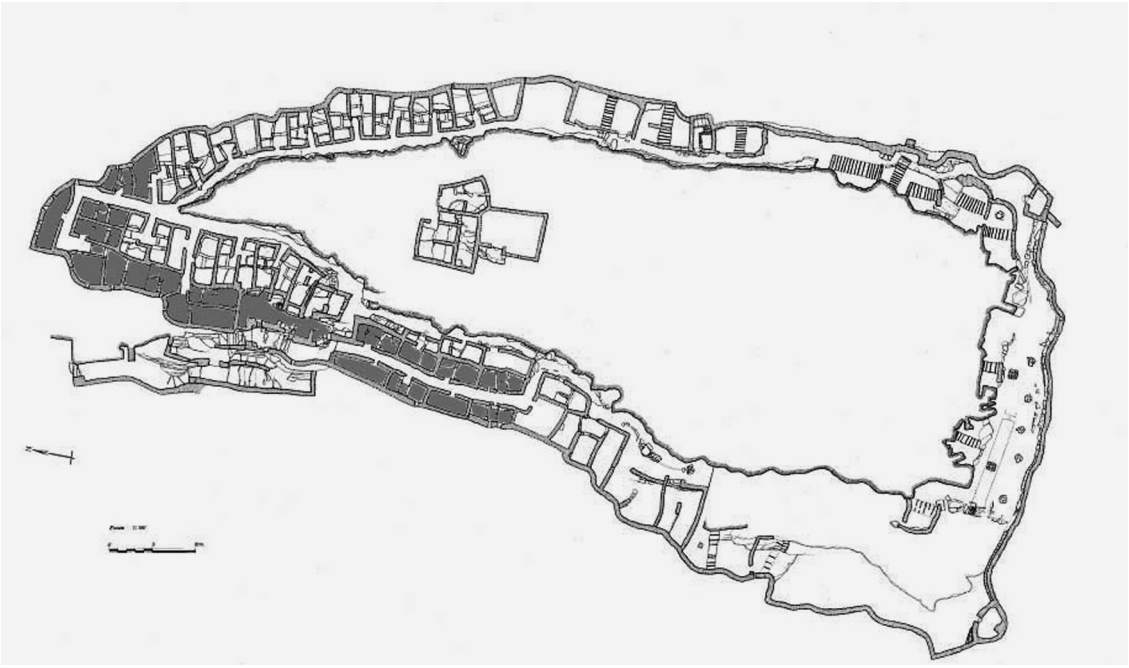


Figura 5. Plano de la planta baja del *agadir* de *Id Aysa* con las celdas de la primera fase coloreadas en gris.

En la planificación de la construcción se tomó en cuenta una posible evolución posterior: el estudio de la estratigrafía muraria muestra que, en una primera fase (fig. 5), no se edificó a lo largo de la muralla más que una veintena de celdas y los elementos comunes (cocina, mezquita, sala comunal y habitación del guardián). Por economía de energía las celdas están adosadas a la muralla y, del otro lado, a la roca o a un muro paralelo a ésta que se subdivide en habitáculos. Esta técnica permite, en algunos casos, construir enseguida dos niveles. Las celdas se organizan en manzanas separadas unas de otras en previsión de una extensión posterior. En esta fase, el tamaño de las celdas es más bien regular (superficie de unos 10 $m^2$) y su disposición facilita la edificación de pasillos cubiertos que, además de proteger de la intemperie durante los trabajos de carga y descarga, permiten, sobre todo, la creación y circulación de corrientes de aire (muy importantes para la buena conservación de los alimentos almacenados).

Las extensiones posteriores se caracterizan por modificaciones del aparejo constructivo (empleo de bloques más grandes que provienen del desmonte de la roca central); cierta falta de planificación general; dimensiones más variadas del tamaño de las celdas (superficies que oscilan entre 6 $m^2$ y 35 $m^2$); un modo de construir que progresa del norte al sur por módulos de dos celdas separadas por un pequeño pasillo central; y, en fin, otra manera de considerar las circulaciones. En esta fase, la circulación entre el substrato rocoso y las celdas se ve dificultada por la presencia de bloques que obstruyen el camino a pesar de que la roca fue acondicionada con el propósito de ensanchar algo el corredor, labrar una cornisa al nivel del techo de las celdas, que imita los pasillos cubiertos, y rebajar el nivel del suelo para proteger las nuevas construcciones de las infiltraciones de las aguas pluviales, encauzadas hacia los aljibes a través del corredor. Paralelamente se desarrolla una circulación por los techos que conforman amplios peldaños a lo largo de la muralla y sirven también como camino de ronda.

Las celdas presentan en general una organización en tres partes gracias a muretes que delimitan compartimentos. A media altura, un altillo en plano inclinado (*ayyer*) aumenta la capacidad de almacenamiento del espacio y mejora el secado de los productos.

La identificación del último dueño de cada celda muestra que la repartición de éstas no es aleatoria ya que se agrupan por manzanas en función de los distintos linajes, representados en su totalidad (fig. 6). Además, un 15 por 100 de las celdas está en manos de «extranjeros».

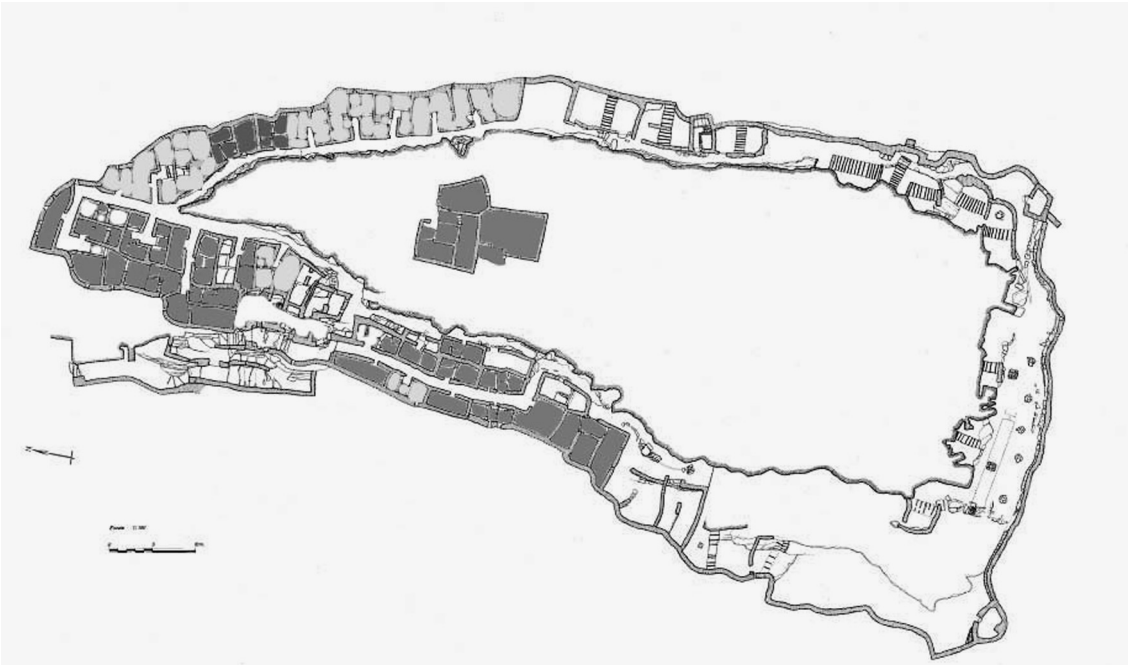


Figura 6. Plano de la planta baja del *agadir* de *Id Aysa* en el que se han coloreado, en distintos tonos de gris, las celdas correspondientes a cada uno de los dos linajes (*Amzien* e *Ibnsmayr*) en que se dividen las familias del hábitat asociado. A estas celdas habría que añadir las correspondientes a la segunda y tercera plantas del lado occidental que no se han representado en el plano para facilitar su lectura.

En cuanto al funcionamiento del granero, es muy raro que una familia sea propietaria de más de una celda ya que se paga una suma fija por la posesión de cada una de ellas. Los productos agrícolas se almacenan después de la cosecha procediéndose a pesarlos cuando se introducen en las celdas, momento en que se retiene la parte proporcional destinada a los morabitos y a hacer frente a la remuneración del guarda. A lo largo del año el padre de familia accederá al granero para recuperar los productos que ésta necesita. Mientras que de día la custodia del *agadir* es confiada al portero, su seguridad durante la noche está garantizada por los propios dueños de las celdas que organizan turnos de vigilancia.

¿Qué tipo de registro material queda en el granero después de unos cuarenta años sin uso? Por supuesto, este registro no está *in situ* y tampoco está completo. Sin embargo, los objetos son variados ya que el *agadir* servía a la vez como caja fuerte (el dinero y las joyas estaban escondidas dentro de cerámicas embutidas en las paredes, por supuesto es lo primero que se han llevado), como trastero para los objetos que no se utilizaban todos los días (vestidos, armas blancas y de fuego, he-

rramientas como rejas de arado, cerraduras....) y como granero para los productos agrícolas y otros recursos alimentarios (leguminosas, hortalizas, cereales —sobre todo la cebada con su cascarilla—, dátiles, aceite, miel, mantequilla...).

Por lo que hace a las cerámicas, procedentes todas ellas del mercado local, sus formas son bastante recurrentes (fig. 7). Curiosamente, y al contrario de lo que podría inicialmente pensarse para un granero, los grandes contenedores no representan más del 20 por 100 de los objetos de una celda (tomando en cuenta todo el material) y solamente la tercera parte de la cerámica[9].

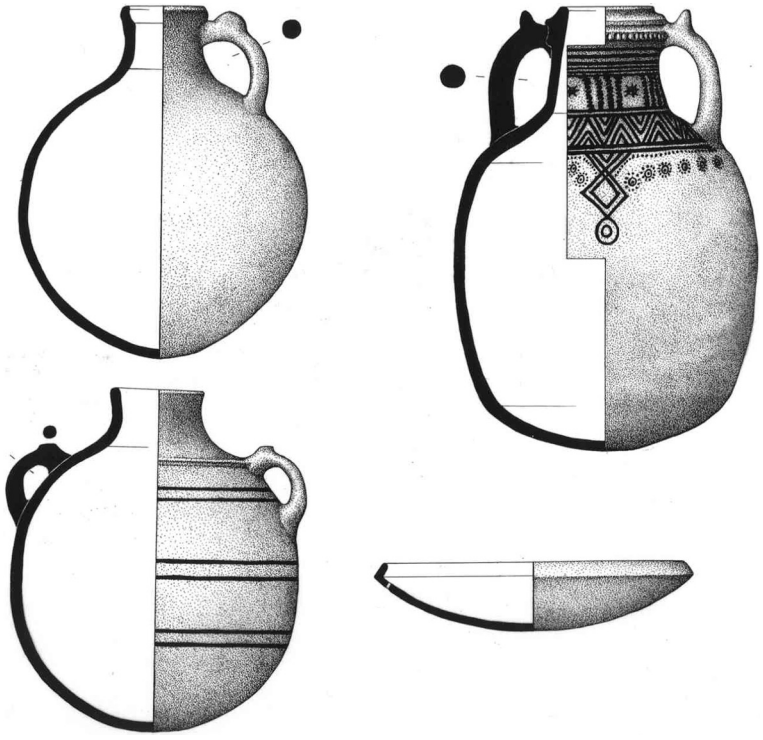


Figura 7. Formas cerámicas a mano y a torno localizadas en el interior de las celdas del *agadir*.

## Algunas regularidades etnoarqueológicas

### *a*) Criterios de identificación e implicaciones arqueológicas

Una primera implicación relevante tiene que ver con la identificación misma de los graneros. Cuatro elementos pueden llevar a considerar una estructura arqueológica dada como un granero fortificado:

1. El hecho de que se trate de un enclave en altura concebido para la defensa pero cuyas cualidades poliorcéticas no se configuran como las más desarrolladas y eficaces.
2. La existencia de celdas edificadas según un módulo determinado cualesquiera que sean las técnicas de construcción utilizadas (en nuestro caso son similares a las de la muralla).

[9] Se efectuó este cálculo tomando como base, únicamente, las celdas que permanecían cerradas y albergaban una mayor cantidad de materiales (entre 20 y 50 objetos).

3. La constatación de que las celdas se empiezan a construir a lo largo de la muralla y no por la parte central, como en el caso de las ciudades medievales donde se deja un acceso a lo largo de la muralla (para el camino de ronda) por lo menos hasta la fase de saturación[10].
4. La existencia de zonas vacías para guardar el ganado en caso de peligro.

Hay que rechazar, sin embargo, otros criterios como las dimensiones del edificio: así los dos graneros vecinos de *Uggluy* y de *Id Aysa* miden, respectivamente, menos de una hectárea y más de tres. Por otra parte, la existencia de una o varias murallas documenta solamente modificaciones de la estructura (caso de *Uggluy*) o una voluntad de reforzar el aspecto defensivo.

En cuanto al problema de identificación de las celdas de almacenamiento propiamente dichas, ¿qué elementos permiten decidir si estamos ante una celda y no ante una casa? La cuestión es tanto más delicada cuanto que las técnicas de construcción de los antiguos hábitats que jalonan el oasis, cuyas ruinas son todavía visibles asociadas a los pueblos actuales, son idénticas a las del *agadir*. En Al Andalus el problema tendría que resolverse fácilmente ya que las viviendas están en general articuladas alrededor de un patio, pero es un hecho que existen numerosas excepciones y no es tan raro encontrarse con pequeñas casas de una sola pieza[11].

Por sí solas, las dimensiones no son un criterio, incluso si un pequeño tamaño sugiere esta identificación. Así, mientras que en el *agadir* de *Uggluy* las celdas de almacenamiento de la primera fase miden unos 5 $m^2$, y en torno a 20 $m^2$ las de la segunda, en el de *Id Aysa*, las celdas más antiguas presentan una superficie media de 10 $m^2$ y las posteriores de unos 12 $m^2$ (se observan, con todo, grandes diferencias entre la más amplia con 35 $m^2$ y una pequeña de 6 $m^2$).

La existencia de ciertas regularidades en la construcción sí parece, por su parte, un criterio más pertinente. Como ya hemos visto, el *agadir* es un asunto común, decidido y gestionado por una sociedad marcada por su voluntad de igualitarismo y esta particularidad se lee en la estructura: desde sus inicios se concibe el granero con cierto número de celdas, edificadas en el mismo momento según un módulo regular. En el caso de los graneros estudiados aquí se trata de un espacio alargado (la anchura viene definida por la distancia máxima que permite cubrir la longitud de las vigas utilizadas) al que se accede por una puerta dispuesta en medio de uno de los lados mayores, facilitando así una distribución tripartita más regular del espacio[12].

Ciertos detalles constructivos semejan en efecto característicos de los graneros: las puertas son más bien estrechas y bajas (entre 0,5 m. y 1 m. de ancho por una altura de 1,2 m.) y las que están dispuestas a lo largo de los pasillos nunca aparecen enfrentadas a fin de preservar cierta intimidad de la celda y de facilitar las operaciones de carga y descarga, complicadas por la estrechez de los corredores. El umbral suele ser bastante alto (al menos unos 0,20 m.) para evitar que la suciedad y los pequeños animales penetren en el interior del habitáculo.

Otro criterio discriminante es la ausencia de hogar. Está prohibido hacer fuego en las celdas. Una cocina comunitaria está reservada a este uso. De añadidura, las

[10] Ver Navarro Palazón (dir.), e. p.
[11] Bazzana, 1992; Delaigue, 1988; Alba *et alii*, e. p.
[12] En los desarrollos posteriores se recurrirá a pilares para ensanchar el tamaño de las celdas.

huellas de cocción o de utilización observables en algunas cerámicas no tienen por qué interpretarse como el resultado de una utilización *in situ* ya que la mayoría de los objetos han servido en las casas antes de ser destinados al granero.

En fin, algunos otros elementos como los *ayyer-s* (altillos en plano inclinado) o la presencia de compartimentos construidos con muretes encalados pueden ayudar a la identificación de las celdas de un granero fortificado.

*b*) Tipología y dinámica social

Todos los *igudar* de los *Ait Hrbil* están asociados a un hábitat y a un sistema de regadío generalmente situados al pie de la loma del granero. Si bien la distancia entre *agadir* y hábitat varía entre los 100 m. de *Amtudi* y los 1.000 m. de *Targa Ujdair*, se puede adelantar que, en el caso considerado, la presencia de un granero fortificado está íntimamente unida a la existencia, en un radio de 1km, de un hábitat situado sobre una red de regadío.

A partir de esta recurrencia, y en virtud de los datos disponibles, puede proponerse en este ámbito la siguiente regularidad: si en un contexto arqueológico dado se ha podido determinar (en función de las reglas establecidas más arriba) la presencia de un granero fortificado asociado a un hábitat y a una red de riego (fuentes, canales subterráneos, acequias...) necesaria para la explotación del territorio agrícola, se puede entonces considerar que la sociedad que los ha producido y los gestiona es de tipo tribal segmentario. Más allá del sentido que esta categoría de análisis adquiere habitualmente en la literatura antropológica, tribalismo y segmentariedad aluden aquí a un espacio social localizado en un medio sedentario, donde los lazos tribales se han distendido —hasta llegar a ser casi ficticios— en provecho de la implantación territorial, que se compone de segmentos más o menos heterogéneos, más o menos estables en el tiempo y que varían en función de procesos de fusión, fisión, alianzas y desapariciones. No obstante, el grado de cohesión de esta sociedad no se puede apreciar en los vestigios arqueológicos al margen de esta constatación general.

Dada esta regularidad, existen dos tipos de variantes aplicables:

1. En un contexto donde se aprecia de manera sistemática la presencia de graneros fortificados, la existencia de un hábitat desprovisto de este tipo de fortificación se puede poner en relación con los movimientos que sacuden a la sociedad: fisión de uno o varios segmentos que se han instalado en un nuevo lugar que pertenece al territorio de la tribu en una época de calma y disensión, como ocurrió, por ejemplo, a raíz de la «pacificación» de estas comarcas con motivo de la implantación del Protectorado hispano-francés. Estos segmentos recompuestos reivindican todavía la protección el *agadir* de donde provienen y turnos de agua de la red de riego asociada.
2. A la inversa, la presencia de varios graneros fortificados alrededor de un mismo sistema de regadío, cada uno asociado a un hábitat, traduce las rivalidades de clanes o segmentos más o menos efímeros para dominar este territorio.

### *c*) Población y demografía

A primera vista, la relación entre población y número de celdas semeja obvia ya que un *agadir* es un asunto de clanes, o de segmentos, y en el caso que nos ocu-

pa cada familia no posee, en general, más de una celda. Las herencias y las alianzas complican un poco este hecho. Sin embargo, el ejemplo del granero de *Id Aysa* permite proponer descontar un 15 por 100 del número total de celdas para obtener una estimación del número de hogares que componen el hábitat asociado.

El censo más antiguo que hemos encontrado data de 1960 y en él se consignan 82 familias para *Id Aysa*. Si se considera una tasa de crecimiento anual del 1 por 100 (en 2002 es de 1,68 por 100), se obtiene para los años 1940-1950 unas 60 familias; cifra congruente tanto con los datos de los informantes como, previamente descontado el 15 por 100 de éstas que pertenecen a «extranjeros» (que no viven en el pueblo), con el número total de celdas documentado (70).

### *d*) Cultura material y producción de significados

Por último, no sería descabellado transferir al registro arqueológico el fuerte valor simbólico que estos edificios representan todavía para la comunidad actual. En efecto, todos los grupos reivindican su pertenencia a uno u otro de los *igudar* que son, a un tiempo, símbolo de su visión del mundo y representación de su sociedad, de su cohesión, de su seguridad en cuanto a su supervivencia y de su control sobre un territorio. Por poner un único ejemplo, estamos ante imágenes materiales elocuentes de un modo de producción patriarcal, de la dominación social, incluso en la esfera propiamente doméstica, del género masculino sobre el femenino. Pues el granero no es sólo un asunto de hombres sino que materializa, también, la expresión del último monopolio masculino de la gestión de las reservas alimentarias antes de que éstas lleguen al hogar familiar donde serán gestionadas y transformadas por las mujeres.

## Conclusión

No se puede en modo alguno pretender que los *igudar* del oasis de *Amtudi*, y por extensión los de la tribu de los *Ait Hrbil*, sean idénticos, en lo que tienen de elementos relevantes en la producción y reproducción social, a otros graneros fortificados magrebíes ni, tampoco, a los vestigios tanto de Gran Canaria como de Al Andalus tradicionalmente asimilados a este tipo de estructuras de almacenamiento. La construcción y uso de todos ellos semejan corresponder antes que nada a la expresión material y social de respuestas más o menos análogas para resolver problemas básicos similares: proteger cosechas y bienes en un espacio social determinado y dominar un territorio. Ocurre, sin embargo, que todo apunta a pensar que hay que prestar más atención a las diferencias que presentan que a sus semejanzas, ya que son aquéllas las que marcan las orientaciones particulares propias de cada sociedad (una vocación más o menos militar, una economía más o menos ganadera...) y dan cuenta de su compatibilidad estructural y de su dinámica interna.

## Bibliografía

Alba, M., Feijoo, S. y Franco, B. (e.p.): «Mérida islámica: una medina enfrentada al poder cordobés» en: Navarro Palazón, J. (dir.), *La ciudad en el occidente islámico medieval. Nuevas aportaciones de la arqueología y relectura de fuentes*, Granada.

Bazzana, A. (1992): *Maisons d'al-Andalus. Habitat médiéval et structures du peuplement dans l'Espagne orientale*, Madrid, 2 vols.

Bokbot, Y., Cressier, P., Delaigue, M.-Ch., Izquierdo, R., Mabrouk, S. y Onrubia Pintado, J. (2002): «Enceintes refuges, greniers fortifiés et *qasaba*-s: fonctions, périodisation et interprétation de la fortification en milieu rural présaharien», en: Ferreira Fernández, I.C. (coord.), *Mil Anos de Fortificações na Península Ibérica e no Magreb (500-1500): Actas do Simpósio Internacional sobre Castelos (Palmela, 2000)*, pp. 213-227, Lisboa.

Cortés Vázquez, M. (1987): «Los petroglifos de Amtodi (Goulimine-Marruecos)», en: *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología (Islas Canarias, 1985)*, pp. 115-151, Zaragoza.

De Meulemeester, J. y Matthys, A. (1995): «Un grenier collectif fortifié hispano-musulman? Le Cabezo de la Cobertera (Vallée du Río Segura/Murcie). Bilan provisoire d'une approche ethnoarchéologique», en: Bazzana, A. y Delaigue, M.-Ch. (eds.), *Ethno-archéologie méditerranéenne. Finalités, démarches et résultats*, pp. 181-196, Madrid: Collection de la Casa de Velázquez, 54.

Delaigue, M.-Ch. (1988): *Capileira, village andalou: un habitat à toit plat*, Oxford: B.A.R. International Series, 466.

Delaigue, M.-Ch., Onrubia, J., Amarir, A. y Bokbot, Y. (e.p.): «L'agadir: un grenier mais pour quel territoire? L'exemple de Amtudi», *L'habitat rural et ses terroirs (al-Andalus et Magreb al-Aqsa). Hommage à A. Bazzana*, Gante.

Jacques-Meunié, Dj. (1951): *Greniers-citadelles au Maroc*, París: Publications de l'Institut des Hautes Études Marocaines, LII, 2 vols.

Navarro Palazón, J. (dir.) (e.p.): *La ciudad en el occidente islámico medieval. Nuevas aportaciones de la arqueología y relectura de fuentes*, Granada.

Onrubia-Pintado, J. (1995): «Magasins de falaise préhispaniques de la Grande Canarie. Viabilité et conditions de formulation d'une hypothèse de référence ethnoarchéologique», en: Bazzana, A. y Delaigue, M.-Ch. (eds.), *Ethno-archéologie méditerranéenne. Finalités, démarches et résultats*, pp. 159-180, Madrid: Collection de la Casa de Velázquez, 54.

Onrubia-Pintado, J. (2003): *La isla de los guanartemes. Territorio, sociedad y poder en la Gran Canaria indígena (siglos XIV-XV)*, Las Palmas de Gran Canaria.

Rosenberger, B. (1970-1971): «Tamdult cité minière et caravanière présaharienne IX-XIV», *Hespéris-Tamuda*, 11-12: 103-139.

# Ethnoarchaeology in Siberia: an implication to late Palaeolithic settlements analysis

DR. OLEG KUZNETSOV
Dept. of Cultural and Social Anthropology.
State University of Chita (Russian Federation).

**Resum.** L'ús de les referències etnològiques per a l'estudi dels patrons d'assentament de la Prehistòria és quelcom freqüent en la recerca arqueològica. Aquesta línia de recerca, etnoarqueològicament desenvolupada, veu en els territoris siberians un excel·lent camp d'aplicació producte de la pervivència de formes de vida preindustrials fins a cronologies ben properes, i fins avui dia, amb la conseqüent excel·lent conservació dels respectius registres arqueològics. L'anàlisi de la societat *Evenki* és emprada per a contrastar la capacitat explicativa d'aquest plantejament per a la interpretació del Paleolític.

**Resumen.** El uso de las referencias etnológicas para el estudio de los patrones de asentamiento en la Prehistoria es algo frecuente en Arqueología. Esta línea de investigación, etnoarqueológicamente desarrollada, encuentra en los territorios siberianos un excelente campo de aplicación producto de la pervivencia de formas de vida preindustriales hasta cronologías muy próximas e, incluso, hasta la actualidad, con la consiguiente magnífica conservación de los respectivos registros arqueológicos. El análisis de la sociedad *Evenki* es utilizado para contrastar la capacidad explicativa de esta propuesta para la interpretación del Paleolítico.

## Perspectives of Ethnoarchaeology in Siberia

Ethnoarcheology has emerged out of processual archaeology that was a response to the intellectual critics of the 1960s. Adepts of processual or so called «New» archaeology were dissatisfied with methodology of culture history's approach and argued that the Past is knowable, that archaeology should adopt the scientific methods, using data to produce hypotheses to be tested by additional data (Binford, 1983 & 2000). Most of processualists embrace a system-ecological approach that deals with the ways in which cultural systems function, both internally and in relation to external factors, such as the environment, climate and landscape. Ironically, ethnoarchaeology born in the processual cradle play very important role in archaeo-

logy even nowadays when processualism had to retreat under post-processual critics (Hodder, 1986). Today ethnoarchaeology seems to be one of the approaches in processual and post-processual archaeology that based on using of knowledge on contemporary cultures of the peoples following traditional lifeways for explanation material remains (features and structures) of the Past. The most general ground of ethnoarchaeological approach is relation between social culture and material culture expressed via behavioral patterns. From archaeological perspective such a ground allow us to develop hypothesis about behavior of prehistoric peoples at the base on ethnographic data and then to test it along an archaeological excavation (Kramer, 1979).

Ethnoarchaeological approach is combining archaeological and ethnological methodology to understand how behavioural patterns of living traditional cultures reflect on the distribution of material remains. Etnoarchaeology still stay on the verge of discussions on the use of analogies and social models in both archaeology and anthropology. The debate regarding analogical inference has very much been an archaeological issue, although it certainly is central to anthropology as well. This particular issue also transgresses the traditional division between processualism and postprocessualism, there are no major differences other than terminology and rethoric's. In a general sense middle-range theory and ethnoarchaeology is pretty much the same practice. From the beginning ethnoarchaeology was related with hunter-gatherers studies and they still occupy very substantial place in ethnoarchaeological problems (Gamble & Boismier, 1991), often to be combined with problems of settlement archaeology and experimental archaeology. Ethnoarchaeological approach helps us in attaching meaning to the Prehistory. Despite of the critics, analogy is one of the fundamental principles of archaeology. We can not understand Past without analogies drawn from the Present. It could be living situations that are known from etnographical observation, or described in historical documents or photos.

There are two cases analogy can be splitted: *general analogy* which taken from our general experiences and knowledge of life and *specific analogy*. With specific analogies, the researchers stay on somewhat firmer ground in addressing more complex past sociocultural behaviors. Specific analogies look more promising if they are carried out within the similar context: similar environments, landscapes etc. Specific analogies can be used for example, in North American or North Asian, Siberian archaeology, where the descendants of the prehistoric peoples are still operating on the scene.

Concerning former Soviet Union archaeology we have to mention that in 1930s —1950s Marxist archaeologists used direct historical analogies for interpretation of archaeological data very often. But even in 1970s— 1980s most of archaeologists in Russia followed more positivistic way and were distrustful to direct analogy. Seems to me, Post-Soviet archaeologists still feel some kind of allergy to use of ethnographic analogy and, that is why ethnoarchaeological investigations were not very popular here. Other side, crisis of Soviet-style methodology allows to new generation of Russian researchers to take a new look to a problems of interpretation of archaeological remains. Ethnoarchaeology became popular in 1990s, especially in Siberia where mobile cultures of indigenous peoples still alive and give to researcher a unique opportunity for understanding traditional ways of life.

## Ethnoarchaeological approach to analysis of Late Palaeolithic settlements

Applied ethnoarchaeology also is becoming popular in Siberia because of discovering some multi-layered Late Palaeolithic settlements with well preserved habitation structures in Trans-Baikal and Enisey regions. The most remarkable are numerous well-preserved «stone-ring» dwellings, excavated in the alluvial sediments of the river terraces (Konstantinov, 1994; Kuznetsov, 2003). The settlements and dwellings pattern is repeated from one cultural layer to another and show us undisturbed cultural continuity. Well preserved habitation structures and repetitions in settlement organization make possible not only to study the cultural development on the basis of typology of toolkits, but also to gain information on the social organization on the base of spatial and distribution analysis.

The majority of the habitation structures excavated in the alluvial sediments of the river terraces are connected to very thin culture layers. Since the river terraces were seasonally flooded, those dwelling structures must represent habitations from the summer half-year. The small amounts of material deposited stone tools as well as bone waste, speaks for very short-term habitations. An important means of obtaining more detailed information on the social organization of prehistoric hunter-gatherers is an analysis of the activity areas at the settlements and in the dwellings.

Consider the problem of interpretation and social reconstructions as one of the most important challenges, we suppose that modern trend in prehistoric archaeology is the change of focus from artifact-based typology and chronology to understanding of the settlements as dynamic units with a significant internal spatial organization. This approach should not exclude typology, but places it in a dynamic relation to other approaches (refitting, use-wear analysis, distribution analysis). Prehistoric archaeology has become more and more influenced by ethnoarchaeology. I believe that data based on investigations held in Trans-Baikal region can form a good basis for comparing archeological and ethnoarchaeological materials.

In archaeological reasoning we often to resort to ethnographical information about subsistence strategy and settlement organization of *Eskimo* or *Bushmen* who live in extreme (cold\hot) environments, but we should be aware that for understanding of behavior of prehistoric hunters of Southern Siberia temperate forests it is important to study contemporary foragers living in the same type of environment and landscape. For example, our ethnoarcheological results indicate that the access to firewood has very strong impact on the settlement pattern and the behavior of inhabitants. Very important as well, that in Trans-Baikal region we can observe persistent continuity in development of material culture of indigenous people from the Late Stone Age to modernity.

The paper presents preliminary results of joint Russian-Norwegian ethnoarchaeological project that was launched by State University of Chita (Dr. Oleg Kuznetsov) and Norwegian Institute for Cultural Heritage research (Dr. Ole Grøn). (Grøn, Kuznetsov & Turov, 2001; Grøn & Kuznetsov, 2003 a & b). Project is focused on site-formation with an important point being the understanding of the processes that lead to the formation of repeated patterns on the settlements. An im-

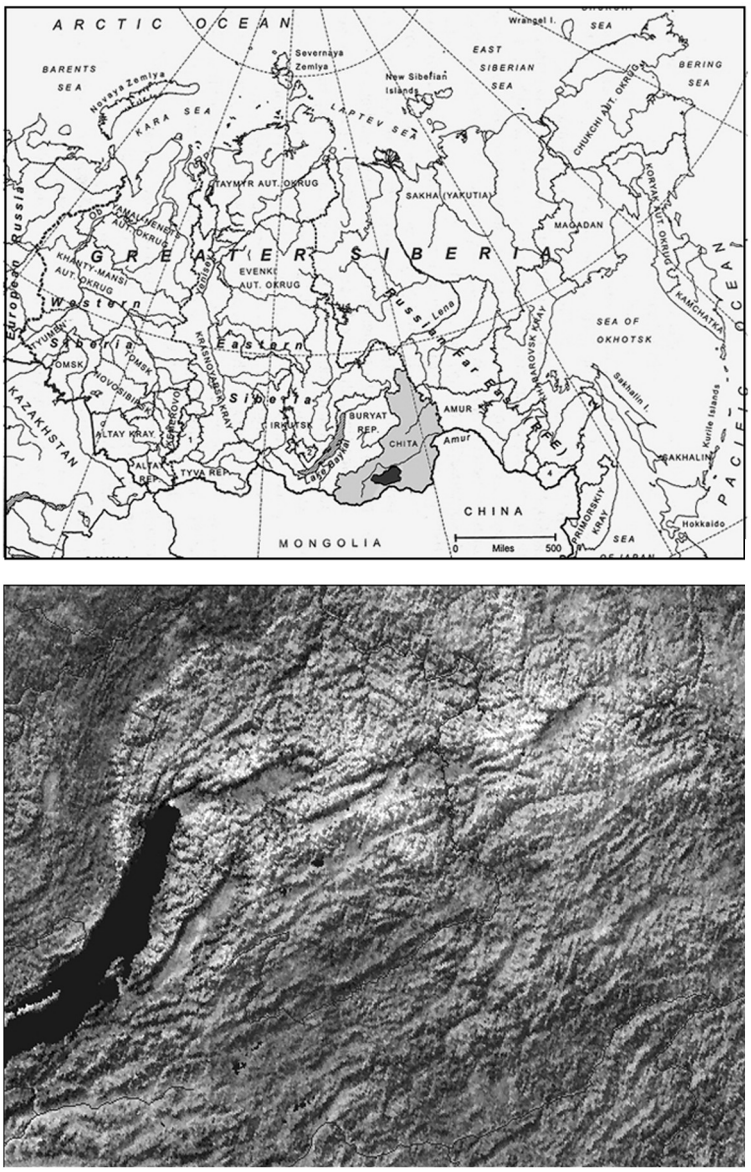



Figure 1. Map of Eastern Siberia and Trans-Baikal region (up) and Topography of Trans-Baikal region (down).

portant factor in the analysis of Stone Age settlement organization is the presence of different distribution patterns and structures. Such patterns are often easier to distinguish than to interpret in terms of cultural behavior. The investigations were carried out as a combination of interviews and excavations of contemporary settlements, so that the information obtained in the interviews can be checked by field observations. We have obtained information on dwelling and settlement organization, cleaning and maintenance of the sites, handling of different categories of waste, difference between sites from different seasons etc. For instance the appearance of repeated patterning of some find categories on the settlements of prehistoric cultures becomes more clear when we can see how present-day hunters organize their dwelling space and settlements in accordance with rules and regulations (Tanner, 1979).

## Natural environment and indigenous population of Trans-Baikal region

The Trans-Baikal region is a part of the mountain area that separates the Central Asiatic Steppe in the South from the Siberian Plateau in the North. The highest mountains have altitudes up to 3.000m. Above the open grass areas in the broader valleys is an open forest of pine, larch, fir, a little Siberian cedar and some birch in the moister places and with reindeer mosses strongly represented in its floor. This «taiga» continues up to the tree line at an altitude of about 2.000 m. The average temperatures vary from –40º C in the winters to +20º C in the summers with extremes around –55º C and +35º C. This, combined with the restricted snow cover due to the low precipitation in the area, maintains permafrost conditions (Baulin *et alii*, 1984; Ivanenkov & Fraicheva, 1997; Wright & Barnovsky, 1984). The typical vegetation is larch, pine, birch, cedar and fir. The broader valleys in its southern part are covered by grass steppe. The present day fauna consists of red deer (*Cervus elaphus*), roe deer (*Capreolus capreolus*), wild horse (*Equus hemionus*), musk-deer (*Moschus moschiferus*), moose (*Alces alces*), wild pig (*Sus scrofa*) and reindeer (*Rangifer tarandus*). This fauna developed around 18.000 B.P., when the large mammals such as rhinoceros *(Caleodonta antiquitatis)*, bison *(Bison bison)* disappeared. Mammoths have been seldom in the region. Apart from the disappearance of the large mammals around 18.000 B.P. are the environmental conditions quite stabile throughout the Late Pleistocene and Holocene.

Indigenous population of Northern Trans-Baikal is *Evenki* reindeer hunters. Apart from *Tungus* and *Orochen* a large number of other names have been applied to groups with a closer or more distant relation to the *Evenki* culture (Shirokogoroff, 1979). In spite of the fact that many sources give the impression that no *Evenki* follow a traditional way of life any more (Vasilevich and Smolyak, 1964), we found that some —in spite of the impact from modern civilization— still live as nomadic reindeer hunters and have large parts of their old beliefs and behavior preserved. Bark tents were used by some till the early 1980s, and the traditional religion seems little influenced by the restricted activities of missionaries in the area. Hunting families often use 15-30 domesticated reindeer for transportation —riding them or using them to pull the sledges— but they are hunters not herders. The domesticated reindeer of the *Evenki* can be compared to the dogs of the Greenland *Inuit*. The hunting groups subsist on the meat of wild reindeer, elk, red deer, musk deer and mountain sheep, as well as birds and fish from the lakes and rivers (Anderson, 1991; Shirokogoroff, 1979).

Whereas the *Evenki* in the Northern Trans-Baikal region appeared to be rather isolated, did those in the Southern Trans-Baikal obtain some contact with nomadic herders utilizing the steppe vegetation in the broad valleys from about 1000 B. P. Meanwhile the record indicates that the *Evenki* hunter-gatherers also here lived rather undisturbed in the forest zones in the mountains, whereas the herders utilized the valleys. From the 11th century *Buryat-Mongol* herders occupied the Southern steppe part of Trans-Baikal region, and the *Evenki* population there has slowly been assimilated. Many groups of *Evenki* reindeer hunter in time changed their economy to herding or even farming under Russian influence. At the same time in the Northern Trans-Baikal they basically remained hunters using tame reindeer only for transportation. The simple and the double compound bow were replaced by the gun as hunting weapon through the 19th century. The organization of the dwellings and

settlements of the *Evenki* is well known. In winter the camps consisted of only one or two traditional conical tents (*dukcha*). In spring the number of households might increase to 10 and on special occasions larger assembly camps were observed. The larger camps were organized with the dwellings set up in a circle, and with smoke fires for the reindeer in its centre.

## Concept of settlement: archaeology *vs*. ethnoarchaeology

Usually in Prehistoric archaeology term «settlement» is recognized as a restricted area where ancient inhabitants were doing some activities and, therefore left a large amount of stone artifacts, organic waste and habitation structures remains. So, term «settlement» actually means a cultural layer spot with a relatively small scale size where archaeologists recognize «core area of activity» and «periphery». Ethnoarchaeological data observed among *Evenki* reindeer hunters demonstrate us that it is just not true. The study of *Evenki* settlements clear show us that it should be aware that a real settlement is more than a simple central area of activity around one or several dwellings. We can conclude that *Evenki* concept of settlement differs from concept adopted by archaeologists. Observed residential settlement is representing a system of habitation structures, different areas of activities, waste damps connected by pathways that may cover a half a square kilometer. Habitation processes, working and disposal activities not only impact on settlement area, but on forest vegetation due to the chopping and cutting of firewood for smoke-fires, manufacturing of tent framework stakes, collection of larch or birch bark, etc. To a settlement belong, for example, elevated storage platforms, ritual places, and graves. Settlement as it is represent dynamic system and some structures, some activity areas, pathways may be changed sometimes as well.

The settlement seems not to be a small restricted area but to be a large zone that gradually merges into the surrounding landscape. The areas where the tents are put up are normally void of higher vegetation apart from some larger trees that have been left for protection of the reindeer and the dwellings against sun, rain and strong wind. In forest mountain condition it is important to be aware that the presence of large amounts of firewood allow to reuse their settlements seasonally, whereas hunters that operate in deserts or polar environments have to let the vegetation regenerate for quite a long period after one or a few visits. This must be seen on the background of numerous hunter-gatherers cultures from less forested areas that systematically avoid old settlements for much longer periods (Rogers, 1967; Yellen, 1977). So, the «archaeological settlements» are not just dwellings. Human activities also often have a strong impact on the vegetation on and around settlements, where firewood, bark for covering and other materials are collected. Where this is takes the form of a systematic manipulation of the close environment, as it can be observed on some *Evenki* settlements this can also be regarded as a settlement feature. For example, the structures used by the *Evenki* family of five persons living in the two dwellings on the settlement were distributed within an area approximately 0,5 by 1 km. That is why when a settlement suppose to be used for a long time it is normal to place storage platforms, waste dumps and some other structures at a greater distance to the dwellings than when it is just for a short-term stand (Grøn, Holm, Tommervik & Kuznetsov, 1999).

The analysis of the Stone Age settlements of Trans-Baikal region showed us that repeated from one cultural layer to another one, patterns in the distributions of artifacts and waste can be distinguished that most likely reflect a similar type of ancient behavior on the settlements and in the dwellings. Our ethnoarchaeological studies approved that *Evenki* settlements are organized in accordance with a definite set of spatial rules. The placing and orientation of the dwellings in relation to the rivers they are located on is controlled by such rules. Also the placing of the dwellings in relation to each other as well as the placing of the other settlement structures outside the dwellings seems spatially regulated (Grøn, Kuznetsov & Turov 2001; Kuznetsov, 2003). The process of waste disposal on the settlements is also interesting subject to researcher. From the first view at the settlements there were very few bones left on the habitation surface with several old tent rings. The same time, according to our informants numerous wild reindeer had been consumed here through time.

Ethnoarchaeological observation makes it clear that many of the structures (especially made of organic materials) we observed were of a kind that would leave no traces for researchers. The regular cleaning of habitation surfaces is another problem for archaeologists. What the prehistoric people did to their waste is essential for the archaeologists' possibilities for interpretation of their sites. Generally *Evenki* settlement surfaces are kept clean, ordinary waste is collected in small heaps and removed when they leave the site. It is normal to dump such waste into the nearby river. The *Evenki* are very sensitive to the cleanness of their settlements. When settlements have been inhabited for some time they say that they «stink» and have to be left till next year to regenerate their cleanness. The *Evenki* cleaning of their settlement surfaces seems to be a logical consequence of their intensive reuse of the sites. Our preliminary conclusion is that cleaning had a strong impact on the deposition of artifacts and waste on the sites. Ethnoarchaeological observation held at the *Nitchatka* Lake *Evenki* settlement also showed us how the bones of hunted animals were deposited in accordance with elaborate ritual customs. The main idea was that the dead animal, like reindeer or bear, must be butchered and treated with respect and all his bones should be collected after it and placed to a special elevated platform. Just in this case, the soul of killed animal should then tend to choose to be reborn as a new young animal in the same area. Thus the ritual is meant to secure stabile hunting-resources around the settlement.

The bones of wild reindeer, deer, roe deer and even sable are deposited on *dal'ken* (specially built elevated platforms) or in *khalbo's* (boxes built of logs) usually placed behind the tents at periphery, away from the river. According the same rules the skulls of musk deer should be put on young larch trees. Sometimes the body of sable that is only hunted for its skin is put into a hole in a tree in the forest. Traditionally the bear bones are buried on a platform of the type that looks like a kind of air human grave. In contradistinction of wild animals, the bones, skin and antler of domesticated reindeer may be just hung on trees. The tails of ducks shot are put on one of the tent poles or in log cabins on the wall, close to the entrance.

Excavated in Trans-Baikal region Late Palaeolithic settlements demonstrate surprisingly small amount of bone waste in spite of numerous well preserved habitation structures and stone artifacts. Some researches gave an explanation that fauna remains generally bad preserved in alluvial sediments, but given explanation don't clear that fact the rest of discovered bones are in a good condition. We sup-

pose that small number of bone waste is rather a result of regular clearance and disposal of waste from the habitation surface. So it is case when the ethnoarchaeological observation of such behavior at *Evenki* settlements can be applied to understanding of Late Palaeolithic sites.

## Patterns of behavior and patterns of dwellings space organization

Some cultural layers of Late Palaeolithic settlements of «*Studenoye*»-I, II and «*Ust-Menza*»-I, II, III, excavated in Trans-Baikal demonstrate well preserved habitation structures that are recognized by archaeologists as a rests of conical shape dwellings (Figure 4. Picture 1).

The pattern of the remains of Late Palaeolithic dwellings is very clear, all of them are representing so called tent rings. Ethnographically well known, that nearly all hunter-gatherers are living in dwellings according to some definite rules. They have sitting and sleeping areas inside tent that reflect their sex, age and social status. The pattern of dwellings and distribution of archaeological material inside habitation structure can reflect some behavioral patterns. Naturally, we had to study the patterns of spatial behavior in a living hunter-gatherer culture to better understand those behavior patterns discovered in the Past.

Like in XIX century some contemporary *Evenki* families which follow traditional way of life still live a mobile, conical shape tents covered by canvas.



Figure 2*a*. Transbaikalia *Evenki* habitation structures. XIX Century.



Figure 2*b*. Transbaikalia *Evenki* habitation structures. XXI Century.

They use «tent rings» consisting of pebbles to strengthen framework of dwellings. When they remove tents to travel further so called «tent rings» sometimes is only a feature left on the surface of settlements.

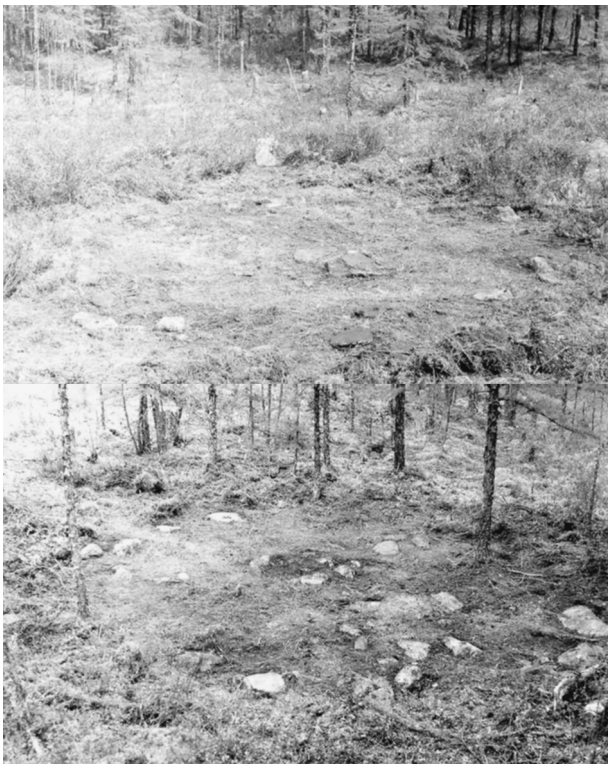


Figure 3. *Evenki* «tent rings» habitation structures. «*Chineysky Ayan*» settlement, 1960s. XX Century.

Striking how these habitation structures left on *Evenki* settlements resemble with those «tent rings» discovered at Late Palaeolithic cultural layers (Picture 3).



Figure 4. Trans-Baikal region «tent rings» habitation structure. Late Palaeolithic settlement «*Studenoye*-I» cultural layer 19/4 (left) and «*Chineysky Ayan*» *Evenki* settlement 1960s (right).

In a regular conical shape Evenki dwelling, so called, «*dukcha*», left side of the entrance area is regarded as the women's side and the opposite as the men's side. Kitchen utensils and food are stored at the wall just inside the entrance on the women's side in the area called «*tjongai*». Male equipment such as hunting gear, male clothes, etc., is stored at the wall further back in the tent on the men's side. The firewood is placed deep off the entrance, close to the hearth, representing a visual border between the «male side» and the «female side». At the night the wife moves to the men's bed, and the couple normally sleeps parallel to the wall with their feet to the door in the area called «be». The wife lies along the wall and the man beside the oven. The children place is at the backside of the tent in the most sacred and warmest area called «*malu*». An archaeological implication is that the space inside of habitation structures discovered at Late Palaeolithic settlements of Trans-Baikal was organized in accordance with distinctive behavioral pattern, explained by social and gender division of labor. Another implication is that the repeated distribution pattern of some waste types may not be blurred even though the same dwelling is used by several different families —because they all organized themselves in accordance with the same rules—.

## Spiritual practices and material culture

In spite of the fact that the *Evenki* culture in the Trans-Baikal area appears quite uniform a high degree of individualism can be observed in their ritual and religious practices. According to one informant the different clans (the term «families» is used by most *Evenki*) have different practices and very different attitudes to religion. In some areas ritual deposition of the bones of the game is still practiced, while in other areas people are well aware of what their religious practices were

earlier even though they are not practiced any more. Systematic registrations of old settlements where used to check the statements from the interviews.

Because the «bear ritual» is one of the more spectacular features of the *Evenki* culture it has been registered better than the deposition of bones from other game. Therefore it is well suited for a study of behavioral differences on the micro level. Even though it is well known that the bear ritual appears in numerous variants (Anisimov, 1950 & 1958; Paproth, 1976; Turov, 1978; Vasilevich, 1936; 1969 & 1971) we were surprised to find such a pronounced a variation as we did within a zone of a few hundred by a few hundred kilometers. The ritual cycle that is based on the idea of the meeting with and the parting from the bear runs over four days. It represents two «reciprocally related» communities: the «human-*evenki*» as kinship groups related by marriage on the one side and «humans-bears» on the other. The sacral idea behind the ritual seems to be a duplication of the mythological act of «the first cosmic creation» followed by «establishment of order», «definition of the human world in space», «establishment of communication with neighboring communities and material objects», «division of the space between human and non-human societies, formation of territorial borders and development of rules for their use» variants.

In the Northern Trans-Baikal we have registered 3 different variants of the bear ritual. In the Northernmost part —around Lake *Nitchatka*— it is still practiced by the Ildinov family. Here the whole skeleton of the bear is placed in a coffin-like box made of thin tree trunks on a platform. Close to the grave is made a sacred tree with two cuts on opposite sides of the trunk and the bark removed from its lower 60-70 cm. The eyes of the bear are placed in the two cuts and grass mixed with its blood is smeared on the lower part of the trunk. There can be several bears in one bear grave. In the «Chapo-Ologo» village area centrally in the Kalar Region we have no indications that the custom is practiced still but cannot exclude that this may be the case. Here the head of the bear is placed on a platform. A sacred tree like those used in the Nitchatka area is made close to the grave. There can be the heads of several bears on a platform. In the «*Sredny Kalar*» village area, south of Chapo-Ologo it seems that the bear ritual is not practiced any more. The head of the bear was here put under a heap of stones in the open or in a cave so that is faced the ground. We have no information of the use of sacred trees in connection with the bear graves in this area.

Because the *Evenki* generally are reluctant to give information about religion and ritual practices we cannot exclude that other variants of the *Evenki* bear ritual can be related to other parts of the Kalar region that those described here. Meanwhile that would only increase the impression of this customs complexity and variation. The *Evenki* groups in the three areas have traditionally been in good contact through marriage relations and visits to each other on a regular basis. The general rule was that one should marry outside ones own clan and that the woman should move to her husbands' family but in reality the system seems to have been administrated with considerable flexibility.

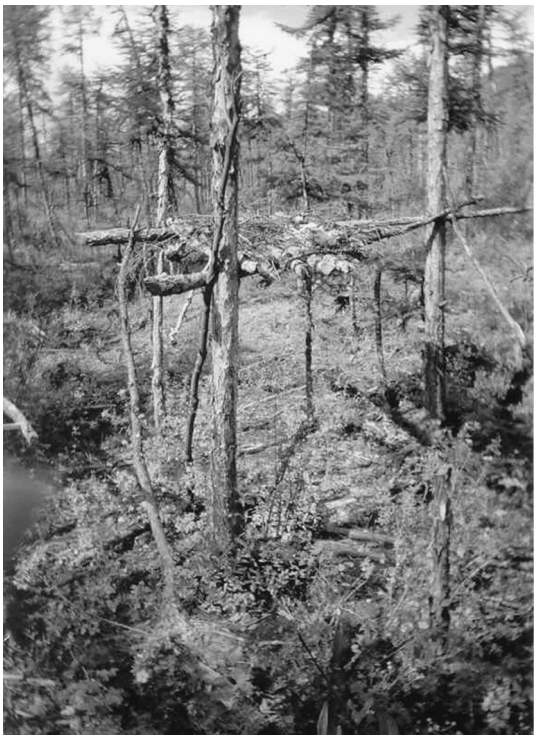
The bear ritual is carried out by the hunters and focus ideologically on their relation to the bear they have killed. They must convince the soul of the bear that they didn't kill it (the neighbor did it, the Russians did it, the arrow did it, the bullet did it...etc.) so that they can maintain a friendly relation to it (Paproth, 1976). This ritual is a clear male thing. This is one possible explanation of why the practice



(1)



(2)



(3)



(4)

Figure 5. Bear grave. Nichatka Lake settlement (1). Stakes for tent framework (2). Elevated platform for Reindeer bones (3). Storage elevated platform (4).

seems to be quite uniform and stabile within each of the three micro areas. Another factor one should be aware of in this connection is that individuals who move seem to rapidly and willingly adopt the local customs in their new area. Even change of «ethnic identity» is not uncommon (Anderson, 2000).

The platforms are constructed on a basis of standing trees cut so that they fit the construction. If necessary are added loose supporting posts that are never dug into the ground. Therefore such structures will be extremely difficult to distinguish in an archaeological context. When the structures collapse the bones normally disperse on the surface and disintegrate. Bear graves with stone heaps should on the other side be possible to distinguish archaeologically.

As a consequence we may observe the presence of concentrations of bear graves of the «stone heap» type in some restricted areas separated by zones with no recognizable bear graves. It is likely that the archaeological interpretation of such a situation would ignore the empty zones and conclude that bear graves of the stone heap type were the norm in a large area. If a distinction was made between areas with stone heap graves and those without it could easily be taken as a reflection of a rather significant cultural difference between social groupings that in reality are very uniform and closely related in terms of kinship. Some clans are represented in more than one of the three areas.

It seems that «locations» in some relations can play a more determining role with regard to the different variants of the ritual practices than the different social groups they are carried out by. The deposition of other bones than bear bones more or less seems to follow the customs used for the bears. In the Kalar region it was custom to put the bones «under stones». In the other two areas platform deposition were/is used.

## Some preliminary conclusions

Our ethnoarchaeological data demonstrate that the cultural micro-mosaics of the type that in some cases have been distinguished in the design of material objects and language can also be observed in the ritual practices. They also indicate that such local variations in customs may reflect local traditions rather than traditions related to social groups. The flexible and dynamic character of hunter-gatherer societies where the choices made by single individuals often seem to play a not unimportant role seems difficult to cope with for an archaeology that employs a rigid terminology based on simplistic assumptions. The importance of ethno-archaeological data as a basis for inspiration and a means of calibration of interpretations can not be overestimated. Ethnoarchaeological observations of *Evenki* settlements have some obvious consequences. One must take the possibility of manipulation of the archaeological material in accordance with spiritually based rules and customs very serious in interpretation of prehistoric settlements. Especially the study of material found on old settlement surfaces appears as a dangerous discipline, whereas the study of material from the inside of dwellings with there were floors that served as «traps» for smaller objects can provide a basis for some optimism. Of course, the different cultures use different spatial rules for their organization of settlements and the dwelling spaces, seems from an archaeological point of view to be one of the most useful general features observed in social anthropology. Because it provides

an interface between spiritual and material culture, we have a chance of excavating information about the social organization of prehistoric hunting societies if the cultural and natural conditions have preserved the traces.



(1)

(2)





(3)

Figure 6. *Evenki* couple are constructing tent framework (1). Winter season dog's cabin made of larch branches (2). Excavating «tent ring» at modern *Evenki* settlement (3).

## Bibliography

Anderson, D. G. (1991): «Turning Hunters into Herders: A Critical Examination of Soviet Development Policy among the *Evenki* of Southeastern Siberia», *Arctic*, 44(1): 12-22.

Anderson, D. (2000): *Identity and ecology in arctic Siberia. The number one reindeer brigade*, Oxford.

Anisimov, A. F. (1950): «*Evenki* bear cult and the problem of totemic beliefs», in: *Problems of religion and atheism*, pp. 303-323, Moscow (in Russian).

Anisimov, A. F. (1958): *Evenki religion in historical investigation and the problem of genesis of Prehistorical beliefs*, pp. 106-126, Moscow-Leningrad (in Russian).

Baulin, V. V., Belopukhova, Ye. B, & Danilova, N. S. (1984): «Holocene Permafrost in the USSR», in: Velichko, A. A., Wright, H. E. (Jr.) & Barnosky, C. W. (eds.), *Late Quaternary Environments of the Soviet Union*, pp. 87-91, Minneapolis.

Binford, L. R. (1983): *In pursuit of the Past*, London: Thames & Hudson.

Binford, L. R. (2000): *Constructing Frame of Reference*, California: University of California Press.

Gamble, C. S. & Boismier, W. A. (1991): *Ethnoarchaeological Approaches to Mobile campsites Hunter-Gatherers and Pastoralist Case Study*, Ann Arbor.

Grøn O., Holm, O. I., Tommervik H. & Kuznetsov O. (1999): «Reindeer Hunters and Herders: Settlement Patterns and Environmental Impact», *Kulturminneforskningens mangfold. NIKU 1994-1999*, pp. 20-26, Oslo.

Grøn, O., Kuznetsov, O. & Turov, M. (2001), «Cultural micro-mosaics-a problem for archaeological culture concept», in: Bergstøl, J. (ed.), *Scandinavian archaeological practice-in theory*, p. 342, Oslo.

Grøn, O. & Kuznetsov, O. (2003a): «Ethnoarchaeology among Evenkian forest hunters. Preliminary results and a differernt approach to reality», in: *Mesolothic on the Move*, pp. 216-221, Oxford: Oxbow Books.

Grøn, O. & Kuznetsov, O. (2003b): «Evenki Forest Hunters. Ethnoarchaelogy and the Archaeological Settlement Concept», in: Andjei Weber, A. & Mackenzie, H. (eds.), *Prehistoric Foragers of the Cis-Baikal, Siberia*, pp. 197-215, Canadian Circumpolar Institute.

Hodder, I. (1986): *Reading the Past*, Cambridge: Cambridge University Press.

Ivanenkov, P. M. & Fraicheva, L. B. (eds.) (1997): *Atlas of Chita oblast and Aginsky Buriat Autonomous District*, Moscow: Federal Geo Service of Russia.

Konstantinov, M. V. (1994): *Stone Age of Eastern Province of Baikal Asia*, Ulan-Ude (in Russian).

Kuznetsov, O. V. (2003): «Ethnoarcheology of hunter-gatherers of Trans-Baikal», in: *Integration of archaeological and ethnographical investigations*, Omsk. (in Russian).

Kramer ,C. (ed.) (1979): *Ethnoarchaeology: Implications of Ethnography in Archaeology*, New York: Columbia University Press.

Paproth, H.-J. (1976): *Studien über das Bärenzeremoniell. I. Bärenjagdriten und Bärenfeste bei den tungusischen Völkern*, Uppsala.

Rogers, E. (1967): *The Material Culture of the Mistassini*, Ottawa.

Shirokogoroff, S. M. (1979 [1929]): *Social Organization of the Northern Tungus*, New York.

Tanner, A. (1979): *Bringing Home Animals. Religious Ideology and Mode of Production of the Mistassini Cree Hunters*, London.

Turov, M. G. (1978): «To the problem of religious belief of *Evenki* of *Angaro-Chulym* watershed», in: *Ancient history of the peoples of the South of Siberia*, v. 3, Irkutsk, pp. 167-176 (in Russian).

Vasilevich, G. M. (1936): *Materials on Evenki (Tungus) folklore*, Leningrad. (in Russian).
Vasilevich, G. M. (1969): *Evenki. Historical-Ethnographical essay (XVII-XX centuries)*, Leningrad. (in Russian).
Vasilevich, G. M. (1971): «On the *Evenki* cult of bear», in: *In Religious belief and customs among peoples of Siberia XIX-XX Centuries*, pp. 150-169, Leningrad (in Russian).
Vasilevich, G. M. & Smolyak, A. V. (1964): «The Evenks», in: Levin, M. G. & Potapov, L. P. (eds.), *The Peoples of Siberia*, pp. 620-654, Chicago and London.
Wright, H. E. & Barnosky, C. W. (1984): «Introduction to the English Edition», in: (ed. Velichko, A.A., Wright, H. E. (Jr.) & Barnosky, C. W. (eds.), *Late Quaternary Environments of the Soviet Union*, Minneapolis, pp. XIII-XXII.
Yellen, J. E. (1977): *Archaeological Approaches to the Present. Models for Reconstructing the Past*, New York.

# Análisis etnoarqueológico del valor social del producto en sociedades cazadoras-recolectoras[1]

J. A. Barceló**, I. Briz**/*, I. Clemente*,
J. Estévez**, L. Mameli**, A. Maximiano**,
F. Moreno*/**, J. Pijoan**, R. Piqué**,
X. Terradas*, A. Toselli*, E. Verdún**,
A. Vila*, D. Zurro*.

*Dept. d'Arqueologia i Antropologia-IMF.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

**Dept. de Prehistòria (Unidad Asociada al CSIC).
Universitat Autònoma de Barcelona.

**Abstract.** This work was formulated as a consequence of considering the necessity of a value theory (that is, an economical theory), in archaeology. From our materialist perspective, that would allow us to set the basis for an objective analysis of past societies, understanding that only through the knowledge of their material life conditions and their social organization we would be able to know their historical becoming.

We were reaching a common index that would make possible to compare different occupations and sites in *Tierra del Fuego*. This index would be used to make inferences about the amount of work invested in every occupation, amount of work that could be understood as the duration of the occupation or as the amount of people in that camp-site.

On the other hand, on the basis of the Main Contradiciton formulation, we could establish a mechanism to quantify different participation in the production cycle and the existing differences in the access to the consumption of what has been produced. This will drive us to the formulation of a method to identify social explotation.

**Resumen.** Este trabajo surgió como consecuencia de varias preocupaciones. En primer lugar, considerábamos, desde hacía ya tiempo, la necesidad de una teoría del valor (económica, por tanto), en Arqueología; preocupación compartida con otros investigadores/as. Desde nuestra perspectiva materialista, ello nos había de permitir sentar las bases para un análisis objetivo de las sociedades prehistóricas, entendiendo que tan sólo a través del conocimiento de las condiciones materiales de vida, y de la estructuración u organización de las relaciones sociales, podremos llegar a conocer el devenir histórico de las mismas.

Buscábamos un índice, un común denominador, que nos permitiera poder comparar diferentes ocupaciones y yacimientos actualmente (y desde hace ya más de una década) en estudio en Tierra del Fuego (Argentina).

Este índice debería permitirnos, por un lado realizar inferencias sobre la cantidad de trabajo invertida en cada ocupación de los diferentes asentamientos *Yámana*. Lo cual po-

[1] En el proyecto «Determinación de las causas de la variabilidad del registro arqueológico en sociedades cazadoras-recolectoras a través de un ejemplo etnoarqueológico». Proyecto I+D (coordinado) en el Marco del Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica. Dirección General de Investigación. Ministerio de Ciencia y Tecnología. BHA 2002-04109-C02-01.

dría ser interpretado en clave de tiempo de ocupación o de cantidad de personas ocupando el sitio. Y por otro lado, y sobre la base de la formulación de la Contradicción Principal, podría establecer un mecanismo que nos permitiera cuantificar la participación diferencial en la producción y las disimetrías en el acceso al consumo de lo producido, estableciendo un «cálculo» para la identificación de la explotación.

Este último interés tiene mucho que ver con el aceptado concepto de «sociedades igualitarias» aplicado a las sociedades cazadoras recolectoras, concepto cuestionable en tanto que surge de una aproximación androcéntrica.

Este trabajo ha sido posible, en el caso de la sociedad *Yámana*, gracias a la exhaustiva y variada información etnográfica confrontada a una completa información arqueológica.

El objetivo final es conseguir generar propuesta metodológica contrastada que nos permita este tipo de acercamientos a sociedades cazadoras-recolectoras prehistóricas.

## Introducción: ¿Por qué se necesita el cálculo del valor?

Desde el Evolucionismo decimonónico hasta la Postmodernidad del Tercer Milenio las sociedades cazadoras eran consideradas como una combinatoria entre ciertos aspectos, que desde el capitalismo se consideraban innatos y originales al ser humano y comunes en todas las sociedades, con otros caracteres exponentes de un «comunismo primitivo». En las caracterizaciones más depuradas se consideraba que en estas sociedades igualitarias tanto los medios de producción como la propia fuerza de trabajo eran de propiedad colectiva, estando el trabajo caracterizado por una división técnica de colaboración/complementación basada en diferencias biológicas.

Frente a esta imagen, hemos planteado en trabajos previos que las sociedades cazadoras recolectoras estaban en constante desequilibrio (Estévez, 1979), que tanto la organización social como los instrumentos de producción son elementos que posibilitan alternativas frente a la mera dependencia de las condiciones ambientales (Estévez y Carbonell, 1977). Y, que a partir de un cierto grado de desarrollo biológico, social y técnico, la producción-reproducción en estas sociedades se convirtió en una contradicción antagónica, de manera tal, que la continuidad del «modo de producción cazador» tuvo que resolverse en la esfera política (Estévez *et alii,* 1999). En la evidencia arqueológica y etnográfica de las sociedades cazadoras-recolectoras existen indicadores de la existencia de restricciones en la producción de bienes y de fuerza de trabajo, y a la vez de la actuación de mecanismos de control ideológico.

## Propuesta: el papel fundamental del trabajo

El elemento común denominador y definidor de toda sociedad humana es el *trabajo*, definido (Marx, 1984) como la interacción entre los agentes de producción (la fuerza de trabajo, las personas) y aquello que es modificado (el medio/objeto/producto del trabajo). Por tanto, toda sociedad humana se construye, históricamente, a partir de la fuerza de trabajo (la gente) y en torno al trabajo. Pero la finalidad social del trabajo es la continuidad de la sociedad, que a su vez implica la inversión de fuerza de trabajo en la producción y socialización de los mismos seres humanos.

La socialización significa su formación para integrarlos en nuevos procesos de producción. En tanto que procesos de producción, la formación como hombre o mujer, y su integración en los sus correspondientes «roles» sociales, están histórica y socialmente determinados. Lo esencialmente humano en estas actividades de producción radica en su carácter social e histórico.

Las formas, concretas e históricas de organizar los procesos y las relaciones sociales de producción (entendida de forma global, como *ciclo de producción*) son «estrategias organizativas». Estas son pues la manera en que se organizan mujeres y hombres en la gestión —obtención, transformación y distribución— de los recursos (incluyendo los propios recursos —seres— humanos).

El producto obtenido mediante esas estrategias son tanto bienes como individuos (medios de producción y fuerza de trabajo). Los bienes (alimentos, medios de producción) y las mismas personas son sucesivamente bien producido y medio de reproducción. Así, podríamos decir que se produce para consumir y se consume para producir, tanto en relación al consumo alimentario y uso de objetos como en lo que concierne a los propios agentes sociales.

## Producción y reproducción. Bases para un modelo teórico

Desde esa perspectiva puede considerarse que «producción/consumo» (Briz, 2002) por un lado, y «producción de bienes/reproducción de fuerza de trabajo», por otro, forman unidades dialécticas de contrarios. Pero nos interesa, a nivel analítico, insistir en esas dualidades ya que, como acabamos de señalar, pensamos que en las sociedades cazadoras recolectoras la causa del cambio no es externa a la sociedad y a su organización. El cambio se genera dentro, como consecuencia del antagonismo que surge en esas unidades de contrarios. Las diferentes formas en que se organizan hombres y mujeres para producir y reproducirse en sociedades cazadoras-recolectoras deben solventar principalmente el carácter contradictorio antagónico que se establece entre la Producción y la Reproducción. La Contradicción en ese nivel de relaciones sociales se resuelve mediante el establecimiento de controles sobre la reproducción, la producción y el consumo. Se generan y regulan valores sociales (subjetivos) para los dos tipos de producto obtenidos: bienes y personas.

El valor real objetivo de los bienes producidos se subjetiva relativizando el trabajo. El valor real de las personas producidas se subjetiva a través de la valoración social y política de la gente. En consecuencia, se establece una diferenciación en el valor social del trabajo de hombres y mujeres (en detrimento de las mujeres), que tiene su explicación en última instancia en la necesidad de limitar la reproducción humana (restringiendo el número de mujeres) en relación a la capacidad de renovación de los recursos del medio para mantener el control sobre su reproducción y permitir así la continuidad de la organización social.

Según nuestra tesis, de poco sirve analizar los procesos de transformación (de explotación) del medio histórico si no podemos ponerlos en relación con los de producción de seres humanos y, sobre todo, si no somos capaces de evaluar de qué forma (causa y morfología) se genera la valorización subjetiva que mantiene el funcionamiento de esas sociedades cuando alcanzan su máximo desarrollo.

## Teoría del valor

Es en este sentido que consideramos indispensable la utilización de las categorías clásicas del materialismo histórico relativas al valor.

Distinguimos así entre un *Valor Real Objetivo* (equivalente a la cantidad de trabajo invertido) y un Valor Subjetivo derivado del Valor de Uso (del producto), pero relativamente independiente de él. Esta valoración está políticamente mediatizada y transfiere su valor subjetivo a la fuerza de trabajo. La comparación del Valor Real Objetivo con el Valor Subjetivo nos permitirá inferir una medida del grado de explotación. En esta dirección conviene recordar que, de manera general, un individuo o grupo estará explotado si tiene alguna situación alternativa mejor dentro de su contexto socio-histórico. También se puede considerar que un agente social está explotado si no le es posible consumir bienes que incorporan la misma cantidad proporcional de trabajo que él/ella ha desarrollado (Roemer, 1982). Esto es, si recibe/obtiene proporcionalmente menor valor de uso que el valor real objetivo (de tiempo) que ha gastado produciendo.

Consecuentemente, para saber cómo la Contradicción Principal en sociedades cazadoras recolectoras *plenas* determina la explotación deberemos analizar la «Gestión del valor social del producto» (es decir del Valor Subjetivo).

## ¿Cómo se calcula arqueológicamente el valor en sociedades cazadoras recolectoras? Necesidad en arqueología de una teoría observacional

El *Valor Objetivo* (o real, es decir la cantidad de trabajo invertido), desde la teoría económica clásica, está en relación (inversa) al desarrollo de las fuerzas productivas. A éste, al *Valor Objetivo*, materializado en una cantidad y calidad de materia modificada (bienes, desechos y residuos), nos hemos podido acercar desde la arqueología mediante la experimentación con variables controladas, la reproducción heurística de procesos y productos, el análisis de modificaciones (macro, microscópicas y elementales), mediante el conocimiento de las leyes físicas y químicas de transformación de la materia, etc... siempre diseñados para la resolución de problemas arqueológicos concretos (Briz, 2004; Briz *et alii*, 2005; Clemente, 1997; Mameli y Estévez, 2004; Piqué, 1999; Terradas, 2001) En ese apartado también han sido importantes las contribuciones desde la analogía etnográfica y, posteriormente, desde la Etnoarqueología de los años setenta y desde la Tafonomía arqueológica.

Esta estimación del Valor Objetivo que se obtendrá mediante el análisis de la representación arqueológica de los instrumentos de producción y del producto conseguido y de su contextualización nos permite comparar distintos registros y ocupaciones entre sí y evaluar el desarrollo cuantitativo y cualitativo de las fuerzas productivas.

Pero ¿cómo podemos acercarnos arqueológicamente al Valor Subjetivo? Parecería que ese valor social no queda patente directamente en la «evidencia» arqueológica y tal vez sea así por las limitaciones del registro arqueológico existente hoy, pero creemos que no «tiene» porqué ser así, y que se pueden desarrollar los instrumentos conceptuales para lograr evaluarlo generando el registro oportuno.

Dado que el consumo es la negación dialéctica de la producción, buscar las disimetrías entre producción y consumo (quién produce/quién consume) puede ser un camino abierto para esta investigación arqueológica. Es decir, es a través de la confrontación arqueológica entre producción-consumo (en su materialización arqueológica) como debemos identificar la contradicción social esencial, motor de las sociedades del pasado.

## Importancia de la etnoarqueología

El propósito de este trabajo es presentar (en base a ejemplos de Tierra del Fuego) un método que nos permita estimar el Valor subjetivo de la producción y de la reproducción, y confrontarlo con el valor *objetivo* (que en teoría ya se puede calcular). Pretendemos pues cuantificar esos valores en una sociedad cazadora-recolectora concreta, bien conocida etnográfica y arqueológicamente, para evaluar la posibilidad de análisis de la explotación de un segmento de la población por otro. La información etnohistórica y arqueológica es utilizada aquí primero para caracterizar el proceso de generación del Valor Objetivo: obtenemos un índice relativo basado en la cantidad de trabajo socialmente necesario para la reproducción de esas agrupaciones humanas.

Así en una primera aproximación hemos podido evaluar el trabajo relativo invertido en diez ocupaciones sucesivas del yacimiento Túnel VII (Estévez y Vila, e. p.).

La información etnohistórica, por su parte, nos permite también evaluar el Valor Subjetivo y su materialización en los procesos de producción y consumo. Finalmente, por medio de excavaciones y análisis arqueológicos comprobaremos cómo se materializa en el registro arqueológico. Reenfocando la encuesta arqueológica para conseguir ese objetivo podremos evaluar qué instrumentos metodológicos o teóricos deberemos desarrollar. Así pues, confrontando Etnografía y Arqueología de las mismas sociedades, reenfocando la metodología estándar en Arqueología de cazadores-recolectores, adecuando la encuesta arqueológica a la consecución de estos objetivos conseguiremos evaluar qué instrumentos metodológicos o teóricos debemos desarrollar.

## ¿Por qué el caso *Yámana*?

Nuestro objeto de estudio es la sociedad *Yámana* de Tierra del Fuego. A partir del análisis de las fuentes etnohistóricas pudimos contrastar tanto la existencia como la morfología concreta de la Contradicción Principal así como su funcionamiento. Posteriormente abordamos el estudio arqueológico de esa misma sociedad descrita etnográficamente (p. ej.: Estévez y Vila, 1996; Vila, 2004)) para evaluar si era posible llegar a las mismas conclusiones a partir exclusivamente de evidencias arqueológicas.

El hecho de haber escogido la sociedad *Yámana* se debe a diversos factores.

Al no tener acceso a una frontera agrícola previa al momento etnográfico, la sociedad *Yámana* no recibió ni la presión ni elementos de las sociedades agrícolas prácticamente hasta finales del siglo XIX, momento en que se establecieron allí misioneros. En esto la situación es muy distinta a la de otras sociedades cazado-

ras que habían mantenido relaciones y generado un *status quo* (de arrinconamiento o complementariedad) con pueblos agro-pastoriles antes de su descripción etnográfica (véase, p. ej.: los grupos bosquimanos, pigmeos, amazónicos o de Norteamérica).

Otro factor importante fue la existencia de múltiples y variadas informaciones generadas por viajeros y etnógrafos desde el siglo XVI: al haber intervenido diferentes informantes de diferentes épocas es relativamente fácil reconocer el sesgo subjetivo en esas informaciones. Por otra parte, existen obra recopilatorias exhaustivas e importantes generadas (v.g. Hyades y Deniker, 1891; Gusinde, 1937) en los momentos previos a la desaparición social de la gente *yámana*. Fue entonces cuando se recopilaron informaciones tanto sobre actividades productivas como reproductivas (ideológicas y físicas), con lo cual la imagen social que podemos obtener de su sociedad incluye todos los aspectos.

Añadiendo al conjunto de dichas informaciones (Orquera y Piana, 1999a) los análisis efectuados por nuestro equipo sobre objetos depositados en museos etnográficos hemos conseguido elaborar una completa síntesis crítica de los procesos de producción y reproducción (Vila y Estévez, en este volumen).

Desde el punto de vista arqueológico resaltamos una vez más que la buena conservación, alta visibilidad de los sitios arqueológicos, etc... nos permitieron escoger sin demasiados problemas yacimientos coincidentes con las informaciones etnográficas más «completas» (Túnel VII, *Lanashuaia*, *Alashawaia*, *Mischiuen* III, Cabaña Remolino).

El previo trabajo arqueológico realizado por nuestros colegas argentinos nos proporcionó además una profundidad temporal que alcanza hasta el primer momento de ocupación de la zona conocido, datado en más de 6.000 años (Orquera y Piana, 1999b).

Ello era importante en tanto que nos ofrecía la posibilidad de realizar los análisis en clave de proceso histórico.

Y, finalmente, es importante destacar que el medio ambiente actual está escasamente antropizado, por lo que el registro paleoecológico era fácilmente contrastable y los procesos tafonómicos podían ser controlados (vg. Mameli, Barceló y Estévez, 2002; Estévez y Mameli, 2000).

## Estudio de la producción y consumo de bienes para el cálculo del valor objetivo

Para llevar a cabo nuestra propuesta, es necesario trabajar con una serie de categorías analíticas que nos permitan calcular, siempre de forma relativa, el trabajo invertido en cada una de las transformaciones que sufren los materiales; desde su extracción de la naturaleza hasta llegar a ser consumidos, ya sea directamente como alimento o mediante su uso (en el caso de los instrumentos de trabajo).

Todas las categorías empleadas hacen referencia a la modificación antrópica de la materia así como a los diferentes roles desempeñados sucesivamente por los productos en los procesos de trabajo y consumo. La producción de esos *bienes* se objetiva en procesos de trabajo concretos que pueden ordenarse en secuencias de producción y que debemos desglosar ya que la unificación de los diferentes estadios de modificación a que se ven sometidos los recursos enmascara una realidad mucho

más compleja y homogeneiza, procesos que entrañaban preparaciones e inversiones de trabajo muy diferenciadas.

El conjunto de las etapas o fases, necesarias e imprescindibles para la obtención de los productos buscados, constituye un proceso de trabajo. En el estudio de la producción de bienes diferenciamos la siguiente secuencia de transformación: *obtención, extracción, elaboración y ensamblado.* Esta secuencia no es necesariamente lineal, directa ni completa para todos los bienes producidos. Durante la misma los productos pasarán por las siguientes categorizaciones:

1. Recursos.
2. Materia bruta.
3. Materia prima obtenida.
4. Materia prima extraída.
5. Materia prima elaborada: componente, bien instrumental o bien condicionante.

En primer lugar la Naturaleza proporciona distintos *recursos* que pueden ser sometidos a transformaciones por parte de la fuerza de trabajo con el objetivo de obtener unos bienes determinados. Los recursos constituyen la materialidad (mineral, vegetal y animal) existente en la Naturaleza, una vez que ha mediado un proceso de reconocimiento o *selección social* al ser considerados útiles para obtener bienes con determinado valor de uso. Toda materialidad natural es un recurso potencial, pero sólo aquellas materias seleccionadas por una sociedad determinada pasan a convertirse en recurso natural. Por ejemplo, para un grupo fueguino son recursos: un bosque de lengas, una manada de guanacos o un depósito glacial con cantos de rocas piroclásticas. El gas natural en cambio no lo podía ser, ya que sólo puede ser reconocido como recurso por las sociedades que lo necesitan y que disponen de la tecnología para su aprovechamiento.

La *materia bruta* es la que proviene directamente de la Naturaleza y es *individualizada* e *incorporada* a una dinámica socioeconómica. Son materia bruta, por ejemplo, determinados árboles del bosque disponibles para ser cortados (renovales de lenga), un guanaco, o un bloque de riolita.

El primer paso es el de la *obtención* de materia prima. *Materia prima* es toda materia bruta (mineral, vegetal o animal) que ha sufrido ya una modificación cualquiera (extracción, transporte, transformación) que implique trabajo. Para superar el problema que se plantea al analizar la actividad productiva de sociedades Cazadoras Recolectoras hemos preferido establecer la categoría de «*materias primas obtenidas*». Son aquellas que, sin haber sido elaboradas o modificadas en su forma o cualidad, tienen trabajo de obtención acumulado (caza, recolección, transporte). De considerar estos elementos como materia bruta, estaríamos admitiendo que las sociedades cazadoras-recolectoras no producen. Pero lo importante no es lo que se hace (p. ej.: matar un animal), si no cómo se hace (a través de relaciones sociales de producción específicas). El trabajo de obtención reúne los trabajos de localización de materias brutas, de selección, recolección inicial y traslado. Es importante considerar que una misma materia prima ha podido ser obtenida de maneras diferentes. Por ejemplo, en nuestro caso específico, y tomando en consideración nuestro conocimiento etnográfico de la sociedad no podemos individualizar como categoría aislada «el pescado», ya que éste se obtiene por medio de acciones diversas.

Así, en el análisis, se distinguen dos categorías de pescado: atrapado de manera individualizada por medio de líneas de pesca, o bien recolectado en grandes cantidades en ocasión de un varamiento en la playa. Lo mismo es aplicable en el caso de la caza de aves: cazadas con garrote en las zonas de nidificación, entrampadas, cazadas con arco y flecha o abatidas con arpón de manera ocasional durante la caza de otros animales.

Las materias primas son sometidas nuevamente a un trabajo de *extracción.* Esta *materia prima extraída*, puede seguir siendo transformada o ser consumida y/ o utilizada directamente. Por ejemplo: el lobo cazado es la materia prima obtenida, y diversos tipos de trabajo (evisceramiento, despellejamiento, troceado, etc.) proporcionarán bienes consumibles y/o materias primas extraídas.

Las materias primas modificadas mediante la extracción pueden ser transformadas otra vez (con nuevo trabajo de *elaboración*) con el fin de obtener bienes: instrumentos o componentes de nuevos bienes; es decir, *materia prima elaborada.*

Los tipos de trabajo habituales en esta etapa del proceso de producción serán:

- *Formatización:* Cambio de forma pero no de cantidad o cualidad, p. ej.: modelado.
- *Cambio de cantidad:* Cortar, segmentar, etc...
- *Cambio de cualidad:* Cambio de propiedades físicas: pirotecnología, provocación de reacciones químicas.
- *Cambio de contexto:* Ensamblado por superposición, inserción, yuxtaposición. Hay algunos bienes para los cuales se necesitan productos procedentes de distintos trabajos de transformación sobre diferentes tipos de materias primas. Uno de los casos paradigmáticos sería el del arco y la flecha.

El trabajo produce distintos tipos de bienes, o de componentes de los mismos.

Un *bien instrumental* es aquel producto que permite la obtención de nuevos bienes de consumo mediante la transformación de materias primas de cualquier naturaleza. Posibilitan el aumento de la capacidad humana de producción y elevan la energía de la fuerza de trabajo más allá de sus limitaciones fisiológicas. Incluyen los objetos extractivos (con los que se consiguen alimentos o materias primas) y los instrumentos (cuya función es formatizar la materia prima): un cuchillo, una rama pelada, cortada y hendida en un extremo para formar una horquilla...

Un *bien condicionante* es aquel que contribuye a (re)producir las condiciones necesarias para obtener un determinado bien de consumo o la satisfacción de una necesidad concreta. Estos incluirían por tanto los utensilios de mantenimiento (es decir los que contribuyen a la producción de las condiciones necesarias de producción y consumo de otros bienes): por ejemplo, un carcaj no es un bien instrumental en sí mismo, pero contribuye a crear las condiciones necesarias para transportar y mantener el instrumental de caza. Igualmente lo seria un cubo, que permite transportar y almacenar agua. También incluyen aquellos items socio-técnicos, es decir quellos relacionados con la (re)producción de las relaciones sociales, las instituciones y la ideología.

En el proceso de producción de bienes, y como consecuencia de la obtención de los bienes buscados, se derivan además otra serie de productos: *desechos* y *residuos*. Los residuos resultantes de cualquier paso de este proceso de transformación pueden ser re-conceptualizados, reciclados y pasar a convertirse en materia

prima en un proceso sucesivo. Así, un hueso, residuo final del consumo alimenticio puede pasar a ser materia prima en un proceso de fabricación de un punzón, o un fragmento de cualquier instrumento de madera roto puede pasar a ser combustible en una hoguera, es decir un bien condicionante en otro proceso de trabajo produciendo luz y calor.

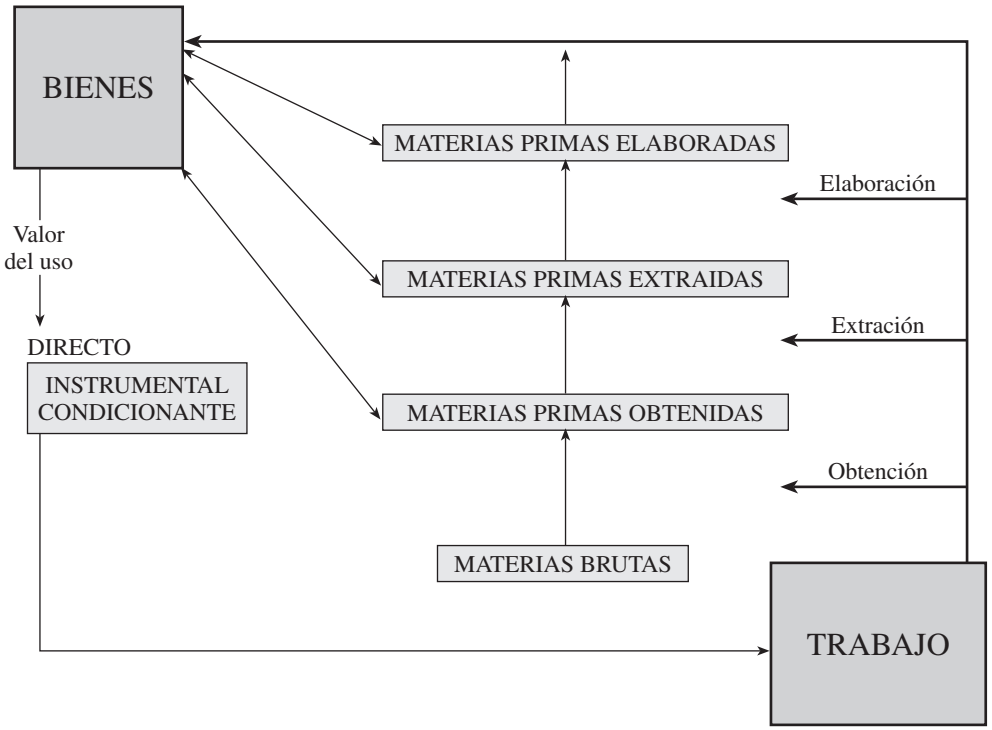



Figura 1. Proceso de producción de bienes.

Esta descomposición analítica de las formas de trabajo documentadas etnográficamente nos ha permitido construir una base de datos etnoarqueológicos, en la que los objetos de estudio son las consecuencias materiales del trabajo. Cada componente (cada objeto conocido de la sociedad *yámana*) de la base de datos se considera por separado y conjuntamente. El trabajo realizado hasta el momento ha permitido enumerar alrededor de una treintena de materias primas obtenidas y más de 50 ejemplos de materias primas extraídas, que han generado más de 200 casos distintos de materias primas elaboradas para otros tantos bienes ensamblados.

## Estimación cuantitativa del valor objetivo

Una vez analizado el mecanismo general de producción podemos ya estimar el valor objetivo de lo producido cuantificando la cantidad de trabajo necesaria para la producción de todos y cada uno de los elementos.

El análisis se lleva a cabo separadamente para materias primas obtenidas, extraídas y elaboradas, así como para bienes ensamblados.

En el caso de las Materias Primas Obtenidas se han estimado los siguientes calificadores del trabajo:

- Tiempo de acceso a la fuente del recurso (escala de 1 a 8).
- Disponibilidad Temporal (Constante, esporádica, estacional).
- Disponibilidad Espacial (Continua, Discontinua, Concentrada, Escasa).
- Peso transportado desde zona adquisición (hasta 10 kg, 10-40 kg, más de 40 kg).
- Complejidad Técnica (1 técnica simple directa: sin instrumento, 2 técnica simple indirecta pasiva con instrumento, 3 técnica simple indirecta activa con instrumento, 4 técnica simple indirecta pasiva con instrumentos, 5 técnica simple indirecta activa con instrumentos, 6 técnica compleja con varios instrumentos). Se entiende como *simple* aquella en la que el bien se obtiene en una solo proceso, *directa* en la que no interviene un instrumento de trabajo, *activa* aquella en la que el sujeto ejerce una acción o fuerza en el momento de la obtención del bien frente a la pasiva, en la que el instrumento actúa mediante un mecanismo autónomo (una red o trampa, por ejemplo).
- Fuerza de Trabajo (1 persona, 2 personas, una unidad mínima de reproducción, más de una unidad de reproducción). A modo de ejemplo: una unidad mínima de reproducción en el caso *Yámana* es la formada por mujeres y hombres, niños y niñas que se desplazan en una canoa y comparten cabaña (normalmente unas siete personas).
- Tiempo de Adquisición (directo, jornada parcial, jornada completa, varias jornadas). *Directo* aquí significa la adquisición instantánea después de iniciado el proceso de trabajo: la recolección de frutos para su inmediato consumo, la absorción de agua, por ejemplo).

En el caso de las Materias Primas Extraídas, Elaboradas y Bienes Ensamblados, los calificadores del trabajo son:

- Las tres últimas categorías anteriores (Complejidad Técnica, Fuerza de Trabajo, Tiempo de Adquisición (considerado como el tiempo invertido en el conjunto de los procesos concretos de elaboración o formatización además del ensamblado).

y además:

- Valor objetivo del objeto de trabajo (Calculado como la suma ponderada de las variables que califican Materias Primas Obtenidas).

Como ejemplo veamos en detalle la estimación del valor objetivo de las Materias Primas Obtenidas (fig. 2) Para ello se ha efectuado un Análisis de Componentes Principales Categóricos en dos dimensiones. Este procedimiento es muy semejante a un Análisis de Componentes principales clásico y permite reducir un conjunto original de variables ordinales a un conjunto menor de variables independientes que representen la mayor parte de la información contenida en el grupo original de variables al explicar la mayor parte posible de la variación de éste. En nuestro caso, el análisis explica cerca del 75 por 100 de la varianza total.

Es de destacar la correlación significativa entre las variables Tiempo de Acceso, Disponibilidad temporal, Disponibilidad Espacial, por un lado, y la correlación entre Tiempo de Adquisición y Complejidad Técnica, por el otro. La falta de relación

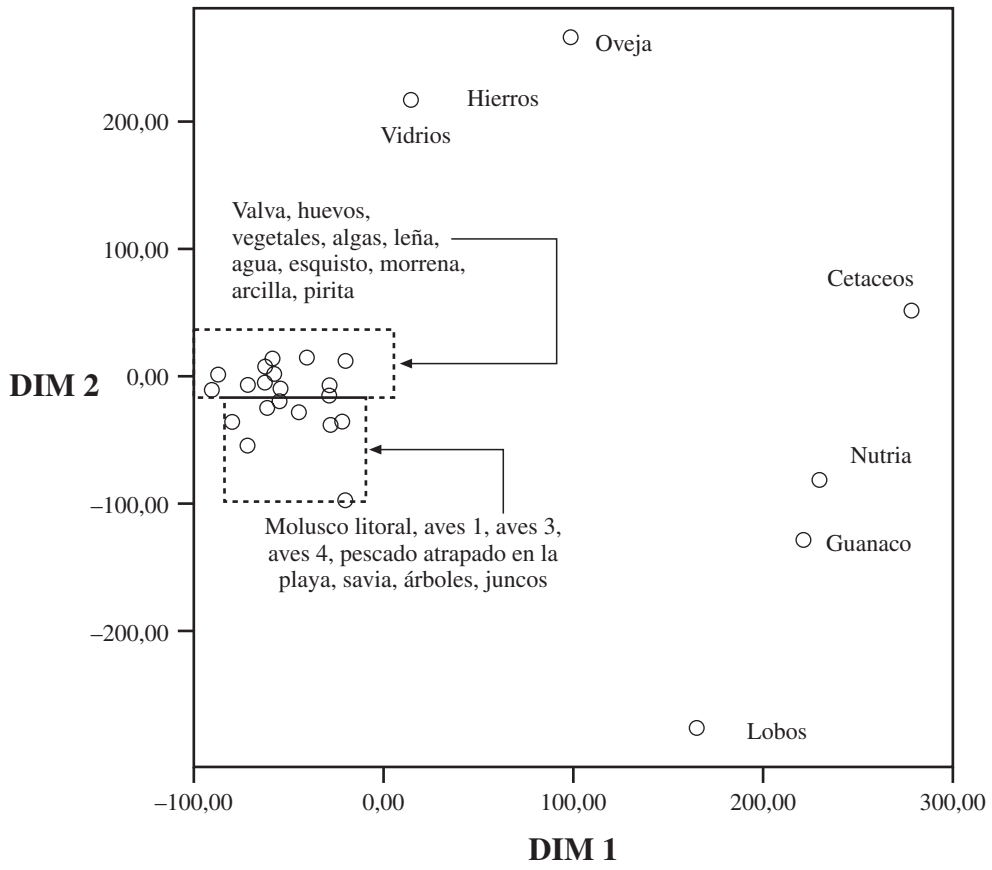



Figura 2. Análisis de Componentes Principales Categóricos. Acciones de trabajo representadas: Recolección de: valva, huevos, vegetales, algas, leña, agua, savia, juncos, esquisto, piedras morrénicas, arcilla, pirita, rocas abrasivas, molusco litoral, molusco de aguas profundas. Cortar árboles; obtener corteza de ciertos árboles. Caza de: aves (cazadas con arpón, cazadas con arco y flecha, entrampadas, cazadas a golpes), pescado atrapado en la playa, pescado atrapado con línea. Caza de: guanaco, carnívoros, cetáceo, lobo. Obtención de recursos coloniales: oveja, vidrio, hierro.

clara de estas últimas con Peso Transportado, sugiere que el valor objetivo de Materias Primas Obtenidas es el resultado de tres componentes independientes: la naturaleza de la materia (Peso), la Disponibilidad de los Recursos, y la Complejidad Técnica del Proceso de Trabajo. El hecho de que la variable Fuerza de Trabajo se ubique en el centro del gráfico refuerza la impresión general que la cantidad e intensidad de trabajo depende de esos tres factores.

Estos resultados se confirman al representar las puntuaciones de los objetos.

Con el fin de agrupar los resultados significativos del análisis anterior, se ha realizado un análisis de conglomerados no jerárquico (k-medias). De esta manera se obtiene una clasificación significativa estadísticamente de las distintas formas de trabajo e obtención de materia prima, agrupadas en términos de la cantidad de trabajo necesaria para cada una de ellas:

- VALOR DE USO = 1. Selección y Recolección poco intensivas en trabajo de materias cuya disponibilidad sea previsible. Por ejemplo: recoger agua, valva, huevos, vegetales, algas, leña, esquisto en la playa, materia lítica en las morrenas, arcilla, pirita y rocas abrasivas.

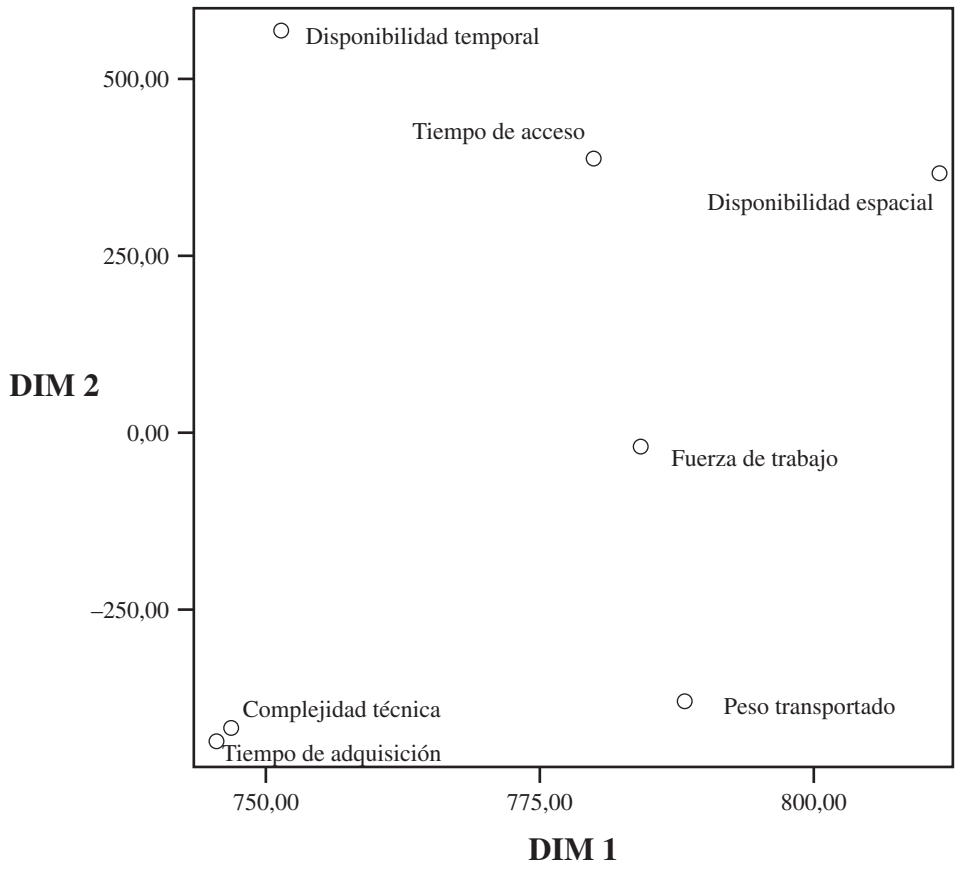



Figura 3. Análisis de componentes principales categóricos de las variables utilizadas para describir las acciones de trabajo de obtención.

- VALOR DE USO = 2. Selección y recolección más intensivas en trabajo de materias cuya disponibilidad no es siempre previsible: molusco litoral, aves cazadas con arpón, aves cazadas con arco y flecha, aves entrampadas, pescado atrapado en la playa, savia, árboles, juncos.
- VALOR DE USO = 3. Selección y recolección de materias originalmente concentradas en el espacio y en el tiempo, obtenidas colectivamente con instrumental específico: molusco de aguas profundas, aves cazadas a golpes, pescado atrapado con línea, corteza entera...
- VALOR DE USO = 4. Selección y recolección de material exótico de procedencia europea, intercambiado o recogido: oveja, vidrio, hierro...
- VALOR DE USO = 5. Caza de animales terrestres: guanaco, carnívoros...
- VALOR DE USO = 6. Carroñeo sistemático organizado de cetáceo varado.
- VALOR DE USO = 7. Caza de Mamífero Marino (lobos marinos).

La estimación del Valor Objetivo de las Materias Primas Extraídas, Materias Primas Elaboradas, y Bienes Ensamblados se hará de manera similar, utilizando el valor estimado del objeto de trabajo cuya transformación da lugar al producto buscado o derivado. Igualmente, se tienen en cuenta aquellos bienes cuyo uso sea directo, una vez obtenida la materia prima. Ese es el caso del agua, de un canto de piedra usado como percutor, etc.

## Estudio de la producción de la fuerza de trabajo

Consideramos que el comportamiento de los seres humanos está condicionado histórica y socialmente por el objetivo de garantizar la reproducción del sistema social. Las sociedades humanas han generado ideologías que legitiman el orden establecido y posibilitan la continuidad del mismo a través de generaciones. Para ello, todo individuo es objeto de un proceso de socialización que se inicia en la infancia. Éste le convertirá en un adulto o en una adulta que podrá formar parte de su sociedad. Las personas constituyen la fuerza de trabajo, y su reproducción debe ser considerada un proceso productivo analizable aplicando unas pautas paralelas a las descritas en el apartado anterior para el proceso de producción de bienes.

En este símil, el objeto de trabajo sería el ser biológico, la acción de trabajo es la socialización mientras que el resultado material del mismo, el producto final deseado, sería el ser social, que pasará a ser «consumido» cuando su trabajo sea utilizado en beneficio de todo o parte del grupo.

El proceso de producción del ser social se inicia con la obtención de materia prima. En él son las mujeres las que invierten energía el grueso de la energía (durante el embarazo y el parto). Ese proceso se iniciaría con los trabajos previos necesarios para los acuerdos matrimoniales. La *Materia prima obtenida* es la mujer embarazada, y el neonato se convierte en el equivalente a lo que hemos denominado *Materia prima extraída*. Las necesidades de la sociedad influirán decisivamente sobre las preferencias en este sentido. Pudiendo, llegado el caso a decidir la eliminación (el infanticidio) de aquellos individuos que por razones de sexo o por sus características físicas no sean considerados deseables (Mathieu, 1985).

Los individuos producidos (el equivalente a Materia prima extraída) requiere, como hemos dicho, de un proceso de transformación para su conversión en *Materia prima elaborada* (= mujer y hombre socialmente útiles, es decir integrados en el ciclo productivo y reproductivo de la sociedad). Esta transformación es la «educación», que se lleva a cabo según las normas de la comunidad o grupo concreto, y cuyo objetivo es conseguir un ser identificado con esta comunidad, que cumpla con las obligaciones que le correspondan por razones de edad o sexo, y pueda así dar continuidad a la sociedad.

Los trabajos de mantenimiento, o mejor dicho, de producción de las condiciones de reproducción social, tienen lugar a lo largo de toda la vida. Como tales pueden ser considerados tanto los que permiten la supervivencia biológica (alimentación, higiene, atención infantil, cuidado de enfermos e incapacitados...), como los que sirven de recordatorio de las normas sociales entre los individuos ya socializados (ritual, ceremonia, mitos, juegos...). El objetivo de éstos últimos puede considerarse que es el de eliminar o reconducir posibles «disidencias» al modelo social imperante, que es lo que en definitiva se trata de reproducir y continuar.

El producto final es la fuerza de trabajo (Ruiz del Olmo y Briz, 1998), para cuya obtención se ha invertido a lo largo de todo el proceso un determinado tiempo de trabajo. Al igual que en el caso del proceso de producción de bienes también es posible cuantificar aquí el valor objetivo del bien resultante.

Para el ejemplo *Yámana* una primera aproximación (Vila y Ruiz del Olmo, 2001; Barceló, Vila y Argelés, 1994) llevada a cabo a partir de la información etnográfica, proporcionada entre otros por Gusinde, Hyades y Deniker etc., nos permitió ver la plasmación de un funcionamiento no igualitario en estos procesos de producción de la fuerza de trabajo.

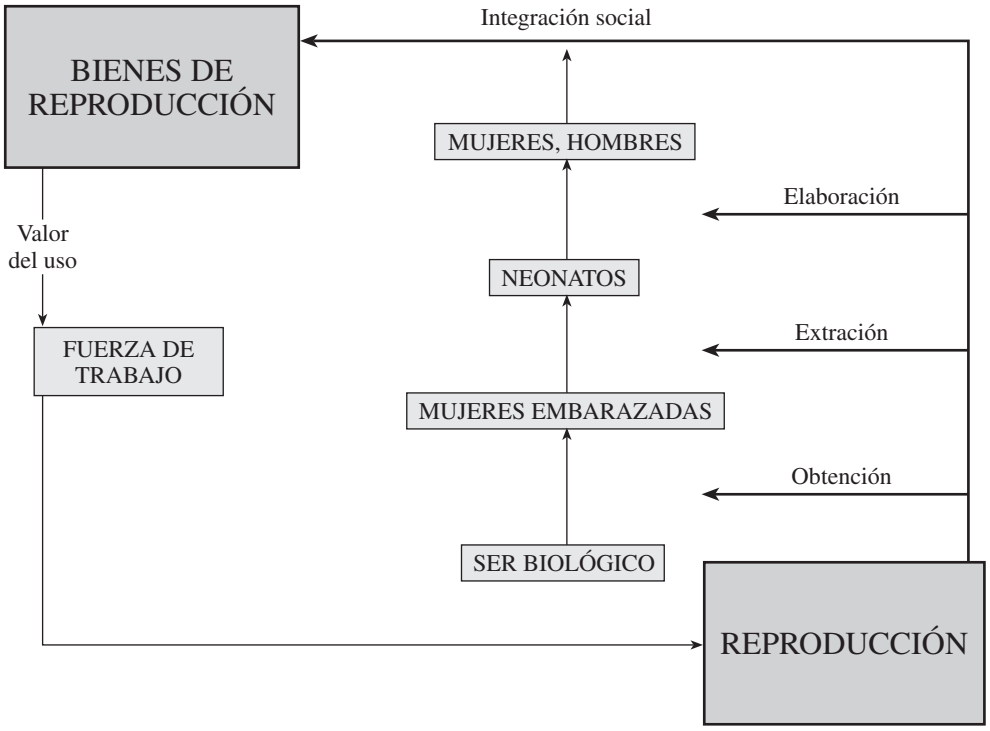



Figura 4. Proceso de producción de la fuerza de trabajo.

Para poder calcular el valor de los distintos objetos de trabajo sobre los que actúa la reproducción así como para medir la complejidad técnica de ese trabajo, hemos tenido en cuenta informaciones etnográficas como las siguientes:

Entre *yámanas* el control de la sexualidad se llevaba a cabo a través del matrimonio, que era pactado entre parientes masculinos; la heterosexualidad, la exogamia y la prohibición del incesto eran la norma. La sexualidad, especialmente de las mujeres, se dirigía a la reproducción; se controlaba la sexualidad prematrimonial femenina y se penalizaba la infertilidad de las mujeres (con el abandono o la toma de otra esposa). Los mecanismos para el control de la sexualidad eran tanto la educación como la intimidación, ya fuese esta última directa (violencia física) o mediada ideológicamente.

Las mujeres tenían de media entre 4-6 hijos (el número depende de la fuente consultada). El aborto intencional y el infanticidio, de niñas y personas con discapacidades, eran habituales. Había gran mortalidad infantil, y no se daba atención a la parturienta con lo que el desgaste físico de las mujeres era muy alto.

La educación era fundamentalmente sexista. Niños y niñas eran entrenados separadamente a partir de los 4-5 años. El «adiestramiento» en lo que se refiere a los procesos de producción se llevaba a cabo bien ayudando a los adultos/as, bien utilizando réplicas de los instrumentos de trabajo (armas, muñecas, maquetas de canoa, etc. como juguetes). Por otra parte eran objeto de educación específica para ser considerados/as aptos para pasar a la vida adulta. Este aleccionamiento se concretaba en el *Ciexaus*, ritual de iniciación durante el cual se les reafirmaba en el papel social que tenían asignado como mujeres o como hombres en la producción y en la reproducción. Mientras a las primeras se las educaba para someterse al marido, a ser sumisas y dóciles y a aislarse de la vida pública, a los hombres se les

enseñaba a interactuar con otros e imponerse a las mujeres. Tenían además un ritual específico, sólo para hombres, para «recordar» este poder masculino: el *Kina*.

La mayor parte de los procesos de mantenimiento de la fuerza de trabajo recaía en manos de las mujeres. Ellas eran las responsables de la atención de neonatos, niños, niñas, hombres, ancianos y ancianas, de procurar por su salud y bienestar. Es evidente que la división del trabajo era muy estricta y no igualitaria. Mientras que el tiempo de trabajo para mujeres era constante, los hombres alternaban trabajos puntuales con largos descansos.

Pese a la mayor inversión de trabajo por parte de las mujeres, éstas estaban explícitamente apartadas de la toma de decisiones del grupo. La explicación para esta «no consideración» la hemos incluido en nuestra propuesta general de control de la reproducción en sociedades cazadoras-recolectoras, que imponía la división sexual de trabajo al pasar necesariamente por la previa desvalorización social de las mujeres a través de la de sus aportes productivos (Estévez *et alii*, 1998).

En el caso *yámana*, todo el mérito de la caza era atribuido a los hombres, a pesar de que las condiciones para la misma eran producidas por la mujer, que remaba en la canoa persiguiendo a las presas y se tiraba al agua a recogerlas, subirlas a la canoa y posteriormente procesarlas.

## Desigualdades en la producción

Todos y cada uno de los elementos producidos contenidos en la base de datos etnoarqueológica han sido descritos también de acuerdo al agente social responsable de su producción (trabajo masculino, trabajo femenino, trabajo infantil masculino, trabajo infantil femenino, trabajo colectivo) y al de quién se beneficia de su uso o consumo (hombre, mujer, niño, niña, etc.).

Utilizando estas variables se puede calcular el grado de diferenciación social en la generación del valor de uso, de cada ítem. Esto se lleva a cabo para cada una de las etapas del proceso productivo, ya se trate de la obtención de materias primas, su extracción o elaboración, para todos los bienes instrumentales y condicionantes. Dicho cálculo no es más que una suma ponderada de las estimaciones relativas de la cantidad de trabajo, corregida por la cantidad necesaria de cada materia y/o producto en un ciclo temporal:

$$\frac{\textit{Cantidad de producto generado} * \textit{valor calculado}}{\text{Cantidad de Producto Consumido}}$$

Así, por ejemplo, para un período estimado de 1 ciclo anual un grupo de 6 personas (tamaño medio de una unidad reproductiva *yámana*) necesita para sobrevivir: *x* kilos de grasa, *x* kilos de carne magra, *x* kilos de combustible... Esas materias debían extraerse del medio y transformarse apropiadamente (mediante la inversión de *x* cantidad de instrumentos, *x* de utensilios) para poder ser consumidas. La cantidad de trabajo necesaria para esa producción (el valor objetivo) puede ser estimada, como lo puede ser la distribución social de ese trabajo, con arreglo a las medidas consignadas en la base de datos. Denominamos Generación del Valor de Uso a esta dimensión.

Construimos una segunda dimensión analítica (Valor Subjetivo) relacionado con la apropiación de dicho Valor de Uso, que integra los resultados de la diferencia entre el valor total de lo consumido y el valor de lo trabajado. Usamos la misma ponderación. Como resultado se obtiene que la cantidad de trabajo necesaria para la subsistencia mínima está desigualmente repartida en las cuatro categorías sociales (hombre, mujer, niño, niña).

De esta manera, se define un modelo de relación bidimensional entre la Generación del Valor de Uso y su Apropiación. La matriz de datos adopta en el caso concreto de la obtención de alimento a partir de lobos marinos, por ejemplo, la siguiente forma (fig. 5):

| Acción | Categoría social | Sumatorio valor generado | Sumatorio valor apropiado |
|---|---|---|---|
| ADQUIRIR LOBO | Hombre | 6 | 6 |
| | Mujer | 7 | 5 |
| | Niño | 1 | 6 |
| | Niña | 1 | 6 |
| EXTRAER CARNE DE LOBO | Hombre | 2 | 5 |
| | Mujer | 6 | 5 |
| | Niño | 1 | 6 |
| | Niña | 2 | 4 |
| TRANSFORMAR CARNE DE LOBO | Hombre | 1 | 6 |
| | Mujer | 7 | 5 |
| | Niño | 0 | 7 |
| | Niña | 2 | 5 |

Figura 5. Tabla con la matriz de datos de la sumatorias del valor generado y el apropiado en el procesado para obtención de alimento a partir de lobos marinos.

La simple agrupación de todas las actividades de cada una de las categorías sociales (hombre, mujer, niño, niña) permite comprobar la existencia de diferencias estadísticamente significativas. Además, si calculamos la regresión entre las dos variables, observaremos, que en el caso de las mujeres, cuanto mayor es la generación de valor de uso, menor es su apropiación, en tanto que en el caso de los hombres, cuanto menor el valor generado, mayor será su apropiación. Conviene tener presente que este resultado no es fruto de una mera abstracción teórica, sino que el coeficiente de determinación calculado (r2) para el caso *yámana* adopta valores significativos. De este modo, creemos que por medio de modelos estadísticos de ajuste no lineales podemos especificar, en el caso de la producción/consumo directo de estos productos alimentarios, la forma concreta de explotación del trabajo.

De este modo, analizando la reproducción en términos de producción de seres humanos y de sus condiciones materiales, pueden estudiarse también las formas concretas de explotación del trabajo y ponerlas en relación con las descubiertas en el caso de la producción de bienes.

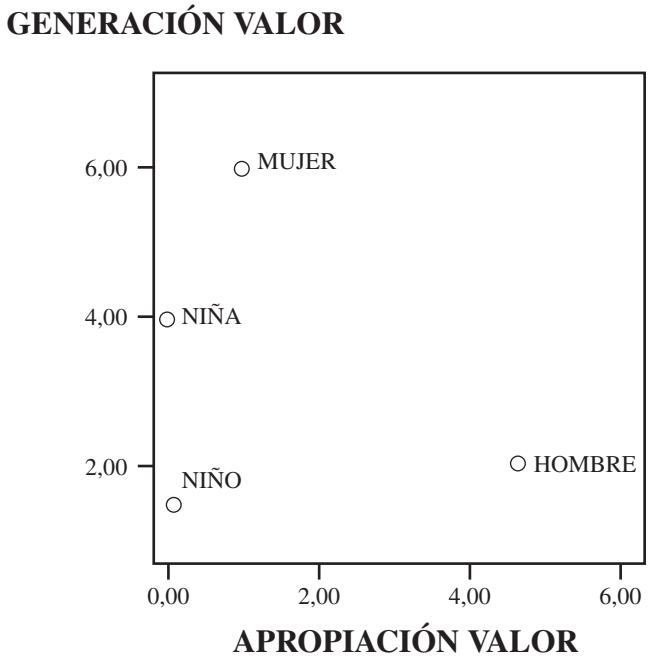



Figura 6. Gráfico del modelo de regresión no lineal que expresa la relación entre generación y apropiación de bienes por sexos entre las unidades de producción *yámana*.

## Conclusiones

En este trabajo hemos mostrado la manera como podemos evaluar las diferencias entre valor objetivo y valor subjetivo tanto en la producción de bienes como en la de sujetos (reproducción) en una sociedad de las llamadas cazadoras-recolectoras. Para ello nos hemos basado en el análisis de la organización de la producción y el consumo de los valores de uso (bienes producidos).

Hemos demostrado que es posible evaluar mediante una cuantificación estas relaciones sociales, y que un tratamiento como éste produce una información imprescindible para caracterizar estas sociedades. En este sentido podemos afirmar que existía discriminación/explotación en (estas) sociedades cazadoras-recolectoras, que no son igualitarias. La discriminación se justifica por y a través de la producción/consumo y tiene una plasmación material. Esa tesis sobre la desigualdad era una parte de nuestro planteamiento inicial. Pero como parte de la metodología etnoarqueológica que proponemos, hemos querido además demostrar que existiendo esa plasmación material es posible poner de manifiesto la desigualdad a través del trabajo arqueológico.

Por último: nuestro interés sería ahora que esta propuesta, o su revisión critica, sea repetidamente aplicada para poder así ir delineando una metodología que nos permita ir más allá de las opiniones y analogías en la representación de las relaciones sociales y de los factores de cambio social en sociedades cazadoras recolectoras prehistóricas.

## Bibliografía

Argelés, T. *et alii* (1994): «Splendor Realitatis:Teoría para una praxis, *Trabalhos de Antropologia e Etnología*, 35(1): 502-507.

Barceló, J., Vila, A. y Argelés, T. (1994): «KIPA: A computer program to analize the social position of women in hunter-gatherer societies», en: Johnson, I. (ed.), *Methods in the mountains*, pp. 165-172, Sydney: Univ. Archaeological Methods Series, 2.

Briz, I. (2002): «Producción y Consumo», en: Clemente, I., Risch, R. y Gibaja, J. (eds.), Análisis funcional. Su aplicación al estudio de las sociedades prehistóricas, pp. 43-51, Oxford: BAR. International Series, 1073, Archeopress.

Briz, I. (2004): *Dinàmiques econòmiques de producció-consum en el registre líticcaçador-recol·lector de l'extrem sud americà. La societat Yámana*, Tesi doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, Publicación electrónica, *http://www.tdx.cesca.es*.

Briz, I., Clemente, I., Terradas, X., Pijoan, J. y Vila A. (2005): «Stone Tools in ethnoarchaeological contexts: theoretical-Methodological inferences», en: Terradas, X. (ed.), *L'outillage lithique en contextes ethnoarchéologiques/Lithic Toolkits in Ethnoarchaeological Contexts. Acts of the XIVth. UISPP Congress. University of Liège, Belgium, 2-8 september 2001*, Oxford: BAR, International Series, 1370, Archeopress.

Carbonell, E. y Estévez, J. (1977): «Avanç de la teoria de la bidirecció», *Cypsela*, 2: 1-5.

Clemente, I. (1997): *Los instrumentos líticos de Túnel VII: una aproximación etnoarqueológica*, Treballs d'Etnoarqueologia, 2, Madrid: UAB-CSIC.

Estévez, J. (1979): *La fauna del Pleistoceno catalán*, Tesis Doctoral, Universidad de Barcelona, inédita.

Estévez, J. y Mameli, L. (2000): «Muerte en el Canal: Experiencias bioestratinómicas controladas sobre la acción sustractora de cánidos», *Archaeofauna*, 9: 7-16.

Estévez, J. y Vila, A. (coords.) (1995): *Encuentros en los conchales fueguinos*, Treballs d'Etnoarqueologia, 1, Bellaterra: UAB-CSIC.

Estévez, J. y Vila, A. (en este volumen): «Colecciones de museos etnográficos en arqueología».

Estévez, J. y Vila, A. (e. p.): «Variability in the lithic and faunal record through ten reoccupations of a XIX century *Yamana* Hut», *Journal of Anthropological Archaeology*.

Estévez, J., Vila, A., Terradas, X., Piqué, R., Taulé, M., Gibaja, J. y Ruiz, G. (1998): «Cazar o no cazar: ¿es ésa la cuestión?», *Boletín de Antropología Americana*, 33: 5-24.

Falcón, L. (1981): *La razón feminista*, 1, Barcelona: Ed. Fontanella.

Gusinde, M. (1937): *Die Feuerlandindianer. 2 Band. Die Yamana*, Verlag der Internat. Zeitschrift Anthropos, Mödling bei Wien (Austria).

Hyades, P. y Deniker, J. (1891): «Anthropologie et Ethnologie», en: *Mission Scientifique du Cap Horn*, París: Gautier, Ministère de la Marine et de l'Instruction Publique. Villars et fils.

Mameli, L., Barceló, J. A. y Estévez, J. (2002),: «The statistics of archaeological deformation process. An archaeozoological experiment», en: Burenhult, G. y Arvidssen, J. (eds.), *Archaeology at the Interface*, BAR. International Series, 1016, pp. 221-230, Archaeopress Oxford.

Mameli, L. y Estévez, J. (2004): *Etnoarqueozoología de aves: el ejemplo del extremo sur americano*, Treballs d'Etnoarqueología, 5, Madrid: CSIC.

Marx, K. (1984): *El Capital*, Barcelona: Edicions 62.

Mathieu, N. C. (comp.) (1985): *L'arraisonnement des femmes*, París.

Orquera, L. y Piana, E. (1999a): *La vida material y social de los Yámana*, Buenos Aires: EUDEBA.

Orquera, L. y Piana, E. (1999b): *Arqueología de la región del Canal Beagle*, Buenos Aires: SAA.

Piana, E., Vila, A., Orquera, L. y Estévez, J. (1992): «Chronicles of Ona-ashaga: Archaeology in the Beagle Channel», *Antiquity*, 66(252): 771-783.

Piqué, R. (1999): *Producción y uso del combustible vegetal: una evaluación arqueológica*, Treballs d'Etnoarqueologia, 3, Madrid: UAB-CSIC.

Ruiz del Olmo, G. y Briz, I. (1998): «Re-pensando la re-producción», *Boletín de Antropología Americana*, 33: 79-90.

Roemer, J. E. (1989): *Teoría general de la explotación y de las clases*, México: Siglo XXI.

Terradas, X. (2001): *La gestión de los recursos minerales en las sociedades cazadoras-recolectoras*, Treballs d'Etnoarqueologia, 4, Madrid: CSIC.

Vila, A. (2004): «Proyectos etnoarqueológicos en Tierra del Fuego, Argentina», *Bienes Culturales*, 3: 193-200.

Vila, A. y Ruiz del Olmo, G. (2001): «Información etnológica y análisis de la reproducción social: el caso yámana», *Revista Española de Antropología Americana*, 31: 275-291.

# El empleo de cantos rodados en la elaboración de la loza tradicional de la isla de Gran Canaria, implicaciones etnoarqueológicas[1]

AMELIA DEL CARMEN RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ
Grupo de investigación *Tarha.*
Dep. de Ciencias Históricas.
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.
ANTONIO MANUEL JIMÉNEZ MEDINA
Concejalía de Patrimonio Histórico.
Exmo. Ayuntamiento de Arucas (Gran Canaria).
JUAN MANUEL ZAMORA MALDONADO
JOSÉ MANGAS VIÑUELA
Dep. Física.
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

**RESUMEN.** Los cantos rodados no tallados, así como otras pequeñas rocas de formas irregulares, suelen formar parte de los materiales recuperados en muchos contextos cronológicos y culturales. Las observaciones etnográficas, el análisis espacial y la traceología han servido para emitir hipótesis que expliquen su estatus en algunos casos, pero todavía son muchas las incógnitas que hay que desvelar al respecto. Nuestros estudios sobre las industrias líticas de las formaciones sociales del Archipiélago Canario de época preeuropea han puesto de manifiesto la necesidad de establecer criterios que permitan comenzar a discriminar la función de este amplio conjunto de rocas. Ello nos ha impulsado a entablar algunos trabajos etnoarqueológicos en aquellos contextos donde todavía se siguen usando en la actualidad. Un ejemplo de esta dinámica lo constituye este trabajo, insertado en un proyecto más amplio que tiene como objeto el estudio de la loza tradicional de la isla de Gran Canaria. Para ello se ha realizado un análisis funcional de los instrumentos líticos utilizados en la elaboración de este tipo de cerámica, modelada a mano. Se trata de un conjunto de cantos rodados de origen marino, de formas y granulometría variada, que se usan en distintos momentos de la cadena operativa. Los estigmas identificados pueden servir como evidencia para detectar el trabajo del barro, ayudándose de piedra, en cualquiera de esos contextos.

**ABSTRACT.** No chipped boulders and other little irregular rocks are often included among the materials found in many chronological and cultural archaeological contexts. Ethnographical enquiries, spatial analysis and use-wear studies have proposed some hypothesis to explain their status in certain cases, but there are still many aspects that may be explored on the subject. Our studies of the lithic industries produced by the social formations of the Canary Island in pre-European times have shown the necessity of establishing the function of this large rock set. So, we had pursued some ethno-archaeological works in those contexts where they are still in use. One example of this dynamic is this work, which forms part of a larger project focused on the study of traditional pottery of Gran Canaria Island. We have accomplished a use-wear analysis of the lithic tools employed in

[1] Este artículo se inserta en el marco del proyecto BHA2003-03930 del Ministerio de Ciencia y Tecnología, con el apoyo económico de los fondos FEDER.

the manufacture of this type of hand modelling ceramic. They are sea boulders, with variable morphologies and grain, used in several moments of the *chaîne operatoire*. The identified traces could help as evidence in order to detect the use of these artefacts in clay working.

## Introducción

Los cantos rodados no tallados, así como otras pequeñas rocas de formas más irregulares, suelen formar parte de los registros recuperados en muchos yacimientos arqueológicos. Estas piezas son manifestaciones materiales de una amplia variedad de procesos productivos de formaciones sociales de los más variados contextos cronológicos y culturales.

Las observaciones etnográficas han permitido establecer un extenso panorama de ejemplos de uso para este tipo de piezas. También se ha intentado aclarar ciertos aspectos, a partir de la identificación de determinados estigmas macroscópicos y del estudio espacial y funcional de algunos yacimientos. Sin embargo, hasta hace relativamente poco tiempo, a los elementos de piedra que no exhibían modificaciones intencionales en su forma, no se les solía conceder el mismo estatus que al resto de evidencias arqueológicas de los yacimientos. Ello podría derivarse del aparente escaso esfuerzo invertido en su captación y habilitación para convertirlos en útiles de trabajo. Estas circunstancias han tenido un claro reflejo en la arqueología de las Islas Canarias. El menosprecio que existió hasta los años ochenta por las industrias líticas talladas, que eran consideradas «atípicas» y por tanto no susceptibles de ser estudiadas, pues no podían «compararse» con otros contextos, se traducía en auténtica ceguera a la hora de detectar, incluso, la existencia de otro tipo de elementos líticos (con excepción de los materiales de molturación). Pero la realidad de los contextos arqueológicos ha sido más fuerte que los apriorismos y en la actualidad nos enfrentamos al problema de interpretar con corrección todos los elementos recuperados en el trabajo de campo.

El análisis funcional de las industrias líticas talladas está comenzando a ofrecer datos que complementan otro tipo de aproximaciones metodológicas. El interés que hemos tenido por aclarar determinadas cadenas operativas, como la relacionada con la transformación de la piel en cuero, propició nuestras primeras incursiones en el campo de la etno-arqueología, confrontándonos con el uso de piedras no talladas como instrumentos de trabajo (Rodríguez Rodríguez, 1997 y 1999). Por ello, la necesidad de establecer criterios que permitan comenzar a discriminar la función de este amplio conjunto de rocas, nos ha impulsado a continuar con los trabajos etno-arqueológicos en aquellos contextos donde todavía se siguen usando en la actualidad. Un ejemplo de esta dinámica lo constituye esta aportación, insertada en un proyecto más amplio, que tiene como objeto el estudio de la loza tradicional de la isla de Gran Canaria. En nuestro caso se está procediendo al análisis funcional de los instrumentos líticos utilizados en la elaboración de este tipo de cerámica, modelada a mano. Se trata de cantos rodados de origen marino, de formas ovaladas o elipsoidales, aunque también los hay más irregulares, con granulometría variada, que pueden clasificarse según el momento en que se usen, en cuatro grupos: «lisaderas» o alisaderas de levantado; «rasponas»; «lisaderas» de finalizado o «aliñado» y bruñidores o «lisaderas de almagría».

Para ello, se ha procedido a detectar y sistematizar las huellas de uso (desgastes, accidentes lineales, trazas de percusión y pulidos) que se observan en estos artefactos. El material sometido a análisis ha pertenecido a dos loceros del centro alfarero de Hoya de Pineda (términos municipales de Gáldar y Santa María de Guía, isla de Gran Canaria) que han fallecido recientemente: D.ª María Juliana Suárez Vega y D. Nicolás Godoy Vega. Las piezas fueron empleadas a lo largo de muchos años, e incluso alguna de ellas procedía de sus antepasados desde varias generaciones.

Por otra parte, se ha tenido la oportunidad de estudiar las cadenas operativas de esta actividad alfarera gracias a la observación del trabajo de la locera D.ª Rafaela Santiago Suárez, hija de D.ª María Juliana, que ha continuado con el mismo oficio y es la última representante de esta actividad en ese pago. Ella ha sido asimismo la principal informante sobre aspectos técnicos o sociales y, sobre todo, para establecer la relación entre los útiles de su madre y el proceso de fabricación de los distintos tipos de recipientes elaborados con ellos. En algunos casos sigue empleando las mismas piedras de su progenitora, algunas de las cuales ya pertenecían a su tatarabuela.

## Antecedentes históricos

Los historiadores y los etnógrafos que han abordado el tema de la evolución de la alfarería en la isla de Gran Canaria, encuentran muy complicado conocer los orígenes de la actividad locera tradicional. Muchos la consideran de clara filiación aborigen, ya que las producciones cerámicas preeuropeas son de una gran calidad y en ocasiones puede observarse ciertas reminiscencias en formas y decoraciones. Además, existen documentos del siglo XVI que manifiestan los problemas a los que se enfrentaron los olleros venidos desde la Península, pues el barro isleño no era muy apto para el torno y parece que resultaba más económico para la población insular adquirir loza de producción local, elaborada a mano. Por ello, muchos autores consideran que la alfarería autóctona pudo sobrevivir abasteciendo a las clases más populares, conviviendo con las importaciones de cerámica de lujo (Navarro Mederos, 1999). Sin embargo, nosotros pensamos que no hay que descartar que las cadenas operativas que conocemos pudieron ser influenciadas, además de por la población indígena, por esclavos o libertos moriscos y negros, ya que existen evidencias de que trabajaron el barro en las islas. También hemos argumentado que fueron otras circunstancias sociales y económicas las que propiciaron la pervivencia de esta forma de trabajar la alfarería, pues se sabe que en siglos posteriores, especialmente en el XX, diversos alfareros, procedentes de la Península, emplearon el torno con barro canario (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2004).

Los datos históricos confirman que en el Archipiélago la elaboración de cerámica tuvo importancia durante los siglos XVII, XVIII y XIX, llegándose a exportar a la Península Ibérica, América e incluso África (Álvarez Rixo [1841][2], 1955: 46; Escobar y Serrano [1793-1806], 1983, III: 34-35; Sosa [1678], 1994: 297-298). Nuestras investigaciones han recogido que en 1835 había aproximadamente unas trescientas sesenta y tres mujeres, residentes en la localidad de La Atalaya de Santa Brígida, dedicadas a la alfarería, y ya en el pasado siglo XX, los testimonios de

[2] Las fechas entre corchetes corresponden a las primeras ediciones de las obras.

algunas loceras contemporáneas aluden a que elaboraban en ocasiones, entre 20 y 30 piezas al día, con una producción destinada a abastecer mercados más allá de las Islas (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2004). También se ha documentado que a lo largo del tiempo han existido movimientos de familias que practicaban la alfarería, desplazándose a otras localidades de su isla o a otros lugares del Archipiélago, para mejorar su calidad de vida. Con ellas trasladaban también sus tradiciones artesanales (Cuenca Sanabria, 1983; Fariña González, 1998; Navarro Mederos, 1992). Éste parece haber sido el origen del centro alfarero de Hoya de Pineda en la etapa contemporánea.

Esta localidad se ubica en el Noroeste de la isla de Gran Canaria, a unos 500 metros sobre el nivel del mar, entre los términos municipales de Gáldar y Santa María de Guía. Se trata de una población cuyo hábitat tradicional han sido las cuevas artificiales excavadas en la toba volcánica, aunque en los últimos años se han edificado diversos inmuebles de obra. Su origen se remonta al menos al proceso de colonización que siguió a la conquista de la isla, a finales del siglo XV, adoptándose como topónimo el del primer propietario que se benefició de aquellas tierras. En el lugar existen otros topónimos que aluden a la presencia indígena previa, como Hoya del Guanche o Tegueste, ambos curiosamente vinculados a la presencia de guanches de Tenerife, deportados y obligados a asentarse en ese territorio (Gabriel Betancor Quintana, comunicación personal). En todo caso, existen varios yacimientos arqueológicos que atestiguan la existencia previa de los antiguos canarios en ese enclave territorial, aunque no se pueda establecer una relación directa entre ellos y los colonos que lo ocuparon con posterioridad, y por tanto entre sus respectivas tradiciones alfareras[3].

Las primeras referencias escritas a la elaboración de cerámica tradicional en Hoya de Pineda son del primer tercio del siglo XIX y proceden del Padrón General de Población de Santa María de Guía, en 1834. En él consta la existencia de siete personas como alfareros. Sin embargo, hay que esperar al siglo XX para conocer los pormenores de esta labor artesanal, que fueron abordados en diversos trabajos etnográficos (Cuenca Sanabria, 1981; González Antón, 1977; López García, 1983). En general, todos coinciden en señalar la raigambre aborigen de la tradición alfarera y detallan los pormenores técnicos del proceso de fabricación de la loza. Sin embargo, nuestras investigaciones apuntan a que el origen de este centro alfarero sería relativamente reciente, en torno a comienzos del siglo XIX, y que los artesanos procederían de La Atalaya de Santa Brígida. Esta última localidad sería el foco difusor del resto de centros que estaban en funcionamiento en la isla durante esa centuria (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2003). Las razones que llevarían a esta migración no están del todo claras, aunque podría relacionarse con la estratégica ubicación del lugar, con respecto a los lugares de venta y trueque del Noroeste de la Isla y la existencia de buenos barreros y las otras materias primas necesarias en sus inmediaciones.

[3] Si bien, habría que aclarar que según los estudios realizados por Gabriel Betancor (2004), parece ser que en 1524, la que fuera princesa aborigen Maseguera, bautizada como Catalina de Guzmán, compraba loza de tradición indígena producida en Hoya de Pineda, a las hijastras de Luisa de Betancor, antigua princesa Tenesoya. Pudiera ser que en este pago se elaboraba loza de influencia indígena hasta el siglo XVI y que, luego, desapareciera esta actividad hasta que en el siglo XIX, comenzara «nuevamente» la producción de cerámica, esta vez con gentes procedentes de La Atalaya.

## La cadena operativa de la cerámica tradicional de Hoya de Pineda

Una vez establecido el contexto histórico del centro locero donde hemos llevado a cabo nuestro trabajo, pasaremos a describir los distintos procesos técnicos que implica esta producción alfarera, poniendo énfasis en la intervención de los instrumentos líticos que son el objeto de nuestro estudio. No está de más el recordar que esta secuencia es muy similar en toda la isla de Gran Canaria y, por extensión, en todo el Archipiélago. También hay que señalar que, hasta hace relativamente poco tiempo, el trabajo se llevaba a cabo en cuevas artificiales que se tenían preparadas para este fin. Se modelaba sobre el suelo, en el que previamente se había colocado una capa de arena para impedir que el barro se adhiriera. En algún caso se ha documentado el empleo de una laja de piedra como base.

### Obtención de la materia prima (barro, desgrasantes, almagre y leña)

El barro se recoge en la Montaña de Guía, situada en la proximidad de Hoya de Pineda. Eran los hombres los que realizaban la extracción, con la ayuda de picos y azadas, reconociendo las vetas por su color y plasticidad.

La leña también procede del mismo lugar. Las especies más empleadas han sido el hogarzo (*Cistus symphytifolius*), retama (*Retama monosperma*) e incluso tuneras (*Opuntia Ficus indica*) o tablas y maderas viejas (Cuenca Sanabria, 1981).

El desgrasante procede del propio núcleo de población, pues se emplea la ceniza volcánica compactada que forma la toba o tosca en la que se excavan las viviendas, de manera que se han aprovechado los desechos de esa operación. Una vez obtenida la tosca, se machaca y se tamiza, quedando así preparada para su utilización.

En cuanto al almagre empleado en la decoración, éste se ha extraído generalmente, del pago de El Saucillo (Gáldar), a unos 2 kilómetros de distancia.

### Preparado del barro

Una vez extraído el barro, se traslada a la cueva alfar, donde se machaca con un mazo de madera y se limpia de impurezas (raíces, piedras, etc.). La arcilla se depositaba en un hoyo, denominado *goro*, situado generalmente a la entrada. Allí se le añade agua, para que se esponje.

Una vez preparado el barro, se le incorpora la arena o tosca, que actúa como desgrasante. El «amasado» se realiza con los pies descalzos, siendo uno de los trabajos más duros en la elaboración de loza. Luego se termina de preparar con las manos, separando el que se ha utilizar en cada ocasión. Ésta es una labor eminentemente femenina.

### Levantamiento de las piezas

El sistema empleado para levantar las piezas es el urdido y las artesanas lo llaman «hacer la funda». La arcilla amasada se golpea y achata para crear la base.

Luego se van añadiendo tiras de forma cilíndrica, denominadas bollos, que se van uniendo y moldeando con la mano, mientras se gira la base lentamente, con la ayuda de la arena depositada en el suelo. En este proceso la locera emplea las denominadas «lisaderas de levantar», que se usan como una prolongación de la mano, para estirar las paredes y ampliar el espacio interior del recipiente, participando igualmente de la homogeneización entre los distintos bollos. El movimiento que realizan es predominantemente unidireccional.

«Estas lisaderas [lisaderas de levantar] son para aquellas tallas que usted ve. Los bernegales y esas cosas, se hacen rectos para arriba, pero después, con estas lisaderas se van alargando, alargando y se va dándoles la forma. Primero, se alargaba por adentro y luego se deja, se le da un poco de barriga y se deja, y cuando esté bien encorao, bien encorao, vuelve y se coge otra vez un poco y, después, se emparejaba. Emparejar quiere decir que ya el bernegal se pone en el sitio, si hay una cosa que está metida un poco se saca, se va emparejando, emparejando» (D. Nicolás Godoy Vega, 86 años, Hoya de Pineda, Gáldar, XI-2000).

Una vez realizada la «funda», la pieza se pone a secar al aire, en algún sitio en el que exista sombra. El secado, denominado «oreado», dura entre uno y dos días. También en este caso son las mujeres las encargadas de levantar los recipientes.

## Tratamiento de las superficies

Cuando la pieza ha perdido la suficiente humedad, comienza el tratamiento de sus superficies, denominado *habilitar.* En él se utilizan las «rasponas» de piedra irregular y granulosa y también trozos de aros de metal (antiguamente se empleaban fragmentos de caña de barranco o de madera) para desbastar. Este proceso consiste, *grosso modo*, en el adelgazamiento de las paredes de los recipientes, usando los aros metálicos (procedentes, en su mayoría, de barricas o toneles de vino) a la manera de cuchillos que «pelan» la superficie externa de las piezas, sobre todo en la base, extrayendo el barro sobrante. Una vez recortada la pared, se raspa, es decir se fricciona repetidamente la superficie al objeto de quitar todas las asperezas, con las «rasponas», efectuando un movimiento uni o bidireccional. Estas piezas se sumergen frecuentemente en agua para limpiarlas de barro y mantenerlas húmedas. Hay que aclarar que el recortado y el raspado se pueden alternar a lo largo del proceso.

A continuación se utilizan las «lisaderas de aliñado» para terminar de homogeneizar (emparejar) las paredes exteriores e interiores, dejándolas perfectamente lisas. Para ello las piedras friccionan la superficie, empleando un movimiento predominantemente bidireccional. En esta última operación también se procede a rehumedecer constantemente el canto utilizado. Aunque el «habilitado» de las piezas lo realizan generalmente las mujeres, es común que los hombres ayuden en esta tarea, que exige menos experiencia.

## Decoración

Una de las peculiaridades de la cerámica tradicional de Gran Canaria es su decoración. Ésta se conseguía usando unos pequeños cantos conocidos con el nombre de «lisaderas de almagría», en esta isla, y como bruñidores en la literatura especia-

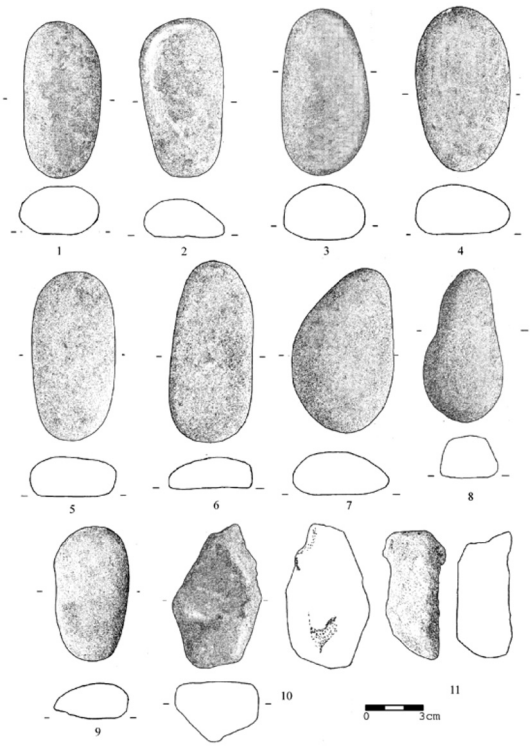



Figura 1. **1-9:** lisaderas de levantar; **10-11:** rasponas.

lizada. Estas piezas líticas son las herramientas más valoradas por las loceras. La técnica del bruñido, total o parcial, se realiza cuando la pieza está a punto de oreo. Primero se prepara el pulverizándolo mediante molinos de mano circulares y mezclándolo con agua y un poco de petróleo. Existen diversas citas del siglo XIX que comentan que en otras localidades se aplicaba orina y/o aceite de pescado. Después se procede a aplicarlo sobre las superficies de las piezas, frotándolo repetidas veces y con movimientos bidireccionales con la «lisadera de almagría», que también se moja en agua de forma reiterada, hasta que la superficie adquiera un brillo metálico[4]. La superficie de las piezas puede estar decorada sólo en parte. Los motivos son diversos y alguno de ellos es exclusivo de esta localidad. Una descripción de Pedro Lezcano Montalvo a propósito del Centro Locero de La Atalaya de Santa Brígida, ofrece una descripción de los bruñidores:

«Existen diversas formas de "lisaderas" y cada cual tiene su cometido. Unas picudas, sirven para pulimentar las bocas estrechas: otras cóncavas, para las asas y los bordes; algunas, agudas para grabados decorativos.

Lo interesante de estas piedras es el valor de reliquia que les otorgan sus propietarios. Las buenas "lisaderas" son centenarias; pertenecían a "sus mayores", por lo que no logré que se desprendieran de ninguna, pese a mis ofertas, y me pareció que ejercían sobre las ancianas atracción de talismán.

[4] En la actualidad D.ª Rafaela alterna sus lisaderas de almagría con el uso de un fragmento de manguera de plástico en la operación de bruñir las superficies de sus piezas cerámicas. El plástico consigue el mismo efecto que los bruñidores en menos tiempo. Sin embargo, esta alfarera no deja de utilizar sus lisaderas, a las que tiene en muy alta estima, y siempre finaliza el recipiente con ellas.

Las más viejas "lisaderas" están notablemente brillantes y pulimentadas a fuerza de pulimentar loza, (...)» (Lezcano Montalvo, 1944: 179).

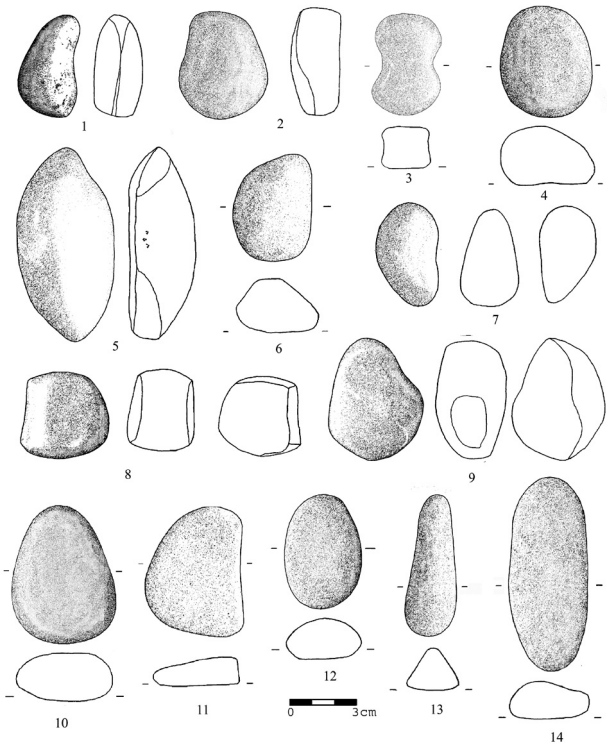



Figura 2. **1-9:** lisaderas de almagría; **10-14:** lisaderas de aliñar.

## Guisado o cocción

El guisado en Hoya de Pineda se realiza en hornos cubiertos de una sola cámara y tiraje en la puerta (Sempere Ferrándiz, 1992). Este tipo de hornos produce temperaturas con una media de 800 a 1.000º C. El hombre era el encargado del horneado y recibía el nombre de «guisandero». Esta era una operación compleja, que requería una especialización. En cada hornada, es decir cada vez que se cargaba el horno de loza, la cocción duraba una media de tres horas. Es interesante añadir que antaño también se utilizaron cuevas artificiales como hornos.

## Comercialización, distribución y venta

La venta y distribución de la loza de Hoya de Pineda se realizaba a pie, recorriendo distintos lugares, principalmente del norte de Gran Canaria[5]. En la misma participaban mujeres, hombres y niños, acudiendo a los mercados locales de Agaete, La Aldea, Moya, Tejeda, Bañaderos, Barranco Hondo, Tamaraceite o Las Pal-

[5] En la actualidad las alfareras acuden a las ferias de artesanía, o bien reciben a los clientes en sus casas, realizando los encargos que se les encomiendan.

mas de Gran Canaria, llegando ocasionalmente a Telde y Agüimes. En algunos sitios la venta era más bien un trueque. Los artesanos se adaptaban al ciclo agrícola de recogida de las cosechas, de manera que acudían a cada lugar en función del tipo de cultivo dominante.

### Tipología de la loza

Según varios autores (Cuenca Sanabria, 1981; González Antón, 1977; López García, 1983), así como nuestra observación directa en el propio centro alfarero y la tradición oral, las piezas cerámicas documentadas en Hoya de Pineda se relacionan con el menaje de la cocina rural. No obstante, la tipología cerámica tradicional de este lugar ha variado en estos últimos veinte o treinta años, a raíz de la celebración de ferias de artesanía y, sobre todo, a partir de la demanda de cierto tipo de piezas enfocadas al turismo (decorativas, de menores dimensiones, etc.).

Dadas las limitaciones de espacio que tenemos en este artículo, se va a exponer exclusivamente la nomenclatura de una clasificación funcional, remitiéndonos a las obras ya citadas para los detalles.

1. Manipulación de alimentos previa a la cocción: lebrillos.
2. Cocción de alimentos: cazuelas, cazuelos, ollas, tostadores o frigueras, tapas.
3. Servicio y presentación de alimentos: cazuelos, cucharas, platos, soperas, vasos.
4. Almacenaje y transporte: bernegales, jarras, porrones, tallas, tinajas, tapas.
5. Iluminación: candiles, palmatorias.
6. Contenedores de fuego: braseros, fogueros, hornillas u hornos de pan, sahumerios.
7. Higiene doméstica y personal: ganiguetes, pilones.
8. Otros: ceniceros, juguetes, macetas.

## Análisis de las piedras usadas

Ya se ha especificado, en el apartado dedicado a la cadena operativa de esta actividad artesanal, el elenco de piezas líticas empleado en este trabajo, así como el momento en que intervienen en él. También hemos establecido que no poseemos evidencias claras de que exista una relación directa entre la tradición alfarera indígena y la que ha llegado hasta nuestros días. Sin embargo tenemos razones para pensar que en aquella época también se usaron cantos en el trabajo de la loza, pues existen diversos textos de las fuentes etnohistóricas que lo comentan, aunque deben tomarse con precaución. Así, las primeras citas sobre la existencia de las mismas, las encontramos en las obras de Antonio Cedeño (siglo XV) y Tomás Arias Marín de Cubas (siglo XVII). Se trata de relatos que, si bien hacen alusión a la cerámica indígena, cabría pensar que en algún caso están describiendo la realidad observada entre sus coetáneos. Es decir, tal y como afirman algunos autores, tienen que ver, al menos en algunos pasajes, con observaciones etnográficas (o incluso arqueológicas) más tardías (Onrubia Pintado, 2004). Un ejemplo es la relación redactada, supuestamente antes de 1495, por el conquistador natural de Toledo Antonio Cedeño:

«Tenían mujeres dedicadas para sastres, como para hacer loça de que usaban que eran tallas como tinajuelas para agua. Haciánlas a mano i almagrábanlas i estando enjutas *las bruñían con piedras lisas* i tomaba lustre muy bueno i durable. Haciánlos grandes i pequeños tasas i platos, todo mui tosco i mal pulido; a las ollas para el fuego i cazolones no daban almagra, después de esto hacían un [...roto ¿hoyo?] en la tierra onde ponían la losa i cubrían con tierra, i ensima haçían lumbre por un día u el tiempo necesario para coçer su losa, y seruía mui bien» (A. Cedeño en: Morales Padrón, 1993: 371) (el subrayado es nuestro).

Independientemente de que exista o no esa relación entre las dos tradiciones alfareras, lo que aquí se pretende establecer son los criterios que permitan identificar el empleo de piezas líticas no talladas[6] en la elaboración de la cerámica para cualquier contexto cronocultural, aunque evidentemente se está empezando a contrastar estas conclusiones con materiales arqueológicos de Gran Canaria.

## Características formales de las piezas

Los elementos líticos empleados en la elaboración de la cerámica de este centro locero y, por extensión, en toda la isla de Gran Canaria, proceden de las costas isleñas. En este caso, doña Rafaela Santiago Suárez, la última locera de Hoya de Pineda, nos comenta que recogían las piedras en la playa de Las Nieves (Agaete).

El origen detrítico y costero de estos elementos implica que puedan detectarse diversas materias primas en el conjunto y también que su morfología sea mayoritariamente la de cantos rodados de tendencia oval o elipsoidal, con distintos grados de aplanamiento.

En el conjunto que hemos analizado predominan las rocas eruptivas ácidas, que son las únicas que se eligen para hacerlas trabajar como bruñidores. La principal materia prima de los mismos es la ignimbrita fonolítica de naturaleza explosiva, con fragmentos líticos o cristales, con feldespatos y piroxenos. También hay fonolitas de textura fluidal y una roca silícea que puede ser calcedonia u ónice.

En el caso de las lisaderas de levantar dominan los basaltos piroxénicos y olivínicos, que en algunos casos presentan una importante incidencia de vacuolas, que torna más rugosa la textura de sus superficies, aunque sean afaníticos. También hay basalto porfídico, fonolita de textura fluidal y una ignimbrita o brecha volcánica con granos de tamaño variable, así como líticos de grano grueso.

Las materias primas de las lisaderas de aliñado no pudieron determinarse en tres casos, mientras que en los otros dos correspondían a un traquibasalto y a un basalto piroxénico/olivínico.

Por último, las dos rasponas están compuestas por una amalgama de pequeñas rocas de diversa naturaleza cimentadas en una matriz. Una de ellas es de arenisca y puede observarse claramente la arena compactada de playa, que se disgrega con gran facilidad durante el trabajo. La otra tiene un origen antrópico, pues se trata de un trozo de bloque de hormigón, que proviene probablemente de un fragmento de baldosa de tipo terrazo o similar, que ha sido modelada por la erosión marina.

[6] El estudio funcional efectuado sobre un conjunto de instrumentos tallados, procedentes del yacimiento majorero de Zonzamas, nos permitió descubrir el uso de lascas sin retocar para el trabajo de la cerámica. En ese caso, se emplearían para adelgazar las paredes de los recipientes.

Las artesanas utilizan el tacto para elegir sus piezas. Nosotros hemos procurado correlacionar ese criterio y establecer una escala, en la que se han tenido en cuenta unas variables observables con lupa binocular a 10×, como el tamaño del grano y la cohesión de la matriz. De todas formas somos plenamente conscientes de la subjetividad de esta clasificación. En la escala se asigna un número de 0 a 3 que califica el grado de rugosidad y compacidad de las piezas, aplicándose el 0 a las de grano más fino y compacto y el 3 a las de grano más grueso, con matriz desestructurada y/o presencia de múltiples vacuolas.

La cualidad más importante cuando se trata de elegir una nueva lisadera de almagría o bruñidor es la extrema suavidad al tacto de su superficie. Por ello se seleccionan los cantos de grano más fino y homogéneo, de naturaleza masiva y un alto grado de compacidad. De los nueve bruñidores bajo análisis, siete fueron calificados con 0 y los dos restantes con 1, en nuestra particular clasificación[7].

Lo contrario sucede con las rasponas, para las se requieren cualidades opuestas, pues lo que se necesita es precisamente una textura muy áspera, a la que hemos asignado el número 3. Sin embargo, tanto las lisaderas de levantar, como las destinadas al posterior regularizado de las superficies de cerámica pueden tener texturas muy diferentes, que hemos evaluado del 1 al 3.

Por lo que respecta a la morfología de las piezas, ésta es más determinante en el caso de lisaderas de levantar y de aliñar que en las otras dos categorías de objetos.

Los bruñidores son por lo general las piezas más pequeñas, con unas dimensiones medias de 48 × 34 × 24 mm. Tienen además los menores índices de alargamiento y de carenado, lo que implica que son cortos y gruesos. Sus formas pueden ser bastante caprichosas, pues la intensidad de su uso ha ido creando áreas bien delimitadas por biseles, cuyas superficies tienen generalmente tendencia cóncava, que han modificado mucho su aspecto original. Además, tal y como quedó de manifiesto en la cita de los años cuarenta del siglo XX, era común que existieran lisaderas de almagría de formas variadas, lo que les permitía adaptarse al trabajo de cualquier lugar de la superficie de la loza.

Las lisaderas de aliñado son las que siguen en tamaño a los bruñidores, con 63 × 36 × 17 mm. como media. Pueden ser alargadas o cortas, pero tienen un alto índice de carenado. Esto facilita que se destaque claramente uno o dos segmentos de la periferia del canto, bien delimitados por biseles, que serían las partes activas. Esos biseles activos también suelen tener una delineación de tendencia cóncava.

Las rasponas tienen formas irregulares. En este caso, las dos analizadas tienen unas dimensiones medias de 65 × 34 × 26,5 mm., con unas formas alargadas y gruesas.

Las piezas de mayor tamaño son las lisaderas de levantar, pues alcanzan una media de 81 × 43 × 21 mm., aunque hay que aclarar que existen diversos grupos de tamaño. Esto es así, porque suelen seleccionarse según la morfología y dimensiones del recipiente que se vaya a realizar, de manera que si éste es grande o abierto, como un pilón por ejemplo, la funda se levanta con una lisadera de mayor tamaño que si se va a elaborar un bernegal. Son además las que tienen un mayor índice de alargamiento y de carenado, es decir, son largas y delgadas. Al igual que

[7] Esta suavidad al tacto se va acentuando con el uso, de manera que las dos menos utilizadas tienen una textura ligeramente más áspera.

ocurría con las lisaderas de aliñado, esto permite destacar claramente los biseles activos, que también tienen una morfología de delineación rectilínea con tendencia a la concavidad.

## Distribución y características de las huellas de uso

Las huellas de uso observadas son: accidentes lineales, desgaste, estigmas de percusión y pulido. Se localizan en superficies amplias con delineaciones de tendencia plana a cóncava.

**— Lisaderas de levantar**. Los cantos rodados empleados para este fin muestran en su periferia biseles activos de desarrollo lineal y estrecho, que en ocasiones son visibles a simple vista. Esto es debido a su intenso desgaste, que puede llegar a crear delineaciones rectilíneas e incluso con tendencia cóncava, en unos segmentos de canto que originalmente fueron convexos. En la parte activa son muy numerosas las estrías, que se caracterizan por tener un destacado desarrollo longitudinal y orientación transversal. Su profundidad y anchura son variables y parecen depender principalmente de la dureza y textura de la roca. Por el contrario, no se ha podido determinar cómo afecta a estos accidentes lineales los cambios que pudiera producir el grado de humedad del barro o la posibilidad de variación en la presión contra el recipiente según el tipo de trabajo. En ocasiones se observa claramente que se produjeron con un movimiento de vaivén, y suelen aparecer agrupadas en haces espesos. La facilidad de observación depende fundamentalmente de la textura más o menos rugosa de la roca, siendo especialmente complicada cuando aparecen vacuolas. Los accidentes lineales también se observan en el resto de la pieza, apareciendo de forma errática y deben atribuirse a todo tipo de accidentes fortuitos. Por otra parte, es difícil disociar el pulido de las estrías, que, como hemos visto, tienden a ocupar la totalidad de las superficies de las áreas activas. Cuando las piezas se observan con la lupa binocular, destaca el brillo o lustre que desprenden las superficies activas, resultado de la mayor regularización de esas áreas con respecto al resto. Por el contrario, al microscopio se observa un pulido típico de contacto con material mineral. Es mate, de trama media a cerrada, de aspecto plano, sin volumen, que se desarrolla en manchas bien delimitadas, aisladas las unas de las otras. Hay que destacar que a esta escala se multiplica el efecto distorsionador de las vacuolas, dificultándose aún más la observación.

**— Rasponas**. Son los artefactos más irregulares en morfología y los de textura más áspera. Sin embargo, suelen poseer segmentos de superficie ligeramente más suave que el resto, pero es más difícil detectar zonas activas preferenciales, con claro desgaste. En ocasiones se ha percibido un cierto redondeamiento de alguno de los pequeños minerales y rocas que las componen, pero hay que mantener la precaución en ese aspecto, puesto que también pueden haberse producido por la previa erosión marina. Los accidentes lineales son muy difíciles de observar, debido a la gran irregularidad de sus superficies. En ocasiones es posible detectarlos en alguno de los pequeños fragmentos de roca que las componen, lo que ayuda a comprender la orientación del movimiento que realizaron. La variedad de la composición de sus minerales implica que las estrías tengan un ancho y profundidad variables, mientras que su longitud se circunscribe a la superficie de los cristales o rocas. Por todas esas razones no hemos podido detectar pulidos claros.

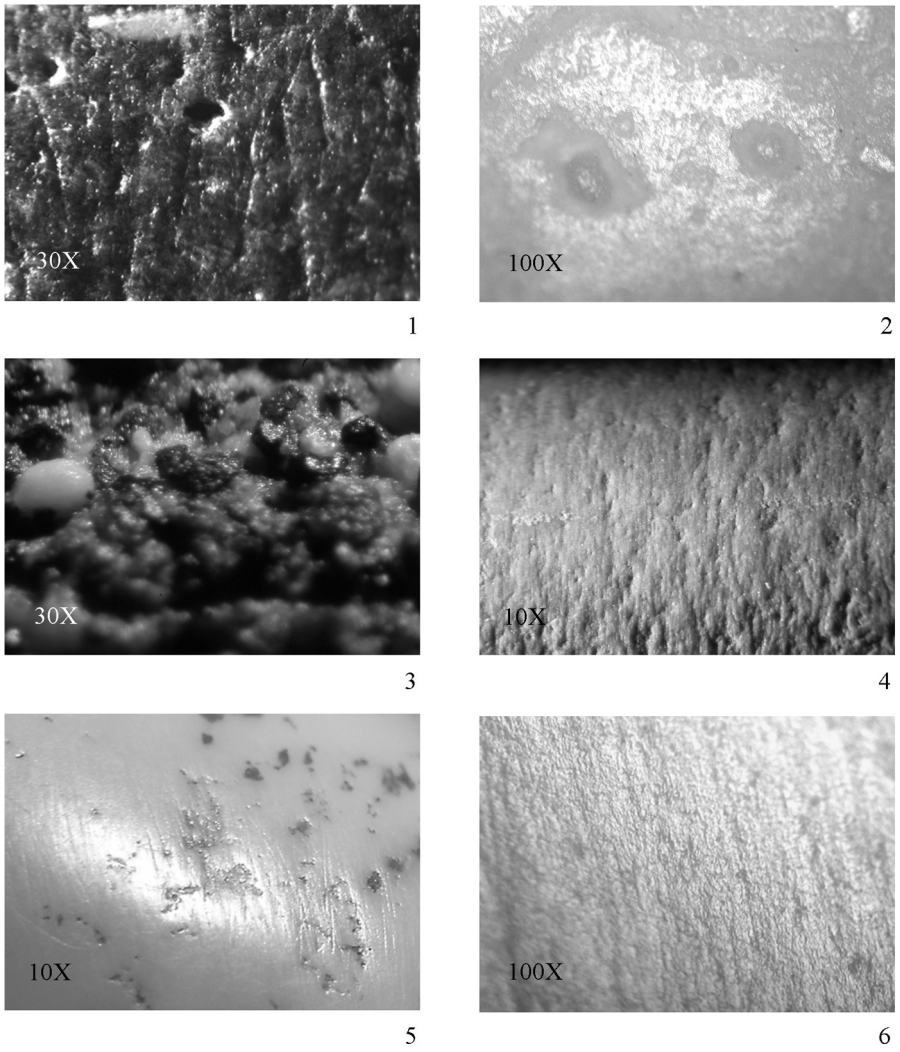



Figura 3. Microtopografías de lisaderas de levantar (1-2); raspona (3); lisadera de aliñar (4) y lisaderas de almagría (5-6).

**— Lisaderas de aliñado**. Los cantos seleccionados para este momento de la cadena operativa tienen sus superficies activas situadas en las mismas zonas que las lisaderas de levantar. La pérdida paulatina de masa y volumen de las piezas puede observarse claramente en la deformación de las curvas naturales de los cantos usados. Ya se ha indicado que ese desgaste está muy localizado, de forma que crea una superficie de desarrollo plano o cóncavo, bien delimitada por biseles. Sus estrías tienen una distribución idéntica a las de levantar. Ocupan la totalidad del área del segmento activo y tienen una orientación transversal. Quizá la única diferencia que se puede establecer entre ambas es que, en el caso de las lisaderas de levantar, las estrías desbordan ligeramente los biseles creados, mientras que en las de aliñar suelen circunscribirse de forma más clara a los límites de esas superficies, que cambian su ángulo de forma brusca. Esta circunstancia podría tener su explicación en dos causas. Por un lado, las lisaderas de levantar trabajan un barro muy plástico y húmedo, con lo que la superficie de contacto es más amplia, mientras que las de aliñar friccionan una superficie ya bien oreada, y por tanto más rígida, por lo que

el contacto es más restringido. Por otro, las lisaderas de aliñar suelen emplearse con una posición más perpendicular con respecto a la superficie de contacto, disminuyendo el efecto de arrastre del barro, que además ya está más compacto. En un solo caso se han localizado huellas de percusión, consistentes en pequeñas cupulillas. Esta lisadera tiene una morfología un tanto atípica en relación con el resto del conjunto. Se trata de una pieza fusiforme, y los estigmas se encuentran en sus dos ápices. Doña Rafaela nos había dicho que esta pieza también servía para practicar orificios de suspensión en algunos recipientes, por lo que estas huellas serían la consecuencia de la presión del instrumento sobre el barro fresco. Los pulidos se observan en las partes de la superficie menos irregulares y tienen las características ya descritas de trabajo de materia mineral.

**— Lisaderas de almagría**. Son piezas con superficies activas más anchas, que pueden ocupar cualquier sector de los cantos, de manera que crean formas poliédricas y caprichosas. En los bruñidores el desgaste es espectacular, pues se crean facetas con una superficie de tendencia plana a cóncava, bien marcadas por los correspondientes cambios de ángulo. Las estrías presentan una gran densidad, cubriendo completamente la superficie de los más usados. Es bastante común detectar evidencias del uso de la pieza en movimientos bidireccionales. En unos casos guardan una orientación fija en toda la pieza, mientras que en otros pueden indicar dos o tres predominantes, que coinciden con cada una de las áreas activas delimitadas. Uno de los bruñidores está bastante menos usado que el resto y sólo tiene un segmento de superficie claramente empleado, aunque ni siquiera se ha formado el correspondiente bisel. Esta circunstancia puede indicarnos la forma en que estas piezas van adquiriendo sus caprichosas fisonomías. Así, es posible que empiecen a usarse por una zona determinada, que se va aplanando y posteriormente va adquiriendo una cierta tendencia hacia la concavidad, creando unos ángulos claros que la delimitan. A continuación se van incorporando, paulatinamente, otras partes activas hasta cubrir toda la extensión de la piedra. No existen muchas piezas con huellas de percusión, a pesar de que la forma de almacenarlas podría propiciar las fricciones[8]. Los accidentes más claros se han observado en la lisadera de almagría de mayor tamaño y consisten en pequeñas cupulillas, de las que parten a veces fracturas en estrella, que parecen haber sido generadas por una percusión directa. Se sitúan en la parte central de las dos caras más planas y de mayor tamaño del bruñidor. La distribución de las huellas nos hace pensar que el canto se usó en algún momento para percutir con cuidado sobre un objeto de reducidas dimensiones, pero esta acción no parece tener ninguna relación con su función en la cadena operativa alfarera. Esta pieza tiene una morfología particular, pues las distintas zonas activas han creado dos zonas apicales bien destacadas, en las que también se observan algunas melladuras. Estas últimas quizá se han producido por la fricción con otras piezas, aunque también podrían relacionarse con su uso para bruñir superficies estrechas como el interior de asas, pitorros, etc. Por último, gracias a la mayor regularidad de la microtopografía de los bruñidores, es aquí donde mejor se pueden observar las características antes mencionadas de los pulidos.

[8] Todas las piezas se guardan juntas en el mismo contenedor que se llena de agua para ir lavándolas y humedeciéndolas durante el trabajo.

## Conclusiones

En primer lugar hay que destacar que no se han observado diferencias netas en las huellas de uso que puedan atribuirse a los distintos tipos de trabajo que llevaron a cabo los diferentes útiles. En realidad todos ellos ejecutaron un movimiento transversal, uni o bidireccional, sobre la superficie del barro más o menos oreada. Además todos ellos se almacenaban en el mismo recipiente lleno de agua y restos de arcilla y almagre. Por tanto, será la observación con lupa binocular, incidiendo en la intensidad y en la distribución de las huellas de uso, la que dará información más pertinente, mientras que el microscopio metalográfico ofrecerá detalles de mayor precisión, que tenderán a ser similares para cada tipo de roca, independientemente del trabajo que hubiera realizado.

Creemos que es posible distinguir claramente entre bruñidores y lisaderas de levantar o de aliñado, tanto por la propia morfología de estos objetos como por la distribución de los estigmas de uso.

Los bruñidores son generalmente cortos y gruesos, están constituidos por una serie de superficies activas bien delimitadas por biseles, que en ocasiones les confieren una morfología poliédrica, con caras de tendencia cóncava. Son los elementos más reflectantes, lo que es una consecuencia de la intensidad de uso, del añadido intencional de una materia abrasiva como es el almagre y, sobre todo, de la textura tan fina de la superficie virgen del canto originalmente seleccionado.

Las lisaderas de levantar y las de aliñar la superficie del recipiente comparten una serie de estigmas comunes. Suelen respetar más claramente la morfología original del canto rodado que se seleccionó para ser usado, pues la zona de trabajo es más limitada. Principalmente ostentan unos segmentos de filo activo bien delimitados, con un desgaste que modifica la curvatura natural del canto y la vuelve rectilínea e incluso cóncava. Además, en ocasiones es posible distinguir a simple vista o a la lupa binocular una pátina o lustre diferencial con respecto al resto de la superficie. Las estrías tienen siempre una orientación transversal y se agrupan en haces muy densos. Las diferencias radican en que parecen estar más limitadas al interior de la superficie marcada por los biseles en las de aliñar, mientras que los accidentes lineales en las de levantar suelen desbordar ese marco.

También el análisis morfológico de estas dos categorías de artefactos puede ayudarnos a diferenciarlos. Las lisaderas de levantar acostumbran a ser de mayor tamaño, con índices de alargamiento y carenado altos. Sus filos activos suelen tener un mayor segmento de arco en acción. De hecho, las alfareras pueden distinguir en esta categoría entre lisaderas para trabajar recipientes abiertos como tostadores, frigueras, pilones o platos, que suelen ser las de mayor tamaño, y lisaderas para trabajar recipientes cerrados como bernegales o jarras, que son más pequeñas. Las lisaderas de aliñar tienen la tendencia de ser más cortas, aunque también son delgadas, y sus filos activos tienen un segmento de arco menor.

Por último, las rasponas serían la categoría más difícil de detectar en un registro arqueológico. No tienen una morfología estereotipada, ni tampoco se selecciona una materia prima concreta, sino que cualquier roca áspera puede servir. Por ejemplo, podrían confundirse con piezas de formas irregulares que en la actualidad siguen siendo empleadas para depilar la piel del cerdo. En todo caso, sólo la observación detenida de todos los elementos recuperados en el yacimiento podrá ayudar a dilucidar el contexto de trabajo que los generó.

La suma de todos estos datos nos permitirá disponer en el futuro de una serie de criterios objetivos que van a facilitar la identificación de parte de los cantos rodados que se localizan en los yacimientos arqueológicos como integrantes de las cadenas operativas de elaboración de recipientes cerámicos. Sea cual sea el origen de las tradiciones alfareras actuales, esta circunstancia no es tan crucial para los objetivos de nuestro trabajo. Las huellas de utilización que han quedado impresas en las piedras son el testimonio de la transformación de unas materias primas concretas, el barro, la toba y el almagre molidos, en un determinado contexto en el que varían agentes como el nivel de humedad, y unas cinemáticas de trabajo recurrentes y pautadas, orientadas a obtener unos resultados determinados. Esos estigmas están comenzando a ser identificados en los contextos arqueológicos de la isla, pero también pueden serlo más allá del mar, donde hayan existido loceras y loceros que trabajaran el barro ayudándose de piedras.



Figura 4. D.ª Rafaela Santiago levantando «la funda».

## Bibliografía

Álvarez Rixo, J. A. (1955 [1841]): *Cuadro histórico de estas Islas Canarias, noticias generales de su estado y acaecimientos más memorables, durante los cuatro años de 1808 a 1812*, El Gabinete Literario, Las Palmas de Gran Canaria.

Betancor Quintana, G. (2004): «Los canarios y la caña de azúcar, siglo XVI», en: *XVI Coloquio de Historia Canario-Americana. Resúmenes*, p. 15, Las Palmas de Gran Canaria.

Cuenca Sanabria, J. (1981): «Las cuevas de Pineda: un centro alfarero de tradición aborigen en el noroeste de Gran Canaria», *Aguayro*, 131: 23-25.

Cuenca Sanabria, J. (1983): «El Cercado: centro alfarero de La Gomera», *Aguayro*, 147: 25-28.

Escolar y Serrano, F. (1983 [1806]): *Estadística de las Islas Canarias, 1793-1806*, Tres tomos, Las Palmas de Gran Canaria: Ed. Caja Insular de Ahorros de Las Palmas.

Fariña González, M. A. (1998): «Las loceras de San Miguel de Abona (Tenerife)», *El Pajar*, 3: 49-58.

González Antón, R. (1978): *La cerámica popular en las Islas Canarias*, Con la colaboración de Manuel J. Lorenzo Perera, Santa Cruz de Tenerife: Ed. Cabildo de Tenerife.

Lezcano Montalvo, P. (1944): «Visita a La Atalaya de Gran Canaria», *Tradiciones Populares: Palabras y Cosas. Colección de ensayos y notas de folklore canario*, I, pp. 171-184, La Laguna: Ed. Instituto de Estudios Canarios.

López García, J. S. (1983): «Cerámica popular canaria: taller de Hoya de Pineda de Gáldar», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 29: 567-576.

Marín de Cubas, T. A. (1986 [1687-1694]): *Historia de las siete Islas de Canarias*, Edición de Angel de Juan Casañas, Juan Régulo Pérez, María Régulo Pérez y Julio Cuenca Sanabria, Madrid: Ed. Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas de Gran Canaria.

Morales Padrón, F. (1993 [1978]): *Canarias. Crónicas de su Conquista. Transcripción, estudio y notas*, Madrid: Ed. Cabildo de Gran Canaria.

Navarro Mederos, J. F. (1992): *Los gomeros. Una prehistoria insular*, Trabajos Prehispánicos, 1, Santa Cruz de Tenerife: Dirección General de Patrimonio Histórico.

Navarro Mederos, J. F. (1999): «El viaje de las loceras: la transmisión de tradiciones cerámicas prehistóricas e históricas de África a Canarias y su reproducción en las islas», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 45: 61-118.

Onrubia Pintado, J. (2004): *La isla de los guanartemes. Territorio, sociedad y poder en la Gran Canaria indígena (siglos XIV-XV)*, Madrid: Ed. Cabildo de Gran Canaria.

Rodríguez Rodríguez, A. C. (1997): «La tecnología de la piel y el cuero en la Prehistoria de Canarias. Una aproximación etnoarqueológica», *El Museo Canario***,** LII: 11-31.

Rodríguez Rodríguez, A. C. (1999): «The Reconstruction of Ancient Leather Technology or How to Mix Methodological Approaches», *Urgeschichtliche Materialhefte***,** 14: 99-110.

Sosa, Fray J. de (1994 [1678]): *Topografía de la Isla Afortunada de Gran Canaria*, Las Palmas de Gran Canaria: Ed. Cabildo Insular de Gran Canaria.

Sempere Ferrándiz, E. (1992): «Catalogación de los hornos de España y Portugal», en: AA.VV., *Tecnología de la cocción cerámica desde la Antigüedad a nuestros días*, pp. 185-237, Alicante: Ed. Asociación de Ceramología.

Zamora Maldonado, J. M. y Jiménez Medina, A. M. (2003): «Sobre el origen de la actividad locera en Hoya de Pineda (Gáldar-Santa María de Guía, Gran Canaria)», *Tenique***,** 5: 15-58.

Zamora Maldonado, J. M. y Jiménez Medina, A. M. (2004): *El centro locero de Tunte (San Bartolomé de Tirajana, Gran Canaria),* Las Palmas de Gran Canaria: Ed. F.E.D.A.C. Cabildo de Gran Canaria.

# Le Paléolithique supérieur ou l'Âge du Renne dans le Nord de l'Aquitaine (France). Les modèles ethnographiques–les faits archéologiques

PIERRE-YVES DEMARS
Université de Bourdeaux.

**RESUMEN.** Durante el Paleolítico superior, las poblaciones del norte de Aquitania vivían sobre todo de la caza de los renos. Es interesante estudiar los comportamientos de las sociedades subactuales, cazadores del Reno a fin de establecer modelos para la comprensión de la población humana del Paleolítico.

Estas poblaciones practicaban cazas colectivas de renos durante sus migraciones de otoño a lugares favorables. Estas cazas eran muy provechosas y permitían almacenar reservas de comida para el invierno. También, el hecho de vivir exclusivamente de la caza generaba una baja densidad demográfica y la necesidad de explotar un territorio extenso. Por fin, esta explotación se hacía según un ciclo anual con dos períodos contrastados: agregación y división del grupo.

En Aquitania, las implantaciones de los emplazamientos prehistóricos en los valles, sobre todo en el valle del *Vézère*, la circulación de la materia prima lítica entre el «*Massif-Central*» y la cuenca aquitana, y el reparto de la fauna eran probablemente la prueba de un mismo modo de explotación del reno. El valle del *Vézère* era el lugar de las cazas colectivas de todo el grupo cuando los renos bajaban del «*Massif-Central*» en otoño. Estaba ocupado durante el invierno. Al llegar el verano, estas poblaciones se dispersaban en unidades pequeñas o familiares por todo el territorio para cazas más diversas.

**ABSTRACT.** During the Upper Palaeolithic, human populations of the North of Aquitaine mainly lived from reindeer hunting. It is necessary to study the behaviour of the sub-actual hunters' societies to build models for understanding the human palaeolithic settlement.

These populations practise collective huntings in propitious places. These huntings are very lucrative and allow food stocking for winter. Equally, the strict hunters' status entails a low demographic density and the necessity to exploit a wide territory. Finally, this exploitation follows an annual cycle with two contrasted periods: group aggregation and group division.

In the Aquitaine, the implantation of the sites in the valleys, especially the *Vézère* valley, the raw material circulation between «*Massif-Central*» and the Aquitaine basin, the fauna distribution, probably show the same mode of reindeer exploitation. The *Vézère* valley was the place of the whole group collective huntings, when reindeers went down from the «*Massif-Central*» in autumn. It was occupied in winter. In spring, these populations dispersed in smaller or family unities on the whole territory for more diversified hunts.

Le Paléolithique supérieur (environ 35.000-10.000 ans BP), est une période qui est située dans la seconde moitié de la dernière glaciation (fin du stade isotopique 3 et stade 2). À cette époque, l'Europe est occupée par des hommes de type moderne. Ces sociétés vivent essentiellement de la chasse de grands mammifères terrestres: surtout le Cerf (*Cervus elaphus*) et le Bouquetin (*Capra ibex*) dans l'aire méditerranéenne, surtout le Renne (*Rangifer tarandus*), le Bison (*Bison priscus*), le Cheval (*Equus caballus*) en Europe centrale et occidentale.

Le Nord de l'Aquitaine appartient à la «corne aquitano-cantabrique» autour du golfe de Gascogne. Les autres régions sont les Asturies, la Cantabrie, les Pays Basques et le versant nord des Pyrénées. Le Nord de l'Aquitaine comprend, les départements suivants: Dordogne au centre, Gironde à l'Ouest, Corrèze et Lot à l'Est, Charente et Charente-Maritime au Nord. Durant le Paléolithique supérieur, c'est la région la plus peuplée d'Europe.

Si l'on cumule les décomptes des restes de faune dans tous les sites archéologiques du Nord de l'Aquitaine, on observe que le Renne représente les 3/4 de la totalité. Ce n'est pas sans raison que le Paléolithique supérieur a été appelé par les préhistoriens français au XIX^e^ siècle: «Âge du Renne». De ce fait, à fin de comparaison, il est intéressant d'étudier les populations de chasseurs sub-actuels de Caribou d'Amérique et de Renne de Sibérie.

De plus, les sites ne sont pas répartis de façon égale sur toute la région. Il existe des zones où les habitats sont nombreux, en particulier dans la basse vallée de la Vézère, et des zones où ils sont absents. Comment expliquer cette forte concentration de sites de la vallée de la Vézère?

## Les modèles ethnographiques

Dès le XIX^e^ siècle, les préhistoriens ont cherché à établir des parallèles entre les hommes du Paléolithique supérieur et les observations faites par les ethnologues sur les sociétés du Sub-arctique canadien et sibérien: ainsi A. Leroi-Gourhan en 1936 avec la «La civilisation du Renne» (Leroi-Gourhan, 1936) ou R. White dans sa thèse sur l'occupation en Périgord au Paléolithique supérieur (White. 1980).

## Démographie, environnement et modes de subsistance

Les densités démographiques dans les populations de chasseurs-cueilleurs sont très diverses. Elles peuvent varier de 0,25 personne/100 km$^2$ chez les «Caribou *Eskimo*» du Nord Canada à 100 personnes/100 km$^2$ chez les «*Haida*», pêcheurs de saumons, de la côte nord-ouest de l'Amérique du Nord (Hassan, 1975). Deux causes principales influent sur les densités de ces populations: l'environnement plus ou moins froid, ou plus ou moins sec, et les modes de subsistance.

La figure 1 montre la démographie des populations amérindiennes (zones plus ou moins grises) d'après les travaux de A. L. Kroeber (1963). Leurs modes de subsistance, d'après les travaux de G. P. Murdoch (1967), sont représentés par des triangles. Ils ont été construits à l'aide d'une échelle (de 1 à 10) de la dépendance des sociétés de chasseurs-cueilleurs à trois modes de subsistance:

— «*Gathering of wild plants and small fauna*».
— «*Hunting, including trapping and fowling*».
— «*Fishing, including shellfishing and pursuit of large aquatic animals*» (Murdoch, 1967).

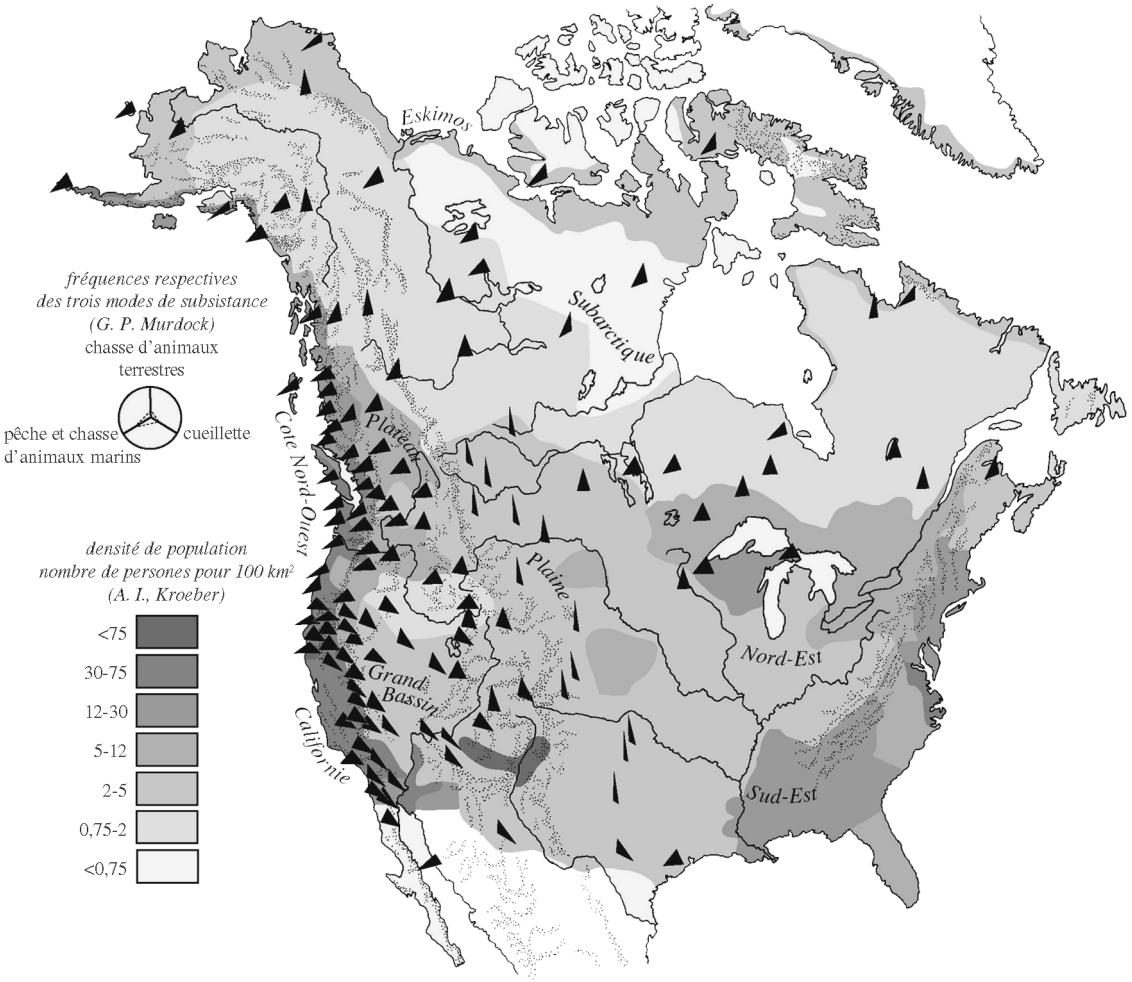



Figure 1. Carte de l'Amérique du Nord montrant: la démographie des populations amérindiennes d'après les travaux de A. L. Kroeber (1963) et leurs modes de subsistance d'après les travaux de G. P. Murdoch (1967).

Quand la pointe du triangle est dirigée vers le haut, ce sont des chasseurs stricts comme les Indiens des plaines, chasseurs de Bison. Quand la pointe du triangle est dirigée vers le bas à gauche, ce sont surtout des populations vivant des produits de la mer comme les pêcheurs de saumons de la côte Nord-Ouest ou les *Eskimos* chasseurs de phoques. Quand la pointe du triangle est dirigée vers le bas à droite, ce sont des cueilleurs comme les Indiens de Californie, qui exploitent les glands de chêne.

On peut observer une augmentation de la population du Nord vers le Sud (fig. 1). Mais surtout, on constate que la densité de population est plus importante sur les côtes de l'Océan pacifique. On voit que les modes de subsistance les plus lucratifs sont l'exploitation des produits de la mer et la cueillette.

— Les Indiens de la côte nord-ouest (*Tlingit*, *Haida*, *Kwakiult*, *Salish*...) pêchent quatre espèces de saumons pendant leurs remontées de l'Océan pacifique (Suttles, 1990). Pour A. L. Kroeber (1963), leur population est de 129.200 personnes réparties sur 456.000 km$^2$, soit 28,30 personnes/100 km$^2$. Mais aussi les *Eskimos* de l'Océan glacial arctique, chasseurs de phoques (89.700 personnes sur 2.228.800 km$^2$, soit 4,02 personnes/100 km$^2$), ont une densité démographique plus forte que les Indiens du Sub-arctique plus au sud et qui n'ont pas accès à la mer (94.230 personnes sur 6.980.900 km$^2$, soit 1,35 personnes/100 km$^2$). La raison est que ces populations exploitent un territoire beaucoup plus grand (une vaste portion de la mer) que celui qu'ils habitent.
— Les Indiens de Californie (*Yokuts*, *Pomo*, *Chumash*...) cueillent en très grande quantité les glands de chêne dont ils font de la farine (Heizer, 1978). Leur population est aussi très abondante. Pour A. L. Kroeber (1963), elle est de 84.000 personnes réparties sur 194.100 km$^2$, soit 43,30 personnes/100 km$^2$.

Par contre, on observe que la chasse d'animaux terrestres est peu lucrative. Les Indiens des plaines, chasseurs de bisons (*Apache*, *Cheyenne*, *Crow*, *Comanche*…), n'ont pas une densité démographique plus forte que les *Eskimos* qui vivent sous un climat beaucoup plus froid (généralement entre 2 et 5 personnes/100 km$^2$). La cause de ces faibles densités n'est pas d'ordre culturel, mais écologique. Les carnivores stricts comme le Lynx (*Lynx lynx*) ou la Belette (*Mustela nivalis*) ont des densités démographiques faibles: «On constate que, pour les populations animales, la densité observée (exprimée en biomasse) dépend essentiellement de sa place dans le réseau trophique. Celle-ci est d'autant plus faible que la position de l'espèce dans les chaînes alimentaires est plus élevée» (Ramade, 1994).

De plus, R. B. Lee a montré que les populations de chasseurs-cueilleurs les basses latitudes exploitent surtout les ressources végétales pour se nourrir. Par contre, la part des végétaux dans la diète diminue fortement dans les sociétés vivant dans les hautes latitudes (Lee, 1968).

Les populations humaines comme les Indiens du nord Canada, qui vivent essentiellement de la chasse de grands mammifères terrestres, sous un climat subarctique, ne peuvent être très nombreux. Ils doivent exploiter un vaste territoire à cause de la rareté du gibier. Par exemple, les densités des caribous du Canada sont entre 0,5 et 1 caribou/1 km$^2$ (Trudel et Huot, 1979; Spiess 1979)

## Éthologie du Renne

On le sait, dans le Nord-Canada, les caribous effectuent des migrations suivant la latitude, entre la taïga où ils se réfugient en hiver et la toundra en été. Ces déplacements se font en grandes agrégations de plusieurs milliers d'animaux. À la fin de l'hiver et au printemps, les femelles adultes accompagnées par leurs veaux commencent à rejoindre les terrains de mise bas. Elles sont suivies par les mâles vers les terrains d'estive. À l'automne et haut début de l'hiver, les troupeaux reviennent dans les zones d'hivernage.

Cependant, dans les régions avec des reliefs, les troupeaux de caribous se déplacent aussi suivant l'altitude. En Labrador, le troupeau de la rivière George se

déplace entre la côte de l'océan arctique en hiver et les toundras d'altitude des Torngat Mountains, le troupeau des lacs «Guillaume Deslisle» et «à l'Eau-Claire» séjourne pendant l'été sur les plateaux côtiers au nord-est de la côte orientale de la baie d'Hudson (Trudel et Huot, 1979). En Alaska, le troupeau des «*Brooks Range*» hiverne sur le versant sud. À la belle saison, il passe sur le versant nord dans les régions hautes de diverses rivières comme Colville (Spiess, 1979). De même les rennes domestiques de Scandinavie effectuent des migrations entre la plaine côtière en hiver et les montagnes en été.

En réalité, les modes de migrations sont très variables entre les troupeaux; ils dépendent de la topographie. Mais aussi ces comportements sont très plastiques pour chaque troupeau et suivant les individus; ils dépendent du climat, en particulier du couvert neigeux.

## Modes de chasses collectives des rennes.

Les chasses les plus rentables nécessitent deux conditions.

— Que les animaux soient en troupeau. Dans cette condition, on peut pratiquer des chasses collectives, avec des rabatteurs.
— Que les animaux se déplacent suivant des itinéraires connus. On peut choisir un emplacement favorable pour une embuscade, préparer le terrain avec des leurres, et des pièges.

Les saumons et les rennes, qui effectuent des migrations en groupe suivant les saisons, sont deux espèces qui peuvent être chassées avec cette méthode.

Toutes les populations, en Sibérie et au Canada, qui vivent principalement de la chasse du Renne, ont le même mode de chasse: chasses collectives pendant la migration d'automne. À cette époque de l'année, les rennes regagnent leurs terrains d'hivernage. Les animaux sont chargés en graisse et ont un poil épais pour affronter l'hiver. Les chasseurs attendent les troupeaux de rennes dans les passages obligés sur les itinéraires de migration, par exemple dans la traversée d'une vallée. Ils se placent dans des lieux propices: traversées de rivière ou de lac, vallées étroites qui permettent de canaliser les animaux.

Ces lieux de chasse peuvent être aménagés avec des leurres (par exemples des files de piles de pierres qui imitent des formes humaines) qui dirigent les animaux vers des murs d'affût derrière lesquels se dissimulent les chasseurs et/ou des corrals qui permettent de bloquer les animaux. Les femmes et les enfants peuvent rabattre les animaux en les effrayant par la voix et le geste. Les animaux pouvaient aussi être tués, en canoë et kayak, pendant la traversée des rivières et lacs.

Ces chasses sont très lucratives. Par exemple, en Sibérie, quatre chasseurs pouvaient tuer 200 animaux en un jour (D'Iatchenko et David, 2000). Les animaux tués étaient préparés ou la viande était séchée. Ils étaient conservés dans des caches en pierres. Ces stocks de viande permettaient de nourrir le groupe pendant l'hiver. Ainsi, chez les *Chipewyan*, vivant à l'est de la Baie d'Hudson: «*As late as the twentieth century, it is reported that at the southwest edge of Nueltin Lake enough caribou could be killed in November to provide food for the winter, and enough in spring to last for the summer*» (Smith, 1981).

## Cycles spatio-temporels annuels

Les chasseurs-cueilleurs sont des sociétés nomades. Ce mode d'occupation de l'espace est provoqué principalement par deux causes:

— L'épuisement rapide des ressources nutritives dans les environs de l'habitat.
— L'apparition de nourriture dans certaines régions du territoire à certaines époques de l'année.

À cause de cette dépendance, ces populations doivent exploiter un large territoire, suivant un cycle spatio-temporel annuel, plus ou moins strict. De ce fait, elles doivent changer régulièrement d'habitat, ou organiser des excursions d'un petit groupe de spécialistes, par exemple de chasseurs, de plusieurs jours, loin de l'habitat.

Dans de nombreux cas, ce nomadisme s'effectue suivant une «pulsation»: agrégation/division du groupe. En général, ce fait est causé par un même phénomène: concentration/dispersion des ressources nutritives.

Par exemple, les Bushmen, «*Nyae Nyae*» du Sud de l'Afrique, dans le désert du Kalahari, se rassemblent autour d'un trou d'eau permanent, le «*Gautsha*», à environ 200 personnes, durant la saison sèche (Marshall Thomas, 1961). C'est aussi autour de ce trou d'eau que se concentre la vie animale. Les *Eskimos* «*Ammassalik*» de la côte est du Groenland, se réunissent au début juin au fond du fjord d'*Ammassalik* en un lieu, «*Kringuek*», pour pêcher en très grande quantité de petits poissons les «*ammassat*». Ces poissons sont séchés au soleil, enfilés avec une courroie de cuir en bandes de plusieurs mètres de long, enroulés pour former des paquets de 40 à 50 cm de large, pour être conservés pour l'hiver (Gessain, 1969). Les chasses collectives de rennes à l'automne sont aussi l'occasion du regroupement de la bande.

La dispersion des ressources nutritives entraîne une division de la bande en groupes plus petits, souvent familiaux. Elle se produit en période de stress (par exemple en saison sèche) quand la nourriture est rare, et ne permet pas de nourrir un grand nombre de personnes sur une même place. Mais aussi, dans les hautes latitudes pendant la belle saison, l'abondance relative de la nourriture sur la totalité du territoire permet la séparation du groupe en unités plus petites ou familiales. Celles-ci vivent aux dépens d'une plus grande variété de gibier et d'autres sources de nourritures comme les végétaux.

Cette pulsation, agrégation/division, mauvaise saison/belle saison, a été étudiée par M. Mauss chez les *Eskimos* (Mauss, 1985). Il a montré que ceci avait de grandes conséquences sur la vie sociale. Mais cette opposition entre deux saisons contrastées se manifeste aussi dans les modes d'habitats. Durant la mauvaise saison, les *Eskimos* vivent dans des maisons collectives permanentes dans des lieux protégés, où la chasse des phoques est possible; ces habitations sont construites en bois, terre, pierre ou neige, et sont plus faciles à chauffer. Durant la belle saison, l'habitat est plus dispersé et plus mobile, avec des habitations plus petites avec des structures plus légères, comme des tentes familiales.

En conclusion de ce court inventaire, nous pouvons déduire plusieurs hypothèses pour les sociétés de chasseurs de rennes du Paléolithique supérieur du Nord de l'Aquitaine:

— Une faible densité démographique d'un groupe exploitant un large territoire.
— Un troupeau de rennes effectuant des migrations en altitude à l'automne et au printemps.
— Des chasses collectives dans des lieux propices, avec de grands massacres de rennes à l'automne, qui permettent de stocker de la nourriture pour la mauvaise saison.
— Une année divisée en deux périodes contrastées, agrégation de la bande durant la mauvaise saison, dispersion en unités plus petites et mobiles durant la belle saison.

## Les données archéologiques

### Les implantations de sites

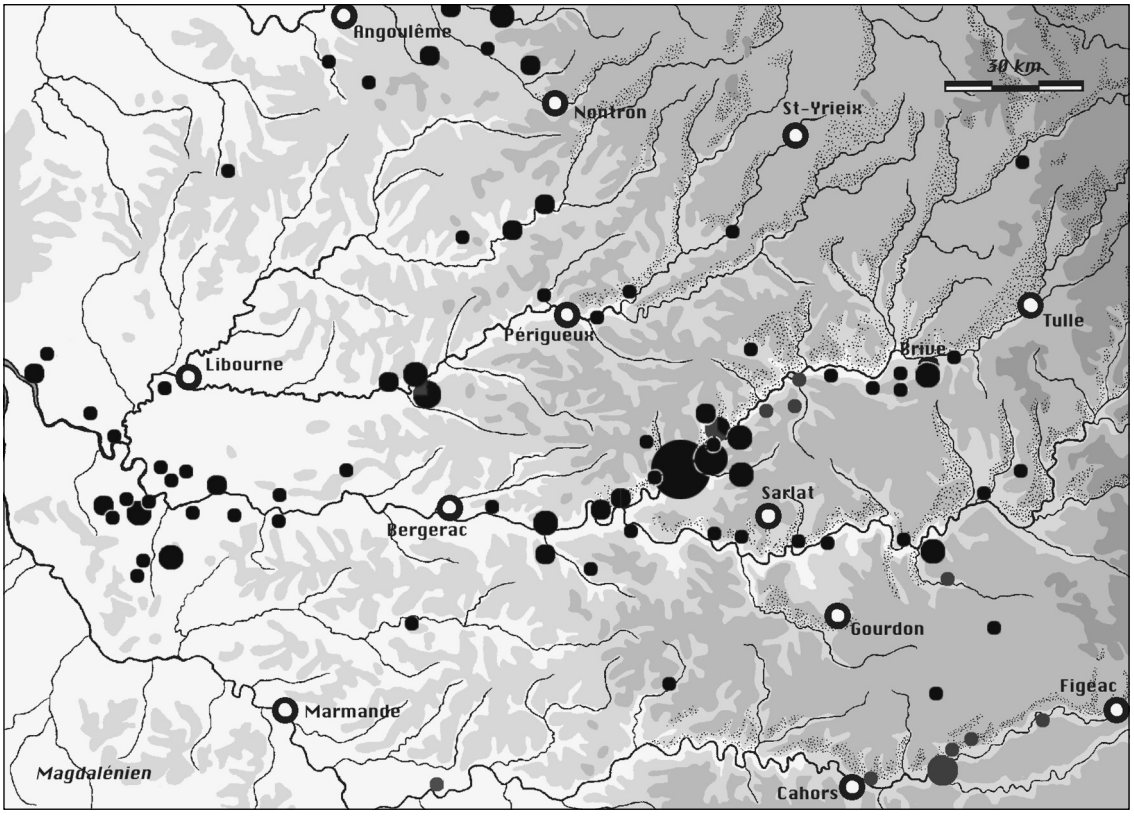



Figure 2. Répartition des sites dans le Nord de l'Aquitaine au Magdalénien.

Dans le Nord de l'Aquitaine, au Paléolithique supérieur, il existe certaines constantes dans l'implantation des sites. Cet ensemble de caractères est spécifique au Paléolithique supérieur. Il n'existe pas à la période précédente, le Paléolithique moyen; il disparaît à la période suivante, le Mésolithique.

La majorité des habitats sont sous abri ou en grotte (430 cas). Ce sont en général les plus gros sites. Les habitats de plein air sont moins nombreux (252 cas) et plus petits. De ce fait, la majeure partie des sites se trouve dans les grandes vallées

comme la Dordogne, la Vézère ou le Lot, ou leurs tributaires. Ceci peut être lié au climat glaciaire de cette époque.

Les sites se répartissent de façon inégale dans l'espace. Il existe des concentrations de sites et au contraire des régions où ils sont absents. Dans cet ensemble, la basse vallée de la Vézère joue un rôle central. Elle possède la plus grande densité de sites. De plus, ce sont souvent les plus gros sites: Laugerie-Haute, Laugerie-Basse, falaise des Eyzies, La Madeleine, vallon de Castel-Merle, etc. Cependant, on observe que cette prééminence n'est pas constante suivant le climat. Elle s'accentue durant le maximum glaciaire vers 20. 000 ans. Elle diminue quand le climat est plus tempéré, en particulier au Tardiglaciaire. Elle disparaît totalement à l'Holocène (Demars, 1998).

Il existe aussi des concentrations satellites de sites sur les marges du Périgord: bassin de Brive à l'Est, confluence Lot-Célé au Sud-Est, Fumélois au Sud, Entre-Deux-Mers à l'Ouest, Angoumois au Nord, etc. L'importance de ces zones d'implantation varie durant le Paléolithique supérieur. En général, ces régions sont surtout occupées ou dans la première moitié du Paléolithique supérieur (bassin de Brive, Fumélois), ou durant le Tardiglaciaire (confluence Lot-Célé, Entre-Deux-Mers, Angoumois).

## La circulation des silex dans le nord de l'Aquitaine au Paléolithique supérieur

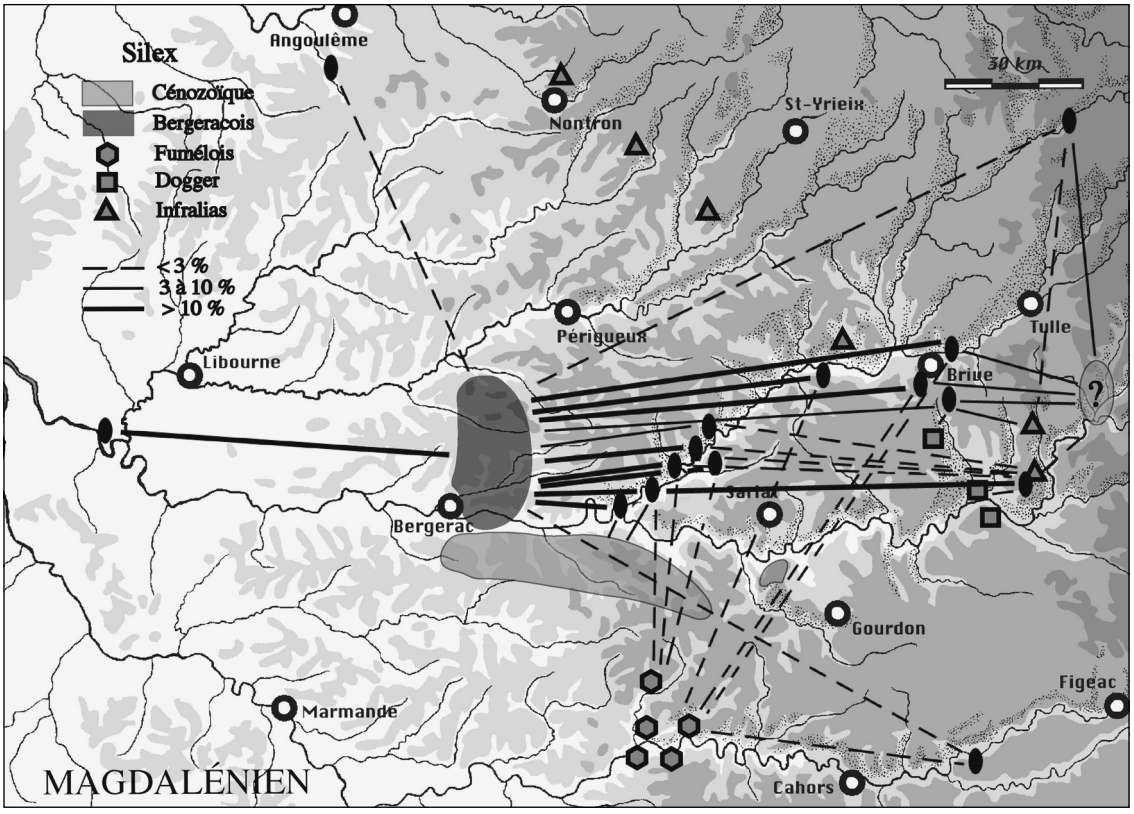



Figure 3. Circulation des silex (autres que les silex du Sénonien) dans le Nord de l'Aquitaine au Magdalénien.

Ces chasseurs du Paléolithique supérieur disposaient pour la fabrication de leurs outils de plusieurs types de silex répartis sur toute la région nord-aquitaine:

— Silex du Sénonien (Crétacé supérieur), les plus utilisés et les plus abondants, surtout en Périgord et autour de la vallée de la Vézère.
— Silex du Bergeracois (fin du Crétacé supérieur), d'excellente qualité.
— Silex jaspoïde de l'Infralias, rares, très localisés sur la bordure du Massif Central.
— Silex chailleux du Dogger (Jurassique moyen), de mauvaise qualité et peu utilisés au Paléolithique supérieur.
— Silex du Fumélois du Turonien (Crétacé supérieur), très localisés et caractéristiques.
— Silex lacustres du Cénozoïque, très dispersés dans des petits gîtes mal connus.

L'approvisionnement en silex s'effectuait suivant diverses stratégies: transport de la matière première sous forme de produits bruts, finis ou semi-finis; recherche de bons matériaux rares et d'accès difficile associé au débitage laminaire, réserve des bons matériaux pour la fabrication des outils «prestigieux» (Demars, 1994).

De plus, les circulations de matières premières lithiques montrent deux choses:

— Un transport de la matière première en grande quantité jusqu'à cent kilomètres, comme le silex du Bergeracois vers l'Entre-Deux-Mers, le Bassin de Brive, le Fumélois,.
— Une circulation qui s'effectue suivant des directions privilégiées, vers l'Est (bordure du Massif Central) et l'Ouest (Gironde), également vers le bassin du Lot au Sud. Par contre, peu de silex circule vers le Nord (Périgord-Nord et bassin de la Charente).

Mais le plus important est que ce mode de circulation est constant pendant tout le Paléolithique supérieur. À l'Holocène, il est remplacé par des transports de silex sur de courtes distances (Demars, 1994). On peut en déduire que les causes de ce modèle de transport sont permanentes durant toute la période glaciaire et disparaissent avec l'amélioration climatique. Pour moi, ce modèle montre une circulation des populations de chasseurs, suivant la direction Est-Ouest, entre le Massif Central et le Bassin Aquitain. Celles-ci suivent le cours des rivières Dordogne et Vézère.

Il existe aussi des circulations de silex entre le Nord de l'Aquitaine et les Pyrénées (Bon, 2002; Simonnet, 1996). Cependant ces transports se font sur de très petites quantités. Ils montrent des relations entre ces deux régions. Mais il s'agit probablement dans ce cas de courants commerciaux plutôt qu'une circulation régulière d'un groupe humain entre ces deux régions.

## La répartition du Renne dans le nord de l'Aquitaine

Nous savons que le Renne constitue environ 75 por 100 des restes de faunes dans les sites du Paléolithique supérieur du nord de l'Aquitaine. Mais cette fréquence est plus ou moins forte suivant les régions.

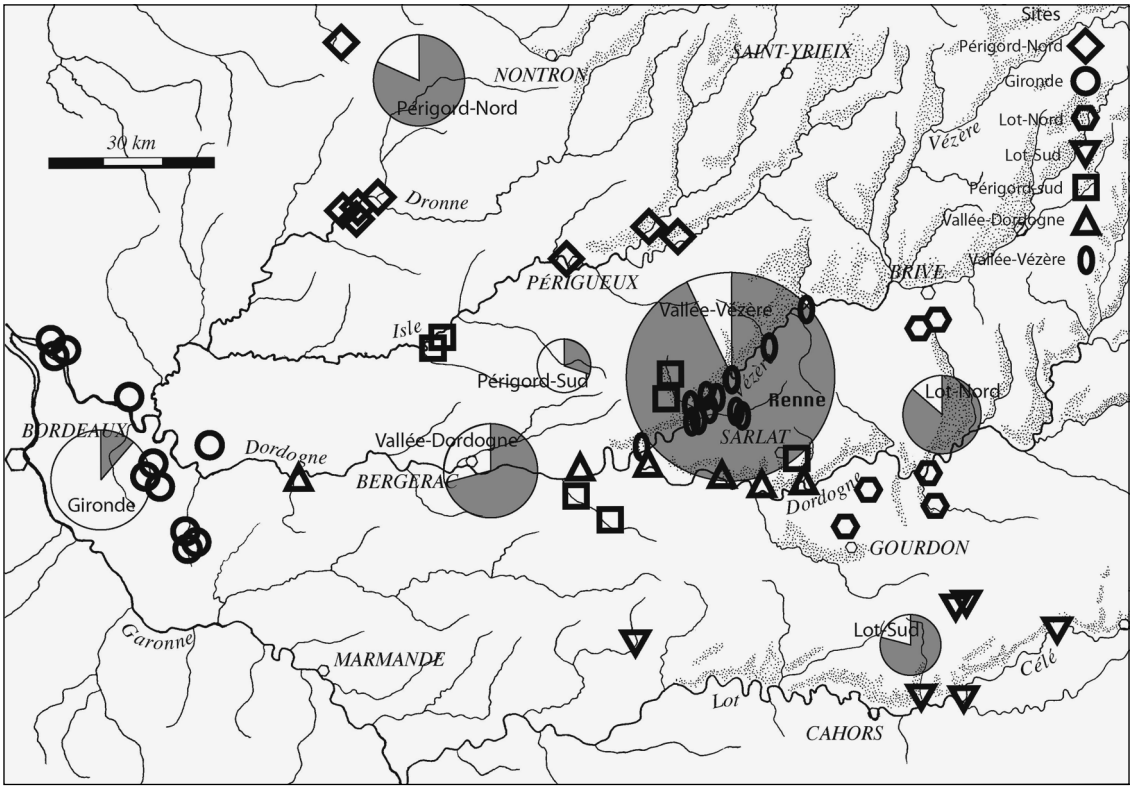



Figure 4. Fréquence des rennes dans sept régions du Nord de l'Aquitaine au Paléolithique supérieur.

J'ai divisé le Nord de l'Aquitaine en sept régions avec les sites où il existe de la faune et des décomptes:

— Bassin Vézère-Beune (Laugerie-Haute, Pataud, La Madeleine, Limeuil...).
— Vallée Dordogne (Gare de Couze, Flageolet, Le Morin...).
— Sud-Dordogne (Caminade, La Ferrassie, La Faurélie...).
— Nord-Dordogne-Charentes (Les Rois du Mouthiers, Le Fourneau du Diable, Le Trou de la Chèvre...).
— Gironde (Roc de Marcamps, Moulin Neuf, Saint-Germain-la-Rivière...).
— Corrèze -Lot-Nord (Combe Cullier, Le Piage, Roc de Combe...).
— Lot-Sud (Le Cuzoul de Vers, Sainte Eulalie, Pégourié...).

Dans chacune de ces régions, j'ai additionné la totalité des restes de la faune décomptée. La dimension des cercles représente la quantité de restes dans chaque région. On voit que le plus important nombre de restes a été rencontré dans les sites de la vallée de la Vézère. Plus de la moitié de la faune provient de cette région. Les secteurs gris représentent la fréquence du Renne.

Je ne tiendrai pas compte de la région «Nord du Périgord et Charente» qui appartient pour moi à un autre ensemble, comme le montre la faible quantité du silex qui circule vers cette région.

Les rennes sont très abondants dans la vallée de la Vézère, dans la vallée de la Dordogne et dans la zone Est. Par contre, ils sont relativement rares dans les sites de Gironde où il y a surtout des chevaux, des bovidés et des antilopes saïga. Mais

le plus important est la basse fréquence du Renne dans la région «Périgord sud». Pourtant, les sites comme la Ferrassie, Caminade, La Faurélie sont à proximité des sites de la vallée de la Vézère. Il existe moins de cinq kilomètres entre la Ferrassie et Laugerie-Haute. Comment expliquer cette différence dans la composition de la faune dans des sites qui appartiennent à une même région? Pour moi, ce n'est pas un problème de région, mais de situation. Les sites de la vallée de la Vézère et de la Dordogne sont dans les grandes vallées qui descendent du Massif Central. Les autres sites du Périgord sont dans les tributaires beaucoup plus courts et perpendiculaires aux grandes vallées. Il est nécessaire de considérer que ces sites étaient occupés lorsque les rennes étaient absents du Périgord.

## Commentaires et conclusion

Que peut-on déduire de cet ensemble de faits? Au Canada, lorsque les caribous habitent une région montagneuse ou de hautes collines, ils font leurs migrations saisonnières entre les hautes terres en été et les régions abritées en hiver. Il est probable que les rennes du Paléolithique supérieur d'Aquitaine avaient le même comportement. Ils effectuaient des migrations vers le Massif Central au printemps, et vers le Bassin Aquitain à l'automne en suivant les vallées de la Vézère et de la Dordogne. De ce fait, les sites des grandes vallées comme surtout la Vézère, sont des sites où se pratiquaient des chasses collectives du Renne quand il descendait du Massif Central. C'est pour cette raison que la faune de ces sites est constituée en grande majorité ou en totalité de restes de rennes. Ce sont donc des sites d'agrégation où se réunissait l'ensemble du groupe. En conséquence, ces sites étaient occupés durant la mauvaise saison; les chasseurs vivaient sur les réserves de nourriture. Les travaux d'Arthur Spiess (1979) et Randal White (1980) ont été les premiers à donner cette hypothèse.

Les sites des autres régions du Nord de l'Aquitaine étaient occupés plutôt durant la belle saison. Les sites de l'Est aux limites du Massif central (bassin de Brive, Quercy) étaient consacrés à la chasse des rennes pendant la belle saison, dans leurs terrains d'estive. Les sites de Gironde à l'Ouest étaient destinés à la chasse d'autres espèces, comme les chevaux, les bovidés, les antilopes saïga (au Magdalénien), probablement aussi pendant la belle saison. On peut penser que les sites de la région «Sud du Périgord», hors des grandes vallées, avaient la même fonction: ils étaient occupés pendant la belle saison, quand les rennes en majorité étaient absents du Périgord, qu'ils étaient plus à l'Est, sur le Massif Central et sa bordure.

Les données archéologiques semblent donc montrer un modèle d'occupation du territoire classique, commun aux sociétés du Sub-arctique. Il est fondé sur des chasses collectives des rennes et une «pulsation» du groupe de chasseurs: mauvaise saison-agrégation/belle saison-dispersion. On comprend que ce mode d'occupation du territoire disparaît à l'Holocène, avec l'amélioration climatique et la disparition des rennes.

Il s'agit d'un modèle certainement trop simple. Il est nécessaire d'effectuer d'autres études comme celles en squelettochronologie qui confirment en partie, mais seulement en partie, ce modèle. Mais je pense que pour cette région le Nord de l'Aquitaine, pour le Paléolithique supérieur, si nous n'avons la totalité des réponses, nous sommes dans la bonne direction.

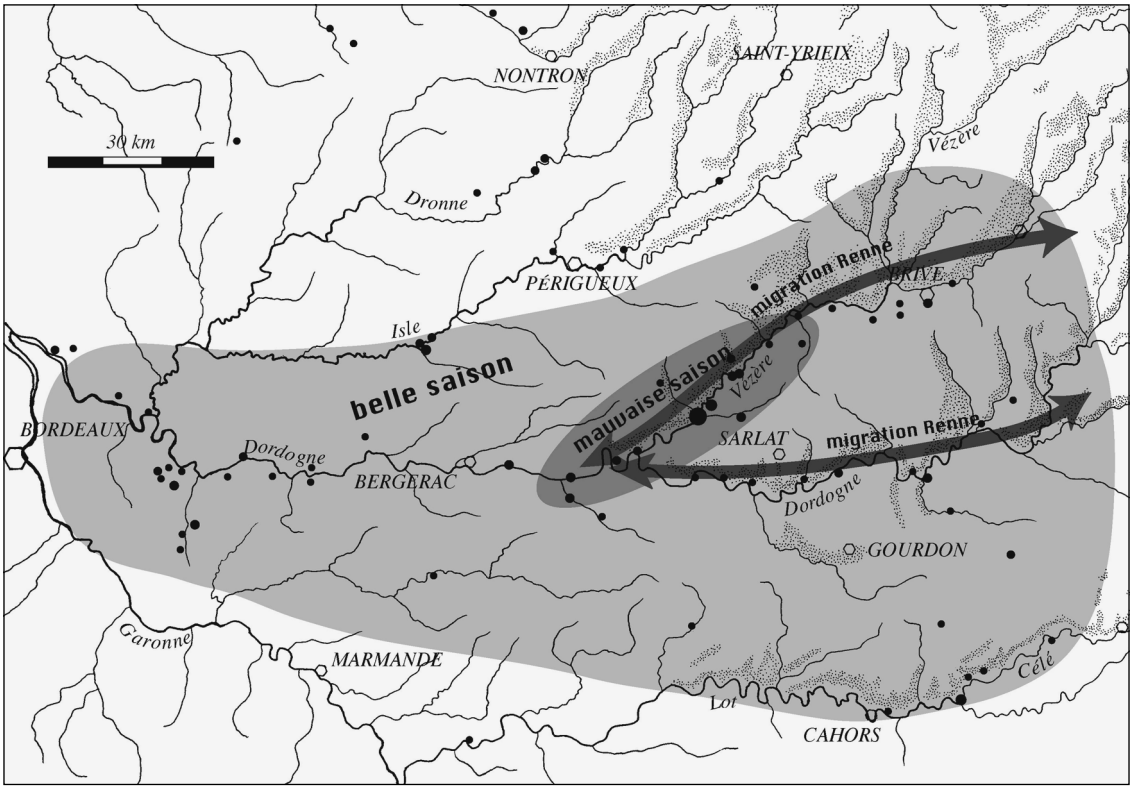



Figure 5. Modèle d'occupation du territoire dans le Nord de l'Aquitaine au Paléolithique supérieur.

## Bibliographie

Bon, F. (2002): «L'Aurignacien entre Mer et Océan. Réflexion sur l'unité des phases anciennes de l'Aurignacien dans le sud de la France», *Mém. Soc. Préhist*. Fr., XXIX.

Demars, P.-Y. (1994): *L'économie du silex au Paléolithique supérieur dans le Nord de l'Aquitaine*, Thèse de Doctorat d'Etat ès Sciences, Université Bordeaux I.

Demars, P.-Y. (1998): «Les rapports de l'homme et du milieu dans le Nord de l'Aquitaine au Paléolithique supérieur. L'implantation des habitats», *Préhistoire du Sud-Ouest*, Nlles Etudes 5(1): 13-30.

D'Iatchenko, V. I. et David, F. (2000): «La traversée des rivières–un épisode de la chasse au renne en Sibérie», *Boréales*, pp. 5-23.

Gessain, R. (1969): *Ammassalik ou la civilisation obligatoire*, Paris: Flammarion Éd.

Hassan, F. A. (1975): «Determination of the size, Density, and Growth Rate of Hunting-Gathering Populations», in: *Population Ecology and Social Evolution*, pp. 27-52, Mouton: Ed. Steven Polgar.

Heizer, R. F. (1978): *Handbook of North American Indians. vol. 8, California*, Washington: Heizer editor, Smithsonian Institution.

Kroeber, A. L. (1963): *Cultural and natural areas of native North America*, Berkeley and Los Angeles: University of California Press.

Lee, R. B. (1968): «What hunters do for a living, or, how to make out on scarce resources» in: Lee, R. B. et DeVore, I. (eds.), *Man the hunter*, pp. 30-48, Chicago: Aldine Publishing Company.

Leroi-Gourhan, A. (1936): *La civilisation du renne*, Paris: NRF.

Marshall Thomas, E. (1961): *Des gens sans méchanceté*, Paris: NRF, Gallimard.

Mauss, M. (1985): *Sociologie et anthropologie*, Paris: Quadrige/PUF.
Murdock, G. P. (1967): «Ethnographic Atlas: a summary», *Ethnology*, 6(2): 109-236.
Ramade, F. (1994): *Eléments d'écologie. Ecologie fondamentale*, Paris, 2: Ediscience international.
Simonnet, R. (1996): «Approvisionnement en silex au Paléolithique supérieur: déplacements et caractéristiques physionomiques des paysages, l'exemple des Pyrénées centrales», in: *Pyrénées préhistoriques. Arts et sociétés. Actes du 118ème Congrès national des Sociétés savantes (Pau, 1993*), pp. 117-128, Ed., CTHS.
Smith, J. G. E. (1981): «Chipewyan», *Handbook of North American Indians. vol. 6, Subarctic*, pp. 271-284, Washington: Helm editor. Smithsonian Institution.
Spiess, A. E. (1979): *Reinder and caribou hunter. An archaeological study*, Academic Press.
Suttles, W. (1990): *Handbook of North American Indians. vol. 7, Northwest Coast*, Washington: Suttles editor. Smithsonian Institution.
Trudel, F. et Huot, J. (1979): *Dossier caribou. Ecologie et exploitation du caribou au Québec-Labrador*, Recherches amérindiennes au Québec, IX, 1-2.
White, R. K. (1980): *The upper paleolithic occupation of the Perigord: A topographic approach to subsistence and settlement*, Doctorat of Philosophy, Univ. of Toronto.

# Colecciones de museos etnográficos en arqueología

JORDI ESTÉVEZ
Dept. Prehistòria (Unidad asociada al CSIC).
Universitat Autònoma de Barcelona.
ASSUMPCIÓ VILA I MITJÀ
Dept. d'Arqueologia i Antropologia-IMF.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

**RESUMEN.** Nuestros planteamientos etnoarqueológicos requerían analizar y sistematizar toda la información etnográfica e histórica existente sobre la gente que habitó la costa norte del Canal Beagle en el momento de contacto (o momentos etnográficos) a fin de poder *generar una «imagen etnográfica» apta para ser contrastada por vía arqueológica*. Para ello, empezamos con un trabajo exhaustivo de recopilación y seguimos con un sistemático análisis crítico de *toda* la documentación histórica existente sobre este grupo. A esta exhaustiva recopilación añadimos la revisión del importante material fotográfico existente.

Paralelamente, y una vez constatado que es en Europa donde se encuentran las colecciones más completas y mejor documentadas de objetos fueguinos, se realizó la revisión de la casi absoluta totalidad de aquellos materiales depositados en los museos etnográficos europeos. El objetivo era incluir/integrar el estudio de estos objetos en el intento de conseguir una imagen etnográfica completa. Presentamos aquí esta experiencia ya que éste fue un aspecto novedoso en su momento (y seguramente también ahora), pues estos objetos depositados en museos nunca habían sido analizados desde esta perspectiva, y porque creemos que los resultados avalan la inclusión que proponemos.

**ABSTRACT.** Our ethnoarchaeological proposals needed to analyze and order all the ethnographic and historical information available of the people who lived on the northern coast of the Beagle channel in order to *generate an «ethnographic image» that would be able to be tested archaeologically*. So we started an exhaustive recopilation work. After that, we analyzed from a critical point of view *all* the existing historical documentation and photographs about these groups.

In parallel, and once we knew surely that the most complete collections could be found in Europe, almost all these materials were revised. The main objective was to include/integrate the study of these objects within the ethnographic image created with the documentation.

We present here the methodology that we have followed, methodology that was very new at that moment and that probably it is still new, as long as these objects were never treated under this perspective.

## Introducción

Intentando avanzar en Arqueología y romper al mismo tiempo las artificiales fronteras entre la Ciencias Sociales, formulamos en los años 80 una hipótesis tipo ley sobre el funcionamiento de las sociedades que no inciden directamente en la reproducción de los recursos.

En la propuesta de contrastación (al mismo tiempo un test de evaluación de la metodología estándar en arqueología prehistórica) intentamos vincular dialécticamente Etnografía y Arqueología para superar la incapacidad de estudiar globalmente las diferentes manifestaciones de un mismo fenómeno social (Estévez *et al.*, 1998, Vila y Estévez, 2001). Conjugando Etnografía y Arqueología, «Etnoarqueología» para muchas/os autores, pretendemos llegar a las leyes del desarrollo social definiendo la contradicción principal (CP) y el elemento principal de esta contradicción. Vamos a considerar no sólo una forma social concreta, tal como podría hacer la Etnografía, sino su génesis y transformación tal como sólo podría hacer la Arqueología. Sin embargo, para conseguir esto último la Arqueología debe afrontar la representación de la organización social.

En concreto, nos propusimos registrar cómo quedan materializadas las relaciones sociales de producción y reproducción en los registros etnográfico y arqueológico correspondientes a una misma expresión fenoménica concreta: *la sociedad Yámana del siglo XIX*. Esta confrontación dialéctica entre la teoría y la práctica de la Arqueología y de la Etnología debería posibilitarnos generar una *metodología arqueológica* (métodos y técnicas) para acercarnos a las formaciones sociales *prehistóricas* en todos sus aspectos, económicos y sociales, pues los unos no pueden entenderse sin los otros.

Como vía exploratoria, y en este trabajo, hemos tratado de confrontar las categorías sociales definidas etnográficamente con los caracteres de los materiales que la arqueología considera socialmente definitorios.

## Proyectos en Tierra del Fuego

La mayoría de las sociedades cazadoras-recolectoras han dejado de existir como tales o han sido dramáticamente transformadas antes de los años treinta del siglo XX, y las de Tierra del Fuego no han sido una excepción. Es por ello difícil, y a veces ilusorio, pretender realizar hoy encuestas etnográficas dirigidas arqueológicamente en las comunidades actuales como si se tratara de «sociedades fósiles». Si esa revisión pudiera aún tener un sentido en ciertos niveles infraestructurales (de procesos mecánicos, de trabajo...), lo pierde casi completamente, a nuestro entender, en lo que respecta a la organización social e ideológica. Pensamos que el impacto de la sociedad industrial causó una desestructuración sustantiva en ellas, borrando la posible coherencia entre la forma y el contenido de la producción material y la organización social.

Así, una de las causas (Piana *et al.*, 1992) que nos llevó a Tierra del Fuego fue la existencia de una nutrida y en principio aparentemente exhaustiva descripción etnográfica de varios grupos humanos cazadores-recolectores. Relatos que habían sido utilizados, además, en Arqueología y desde Darwin, como paradigma explicativo y marco referencial en la representación de la organización social de las sociedades paleolíticas.

Y así desde 1988 hemos desarrollado allí parte de nuestro trabajo mediante Proyectos de investigación hispano-argentinos (Estévez y Vila, 1995a).

Elegimos en concreto un grupo canoero, *Yámana*, que se había organizado para aprovechar básicamente los recursos del litoral marítimo. Sobre este grupo existía ya una previa realización de estudios arqueológicos sobre poblamiento, etnogénesis y dinámica socio-económica efectuados por la contraparte argentina desde 1975 (Orquera y Piana, 1999a).

Nuestros planteamientos requerían analizar y sistematizar, en primer lugar, toda la información etnográfica e histórica existente sobre la gente *yámana* en el momento de contacto (o momentos etnográficos) a fin de poder *generar una «imagen etnográfica» apta para ser contrastada por vía arqueológica.*

La generación de esa imagen etnográfica era un paso importante en nuestra propuesta.

Empezamos con un trabajo exhaustivo de recopilación, efectuado básicamente por los antropólogos argentinos, y seguimos con un sistemático análisis crítico de *toda* la documentación histórica existente sobre este grupo (Orquera y Piana, 1999b): desde la descripción de Schapenham en 1626, las del siglo XVIII, las de Fitz Roy, Darwin y demás expediciones del siglo XIX, las existentes en publicaciones dispersas y/o de difícil acceso que han sido recopiladas (como p. ej.: lo publicado en la revista de la Central Misionera a la que pertenecían el obispo Stirling y el pastor T. Bridges: *The Voice of Pity for S. America, A Voice for S.America, South American Missionary Magazine*), los originales inéditos y documentos personales de los primeros colonos (p. ej.: como los del citado T. Bridges traducidos por Rae N. Prosser de Goodall), hasta llegar a los trabajos de la expedición francesa al cabo de Hornos (1891), los del etnólogo-misionero austríaco M. Gusinde ya a principios de este siglo, y al relato autobiográfico de L. Bridges publicado en 1947.

Añadimos a esta exhaustiva recopilación la revisión del importante material fotográfico existente.

Paralelamente, y éste es el núcleo de la presente exposición, una vez constatado que es en Europa donde se encuentran las colecciones más completas y mejor documentadas de objetos fueguinos, realizamos un estudio «arqueológico» de la casi absoluta totalidad de aquellos materiales depositados en los museos etnográficos europeos. El objetivo era incluir/integrar el resultado de ese estudio en el intento de conseguir una imagen etnográfica completa. Es éste un planteamiento que fue novedoso en su momento pues estos objetos depositados en museos nunca habían sido analizados desde esta perspectiva arqueológica, y para ser fuente de contrastación con los materiales recuperados arqueológicamente en yacimientos correspondientes a unos mismos grupos humanos.

## Museos y materiales

Una vez hechos los contactos y conseguidos los permisos pertinentes realizamos la mayor parte del trabajo centrado en los museos durante parte de los años 1986 y 1987.

La revisión incluyó los siguientes museos:

***Museo Nazionale di Antropologia de Etnologia*** **de Florencia (Italia):** una pequeña colección de piezas aportadas por G. Bove, Mantegazza y De Gasperi;

***Museo Preistorico e Etnografico Luiggi Pigorini*** **de Roma (Italia),** básicamente con colecciones de E. H. Giglioli y de G. Bove; **Museo Etnológico Misionero del Vaticano**, con dos colecciones referenciadas como de «fueguinos»; ***Museum für Völkerkunde S.P.K.B.*** **de Berlin (Alemania)**, con las colecciones de M. F. Schmidt, de Hagenbeck de 1881, de Essendörfer, del Dr. Böhr, la de Finger, la colección Mallmann, la de Du Bois, la de von Gülich, la de Kramer, la de Puttkamer, la del Dr. Leber, la de Diehl, la de Krause y la de Meta Krebs. Y objetos de las colecciones de: Schythe, de Lehmann-Nitsche y de Baxmann; ***Museum für Völkerkunde*** **de Viena (Austria)**. Tiene una colección Hagenbeck de «canoeros fueguinos» de 1884, una del barco «HMS Saida» de 1897, la colección aportada por M. Gusinde en los años veinte y materiales de la Sra. del Dr. Haindl, de Gerle de 1938, del «marinero Eisner» de 1887, de H. Chlupai de 1947, y de Novara del 1857-59; **Museo Misionero de San Gabriel en Mödling (Austria)** con piezas aportadas por el padre M. Gusinde; **Museo Etnográfico Pedro el Grande de Leningrado (U.R.S.S.)** con la colección donada por C. B. German, una procedente del Museo Antropológico de la Universidad de Buenos Aires, la intercambiada con el Museo de La Plata, lo donado por Ambrossetti, la colección de Alfred Fritsch donada por Scidellski, la de Gabilovitch-Hamatiano, y la de G. Mayer recolectada por Mengelbur; ***Musée de l´Homme*** **de París (Francia)-(MHP)**: la colección de la *Mission Scientifique du Cap Horn*, la llamada «*Mission Rouson et Willems*», la de M. Louis Baudot, la colección «*Comte Henry de la Vaulx*», la colección «Governador Carlos R. Gallardo», la del «Museo de la Marina», la donada por Gisèle Freund, la colección «Bougainville» y la de «Anne Chapman», recogida por ella misma; ***Mankind*** **del *British Museum*** **de Londres (Inglaterra):** objetos recolectados por el capitán Parker King (1831), por H. L. Smith y Graves (1868), por A. W. Franks (1870), por el obispo Stirling (1870), por D. Forbes (1873), por H. N. Moseley y W. Thompson, por Holmsted (1885), por F. Brent (1887 y 1903), por Crawshay, por F. H. Ward (1913), por E. Warne (1916), por Routledge y Scoresby (1920), por T. C. Earl (1924), por W. L. Wood (1924), por Reynolds (1926 al 1936), por R. Vallentine (1926), por Cameron (1957) y por Cuming (1959). Además de otros objetos aislados; El **Museo Etnológico de Madrid (España)** posee unas pocas piezas procedentes de Magallanes y Cabo de Hornos.

El **Museo del Fin del Mundo**, en Ushuaia, cuenta con colecciones arqueológicas pero no etnográficas, pero en Ushuaia sí pudimos ver algunas colecciones particulares propiedad de los descendientes de los primeros colonos (v.g. familia Goodall).

Las 48 colecciones más importantes fueron formadas entre 1764 y 1965. La muestra estudiada es más que significativa cualitativa y cuantitativamente (1.219 objetos) y el estudio de otros museos hubiera sido sólo repetitivo.

Los conjuntos analizados denotan las diferencias temporales, que son fundamentalmente consecuencia de cambios en los intereses europeos (cf. Orquera y Piana, 1996) aunque se aprecian también, en menor grado, modificaciones en los propios fueguinos como resultado del impacto del contacto con europeos, y en ellos queda claro también el sesgo que dirigió la recogida/intercambio de objetos. Por ejemplo, lo recogido por el religioso Martin Gusinde o la colección depositada en el Museo Vaticano, aunque incluyen toda clase de ítems, evidencian un especial (y cuantitativo) interés en objetos encuadrables en el marco ideológico (tales como máscaras para ceremonias, tocados de «chamanes»...), contrastando

con las colecciones de los Museos de Londres y París que, recolectadas por marineros o por científicos (de Ciencias Naturales), enfatizan los elementos técnicos/instrumentales.

## Metodología

El trabajo con estos materiales ubicados actualmente en Museos comenzaba con la revisión de los listados de las colecciones. En principio eran considerados todos aquellos cuya adscripción fuera con seguridad «*yaghan*» o «*yamana*». En segundo lugar eran tenidos en consideración los que estaban adscritos con seguridad a «canales fueguinos» y, finalmente, se analizaron los objetos procedentes de Tierra del Fuego «*sensu lato*», incluyendo los referenciados con seguridad a los *Selk'nam*.

De esta forma pudimos establecer un patrón de reconocimiento para los objetos procedentes del área *yámana*, discriminando, llegado el caso, los objetos cuya adscripción era más incierta. Este primer trabajo era imprescindible puesto que existen, p. ej.: algunas colecciones que al estar en su origen sólo referenciadas como de «Tierra del Fuego» han sido posteriormente catalogadas como procedentes del grupo de cazadores terrestres, cuando en realidad no pueden sino adscribirse a alguna de las agrupaciones de canoeros.

Aún así esas distinciones arquetípicas, propias de la Etnografía de tiempos pasados no deben ser consideradas como una certeza axiomática. El flujo de información y personas entre todos los habitantes de la Isla Grande de Tierra del Fuego debió ser constante, por lo que no sólo es difícil en algunos casos distinguir entre los objetos de las distintas agrupaciones de canoeros sino que es más que probable que algún objeto característico de gentes de más al norte pueda haber sido recogido mucho más al sur, o viceversa. Por otro lado, la incidencia de los propios marinos europeos en la red de intercambios aborigen pudo dinamizarla y alargar su alcance medio. Existen a este respecto sobradas referencias de seguimientos larguísimos y de vastas reuniones de canoas alrededor de los barcos.

Los objetos seleccionados han sido clasificados primariamente por el uso genérico que se les atribuye en las fuentes etnográficas. Las distinciones secundarias se establecieron principalmente al considerar los materiales componentes o las características morfológicas.

Fueron analizados desde una perspectiva de análisis arqueológico (caracteres morfológicos y técnicos que nos revelan los elementos de su proceso técnico de producción), obteniendo así una nueva visión apta para su utilización comparativa con los materiales provenientes de yacimientos arqueológicos. Cada pieza fue objeto de una ficha informatizada en un programa estándar, comercial, de bases de datos. En ella se incluían los siguientes campos comunes: Museo, n.º de inventario, colección, adscripción étnica (especificando si procede del Museo, canoeros/*yámana* p. ej...: o es conclusión propia), observaciones del Museo, clase de material (p. ej.: arco, punta de arpón, peine), descripción morfotécnica y métrica estandartizada jerarquizando el proceso de producción y la morfometría conseguida, nº de inventario fotográfico y miniatura de la foto. Además de estos campos comunes hemos recogido hasta un total de otros 32 campos con información específica, métrica y de materia prima, para 5 tipos principales de objetos (cestos, arcos, collares, puntas de arpón, puntas de lanza, etc.).

Pudimos así aplicar posteriormente paquetes estadísticos en el análisis de búsqueda de asociaciones significativas de caracteres y de posibles estándares de fabricación con implicaciones técnicas o sociales comparables a las surgentes del registro arqueológico.

Este tipo de análisis de los materiales etnográficos, permitió segmentar el conjunto censado según las siguientes categorías significativas: *a*) instrumentos (involucrados en la fabricación, modificación o transformación de otros materiales); *b*) objetos extractivos (involucrados directamente en la obtención de alimentos); *c*) de mantenimiento, es decir utensilios para la producción de las condiciones necesarias para la continuación de la actividad social (relacionados con la preparación, producción, conservación, consumo y transporte de otros bienes y de sus condiciones), y *d*) socio-ideotécnicos (relacionados con la organización social y/o la ideología). Esta segmentación probó ser de utilidad para estimar el grado de representatividad que cada categoría tenía en las distintas colecciones y la que tendría potencialmente en un registro arqueológico previsible, aunque está claro que esta división no encasilla los bienes, sino que existen ítems que pueden utilizarse simultánea o sucesivamente en la elaboración de otros bienes o en la preparación del alimento o en algún momento como un instrumento ideológico. Es una separación puramente analítica específica para esta evaluación ya que, al igual que en cualquier actividad social no pueden separarse lo económico de lo social o ideológico, cada ítem representa también una unidad de lo económico con lo ideológico o social. A pesar de ello la clasificación es posible porque ciertos caracteres y la función nos jerarquizan y remiten a causas prioritariamente de uno u otro orden. Es por ello que en el análisis cuantitativo de la producción del valor (ver el trabajo del Grupo DEVARA en este mismo volumen), hemos establecido otra taxonomía más operativa.

Las técnicas de confección detectadas y el modo de uso de los distintos instrumentos registrado históricamente, o documentado por observación directa, permitieron su comparación con los resultados de los estudios funcionales y tecnológicos efectuados de modo independiente sobre las piezas arqueológicas.

## El ejemplo de los arcos

Este es un implemento que ha despertado bastante interés entre los estudiosos. Efectivamente se trata de un instrumento complejo que requiere una acumulación de conocimientos técnicos importante. Pero lo que suscitó más discusión fue el origen del desarrollo de este instrumento en el extremo sur americano y su desuso entre *yámanas* de época reciente. Los arcos y flechas podrían haber sido más frecuentes en las porciones central y oriental del canal Beagle que en la occidental o en las islas de más al sur, en virtud de su aplicación a las cacerías de guanacos. Y su uso, de seguir las fuentes etnográficas, podría haber quedado muy reducido a partir de mediados del siglo XIX, aunque la evidencia arqueológica desmiente esa tendencia.

Hemos incluido en el análisis la casi totalidad de los arcos procedentes de Tierra del Fuego de las colecciones etnográficas estudiadas. Teníamos interés en intentar diferenciar los producidos por los cazadores terrestres de los hechos por canoeros.

Así, hemos analizado un total de 45 ejemplares.

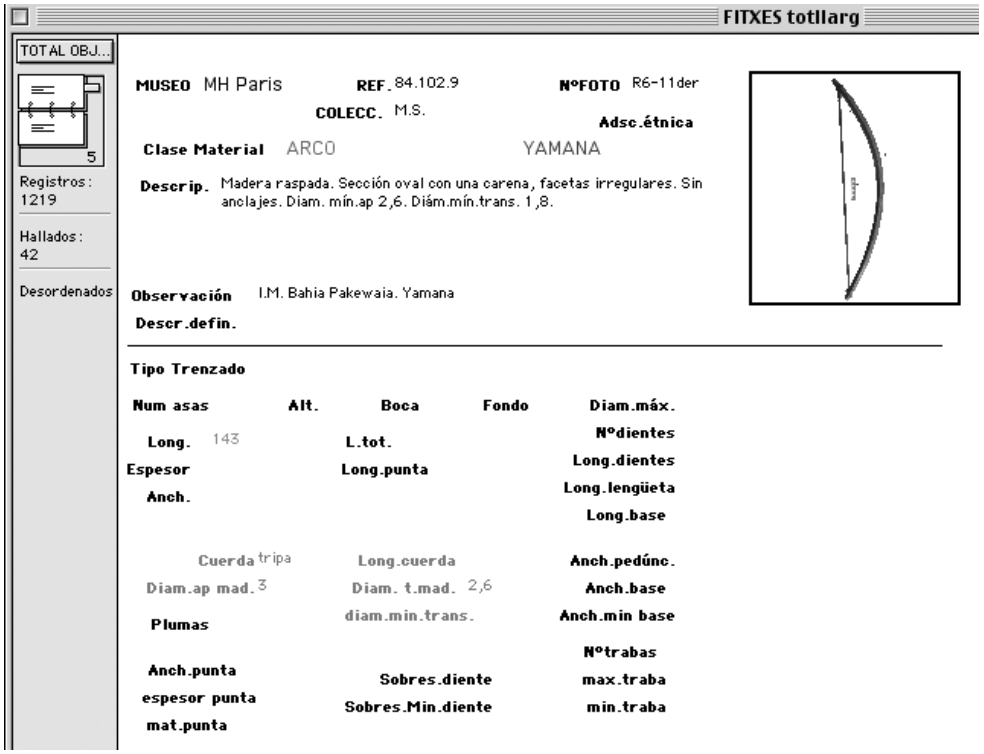



Figura 1. Modelo de ficha para la recogida de la información de los objetos fueguinos de los Museos etnográficos. Ficha para arcos.

Es interesante destacar que Gusinde no recogió ninguno «*yámana*», lo que sí hicieron, entre otros, los hombres de la *Mission Scientifique* (en *Packewaia* y Bahía Orange) y Hagenbeck (probablemente en los canales). Destaca también el sesgo de lo depositado en el Museo de Berlín: es donde se ha concentrado la mayoría de los arcos.

Trataremos todo el conjunto para tratar de identificar posteriormente la posible existencia de dos modelos de fabricación que nos hablen de conjuntos procedentes de grupos distintos. Esta clasificación morfotécnica la cruzaremos con la clasificación étnica establecida «*a priori*».

El proceso de fabricación estándar que se puede deducir del análisis del material se resume en el esquema que se muestra en la página siguiente. En él hemos puesto, de izquierda a derecha: modo de obtención de la materia prima, la materia prima obtenida, el modo de transformación de la misma, el bien producido y el modo de ensamblado. En las dos últimas líneas señalamos los instrumentos involucrados en cada una de las fases y el uso.

En la fabricación se usaba rama de *Nothofagus* como materia prima. La rama era tallada para obtener bien una sección triangular de lados convexos, con la carena hacia adentro y el lado más corto como cara externa, bien una ovoide con una ligera carena hacia la parte posterior.

La superficie de la madera era cepillada y pulida, dándole un aspecto facetado o liso. Hay una serie de arcos con longitudes inferiores a 100 que podrían interpretarse como de juguete, pero no existe una ruptura estadísticamente significativa entre unos y otros.

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| Cortar | Rama de *Nothofagus* | Raspar y cortar para obtener una sección ovalada con una ligera carena o con sección triangular. Cepillar y pulir una superficie redondeada o facetada. Doblar en arco. (distancia cuerda: 6,5-23) Cortar y pulir ahondando una o dos ligeras estrangulaciones en los extremos (7) a modo de retén | Arco de madera de *Nothofagus* long.: 78-171 diam.ap.: 1,4-3,9 diam.t.: 1,5-3,4 | Pintado de la madera con colorante rojo (3) o blanco (3). Ligado y arrollado de la cuerda en un extremo y ligado en el otro. |
| Cortar | Trozo de piel de lobo (1) guanaco (2), tripa (6) o tendón (15) | Trenzar una cuerda de tripa o tendón. | Cuerda (long.83-161) | |
| Raspar | Mineral blanco o rojo | Machacar y mezclar polvo mineral y grasa | Pintura roja o blanca | |
| **INSTRUMENTOS** | | **DE FORMATIZACIÓN** | **ENSAMBLADO** | **USO** |
| Cuchillo, raspador colorante | | Cuchillo, raspador, pulidor, machacador | | Caza de aves y mamíferos terrestres |

Sí hay una agrupación anormal entre 133-146. El tamaño normativo debía estar pues dentro de este espectro de variabilidad.

En algunos casos hay, en uno o dos de los extremos, un pequeño estrangulamiento que facilita el ligado de la cuerda. A veces es tan débil que puede ser producto del uso.

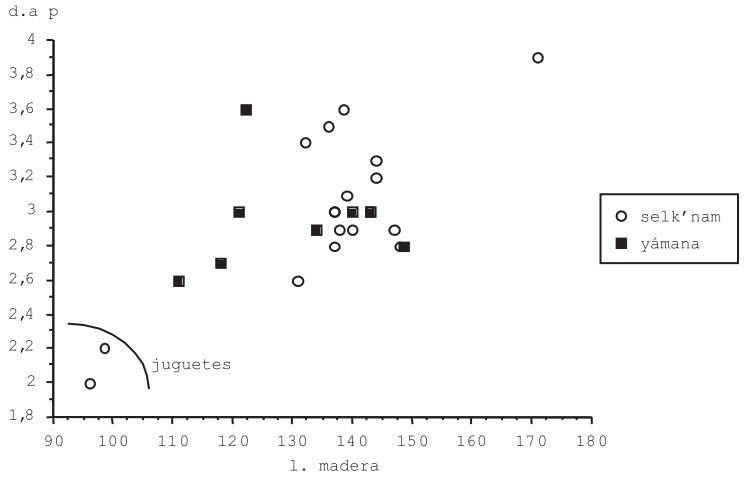



Figura 2. Gráfico de punto con la relación entre longitud de la madera y el diámetro anteroposterior de los arcos *yámana* y *selk'nam*.

Del análisis de los arcos se desprenden distintas tendencias de asociación entre caracteres cualitativos y cuantitativos, aunque no superan los umbrales de significación estadística. Así podemos decir que los de superficie no facetada y los peque-

ños no tienen retén. La forma de la sección no se asocia significativamente a la forma de la superficie. Los que tienen la sección triangular son más largos y anchos que los de sección ovoide y tienden a ser más largos con menor distancia entre madera y cuerda, aunque no existe propiamente una correlación entre estas dos medidas. Los facetados tienden a ser más largos. La cuerda de tripa suele ser más larga que la de tendón o piel. La decoración blanca nunca aparece en arcos con retén, mientras que sí lo tienen los decorados en rojo.

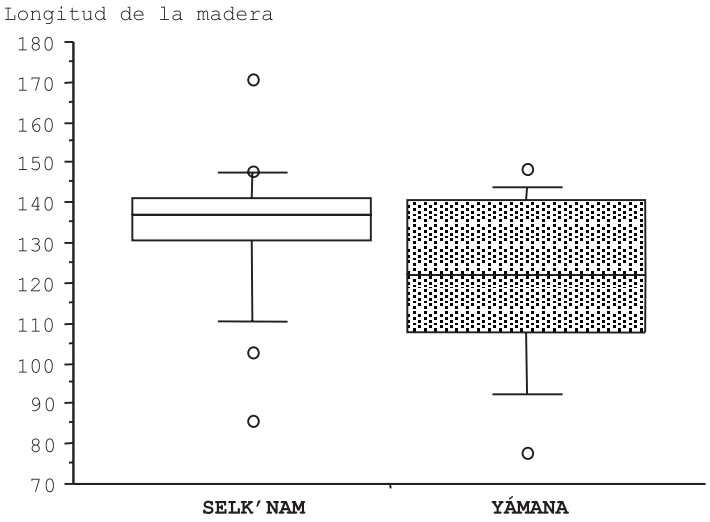



Figura 3. Variabilidad de las longitudes de los arcos comparando los señalados como *selk'nam* y los *yámana*.

El análisis estadístico de asociación entre esos caracteres morfométricos y la clasificación étnica también resulta en algunas tendencias, aunque el bajo número de efectivos resta significación a las diferencias:

Ninguno de los que hemos determinado como «*yámana*» tiene retén. Los de cuerda de piel son «*yámana*». Los que hemos determinado como «*selk'nam*» no están pintados. Todos los que tienen las superficies facetadas son «*selk'nam*» (menos uno de *Packewaia*). Las longitudes y diámetros anteroposteriores de los «*selk'nam*» son ligeramente mayores, y la estandarización también. La sección-triangular u ovoidea no se asocia a una agrupación étnica concreta.

El análisis estadístico nos ofrece una figura de intersección de caracteres que caracterizan dos tipos básicos y algunas asociaciones, no correlacionadas con ellos, que los intersectan (fig. 4).

En suma pues, uniendo las tendencias morfotécnicas y métricas a las otras se podría establecer este cuadro de relaciones lógicas (fig. 5) del que surgirían dos agrupaciones y dos pares de caracteres más, aislados.

Ello no significa que se puedan definir estos dos tipos por la asociación de todas estas características (hay que notar que las flechas de asociación no son bidireccionales) sino que existe una tendencia hacia unas cadenas de asociaciones.

Con todo, podemos afirmar que existían dos modelos o tendencias teóricos: un arco relativamente más grande, robusto (sección triangular), con buena calidad de

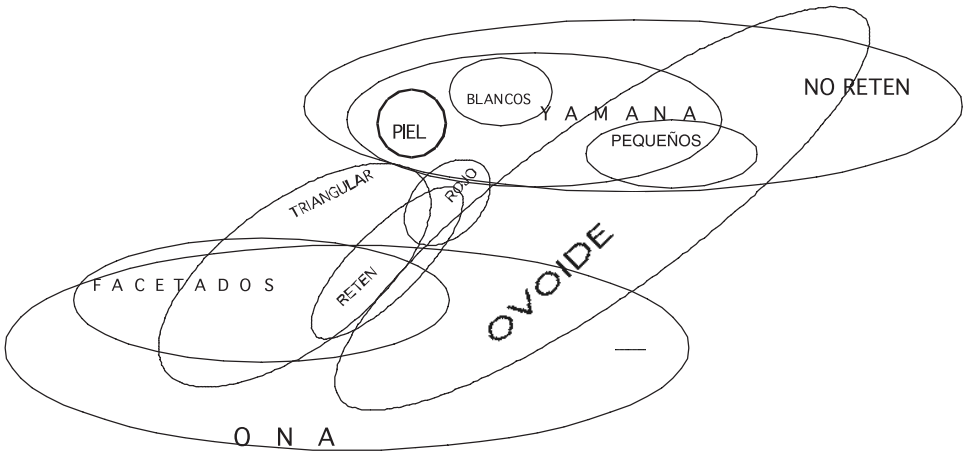



Figura 4. Gráfico multifactorial de las relaciones entre los caracteres de los arcos *selk'nam* y *yámana*.

prensión (caras facetadas), potente (largo y poca distancia cuerda-madera, cuerda de tendón), que busca una estandarización y no se pinta; el otro modelo era ligeramente más pequeño, a veces pintado de blanco, ovoide, sin retén, y a veces con cuerda de piel; era sin duda mucho menos efectivo.

Estos modelos no son, como hemos dicho, más que sugerencias de modelos teóricos. Son tendencias que deberían ganar en significación de poseer más ejemplares. En realidad con la descripción del primer modelo sólo encajarían cinco (pero tres de ellos sin retén). Este carácter multifactorial se demuestra también en el hecho que todos los que tienen color blanco (que podrían ser del segundo modelo) tienen sección triangular (característica del primero). Del segundo modelo habría tres ejemplares.

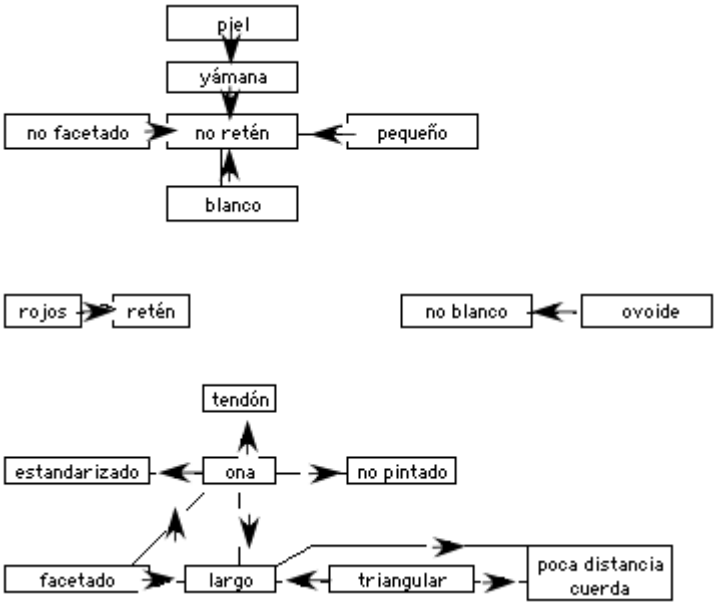



Figura 5. Gráfico del esquema de relaciones de caracteres discretos entre arcos *selk'nam* y *yámana*.

En suma, hay que concluir que nos encontramos ante unos procesos de fabricación fluidos, que producen arcos cuyas características no están estrechamente asociadas. Algunos indicios (el arco de *Packewaia*, p. ej.) apuntan hacia una clina geográfica asociada a la mayor efectividad de los arcos «*selk´nam*», mientras que otros apuntarían a una gran variabilidad dentro de cada colección u lugar de origen (la variabilidad de los arcos de la M. S. anotados como de Bahía Orange).

## Resultados

Con estos análisis obtuvimos una nueva visión de estos materiales, apta ahora para su utilización comparativa con los procedentes de yacimientos arqueológicos.

Después del estudio pudimos confrontar la taxonomía de tipos que extraeríamos de un análisis arqueológico métrico y tipológico con la descrita etnográficamente. Esa clasificación (en la que hemos enfatizado su dimensión funcional y social) nos sirvió para verificar la integridad del registro arqueológico que obtuvimos en los sitios excavados, puesto que el estudio de las colecciones etnográficas proveyó a la investigación de un valioso marco de ítems que, por fragilidad o por ser perecederos, no es esperable que aparezcan en el registro arqueológico.

Esto permitió una mejor comprensión de la utilización de los recursos y capacidades técnicas de la sociedad *yámana*, así como de la capacidad interpretativa de la actual metodología arqueológica. En efecto, pudimos evaluar qué parte de los objetos de consumo estarían bien representados en el registro arqueológico. Otros, aunque no estarían completa o directamente representados, serían relativamente fáciles de inducir a partir del contexto ambiental y técnico. Finalmente había algunos cuya existencia sería muy difícil de verificar a través de la información arqueológica (fig. 6).

Sorprendentemente pudimos constatar también serias inconsistencias entre la muestra de objetos de museos, la propia literatura etnográfica y lo documentado por la arqueología de los asentamientos contemporáneos a la recogida. Así, por ejemplo, el trabajo de elaboración de instrumentos líticos, incluyendo puntas de flecha, había sido totalmente infravalorado o incluso negado en la literatura etnográfica, estaba relativamente poco representado entre los objetos de museos (sólo pocas puntas estaban elaboradas con piedra, la mayoría se había confeccionado a partir de trozos de vidrio europeo), mientras que por el contrario tiene una importantísima presencia arqueológica (Terradas *et alii*, 1998).

La contradicción entre la inversión de trabajo realizada y la valoración subjetiva, tanto por parte de los informantes como de los informadores es un indicio extraordinariamente revelador de las relaciones político-sociales que se dieron tanto dentro de las dos sociedades en contacto como en el propio contacto. Esta cuestión ha de ser contemplada puesto que hemos representado las sociedades cazadoras recolectoras prehistóricas a partir de esa base de conocimientos.

La presunta diferenciación entre las distintas agrupaciones humanas, que marca la etnografía no tiene tampoco un reflejo directo en el material. La mayor parte de todo el conjunto de materiales era indistinguible y compartida por las dos mayores divisiones étnicas establecidas entre las gentes del litoral, e incluso, en gran parte, también por las del interior de la isla. Ello significa que, o bien las divisiones que

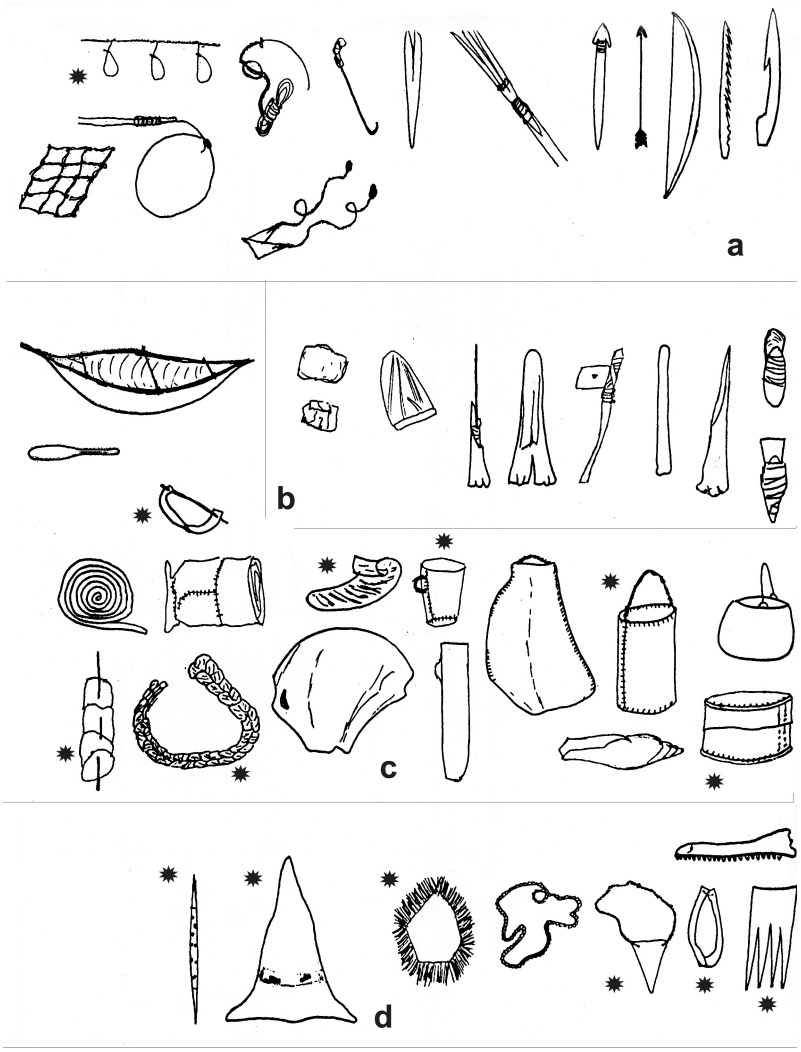



Figura 6. Panoplia de los ítems fueguinos más significativos: *a*) objetos extractivos de alimentos; *b*) instrumentos para la obtención de otros bienes, *c*) utensilios; y *d*) objetos socio-ideotécnicos. Los marcados con asterisco son los que serían más difíciles de inferir desde el registro arqueológico.

aparentemente percibieron los descriptores no se correspondían a realidades sociales discretas y fijas, o bien que no hay una correspondencia entre una delimitación étnica y otra en base a los objetos consumidos. Consecuentemente la pretensión de la Arqueología histórico-cultural de establecer agrupaciones socialmente significativas (culturas) en base a las «industrias» sería vana e ilusoria.

Una contextualización de toda la información obtenible a partir de los estudios del material arqueológico permite en cambio una razonablemente buena representación de los procesos de trabajo para la obtención de bienes de consumo. Así pues, al mismo tiempo que obtuvimos una mejor comprensión que la que se puede obtener de la pura descripción etnográfica respecto a la utilización de los recursos y capacidades técnicas de esa sociedad, pudimos ir evaluando la capacidad interpretativa de la actual metodología arqueológica.

Todo ello cristalizó en lo que era nuestro objetivo en esta parte de nuestra propuesta: una representación completa de la sociedad *Yámana*. La caracterización

final nos permitió ver como funcionaba en esta sociedad la Contradicción Principal; es decir pudimos analizar cómo se articuló el «equilibrio» entre las relaciones sociales de producción y las de reproducción.

## Bibliografía

Bridges, L. (1975 [1947]): *El último confín de la tierra*, Buenos Aires: Marymar.

Darwin, C. (1839): «Journal and remakes», en: *Narrative of the surveying voyages of his Majesty's ships Adventure and Beagle between the years 1826 and 1836*, v. III, Londres: Henry Colburn.

Estévez, J. y Vila, A. (1995a): «Etnoarqueología: el nombre de la cosa», en: Estévez, J. y Vila, A. (coords.), *Encuentros en los conchales fueguinos*, Treballs d'Etnoarqueología, 1, Bellaterra: UAB-CSIC.

Estévez, J. y Vila, A. (coords.) (1995b): *Encuentros en los conchales fueguinos*, Treballs d'Etnoarqueología, 1, Bellaterra: UAB-CSIC.

Estévez, J., Vila, A., Terradas, X., Piqué, R., Taulé, M., Gibaja, J. y Ruiz, G. (1998): «Cazar o no cazar: ¿es ésa la cuestión?», *Boletín de Antropología Americana*, 33: 5-24.

Fitz Roy, R. (1839): *Narrative of the surveying voyages of his Majesty's ships Adventure and Beagle between the years 1826 and 1836*, Londres: Henry Colburn, V. I y II.

Gusinde, M. (1937): *Die Feuerlandindianer. 2 Band. Die Yamana*, Mödling bei Wien: Verlag der Internat, Zeitschrift Anthropos.

Hyades, P. y Deniker, J. (1891): «Anthropologie et Ethnologie», en: *Mission Scientifique du Cap Horn*, Gautier, Ministère de la Marine et de l'Instruction Publique, París: Villars et fils.

Piana, E., Vila, A., Orquera, L. y Estévez, J. (1992): «Chronicles of Ona-ashaga: Archaeology in the Beagle Channel», *Antiquity*, 66(252): 771-783.

Orquera, L. y Piana, E. (1996): «La imagen de los canoeros magallánico-fueguinos: conceptos y tendencias», *Runa*, XXII: 187-245.

Orquera, L. y Piana, E. (1999): *La vida material y social de los Yámana*, Buenos Aires: EUDEBA.

Terradas, X., Vila, A., Clemente, I. y Mansur, E. (1998), «Ethno-neglect or the contradiction between ethnohistorical sources and the archaeological record: the case of stone tools of the yamana people», en: Owen, L. y Porr, M. (eds.), Ethno-analogy and the reconstruction of prehistoric artefact use and production, Urgeschichtliche Materialhefte Series, 14, MO, pp. 103-115, Tübingen: Vince verlag.

Vila, A. y Estévez, J. (2001): «Calibrando el método: arqueología en Tierra del Fuego», *Astigi Vetus*, 1: 63-72.

# III. ARQUEOLOGÍA ETNOHISTÓRICA

# Arqueología etnohistórica

IAIN DAVIDSON
School of Human and Envoronmental Studies.
University of New England (Australia).

**ABSTRACT.** In this paper I explore the contrast between the approaches of Binford and Hodder to the use of ethnoarchaeology as a means of interpreting the evidence of past behaviour. Using a semiotic approach, I identify that Binford was concerned with the discovery of signs of behaviour which would serve as indices for the interpretation of archaeological evidence. Hodder, on the other hand, became preoccupied with the pervasiveness of symbols in the lives of his informants in Africa. Recognising that symbols are related to their referents both arbitrarily and through the cultural conventions of their creators, I argue that it is impossible to obtain indices of the significance of symbols such that we can interpret those from the past. Using examples from my own work in Spain and in Australia, I show that it is, nevertheless possible to create historical accounts of the past, but that they will not necessarily be like historical accounts based on written texts.

**RESUMEN.** En este trabajo, se trata el contraste entre los trabajos de Binford y Hodder con respecto al empleo de la etnoarqueología como método de interpretar los restos arqueológicos. Usando la teoría semiótica, me doy cuenta que Binford se preocupaba del hallazgo de signos de la conducta que pueden usarse como índices para interpretar los restos arqueológicos. Por otro lado, Hodder se preocupaba de la generalidad del uso de símbolos en las vidas de sus informantes en África. Reconociendo que las relaciones entre los símbolos y sus referentes es, a la vez, arbitraria y propia de las convenciones culturales de sus creadores, propongo que no es posible sacar de los estudios etnoarqueológicos ningún tipo de indicio del significado de símbolos como para interpretar los símbolos del pasado. Usando ejemplos de mis propias investigaciones en España y en Australia, demuestro que, a pesar de todo, se pueden crear relatos históricos del pasado, pero no necesariamente se parecerán a los relatos históricos basados en textos.

## Algunas definiciones

**Etnografía:** Un estudio de sociedades modernas —las que son distintas de nosotros en su cultura—. Recordemos que esta sociedad es un producto de un proceso histórico.

**Etnoarqueología:** Estudio de sociedades modernas por arqueólogos con motivo de usar sus resultados para estudiar la historia cultural usando métodos arqueológicos.

**Etnohistoria:** El registro histórico de una cultura, generalmente escrito por gente de una cultura distinta.

**Arqueología etnohistórica:** El uso de etnohistoria por arqueólogos como fuente de ideas y datos para estudiar la historia cultural usando métodos arqueológicos.

Debemos tener en cuenta una cosa sobre todo: los procesos históricos que conducían a las etnografías son las cosas que queremos explicar. Usar datos etnográficos con motivo de explicar este proceso histórico tiene el riesgo de ser un argumento circular.

## La firma semiótica de los restos arqueológicos

Voy a hacer énfasis en el estudio semiótico en arqueología. Es un poco arriesgado, un poco sencillo —algunos dirían «simple»— pero podemos aprender algo de ello. En esta forma de ver las cosas, la arqueología es una forma particular de interpretación de los signos del pasado. Son tres tipos de signos: los icónicos; los índices; los símbolos. Los signos icónicos tienen significación porque tienen un parecido sensitivo con su referente. Así, una pintura de un ciervo tiene la forma del animal. Índices —en el sentido semiótico— son síntomas de algo, generalmente con una relación causal, como la relación entre fuego y su humo. Y los símbolos son signos que tienen una relación arbitraria y convencional con el referente. Los ejemplos más corrientes de símbolos son las palabras de cualquier lenguaje. Hay que tener en cuenta que una significación especial de la palabra *símbolo*, se refiere a elementos religiosos. Son importantes, pero no deja que ser cierto que es un uso especial de la palabra, y no define bien el concepto de símbolo.

### Los signos icónicos y el registro arqueológico

Se encuentran los signos icónicos en el registro arqueológico en cualquier clase de arte representacional. Los dibujos de leones en la Cueva de Chauvet (Clottes, 2001) tienen un parecido natural con leones actuales (aunque representan leones extinguidos) lo suficiente fiel como para interpretar su conducta (Peter Jarman, com. pers.). Sin embargo, también hay en estos dibujos de Chauvet elementos convencionales, como las orejas —en los dibujos de rinocerontes tienen forma de bigote de Salvador Dalí—. No es raro para los signos icónicos. Al contrario, es normal, y, por ejemplo, salvo en algunos casos la mayoría de los animales del arte del Paleolítico superior se ve desde un lado, y no de frente. Aunque puede tener motivación racional, no deja de ser convencional.

Hay otra forma del uso de iconicidad en la arqueología —es la búsqueda de paralelos—. Los primeros intentos de datación de la Cueva de Chauvet se hicieron mediante comparación con las representaciones del Solutrense y el Magdaleniense de Francia. Una vez que las dataciones radiocarbónicas dieron un resultado más antiguo, alrededor de los 30 mil años (Clottes *et alii*, 1995), se hicieron compara-

ciones con las esculturas de Vogelherd, en Alemania, en donde se encuentran representaciones icónicas de león (Hahn, 1986). Además, la forma de representación en Chauvet tiene parecido a nivel icónico con la forma de representación en Vogelherd, incluso en la convencionalidad de las orejas. El paralelo entre los dos sitios se debe a la similitud de las dos iconicidades.

## Los signos índices y el registro arqueológico

Cuando los signos arqueológicos carecen de parecido a su referente, necesitamos otra forma de argumento. El propósito que me parece importante es que toda clase de testigo arqueológico es un índice de alguna forma de la conducta de las personas que dejaron estos restos. Su interpretación para escribir una historia de tal conducta depende, siguiendo la lógica de Darwin (Darwin, 1968 [1859]), de alguna forma de uniformitarismo. Lo que no quiere decir una identidad entre los restos arqueológicos y el punto de referencia, porque si así fuera, el pasado seria igual que el presente. Y no lo es. Por eso es necesario buscar una uniformidad de procesos.

Además, creo yo, tampoco podemos fiarnos demasiado de las cantidades con relación a estos procesos, porque nos daría un sentido falso de precisión. Lo importante es averiguar los procesos, tal vez alguna relación entre procesos, pero no buscar precisar demasiado.

Esto ha sido la contribución más importante de Binford (Binford, 1978a, 1978b, 1983 y 2001) —el uso de estudios etnográficos para descubrir procesos uniformes en la producción del registro arqueológico. Es la lógica del registro arqueológico como índice de la conducta de los seres pasados (no digo seres humanos porque evidentemente se puede aplicar a algunos homínidos que no fueron humanos)— la metodología de alcance medio, basada en la interpretación de índices.

En su estudio de los *Nunamiut*, esquimales de Alaska, EEUU, por ejemplo, Binford ha podido calcular un índice de utilidad de las partes distintas del cuerpo de renos («*Modified General Utility Index*»), como generalización de los procesos de aprovechamiento de la carne y la grasa, y que las relaciones entre las partes distintas dependen, en última instancia, de las anatomía de los renos, y no de las prácticas culturales de los *Nunamiut*. Es una forma de investigación en que la importancia de los *Nunamiut* ha sido no su identidad cultural (o «etnia») sino su conocimiento del reno, y el resultado se puede usar porque es una característica de los renos, y no depende de la interacción entre etnia y animal.

Es importante destacar que tampoco depende de alguna manera importante de la «falta de etnia» de los *Nunamiut* modernos[1]. Incluso, en algunos casos de etnoarqueología bien hecha, ha sido posible entender mejor el significado de ciertas conductas gracias a la interacción entre el grupo etnográfico y el mundo de los arqueólogos. O'Connell (O'Connell y Hawkes, 1981) realizó estudios de los *Alyawara* (*Iliaura*), aborígenes de Australia, conocidos también por medio de las publicaciones de Binford (Binford, 1983 y 1991; Binford y O'Connell, 1984), las cuales fueron resultado de su estancia durante el trabajo de campo con O'Connell. O'Connell se dio cuenta de que, a pesar de la antigua importancia de la recogida de semillas

[1] Propuesta de Manuel Gándara durante el simposio.

de hierba (Tindale, 1974), una vez que habían llegado ganaderos de origen europeo que los aprovisionaban con harina comprada, los *Alyawara* dejaron de recoger semillas. Sin embargo, les gustaba a los *Alyawara* ir a recoger semillas en el coche del antropólogo, cosa que parece ante todo gracioso. Pero fue importante también, porque, según la teoría de forrajeo óptimo («*Optimal Foraging Theory*») (O'Connell y Hawkes, 1981), O'Connell había reducido el coste de conseguir las semillas a cero y, en consecuencia, el beneficio era suficiente.

Para la mayoría de nosotros y en la mayoría de las ocasiones, la interpretación de índices es una cosa normal y sin problemas. Pero no ha sido siempre así. Los homínidos, por ejemplo, dejaron índices de sus actividades desde, por lo menos, los orígenes de la época de la piedra tallada (Roche *et alii*, 1999). Recogían materia prima, la tallaban haciendo núcleos y lascas, y se llevaron algunas lascas, y posiblemente núcleos con ellos, dejando en el sitio los desechos de talla como índice de sus actividades. Nosotros, sin recurrir a ningún dato etnoarqueológico, podemos interpretar estos restos como índice de las actividades de estos homínidos. Seguramente algunos de ellos aprovecharon estos sitios como fuente de materias primas, de núcleos o de lascas, pero ignoramos en qué época empezaron a reconocer que también eran índices de las actividades de otros homínidos, conocidos o desconocidos (Davidson y McGrew, e. p.).

## Los signos simbólicos y el registro arqueológico

Cuando empezamos a mirar los signos simbólicos nos encontramos con otra dificultad. Debido a su combinación de arbitrariedad y convención, las significaciones de los signos simbólicos sólo pueden ser entendidas por gente que conoce bien estas convenciones. Esto es un resultado inevitable de la definición semiótica del concepto de signos simbólicos, y a la vez del proceso de invención de los signos individuales. Algunas veces signos simbólicos tienen características icónicas o de índice, pero la significación simbólica que pueden tener no depende de su parecido con el referente (en el caso icónico) ni de la inevitabilidad de su relación sintomática con el referente (en el caso de los índices).

Este ha sido el «descubrimiento» de Hodder durante su trabajo etnoarqueológico en África (Hodder, 1977 y 1982) —que los objetos tienen un papel importante en la manipulación de relaciones entre personas de manera simbólica—. Esta es una idea que también había desarrollado Wobst (Wobst, 1977) y que entendemos de una manera mas matizada ahora (Wiessner, 1983 y 1997). Las significaciones vinculadas con objetos no son consecuencias de su iconicidad, ni de su naturaleza de índice, sino que resultan de un proceso de construcción durante las interacciones sociales.

Frente a esta característica de las interacciones sociales de las personas, y del papel de objetos de cultura material en ellas, me parece que Hodder y sus discípulos empezaron a redactar una arqueología especulativa y posmoderna que dejaba de estar vinculada a conocimientos de formación del registro arqueológico.

Frente a esta proyección de la imaginación, me parece correcto asumir que cualquier argumentación sobre la interpretación de las significaciones de los signos simbólicos del pasado prehistórico es imposible. Pese al hecho que los signos simbólicos dominan todas las sociedades humanas, esto no quiere decir que sea impo-

sible acercarnos al conocimiento del pasado prehistórico si no que, simplemente, es algo más difícil de lo que hubiéramos previsto.

Y la primera de las dificultades es entender los orígenes del uso de símbolos, cosa que Noble y yo hemos definido como el origen del lenguaje (Davidson 2003; Davidson y Noble, 1989; Noble y Davidson, 1996). La resolución del problema ha sido buscar índices de conducta derivada de un pensamiento necesariamente construido con símbolos, sin tratar de interpretar estos últimos. Hemos encontrado, por ejemplo, que el lenguaje fue necesario para la construcción de barcos o balsas para colonizar Australia antes de hace 50 mil años (Davidson, 2001; Davidson y Noble, 1992). Esta es una fecha anterior a la colonización de Europa por los humanos modernos pero más tardía que los índices de conducta simbólica en África del Sur (Davidson y Noble, 1993; Henshilwood *et alii*, 2002; Henshilwood y Marean, 2003).

Debo terminar esta discusión de teoría subrayando una consecuencia de esta historia. Binford empezó su estudio de los *Nunamiut* para interpretar la conducta de los Neandertales, seres que yo no llamaría humanos, y, bajo mi modo de ver, probablemente carentes de uso de signos simbólicos, incluyendo el lenguaje. Pero en el análisis del método de Binford, no tiene importancia si me equivoco o no, porque su argumento depende de la interpretación de índices. Sin embargo, merece la pena subrayar que el trabajo de Hodder sería problemático porque depende totalmente de gente cuya vida esta dominada por símbolos, como su misma arqueología. Y Hodder no ha tratado de interpretar las épocas anteriores a los orígenes de símbolos, y ha dicho muy poco sobre sociedades anteriores a la agricultura.

### Conclusión sobre los signos de los tiempos de la prehistoria

Si buscamos las explicaciones del pasado, probablemente trataremos de entender las significaciones de nuestros datos. He evaluado un poco de teoría semiótica en relación al registro arqueológico, considerado éste como un registro de signos, y el registro etnoarqueológico como clave para interpretar estos signos. La conclusión es que somos capaces de interpretar nuestros datos como signos de la historia de la gente del pasado, sin averiguar las significaciones que tuvieron estos signos para ellos.

Esta separación entre la significación para nosotros y la significación para ellos es uno de los hechos fundamentales de nuestra ciencia.

## Algunas reflexiones personales

Yo también he hecho mi propio trabajo de etnoarqueología —ya hace treinta y tantos años— hablando con pastores en la zona oriental de España (Davidson, 1980). Algunos de estos pastores llevaban sus rebaños todavía a pie, otros en camiones. Un tercer grupo quería moverlos, pero había adoptado la costumbre de darles de comer piensos compuestos en la estación en que la zona no era idónea para los animales (fig. 1).

Está claro que influye mucho la política de derechos de traslado de rebaños, y los derechos de uso de pastos en determinados lugares. Influyen, también, los cambios

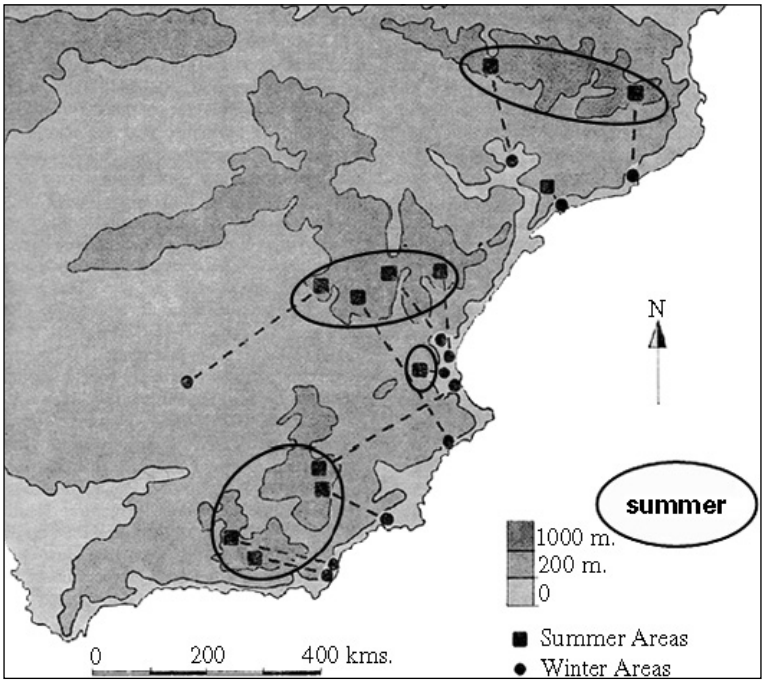



Figura 1. Resultados de estudios etnográficos de movimientos pastorales a principios de los años setenta (Davidson 1980).

de tecnología; no solamente la posibilidad de llevar los animales en camiones en vez de llevarlos a pie, sino también la consecuencia de emplear camiones: no había tantos caballos, animales necesarios en la ecología de pastos altos porque solían consumir la hierba alta y abrir el pasto para las ovejas.

La conclusión de mi trabajo de etnoarqueología fue que existen zonas de pasto de verano en las montañas y mesetas, y zonas complementarias de pasto de invierno en las zonas bajas y costeras. Esta complementariedad no depende de la cultura de los pastores, sino de la ecología y geografía de España. Toda una serie de decisiones es necesaria para aprovecharse de esta complementariedad, y el registro arqueológico es el único dato sobre si, en cierto momento, se ha aprovechado esta complementariedad desplazando rebaños o no, o desplazándose los pastores con los rebaños o toda la comunidad humana. La etnoarqueología demuestra los principios, procesos y relaciones y sus índices, y es asunto nuestro, como arqueólogos, hacer nuestras interpretaciones de los datos empíricos del registro para averiguar cómo la gente se ha aprovechado de las oportunidades de esta ecología geográfica y social.

De modo parecido, se pueden identificar los restos de esqueleto de los animales en un yacimiento —proceso que necesita conocimiento de la anatomía moderna de animales— pero hacer una interpretación depende más de un conocimiento de los índices de conducta de aprovechamiento de los animales por parte de los depredadores o de los cazadores o ganaderos (Stiner, 1994). Por ejemplo, una vez identificados los huesos y dientes entre los animales del Parpalló (Davidson, 1989c), fue posible usar los índices de Binford (Binford, 1981) para proponer una hipótesis sobre la conducta de los cazadores (Davidson y Estévez, 1985).

Se puede entender, también, desde el estudio de restos de animales, la importancia de diferentes procesos de formación de yacimientos arqueológicos. Es nece-

sario entender la tafonomía y los procesos diagenéticos que actúan sobre restos de animales, desde el momento en que forman parte del animal hasta el momento en que forman parte del libro escrito por arqueólogos (Brain, 1981; Lyman, 1994; Solomon *et alii*, 1990).

Merece la pena destacar, puesto que hay algunos que hablan de una continuidad basándose en estudios etnográficos en la Península Ibérica, que, sin embargo, sabemos por muchos estudios de restos de animales que se puede aprovechar una misma especie animal mediante múltiples conductas humanas distintas. Todo esto demuestra que, aún mirando algo tan sencillo como el estudio de los huesos de animales que existen en el mundo actual, no es sencillo interpretar los datos arqueológicos.

## Historias, arqueologías y la etnoarqueología

El objetivo de los estudios arqueológicos es enlazar la historia y la antropología. Por un lado, la arqueología es uno de los métodos de la historia. Usando estos métodos se puede ampliar la visión de la historia de una región, llegando a momentos no documentados, y dando a conocer detalles que fueron de poco interés para los que escriben los documentos del registro histórico. Nos quejamos mucho que el registro arqueológico no está completo: existen pocas Pompeyas, y aún en ellas faltan detalles.

### Arqueología y otros métodos de historia

Pero en el momento de quejarnos, tal vez olvidamos que todo tipo de historia es un registro que no está completo. Las historias orales empiezan con las memorias honradas de los participantes de algunos sucesos. De éstas es posible construir historias de gran detalle (Wiessner, 2002), pero no dejan de ser historias seleccionadas. A veces, las historias orales se conservan, pero se transforman por motivos políticos (Minc, 1986) y cuando efectivamente la arqueología ha podido comprobar la verosimilitud de la historia oral, como en el caso del trabajo de Schliemann con relación a Troya (Cottrell, 1955), una visión mas amplia de la arqueología de la Edad del Bronce de Anatolia nos demuestra que los detalles personales en la historia de la Ilíada de Homero no podían haber sido el motivo de la destrucción de tantas ciudades de esa época. En este caso la arqueología acierta más que la historia oral.

De la misma manera, se dice que «la historia es escrita por los vencedores», lo cual en ocasiones es cierto y en otras no. Lo que no cabe duda, es que el registro documental esta vinculado a las motivaciones de escribir documentos y archivarlos, por tanto es, también, un registro parcial y relacionado solamente con una parte de la sociedad. El registro arqueológico también es parcial, pero sus ponderaciones son distintas, y una arqueología histórica, unida con la historia de documentos, nos puede dar una visión más amplia que la historia que depende de una única fuente de datos. Esta forma de historia unida puede hablar de las relaciones entre la política o economía a partir de los documentos y más ampliamente de cultura desde los restos arqueológicos.

### Arqueología y «largo plazo»

Finalmente, hay que destacar que la arqueología es un método de escribir historias que no se escriben de ninguna otra manera —sobre todo las de visión de largos períodos de tiempo o de espacio—. Por una parte es normal en la arqueología hablar de las fechas de primera producción de fenómenos, como, por ejemplo cuentas de collar (Kuhn *et alii*, 2001; Morse, 1993), en distintas partes del mundo. Al mismo tiempo, se puede hablar de procesos de humanización muy amplios, como las relaciones entre formas económicas (Davidson, 1997; Terrell *et alii*, 2003) o sociales (Vila, A.), o incluso de la evolución de características fundamentales de humanidad, como es el lenguaje (Davidson, 2003; Noble y Davidson, 1996).

En este proyecto nos encontramos con unos problemas importantes de interpretación que hacen comprensible el uso de la etnoarqueología. Estamos acostumbrados a la necesidad de hacer referencia a estudios de otros primates para la interpretación de los datos de nuestros antecesores más antiguos, pero en cuanto nos acercamos a antecesores con todas las características humanas encontramos el problema de si es mejor comparar con datos procedentes de humanos modernos o con primates (Davidson, 1999a; King, 1999).

Pero en realidad, su resolución puede ser sencilla si tenemos en cuenta que queremos escribir e interpretar historias basadas en los datos del registro -¡historias de lo que ha pasado, y no de lo que podría haber pasado! La metodología tiene que ser la misma: la interpretación de los signos tipo índice. Construyamos modelos de comportamiento humano (o de homínidos) basándonos en las clases distintas de materiales arqueológicos combinados de forma que nos den una idea de la variación de la conducta del pasado. Y, en cierto momento, sabemos bien que los humanos —una vez que habían logrado esta clase de existencia— son capaces de dar sentido simbólico a cualquier tipo de materia, y que, aún así, no podemos averiguar su significado.

## Un ejemplo etnohistórico desde Australia, el trabajo de W. E. Roth

No quiero negar la importancia del sistema simbólico en la vida de nuestros antecesores. Durante los últimos veinte tantos años he trabajado en una región del norte de *Queensland*, Australia, conocida desde finales del siglo diecinueve gracias a los trabajos etnográficos del médico Dr. Walter E. Roth (Roth, 1897). A pesar de la destrucción de las formas de vida de la gente *Kalkadoon* y *Yulluna* once años atrás (Mulvaney, 1989), Roth documentó varios detalles de la vida de los cazadores-recolectores de la zona, incluyendo los lenguajes, las prácticas relacionadas con la subsistencia, la tecnología, la cultura material y el comercio. Nuestras investigaciones arqueológicas han podido comprobar algunos detalles, dar un sentido de cronología para estas prácticas, y añadir datos a diferentes escalas sobre la producción y comercio de hachas y ocre, el arte y el mundo simbólico (Davidson *et alii*, 2004).

El trabajo etnográfico de Roth —ya etnohistórico— documenta algo del movimiento de materiales, como las lanzas y los cubos de agua llamado «*coolamons*».

Pero no documenta el alcance de este comercio, a pesar que sabemos por estudios arqueológicos que las hachas de estas canteras llegaron muy lejos (fig. 2). Con sólo tres canteras, los productos llegaron a muchas a partes de Australia oriental.

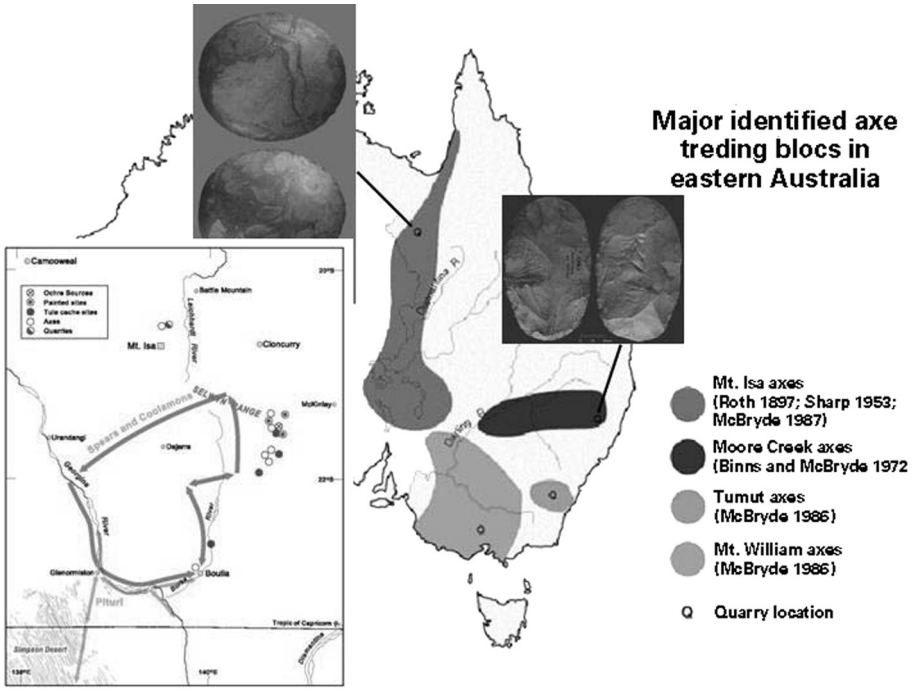



Figura 2. Mapa de distribuciones de hachas (fotos: Moore y Mackay) desde tres canteras en Australia oriental, junto con un mapa de distribución de materias documentada por Roth.

Hay otras cosas de las que Roth (1897), aparentemente, no sabía nada; sobre todo del arte rupestre. Dice que sólo encontró dos sitios con arte, pero tan sólo visitó uno. En el otro se encuentra una figura antropomorfa de un tipo muy corriente en su zona de estudio (fig. 3, superior a la derecha).

Tampoco nos dio detalles de la vida mitológica de la zona, pese a que algunos relatos y sitios son conocidos por los herederos de esta tradición que habitan en la zona hoy en día. Yo mismo he podido hablar con Tom Sullivan, nieto de una mujer que sobrevivió a la primera masacre. Pese a indicar que no sabe mucho del arte, sí sabe algo de la mitología, contándome (entre otros) los viajes del antepasado «*Yellowbelly*» (pescado de vientre amarillo), y otros viajes de la «*Rainbow Serpent*» (serpiente del arco iris) (fig. 4).

Todo esto demuestra que la etnohistoria y la etnografía no son registros completos de los conocimientos que existen. De estos ejemplos, conocemos:

1. Que existían comercios varios de muchas clases de materiales en la región.
2. Sabemos algo sobre los materiales que no se encuentran en el registro arqueológico, como por ejemplo los de madera.
3. Sabemos algo sobre los métodos de fabricación pero, al mismo tiempo, podemos decir que no sabemos respecto a:
    1. Procesos de formación del registro.
    2. Sitios ni contenido del Arte.

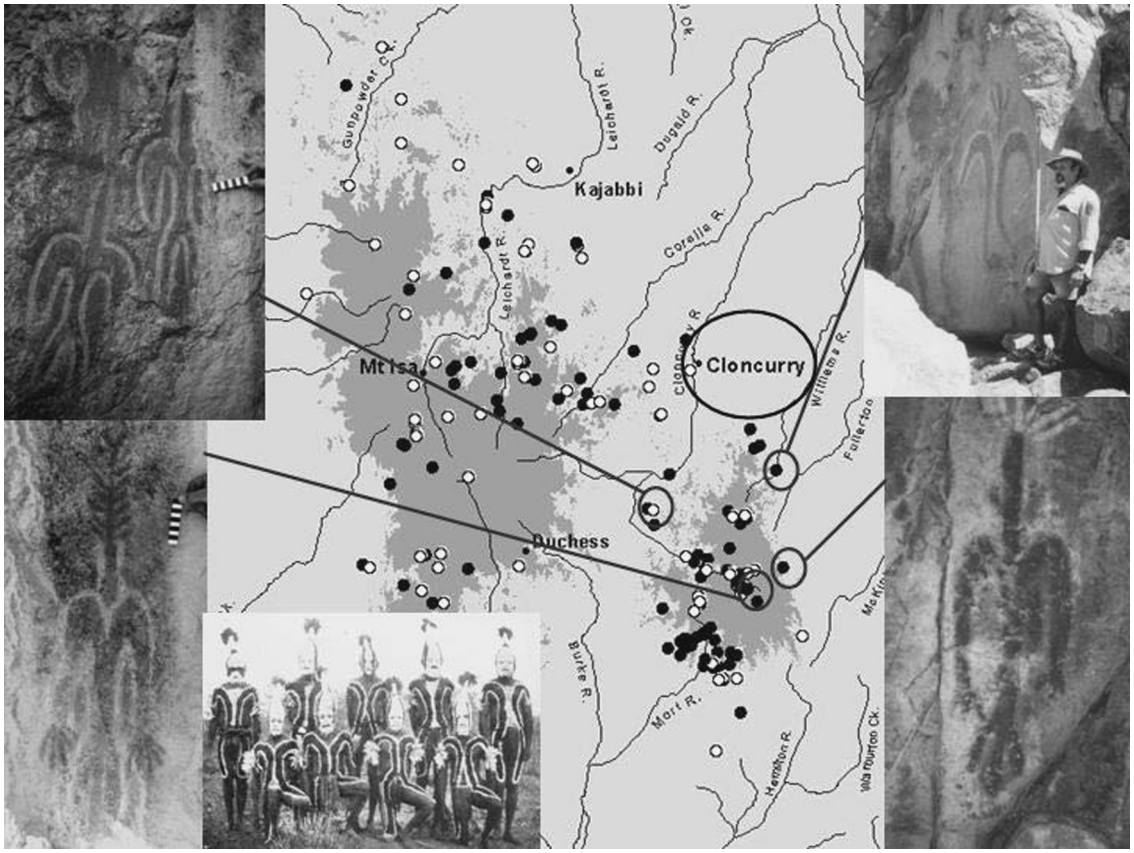



Figura 3. Distribución de sitios con arte rupestre en la zona de trabajo de Roth (1897) durante su estancia como médico en *Cloncurry*. Los sitios con figuras antropomorfas con punto negro. La foto, en blanco y negro, es de hombres vestidos con motivo de una ceremonia desarrollada en 1895. (Fotos: Davidson).

3. Religión y mitología.
4. Relaciones históricas entre pueblos.
5. Cómo distinguir distintas formas de comercio (intercambio, etc...).
6. Cambios durante los doce mil años de ocupación.
7. La escala espacial de las relaciones de estas gentes.

Todo esto demuestra que se pueden estudiar sociedades desde distintos puntos de vista, y que es muy difícil encontrar los datos de todas las características de una sociedad. Esto no es de extrañar, dado que los datos de historias basadas en los manuscritos tampoco dan detalles de todas las características. Debido a esto, nosotros, los arqueólogos, no debemos temer escribir historias basadas en los datos arqueológicos. Lo que podemos averiguar a partir de cualquier estudio etnográfico o etnohistórico es que, para la gente del país, el conocimiento simbólico sigue siendo importante a pesar de todo el dolor y daño sufridos. Lo que puede extrañar es que el arte rupestre que parece ser el índice de esta vida simbólica no es necesariamente parte de la continuidad de este conocimiento. Pero no parece posible que el arte carezca de sentido simbólico; simplemente, no ha sobrevivido en el conocimiento de la gente.

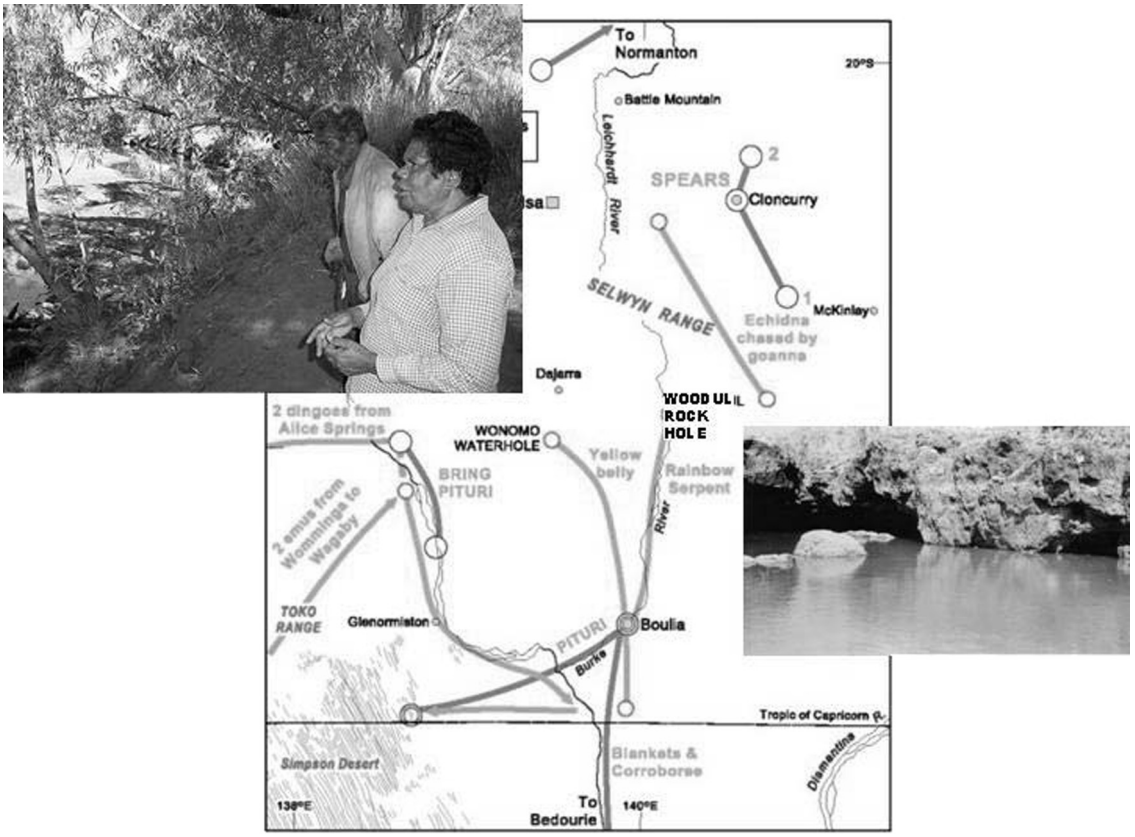



Figura 4. Mapa de viajes de los antecesores mitológicos. Izquierda: Foto de *Wonomo Waterhole* (foto: Davidson), origen del viaje del «*Yellowbelly»,* con *Tom Sullivan* y su hermana *Dorry Prowse*. Derecha: Foto de *Woodul Rockhole* (foto: Sullivan), origen del viaje del «*Rainbow Serpent*».

## Discusión

Hemos llegado a una conclusión paradójica. Sabemos por el trabajo etnográfico de Binford que es posible averiguar índices del comportamiento entre los restos depositados por las actividades humanas. Podemos tratar de usar índices de este tipo como guión para interpretar los restos encontrados arqueológicamente. Sabemos por la etnografía de la gente del norte de *Queensland* que parte del conocimiento de la vida simbólica perdura a pesar de una destrucción casi total de la sociedad, pero que puede ser difícil averiguarlo desde fuentes etnohistóricas. Y sabemos por el trabajo de Hodder que es imposible encontrar índices del conocimiento simbólico. La parte final de la paradoja es que sabemos que el simbolismo impregna todas las interacciones entre humanos, debido a la naturaleza simbólica de toda clase de elemento lingüístico.

¿Cuál es el significado de esta paradoja para la práctica de la arqueología? Es éste. Sabemos que el lenguaje es un sistema de significación simbólico. Sabemos que durante los últimos 70 mil años nuestros antecesores han usado lenguaje (sin abandonar la posibilidad de que sea más antiguo) (Davidson, 2003). Sin embargo, hay muy pocos arqueólogos que se interroguen sobre la forma del lenguaje, y aún menos sobre el contenido, para fechas anteriores a la escritura. Nos damos por sa-

tisfechos, pues, reconociendo que los sistemas simbólicos forman parte fundamental de todo tipo de sociedad humana, pero también nos basta con usar el conocimiento sin interrogarnos sobre el contenido de esta forma de simbolismo. Podemos, pues, justificar una arqueología que no encuentra necesario averiguar todos los detalles del simbolismo, y que trata de estudiar las partes del registro arqueológico que se puede entender mediante los signos tipo índice —y esto incluye, sobre todo, los estudios que dependen de la dimensión espacial y la secuencia cronológica.

He hablado antes del estudio arqueológico de Troya, donde se pudo averiguar que ha habido una ciudad que corresponde, en cierto modo, a la conocida desde la historia oral, ya escrita por Homero. Y la conclusión es que parte de la historia es cierta, pero la arqueología no es capaz de comprobar el papel de las relaciones entre los personajes Menelao, Helena, Paris, Aquiles, Patroclo y Héctor. Pero la arqueología puede poner en un contexto espacial la destrucción de muchas ciudades de una misma época a las que Homero no cantó.

Y así es en otros estudios arqueológícos —podemos escribir un tipo de historia, pero no es del mismo tipo que la de otros historiadores—. En el estudio de los restos de huesos y dientes de animales en la cueva del Parpalló, por ejemplo, he podido mostrar un cambio entre las proporciones de números de cabras hispánicas y ciervos durante la secuencia, cambio datado, aproximadamente, hace unos 18 mil años (Davidson 1989c) (fig. 5):

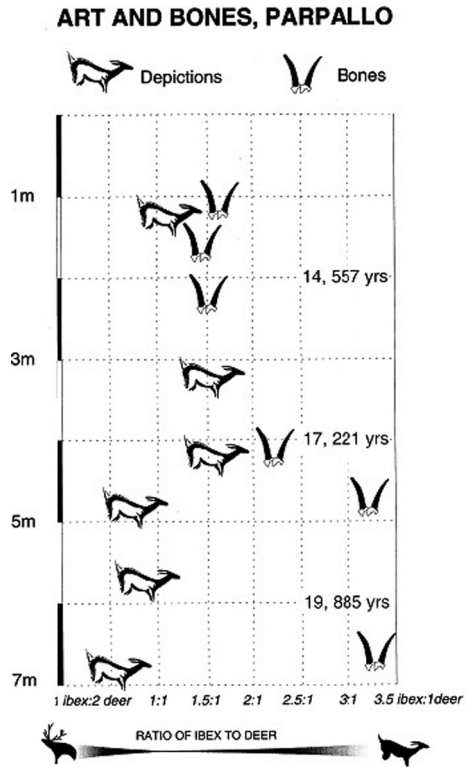



Figura 5. Proporciones de cabras y ciervos en el Parpalló según el arte y los restos. Demuestra un cambio simbólico dentro un mismo sistema icónico (Davidson, 1999b).

antes la proporción era tres cabras por cada ciervo; posteriormente, dos ciervos por cada cabra. Usando los datos sobre representaciones de las mismas especies en el

arte (Villaverde Bonilla, 1994) he podido mostrar un cambio entre las proporciones para el mismo momento (Davidson, 1999b): primero fueron dos ciervos por cada cabra; después dos ciervos por cada tres cabras. Estos cambios no pueden explicarse de ninguna manera mediante cambios ambientales, pese a los evidentes cambios alrededor del último máximo glaciar. Fue, pues, un cambio de relaciones simbólicas dentro un único sistema icónico de representación.

## Conclusión

Los objetivos de arqueología están bien definidos. Históricamente se explica cómo está el mundo que nos rodea —la herencia cultural desconocida— pero, a la vez, se ha empleado como prueba de la validez de historias orales y mitos como la Biblia de los cristianos. También se ha usado para descubrir mundos perdidos —los conocidos, como Pompeya, y los desconocidos, como Altamira y el mundo de los artistas del Paleolítico Superior—. Pero lo más importante es el conocimiento y explicación de los procesos evolutivos y el conocimiento de historias a largo plazo.

Lo importante es que la metodología de la arqueología es capaz de estudiar temas a diferentes escalas. Se pueden aclarar detalles de historias particulares, como la historia de los *Yámana* durante cinco mil años, o, a la vez, se pueden tratar temas de escala mayor, como los orígenes de la desigualdad. Pero, estudiándolo bien, con el comportamiento que llega desde una visión semiótica, es cierto que interpretamos los signos a nuestra manera —como en todas formas de historia.

No debemos tener vergüenza de no poder hablar de Aquiles, sino que debemos gozar de las ventajas de una historia escrita a base de los índices de conducta desconocida por otros métodos.

## Bibliografía

Binford, L. R. (1978a): *Nunamiut Ethnoarchaeology*, New York: Academic Press.

Binford, L. R. (1978b): «Dimensional analysis of behavior and site structure: learning from an eskimo hunting stand», *American* Antiquity, 45: 4-20.

Binford, L. R. (1981): *Bones: ancient men and modern myths*, New York Academic Press.

Binford, L. R. (1983): *In pursuit of the past*, London: Thames and Hudson.

Binford, L. R. (1991): «Is Australian site structure explained by the absence of predators?», *Journal of Anthropological Archaeology*, 10: 255-282.

Binford, L. R. (2001): *Constructing frames of reference. An analytical method for archaeological theory building using hunter-gatherer and environmental data sets*, Berkeley: University of California Press.

Binford, L. R. y O'Connell, J. F. (1984): «An Alyawara day: the stone quarry. *Journal of Anthropological Research*», 40: 406-432.

Brain, C. K. (1981): *The Hunters or the Hunted? An introduction to African cave taphonomy*, Chicago: The University of Chicago Press.

Clottes, J. (ed.) (2001): *La Grotte Chauvet. L'art des origines*, París: Seuil.

Clottes, J., Chauvet, J.-M., Brunel-Deschamps, E., Hillaire, C., Daugas, J.-P., Arnold, M., Cachier, H., Evin, J., Fortin, P., Oberlin, C., Tisnerat, N. y Valladas, H. (1995): «Radiocarbon dates for the Chauvet-Pont-d'Arc cave», *International Newsletter on Rock Art*, 11: 1-2.

Cottrell, L. (1955): *The Bull of Minos*, Pan Books, London.
Darwin, C. (1968 [1859]): *The origin of species by means of natural selection or the preservation of favoured races in the struggle for life*, Penguin Books, Harmondsworth.
Davidson, I. (1980): «Transhumance, Spain and ethnoarchaeology», *Antiquity*, 54: 144-147.
Davidson, I. (1989): *La economía del final del Paleolítico en la España oriental*, Diputación Provincial, Valencia.
Davidson, I. (1997): «The power of pictures», en: Conkey, M., Soffer, O., Stratmann, D. y Jablonski, N.G. (eds.), *Beyond art: Pleistocene image and symbol*, pp. 128-158, The California Academy of Sciences, San Francisco.
Davidson, I. (1999a): «The game of the name: continuity and discontinuity in language origins», en: King. B. J. (ed.), *The origins of language. What nonhuman primates can tell us*, pp. 229-268, School of American Research, Santa Fe.
Davidson, I. (1999b): «Symbols by nature: animal frequencies in the Upper Palaeolithic of Western Europe and the nature of symbolic representation», *Archaeology in Oceania*, 34: 121-131.
Davidson, I. (2001): «The requirements for human colonisation of Australia», en: Metcalfe, I., Smith, J. M. B., Morwood, M. y Davidson, I. (eds.), *Faunal and floral migration and evolution in SE Asia-Australia*, pp. 399-408, Swets & Zeitlinger, Lisse (Holanda).
Davidson, I. (2003): «The archaeological evidence of language origins: states of art», en: Christiansen, M. H., y Kirby, S. (eds.), *Language evolution*, pp. 140-157, Oxford University Press, Oxford.
Davidson, I., Cook, N. D. J., Fischer, M., Ridges, M., Ross, J. y Sutton, S. A. (2004): «Archaeology in another country: exchange and symbols in North West Central Queensland», *Aboriginal History*.
Davidson, I. y Estévez, J. (1985): «Problemas de arqueotafonomia. Formación de yacimientos con fauna», *Quaderns*, 1: 67-84.
Davidson, I. y McGrew, W. C. (e. p.): «Stone tools and the uniqueness of human culture».
Davidson, I. y Noble, W. (1989). «The archaeology of perception: Traces of depiction and language», *Current Anthropology*, 30: 125-155.
Davidson, I. y Noble, W. (1992): «Why the first colonisation of the Australian region is the earliest evidence of modern human behaviour», *Archaeology in Oceania*, 27: 135-142.
Davidson, I. y Noble, W. (1993): «Tools and language in human evolution», en: Gibson, K. y Ingold, T. (eds.), *Tools, language and cognition in human evolution*, pp. 363-388, Cambridge University Press, Cambridge.
Hahn, J. (1986): *Kraft und Aggression. Die Botschaft der Eiszeitkunst im Aurignacien Suddeutschlands?*, Verlag Archaeological Venatoria, Institut Fur Urgeschichte der Universitat Tübingen, Tübingen.
Henshilwood, C. S., d'Errico, F., Yates, R., Jacobs, Z., Tribolo, C., Duller, G. A. T., Mercier, N., Sealy, J. C., Valladas, H., Watts, I. y Wintle, A. (2002), «Emergence of modern human behavior: Middle Stone Age engravings from South Africa», *Science*, 295: 1278-1280.
Henshilwood, C. S. y Marean, C. W. (2003): «The origin of modern human behavior: critique of models and their test implications», *Current Anthropology*, 44: 627-651.
Hodder, I. R. (1977): «The distribution of material culture items in the Baringo district», *Man: Journal of the Royal Anthropological Institute*, 12: 239-269.
Hodder, I. R. (1982): *Symbols in action Ethnoarchaeological studies of material culture*, Cambridge University Press, Cambridge.
King, B. J. (ed.) (1999): *The origins of language: what nonhuman primates can tell us*, School of American Research Press, Santa Fe.

Kuhn, S. L., Stiner, M. C., Reese, D. S. y Gulec, E. (2001): «Ornaments of the earliest Upper Paleolithic: New insights from the Levant», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 98: 7641-7646.

Lyman, R. L. (1994): *Vertebrate taphonomy*, Cambridge University Press, Cambridge.

Minc, L. D. (1986): «Scarcity and survival: The role of oral tradition in mediating subsistence crises», *Journal of Anthropological Archaeology*, 5: 39-113.

Morse, K. (1993): «Shell beads from Mandu Mandu rockshelter, Cape Range Peninsula, Western Australia, before 30,000 bp.», *Antiquity*, 67: 877-883.

Mulvaney, D.J. (1989): *Encounters in place. Outsiders and Aboriginal Australians 16061985*, University of Queensland Press, St Lucia.

Noble, W. y Davidson, I. (1996): *Human evolution, language and mind*, Cambridge University Press, Cambridge.

O'Connell, J. F. y Hawkes, K. (1981): «Alyawara plant use and optimal foraging theory», en: Winterhalder, B. y Smith, E. A. (eds.), *Hunter-gatherer foraging strategies*, pp. 99-125, University of Chicago Press, London.

Roche, H., Delagnes, A., Brugal, J.-P., Feibel, C., Kibunjia, M., Mourre, V. y Texier, P.-J. (1999): «Early hominid stone tool production and technical skill 2.34 Myr ago in West Turkana, Keny», *Nature*, 399: 57-60.

Roth, W. E. (1897): *Ethnological studies among the North-West-Central Queensland Aborigines*, Edmund Gregory, Government Printer, Brisbane.

Solomon, S., Davidson, I. y Watson, D. (eds.) (1990): *Problem Solving in Taphonomy: archaeological ad palaeontological studies from Europe, Africa and Oceania*, Tempus, 3, Anthropology Museum, University of Queensland, St Lucia (Queensland).

Stiner, M. C. (1994): *Honor among thieves. A zooarchaeological study of Neandertal ecology*, Princeton University Press, Princeton.

Terrell, J. E., Hart, J. P., Barut, S., Cellinese, N., Curet, A., Denham, T., Kusaimba, C. M., Latinis, K., Oka, R., Palka, J., Pohl, M. E. D., Pope, K. O., Williams, P. R., Haines, H. y Staller, J. E. (2003): «Domesticated landscapes: the subsistence ecology of plant and animal domestication», *Journal of Archaeological Method and Theory*, 10: 323-368.

Tindale, N. (1974): *Aboriginal tribes of Australia. Their terrain, environmental controls, distribution, limits, and proper names*, Australian National University Press, Canberra.

Villaverde Bonilla, V. (1994): *Arte Paleolítico de la Cova del Parpalló*, Servei d'Investigació Prehistòrica. Diputació de València, València.

Wiessner, P. (1983): «Style and social information in Kalahari San projectile points», *American Antiquity*, 48: 253-276.

Wiessner, P. (1997): «Seeking guidelines through an evolutionary approach: style revisited among the !Kung San (Ju/'hoansi) of the 1990s», en: Barton, C. M. y Clark, G. A. (eds.), *Rediscovering Darwin: evolutionary theory and archeological explanation*, Archeological Papers of the American Anthropological Association.

Wiessner, P. (2002): «The vines of complexity: egalitarian structures and the institutionalization of inequality among the Enga», *Current Anthropology*, 43: 233-269.

Wobst, H. M. (1977): «Stylistic behavior and information exchange», in: Cleland, C. E. (ed.), *For the Director*, pp. 317-342, Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.

# La imagen como colección etnográfica en la realidad iberoamericana

PAULA CAMPO
AIXA VIDAL

**RESUMEN**. Como es bien sabido las colecciones etnográficas se refieren a la vida cotidiana y no interesan meramente por su carácter estético. Tales colecciones se componen tanto de los objetos recuperados por los etnógrafos como de los registros producidos por ellos. En este sentido, entendemos que la imagen fotográfica juega un importante papel en la transmisión, conservación y visualización de las actividades sociales, de tal manera que se erige en verdadero documento social y, por ende puede utilizarse como herramienta etnoarqueológica.

Por ello, es necesario remarcar que la fotografía en arqueología plasma la dimensión epistémica de la imagen, pues se constituye como conocimiento e instrumento de mediación al mismo. Aquí se considera a la fotografía como modo de interpretación de la realidad, como documento de carácter informativo, social o histórico. Su análisis documental tiene como objetivo primordial la recuperación de los documentos a partir de diversos criterios formales, morfológicos y temáticos.

En el presente trabajo abordaremos los beneficios y las desventajas de utilizar las imágenes como recursos etnoarqueológicos para el estudio de las sociedades americanas en los siglos XIX y XX.

**ABSTRACT.** As widely known, ethnographic collections refer to ordinary life and are not merely esthetical values. They enclose both the objects collected by ethnographers and their records. In this sense, we consider photographic images play an important role in the transmission, keeping and visualisation of social activities. Thus, they turn into a licit social document that can be used as an ethnoarchaeological tool.

It is fundamental to emphasise that the photography in archaeology embodies the epistemic dimension of the image because it becomes a way of knowing as well as a tool to reach it. Here, photography is considered a way to interpret reality, as an informative, social or historical document. Its documental analysis has as a primary objective recovering documents from different formal, morphological and topical criteria.

In this paper we will review the advantages and disadvantages of the use of images as ethnoarchaeological resources to study Latin American societies in the 19th and 20th Centuries.

## Colecciones de la vida cotidiana

La etnografía, como disciplina científica ya desde comienzos del siglo XIX, ha sabido atesorar un número importante de colecciones conformadas principalmente por los elementos más diagnósticos de la ergología de aquellos grupos sociales estudiados desde momentos del Contacto. No obstante ello, en el desarrollo de las actividades científicas de esta disciplina también se ha producido otro acerbo cultural, como son las herramientas del investigador, a saber: las libretas de campo, las encuestas o entrevistas, los bosquejos o mapas y las fotografías.

Este legado en su conjunto —incluyendo tanto colecciones primigenias como herramientas ontológicas— interesa no sólo por su carácter estético sino también por la información que pueden proporcionar sobre las actividades pasadas; momentos de un pasado remoto que ya no puede repetirse o replicarse, sino sólo derivarse a través de los rastros o atributos funcionales del legado recuperado. Así, a través del análisis documental de los registros escritos o gráficos es posible reconstruir, recrear o descifrar los ambientes sociales y culturales de los momentos pre e industriales dentro del proceso de enculturación con la sociedad occidental, durante el cual entran en armonía o conflicto diversas formas de plasmar y ordenar la realidad (Romero, 1984).

Coincidiendo, en cierto modo, con las ideas de Carretero Pérez (2002), consideramos que en el ámbito etnográfico el objeto interesa específicamente como el significado de la cultura a la que pertenece, y, en ese sentido, tiene la misma importancia que una fotografía, un documento escrito, una filmación o una grabación sonora, distintos tipos de documentaciones que permiten la pervivencia y transmisión de las normas y prácticas culturales de las sociedades que las produjeron. En algunos casos incluso podríamos decir que «la calidad real de una colección etnográfica viene determinada, más que por la vistosidad de los objetos, por la riqueza de la documentación científica que la arrope» (Carretero Pérez, 2002). En otras palabras, lo que sobre todo nos interesa del registro etnográfico es su utilidad documental, la posibilidad de reconstruir, de recrear el ambiente social y cultural. De allí la importancia de las fotografías.

Dentro de los registros escritos podemos encontrar las libretas de campo del etnógrafo, sus encuestas y entrevistas; mientras que dentro de los gráficos se hallan los bosquejos o mapas y principalmente las fotografías. En este contexto, la imagen fotográfica en sentido amplio (*sensu* Gastaminza, 1999) juega un papel importante en la transmisión, conservación y visualización de las actividades sociales, de forma tal que se erige en verdadero documento social.

## La imagen fotográfica

En este marco teórico, la imagen fotografiada se constituye como fuente fiable de información que sirve para estudiar al hombre en su conjunto, plasmando lo visualmente evidente y las actitudes, e incluso permite adentrarse indirectamente en los sentimientos. Mientras que el lenguaje oral puede perpetuarse con algunas modificaciones a través de la tradición oral, el lenguaje gestual se conserva a través de las imágenes. Las dificultades que conllevan la interpretación de este lenguaje no son pocas puesto que las mismas expresiones corporales pueden remitirse a di-

versas connotaciones sociales. Sin embargo, las expresiones llamadas primarias o esenciales, como la risa o el llanto (Auerbach, 1975), sí conducen a una estimación acertada del estado de ánimo del personaje de la fotografía.

Por otro lado, la imagen fotográfica —en términos de soporte material— presupone como condición *sine qua non* su identificación y preservación en centros de documentación especializados, es decir, tanto en fototecas técnico-científicas como en archivos documentales. Ello, a su vez, implica la puesta en marcha de un sistema de clasificación y descripción de materiales gráficos que facilite su ordenado almacenamiento y pronta ubicación en el momento de acceder a los mismos.

Por último, aunque no por ello de menor importancia, la imagen también puede entenderse como una escena fotografiada que promueve el análisis documental, el análisis de contenido en cuanto a reproducciones de obras artísticas, el lenguaje documental y la difusión del documento. Esta dimensión de la imagen dentro del seno de las ciencias sociales se refiere al conocimiento complementario que aporta reseñar una obra, la asignación a un taller o época, o la intencionalidad de su creación.

En todos los casos, la imagen fotográfica trasciende su categoría de ilustración para convertirse en «materia prima» apropiada para el análisis etnográfico e, incluso, etnoarqueológico. En el campo sociológico, la fotografía en tanto imagen tiene una larga tradición dentro de los estudios sobre las repercusiones sociales y psicológicas de la Segunda Guerra Mundial en Alemania (Freund, 1986). En el campo etnográfico, su trascendencia inicial estaba condicionada por su disponibilidad en los momentos de contacto entre etnógrafo y sociedades preindustriales; su importancia actual se amplia con los avances en el campo de la imagen digitalizada. En el campo etnoarqueológico, las ventajas propias del contexto sistémico (*sensu* Schiffer, 1983) que ofrece al etnógrafo se duplican al permitir una correspondencia contextual con un registro independiente como es el registro arqueológico.

## Dimensiones documentales de la fotografía

La fotografía es un documento integrado por un soporte material (sea vidrio, gelatina, papel, etc.) y un canal informativo capaz de transmitir un mensaje codificado que debe decodificar el analista, puesto que no se trata de la realidad en sí misma, sino de una representación bastante fiel. La fotografía no debe ser tratada como la «reproducción no mediatizada» de la realidad pues, en primer lugar, elimina cualquier información sonora, táctil, gustativa, olfativa susceptible de ser reproducida por medios ópticos; en segundo lugar, reduce la tridimensionalidad característica del mundo real a la bidimensionalidad propia del plano; y en tercer lugar, detiene el tiempo o movimiento y elimina o altera el color original.

Es por ello que el analista debe ser consciente que la fotografía es un documento polisémico sujeto a muchas interpretaciones por lo que su lectura e interpretación correctas en un entorno documental plantean muchas dificultades. Su polisemia se basa en la relación documento-contexto cuyo significado cambia con el paso del tiempo. Así las fotografía existe o significa cosas diferentes en tres momentos, a saber: *a)* en el momento de su creación la fotografía está cargada de subjetividad por las decisiones del fotógrafo, las expectativas del personaje y los dispositivos empleados, entre otros; *b)* en el momento de su tratamiento documental lo denotado por la fotografía debe ser considerado objetivamente mientras que lo connotado

debe ser cuidadosamente estudiado y preservado, y *c)* en el momento de su reutilización la fotografía vuelve a adquirir significado unívoco sin que esto constituya la recuperación del sentido que tenía originalmente (Gastaminza, 1999).

## Representaciones de la realidad

Tras develar el carácter polisémico de la fotografía es necesario comprender su dimensión documental con el fin de revelar la vinculación que establece con la realidad (es decir, el objeto de la representación). En este sentido, toda imagen establece tres modos de relación con el mundo: *a)* el modo simbólico está presente desde los orígenes de la humanidad en la utilización de la imagen como símbolo mágico o religioso; *b)* el modo epistémico somete a la imagen a aportar informaciones sobre el mundo cuyo conocimiento permite así abordar incluso aspectos no visuales, y *c)* el modo estético donde la imagen está destinada a complacer al espectador, a proporcionarle sensaciones específicas.

Aunque el modo epistémico resulta el más accesible al procesamiento documental clásico, la dimensión simbólica y estética no pueden ser soslayadas. Es así como la combinación de estos tres modos permite agrupar a la fotografía en tres categorías cuyas fronteras a veces son muy difusas: la artística —realizada originalmente con finalidad de expresión artística—, la documental —creada con intención de documentar todo tipo de entes e instituciones—, y la privada —imágenes comunes de individuos privados para uso privado— (Gastaminza, 1999).

## Competencias del analista

Dado el carácter polisémiso de la imagen y los diversos modos de representación de la realidad, la fotografía dentro del análisis documental no puede desgajarse de su contexto, es decir, lugar de aparición, pie de foto, material textual o visual complementario, etc. Para analizar un documento es preciso conocerlo con detalle y eso implica una lectura inteligente del mismo que reflexione sobre la relación fotografía-contexto-referente. Este análisis debe articularse en dos niveles; el primero es el análisis morfológico (aspectos técnicos y compositivos) y el segundo es el análisis de contenido (atributos biográficos, temáticos y relacionales) que afecta a lo fotografiado y sus posibles significados.

Para ello, el analista debe desarrollar diversas competencias, a saber: 1) iconográfica —el lector capta la redundancia de ciertas formas visuales que tienen un contenido propio, lo que le lleva a interpretar formas iconográficas fácilmente detectables que reproducen algo que existe en la realidad—, 2) narrativa —a partir de sus experiencias narrativas visuales, el lector establece secuencias narrativas entre las diversas figuras y objetos que aparecen en imagen generando el pie de foto—, 3) estética —basándose en experiencias simbólicas y estéticas, el lector atribuye un sentido estético a la composición, analiza sus valores compositivos y señala un posible sentido dramático a la representación—, 4) enciclopédica —basándose en su memoria visual y cultural, el lector identifica personajes y situaciones, contextos y connotaciones—, 5) lingüístico-comunicativa —basándose en su competencia lingüística, el lector atribuye una proposición a la imagen de la fotografía que podrá

confrontar, y coincidir o no, con el pie de foto—, y 6) modal —el lector interpreta espacio y tiempo de la foto y sitúa correctamente las coordenadas básicas del documento— (Gastaminza, 1999).

Luego de revisar los conceptos básicos de las dimensiones documentales de la fotografía y las capacidades necesarias del analista podemos ahora avanzar sobre las características de esta clase de análisis visual-social en el campo de la etnoarqueología dentro de la realidad iberoamericana.

## La fotografía en la etnoarqueología

Luego de los primeros bosquejos realizados a mano alzada por los antiguos aventureros y naturalistas, la fotografía fue ganando adeptos cuando se intentaba plasmar personajes, paisajes y situaciones de culturas extrañas. En el ámbito del incipiente pero cada vez más vigoroso quehacer etnográfico de principios del siglo XX, la fotografía pasó a ser un medio activo a través del cual los imperios europeos perpetuaban y distribuían las imágenes que capturaban lo exótico de aquellas gentes que aparecían tan diametralmente opuestas a la «civilización» conocida.

Sin embargo, la percepción de la fotografía como un «retrato fiel» de la realidad debe ser dejada de lado (Pisano Skármeta, 1997) ya que múltiples variables culturales intervienen en el proceso fotográfico, gestando el tipo de relaciones sociales existentes en torno a la realización de cada fotografía. Tal es el caso de la posición social del fotógrafo dentro del campo específico en que se desempeña: científico, intelectual, religioso, político, o, simplemente, su posición dentro de una cadena de intereses económicos particulares. De esta manera, por ejemplo, un producto fotográfico concebido esencialmente como un documento etnográfico va a responder a criterios completamente distintos respecto de los que se pueden identificar en las imágenes que deseará proyectar un «agente civilizador». Del mismo modo, la posición social de los individuos fotografiados y la relación de poder que éstos establezcan con el fotógrafo, también determinará las condiciones sociales en las cuales se ejecutará el acto fotográfico.

Entonces, la fotografía es un fenómeno que transcurre en el tiempo y, por tanto, es un proceso. Sus alcances sociales no se agotan en la ejecución del acto fotográfico mismo, sino que, por una parte, se remontan hasta las concepciones humanas de lo que se deseaba fotografiar y se prolongan hasta el acto mismo de observación y lectura del producto. Así, el acto de tomar una foto necesariamente implica una selección de entre los hechos de la realidad, revelando ciertos elementos mientras se deja otros de lado (Piette, 1993).

Lo que la fotografía etnográfica busca capturar es la visualización de todos aquellos elementos que nos permiten atrapar el carácter particular de lo fotografiado. En el pasado esto equivalía a una idea relativamente estable de lo «indígena» y de lo «no indígena» en todos aquellos elementos que componen tanto el escenario de la fotografía como los que posteriormente aparecen en el producto fotográfico. Así, todo lo que era considerado no indígena y que era posible eliminar de la escena o del producto, era censurado. También había estándares que respondían a los marcos teóricos de la época: los aborígenes podían ser fotografiados de muchas maneras, pero sólo algunas fueron elegidas. No aparecen durmiendo, por ejemplo,

o pensando, riendo o llorando, ya que sólo aquello que interesara a la antropología de entonces sería vastamente documentado, como en la fotografía de rituales de Gusinde (1982).

El escenario más común fue el natural, que correspondía a aquél que se ejecutaba en el ambiente propio de los indígenas, es decir, en aquellos lugares donde se desarrollaba la vida diaria de estos grupos en contextos «no civilizados». Pero para que las fotografías se realizaran en estos ambientes era necesario que se generaran las condiciones sociales que lo permitieran, es decir, las relaciones que el fotógrafo mantenía con los personajes.

El escenario civilizado consistía en aquella fotografía tomada en un contexto propio de la civilización. Estas fotografías se desarrollaban en el ámbito de las misiones, de las ciudades, como también las fotos de estudio. Igualmente se pueden considerar las fotografías realizadas en el contexto de los barcos, y de las comunidades migrantes o los asentamientos marginales, al igual que las de los peones de estancias (Pisano Skármeta, 1997).

Así, el análisis de contenido documental de la fotografía es potencialmente útil para los estudios etnoarqueológicos, entendiendo a la etnoarqueología como el estudio etnográfico de las culturas vivientes desde una perspectiva arqueológica, donde es necesario realizar un «*attempt to define where and in what degree the total non-material culture of the community could be inferred from the information gathered*» (Kleindienst y Watson, 1956).

## Análisis documental etnoarqueológico de la fotografía

Tomando como base los lineamientos planteados por Gastaminza (1999) para el análisis documental de la fotografía en las ciencias sociales, se pudo delinear un conjunto de variables pertinentes para el estudio de la fotografía etnográfica en relación con el posible registro arqueológico recuperable. Así, dentro de un proyecto preliminar para el estudio visual en etnoarqueología se diseñó una ficha básica (tabla 1) para clasificar este acerbo gráfico registrando los atributos informativos más diagnósticos a contrastar con la cultura material de los grupos representados.

Tabla 1. Ficha básica para análisis de contenido documental

<table>
<tr><td colspan="3">Autor:</td><td colspan="2">Colección:</td></tr>
<tr><td colspan="3">Tema:</td><td colspan="2">Lugar y fecha estimada de toma:</td></tr>
<tr><td colspan="4">Original vidrio:</td><td>Tamaño (cm):</td></tr>
<tr><td colspan="4">Original papel:</td><td>Tamaño (cm):</td></tr>
<tr><td colspan="2">(foto)</td><td colspan="3">1. Atributos biográficos:<br><br>2. Atributos temáticos:</td></tr>
<tr><td colspan="5">Temas a contrastar con registro arqueológico:</td></tr>
<tr><td>Nombre de analista:</td><td>Fecha:</td><td colspan="3">Tema de investigación:</td></tr>
</table>

A continuación, se presentan diversos casos de la aplicación de la ficha propuesta dentro del análisis de la fotografía en su dimensión etnoarqueológica:

Caso N.º 1: Tejedoras Mapuches.



(Fotografía tomada de Varlamoff, 2002.)

Fotografía de un grupo de indígenas tejiendo en el sur de Chile tomada por Heffer entre 1880 y 1895. Pertenece a la Colección Hoffenberg y en su formato original es una foto de sales de plata en gelatina de 20 × 27 cm con copia en cartón de 28 × 35 cm.

En cuanto a los atributos biográficos del caso, se trata de una copia digital. Temáticamente, denota una serie de tareas domésticas (como el hilado y el tejido) realizadas por niñas, jóvenes y mujeres mayores de la población mapuche, con la sola excepción de un hombre. Esta situación estaría connotando la división sexual del trabajo presente en sociedades andino-patagónicas a finales del siglo XIX, dentro del contexto del ámbito doméstico intra-muros.

Arqueológicamente, esta imagen nos permitiría contrastar diversas temáticas como las patologías presentes en articulaciones y huesos, la distribución espacial de tareas domésticas y la organización de las tareas por edad (diferencias en la utilización de telares y husos).

Caso N.º 2: Comunidad Indígena.



(Fotografía tomada de Varlamoff, 2002.)

Fotografía tomada entre 1875 y 1877 por Eadweard Muybridge de un grupo de mujeres indígenas en Panamá. El original es una foto de sales de plata en albúmina de 14 × 23 cm perteneciente a la Colección Hoffenberg.

Biográficamente, se trata de una copia digital. Los atributos temáticos denotan una serie de tareas domésticas (en este caso, el lavado de la ropa) realizada por las niñas y mujeres jóvenes de la población, connotando también la división sexual del trabajo en sociedades indígenas de climas mesotemplados a finales del siglo XIX, en un contexto doméstico extramuros.

En términos arqueológicos sería posible contrastar las patologías óseas, la distribución espacial de las tareas domésticas, la modificación antrópica del paisaje y la organización por edad de las actividades.

Caso N.º 3: Pulpería.



(Fotografía tomada de Varlamoff, 2002.)

Fotografía original de sales de plata en gelatina con negativo de placa seca de 20 × 25 cm tomada por Juan José Benzo en el interior de una pulpería venezolana hacia 1890. Se conserva en la Biblioteca Nacional, dentro del Archivo Audiovisual de Venezuela. El análisis de contenido documental nos indica que biográficamente es una copia digital y temáticamente denota el lugar de socialización de los hombres jóvenes de la población, connotando el protagonismo masculino en el comercio de la época. El contexto es del ámbito público e intramuros. Aquí se contrastaría arqueológicamente el origen y tráfico de las mercancías, su posible contribución nutricional y el consecuente nivel dietario de la población, la división en clases sociales y los grupos marginales, y la distribución espacial de las actividades económicas extradomésticas.

Caso N.º 4: Barraca.



(Fotografía tomada de Varlamoff, 2002.)

Fotografía de una Barraca en Guatemala tomada por Eadweard Muybridge entre 1890 y 1900. El original, de la Colección Hoffenberg, es una foto de sales de plata en albúmina de 14 × 23 cm.

Según el análisis documental, sus atributos biográficos muestran que se trata de una copia digital. En cuanto a los temáticos, denota la construcción de una barraca extramuro por peones jóvenes en un poblado no identificable y connota tareas de canalización para eventuales inundaciones o desprendimientos de lodo. El contexto es del ámbito público e institucional.

Se podría contrastar arqueológicamente la modificación antrópica del paisaje, la división y características de las clases sociales presentes.

Por otro lado esta fotografía es un ejemplo del posible aporte al análisis documental que puede obtenerse incluso cuando la imagen carece de datos sobre referente y contexto.

Caso N.º 5: Puerto de la Boca.



(Fotografía tomada de Varlamoff, 2002.)

Fotografía del Muelle del Ferrocarril del Sud en el distrito de La Boca (Argentina) tomada alrededor de 1880. El original de la Colección Hoffenberg es una foto de sales de plata en albúmina de 17 × 22 cm, con homólogo en cartón de 22 × 32 cm.

A partir del análisis documental, sus atributos biográficos se refieren a una copia digital. En cuanto a los temáticos, denota una zona portuaria de carga y descarga de mercancías sin actores sociales claramente identificables, y connota la infraestructura necesaria para desarrollar el comercio marítimo permitiendo apreciar algunas pautas sociales del trabajo. El contexto es del ámbito público e institucional.

En esta fotografía se debería contrastar arqueológicamente la modificación antrópica del paisaje, la tradición marinera y de oficios relacionados, el cálculo estimado de tráfico comercial efectuado, y los cambios y supervivencias de las actividades relacionadas con esta tradición.

## Beneficios y desventajas del análisis documental de las fotografías

La fotografía desintegra el flujo del tiempo, detiene su curso para perpetuar un segmento inmóvil de éste. Según Edward (1994) la fotografía repite mecánicamente lo que no se puede repetir existencialmente. Desde el punto de vista social, el proceso fotográfico como un todo tiende a crear situaciones sociales que son particulares del acto fotográfico, y no la mera reproducción de situaciones sociales cotidianas de los modelos fotografiados.

Durante el proceso fotográfico se observan diversas relaciones sociales que sitúan a observadores (el fotógrafo, el editor, el lector) y observados (los personajes fotografiados) entre recursos tecnológicos (como las cámaras) e intereses específicos. Por ello, es preciso entender que todo producto fotográfico es un remanente de una serie de relaciones que se establecieron en un lugar y en un momento específico. Por tanto, las situaciones que por lo general capturaba la fotografía de la época a la cual nos referimos, tienden a ser momentos literalmente construidos (compuestos, arreglados), situaciones que obedecen a las relaciones específicas que mantuvieron fotógrafos y fotografiados. Sin embargo, podemos considerar que en términos generales la fotografías, en contraposición a los objetos, representan situaciones contextualizadas donde no sólo se retrata a los agentes y su cultura material sino que, en ocasiones, también están representados las relaciones entre ambos, el uso del espacio, el conflicto, la ideología.

Ahora bien, el producto fotográfico se gesta no sólo durante la toma sino también después de su obtención, debido a que el proceso editorial también interviene en las modificaciones que pudiera sufrir. En el proceso de edición se seleccionan las fotografías que mejor cumplen los requisitos de la obra y de los criterios editoriales (Pisano Skarmeta, 1997). Aquí aparecen elementos como los retoques, encuadres, eliminación de fondos, o su sustitución, como también las composiciones.

La interpretación fotográfica constituye un acto de apropiación y asimilación de la información contenida en las fotografías. Interpretando, pretendemos sopesar y reconstruir el conjunto de relaciones que se constituyeron en torno a su toma. Esta interpretación se ejecuta con distintos énfasis que varían según nuestros propios intereses u objetivos al momento de iniciar la observación. La interpretación fotográfica se enmarca, pues, en los mismos preceptos a los cuales se aboca la toma fotográfica.

Además, el procesamiento fotográfico nos aporta referencias documentales complementarias ya que, además de las características técnicas proporcionadas por los fotógrafos, a menudo se cuenta con documentación escrita y datos sobre la ubicación espacio-temporal de la representación. Incluso en los casos en que faltan las notas al pie de foto, es posible ubicar el período en que fue tomada por las características del soporte. La firma del fotógrafo también permite ubicar una localización probable. También en este contexto es posible detectar el reflejo de las influencias culturales, políticas, estéticas e ideológicas de la época ya que, al estar contextualizado el momento de toma de la fotografía, es posible tener en cuenta las intensiones que pudieron influir en su producción.

Una de los principales obstáculos para el uso de las fotografías lo constituye su limitación en cuanto a temáticas y períodos, ya que los temas retratados son sólo aquellos de interés para los que encargaron las fotografías y este tipo de recursos únicamente estaban disponibles a partir del perfeccionamiento de la técnica fotográfica hacia mediados del siglo XIX. Por otro lado, la documentación fotográfica cuenta con grandes ventajas, fundamentalmente la perdurabilidad del soporte, la posibilidad de reproducir y conservar las imágenes, y la potencialidad de un acceso más generalizado a los materiales mediante fototecas, publicaciones e incluso Internet; aunque recién en el último tiempo se empezaron a organizar fototecas generales y temáticas, siendo en su mayoría de acceso restringido.

## Palabras finales

Haciendo las preguntas adecuadas, los artefactos y su documentación proporcionan datos sobre la relación de los seres humanos con su medio natural y social, y sobre su forma de pensar (David y Kramer, 2001). Estas categorías se superponen con lo que Binford (1972) clasificó como los subsistemas tecnómico, sociotecnómico e idiotecnómico o interpretativo de la cultura. En ambos casos, la utilización de fotografías para el estudio etnoarqueológico, encuadra perfectamente con la búsqueda de esta información para el entendimiento de la unidad humana y la diversidad cultural.

La relación entre la fotografía y la antropología se origina ya cuando ambas adquieren prestigio en los ámbitos académicos. Dentro de ésta esfera, la fotografía se impuso, en un principio, como un instrumento de estudio para los antropólogos físicos, etnógrafos y naturalistas. Luego se encargó de registrar las culturas o modos de vida que corrían riesgo de desaparecer por la expansión urbana (López Álvarez, 2004) y finalmente las lentes captaron aquellos grupos considerados marginales y su relación con el medio.

Como arqueólogos o etnoarqueólogos, la fotografía constituye un elemento más dentro de nuestras herramientas de trabajo, tanto las tomadas en momentos de excavación o prospección como aquellas objeto del análisis documental. Debe complementarse, como toda fuente de información científica, con todos aquellos medios y técnicas que nos sean posibles. La experiencia que vamos acumulando nos permite cada día dar pasos más firmes hacia la consecución del objetivo fundamental, que no es otro que reconstruir el pasado del hombre a través de sus restos materiales.

## Bibliografía

Auerbach, M. (1975): *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, Fondo de Cultura Económica, México.

Binford, L. (1972): *An Archaeological Perspective*, Academic Press, Nueva York.

Carretero Pérez, A. (2002): «Colecciones a raudales», *Anales del Museo Nacional de Antropología*, Madrid.

Cooper, J. (1917): «Analythical and Critical Bibliography of the Tribes of Tierra del Fuego and Adjacent Territory», *Sminthonian Institution, Bureau of American Ethnology Bulletin*, 63, Washington.

David, M. y Kramer, P. (2001): «Action Archaeology: The Archaeological Inventory of a Living Community», *Anthropology Tomorrow*, 5 (1): 75-78.

Edward, E. (1994): «Introducción», en: Edward E. (ed.), *Anthropology and Photography 1860-1920*, Yale University Press y The Royal Anthropological Institute, Londres.

Freund, G. (1986): *La fotografía como documento social*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona.

Gastaminza, F. (ed.) (1999): *Manual de documentación fotográfica*, Editorial Síntesis, Madrid.

Gusinde, M. (1982): *Los indios de Tierra del Fuego. Los Selk'nam*, Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires.

Kleindienst, M. y Watson, P. (1956): «Action Archaeology: The Archaeological Inventory of a Living Community», *Anthropology Tomorrow*, 5 (1): 75-78.

López Álvarez, J. (2004): «Fotografía y antropología: Las experiencias del Museo del Pueblo de Asturias», *XXIV Curso de Etnología «Julio Caro Baroja»: Lecturas antropológicas de la fotografia*, Departamento de Antropología de España y América, Instituto de la Lengua Española-CSIC, Madrid, 3 al 20 de mayo.

Martinic, M. (1986 [1874]): «Una desconocida excursión fotográfica del valle del Chalía», *Revista Patagónica*, 28, Buenos Aires.

Piette, A. (1993): «Epistemology and Practical Aplication of Anthropological Photography», *Visual Anthropology*, 6: 157-170.

Pisano Skarmeta, H. (Ed.) (1997): *Introducción a la fotografía étnica en la Patagonia-Selk'nam*, Santiago de Chile.

Romero, J. (1984): *La cultura occidental*, Legasa, Buenos Aires.

Schiffer, M. (1983): «Toward the Identification of Formation processes», *American Antiquity*, 48: 675-785.

Varlamoff, M. (ed.) (2002): *La fotografía en América Latina y el Caribe en el siglo XIX y comienzos del siglo XX*, Programa IFLA-PAC, Caracas.

# La Etnohistoria aplicada al estudio de las sociedades de la Edad del Hierro Final del norte de la Península Ibérica

JESÚS (KECHU) TORRES MARTÍNEZ
Dept. Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid.
Instituto de Estudios Prerromanos y de la Antigüedad de Cantabria.

**RESUMEN.** Esta comunicación intenta introducir el empleo de la crítica etnohistórica en los estudios de Protohistoria por entender que éste es uno de los métodos más efectivos de obtención de información sobre fuentes escritas. Así se repasan los antecedentes más relevantes de trabajo con fuentes en la Historia de la Arqueología de la Edad del Hierro Peninsular. Pero el enorme desarrollo que la práctica de la Arqueología y de la etnoarqueología han sufrido en las últimas décadas del siglo XX permite una reinterpretación de los textos grecolatinos existentes sobre las sociedades de la Edad del Hierro de la Península Ibérica. Se propone una reflexión sobre el concepto de fuente y sobre la importancia de un método adecuado para interrogar a esas fuentes. La información obtenida depende de nuestra capacidad para interrogar a las distintas evidencias. En este sentido la colaboración entre filólogos y arqueológos es fundamental.

**ABSTRACT:** The aim of this paper is to introduce the Ethnohistory in the studies of Iron Age societies as the most powerful method to obtain information through a new reading of Greek and Roman texts. So the most salient works with classical sources in the History of Archaeology of Iron Age in Spain are reviewed. But the development of the praxis of the Archaeology, and another methodologies like Ethnoarchaeology, in Spain in the last decades of the 20th century allows a reinterpretation of the classical texts on Spanish Iron Age societies. A new view about the concept of sources is proposed because, in this way, we can ask it new and different questions and these sources can provide us new and different answers. In this way, it is essential the collaboration between Philologists and Archaeologists.

## Aplicaciones de la etnohistoria al estudio de las sociedades protohistóricas de la Península Ibérica

Como término «etnohistoria» surge a comienzos del siglo XX y se desarrolla en la segunda mitad del pasado siglo. Se emplea para definir las investigaciones que con una combinación de metodologías antropológicas, arqueológicas e históricas

se venían desarrollando desde la década de los años cuarenta en el continente americano, especialmente en los Estados Unidos, sobre los distintos pueblos indígenas. Será precisamente en este país donde surgirá la revista *Etnohistory* en 1954 que ha venido jugando un importantísimo papel en la difusión y desarrollo de la investigaciones etnohistóricas que en la segunda mitad del siglo XX se desarrollan por todo el continente americano, Asia y África coincidiendo con el proceso de descolonización. En este momento de expansión de este tipo de estudios es cuando sus contenidos y metodologías se van desarrollando y ampliando (Cohn, 1975: 419-421).

En principio, las definiciones sobre el termino *etnohistoria* centran el uso de esta metodología de investigación en «... cualesquiera pueblos no Europeos...» lo que situaría fuera de esta definición a los pueblos de la Protohistoria europea. En esta definición se parte de la premisa de que la etnohistoria centra su ámbito de interés en *época histórica* cuando, por un lado ya existen fuentes escritas y, por otro, los europeos conquistadores registran por escrito información sobre los pueblos conquistados, que son pueblos de tecnologías simples o aborígenes. Así pues la etnohistoria sirve para «... reconstruir la historia de los pueblos indígenas» (Cohn, 1975: 418). La etnohistoria sería básicamente un estudio de tipo histórico, diacrónico, que combina el estudio de las fuentes históricas con el trabajo de campo etnográfico.

En nuestra opinión esta definición sería matizable por varios motivos. En primer lugar porque que se asume *a priori* que sólo es posible hacer etnohistoria fuera de Europa, lo cual no es cierto. Las naciones europeas se expandieron por el planeta y entraron en contacto con otras culturas de muy diversos modos. Su grado de desarrollo y de capacidad tecnológica en lo social, económico y especialmente militar, mucho más eficaz que la mayoría de los pueblos con los que entraron en contacto, supusieron el dominio de esos pueblos y su aculturación y progresiva asimilación a las formas culturales de sus conquistadores. Pero eso no sólo ocurre en entre europeos y no-europeos: por ejemplo China se ha expandido enormemente a lo largo de su historia conquistando y asimilando muchos y muy diversos pueblos, ¿sería imposible hacer etnohistoria de esos pueblos dominados por China? Que el desarrollo de los estudios de tipo etnohistórico sólo sea posible con pueblos no-europeos es debido a que asumimos que en Europa las culturas no son comparables o equiparables a las de los nativos o aborígenes, son cultural y tecnológicamente más evolucionadas, superiores, y eso no deja de tener un fuerte componente etnocéntrico.

De la cultura originaria de todos esos pueblos asimilados quedarían una serie de evidencias, que pueden ser recuperadas para reconstruir su historia. Todas ellas deben ser consideradas como fuentes para el estudio histórico (Rojas, 1997: 45-55). Básicamente serían:

— Las fuentes escritas sobre todo las referidas al período de choque cultural, tanto las escritas por los dominadores, que suelen ser mayoritarias, como las que en ocasiones dejan los dominados.
— La evidencia arqueológica, que permite la recuperación de restos de la cultura material de esos pueblos dominados y, no lo olvidemos, de aquellos que dominan. Esta definición puede ser enormemente amplia ya que recogería también las representaciones artísticas en todo tipo de soportes o las evidencias paleoambientales, paleobotánicas, arqueozoológicas, o las evidencias

microscópicas relacionadas con los distintos objetos y recipientes (Rojas, 1997: 46).

— El conocimiento obtenido a través del trabajo de campo etnológico o etnoarqueológico que se realiza con «... los miembros actuales de las sociedades cuyo pasado tratan de reconstruir» (Cohn, 1975: 418).

Estos tres elementos definirían esencialmente el ámbito de trabajo de investigación y de contrastación de la información obtenida para la obtención de las sociedades en estudio.

En nuestra opinión uno de los elementos esenciales de la metodología etnohistórica sería la crítica de los textos independientemente de quien los escribe, siempre que exista la premisa de que un pueblo domine a otro y que este choque cultural deje fuentes escritas. Este punto de vista no resta importancia a ninguna otra área de investigación o evidencia que pueda emplearse en la obtención de información. Pero es una determinada forma de emplear las fuentes escritas lo que caracteriza la etnohistoria y la diferencia de los estudios, por ejemplo, de tipo exclusivamente arqueológico o histórico. Dentro de esta concepción de la etnohistoria creemos que resulta posible desarrollar investigaciones de tipo etnohistórico sobre la Protohistoria final europea ya que existen fuentes escritas sobre este período que relatan el choque, la aculturación y la asimilación paulatina de los pueblos del occidente europeo por otros del sur y este del Mediterráneo y del centro y este de Europa meridional. A partir de estos testimonios escritos podemos realizar la crítica textual que nos permita obtener información sobre estos pueblos y reconstruir su Historia (Cipolla, 1991: 53-54; Rojas, 1997: 51).

Desde esta perspectiva M. I. Finley (1999) desarrolló sus trabajos sobre la sociedad griega arcaica aplicando conocimiento y teorías antropológicas a un estudio crítico sobre *La Odisea* de Homero. En este caso no se trata de las informaciones que sobre un pueblo dominado dan sus conquistadores, sino de cómo una cultura se describe a sí misma en un discurso que ensalza determinadas pautas culturales por medio de la heroización de una serie de personajes y sus comportamientos. Sobre trabajos de este tipo existen ejemplos numerosos desarrollados en el estudio de otras épocas como los trabajos de Braudel, Bloch, Duby, Febvre, etc. (Cohn, 1975: 419-421; Rojas, 1997: 46).

Otro de los elementos esenciales de la investigación etnohistórica es la investigación arqueológica que permite recuperar evidencias directas del pasado, la cultura material de esas sociedades en otros momentos históricos. A través de esta cultura material resulta posible acceder a otras facetas de la cultura y la ideología de estos pueblos en determinado momento histórico. Esta evidencia, si bien resulta parcial, es objetiva, aunque la interpretación que de ella realicemos este sujeta a factores de tipo subjetivos. A través del conocimiento arqueológico resulta posible interpretar mejor los textos históricos y contrastarlos.

Otra cuestión es la del trabajo de campo etnológico o etnoarqueológico que el investigador que desarrolla una investigación de tipo etnohistórico debe desarrollar para poder establecer una base más objetiva desde la que interpretar los textos sobre las sociedades en estudio. Esto podría ser asumido *a priori* como imposible, pero cuando se conocen las limitaciones y las ventajas que este tipo de trabajo puede tener resulta posible a través de la etnoarqueología obtener valiosísimas informaciones a este respecto. Una valoración sobre este tipo de trabajos puede encontrar-

se en el artículo presentado en este mismo encuentro «*La Etnoarqueología en el norte de la Península Ibérica y el estudio de las sociedades Protohistóricas*» (Torres Martínez y Sagardoy Fidalgo.)

También resulta posible obtener información a partir de trabajos de tipo etnológico sobre sociedades que compartan un similar grado de desarrollo social, económico y tecnológico con la sociedad en estudio y que también sean similares sus circunstancias ambientales e históricas. A partir de estas informaciones es posible establecer comparaciones y analogías que servirán para intentar comprender los pueblos en estudio. A través de este tipo de trabajo se ha intentado comprender el funcionamiento de algunas sociedades protohistóricas (Ruiz-Gálvez, 1991, 1992 y 1998).

Desde este punto de vista los fines de muchos de los historiadores que emplean la etnohistoria como técnica de recuperación y obtención de conocimiento sobre el pasado de los pueblos no-europeos y de algunos de los prehistoriadores que investigan la protohistoria final de los pueblos europeos son los mismos «... su meta es presentar una historia completa que tenga en cuenta los sistemas culturales y sociales de los pueblos...» (Cohn, 1975: 418).

## ¿Etnohistoria en España?

En general durante todo el siglo XX se utilizaron ideas, metodologías y conocimientos de tipo antropológico para abordar el estudio de la Historia y la Prehistoria europeas (Cohn, 1975: 419-421). Como ocurre en el resto de Europa en España a la utilización de estos elementos antropológicos le acompaña siempre el empleo de los textos grecolatinos sobre la Península Ibérica. Destacan a este respecto una serie de trabajos que intentan obtener conocimiento histórico con la interpretación de las fuentes clásicas a partir de la Antropología y la Arqueología.

Adolf Schulten escribe su obra *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica* en la década de los años veinte del siglo XX y en ella recoge un enorme volumen de información procedente de las fuentes clásicas grecolatinas que intentará integrar con conocimiento de tipo antropológico y evidencias arqueológicas. Más tarde, en la década de los cuarenta del siglo XX defiende la Antropología como el elemento que permite interpretar las partes menos claras de la investigación prehistórica (Angulo Villaseñor, 1990: 83). Sobre esta premisa desarrolla su obra *Paleoetnología de la Península Ibérica* (1974) en la que intenta integrar fuentes grecolatinas, etnología y Arqueología. También en la década de los cuarenta del siglo XX Julio Caro Baroja escribe su obra *Los pueblos de España: ensayo de etnología* que, basándose en las fuentes grecolatinas, intenta definir la economía y la estructura social e ideológica de los pueblos prerromanos de la Protohistoria Final (Caro Baroja, 1946). Este tipo de trabajo se desarrolla y perfecciona en algunas de sus obras posteriores como *Los Pueblos del Norte* (1977) que ha sido la obra que ha definido la cultura, la estructura social y el desarrollo económico y tecnológico del conjunto de las sociedades que habitaban la franja cantábrica en la Protohistoria Final. Siguiendo los postulados de J. Caro Baroja José María Blázquez desarrolla sendos estudios sobre los pueblos prerromanos titulados *La economía ganadera de la España antigua a la luz de las fuentes literarias griegas y romanas* (1957) y *Economía de la Hispania Prerromana* (1978) basados en el es-

tudio de las fuentes y la Arqueología, pero con un menor y mucho más difuso contenido antropológico.

A partir de la década de los ochenta del siglo XX los estudios sobre Protohistoria de la Península Ibérica sufren una serie de cambios profundos. La práctica de la Arqueología gana un enorme protagonismo con la introducción de la Nueva Arqueología. En paralelo a la intensificación de la Arqueología se introducen metodologías antropológicas como la Etnoarqueología que suponen el definitivo impulso de la aplicación de técnicas antropológicas o etnológicas en los estudios arqueológicos. También las contribuciones de la Antropología Cultural se dejarán sentir, aunque su influencia haya sido mayor y más intensa fuera de nuestras fronteras. Sin embargo pasa a un segundo plano el interés y el protagonismo que hasta el momento disfrutaban las fuentes grecolatinas, básicamente por la atención que el desarrollo vertiginoso de las nuevas técnicas arqueológicas requería y por los resultados que permitía obtener.

No obstante la crítica de los textos clásicos, tanto debido a los descubrimientos arqueológicos como a nuevos enfoques históricos, continúa y es empleada como elemento habitual en los trabajos sobre la Edad del Hierro. Incluso podríamos decir que en muchas ocasiones de modo indiscriminado. Tenemos distintos trabajos en los que la crítica de las fuentes es un elemento esencial a la hora de comprender las sociedades protohistóricas peninsulares y sus estructuras e ideología y una muestra de este tipo de obras sería la serie *Mitología y Mitos de la Hispania Prerromana* (Bermejo Barrera, 1986 y 1994; García Quintela, 1999). Otros trabajos pueden servir como ejemplo y referencia a un manejo de las fuentes clásicas que intenta ser riguroso y crítico (Cipres, 1993; Gómez Fraile, 2001; Llinares García, 1997), pero en el que pese a la carga antropológica y arqueológica de algunos de ellos no se denominan etnohistóricos. Sólo en contadas ocasiones existe deliberadamente voluntad de realizar crítica etnohistórica de las fuentes o trabajo de tipo etnohistórico (Torres Martínez, 2002, 2003a, 2003b y 2004).

## El trabajo con las fuentes: los pueblos del norte de la Península Ibérica en la Protohistoria final

Como hemos explicado, la revisión crítica de los textos grecolatinos se ha convertido prácticamente en un tópico dentro de los estudios sobre la Protohistoria, pero en la mayoría de los casos se trata de estudios históricos con un tratamiento tradicional de los textos, que en la mayoría de los casos es exclusivamente literal, esto es, basado en el mejor de los casos en una lectura «profesional» de las fuentes (Rojas, 1997: 46). Son aún escasos, e incluso excepcionales, aquellos trabajos en los que la crítica de las fuentes se realiza a partir, o con el concurso, de las aportaciones de la Arqueología y la antropología. Pero cuando estas metodologías se han empleado, en ningún caso se ha denominado a esta actividad *crítica etnohistórica*. ¿Se trata de una diferencia meramente formal, que sólo incumbe a la denominación de una metodología de investigación?

El trabajo que desarrolla la metodología etnohistórica con las fuentes se diferencia del que realiza la investigación histórica clásica en que busca en los textos información e indicios sobre determinados áreas de la cultura en estudio a partir, o teniendo en cuenta, lo que el trabajo de campo (o las informaciones etnoarqueoló-

gicas) y la Arqueología han aportado. Eso hace que el trabajo de interpretación de los textos vaya más allá de una mera traducción textual y del relato de los acontecimientos narrados para dar paso a la comprensión de otros niveles de información. A partir de estas informaciones los textos ganan en contenidos y es posible apreciar datos contextuales que en otras circunstancias pasarían desapercibidos como las estructuras sociales y su funcionamiento, la economía o determinados contenidos ideológicos. El volumen de información obtenido por esta vía es cuantitativamente mayor, y cualitativamente más rico que con un trabajo tradicional de lectura de fuentes.

Otra ventaja del trabajo de tipo etnohistórico es que permite detectar las contradicciones del discurso que se analiza al someterlo al contraste con evidencias de tipo empírico como las arqueológicas y otras como las obtenidas a partir de etnografías o del trabajo de campo etnoarqueológico. En el caso de las fuentes grecolatinas permite contrastar una parte importante de las informaciones e identificar las distorsiones, exageraciones e incluso las falsificaciones que los autores griegos y latinos introdujeron en sus obras por diversos motivos, desde el etnocentrismo hasta la propaganda política. En este sentido las aportaciones de la Arqueología en la comprensión de las sociedades de la Edad del Hierro del norte de la Península Ibérica han resultado esenciales (Bermejo Barrera, 1986 y 1994; García Quintela, 1999). Incluso las falsedades en los textos grecolatinos están proporcionando información muy importante. Si tuviéramos que despreciar las fuentes escritas por su falta de objetividad, su parcialidad o su manifiesta tergiversación de la realidad, la investigación histórica no tendría elementos con los que desarrollarse (Rojas, 1997: 51).

Resulta evidente que Etnohistoria no sólo no es un término poco frecuente en los estudios de la Prehistoria reciente de la Península Ibérica, sino que resulta prácticamente desconocido. Sin embargo, es evidente también la existencia de fuentes escritas que se refieren al proceso de contacto, aculturación y asimilación de los pueblos del occidente de Europa por otros del ámbito cultural del Mediterráneo oriental y central. En el caso de los pueblos del norte de la Península Ibérica podemos reunir una cantidad relativamente importante de textos, tanto libros enteros (como la obra de Estrabón) como fragmentos, comentarios y alusiones indirectas o colaterales desperdigados por obras referidas a otros temas. También poseemos información procedente de la Arqueología y del ámbito etnológico y etnoarqueológico que permiten el desarrollo de este tipo de análisis.

En nuestro caso, en los últimos tres años, hemos venido desarrollando un trabajo basado en la aplicación de la metodología denominada *crítica etnohistórica* al estudio de las sociedades prerromanas del norte de la Península Ibérica a través de las fuentes grecolatinas. Este trabajo sigue los pasos establecidos en este tipo de estudios:

1. Descifrado: ¿Qué es lo que dice? Análisis formal y traducción.
2. Interpretación: ¿Qué es lo que quiere decir? Análisis del texto traducido.
3. Contrastación: ¿Hasta que punto es cierta esta información? ¿Qué implicaciones tiene? Análisis del texto a través del conocimiento arqueológico y etnoarqueológico del tema en cuestión.

Habitualmente en el ámbito de la investigación sobre la Edad del Hierro se trabaja con textos ya traducidos bien por traductores especializados o por otros inves-

tigadores que dominaban (o creían dominar suficientemente) la lengua original de los textos. También se acude a obras traducidas por editoriales, lo que puede (y suele) dar problemas si estas ediciones no son lo suficientemente críticas con los textos que traducen, y esto no suele ocurrir si en los equipos de traductores no hay historiadores especialistas en le tema y la época a la que los textos se refieren. A este respecto una simple reflexión: a la hora de afrontar la traducción de un autor griego inmerso en la sociedad y la cultura romana que explica determinadas sociedades bárbaras se forma un equipo formado por traductores y tal vez un historiador especialista en el mundo romano, ¿y el especialista sobre las sociedades bárbaras de las que habla el autor? Estas formas *tradicionales* de afrontar el trabajo con las fuentes han comenzado a dar problemas que empiezan a ser tratados de un modo crítico (Llinares García, 1997).

Nuestra experiencia nos indica que para los investigadores sobre la Edad del Hierro resulta imprescindible el trabajo con especialistas en las lenguas en las que están escritos los documentos que manejamos, filólogos. Los resultados de su trabajo de traducción pueden ser discutidos en cuanto al sentido de determinados términos o ideas, pero tendremos la seguridad de que las traducciones serán exactas y fieles. Si consideramos a los textos grecolatinos como meros «elementos auxiliares» (cuando no decorativos) de la investigación arqueológica, la exactitud de la traducción es una cuestión secundaria. Pero cuando necesitamos traducciones fiables sobre las que trabajar con seguridad es necesario recurrir al trabajo interdisciplinar con especialistas. Sólo a partir de textos fielmente traducidos (*descifrados*) e *interpretados* es posible realizar un análisis verdaderamente crítico y la información obtenida podrá ser empleada con garantías para la obtención de conocimiento (Cipolla, 1991: 36; Rojas, 1997: 48, 52-55).

Por otro lado nuestro trabajo es eminentemente práctico y queremos que sea conocido en cuanto a sus objetivos, metodología y logros. El objetivo principal es conseguir, a través del análisis etnohistórico, un conocimiento lo más ajustado a la realidad que sea posible. Para ello manejamos los textos de las fuentes clásicas como uno de los principales elementos de información sobre la Edad del Hierro Final en el norte de la Península Ibérica. Nuestro ámbito de interés principal en la primera fase de este proyecto se ha centrado básicamente en todas aquellas cuestiones relacionadas con la explotación económica del medio y la cultura material

Para ello intentamos recopilar cuanta información pueda estar disponible en la Fuentes Clásicas, lo que incumbe principalmente al libro tercero de la obra de Estrabón *Geografía*, pero que incluye también diversas referencias de otros autores griegos y latinos sobre los *pueblos del norte*. Así mismo se incluyen también las informaciones disponibles en las fuentes sobre los pueblos que podemos considerar que estaban íntimamente relacionados con ellos, desde el punto de vista cultural, como los del Valle del Ebro o los de la Submeseta norte. De otro lado se emplean también informaciones de pueblos del occidente europeo que los autores clásicos emparentan, culturalmente, con los habitantes de la franja cantábrica y de otras áreas de la Península Ibérica. Para poder desarrollar esta parte del proyecto hemos recurrido al trabajo conjunto con filólogos ya que, como hemos señalado, la colaboración con este tipo de especialistas permite obtener una mayor precisión en la interpretación de los textos. Otra parte del trabajo se ha centrado en la búsqueda de determinadas publicaciones de tipo epigráfico, que completaran áreas de conocimiento en las que las fuentes manejadas resultaban escasas o demasiado imprecisas

en sus informaciones y a la consulta con epigrafistas para aclarar determinadas dudas. Como complemento hemos intentado recoger aquellos trabajos críticos más importantes publicados sobre los autores clásicos y la temática que vamos a tratar. La revisión de este tipo de obras ha permitido elaborar una más sólida base crítica desde la que abordar el trabajo.

La parte más importante del trabajo se ha centrado en el ámbito de la *contrastación*, en el examen de aquellas cuestiones directamente relacionadas con el ámbito arqueológico, de manera que el análisis de los textos pudiera tener una base lo más objetiva, empírica y sólida, desde la que desarrollarse. Así, una vez conseguida y ordenada toda esta información debe ser sometida a un proceso de filtrado en el que uno de los elementos principales para la contrastación crítica es la información aportada por el desarrollo de la investigación arqueológica en el área, lo que incluye también las valiosas aportaciones de disciplinas como la etnoarqueología. Para ello ha sido necesario conocer el mayor volumen de información posible publicada sobre la Arqueología de estos pueblos.

El otro elemento esencial a la hora de contrastar las informaciones obtenidas de los textos son las obras de tipo etnológico y folklórico junto con el trabajo de campo de tipo etnoarqueológico realizado en el área de estudio. Así se han analizado las referencias dedicadas a la explotación del medioambiente y sus recursos: recolección, caza, pesca, marisqueo, explotación ganadera, agrícola, minería, etc. Además se han investigado otras cuestiones relacionadas con la tecnología de explotación del territorio económico. En estas investigaciones hemos empleado tanto los textos clásicos que aluden directamente a este tipo de explotación de recursos, como otros que se pueden poner en relación con estos de modo indirecto. Su análisis se ha realizado a partir de las aportaciones de la etnoarqueología y de las etnografías. Los resultados de la primera fase de este trabajo han sido ya publicadas (Torres Martínez, 2003b y 2004).

## Nuestras conclusiones

Determinados objetos materiales que recuperamos del pasado los investigadores los convertimos en fuentes. Estas fuentes se comportan como un depósito de información que posee muy diversos significados y que, por tanto, deberían ser consideradas *a priori* como inagotables. Debemos tener siempre en cuenta que las mismas fuentes pueden dar informaciones muy distintas según sean interrogadas. Por ejemplo, las mismas evidencias, unos fragmentos de un recipiente cerámico, proporcionaban informaciones muy distintas hace cincuenta años que en la actualidad con los métodos de análisis microscópico. Del mismo modo obtienen informaciones muy distintas sobre temas económicos los arqueólogos que conocen las necesidades e implicaciones de la economía campesina (agropecuaria) y los que tienen tan solo un conocimiento superficial sobre estas cuestiones. Las fuentes contienen información cifrada sobre el pasado. La información disponible en las distintas fuentes aumenta según aumenta nuestra capacidad de obtener esa información, lo cual sólo es posible si se intenta exhaustivamente obtener toda la información posible y se está dispuesto a enfrentar ese esfuerzo. Esta exigencia lo es también de formación del que cuestiona y busca esa información cifrada. Cuanto mayor es el volumen de conocimiento sobre el pasado mayor es nuestra capacidad para desa-

rrollar técnicas más rentables de obtención de información histórica y mayor nuestra capacidad para formular adecuadamente las preguntas. Porque no podemos olvidar que las respuestas no dependen de sino de las preguntas. La información solo se obtiene a partir de que planteamos problemas, formulamos adecuadamente las preguntas y buscamos cómo responderlas. (Cipolla, 1991: 12; Kragh, 1989: 159; Febvre, 1974: 44; Rojas, 1997: 48-50).

Hemos podido constatar como a la hora de la puesta en común de las diferentes informaciones se produce un fenómeno de retroalimentación, que C. Cipolla (1991: 81) ya ha descrito como una serie de *feed-backs* permanentes. En este fenómeno de retroalimentación las informaciones procedentes del análisis de las fuentes escritas cobran un significado más amplio (e incluso diferente) cuando se confrontan con informaciones procedentes del ámbito arqueológico o etnoarqueológico. Pero también ocurre esto o *viceversa*. Así la interpretación arqueológica de un hallazgo, e incluso el diseño previo sobre qué y cómo lo vamos a buscar determinadas evidencias, se puede ver también modificado en función de lo que aportan las informaciones de los textos grecolatinos. Y ocurre lo mismo con la investigación etnoarqueológica. Se crea así una dinámica de crecimiento en espiral que probablemente no tenga un fin que podamos prever a corto o medio plazo. Nuestro conocimiento se enriquece cuando se manejan simultanea y coordinadamente las preguntas que hacemos a las distintas fuentes y las respuestas que desde estas se plantean (Rojas, 1997: 48).

Frente a otras corrientes actuales que desde el empleo un tanto fundamentalista de la Arqueología parecen denostar el empleo de las fuentes grecolatinas, creemos que el resultado obtenido hasta el momento aplicando este tipo de metodología en la investigación permite contemplar este tipo de informaciones como uno de los pilares fundamentales sobre el conocimiento de los pueblos prerromanos peninsulares, y en especial del norte de nuestro país. No podemos permitirnos despreciar el enorme caudal de información histórica de todo tipo que se halla cifrada en los textos de los autores grecolatinos, muy al contrario debemos desarrollar las metodologías que nos permitan obtener la mayor cantidad de información útil posible. Incluso cuando distorsionan, manipulan o mienten, siguen conteniendo un caudal de información irrenunciable para el conocimiento de la Protohistoria Final. No podemos olvidar que todas esas informaciones proceden de testigos presenciales, de contemporáneos, de gentes que vivieron en ese momento histórico y nos transmitieron su testimonio y sus opiniones sobre lo que vieron, escucharon o les contaron.

Los textos grecolatinos ofrecen una forma de conocimiento parcial, del mismo modo que es parcial el conocimiento arqueológico o el etnoarqueológico. Por esta razón estas fuentes de conocimiento son siempre complementarias, nunca excluyentes. Creemos que no debemos mantener dinámicas que prescindan de determinados tipos de datos en el estudio del pasado, sino intentar integrar todas las posibles vías de conocimiento y emplear de modo lo más exhaustivo posible todos los medios de investigación a nuestro alcance. En este sentido la práctica de la Arqueología nunca puede suponer obviar las informaciones procedentes de las fuentes grecolatinas, o de la etnoarqueología. Tampoco puede ser posible comprender ni abordar el estudio de estos textos sin las aportaciones de la investigación arqueológica, y etnoarqueológica. Incluso el estudio meramente filológico de las fuentes se enriquecerá, sin duda, a través de este tipo de aportaciones. Finalmente, el resulta-

do de este trabajo será el desarrollo de todos estos métodos de investigación y, sin duda, un mejor conocimiento del pasado.

## Agradecimientos

Quisiera mostrar mi enorme deuda de gratitud con el Dr. José Luis de Rojas del Departamento de Antropología de América de la Universidad Complutense de Madrid, que me introdujo y formó en la práctica de la etnohistoria y supo transmitirme su enorme entusiasmo y respeto por el oficio de historiador. Consiguió cambiar mi apreciación sobre el uso de las fuentes y ayudó a que se desarrollara en mí un profundo y sincero respeto por aquellos congéneres del pasado a los que investigamos.

## Bibliografía

Angulo Villaseñor, J. (1990): «Interrelación entre la Historia, Etnología y Arqueología. Etnoarqueología», en: Sugiura, Y. y Serra, M. C. (eds.), *Coloquio Bosch-Gimpera*, pp. 83-97, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Barber, R. J. y Berdan, F. (1998): *The Emperor´s mirror. Understanding cultures through primary sources*, The University of Arizona Press, Tucson.

Bermejo Barrera, J. C. (1986): *Mitología y Mitos de la Hispania Prerromana II*. Akal Universitaria, Serie Interdisciplinar, Madrid: Ediciones Akal SA.

Bermejo Barrera, J. C. (1994): *Mitología y Mitos de la Hispania Prerromana I*, Akal Universitaria, Serie Interdisciplinar, Madrid: Ediciones Akal SA, 2.ª (aumentada).

Blázquez, J. M. (1957): *La economía ganadera de la España antigua a la luz de las fuentes literarias griegas y romanas*, Emerita, T. XXV, Fasc. I, Madrid: CSIC. Patronato «Menéndez y Pelayo», Instituto «Antonio de Nebrija».

Blázquez, J. M. (1978): *Economía de la Hispania Prerromana*, Ediciones Nájera, Bilbao.

Bosch Gimpera, P. (1974): *Paleoetnología de la Península Ibérica: colección de trabajos sobre los celtas, iberos, vascos, griegos y fenicios*, Akademische Druck, Graz (Austria).

Brown, J. S. (1991): «Etnohistorians: Strange Bedfellows, Kindred Spirits», *Etnohistory*, 38 (spring): 113-123.

Caro Baroja, J. (1946): *Los pueblos de España: ensayo de etnología*, Barcelona: Editorial Bara.

Caro Baroja, J. (1968): «Sobre el estudio económico de la España antigua», en: Tarradell, M. (dir.), Estudios *de economía antigua de la Península Ibérica*, pp. 11-17, Barcelona: Editorial Vicens-Vives.

Caro Baroja, J. (1977): *Los Pueblos del Norte*, San Sebastián: Editorial Txertoa.

Carrasco, P. (1987): «Sobre la etnohistoria en Mesoamérica», en: Pérez Zevallos, J. M. y Pérez Gollán J. M. (comps.), *La etnohistoria en Mesoamérica y los Andes*, pp. 15-24, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Cipres, P. (1993): *Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea. Anejos de Veleia*, Serie minor, 3, Instituto de Ciencias de la Antigüedad, Vitoria: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.

Cipolla, C. (1991): *Entre la Historia y la economía. Introducción a la Historia económica*, Barcelona: Ed. Crítica.

Cohn, B. S. (1975): «Etnohistoria», *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, V. 5, pp. 418-424, Madrid: Aguilar.

Finley, M. I. (1986): *Historia Antigua. Problemas Metodológicos*, Barcelona: Crítica.
Finley M. I. (1999): *El Mundo de Odiseo*, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 158, Fondo de Cultura Económica, México.
Febvre, L. (1974): *Combates por la Historia*, Barcelona, Ariel.
García Quintela, M. V. (1999): *Mitología y mitos de la Hispania Prerromana*, III, Akal Universitaria, Serie Interdisciplinar, Madrid: Ediciones Akal SA.
Krech, S. (1991): «The State of Etnohistory», *Annual Review of Antropology*, 20: 345-375.
Llinares García, M. (1997): «Las mujeres en la Gallaecia antigua», *Gallaecia*, 16: 159-172.
Rojas, J. L. (1997): «Acerca de la definición y uso de las fuentes. Una perspectiva indígena americana», *EHSEA*, 14 (enero-junio): 45-58.
Ruiz-Gálvez Priego, M. E. (1991): «La economía celtibérica», en: García Castro J. A. (dir.), *Los celtas en la Península Ibérica*, pp. 72-75, Madrid: Zugarto Ediciones.
Ruiz-Gálvez Priego, M. (1992): «La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica», *SPAL*, 1: 219-251.
Ruiz-Gálvez Priego, M. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de Europa Occidental*, Crítica Arqueología, Barcelona: Crítica.
Schulten, A. (1963a): *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica*, vol. I, Instituto Rodrigo Caro de Arqueología y CSIC, Madrid.
Schulten, A. (1963b): *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica*, vol. II, Instituto Rodrigo Caro de Arqueología y CSIC, Madrid.
Torres Martínez, J. F. (2002): «Silvicultura, recursos forestales y paleoambiente en la economía de la protohistoria final del norte peninsular», *Kalathos*, 20-21: 139-158.
Torres Martínez, J. F. (2003a): «Recursos naturales y economía de los cántabros de la Edad del Hierro», *Complutum*, 14: 169-196.
Torres Martínez, J. F. (2003b): *La Economía de los celtas de la Hispania Atlántica*, I. Serie Keltia, A Coruña: Ed. Toxosoutos.
Torres Martínez, J. F. (2004): *La Economía de los celtas de la Hispania Atlántica*, II. Serie Keltia, A Coruña: Ed. Toxosoutos.

# La producción cerámica en los valles centrales de Chile: estrategias productivas

JAUME GARCÍA ROSELLÓ
Arqueobalear.
Grup de Recerca de la Universitat de les Illes Balears.

**RESUM.** Mitjançant l'enquesta etnogràfica i la documentació bibliogràfica s'han establert diferents sistemes de producció ceràmica al Xile Central. Demostrada la continuïtat poblacional entre els *maputxe* prehispànics i els grups mestissos actuals es pretén, mitjançant el concepte d'estratègia productiva, analitzar els canvis tecnològics esdevinguts des del moment en el qual es desenvolupen els primers estudis sobre ceràmica contemporània als anys cincuanta. Creim que és possible millorar el mètode arqueològic, així com el coneixement de les societats prehistòriques, establint relacions entre les societats vives i la cultura material que produeixen. Així doncs, es realitza una reflexió envers la viabilitat d'emprar marcs teòrics basats en el concepte de cadena operativa tecnològica i d'estratègia productiva i la seva validesa com a eina per conèixer materialment les transformacions produïdes pels processos de canvis/substitució tecnològics. Concloent que la introducció d'elements forans no només està relacionada amb contextes d'aculturació i mestissatge, sinó que poden ser generats per processos de caràcter intern, per la qual cosa, en el cas que presentam, la tecnologia funciona com un element conservador i no com un indicador dels canvis socio-econòmics.

**ABSTRACT.** Trough the etnographic inquiry and bibliographic documentation there are established the different ceramic production systems at Chile Central. Demostrated the population continuity betwen mapuche before spanish and the half-blooded actual groups it's pretended, thought the concept of productive estrategy, to analyse the technologic changes happened since the moment in which there are developed the first studies about contemporany ceramic in 50's. We belive that it's possible to make better the archeologist method and the knowledge of prehistoric societies, establishing relationships betwen alive societies and the material culture that they produce. Thus, it's made a reflection about the variability to use theoric cases based on the concep of technological operative chain and for productive strategy and the validity as implement to know materialy the changes produced by change/subtitution technologic process. To conclude that the introudction of foreign elements is not only relationed with aculturation and half-blooded context, but could be generated by interior character process. In this case it's showed the technology such as conserver element and no such as indicator of the sociological and economical changes.

## Introducción

Los estudios etnográficos con metodología arqueológica nos permiten establecer relaciones entre culturas vivas y la cultura material que las produjo, ayudando a mejorar el método arqueológico y el conocimiento de las sociedades prehistóricas. Este tipo de enfoques pueden responder a problemas arqueológicos concretos, aumentando el *corpus* de estudios etnográficos en sociedades o culturas que van siendo absorbidas progresivamente por sociedades de corte capitalista y proponiendo modelos que puedan no estar documentados en el registro arqueológico.

En las siguientes líneas se plantea la validez en la caracterización de producciones cerámicas, la posibilidad de conocer materialmente las transformaciones ocurridas en los procesos de cambio tecnológico y cuáles fueron las causas.

Se pretende contribuir a la formulación de una teoría de los procesos dinámicos que determinan el desarrollo de cualquier producción cerámica (Peacock, 1982: 51; Van der Leeuw y Pritchard, 1984: 14; Annis, 1985).

Los trabajos etnoarqueológicos desarrollados en territorio chileno se han realizado en las zonas norte y sur del país, donde los grupos indígenas mapuche y aymara evidencian una clara continuidad respecto a las poblaciones prehispánicas. En palabras de Berenguer (1983: 70): «En Chile el empleo del método histórico directo es altamente factible en la zona cordillerana de las I y II regiones, tal como lo han demostrado nuestras investigaciones en el Alto Loa y la cuenca del río Salado. Pero no hay ninguna razón para no extender su aplicación a otras regiones del país e, inclusive, diríamos que la región mapuche se presta excelentemente a este propósito debido al conservantismo de su cultura ya que cumple con todos los requisitos para operar con este método».

Quizás es por ello que los primeros estudios desarrollados mediante este método a cargo de Dillehay y Gordon (1977) se enfocaron a la comprensión de la complejidad social *mapuche*, pero también destacan las investigaciones en el alto Loa vinculando restos arqueológicos con grupos *aymaras* actuales (Castro *et alii*, 1981 en: Berenguer, 1983) o analizando la tecnología cerámica (Varela, 1992 y 2002).

Los estudios etnográficos sobre cerámica contemporánea se han centrado en aspectos folklóricos de las formas (Valenzuela, 1969; Mazzini, 1936) y en sistemas de producción del artesanado (Valenzuela, 1955 y 1957; Britto, 1960; Lago, 1952 y 1971; Litto, 1976; Larraín *et alii*, 1992).

Gracias al impulso del Centro de Estudios de la Mujer-CEDEM se han desarrollado investigaciones centradas en su papel social en la alfarería (Ulibarri, 1973; Valdés y Matta, 1986; Valdés, 1991 y 1993; Montecino, 1986, 1995 y 1997). Los programas sobre desarrollo regional también aportan datos fidedignos sobre el contexto social y económico de la producción cerámica (Perez, 1973, Ávila, 2001).

Los principales núcleos alfareros del centro de Chile se ubican en los contrafuertes de la Cordillera de la Costa[1]. Son Pilén, Quinchamalí y Pomaire. Los dos primeros desarrollan una cerámica a mano donde el torno no está presente ni siquiera de forma marginal. En cambio, en Pomaire, la producción es a torno, aun-

[1] Siguiendo a Niemeyer (1989) consideramos la zona central de Chile como la que se extiende de la cuenca de Santiago hasta el golfo de Reloncaví, aunque nuestro estudio se enmarque entre los ríos Maipo y Bío-Bío. Esta área presenta una división longitudinal con la cordillera de los Andes al este, la cordillera de la costa al oeste y el valle longitudinal situado entre ambas cadenas.

que todavía algunas mujeres hacen cerámica a mano. En estos lugares el predominio económico de la alfarería es total respecto al resto de actividades artesanales y agrarias.

A excepción de la zona cercana a Santiago se ha mantenido la tecnología de elaboración cerámica poco desarrollada, pués ante la dificultad de obtener capital económico para la mejora de la producción se ha mantenido dentro de los rasgos tradicionales indígenas, permitiéndonos así estudiar una serie de grupos alfareros que matienen un desarrollo tecnológico primitivo a caballo entre la cerámica de tradición Mapuche y la industrial de los alfares de Pomaire.

Estas aldeas mantienen una historia común y tradiciones cerámicas similares que han evolucionado hacia una especialización alfarera, que junto a una abundante documentación etnográfica hacen de estas poblaciones un lugar óptimo para desarrollar investigaciones que pretenden abordar la problemática de los cambios en la producción cerámica.

Annis (1985) también plantea la necesidad de definir claramente las poblaciones de estudio, tanto geográfica como cronológicamente, para poder observar cómo afectan los cambios en la producción cerámica y determinar así cómo se observan arqueológicamente.

El orígen de estas poblaciones alfareras en estudio lo podemos documentar arqueológicamente, etnográficamente y históricamente por medio de diferentes documentos que desmuestran la presencia indígena en el territorio donde se han desarrollado estas aldeas (García Rosselló, 2005).




Figura 1. Localización de los núcleos alfareros en el centro de Chile.

La etnicidad y territorialidad de dichos grupos durante la conquista hispana[2] se ha desarrollado en los últimos tiempos principalmente de la mano de Osvaldo Silva Galdamés (1985, 1986, 1990 y 1995) y Villalobos (1976 y 1992) pero también de León Solis (1987, 1989 y 1991), Téllez (1989 y 1991), Mellafe (1986), Planella (1988), Manríquez y Planella (1994 y 2003), Pinto (1976), Cerdá (1980), Contreras (1995, 1998, 1990 y 2000) o Hidalgo (1989) entre otros.

Desde la llegada de los españoles ha habido numerosos cambios de población y modificaciones en la estructura indígena provocados por el sistema de encomienda y la ocupación de tierras que han desembocado en un profundo proceso de mestizaje (Góngora, 1956 y 1970; Mellafe, 1986).

Los estudios históricos y etnográficos, junto con la documentación arqueológica, han permitido constatar que antes de la llegada de los conquistadores españoles la población ubicada al sur del Maipo era *Mapuche* o pertenecía a su entorno cultural (García Rosselló, 2005).

Los *Mapuche*, a la llegada de los españoles, estaban ubicados entre el Maipo, cercano a Santiago de Chile y el Toltén, entre Temuco y Valdivia. Pero con el tiempo la frontera con este pueblo se fue definiendo al sur del río Bio Bio y los grupos indígenas *mapuches* se fueron extendiendo hacia el sur, hasta Chiloé. Algunos autores (Hajduk, 1982; Nardi, 1982) indican la presencia *mapuche* en el siglo XI, aunque es en el siglo XVII cuando adquieren relevancia como grupo (Casamiquela, 1979; Aldunate, 1989).

En la actualidad toda la población que habita la zona central de Chile es mestiza, pero en esencia sus orígenes son *mapuches*, entendiendo el término en su variante más amplia[3]. En definitiva, bajo la denominación de *Araucano*[4] o *Mapuche*[5] se incluyen diferentes pueblos con una lengua común[6] y unas costumbres similares. De todos estos pueblos el más numeroso era el *Mapuche*[7], siendo el único que ha mantenido cierta independencia cultural hasta la actualidad.

Históricamente tenemos documentados diferentes grupos indígenas en los lugares geográficos que hoy ocupan la poblaciones de Pomaire y Quinchamalí. Para el caso de Pilén no conocemos documentación que nos informe al respecto.

La zona de Pomaire (Valle del río Maipo) estaba ocupada por *Picunches*[8] antes de la llegada de los españoles. (Valdés y Matta, 1986). Sus orígenes se remontan a un pueblo de indios que entre los siglos XVI y XVIII fue trasladado de lugar en numerosas ocasiones por encomenderos, estancieros y hacendados. A través

---

[2] Como antecedentes podemos citar los estudios de Góngora (1970).

[3] El grupo *araucano* estaba formado, además de los *Mapuches,* por *Pehuenches (*situados en las montañas andinas, aún hoy quedan algunos grupos), *Huliches,* (vivían entre el río *Toltén* y la isla de *Chiloé*), *Tehuelches* (ubicados al sur del *Río Negro* en la Patagonia Argentina) y *Picunches (*entre el río *Aconcagua*, donde empiezan los fértiles valles del Chile Central, y el río *Bio Bio*).

[4] Conocidos como *Araucanos* en referencia a un gentilicio inventado por *Alonso de Ercilla* para referirse a los habitantes del sur de Chile situados principalmente en la península de Arauco. Del *rag* «greda, tierra» y *co* «agua».

[5] *Mapuche* significa gente de la tierra. De *mapu* «tierra» y *che* «gente».

[6] El *Mapundung*, que aunque está en vías de desaparición en la parte Argentina, en Chile se mantiene y se han puesto en marcha programas de educación bilingüe.

[7] En Chile constituyen el 25 por 100 de la población.

[8] Grupo *Mapuche* o en todo caso como ha demostrado Téllez (1989 y 1991) perteneciente al grupo *Promaucae* de probable adscripción cultural *mapuche* o *araucana*.

de este largo período, el pueblo de indios fue perdiendo sus tierras. El actual emplazamiento de Pomaire data de 1771, fecha del último traslado (Borde y Góngora, 1956).

En Quinchamalí en la época de la colonia se conocía la zona como un reducto de indios *Mapuche* que tenían fama de hábiles alfareros. En 1862 se documentan los continuos ataques que sufrían las tropas chilenas por parte de indígenas de la zona (Montecinos, 1986; Valenzuela, 1957).

## Estrategias Productivas (EP)

En otros trabajos hemos propuesto un protocolo que nos permita identificar las etapas existentes en el trabajo de fabricación de la cerámica por medio del concepto de cadena operativa tecnológica (*Calvo et alii*, 1994a y 1994b) y abordamos la necesidad de profundizar y elaborar mecanismos que nos permitan llegar a reconocer los procesos técnicos en los que se intervino (Calvo *et alii*, 1994b).

La cadena operativa tecnológica está condicionada por elementos de carácter tecno-físico, es decir, por la capacidad tecnológica de los grupos humanos y por las propiedades físicas necesarias para que la arcilla se convierta en cerámica. Estos condicionantes indispensables y primigenios nos permiten situar en un estadio u otro el proceso de fabricación cerámica.

La propuesta metodológica que hemos planteado pretende contextualizar el trabajo del alfarero durante el proceso de fabricación por medio de los conceptos Fase, Proceso Tecnológico Marco (PTM), Proceso Tecnológico Pormenorizado (PTP), Técnica y Acción (Calvo *et alii*, 1994a).

Analizamos la producción cerámica a partir del concepto de Estrategia Productiva (EP). Se refiere a la manera de actuar que tiene un grupo en función no sólo de la tecnología utilizada en la fabricación de la cerámica, sino que incluye las actitudes condicionadas por la tradición que desarrolla la comunidad. Esto obliga a incorporar el contexto social y económico, el uso que se hace del espacio y las formas que se producen al análisis sobre la producción cerámica de un grupo.

Quizá sea muy optimista establecer la acción concreta del alfarero, pero no es imposible documentar la técnica y estrategias utilizadas por un grupo, a fin de intentar conocer las diferentes cadenas operativas que están presentes en un contexto arqueológico cerámico.

Para ello utilizamos la información documental procedente de estudios realizados por otros autores y la obtenida directamente de la encuesta etnográfica. La combinación de datos arqueológicos, etnográficos y documentos históricos nos permite realizar una aproximación a la evolución socioeconómica de estos grupos a traves de los cambios en la producción cerámica.

Desde el análisis del contexto histórico mediante el conocimiento de las influencias entre grupos étnicos podremos plantear nuevas hipótesis e interrogantes a cerca de la interpretación del registro arqueológico. Al unir procesos históricos y contemporáneos, con la intención de establecer una evolución en la fabricación de la cerámica, se pretende reflexionar sobre los fenómenos de contacto cultural y así establecer los aspectos materiales y tecnológicos que se han generado por medio de la interrelación entre las poblaciones indígenas originariamente *mapuches* y la colonización española.

En la siguiente tabla se observa la información bibliográfica y etnográfica utilizada para cada población:

| Pomaire | Quinchamalí | Pilén |
|---|---|---|
| Valenzuela (1955)<br>Pérez (1973)<br>Valdés y Matta (1986)<br>Encuesta etnográfica (1999) | Mazzini (1936)<br>Lago (1952)<br>Valenzuela (1957)<br>Brito (1960)<br>Montesino (1986)<br>Encuesta etnográfica (1999) | Valdés (1991)<br>Encuesta etnográfica (1999) |

Así, existen aspectos comunes en la producción y elementos diferenciadores. Es en estos últimos en los que nos hemos centrado para establecer las diferentes Estrategias Productivas (EP):

**Estrategia Productiva I**: localizada en Pilén en 1999. En relación a la cadena operativa tecnológica observamos una obtención de materias primas cerca de la aldea, la mezcla es por pisado de una sola arcilla, modelado mediante técnica de golpeado y cocción en pila de leña con bostas de vacuno. Tipológicamente la cerámica es en su mayoría utilitaria. Por lo que respecta a la estructura productiva se trata de un trabajo individual femenino dentro de la estructura familiar, sin especialización, a tiempo parcial y estacional. El lugar de trabajo es la vivienda, donde no existen espacios diferenciados. El sistema de distribución se da mediante el trueque y en menor medida la venta es en el mercado de Cauquenes, a corta distancia. La base subsistencial complementa el trabajo alfarero con la siembra, recolección y actividades domésticas.

| **EP: MODELO I** | | Localización Pilén 1999 |
|---|---|---|
| Cadena operativa tecnológica | Obtención de Materias Primas (OMP) | Cerca de la aldea |
| | Preparación de la arcilla (PA) | Por pisado sin mezcla |
| | Modelado (M) | A mano. Técnica de golpeado |
| | Cocción (C) | En pila con leña y bostas de vacuno |
| Tipología/función | Cerámica básicamente utilitaria | |
| Estructura de producción | Tiempo de trabajo (TT) | Estacional, a tiempo parcial |
| | N.º personas (NP) | Individual |
| | Estructura del trabajo (EST) | Familiar |
| | Nivel de especialización (NESP) | Sin especialización |
| | Sexo | Femenino |
| Uso del espacio | Lugar (LU) | Vivienda |
| | Espacios diferenciados (ES) | Sin espacios diferenciados |
| Sistema de distribución | Lugar de comercio (LC) | Mercado. A corta distancia |
| | Tipo de intercambio (TI) | Trueque y en menor medida venta |
| Base subsistencial | Complemento siembra, recolección y actividades domésticas | |

**Estrategia Productiva II**: localizada en Pomaire de forma marginal en 1970 y generalizada en 1999. En relación a la cadena operativa tecnológica observamos una obtención de materias primas cerca de la aldea y la compra industrial de la arcilla, preparación de la arcilla con máquina de moler y piscina de decantación, modelado mediante torno a pedal y cocción en horno de una sola cámara. Tipológicamente la cerámica que se factura es tanto utilitaria como ornamental, o utilitaria-ornamental. Por lo que respecta a la estructura productiva se trata de un trabajo grupal mixto dentro de la estructura familiar, aunque pudiendo haber algún asalariado. Con alta especialización por sexos y a tiempo completo durante todo el año. El lugar de trabajo es la vivienda, con taller trasero y con espacios diferenciados por sexos. El sistema de distribución es la venta en el taller propio o a un comercio en la población. Es el sustento principal de la familia.

| **EP: MODELO II** | | Localización Pomaire 1970 y 1999 |
|---|---|---|
| Cadena operativa tecnológica | Obtención de Materias Primas (OMP) | Obtención a corta distancia y compra industrial |
| | Preparación de la arcilla (PA) | Máquina de moler y piscina de decantación |
| | Modelado (M) | Torno a pedal |
| | Cocción (C) | En horno de una sola cámara (hornilla) |
| | Post Cocción (PC) | A veces. Ahumado con neumáticos |
| Tipología/función | Cerámica utilitaria, ornamental y utilitaria-ornamental | |
| Estructura de producción | Tiempo de trabajo (TT) | Todo el año a tiempo completo |
| | N.º personas (NP) | Trabajo en grupo |
| | Estructura del trabajo (EST) | Familiar, pero puede haber algún asalariado |
| | Nivel de especialización (NESP) | Alta especialización |
| | Sexo | Mixto |
| Uso del espacio | Lugar (LU) | Vivienda con taller trasero |
| | Espacios diferenciados (ES) | Con espacios diferenciados |
| Sistema de distribución | Lugar de comercio (LC) | Venta en el taller propio a un comercio de la población |
| | Tipo de intercambio (TI) | Trueque y en menor medida venta |
| Base subsistencial | Sustento principal | |

**Estrategia Productiva III**: localizada en Pomaire en 1999, encontrándose sólo dos alfareras que trabajaban a mano. En relación a la cadena operativa tecnológica observamos una obtención de materias primas cerca de la aldea en el cerro de la Cruz o compra a los talleres de materias primas preparadas industrialmente, preparación de la arcilla industrial, modelado a mano, mediante técnica de alado y cocción en horno industrial o de leña. Tipológicamente la cerámica es en su mayoría utilitaria y en menor medida utilitaria-ornamental. Por lo que respecta a la estructura productiva se trata de trabajo individual femenino, fuera de la estructura familiar por varias personas, generalmente viudas o solteras que se juntan para trabajar

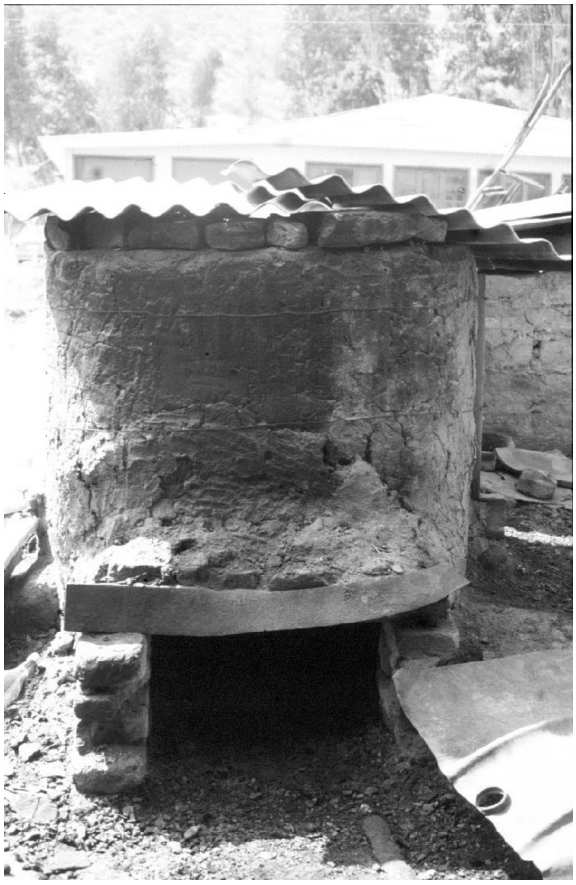


Figura 2. Horno de una sola cámara con combustión de leña (hornilla).

la arcilla, sin especialización, a tiempo parcial y estacional. El lugar de trabajo es la vivienda, con espacios diferenciados en referencia al área de modelado, secado y almacén. La distribución de la cerámica es mediante venta por pedido exclusivamente. Es el sustento principal de la alfarera.

**Estrategia Productiva IV**: localizada en Pomaire en 1950 y Quinchamalí en 1999. En relación a la cadena operativa tecnológica observamos una obtención de materias primas cerca de la aldea y otras es menor cantidad se localizan a larga distancia, la mezcla es por pisado de varias arcillas, modelado mediante técnica de alado y cocción en pequeña pila de leña con bostas de vacuno; se produce un tratamiento post-cocción de ahumado. Tipológicamente la cerámica es en su mayoría utilitaria-ornamental pero también se fabrica cerámica utilitaria y ornamental. Por lo que respecta a la estructura productiva se trata de un trabajo individual femenino dentro de la estructura familiar, sin especialización, a tiempo completo pero estacional. El lugar de trabajo es la vivienda, donde existen espacios diferenciados para la cocción y el almacenaje de las materias primas. El sistema de distribución se da mediante el trueque y de igual forma por ferias de Chillán, Concepción o Santiago, también en los comercios de la población. Constituye la base subsistencial de la familia pero se complementa con trabajo en actividades agrícolas y la emigración del hombre a las ciudades.

En Quinchamalí hemos documentado la introducción del hombre en el trabajo alfarero como ocurrió en Pomaire años atrás. El hombre realiza la obtención de

| **EP: MODELO III** | Localización Pomaire 1999 | |
|---|---|---|
| Cadena operativa tecnológica | Obtención de Materias Primas (OMP) | Compra de materias primas preparadas industrialmente |
| | Preparación de la arcilla (PA) | Mezcla industrial |
| | Modelado (M) | A mano. Técnica de alado |
| | Cocción (C) | En horno industrial |
| | Post Cocción (PC) | |
| Tipología/función | Cerámica utilitaria y en menor medida utilitaria-ornamental | |
| Estructura de producción | Tiempo de trabajo (TT) | Estacional, a tiempo parcial |
| | N.º personas (NP) | Sistema de mediería. Dos o más personas |
| | Estructura del trabajo (EST) | Trabajo individual: solteras o viudas |
| | Nivel de especialización (NESP) | Baja especialización |
| | Sexo | Femenino |
| Uso del espacio | Lugar (LU) | Vivienda |
| | Espacios diferenciados (ES) | Con espacios diferenciados |
| Sistema de distribución | Lugar de comercio (LC) | Venta sólo por pedido |
| | Tipo de intercambio (TI) | Venta |
| Base subsistencial | Sustento principal | |

materias primas y la mezcla, la mujer realiza el resto del proceso. Algunos hombres fabrican cerámica ornamental mediante el modelado a mano por rulos. Es una actividad a tiempo parcial como complemento de otras actividades motivada por el aumento del desempleo rural.



Figura 3. Bruñido de cerámica en Quinchamalí.

| **EP: MODELO IV** | | Localización Pomaire 1950 y Quinchamalí 1999 |
|---|---|---|
| Cadena operativa tecnológica | Obtención de Materias Primas (OMP) | Obtención a corta distancia y algunas materias a una distancia más lejana |
| | Preparación de la arcilla (PA) | Por pisado. Mezcla de arcillas |
| | Modelado (M) | A mano. Técnica de alado. Técnica de rulos (hombre) |
| | Cocción (C) | En pila con leña y bostas de vacuno |
| | Post Cocción (PC) | Ahumado con bostas de caballo |
| Tipología/función | Cerámica utilitaria, ornamental y utilitaria-ornamental<br>El hombre sólo produce cerámica ornamental | |
| Estructura de producción | Tiempo de trabajo (TT) | Estacional. A tiempo completo, aunque se complementa con otras actividades. Estacional. A tiempo parcial (hombre) |
| | N.º personas (NP) | Individual |
| | Estructura del trabajo (EST) | Estructura familiar |
| | Nivel de especialización (NESP) | Sin especialización de técnicas<br>Especialización por formas |
| | Sexo | Mixto |
| Uso del espacio | Lugar (LU) | Vivienda |
| | Espacios diferenciados (ES) | Con espacios diferenciados |
| Sistema de distribución | Lugar de comercio (LC) | Venta en ferias y en menor medida en los talleres de la población<br>Comercio a larga distancia |
| | Tipo de intercambio (TI) | Trueque y en menor medida venta |
| Base subsistencial | Sustento principal complementado por actividades agrícolas<br>Complemento de otras actividades (hombre) | |

El análisis de las estrategias productivas nos ha permitido documentar una serie de cambios en la producción en base a la evolución histórica de las poblaciones desde una estrategia productiva básicamente mapuche en tiempos prehispánicos y en algunas reducciones del Chile actual, a la producción de tipo industrial que se desarrolla en la actualidad en la aldea de Pomaire.

Tipología: Se da la progresiva sustitución de cerámica utilitaria por otra ornamental y utilitaria-ornamental, abandono en la reproducción de tipos nativos, desaparición de las formas de gran tamaño (tinajas), desarrollo de formas cerámicas de tipo occidental (Quinchamalí, Pomaire), homogeneización de la decoración y las formas, fruto de una estrategia de competitividad entre aldeas alfareras.

Tecnología: Se substituye el modelado a mano por el torno, la cocción abierta en pila de leña por la cerrada en horno de una sola cámara, la mezcla de la arcilla manual por la maquina de moler, la utilización de materia prima local por arcillas industriales traídas del exterior, el engobe tradicional por pigmentos químicos. Se introducen nuevas herramientas (como la punta de vitrola para realizar incisiones, en Quinchamalí), se homogeneizan los sistemas de producción (ahumado y decoración típcos de Quinchamalí son imitados por los centros de Pomaire y Pilén),

desaparición de algunas técnicas de fabricación (por necesidad de un alto esfuerzo, falta de aceptación comercial y pérdida de conocimientos). Se produce una especialización en las técnicas (a mano y a torno) y en las formas, se intenta aumentar y mejorar las estrategias de control de la producción (para vender más y para abaratar costos limitando el tiempo de fabricación y el esfuerzo a través, por ejemplo del torno y el horno).

Contexto socioeconómico: Introducción mano de obra masculina y mano de obra asalariada, cambio en los sistemas de distribución (se pasa del trueque cerca de la aldea a la venta a larga distancia y posteriormente se combina con la venta en la propia población), revalorización económica y social de la cerámica y cambio en las actividades subsistenciales (de utilizar la alfarería como un complemento subsitencial se pasa a ser la única fuente de obtención de recursos).

Uso del espacio: Se documenta la evolución del trabajo en la vivienda sin espacios específicos al trabajo con espacios diferenciados y delimitados principalmente en relación al secado, almacenaje de materias primas y cocción. El modelado y tratamientos de superficie se realizan principalmente en la cocina, igual que el amasado y la mezcla, pero pueden realizarse en otros espacios. El tener un taller provoca que las actividades de modelado se desarrollen en un espacio diferenciado y se relaciona indiscutiblemente con la introducción de mano de obra masculina y utilización del torno.



Figura 4. Proceso de secado de la cerámica antes de la cocción, Quinchamalí.

## Discusión

El caso de los valles centrales de Chile nos permite estudiar la evolución de los grupos alfareros desde la especialización de unas comunidades alfareras en la producción cerámica, hasta la variabilidad en los sistemas de cocción y modelado, junto a diferentes respuestas adaptativas socioeconómicas.

La incorporación de nuevas tradiciones viene determinado por la influencia ejercida primero por los colonizadores españoles y posteriormente por el estado chileno. Durante la colonia se produce la especialización en la producción alfarera de las comunidades, pero estas mantienen una estructura productiva muy similar a la *mapuche* hasta el siglo XIX-XX. Por tanto nos parece acertado pensar que los motivos del cambio no son producto de un proceso de aculturación, aunque influye, sino del medio social, económico e ideológico de la comunidad.

Dicha influencia dependerá de cómo hayan convivido e interactuado las dos comunidades en función de: el período de tiempo trascurrido, la marginalidad geográfica donde se encuentre la aldea y la rigidez social del grupo.

Para poder establecer una explicación coherente de los cambios es necesario observar perduraciones y discontinuidades. Observamos como entre finales del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX se observan elementos de continuidad y que después (reforma agraria, mejora de las vías de comunicación....) se documentan una serie de discontinuidades que coexisten con elementos que perduran del período anterior. Como:

1. Incorporación de nuevos avances técnicos que permiten una mejora de la producción y un cambio en las tradiciones cerámicas.
2. Sustitución de unas formas cerámicas de tipo utilitario por otras ornamentales;
3. Cambio en el uso de los espacios destinados a la producción cerámica.
4. Paso de una economía no monetaria basada en el trueque a otra monetaria.
5. Cambios en la estructura ideológica y en la cosmovisión de las artesanas, producto de la salida del aislamiento de las poblaciones que hasta el momento habían reproducido el sistema ideológico indígena.

Pueden establecerse dos momentos en relación al proceso de mestizaje/aculturación en Chile Central:

Un primer momento (siglos XVI a XIX) caracterizado por la llegada de los españoles que reubican a los indígenas en pueblos de indios y en encomiendas. Posteriormente el sistema de encomienda dará paso a la institucionalización del inquilinaje por medio de la figura de la Hacienda pero aunque cambie la figura juridica de los indios, su modo de vida continuará como en el período anterior.

Tras la conquista española se generan toda una serie de cambios en la estructura socioeconómica, pero estos permitirán la continuidad de las tradiciones alfareras. El aislamiento rural, motivado tanto por el sistema de encomienda como por el de inquilinaje en la hacienda, además de la falta de una economía monetaria que favoreció la continuidad del sistema de intercambios, permitieron mantener algunos aspectos de la sociedad *mapuche*. Al mismo tiempo la posesión del trabajo alfarero en manos de la mujer hizo que la transmisión de conocimientos fuera por vía femenina, con lo cual ellas consiguieron autonomía económica. Todo ello evolucionó

hacia la concentración del capital productivo en manos de la mujer, lo que potenció la especialización alfarera de ciertos núcleos.

La desaparición de conocimientos para la fabricación de vasijas favoreció el desarrollo de algunos centros productores, dentro del contexto rural de intercambios, pues muchas mujeres indígenas fueron a trabajar a los fundos o haciendas perdiendo así los conocimientos alfareros al dedicarse a tiempo completo a las tareas campesinas. La transmisión de conocimientos en el campo estaba en manos de los hombres, por lo que en un par de generaciones pudo haberse extinguido la tradición alfarera. Las aldeas que mantuvieron su población en el lugar de origen pudieron mantener la transmisión de conocimientos por vía femenina, hecho que posibilitó la conservación de las tradiciones alfareras y potenció los intercambios con las haciendas al crearse una demanda de utensilios cerámicos.

Un segundo período (siglos XIX y XX) en el que se desarrolla la expansión cerealera en Chile Central y la posterior crisis del mundo rural por medio de la descomposición del sistema de inquilinaje y la descampesinización del campo.

La expansión cerealera y la modernización agrícola condujeron a la crisis del mundo rural, provocando la descomposición del sistema de inquilinaje, la descampesinización del campo y la progresiva parcelación de las tierras, fruto de los diferentes intentos de reforma agraria. Junto a la emigración a la ciudad, la población que aún residía en el mundo rural sufrió una transformación en el proceso productivo y en los cambios del sistema de circulación de productos. La artesanía cerámica se constituyó como uno de los pocos recursos de hombres y mujeres expulsados de las haciendas. La parcelación de la tierra, mejoras en las comunicaciones y cambios en los patrones de intercambio afectaron al modo de comercializar la loza. Este hecho conllevó un cambio en la identidad y cosmovisión femenina, por lo que las artesanas iniciarán una serie de cambios que desembocarán en la suplantación del oficio por parte del hombre en algunas zonas. En el marco de esta nueva realidad campesina aparece la manufactura de loza artística y la comercialización a gran escala. La asistencia a ferias introduce a la alfarera en la economía monetaria y marca la tendencia a salir del anonimato, la competencia entre las alfareras y la obtención de fama. En definitiva, el paso de una concepción de artesanía a otra de arte.

Junto a elementos perpetuadores del sistema que generarán una especialización alfarera, ante el choque cultural con los nuevos colonizadores españoles, se observan elementos de discontinuidad que provocan un cambio en la estructura productiva, iniciándose así la incorporación de elementos técnológicos potenciados por la introducción de mano de obra masculina y cambios en el sistema de circulación de productos.

Tenemos constatado cómo el inicio de los cambios tecnológicos se produce con las primeras salidas a vender loza fuera de las poblaciones, pasándose de un comercio basado en el intercambio a otro monetario. Este proceso se inicia a finales del siglo pasado pero no es hasta 1970 cuando se introducen los cambios más significativos en Pomaire: el torno a pedal y el horno de cocción. Por lo que pensamos que sólo los cambios en la estructura económica no explican la modificación de las tradiciones cerámicas, sino van acompañados de un cambio en la estructura mental, ya que no es hasta que ha cambiado la estructura ideológica de la mujer alfarera cuando se constatan cambios tecnológicos significativos.

No siempre la tecnología es un elemento identificador de los cambios. En el caso que nos ocupa observamos cómo estos se generan primero en la estructura

socioeconómica e ideológica y finalmente se produce un cambio tecnológico. Por lo que la tecnología puede comportarse como un elemento conservador y no ser un identificador de los cambios que se producen. En el Centro de Chile la redefinición de sus tradiciones cerámicas basada en la introducción de elementos tecnológicos foráneos no se da desde la adopción de nuevos elementos culturales, sino desde la continuidad material que sólo se ve afectada cuando cambian realmente la estructura social e ideológica de las poblaciones, además de la base económica. Así pues cambio tecnológico puede no asociarse a cambios culturales ni a procesos de aculturación. Todo ello puede obedecer a cambios dentro del propio sistema.

## Bibliografía


Aldunate, C. (1989): «Estadio alfarero en el sur de Chile (500 a.C. a 1800 d.C.)», en: Hidalgo, J., Schiappacasse, V., Niemeyer, H., Aldunate, C. y Solimano, I. (eds.), *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista*, Editorial Andrés Bello, Santiago, pp. 329-348.

Annis (1985): «Resistance and change: pottery manufacture in sardinia», *World Archaeology*, 17(2): 240-255.

Ávila Friz, M. (2001): *La cultura locera de Pilén*, Proyecto «Fomento de la cultura locera de Pilén», Cauquenes.

Berenguer, J. (1983): «El método histórico directo en arqueología», *Boletín de Prehistoria de Chile*, 9: 63-72.

Brito, E. (1960): *La Técnica cerámica en Quinchamalí*, XIX Mesa Redonda de Arte Popular.

Calvo, M., Fornés, J., García, J. y Juncosa, E. (2004a): «Propuesta de cadena operativa de la producción cerámica prehistórica a mano», *Pyrenae,* 35(1): 75-92.

Calvo, M., Fornés, J., García, J., Guerrero, V. M., Juncosa, E., Quintana, C. y Salvá, T. (2004b): *La cerámica prehistórica a mano: una prorpuesta para su estudio*, Treballs d'arqueobalear, 1, El Tall, Palma de Mallorca.

Casamiquela (1979): «Los Araucanos argentinos», *Revista del Museo provincial*, año 2, tomo 2, Neuquén.

Castro, V., Aldunate, C. y Berenguer, J. (1981): *Sacralidad en Tocone, ayer y hoy: la función de las chullpas en el sistema ideacional*, copia manuscrita.

Cerda, P. (1980): *Los Mapuches del río Mapocho*, Tesis para optar al magister en historia con mención en etnohistoria, Universidad de Chile, Santiago de Chile.

Contreras Cruces, H. (1995): *Caciques y mandones en Talagante: 1780-1820: Dispustas por el poder local en una comunidad originaria del Chile Central*, Tesis para optar al grado de Licenciado en historia, Universidad de Valparaíso, Valparaíso.

Contreras Cruces, H. (1998): «Comunidades indígenas y encomienda en el valle de Chile durante las primeras décadas del asentamiento español 1541-1597», en: Sánchez Romero, R. (ed.), *Un sentido, una diferencia. Inscripción y contexto del complejo cultural Aconcagua en el curso superior del río Aconcagua. (Vol. 1.er año). Informe del proyecto fondecyt nº 1970531*, Santiago de Chile.

Contreras Cruces, H. (1999): «Servicio personal y economía comunitaria en los cacicazgos indígenas de Aconcagua durante el siglo XVII, 1599-1652», en: Sánchez Romero, R. (ed.), *Un sentido, una diferencia. Inscripción y contexto del complejo cultural Aconcagua en el curso superior del río Aconcagua. Informe del proyecto fondecyt nº 1970531. 2.º año*, Santiago de Chile.

Contreras Cruces, H. (2000): «Empresa colonial y servicio personal en la encomienda de Putaendo, La ligua y Codegua 1549-1630», en: Sánchez Romero, R. (ed.), *Un sentido,*

*una diferencia. Inscripción y contexto del complejo cultural Aconcagua en el curso superior del rio Aconcagua. Informe del proyecto fondecyt nº 1970531. 3er año*, Santiago de Chile.

Dillehay, T. (1990): *Araucania. Presente y Pasado*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.

Dillehay, T. y Gordon, A. (1977): *El simbolismo en el ornitomorfismo mapuche: la mujer casada y el ketrumetawe*, Actas del VII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Santiago de Chile.

García Rosselló, J. (e. p.): *La producción cerámica en Chile Central: estrategias productivas y cambio tecnológico. Memoria de investigación*, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca.

Góngora, M. (1959): «Notas sobre la encomienda tardía», *Boletín de la academia Chilena de la Historia*, 61: 27-51.

Góngora, M. (1970): *Encomenderos y estancieros*.

Hajduk, J. (1984): «La etapa alfarera patagónica», *Culturas indígenas de la Patagonia*, Madrid.

Hajduk, A. (1982): «Algunos antecedentes arqueológicos de los Mapuches», *Cultura Mapuche de la Argentina*, Ministerio de Cultura y Educación, Buenos Aires.

Hidalgo, J. (1989): «Diaguitas chilenos protohistóricos», en: Hidalgo, J., Schiappacasse, V., Niemeyer, H., Aldunate, C. y Solimano I. (eds.), *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, pp. 289-293.

Lago, T. (1952): «Cerámica de Quinchamalí», *Revista de Arte. Universidad de Chile.* Instituto de Extensión de artes Plásticas, Edición especial.

Lago, T. (1971): *Arte popular chileno*, Editorial universitaria, Santiago de Chile.

Larraín *et alii* (1992): *Chile: Artesanía tradicional*, Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.

Latcham, R. (1928): *Alfarería Indígena Chilena*, Sociedad Impresora y Litográfica Universo, Santiago de Chile.

León Solís, L. (1987): *La resistencia antipeninsular en Chile Central y el rol de los fuertes indígenas, 1536-1545*, CUHSO, Temuco.

León Solís, L. (1989): *Pucaraes incas y fortalezas indígenas en Chile Central. 1470-1560,* Londres.

León Solís, L. (1991): *La merma de la sociedad indígena en Chile Central y la última guerra de Pomaucaes, 1541-1558*, Institute of Amerindian Studies, University of Saint Andrews, Saint Andrews (Scotland).

Litto, G. (1976): *South American Folk Pottery*, Watson-Guptill, New York.

Manríquez, V. y Planella, M. T. (1994): *Perspectivas de investigación arqueológica a partir de los resultados del estudio etnohistórico sistemático de un región de chile* central, II Taller de arqueología de Chile central.

Manríquez, V. y Sánchez, S. (2003): «Memorias de la sangre, memorias de la tierra. Pertenencia, identidad y memoria entre los indígenas del noroeste argentino, Atacama y Chile Central durante el período colonial», *Estudios Atacameños*, 26.

Mazzini, G. (1936): «La cerámica chilena de Quinchamalí también llamada de Chillán», *Revista de Arte*, 18.

Mellafe, R. (1986): «Las primeras formas coloniales, formas de asentamiento y el origen de la sociedad chilena», en: Mellafe, R. (ed.), *Historia social de Chile y América*. Editorial universitaria, Santiago de Chile.

Montecino, S. (1984): *Mujeres de la tierra*, CEM-PEMCI, Santiago de Chile.

Montecino, S. (1986): *Quinchamalí, reino de mujeres*. Ediciones CEM, Santiago de Chile.

Montecino, S. (1995): «Sol viejo, Sol vieja. Lo femenino en las representaciones mapuches», *Excerpta*, 7.

Montecino, S. (1997): «Voces de la Tierra: Modelando el Barro. Mitos, sueños y celos de la alfarería», *Excerpta,* 8.
Nardi, R. (1982): «Los Mapuches en la Argentina. Esquema etnohistórico», en: Ministerio de Cultura y Educación (ed.), *Cultura Mapuche de la Argentina*, Ministerio de Cultura y Educación, Buenos Aires.
Niemeyer, H. (1989): «El escenario geográfico», en: Hidalgo, J., V. Schiappacasse, V., Niemeyer, H., Aldunate, C. y Solimano, I. (eds.), *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista*, Editorial Andrés Bello, Santiago.
Peacock, P. S. (1982): *Pottery in Roman World: an etnoarchaeological approach*, London-New York.
Pérez, A. (1973): *Artesanía y desarrollo: un plan para la comunidad de Pomaire*, Santiago de Chile.
Pinto, A. (1976): *Arqueología colonial de la cuenca de Santiago. Un sitio de encomienda tardía*, Tesis para optar al grado de licenciado en arqueología, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
Planella, M. T. (1988): *La propiedad territorial indígena en la cuenca de Rancagua a fines del siglo XVI y principios del XVII*, Tesis de Magister en historia, mención etnohistoria, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
Silva Galdamés, O. (1985): *La expansión incaica en Chile. Problemas y reflexiones*, Actas del IX Congreso de Arqueología Chilena, La Serena.
Silva Galdamés, O. (1986): «Los Promaucaes y la frontera meridional incaica en Chile», *Cuadernos de historia*, 6: 7-16.
Silva Galdamés, O. (1990): *Guerra y trueque como factores de cambio en la estructura social. Una aproximación al caso mapuche*, 5, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
Silva Galdamés, O. (1995): *Hombres fuertes y liderazgo en las sociedades segmentarias: un estudio de casos*, Cuadernos de historia, 1, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
Tellez, E. (1990): «De Incas, Picones y Promaucaes. El derrumbe de la frontera salvaje en el confín austral del Coyasuyu», *Cuadernos de historia*, 10: 69-86.
Tellez, E. (1991): «Picones y Promaucaes», *Boletín de historia y geografía*, 8: 22-25.
Ulibarri, L. (1973): *Las loceras de Quinchamalí*, Así Trabajo yo. Colección Nosotros los Chilenos, Editorial Quimantú, Santiago de Chile.
Valdes, X. (1983): *Transformaciones en el paisaje rural de Chile Central*, Modelo económico y transformaciones del paisaje rural y urbano, SUR, Santiago de Chile.
Valdes, X. (1991): *Loceras de Pilén*, Ediciones CEDEM, Santiago de Chile.
Valdes, X. (1993): «Alfareria», en: *Memoria y cultura. Femenino y masculino en los oficios artesanales*, CEM, Santiago de Chile.
Valdes, X., y Matta, P. (1986): *Oficios y trabajos de las mujeres de Pomaire*, CEM. Pehuén, Santiago de Chile.
Valdes, X., Montecino, S., León, K. D., y Mack, M. (1983): *Historias testimoniales de las mujeres del campo*, Academia de humanismo cristiano, CEM-PEMCI, Santiago de Chile.
Valenzuela Rojas, B. (1955): *La cerámica folklórica de Pomaire*, Archivos de Folklore Chileno, 6-7, Universidad de Chile, Santiago de Chile, pp. 28-60.
Valenzuela Rojas, B. (1957): *La cerámica folklórica de Quinchamalí*, Archivos de Folklore Chileno, 8, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
Valenzuela Rojas, B. (1969): *Álbun de artesanías folclóricas chilenas*, Santiago de Chile.
Van der Leew, S. E., y Pritchard, A. C. (eds.) (1984): *The Many dimensions of Pottery: ceramics in archaeology and anthropology*, Amsterdam.
Varela Guarda, V. (1992): «De Toconce "Pueblo de alfareros" a Turi "Pueblo de gentiles"», *Un estudio de etnoarqueología*, Santiago de Chile.

Varela Guarda, V. (2002): «Enseñanzas de alfareros Tocones: Tradición y tecnología en la cerámica», *Chungará, 34-1*: 225-252.
Villalobos, S. (1976): *Para una meditación de la conquista*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.
Villalobos, S. (1992): *La vida fronteriza en Chile*, MAPFRE, Madrid.

# Los unos y los otros. El uso de fuentes etnográficas y etnohistóricas en la interpretación arqueológica

DRA. MARÍA ESTELA MANSUR
Centro Austral de Investigaciones Científicas.
CONICET (Agentina).

**RESUMEN.** Las sociedades de *Tierra del Fuego* han sido, especialmente a partir del siglo XIX, terreno privilegiado para la investigación etnogràfica y etnológica. En el presente trabajo se realiza una visión de estos estudios sobre estos grupos humanos, con especial relevancia del grupo *Selk'nam*.

**RESUM.** Les societats de Tierra del Fuego han estat, especialment a partir del segle XIX, matèria privilegiada per a la recerca etnográfica i etnològica. Aquest treball revisa aquests estudis sobre aquests grups humans, amb especial importància del grup *Selk'nam*.

## Introducción

La evolución de la Arqueología puede ser considerada casi vertiginosa, si se tiene en cuenta el poco tiempo transcurrido desde su constitución como disciplina científica, hace apenas poco más de un siglo. Ya desde entonces, la utilización de fuentes etnográficas y etnohistóricas como base comparativa ha sido una práctica habitual para la interpretación arqueológica. Sin embargo el marco en que la misma se inserta ha ido cambiando a lo largo del tiempo, en relación con los diferentes enfoques que influyeron en el desarrollo de la Arqueología. Surgidos principalmente de la Historia y la Antropología, ellos contribuyeron a asignarle su rol tradicional: el de la reconstrucción de la «historia cultural». En busca de ese objetivo e imposibilitada para dar fechas absolutas a los hechos que estudiaba, la Arqueología desarrolló técnicas de recuperación y análisis de datos orientadas específicamente a la finalidad «clasificatoria histórica», tales como las excavaciones estratigráficas, los conceptos de «tipo» y de «industria», la tipología y la seriación. Recién en la segunda mitad del siglo XX, con el establecimiento de las técnicas de fechado por métodos radimétricos y el surgimiento de nuevas corrientes de pensamiento en los Estados Unidos, Europa y la ex-Unión Soviética, fue posible comenzar a madurar una toma de conciencia real sobre las características propias de la disciplina. La

introducción de la concepción sistémica, las nociones de equilibrio y de retroalimentación, los modelos ecológicos, por ejemplo, contribuyeron a enfatizar tanto los aspectos sincrónicos como los diacrónicos, ante todo en la búsqueda de los procesos de cambio de las sociedades pasadas.

Desde entonces, la progresiva especialización en líneas de investigación específicas, ya sea por su finalidad, ya por su metodología de abordaje, por ejemplo, llevaron al surgimiento de multiplicidad de sub-disciplinas, que constituyen verdaderas interfases entre dos o más disciplinas, tales como la Arqueología experimental, la Arqueozoología, la Traceología, la Arqueología espacial, la Tafonomía arqueológica, etc. Por sus propios desarrollos históricos y contextos de surgimiento, los límites entre ellas no siempre son claros, como tampoco lo son los vínculos y relaciones que mantienen con las disciplinas o ciencias madre.

Un caso diferente es el de las dos que reclaman particularmente nuestra atención en el marco de este simposio: «Etnohistoria» y «Etnoarqueología». En ellas lo esencial no es la interfase entre dos disciplinas, sino el abordaje desde dos enfoques diferentes, del estudio de sociedades aborígenes. Desde nuestro punto de vista, resulta más apropiado hablar de «enfoques» que de sub-disciplinas, y para discutir este tema tomamos como ejemplo el caso de la investigación arqueológica desarrollada en la Isla Grande de Tierra del Fuego, territorio privilegiado a tal efecto ya que en él habitaron sociedades cazadoras-recolectoras hasta fines del siglo XIX de las cuales poseemos registros históricos y etnográficos, que se presentan más adelante.

## Arqueología y Etnoarqueología

Hoy la casi totalidad de los arqueólogos, independientemente del marco que adopten como posicionamiento teórico, coinciden en reconocer a la Arqueología como una ciencia social, cuyo objeto de estudio son las sociedades humanas y su modo de abordaje, el estudio de los restos materiales y del impacto medioambiental de la actuación de esas sociedades.

A fin de comprender o explicar restos materiales o fenómenos derivados de ellos que resultaban ajenos a la experiencia del observador occidental, ya desde sus comienzos la Arqueología utilizó como marco comparativo la información etnográfica. Existen multiciplicidad de ejemplos, desde el siglo XIX, de lo que se denominó «comparatismo etnográfico» o «inferencia etnográfica», en los cuales las descripciones de objetos o hechos de algún grupo étnico eran utilizadas como referencia para interpretar otros objetos o hechos, generalmente —aunque no exclusivamente— del Paleolítico europeo. Normalmente estas comparaciones se fundaban en la similitud morfológica o tecnológica entre unos y otros, y ante resultados más o menos positivos, se asumía que «a igual morfología, igual función».

En otro ámbito, la información etnográfica era usada como el referente máximo para comprender las sociedades descriptas, pasando la arqueológica al segundo plano de mero ilustrador de los elementos materiales. En el caso mencionado de las sociedades cazadoras-recolectoras de Patagonia y Tierra del Fuego, extensos trabajos descriptivos realizados en la primera mitad del siglo XX fueron ilustrados con materiales arqueológicos recuperados en excavaciones o incluso fuera de contexto, con cronologías diversas. En general se trató de material lítico, cuyo uso había sido

abandonado mucho tiempo antes, y en consecuencia no había podido ser observado directamente, «en funcionamiento».

En general existe acuerdo en que el surgimiento de la «etno»-arqueología se produjo a causa del cuestionamiento sobre el modo empírico ingenuo en que los datos etnográficos eran usados en Arqueología, pero también como modo de acercamiento a los mecanismos de formación del registro arqueológico (Binford, 1977; Gould, 1978). Sin embargo, aún no lo hay sobre la definición precisa de etnoarqueología y su modo de aplicación (véase David y Kramer, 2001). Para algunos investigadores, especialmente (pero no solamente) del neofuncionalismo, se trata de un trabajo arqueológico en sociedades subactuales para verificar hipótesis de correlación entre acciones y restos materiales. Según Gallay *et alii* (1992), se trata del recurso a un procedimiento actualístico para interpretar los vestigios arqueológicos, ya que parte de la búsqueda de regularidades en las relaciones que vinculan los hechos materiales con su interpretación (técnica, social, ideológica), que puedan trascender a los particularismos culturales.

Uno de los fundadores de la etnoarqueología, W. Longacre, la define como «*the study of variation in material culture and the exploration of the sources of that variation in behavior and organization among living peoples*» y considera que son los arqueólogos quienes deben ponerla en práctica, ya que están generalmente mejor entrenados que los antropólogos culturales para apreciar las variaciones aún sutiles en la «cultura material» (Longacre, 1992). En la práctica, se traduce en observar y analizar directamente las acciones de diferentes «etnias», con «enfoque de arqueólogo», es decir tratando de registrar las implicancias de sus correlatos materiales (algo así como una Arqueología Experimental en la que los experimentadores no son los investigadores sino los propios actores).

Más allá del enfoque de la etnoarqueología en sentido estricto, otros investigadores la consideran como una interfase entre Arqueología y Etnografía, en la que ambas interactúan dialécticamente. El objetivo de este enfoque es depurar la metodología arqueológica así como verificar modelos explicativos o leyes generales del Modo de Producción. «Así, utilizamos técnicas arqueológicas en el estudio de objetos etnográficos, usamos datos etnográficos para verificar hipótesis metodológicas arqueológicas y datos arqueológicos para refutar o validar afirmaciones etnohistóricas» (Estévez y Vila, 1995).

En parte gracias a este trabajo integrado, en el campo metodológico, se ha llegado a tomar conciencia de que los escritos etnográficos, así como las otras fuentes escritas, deben ser sometidos a análisis crítico de forma y de contenido antes de evaluar la pertinencia de su empleo en la interpretación arqueológica.

## Historia y Etnohistoria

Desde sus comienzos, la Historia dejó de lado a todos aquellos pueblos que no pertenecían al ámbito geográfico y cultural de la «cuna de la Civilización». Para esas «historias», las de «los otros», acuñó una serie de denominaciones, afortunadamente casi abandonadas hoy en día, tales como «Parahistoria», «Protohistoria», etc. Sin embargo, la influencia de la visión etnocéntrica se hace sentir hasta hoy, de modo más o menos velado. Uno de los casos relevantes es el de la «etno»-historia.

Su surgimiento se debió a la necesidad de estudiar la «historia» de aquellas sociedades que, supuestamente, «carecían de Historia». Su origen está tan estrechamente ligado a situaciones de colonialismo que, en un principio, se desarrolló y aplicó en todas aquellas regiones donde un grupo étnico (generalmente blancos, europeos, occidentales) había impuesto su dominio sobre otro u otros grupos étnicos (Lorandi, 1992). Se trataba de acceder al conocimiento del pasado de grupos de «otros» que carecían de escritura y, por tanto, de registros escritos sobre ese pasado (en efecto, la «Historia» y el «nosotros» habían sido definidos a partir de la escritura propia). Ello implicaba necesariamente desarrollar una metodología específica acorde al objeto estudiado.

En la práctica, los primeros trabajos etnohistóricos fueron los de funcionalistas ingleses que estudiaban sociedades africanas y se interesaban por la función de las instituciones y su peso en la estructura social. Las herramientas conceptuales que desarrollaron apuntaban a los mecanismos de conservación del pasado, por ejemplo en la transmisión de información a través de la memoria oral. Desde entonces, el campo de la «etno»-historia se fue ampliando, con el aporte de los desarrollos teóricos surgidos tanto de la Historia como de la Antropología: se fueron refinando las herramientas metodológicas, se incorporaron temas nuevos, esencialmente los mismos que incorporaba la Historia y especialmente aquellos que complejizaban la imagen que se tenía de los comportamientos sociales de los sectores dominados, y nuevas perspectivas teóricas, las mismas que enriquecieron el conjunto de las ciencias sociales.

En la actualidad, los temas que investiga la Etnohistoria son muy variados, pero su eje central parece seguir siendo el tema «étnico», en el cual tienen un lugar preponderante las relaciones coloniales. En Sudamérica, el énfasis inicial de los estudios etnohistóricos fue puesto en México y Perú. Su objetivo no fue sólo la recuperación de la imagen de las sociedades indígenas anteriores a la conquista, sino también la comprensión de las relaciones que establecieron con los colonizadores durante los aproximadamente tres siglos que duró esta dominación y las relaciones entre grupos étnicos y los estados nacionales post-independencia. La complejidad de las sociedades prehispánicas de México y Perú y la abundancia de documentos explican la cantidad de trabajos etnohistóricos dedicados a estas áreas. Sin embargo, en las últimas décadas se ha comenzado a hablar de «enfoque etnohistórico», para el estudio de otras áreas y otros tipos de sociedades, para las cuales se consideraba que casi no existían fuentes históricas porque se carecía de crónicas orgánicas o porque los documentos eran más dispersos. Tal es el caso de las sociedades cazadoras-recolectoras de Patagonia y Tierra del Fuego, cuyo estudio estuvo casi siempre enmarcado en el ámbito de la Arqueología y de la Etnografía.

Con respecto a su metodología, la etnohistoria se centra en el análisis de «fuentes históricas» (en el sentido de documentos escritos pasados), tales como relatos de viajeros, crónicas, descripciones de época, así como todo tipo de documentos oficiales, expedientes y notas administrativos, judiciales, etc. Sin embargo, en el decir de las etnohistoriadoras y los etnohistoriadores, la Etnohistoria contempla la contrastación de la información proveniente de fuentes históricas con otro tipo de fuentes. Parafraseando a Lorandi (1992): «...el etnohistoriador, además de contrastar su información histórica con los datos de la Antropología Social, recurre al folklore, la pintura, la arqueología, resignifica relatos históricos sobre manifestaciones culturales criollas y analiza las crónicas y otro tipo de fuentes buscando no sólo



Figura 1. Familia Selknam.

la intertextualidad, sino los significados ocultos —los silencios implícitos o el imaginario subyacente— que permiten avanzar en explicaciones más allá del empirismo evidente.» Este marco teórico-metodológico es el mismo de la historia, por tanto cabe preguntarse si una separación en Historia (de nosotros) y Etno-Historia (de «los otros») es aún sostenible hoy en día, segmentando en dos partes, con criterio etnocéntrico, la Historia de la humanidad.

## Hacia una síntesis en el manejo y uso de fuentes

Para discutir los límites difusos entre los distintos enfoques y la metodología requerida para el uso de fuentes escritas, tanto «etno»-históricas como etnográficas, presentaremos un ejemplo tomados de la investigación sobre una de las etnías aborígenes de Tierra del Fuego: la sociedad *Selknam*. Gracias a su persistencia hasta comienzos del siglo XX y a los estudios de etnógrafos que trabajaron con *Selknams* o con sus descendientes, existen diversas clases de fuentes que están siendo permanentemente contrastadas con la información generada por la Arqueología.

Tierra del Fuego se ubica en el extremo sur de América, entre 54º-55º S y 67º-68º O y está formada por una isla principal, la Isla Grande (compartida por los estados actuales de Chile y Argentina) y una serie de islas menores. Próxima al extremo sur de Patagonia continental, de la que la separa el Estrecho de Magallanes, está rodeada por vastas extensiones marítimas y su clima es marcadamente oceánico. En consecuencia, existe poca variación térmica, las temperaturas máximas no son muy altas y las mínimas tampoco son muy bajas, al contrario de lo que sucede en Patagonia continental. El clima es en general frío y ventoso; las precipitaciones son escasas en el sector norte, donde no superan los 340 mm anuales, pero aumentan progresivamente hacia el sur y el oeste. En consecuencia, la configuración del paisaje muestra distintos tipos de vegetación de norte a sur: los pastizales de las estepas del norte dan paso a bosquecillos dispersos y luego a bosque denso caducifolio en los faldeos cordilleranos septentrionales, y bosque perennifolio en la costa meridional.

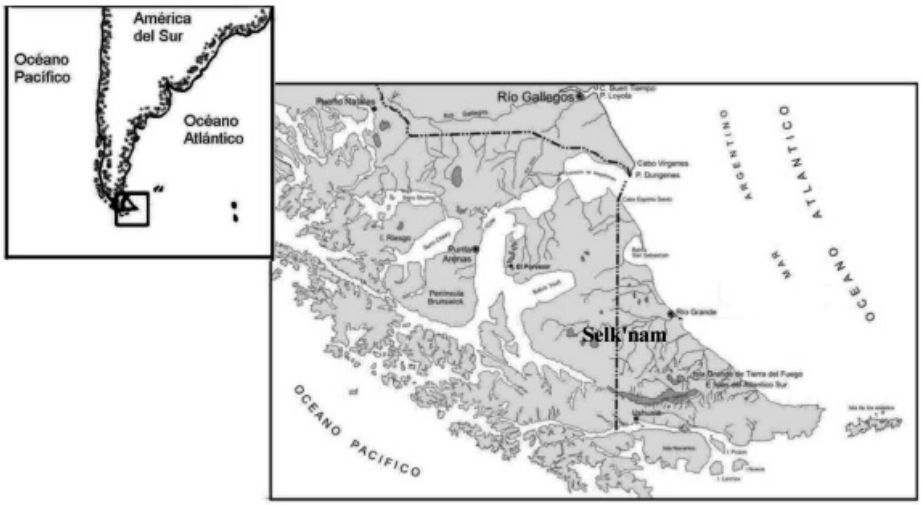



Figura 2. Mapa de ubicación.

Las investigaciones arqueológicas realizadas en el norte de la Isla Grande han puesto en evidencia que los primeros grupos de cazadores-recolectores llegaron hace al menos diez milenios (Massone, 2003) en un momento en el cual la configuración física y las condiciones ambientales eran muy diferentes de las actuales. Por entonces, el Estrecho de Magallanes aún no estaba formado. Investigaciones recientes (cf. Mc.Culloch *et alii*, 1997) indican que existieron momentos en los cuales fue posible pasar a pie desde Patagonia meridional hacia lo que actualmente es la Isla Grande. Entre 12.000 y 10.000 años atrás, cuando el nivel del mar estaba a unos 60 m por debajo del actual, existió un puente terrestre constituido por morenas glaciales entre la Primera y la Segunda Angostura, limitado por una bahía hacia el sector occidental y por el Atlántico hacia el este (Clapperton, 1992). El ingreso marino desde el Pacifico alcanzó hasta la Segunda Angostura y el espacio intermedio se comportó como un valle fluvial, ocupado por un río de deshielo que bajaba desde el frente del glaciar de Magallanes. Este valle fue gradualmente inundado por el mar, desde el este, hasta que se produjo la separación definitiva de la Isla, al formarse el Estrecho, hace aproximadamente 10.000 a 8.000 años.

Según hoy sabemos, en el siglo XIX toda la gran área norte de la Isla Grande estaba habitada por el pueblo *Selknam*. Sus límites coincidían con tres importantes rasgos geográficos: el Estrecho de Magallanes al norte y oeste, el Océano Atlántico al este, y al sur el cordón más meridional de la Cordillera de los Andes. No resulta fácil saber si el origen remoto de la sociedad *Selknam* se encuentra o no en los primeros grupos cazadores-recolectores que ingresaron a Tierra del Fuego antes de la formación del Estrecho de Magallanes, dado que el registro arqueológico de la región es bastante fragmentario. Ello se debe tanto a la dificultad para localizar sitios arqueológicos y a las pobres condiciones de preservación de materiales, como a un problema de registro: hasta ahora sólo se han desarrollado investigaciones arqueológicas en algunos sectores de la vasta región que se extiende al norte y este del lago Fagnano y en particular se han concentrado sobre las franjas costeras del Estrecho de Magallanes y del Atlántico.

De todos modos, si bien la Arqueología nos permite establecer la continuidad o discontinuidad en un modo de desarrollo social, a partir de los cambios en la

economía, la tecnología, etc., poco puede decirnos sobre el autorreconocimiento de un pueblo como tal. En el caso de los *Selknam*, tal como en el de la mayor parte de las sociedades sin escritura, ¿cuánto podemos remontarnos en el tiempo y continuar llamándolos *Selknam*? Por ello normalmente preferimos reservar su propio nombre sólo para la época del contacto y la inmediatamente anterior, como máximo hasta el siglo XVI. Para épocas previas, generalmente hablamos de los predecesores de los *Selknam*, es decir aquellos grupos que los precedieron en los territorios del norte y el centro de la Isla Grande.

La mayor parte de los escritos coinciden en que los *Selknam* dividían la tierra en que vivían en dos regiones, que se corresponden perfectamente con los dos principales ambientes de su territorio. *Parik* era la zona de praderas del norte y este de la isla, caracterizada por un ambiente estepario y semiestepario, sobre relieves mesetiformes y depresiones de origen glaciario. *Hersk* era la zona que se extiende hacia el sur, que pasa progresivamente de relieves ondulados con bosquecillos dispersos, al bosque denso de las laderas cordilleranas. El límite entre ambas se encontraba en el río *Hurr* (actual río Grande). En ambas regiones, vivían en grupos de unas pocas familias emparentadas, en territorios relativamente bien delimitados a los que denominaban *haruwen*, en los cuales se desplazaban casi constantemente.



Figura 3. Familia en el bosque.

Los *Selknam* fueron cazadores-recolectores nómades y el eje central de su economía fue la caza del guanaco. Este animal constituía el sustento básico, pero además brindaba importante materia prima: las pieles se empleaban para la confección de la vestimenta, el calzado, de recipientes y bolsas, de la cobertura de los paravientos y chozas; los huesos se utilizaban para confeccionar retocadores y otros utensilios, los tendones para ligaduras, etc. Además de guanacos, capturaban roedores y aves, pescaban en los lagos, ríos y lagunas y recolectaban productos vegetales tales como hongos, raíces, bayas, etc. Parecen existir diferencias, sin embargo, en el mayor énfasis puesto en la zona de la costa atlántica en la utilización de recursos del mar, tales como ballenas varadas, lobos marinos, mariscos, dado que los



Figura 4. En la costa.

mismos podían ser explotados con mayor intensidad y facilidad, sin necesidad de alejarse demasiado de las manadas de guanacos.

Por su modo de adaptación, su economía, su tecnología, estos pueblos guardan similitud con sus vecinos del norte del Estrecho de Magallanes, el grupo más austral de los pueblos tehuelches, los *Aonikenk*.

El nomadismo permanente condicionó las características de su equipamiento cotidiano, que era complejo y variado pero reunía ante todo algunos requisitos fundamentales: era liviano, fácilmente transportable y perfectamente adaptado a la explotación de los recursos disponibles. Desecharon las tecnologías pesadas o voluminosas y se especializaron, por ejemplo, en la confección de recipientes y bolsas de pieles, de redes y cestos, de objetos de adorno tales como collares y brazaletes trenzados con nervios o tendones de guanaco, a veces con valvas o con huesos de



Figura 5. Desplazamiento de campamento



Figura 6. Cazadores al acecho.

aves, etc. Poseían, además, una amplia variedad de armas de caza, que incluía arcos y flechas, hondas, lazos, trampas, líneas para pesca, etc.

Como ya mencionó L. Borrero (1995) en su estudio sobre los *Selknam*, éstos aparecen siempre citados en los textos clásicos de Antropología, ante todo por dos razones principales. Una de ellas es que se trata de cazadores terrestres que nunca adoptaron el caballo, a diferencia de lo que ocurrió con los Tehuelche de la Patagonia o con los grupos indígenas de las llanuras norteamericanas. En consecuencia, se pensó que los *Selknam* correspondían a una imagen «pura» de los cazadores recolectores y las descripciones sobre ellos fueron utilizadas, al modo del más clásico comparatismo etnográfico, para explicar estructura y modo de funcionamiento de las sociedades prehistóricas. La otra es lo que se interpretaba como una estricta territorialidad en la utilización del espacio por parte de los *Selknam*. Como indica-

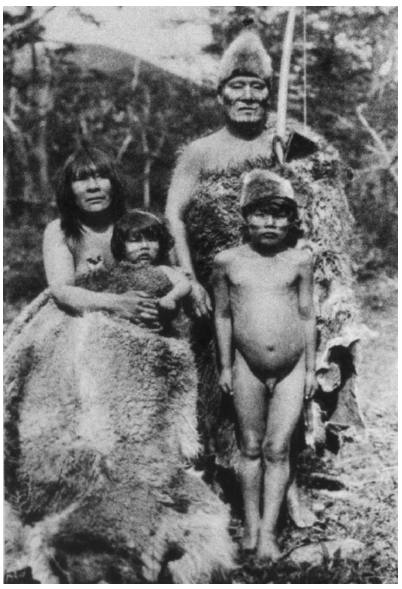


Figura 7. Familia.

ron los estudios etnográficos de Martín Gusinde y luego de Anne Chapman (a los que se hará referencia más adelante), los distintos linajes o las fracciones que se desprendían de ellos gozaban de derecho sobre determinadas extensiones de terreno. Toda la parte habitable de la isla estaba ocupada y no había tierras ni cursos de agua sin dueños. Sin embargo, la misma Chapman ha mostrado que existía un proceso contínuo de fisión y fusión de territorios, y que los límites territoriales se levantaban completamente en diversas ocasiones, en particular cuando existía abundancia de recursos de comida, tal el caso del varamiento de ballenas.

## Las fuentes escritas sobre la sociedad *Selknam*

Existen numerosas fuentes escritas referidas a la sociedad *Selknam*. Los documentos más tempranos son relatos de viajeros que datan de fines del siglo XVI. La primera noticia proviene de la expedición de Hernando de Magallanes que penetró, a fines de 1520, en el estrecho que hoy lleva su nombre, descubriendo para Occidente el ansiado paso interoceánico. Al hacerlo los expedicionarios avistaron fogatas en las costas del norte de la Isla Grande de Tierra del Fuego, sugiriendo que éstas se encontraban habitadas. Sin embargo, el primer contacto con navegantes europeos recién se produjo en 1580, con la expedición de Don Pedro Sarmiento de Gamboa.

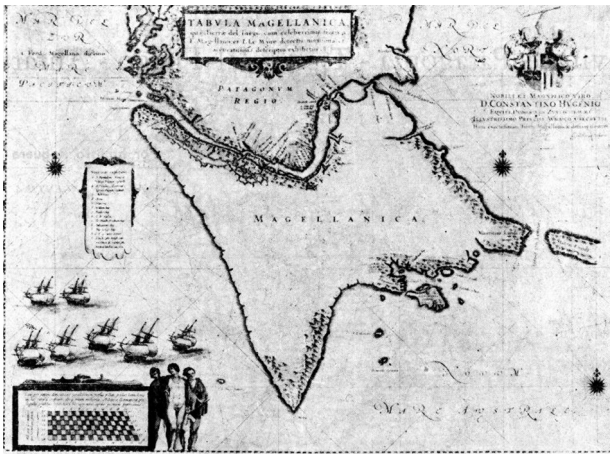



Figura 8. Mapa de Tierra del Fuego (G. Blaeu,1634).

Desde entonces y durante algo más de tres siglos, numerosos fueron los navegantes y expedicionarios que visitaron el extremo meridional de la Patagonia continental e insular. Como el principal interés de las potencias europeas era el Atlántico sur, el objetivo de las expediciones fue relevar cuidadosamente sus costas, en tanto que las tierras interiores de la Isla Grande permanecieron prácticamente inexploradas hasta las últimas décadas del siglo XIX. La mayoría de los viajeros dejaron escritos tales como relatos de expedición o libros de viaje, con cantidad de menciones sobre los aborígenes, con mayor o menor valor descriptivo. Otros redactaron artículos, notas o estudios más extensos destinados a relatar la forma de vida y las costumbres de los indígenas. Se trataba de europeos y luego de americanos de origen europeo,

con diferentes formaciones y objetivos: exploradores, oficiales de marina, naturalistas, viajeros dotados de curiosidad, etc. Finalmente, desde las últimas décadas del siglo XIX, con la implantación blanca en la Isla Grande, aparecen los escritos de misioneros, inmigrantes, etnógrafos profesionales, militares y exploradores comisionados por el gobierno, etc. Las actitudes asumidas hacia los *Selknam*, así como sucedió con respecto a los otros aborígenes de Tierra del Fuego, abarcan todas las posibilidades, desde el enfrentamiento ciego hasta el afecto, pasando por intentos bien o mal encaminados de comprensión profunda (Orquera y Piana, 1995).

Sin embargo, los escritos no pueden ser considerados como elementos únicos para reconstruir la Historia del pueblo *Selknam*. Por un lado, porque la información escrita cubre sólo un brevísimo lapso de esa historia que se inició mucho tiempo atrás. Por otro, porque los escritos se refieren a algunos aspectos de la vida indígena, aquellos que fueron observados o despertaron el interés de los observadores durante sus visitas. Finalmente, porque cada individuo, y entonces cada autor, está claramente influenciado por la cosmovisión, la ideología y las teorías de su época, que constituyen un potente filtro a través del cual se observa e interpreta la realidad. Siendo las sociedades indígenas algo tan diverso de la experiencia cotidiana de un observador de la sociedad occidental, la visión que transmiten los escritos siempre lleva implícita una carga emotiva en la relación que se establece con los «otros» y, frecuentemente, resulta muy diferente de la realidad.



Figura 9. Mujer con bolso.

La evaluación crítica de las fuentes escritas requiere considerar una serie de factores bien conocidos. Entre ellos cabe mencionar la importancia no sólo de la época en que fueron escritas, sino también de las circunstancias personales y la formación del observador. Estos no son simplemente aspectos clasificatorios, sino que dan idea sobre el marco ideológico general, las condiciones socio-filosóficas y los filtros intelectuales y sociales que influenciaron a los autores y su juicio sobre las poblaciones de Tierra del Fuego. En cuanto a la época, como veremos más adelante, es evidente que la imagen fue cambiando acorde con los cambios en la situación social y las ideas en Europa. De ser considerados prácticamente como anima-

les, en el siglo XVI, pasaron a encarnar a los representantes vivientes de los primeros habitantes de América, y luego al modelo teórico de la sociedad cazadora-recolectora, en el siglo XX. Entonces, estas descripciones, tanto generales como específicas, deben ser vistas en relación con estos filtros culturales.

Otros factores a considerar son los objetivos del explorador, viajero o escritor, así como las características y duración de la interacción con los indígenas. Con respecto a los autores, es evidente que los viajeros no tenían los mismos objetivos, la misma formación ni la misma educación. La duración del contacto e incluso la intensidad de la relación con las sociedades aborígenes también difieren, desde contactos esporádicos desde los barcos, en algunos casos, en otros un par de semanas, a años de vida en el caso de los misioneros. Otro condicionante esencial es el del idioma. En el caso de Tierra del Fuego, la comunicación recién pudo establecerse hacia fines del siglo XIX, después de la instalación del misionero Thomas Bridges y su familia en Ushuaia, en 1871, ya que él mismo había aprendido la lengua *yámana* y luego su hijo Lucas aprendió la *selknam*.

Los criterios de época y las condiciones ideológicas en que se produjeron los contactos con los exploradores, viajeros y estudiosos que visitaron la costa sur de Tierra del Fuego fueron presentados por los investigadores L. Orquera y E. Piana (1995) en su excelente estudio sobre la imagen de los grupos canoeros magallánico-fueguinos. Dada su vecindad con la sociedad *selknam* y que en muchos casos las mismas expediciones tomaron contacto con ambas sociedades, resulta adecuado mantener las mismas denominaciones y los mismos recortes cronológicos.

## Los siglos XVI y XVII: «los fueguinos feroces»

Los primeros encuentros entre fueguinos y europeos fueron dominados por la sorpresa y la violencia. El primer encuentro del que se tienen noticias data de 1580, cuando Sarmiento de Gamboa recorrió el estrecho de Magallanes con el cometido de localizar y destruir posibles asentamientos de corsarios ingleses. En el relato de su viaje figura un breve encuentro con los aborígenes en la costa occidental de la Isla, en el lugar que luego Sarmiento denominó «Bahía Gente Grande». Los describe como «gigantes», continuando el mito de los «gigantes patagones» inaugurado por Pigaffetta en el relato de la expedición de Magallanes, vestidos con pieles y armados con arcos y flechas. Después de lograr acercarse a un grupo de aborígenes con gestos amistosos, los expedicionarios capturaron a un hombre y lo embarcaron, produciéndose un enfrentamiento con los indígenas. Este primer encuentro es emblemático del estilo que adoptó la sociedad occidental para el trato con los aborígenes. Se trata del primer secuestro del que tenemos noticias, que inaugura una larga serie, ya que este fue un comportamiento reiterado en expediciones posteriores (es interesante señalar que en muchos de los relatos no hay siquiera mención de que se hayan capturado indígenas, sin embargo en algún párrafo surge que había aborígenes a bordo, que habían sido llevados desde algún lugar; en otros casos sí está mencionado y se lo justifica diciendo, por ejemplo, que buscaban llevar un guía). En cuanto a los enfrentamientos, también estuvieron signados por ellos, pero en los relatos se aduce siempre buena intención por parte de los viajeros; en general se los justifica diciendo que los aborígenes hicieron algo que obligó a los europeos a responder. Sucesivas expediciones tuvieron contactos fugaces con los abo-

rígenes, dejando algunas descripciones de similar tenor, tales la de Oliver van Noort, la de George Spielbergen en 1615, la de los hermanos Nodal en 1619. Ellas contribuyeron a difundir la falsa imagen de los indios feroces, antropófagos (falso) y carentes de todo pudor (ya que estaban desnudos).

Como señalan Orquera y Piana (1995), los viajes de descubrimiento de los siglos XVI y XVII habían puesto a los europeos en contacto con numerosos pueblos hasta entonces desconocidos, con costumbres que a sus ojos resultaban exóticas, pero todavía no habían sacado el debido provecho del choque cultural y no habían abandonado la atracción medieval por lo imaginario insólito o monstruoso: «Al no hallar hombres sin cabeza, hombres con cola, centauros o rarezas por el estilo, encontraron ogros antropófagos y gigantes donde no los había...» (Orquera y Piana, 1995: 191)

## Siglo XVIII: «los fueguinos indigentes»

Se trata de una época de viajes, sobre todo por los nuevos intereses náuticos y militares de ingleses y holandeses, que llevan a numerosos navíos a recorrer y cartografiar las costas de Tierra del Fuego, seguidos por la preocupación del Iluminismo por el estudio de la naturaleza, los paisajes lejanos y sus gentes. Sin embargo continúan siendo pocos los contactos con los *Selknam*, ya que prácticamente nadie se aventura hacia el interior del territorio. Los encuentros se producen en las costas, tal el contacto fugaz en la expedición del jesuita Labbe, en 1711. Tiempo después, expediciones como la de James Cook o Bougainville incorporan a naturalistas, con el fin de registrar datos sobre la geología, flora, fauna y habitantes de los países que tocaran. En la expedición de Cook, el naturalista Joseph Banks dejó una descripción bastante completa del encuentro con algunos indígenas en el año 1769.

Orgullosos de la técnica europea de la época, evidenciada en sus embarcaciones y pertrechos, los viajeros no pudieron comprender que los indígenas no admirasen sus producciones. A partir de allí, fueron calificados como indolentes, indiferentes, enfermos de estupidez, atribuyéndose en parte estas características a su vida marcada por las penurias materiales. Hacia fines de esta época y como preludio del paradigma del siglo XIX, se comienzan a buscar causas en el ambiente para explicarlo: se considera que el ambiente es tan pobre que no resulta posible hacer grandes cosas, y que la facilidad con que satisfacen sus necesidades elementales no constituye un estímulo para el esfuerzo (Orquera y Piana, 1995).

## El siglo XIX: «el eslabón perdido»

Esta es la época de los viajes oficiales enviados por diferentes países, tales los de Parker King, de Fitz-Roy, de Herny Foster, el de Ross a la Antártida y otros. La expedición de Parker King fue enviada con el propósito de levantar un mapa detallado de la vía marítima hacia el Pacífico y sus posibles alternativas. Se llevó a cabo entre 1826 y 1830 y estaba integrada por los barcos Adventure y Beagle. Durante la última parte del viaje, el segundo comandante de la expedición, R. Fitz-Roy, recorrió el sur de Tierra del Fuego y descubrió un canal al que bautizó con el nombre de su nave, el actual Canal Beagle y se llevó a Inglaterra a cuatro *yámanas*. Regresó en 1833, como comandante de otra expedición, habiendo invitado para que lo

acompañase a un joven naturalista, Charles Darwin, quien a lo largo de su viaje fue elaborando las bases de la teoría de la evolución.

En la mayoría de los relatos de esta época la imagen que resalta es la de inferioridad. Los aborígenes eran despreciados profundamente y en consecuencia, aunque existan escritos detallados sobre ellos, éstos están cargados de calificativos peyorativos y por tanto fallan en la comprensión de sus fenómenos. Todos los fueguinos son presentados como el ejemplo viviente de los eslabones retrasados en el proceso de desarrollo de la humanidad. De todos modos se debe mencionar que todos estos relatos tienen en común el hecho de provenir de encuentros breves y observaciones superficiales y que en ninguno de los casos hubo el suficiente tiempo de contacto para realizar observaciones detalladas de costumbres y formas de organización social.

Hasta mediados del siglo XIX, los encuentros de los *Selknam* con los viajeros o náufragos que llegaban a las costas de Tierra del Fuego siguen siendo esporádicos y no parecen haber modificado sustancialmente el modo de vida aborigen. Tampoco parecen haberse producido cambios importantes en el ambiente ni en la disponibilidad de los recursos explotados. Desde entonces y en más, la presión del contacto con los extranjeros se va intensificando. Para el extremo sur de Tierra del Fuego, comienza una intensa actividad de buques loberos en el Atlántico Sur, a los que los canoeros magallánico-fueguinos estuvieron seriamente expuestos. Los encuentros con los loberos fueron dramáticos, ya que la buena predisposición de los aborígenes era usada para robar sus pieles, raptar sus mujeres, secuestrar y matar. Es muy probable que las noticias de las agresiones hayan llegado a conocimiento de los *Selknam*, ya que estos comienzan poco a poco a adoptar una estrategia de eludir el contacto con los navegantes que se acercaban a las costas (*sensu* Borrero, 1991).




Figura 10. Selknams llevados a Paris por Maitre en 1889.

Las décadadas finales del siglo XIX son escenario de la instalación de la Misión anglicana en *Ushuaia*. El reverendo Thomas Bridges se establece allí con su familia y aprende la lengua de los *Yámana*. De ellos recibe las primeras noticias sobre

los *Selknam*; los *Yámana* llaman «*Ona*» a los grupos que viven del otro lado de la Cordillera. Su hijo Lucas Bridges crece con el interés por conocer a estas gentes; poco a poco va tomando contacto con ellos, va aprendiendo su lengua y llega a hacerse aceptar por ellos. Su libro de memorias «El último confín de la Tierra», publicado en 1948 (Bridges, 1978), no es un estudio etnográfico sino el relato de su propia historia de vida y la de su familia. Sin embargo es tal la riqueza de la relación que estableció con los *Selknam* que la información que puede extraerse de él, aún entre líneas, es excelente, sobre todo por tratarse de información de primera mano.



Figura 11. Polidoro Seggers (izquierda).

Hacia esta misma época comienzan las exploraciones de militares y exploradores comisionados por el gobierno para reconocer los territorios de Tierra del Fuego. Los contactos que establecieron con los *Selknam* siguen el mismo modelo de secuestros y violencia. Todas ellas dieron lugar a informes oficiales y a detallados libros de viaje (p. e.: Lista, 1887; Segers, 1891, etc.). En la expedición de Lista participó un misionero salesiano, Monseñor Fagnano, gestándose desde entonces la instalación de las misiones salesianas en Tierra del Fuego.

## La ocupación blanca del norte de la isla

Recién hacia fines del siglo XIX comenzó la etapa de colonización efectiva del norte de la Isla por parte de inmigrantes europeos, con la llegada de buscadores de oro y el establecimiento de estancias para la cría de ganado ovino. Para los nuevos pobladores, la presencia de pueblos cazadores-recolectores recorriendo libremente el territorio fue percibida como una amenaza y como un inconveniente a erradicar. En el curso de las dos décadas siguientes, la persecución y «caza» de los indígenas, sumada a una serie de factores (entre los que se destacan el derrumbe del mundo

cultural *Selknam* frente a la evangelización, la concentración de poblaciones en el espacio de las misiones, el cambio alimentario, la difusión de enfermedades para las cuales no tenían defensas, etc.), tuvieron consecuencias nefastas que resultaron en la virtual extinción de la sociedad *Selknam*.

Sin embargo, a pesar de lo breve y trágico del «contacto» con los colonizadores, hubo tiempo para que los *Selknam* fueran interpelados o perseguidos por muy diversos grupos. Fueron asimilados a animales salvajes por los aventureros y buscadores de oro venidos de distintas partes del mundo, así como por los estancieros que vieron en ellos una mera perturbación para sus actividades ganaderas. Fueron el objeto de intentos de evangelización por parte de congregaciones religiosas, como la de los salesianos, que en 1896 instaló, cerca de la actual Río Grande, una misión que acogió a numerosos individuos. Algunos de los misioneros dejaron interesantes escritos sobre los *Selknam* (p. e.: Beauvoir, 1915; De Agostini, 1956).



Figura 12. Taller en la Misión Salesiana.



Figura 13. De Agostini (izquierda).

## Los estudios etnográficos

Como se mencionó anteriormente, una de las razones que han popularizado a los *Selknam* en la literatura antropológica del siglo XX es que se ha contado con amplios estudios etnográficos publicados, que fueron considerados como datos de base esenciales para muchas de las discusiones recientes sobre organizaciones de sociedades cazadoras-recolectoras. Sin embargo, la mayor parte de ellos se realizaron a partir de la segunda década del siglo XX, cuando ya se había abandonado la forma de vida tradicional y por tanto basan su registro más en la memoria de los informantes y en la recreación de actividades que en la observación participante.

Entre ellos cabe mencionar como fuente privilegiada los del misionero y etnógrafo Martín Gusinde (Gusinde, 1982), resultado de cuatro expediciones a Tierra del Fuego realizadas entre 1918 y 1924. Si bien trató de abarcar todos los campos, incluso los antropológico-biológicos, es notorio su interés predominante por las relaciones de matrimonio y parentesco, la mitología, los ritos de iniciación y la religión. Tanto por su adscripción a la escuela Histórico-Cultural como por sus propias convicciones religiosas, sus temas recurrentes son el monoteismo y la monogamia primigenios.

Así es que dedica más de la mitad de la obra a analizar lo que él llama el mundo espiritual de los *Selknam*. Recorre en seiscientas páginas, religión y moralidad, los diversos tipos de personajes mitológicos, analiza la actuación de los hechiceros y describe ampliamente la ceremonia de iniciación de los adolescentes, el *Hain*, considerada como un acontecimiento central de la vida social.

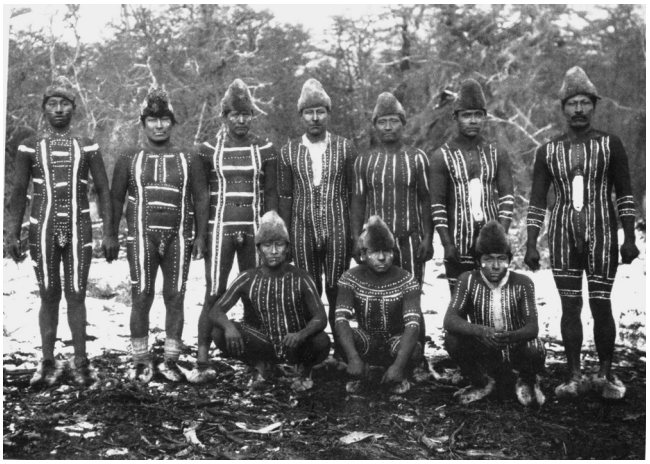


Figura 14. Participantes en el *Hain*.

Un caso diferente es el ya mencionado de Lucas Bridges (Bridges, 1978), quien no era etnógrafo, pero cuya obra tiene la riqueza y calidad de la información de primera mano. Convivió con los *Selknam*, conociendo su lengua, y ganándose su amistad y respeto, por haber compartido con ellos expediciones, cacerías, justas deportivas, competencias, etc., a lo largo de muchos años de su vida. Las numerosas observaciones son producto de su larga convivencia. Hay que mencionar que la información transmitida por los Bridges fue fuente de datos de otros estudios etnográficos resultado de viajes cortos a la isla, de estudiosos que fueron recibidos

por ellos. Tal es, según Gusinde, el caso de los escritos de C. Gallardo (1910) y de S. Lothrop (1928).

Finalmente, la principal y más moderna síntesis sobre los *Selknam* procede de las investigaciones realizadas a partir de la década de 1960, por la etnóloga Anne Chapman (Chapman, 1986). Estos son, además, los únicos escritos sobre la sociedad *Selknam* producidos por una mujer. A. Chapman entrevistó a todos los *Selknam* desde la década de los sesenta. Su principal informante fue una mujer de 90 años que había vivido durante su infancia y primera juventud según las formas tradicionales y que, incluso, fue chamán. Su segunda informante no conoció directamente las formas de vida ancestrales pero transcurrió parte de su juventud en la misión salesiana, donde escuchaba los relatos de las mujeres mayores. Chapman trabajó, entonces, a partir de la memoria de estas dos mujeres, con quienes podía comunicarse en español, y se centró en el estudio de la relación entre hombres y mujeres. A partir de las conversaciones que mantuvo con ellas y con sus otros informantes, reconstruyó las características de la ceremonia del *hain*, un acontecimiento central en la vida social *selknam* que le permitió avanzar sobre muchos de los aspectos simbólicos. Si bien su libro de 1986 no aborda en detalle otros aspectos de la sociedad *selknam*, es evidente que su enfoque es moderno, claramente diferente de los anteriores. Se vincula con arqueólogos y otros investigadores y busca entender la economía y la estructura socioeconómica de la sociedad en su última época.

## El ejemplo de los textos y la tecnología lítica

Tal como señalamos al comienzo, los textos escritos no pueden ser utilizados como elementos únicos para estudiar la sociedad *selknam*, sino como fuente de datos a confrontar con la información arqueológica. Uno de los aspectos a resaltar es que sólo se ocupan de aquellos aspectos de la vida indígena que parecían ya importantes, ya sorprendentes, en relación con el paradigma de la sociedad occidental de la época. En el caso de los habitantes del norte de Tierra del Fuego, la gran preocupación de todos los observadores occidentales, en una u otra época, pasó por el mayor o menor carácter de «humanidad» de estas gentes. Se empeñan en describirlos físicamente y «moralmente», en función de los gestos y actitudes frente a los visitantes. Al contrario, aspectos esenciales del sistema social tal como el de la organización

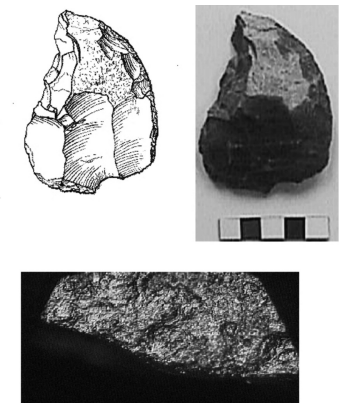


Figura 15. Raedera usada.

tecnológica están prácticamente ausentes. Al igual que en el caso de los relatos de viajeros y exploradores, en el caso de los etnógrafos de comienzos del siglo XX, los escritos no cubren la totalidad sino algunos aspectos de la vida indígena. E igualmente también, aparecen mejor descriptos y más detallados aquellos que tienen que ver con los conocimientos y posibilidades de explicación del autor. Un caso sumamente interesante para ilustrar este aspecto es el de la tecnología lítica, que se encuentra subrepresentada en los escritos, inclusive la obra de Gusinde, justamente por ser algo que queda fuera de su experiencia directa cotidiana.

Cuando se la menciona, al tratarse de algo tan diverso de la experiencia de un observador de la sociedad occidental, el modo en que se presentan o describen aspectos esenciales de la tecnología lítica puede resultar muy diferente de la realidad. Además, para la época en que se realizaron los estudios etnográficos, esta ya había sido prácticamente abandonada, y reemplazada por el uso de instrumentos confeccionados sobre materiales europeos, tales el vidrio y los metales.

Al describir los instrumentos utilizados por los *Selknam*, la mayoría de los escritos priorizan las cosas raras, tal el detalle en ilustrar el mango que usado para los raspadores, o el modo en que fijan las puntas de flecha a los astiles. Sin embargo, para la propia tecnología lítica, prácticamente no hay mención. Se dice, por ejemplo, que se busca un canto de forma adecuada y, mediante pequeños movimientos efectuados aplicando el extremo de un hueso, se desprenden pequeños fragmentos para ir dándole la forma deseada. Esta descripción nos llevaría a creer que no hay búsqueda, provisión ni reducción de materia prima lítica, y que todo el proceso de confección pasa por el retoque a presión.

Sin embargo las investigaciones arqueológicas han demostrado que los *Selknam* eran hábiles talladores y que disponían de una gran diversidad de instrumentos confeccionados sobre diferentes materias primas líticas, que implican estrategias específicas de obtención (Borrero 1991; Massone, 2003; Massone *et alii*, 1993; Mansur, 2003; Ocampo y Rivas, 1996). En general, en el caso de pueblos muy móviles, las estrategias de obtención de las materias primas se caracterizan por la recolección incidental, mientras se cumplen otras tareas de subsistencia (Borrero, 1991). En este

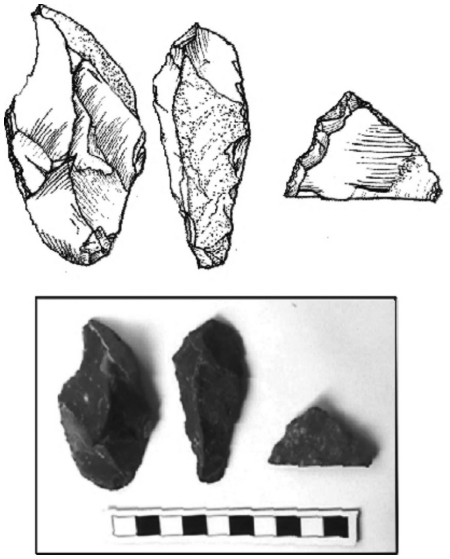


Figura 16. Raederas.

caso, la existencia en algunos sitios de instrumentos en determinadas materias primas de las cuales no hay restos de talla, así como de otros para los cuales todo el proceso de reducción de la materia prima se encuentra representado, podría confirmar este tipo de estrategia. En cuanto a las formas de confección y uso, existen secuencias de confección y modos particulares de uso para distintos instrumentos. Estas observaciones confirman la necesidad de confrontar los datos de las fuentes escritas con los de las investigaciones arqueológicas sistemáticas que incluyen análisis espacial, tecnológico y funcional de los materiales.

## Comentarios finales

Por todo ello, más allá del análisis interno y externo de cada fuente y de la confrontación entre ellas, resulta indispensable confrontarlas también con los resultados de la investigación arqueológica, que trabaja sobre testimonios directos, como son los restos materiales de la vida en el pasado. Si ciertas actividades, vínculos, relaciones, pueden no haber sido registradas por los observadores, ellas sí pueden ser deducidas a partir de sus correlatos materiales.

Hoy sabemos que es prácticamente imposible comprender a una sociedad, pasada o presente, sin estudiar en profundidad el ambiente en el que ésta se desarrolla y los modos que la misma establece para explotar los recursos naturales, que brindan el soporte material para el desarrollo social, y los recursos culturales —tradición, mitos, leyendas, costumbres, lenguaje— que posibilitan su perpetuación como sociedad. En el caso de Tierra del Fuego, sólo en el transcurso de este último



Figura 17. Choza en el bosque.

siglo se han llevado a cabo trabajos de investigación de diferentes disciplinas que nos ayudan a comprender el marco ambiental en el que vivieron las sociedades indígenas, su modo de adaptación al entorno, su tecnología, su organización social, económica y política, sus cosmovisiones...

Por tanto, la imagen que vamos logrando de la sociedad *Selknam*, al menos de la conocida desde el siglo XVI, al tiempo de la llegada de los primeros viajeros europeos, es el resultado de investigaciones en las que se confrontan permanentemente, en interjuego dialéctico, las diversas clases de fuentes escritas y los resultados de trabajos arqueológicos junto con un cúmulo de investigaciones de diferentes disciplinas.

## Bibliografía


Beauvoir, J. M. (1915): *Los Shelknam. Indígenas de la Tierra del Fuego, sus tradiciones, costumbres y lengua*, Talleres gráficos de la compañía general de fósforos, Buenos Aires (ed. facsímil, Zagier & Urruty, Ushuaia, 1998).

Binford, L. W. (1977): «Forty-Seven Trips: A case study in the character of some formation processes of the archaeological record», en: Wright, R. V. S. (ed.), *Stone Tools as Cultural Markers*, Australian Institute of Aboriginal Studies, Canberra, pp. 24-36.

Binford, L. W. (1979): «Organization and Formation Processes: Looking at Curated Technologies», *Journal of Anthropological Research*, 35: 255-273.

Borrero, L. A. (1991): *Los Selknam (Onas). Su Evolución Cultural*, Ed. Búsqueda-Yuchán, Buenos Aires.

Borrero, L. A. y McEwan, C. (1997): «The Peopling of Patagonia», en: Mc-Ewan, Borrero y Prieto (eds.), *Patagonia*, The British Museum Press, Londres, pp. 32-45.

Bridges, L. (1978 [1951]): *El último confín de la Tierra*, Ed. Marymar, Buenos Aires.

Chapman, A. (1986): *Los Selknam. La vida de los Onas*, Emecé Editores, Buenos Aires.

Clapperton, C. M. (1992): «La ultima glaciación y deglaciación en el Estrecho de Magallanes: implicaciones para el poblamiento de Tierra del Fuego», *Anales Inst. de la Patagonia*, 21: 113-128.

David, N. y Kramer, C. (2001): *Ethnoarchaeology in Action*, Cambridge World Archaeology, Cambridge.

De Agostini, A. M. (1956): *Treinta años en la Tierra del Fuego*, Ed. Peuser, Buenos Aires.

Estévez, J. y Vila, A. (1995): «Etnoarqueología: el nombre de la cosa», en: Estévez, J. y Vila, A. (comps.), *Encuentros en los conchales fueguinos*, CSIC-UAB, Barcelona, pp. 17-23.

Gallardo, C. (1910): *Los Onas*, Cabaut & Cia., Buenos Aires (ed. Facsímil, Zagier & Urruty, Ushuaia, 1998).

Gallay, A., Audouze, F. y Roux, V. (1992): «Questions pour un Colloque», en: *Ethnoarchéologie: justification, problèmes, limites. XII^e^. Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Histoire d'Antibes*, Éditions APDCA, Juan-les-Pins, pp. 13-14.

Gould, R. A. (1978): «Beyond analogy in ethnoarchaeology», en: *Explorations in ethnoarchaeology*, Univ. of New Mexico Press, Albuquerque, pp. 249-293.

Gusinde, M. (1982): *Los indios de Tierra del Fuego. Tomo 1: Los Selk'nam*, Centro Argentino de Etnología Americana, 2 vols., Buenos Aires.

Lista, R. (1887): *Viaje al País de los Onas*, Establecimiento Tipográfico A. Núñez, Buenos Aires.

Longacre, W. (1992): «The perfect marriage: the essential joining of ethnoarchaeology and experimental archaeology», en: *Ethnoarchéologie: justification, problèmes, limites.*

*XII^e. Rencontres Internationales d'Archéologie et d'Histoire d'Antibes*, Éditions APDCA, Juan-les-Pins, pp. 15-24.

Lothrop, S. K. (1928): *The Indians of Tierra del Fuego*, Contributions from the Museum of the American Indian, 10, Heye Foundantion (ed. facsímil, Zagier & Urruty, Ushuaia, 2002).

Mansur, M. E., Martinioni, D. R. y Lasa, A. E. (1998): «La gestión de los recursos líticos en el sitio Marina I (zona central de Tierra del Fuego, Argentina)», en: *Desde el País de los Gigantes. Perspectivas arqueológicas en Patagonia*, T. I. Río Gallegos, pp. 57-72.

Mansur, M. E. (2003): «El Corazón de la Isla. Arqueología de la zona central de Tierra del Fuego», en: *Mundos Fueguinos. Doce Miradas. Sobre Selknam, Yaganes y Kawesqar*, Taller Experimental Cuerpos Pintados, Ed. Carolina Odone y Peter Mason, Fundación América, Santiago de Chile, pp. 148-166.

Mansur, M. E., Piqué, R. y Vila, A. (2004): «Etnoarqueología de rituales en sociedades cazadoras-recolectoras», en: *América latina: Historia y Sociedad*, Col·lecció Amer&Cat, ICCI, Barcelona.

Massone, M. (2003): «Los antiguos cazadores del fuego», en: *Mundos Fueguinos. Doce Miradas. Sobre Selknam, Yaganes y Kawesqar*, Taller Experimental Cuerpos Pintados, Ed. Carolina Odone y Peter Mason, Fundación América, Santiago de Chile, pp. 117-143.

Massone, M., Jackson, D. y Prieto, A. (1993): *Perspectiva arqueológica de los Selk'nam*, Col. Antropología, Centro de Invest. Diego Barros Arana, Santiago.

McCulloch, R. D., Clapperton, C. M., Rabassa, J. y Currant, A. P. (1997): «The Natural Setting», en: Mc-Ewan, Borrero y Prieto (eds.), *Patagonia*, The British Museum Press, Londres, pp. 12-31.

Ocampo, C. y Rivas, P. (1996): «Caracterización arqueológica preliminar del suroeste de la Tierra del Fuego», *Anales Inst. de la Patagonia*, 24: 125-151.

Orquera, L. A. y Piana, E. L. (1995): «La imagen de los canoeros magallánico-fueguinos: conceptos y tendencias», *Runa*, XXII: 187-245.

Segers, P. A. (1891): «Hábitos y costumbres de los indios Aonas», *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, XII (69): 56-82.

# Trasvase acrítico de categorías etnográficas a la práctica arqueológica

ASSUMPCIÓ VILA.
Dept. d'Arqueologia i Antropologia-IMF.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
ANDREA TOSELLI.
Dept. d'Arqueologia i Antropologia-IMF.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
IVAN BRIZ.
Dept. de Prehistòria (Unidad asociada al CSIC).
Universitat Autònoma de Barcelona.
Dept. d'Arqueologia i Antropologia-IMF.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
DÉBORA ZURRO.
Dept. d'Arqueologia i Antropologia-IMF.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

**RESUMEN.** En este trabajo queremos cuestionar el uso acrítico en Arqueología de conceptos generados en, desde y para la Etnología que sirvieron de base a nuestra disciplina para la interpretación de las sociedades humanas. Asimismo, demostrar, a partir del examen histórico de estos «préstamos» etnológicos y de su aplicación concreta en el caso *Yámana* que su utilización no ha contribuido al desarrollo de una metodología propiamente arqueológica para abordar este tema, sino que más bien lo ha frenado. Como se desprende del análisis que hemos realizado, muchos de estos «préstamos» conceptuales, comunes aún en Arqueología, ni siquiera en Etnología son siempre pertinentes ni tienen una aceptación incuestionable. En consecuencia, constatamos la necesidad de una reformulación de la relación entre Arqueología y Etnología que nos permita desarrollar una metodología estrictamente arqueológica para acceder a las sociedades prehistóricas y su devenir histórico.

**ABSTRACT.** In this paper we want to challenge the acritical use in archaeology of some concepts that were generated from Ethnology and that were used as a base for our discipline in order to understand past societies. We would also like to know that, from the historical exam of these ethnological «borrowings» and from its particular application to the *Yámana* case, that its use has not contributed to the development of a properly archaeological methodology to tackle this problem. As it can be deduced from our analysis, many of these conceptual «borrowings», very commonly used in archaeology, nowadays are not even accepted within Ethnology. Consequently, we constatate the necessity of a reformulation of the relation of both disciplines so as to develope a strictly archaeological methodology that will alliw us to get access to prehistorical societies and their historical becoming.

## Introducción: historia para la supremacía europea y etnografía para el colonialismo

La Arqueología que practicamos y construimos en nuestro presente es producto de un desarrollo histórico concreto, dotada pues de su propia historia. Este pro-

ceso se ha caracterizado tanto por la artificial división de las ciencias sociales en base a los diferentes objetos de estudio, como por la búsqueda en otras ciencias sociales de soluciones para unas limitaciones que fueron autoimpuestas. Una de estas ramas «hermanas» a partir de la que la Arqueología prehistórica intentó construir su capacidad interpretativa social fue la Etnografía. El uso en nuestra ciencia de ciertos conceptos que fueron generados en, desde y para la Etnología y que se adoptaron de forma acrítica, implicó diferentes e importantes consecuencias para la misma.

Las décadas finales del siglo XVIII europeo, y especialmente las primeras del siglo XIX, estuvieron marcadas por un contexto socio-político caracterizado por la expansión colonialista-imperialista occidental y una paralela industrialización de estas sociedades (causa y consecuencia unas de otras). Los efectos de aunar ambos fenómenos implicarían un profundo cuestionamiento tanto sobre la naturaleza del género humano como sobre su antigüedad. En primer lugar, fruto de las remociones de tierras en los procesos de construcción de minas, canales, redes ferroviarias, etc., se hallarían toda una serie de materiales de factura «diferente» y presuntamente antiguos. En segundo lugar, la incorporación definitiva a la economía-mundo de las tierras descubiertas desde el siglo XV posibilitó un contacto, y posterior conocimiento, de sociedades humanas hasta el momento totalmente ajenas al mundo occidental; formas sociales que fueron consideradas inferiores a las europeas, moralmente reprobadas por sus costumbres y creencias, evangelizadas (con mayor o menor éxito) y a las que se dispusieron a someter y explotar.

La necesidad de una información de esta nueva realidad, que fuera descriptiva, clasificatoria, y especialmente operativa y utilizable por los nuevos imperios en el diseño de sus estrategias de explotación resulta evidente.

Tanto la recuperación de los materiales de antigüedad disonante con el creacionismo oficial, como la recolección de artefactos de estas sociedades calificadas de «primitivas», alimentaron las colecciones de los grandes museos europeos. Éstos vivirían en este momento su época de creación y desarrollo como grandes instituciones de referencia científico-académica, productos del positivismo empirista surgido en la nueva «edad de las luces».

Todos estos elementos convergieron en la configuración de las disciplinas versadas en las sociedades humanas, incluidas la Arqueología prehistórica y la Etnografía. Surgidas en un contexto socio-histórico y, por tanto, también académico, marcado por el desarrollo de la teoría evolucionista y la consecuente aceptación de la antigüedad del género humano.

Partiendo de la teoría evolucionista desarrollada en el ámbito de la Biología, varios etnólogos (Morgan, 1877; Tylor, 1865) transfirieron las leyes formuladas desde esta ciencia a las sociedades europeas, construyendo un esquema lineal del desarrollo de la humanidad que iba desde las sociedades más primitivas a las más «evolucionadas» que eran las propias. Mientras las sociedades europeas habrían sido capaces de perfeccionarse en el transcurso del tiempo, como evidenciaban los restos arqueológicos que se iban encontrando, las restantes se habrían quedado estancadas. Evidentemente, el progreso técnico era equiparado a un progreso social, justificando de esta manera el actuar colonialista-imperialista de las potencias occidentales.

Bajo esta óptica, la Arqueología se entendía más como un medio para recuperar la cultura material que reforzara esta ideología, que como una fuerza independien-

te de información histórica. Así, se asumió que la Arqueología prehistórica estaba limitada por lo exiguo del registro material remanente de las sociedades pasadas, especialmente en lo que refería a aquellas más antiguas cuyas características tecnológicas las hacían homologables a la mayoría de las descubiertas en los nuevos territorios. Consecuentemente, la Arqueología prehistórica quedaba imposibilitada para acceder a aquellos fenómenos sociales que no quedaban reflejados en el registro arqueológico así entendido.

Sin embargo, la necesidad de lograr una representación global/completa de las sociedades pasadas continuaba existiendo. Para cubrir este déficit (los datos sociales inaccesibles desde la Arqueología pero considerados como imprescindibles para calificar las sociedades prehistóricas y, por ende, a las propias), se recurrió a la disciplina «hermana»: la Etnografía. Ésta, concentrada en el estudio de las sociedades primitivas, ofrecía a la Arqueología prehistórica una ingente cantidad de datos, cualitativamente excepcionales, sobre sociedades humanas que el planteamiento evolucionista había ubicado en una situación perfectamente paralelizable con el pasado del Viejo Mundo. Y así, mediante un procedimiento circular, inductivo y analógico, los datos de carácter social propios de estos «primitivos» se incorporaron a las interpretaciones sobre el pasado prehistórico. Y estos grupos sociales, evaluados como «simples» en base a su tecnología y a unas relaciones sociales entendidas a partir de la realidad europea del momento, rápidamente fueron asumidos bajo la óptica de la homogeneización a ultranza, y, en tanto que situados en estadios correspondientes a la Prehistoria europea, rémoras del pasado carentes por tanto de historia.

A finales del siglo XIX se manifiesta en Europa una incipiente preocupación por la etnicidad. Esta preocupación está estrechamente vinculada a un nacionalismo creciente, generado por la competencia por los mercados y los recursos a nivel mundial, y por una pérdida de confianza en los beneficios del progreso tecnológico. Todo ello estimulaba la idea de que la humanidad era, por naturaleza, conservadora y que se mirara con escepticismo su capacidad creativa. Esto, por supuesto, se manifestó en la obra de varios etnólogos que basaron sus explicaciones de la diversidad cada vez más en la difusión y la emigración, y cundió progresivamente la consideración de la cultura como la forma de vida característica de grupos étnicos específicos. Por su parte, y en concordancia con esta atmósfera política, «la preocupación de los arqueólogos por los problemas históricos y étnicos les llevó a prestar cada vez más atención a la distribución geográfica de los tipos y conjuntos de artefactos, en un esfuerzo por relacionarlos con grupos históricos» (Trigger, 1992: 145-146). De aquí surgió el uso, aún común, en Arqueología, de la identificación de los conceptos «conjunto de artefactos», «cultura» y «grupo étnico».

Se continuaba manteniendo la idea de que si los restos materiales arqueológicos ofrecían conocimientos potenciales, en todo caso eran muy limitados. La orientación que se estaba dando a la disciplina proporcionaba, a lo sumo, descripciones muy detalladas de series de objetos, clasificaciones y comparaciones formales, distribuciones regionales de materiales y artefactos. Todo dentro del empirismo dominante de la época.

La traslación de las interpretaciones etnográficas a la Arqueología prehistórica implicó, necesariamente, la asunción de las categorías analíticas empleadas por la Etnología. Conceptos como tribu, etnia, territorio, familia o división sexual del trabajo eran añadidos a las descripciones clasificatorias de materiales arqueológicos a

fin de dotarlos de contenido sociológico. La Arqueología prehistórica, quizás por no considerarlo tema propio, se desentendió de una adecuada reflexión sobre estos aspectos sociales, que, en muchos casos, y ya a inicios del siglo XXI, siguen exponiéndose sin excesivos cambios.

## Ciencias sociales: separación y nuevas disciplinas

La Etnografía, convertida en Etnología, siguió su propio camino, cada vez más lejos de la Arqueología prehistórica. Una y otra, tal y como ocurrió con las restantes ciencias sociales, consolidaron en el siglo XX trayectorias totalmente divergentes, aceptando que sus objetos de estudio eran distintos y, consecuentemente, también las correspondientes metodologías. Esta separación, cuyo origen radica en la profunda dicotomía establecida entre pueblos con «historia» y pueblos «sin historia», ha prevalecido hasta la actualidad en los medios académicos que han considerado suficiente, para los pueblos sin historia, una descripción etnográfica.

La consecuencia de esta fragmentación de las ciencias sociales ha sido la constante dificultad para poder captar el fenómeno social, tanto globalmente como en sus diferentes manifestaciones. Esta fragmentación llevó a que la Arqueología «ilustrara» el período prehistórico para la Historia europea, y la Antropología proporcionara la «imagen» etnográfica de las «otras sociedades».

Aunque el recurso a los datos etnográficos fue constante en la práctica arqueológica para la reconstrucción de las sociedades prehistóricas, el nacimiento y desarrollo de la **Etnoarqueología** ha sido el único intento de aunar ambas disciplinas explícitamente. Ya desde los antecedentes previos («*Living Archaeology*», «*Archaeology in action*», «*Ethnografic Archeology*», etc.), era planteada como una disciplina que estudiaba desde una perspectiva arqueológica los materiales producidos por sociedades etnográficas a fin de poder establecer relaciones entre estos materiales y la conducta humana que los producía, y que ellos observaban. La finalidad última era trasladar las conclusiones de estas observaciones a la Arqueología, a la interpretación de los datos arqueológicos, y mejorar así el conocimiento de las sociedades prehistóricas.

El uso de las analogías etnográficas (desde misma forma -misma función hasta mismos objetos-misma causa social), muchas veces correctamente criticado, cobró nuevo vigor a partir de la pasada década de los setenta, con el afianzamiento de esta Etnoarqueología dentro de la Arqueología procesual de corte antropologicista, característica de Estados Unidos y de gran parte del contexto americano, en el marco del Neoevolucionismo.

La gran contribución de la Etnoarqueología ha sido básicamente de carácter técnico; se ha concentrado en la importancia de conocer los procesos de formación de los yacimientos arqueológicos, en las «actividades» realizadas en los mismos, etc.

Sin embargo, las analogías etnográficas han continuado utilizándose en la reconstrucción social de las sociedades prehistóricas, aunque ahora se hayan incorporado elementos correctores como utilizar contextos climáticos y medioambientales de las partes en comparación similares.

Una vez más, no se pretende repensar la Arqueología, sino mejorarla desde la Etnología.

## Paradojas fueguinas

El estudio exhaustivo de la documentación etnográfica y etnológica sobre la sociedad *Yámana* realizado al principio de nuestros proyectos en Tierra del Fuego *(*Estévez y Vila, 1995*)* y el propio desarrollo de los mismos, nos han facilitado la posibilidad de ir más allá de la simple reflexión sobre el uso de estas categorías tanto en Arqueología prehistórica como en Etnoarqueología.



Figura 1. Indígenas *Yámana* fotografiados por la *Mission Scientifique*.

## Un primer ejemplo

Una de las categorías a la que tuvimos que enfrentarnos al inicio de los citados proyectos fue la de **etnia** en el marco de los estudios etnográficos, para ver cuál sería su aplicación arqueológica y cuáles sus indicios materiales.

Tradicionalmente, el concepto de etnia ha sido definido como el «(…) grupo de individuos que comparten un cierto número de características comunes —antropológicas, linguísticas, políticas, históricas, etc.—, cuya asociación constituye una cultura» (Ventura, 1994: 120).

Esta conceptualización, supuestamente más científica, que substituía a categorías anteriores de identificación social como «tribu» o «pueblo», equiparaba los rasgos definitorios de la nueva agrupación social con los de pertenencia a una cultura. O, mejor dicho, con la posesión de un conjunto significativo de rasgos culturales. En definitiva, un instrumento no de análisis sino de clasificación de la diversidad social a la que se enfrentaba (y enfrenta) la Etnología, pero aspirando a

superar los planteamientos estrictamente raciales que tan pobres resultados habían dado tanto en el estudio de «los otros» (las sociedades ajenas a occidente) como, en realidad, de la misma sociedad europea.

Ante su planteamiento de la inaprehensibilidad específica de los conjuntos de rasgos culturales, así como de la inmensurabilidad de los niveles de pertenencia a un «común cultural», los criterios que la Etnografía empleó fueron o bien la supuesta autodefinición de los colectivos sociales, o bien la traslación de los instrumentos autodefinitorios propios de una Europa inmersa o heredera de las revoluciones nacionales burguesas.

Obviamente, estos criterios, ampliamente subjetivos, no pueden ser reconocidos por la Arqueología. Pero quizás por ello eran asumidos y empleados por la Arqueología tradicional.

Las poblaciones fueguinas (de las que la expedición de Magallanes ofrece las primeras noticias) no quedarán al margen de esta dinámica de delimitación y nominalización. Desde este primer viaje, fueron diversos los contactos entre el mundo europeo y el fueguino. Aún así, Tierra del Fuego no será un objetivo importante ni en la exploración ni en la ocupación de América y, con ello, tampoco lo será la identificación de las gentes que allí habitaban. Pese a diferentes encuentros y nominalizaciones de grupos sociales (por ejemplo, la realizada por Bouganville, denominando *pesherais* a las gentes canoeras del estrecho de Magallanes en el siglo XVIII, o las observaciones realizadas por Cook), la población de Tierra del Fuego era denominada genéricamente «fueguinos». No será hasta los trabajos del capitán británico R. Fitz-Roy, desarrollados básicamente en la década de los treinta del siglo XIX, que se intentará una caracterización y delimitación de la población del extremo sur americano. Fitz-Roy describió «tres pueblos fueguinos» en base a sus caracteres morfológicos, lengua, vestimenta y ciertas costumbres.

Treinta años después (en la década de los sesenta), se produjo el inicio de la colonización del mundo de los Canales Fueguinos por parte de Europa.

El reverendo T. Bridges, de la *South American Missionary Society*, co-fundó el primer establecimiento misionero, Ushuaia. Bridges, que domina algunas de las lenguas indígenas fueguinas, fijó la identificación básica de los «pueblos» de Tierra del Fuego: los *Oen's-men* u *Onas* (cazadores-recolectores pedestres especializados en la caza del guanaco), los *Alakaluf* y los *Yaghan*. Estos dos últimos, cazadores-recolectores marítimos especializados en la caza con canoa. La distinción básica entre estos dos grupos se realizará, más que en base a criterios socio-económicos (según la Etnología, la única diferencia material entre ambos grupos es el material empleado para la fabricación de las canoas: madera para el *Alakaluf*, corteza para el *Yaghan*), a partir de criterios lingüísticos. Bridges, sin embargo, no era etnólogo sino misionero.

No será hasta la década de los años veinte del siglo XX que se producirá la gran investigación/recopilación etnológica sobre las sociedades fueguinas (ya casi inexistentes): Martin Gusinde (sacerdote y etnólogo austriaco) coherente con sus bases empírico-positivistas, y participando del particularismo histórico, asumió la división étnica fijada por Bridges junto con las observaciones realizadas por otros autores[1] (figura 1), e incrementó la escala de análisis hasta las variantes dialectales.

[1] Especialmente, Hyades y Deniker (1891), que ya apuntan como, entre la gente *Yámana*, se denominan según la región de procedencia sin implicar una verdadera diferenciación.

Para las sociedades denominadas canoeras (*Kawéskar* y *Yámana*) distinguió, respectivamente, cinco y tres dialectos. Gusinde cambió además la denominación del grupo al que Bridges llamó *Yaghan*, le pareció más adecuado usar la palabra *Yámana*. La separación real entre ambas sociedades (*Kawéskar* y *Yámana*) vendría determinada por un accidente geográfico[2], la Península Brecknock, que, según escribía, impedía una comunicación fácil y sin riesgos. Paradójicamente, el mismo Gusinde reconoce la convivencia cotidiana de gente de ambos grupos (¡en la misma canoa!), así como la celebración conjunta de ceremonias rituales.

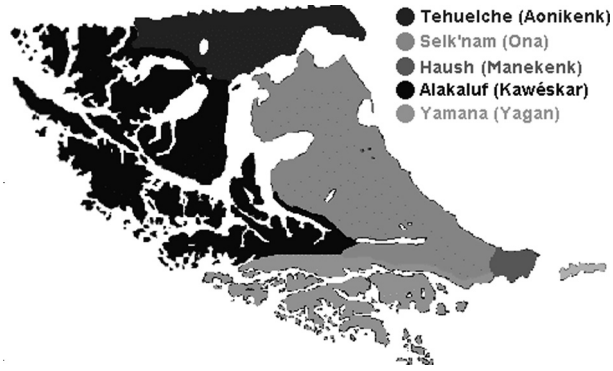



Figura 2. Mapa con la distribución territorial de las diferentes etnias de Tierra del Fuego, según M. Gusinde.

Una relectura ajustada de toda esta información modifica ligera pero substancialmente el panorama en el caso de los grupos marítimo-canoeros. En primer lugar, la sociedad *Yaghan* no poseía una autodenominación identificadora. Sí empleaba el término *Yámana* que el diccionario de Bridges, 1987: 641, recoge como acepción fijada para: humano, vivo, inteligible. El gentilicio *Yaghan* fue creado por el mismo Bridges a partir del topónimo *Yaaga*, op.cit., 659. Bridges recoge, también, para *Yámana*: «*By this term the Yaghan tribe distinguished themselves from all other natives who spoke a different language as well as from all foreign peoples, this term primarly means Humanity*» (*op. cit.,* 641). Esa fue la causa por la que Gusinde eligió el gentilicio *Yámana*.

Lo paradójico de la interpretación se nos muestra al analizar el conjunto de supuestas etnias. Las gentes canoeras con mayor intensidad de interrelación social poseían una mayor capacidad de comunicación verbal, pese a tratarse de presuntos pueblos diferentes. En cambio, gentes de una presunta misma etnia, pero que vivían en los extremos del territorio asignado por la Etnología, tenían una capacidad de comunicación prácticamente nula.

Recordemos, además, que la distinción etnográfica de estos pueblos no se reflejaba en la cultura material, que era práctica y substancialmente la misma.

---

[2] Este esquema interpretativo del accidente geográfico se reproduce al fijar los límites de contacto entre *Yámanas* y *Onas*. En este caso será la cordillera de los Andes (discurre paralela a la costa norte del Canal Beagle). Curiosamente, en la región de la Isla Grande en donde no existe una dificultad geográfica (Península Mitre), «aparece» un grupo social que comparte elementos de ambas sociedades. Coherentemente con el método clasificatorio empleado, se determina e identifica específicamente: la sociedad *Haush*.

Pese a que toda esta información no servía para reafirmar, o directamente contradecía, los presupuestos de los que partía Gusinde para delimitar su objeto de estudio, igualmente forzó los datos, o simplemente los ignoró, para llegar establecer los supuestos territorios de estas comunidades, sus límites y la lógica defensa de los mismos.

Es decir, en el siglo XX la Etnología, en su necesidad de caracterizar estas sociedades fueguinas (su objeto de estudio), y con el concepto de etnia plenamente asumido, forzó y sobreimpuso sus criterios a los datos (interpretaciones) de los informantes (que constituían su fuente básica de estudio) (Vila, 2000).

Etnógrafos y etnólogos emplearon el concepto de etnia mediante una traslación directa de la realidad social de la que eran originarios: la lengua como elemento definitorio de las diferentes colectividades nacionales europeas. El siglo XIX es el siglo de las revoluciones burguesas y nacionalistas, y de la creación de los estados-nación cuyos máximos ejemplos serán las unificaciones germano-prusiana e italiana. El criterio lingüístico será el elemento esencial para definir los colectivos sociales, criterio que continúa siendo empleado en la actualidad.

Obviamente, este elemento determinador/delimitador de la colectividad social es, en el caso de las sociedades cazadoras-recolectoras fueguinas o en cualquier otra, irrelevante ya que no define una sociedad, y además, aún para aquellos planteamientos que consideran la lengua como elemento esencial que discrimina etnias/grupos, es importante recordar que la metodología arqueológica no es apta para el reconocimiento de la lengua hablada.

Y lo que nos importa como arqueólogos es que todo ello se incorporó de manera «natural» a la investigación arqueológica de manera que al utilizar el concepto cazador-recolector, aunque sea en Prehistoria, incorpora implícitamente otros conceptos, como, por ejemplo, territorios a defender, fronteras, etc. Conceptos nunca contrastados arqueológicamente y constituidos como innatos al ser humano al haber sido incapaces de reseguir su proceso de formación.

Frente a esto, consideramos que aquello que nos ha de permitir efectivamente analizar e identificar definitoriamente una sociedad son las relaciones sociales implementadas entre mujeres y hombres para producir y reproducirse. Es decir, qué tipo de relaciones organizaban qué procesos, a cuánta gente implicaban y cuáles eran las intensidades. En definitiva, las estrategias organizativas para la producción y reproducción social. La interrelación particular, históricamente considerada, de estas estrategias, cuantitativa y cualitativamente reconocida, nos permitiría identificar y caracterizar una sociedad dada, diferenciarla de otra/as y entender los procesos seguidos en su historia.

Y estos elementos sí deben ser reconocibles arqueológicamente.

## Segundo ejemplo

El segundo ejemplo lo referiremos a la presencia de instrumentos manufacturados con materias primas de origen industrial que aparecen en las colecciones de museos etnográficos. La aparición de este tipo de materiales, no acordes con lo esperable, con lo normal, en la cultura/sociedad en estudio se interpretaría, desde la praxis de una arqueología tradicional, como la prueba de intercambios o de llegada de una población-etnia diferente. Y se entendería también que ambas posibilidades implicarían necesariamente cambios culturales/sociales.

En el caso que nos ocupa, de Tierra del Fuego, el procedimiento arqueológico tradicional, de corte histórico-cultural, impondría el reconocimiento de una «nueva cultura» en la zona.

Sin embargo veremos que en este caso el acceso de las gentes *yámana* a estos materiales exógenos, alejados de su «cultura» normativa, no se explica necesariamente por ninguna de estas dos vías. Además, su incorporación tecnológica no implicó cambios significativos en la sociedad.

La sociedad *Yámana* tuvo acceso a materiales europeos, vidrios y metales, con mucha anterioridad al establecimiento de contactos regulares con navíos europeos (siglo XVII). Antes de esta situación, estas comunidades aprovechaban restos de naufragios: botellas, enteras o no, de vidrio, porcelana y piezas de metal (zunchos de botas, por ejemplo) que recogían en las costas que recorrían constantemente. El uso de estos nuevos materiales incrementó la productividad y/o la rentabilidad en algunos procesos de trabajo (Estévez *et alii*, 2002).

En el caso del vidrio, su respuesta más predecible y facilidad para la talla, especialmente por presión, fueron los factores que lo hicieron más popular en la manufactura de puntas de proyectil y raspadores en comparación con las materias primas líticas locales, más difíciles de controlar durante la talla (*op. cit.*).

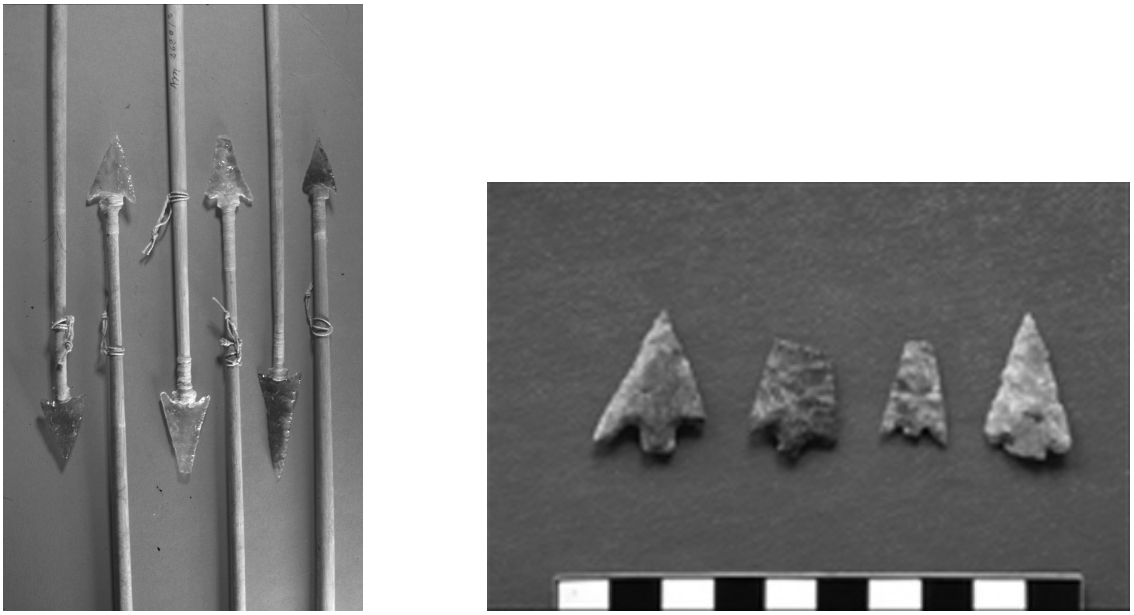


Figura 3 (izquierda): Puntas de flecha en vidrio (*Museum für Völkerkunde S.P.K.B.*, Berlín); (derecha): Puntas de flecha arqueológicas, procedentes del yacimiento Túnel VII.

El uso de metales fue también rápidamente adoptado como substituto parcial o total de los instrumentos de corte. La mayor resistencia de este material, en comparación con los cuchillos originales —una valva de *Aulacomya* enmangada— fue rápidamente apreciada y generó un intenso uso de este material. Primero, los cuchillos de metal fueron producidos colocando el filo transversalmente, reproduciendo la manera tradicional, y, después, longitudinalmente, a la europea. El metal fue también adoptado para la manufactura de punzones, que reemplazaron aquéllos hechos con huesos de ave, mucho más frágiles. En este caso, los clavos eran insertados directamente en las diáfisis de los huesos (*op. cit.*).




Figura 4. Punzón de hueso (*Musée de l'Homme*, París).

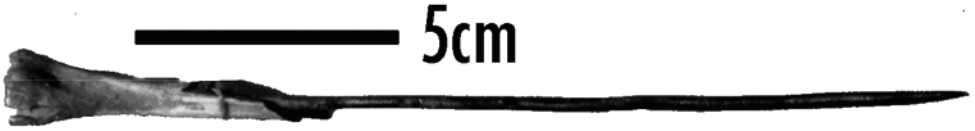



Figura 5. Punzón realizado con hierro y mango de madera (*Musée de l'Homme*, París).

Los análisis de los instrumentos y materiales asociados a los yacimientos *yámana* demostraron que el uso del metal introdujo cambios en otros procesos de trabajo, como por ejemplo el procesado de la madera. Asimismo, la introducción de herramientas europeas de corte, como las hachas, potenció la manufactura de canoas hechas con tablones, que empezaron a sustituir las tradicionales, hechas de corteza.

Estos cambios tecnológicos tuvieron lugar rápidamente, sin necesidad de un contacto prolongado y directo —que promoviera un marco para el intercambio— con la sociedad europea, y no afectaron significativamente las estrategias generales de explotación de recursos o la organización social *yámana*, que permanecieron inalteradas.

Es decir que la introducción de materiales exógenos no implicó cambios significativos a nivel social, lo cual sólo tuvo lugar efectivamente con la colonización.

Este segundo ejemplo nos ha permitido repensar arqueológicamente lo que significa la presencia de materiales exógenos o de instrumentos ajenos, en principio, a la cultura en estudio. Su presencia no debe automáticamente asociarse a intercambios o a presencia real y constante de otras gentes que interfieren en el grupo en estudio.

A partir de aquí insistimos en que es importante reflexionar sobre la manera en que construimos nuestras explicaciones en Arqueología, en las que demasiado frecuentemente se ha asumido que un cambio tecnológico implica automáticamente un cambio en la organización de una determinada sociedad o un reemplazo de población, en otras palabras, un cambio cultural.

## Corolario

Este breve examen nos lleva a la conclusión de que la Arqueología ha mantenido un papel más bien pasivo en lo que a interpretación social se refiere, adoptando mecánicamente y sin discusión esquemas teóricos propios de la Etnología, estableciendo analogías etnográficas y formulando inferencias sociales sin ninguna

contrastación real. No parece haber una clara voluntad por parte de los arqueólogos por desarrollar desde la propia Arqueología herramientas metodológicas que posibiliten abordar un conocimiento verdaderamente global (socio-económico) de las sociedades prehistóricas.

Con los dos ejemplos elegidos hemos intentado poner de manifiesto que el uso de conceptos etnológicos no es pertinente en Arqueología. Sí que lo sería un mayor aprovechamiento de la experiencia y datos acumulados en dos siglos de trabajo etnográfico, aprovechamiento que debería ir dirigido a la prospección de recurrencias o denominadores comunes socialmente significativos, para seguidamente reconocer su fenomenología y construir una **metodología** explícitamente arqueológica.

En definitiva, lo que planteamos es lo siguiente:

- En primer lugar, la necesidad de un cambio en la concepción de nuestra disciplina. La Arqueología como ciencia necesita un replanteamiento a fondo, desde la propia definición, y consecuentemente debemos evaluar las causas de las limitaciones, autoimpuestas, de la metodología arqueológica actual en cuanto a sus posibilidades explicativas.
- En segundo lugar, redirigir la investigación, los esfuerzos, hacia la consecución de una metodología estrictamente arqueológica que nos permita acercarnos a una representación global de las sociedades (lo que incluye la organización social, es decir las relaciones sociales para la producción).
- En tercer lugar, aprovechar el enorme y variado bagaje etnográfico y arqueológico ya existente para empezar a elaborar esas propuestas metodológicas.

## Bibliografía

Binford, L. (1978): *Nunamiut Ethnoarchaeology*, Academic Press, New York.

Bridges, T. (1987[1933]), *Yámana-English. A dictionary of the Speech of Tierra del Fuego,* Zagier y Urruty, Buenos Aires.

David, N. y Kramer, C. (2001): *Etnoarchaeology in action*, Cambridge University Press, Cambridge.

Estévez, J. y Vila, A. (1995): «Etnoarqueología: El nombre de la cosa», en: Estévez, J. y Vila A. (coords.), *Encuentros en los conchales fueguinos*, Treballs d'Etnoarqueologia, 1, Universitat Autónoma de Barcelona-Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Bellaterra, pp., 17-23.

Estévez, J., Vila, A. y Terradas, X. (2002): «The island factor: Insularity as a variable in the archaeological study of the social dynamics of hunter-gatherers», en: *World Island in Prehistory*, BAR. International Series, 1095, Oxford, pp., 107-116.

Gould, R. A. (1980): *Living Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge.

Gusinde, M. (1986 [1937]): *Los Yámana. Los Indios de Tierra del Fuego*, t. II, CAEA, Buenos Aires.

Morgan, L. H. (1987 [1877]): *La sociedad primitiva*, Endymion, Madrid.

Padgen, A. (1982): *La caída del hombre natural*, Ed. Alianza, Madrid.

Trigger, B. (1992): *Historia del pensamiento arqueológico*, Ed.Crítica, Barcelona.

Tylor, E. B. (1865): *Researches in to early history of mankind and the development of civilization*, J. Murray, Londres.

Ventura, M. (1994): «Etnicitat i racisme», *Revista de Etnología de Catalunya*, 5: 116-133.

Vila, A. (2000): «Dadores de nombres/dadores de identidad. Secuencia para Tierra del Fuego» en: P. García *et al*. (coords.), *Estrategias de poder en América Latina*, Universidad de Barcelona, Barcelona, pp., 45-59.

Wallerstein I. (1979a): *El moderno sistema mundial 1. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Siglo XXI-España, Madrid.

Wallerstein I. (1979b): *El moderno sistema mundial 2. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea. 1660-1750*, Siglo XXI-España, Madrid.

# Explorando el inframundo: reflexiones en torno al culto a las piedras en la cuenca norte de México

DR. DAVID LAGUNAS ARIAS
Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
DRA. NATALIA MORAGAS SEGURA
Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

**RESUMEN.** Este artículo es una aproximación al fenómeno del culto a las cuevas, concretamente al uso ritual de determinadas piedras durante la época prehispánica y su evolución a lo largo del tiempo. Las investigaciones realizadas durante el proyecto Especial *Teotihuacan* 92-94 completaron nuestro conocimiento entorno al papel que las cuevas tuvieron en la conformación de una geografía sagrada de la ciudad. Asimismo, se ha propuesto una relación existente entre el culto a las lajas-altares entre la ciudad de *Teotihuacan* y antecedentes arqueológicos en el sitio de *Tetimpa* (Puebla) que han servido para sugerir una pervivencia de dicho culto entre Preclásico y Clásico. Actualmente el culto a las cuevas pervive en numerosas comunidades del altiplano central, como la Sierra *Otomí-Tepehua* en Hidalgo, donde las piedras fungen como figuras de culto femeninas. El culto a las piedras pervive en el tiempo y en el espacio a lo largo de las sociedades y culturas.

**RESUM.** Aquest article és una aproximació al fenomen del culte a les pedres, concretament a l'ús ritual d'algunes pedres durant l'època prehispànica i el seu canvi al llarg del temps. Les investigacions realitzades al llarg del Projecte *Teotihuacan* 92-94 van acompletar el nostre coneixement en torn el paper que les coves van tenir en la conformació d'una geografia sagrada de la ciutat. Tanmateix s'ha proposat una relació entre el culte de les *lajas* altars de *Teotihuacan* i les de *Tetimpa* (Puebla) que ens serveix per a suggerir una pervivència d'aquest culte entre el Preclàssic i el Clàssic. Actualment el culte a les coves perdura en nombroses comunitats de l'Altiplà central, a la Serra *Otomí-Tepehua* a Hidalgo, on les pedres es consideren figures de culte femení. El culte a les pedres perviu en el temps i l'espai al llarg de societats i cultures.

## Las lajas de *Teotihuacan* y su problemática

En el mundo mesoamericano se detecta una multiplicidad del pensamiento cosmológico a menudo muy difícil de entender para el racionamiento occidental y también complejo a la hora de poder ser evidenciada en el puro dato arqueológico. En *Teotihuacan* de por sí, el análisis es sumamente complejo tanto por las propias

dimensiones de la ciudad como por su característico y en cierto modo, atípico lenguaje simbólico. Manzanilla en su análisis del inframundo teotihuacano retoma el concepto de montaña de los mantenimientos o *Tonacatepetl* de la tradición *nahua* viendo en la Pirámide del Sol la expresión de este concepto (Manzanilla, 1994). También en las cuevas de *Teotihuacan* deben verse la conceptualización del propio origen sagrado de la ciudad y del cosmos (Manzanilla, 1994).

Si bien arqueológicamente tenemos numerosos ejemplos de piedras labradas en forma de las conocidas estelas, lo cierto es que los ejemplos de piedras paradas sin ningún tipo de grabado son menos numerosos. Las excavaciones realizadas en las cuevas situadas al sudeste de la Pirámide del Sol, por parte del *Proyecto Teotihuacan 80-82* y del *Proyecto Especial Teotihuacan 92-94*, se logró definir un conjunto ceremonial subterráneo compuesto por dos cuevas con tres accesos por el techo, rodeadas de un grueso muro perimetral, lo que hace a este recinto de un lugar verdaderamente restringido[1]. Durante las excavaciones se localizaron varias cuevas determinaron un tipo nuevo de altar denominado: altar tipo laja o lajas altares que eran desconocidas en *Teotihuacan* hasta fecha. Las lajas son *ixtapaltetes* del mismo tipo utilizado comúnmente en la base de la construcción del talud-tablero teotihuacano. Su función no es el sostenimiento de una estructura arquitectónica sino que se dotan de significado propio con un marcado componente de tipo simbólico.

Ambas lajas son muy parecidas tanto por su situación como disposición (en un pequeño basamento o altar; ver figuras 1 y 2). Las únicas diferencias se refieren al tamaño y a la ofrenda de 20 navajillas prismáticas de obsidiana verde encontradas en la base del altar para la Cueva I y que no aparecieron en la Cueva II[2].

En la Cueva I encontró una ofrenda compuesta 80 vasijas que se dataron mayoritariamente para la fase *Tlamimilolpa* aunque bajo el piso se encontraron materiales de fases anteriores. Del análisis de los materiales de la ofrenda, se propone que la cueva se construyó[3] a fines del *Miccaotli* o principios de *Tlamimilolpa* y abandonada para *Xolalpan-Metepec* (Soruco, 1991: 292). Tras diversos estudios se determinó que la laja-altar sería la de un marcador astronómico de carácter calendárico tal vez relacionado con el ciclo de cosechas (Soruco, 1991: 293).

En la Cueva II, el análisis de una ofrenda encontrada en el sector sureste de esta cueva permitió datar el conjunto en la fase *Tlamimilolpa* para el final de la misma[4]

---

[1] El *Proyecto Teotihuacan 80-82* Soruco, Basante y Múnera excavaron la denominada Cueva Astronómica y durante *Proyecto Especial Teotihuacan 92-94* se prosiguieron las excavaciones por parte de Moragas.

[2] Las dimensiones de la laja-altar de la Cueva I es de 0,70 m. de largo por 0,25 m. de ancho y de 0,01 a 0,02 m. de grosor. Se encuentra orientada hacia el norte teotihuacano mientras que la de la Cueva II son de 0,30 m. de alto por 0,18 m. de ancho y 0,02 m. de grosor, sensiblemente inferior a la encontrada en la Cueva Astronómica. Se encuentra orientada al norte teotihuacano, colocada verticalmente en un pequeño basamento de tierra apisonada de 0,20 m. de largo por 0,20 m. de ancho y 0,5 m. de alto que a su vez descansa en otra base, también con las mismas características de 1,22 m. de largo por 0,85 m. ancho y 0,10 m. de alto.

[3] Utilizamos construyó de manera literal ya que las investigaciones llevadas a cabo por el IIA-UNAM mostraron que las numerosas cuevas que recorren las ciudad en dirección noroeste fueron en un principio, canteras de materiales para las construcción de las principales estructuras de la ciudad.

[4] No se pretende dar un exhaustivo detalle de los trabajos de campo, pero tan sólo comentar que la Cueva II se encontró intacta sin ningún tipo de intrusión más allá del 350 d. C.

y algunos pequeños fragmentos de cerámica encontrados sugieren la construcción de este altar para el período *Miccaotli-Tlamimilolpa* (Moragas, 1995).

Los primeros trabajos realizados tras la excavación de la Cueva I propusieron que los altares tipo laja sirvieron de marcadores astronómicos con la finalidad de regular el ciclo agrícola (Soruco, 1985 y 1991). Esta idea ha sido retomada en análisis posteriores y ha permitido desarrollar la propuesta que en *Teotihuacan* se impulsarían los primeros observatorios subterráneos de Mesoamérica (Morante, 1994 y 1996). Presumiendo que, por la tipología y cronología de las dos lajas altares, deberían fungir ambas como marcadores de tipo astronómico, Morante encaminó sus investigaciones en: *a*) revisar los datos proporcionados por Soruco en la Cueva Astronómica o Cueva I y *b*) valorar dichos datos en concordancia con la nueva laja altar encontrada en la Cueva II[5] (Morante, 1996: 175-176).

La cuestión sobre la funcionalidad de los altares como marcadores astronómicos es discutida todavía en los foros académicos ya que la disposición de la laja altar de la Cueva II no permite que sea iluminada de manera directa por los rayos del sol, en ningún momento del año.



Figura 1. Laja Altar de la Cueva I o Cueva Astronómica de Teotihuacan excavada por E. Soruco (foto de la autora).

[5] «Nuestro trabajo se centró en la Cueva 2, pero tuvo como antecedentes los estudios previos de las proyecciones solares en otros observatorios subterráneos, en especial los efectuados en la Gruta del Sol de Xochicalco. En Teotihuacan sólo existía un antecedente: la Cueva 1, cuyas características tan similares las de la Cueva 2 que desde el principio, y de acuerdo con la experiencia de E. Soruco, determinamos que los marcadores astronómicos de la Cueva 2 fueron el altar, la maqueta con el orificio y la estela (Morante, 1996: 175-176)».

Morante solventa este problema al valorar el papel de una maqueta de piedra localizada, en el momento de la excavación cerca del altar y que utiliza como elemento mueble. De esta manera, la laja altar se ilumina mediante el reflejo indirecto de una superficie pulida o líquida depositada en el orificio de la maqueta y que iluminaría dicha laja, cumpliendo de esta manera su función arqueoastronómica[6] (Morante, 1996: 176).

Sobre ella, se ha valorado positivamente la aproximación arqueoastronómica del análisis de la laja altar de la Cueva II, aunque proponiendo que deberían plantearse otras aproximaciones metodológicas para completar el análisis desde diversas perspectivas (Moragas, 1998).

Los planteamientos se encaminan en debatir acerca de si se deben considerar «*per se*» a todas las lajas altares como marcadores de tipo arqueoastronómico sin valorar otras funciones integradas dentro de la cosmovisión teotihuacana. Se reconoce que la diferencia básica en mi interpretación de los datos arqueológicos se basaba en: *a*) la exclusividad de las laja altares como marcadores astronómicos solares; *b*) la consideración de que la maqueta es un objeto mueble y por tanto no podemos deducir su ubicación exclusiva en el lugar en el lugar donde fue encontrada y c) la necesidad de integrar los otros elementos que se encontraron dentro de la Cueva.

La elaboración de otra propuesta, insisto, no es excluyente de otras interpretaciones, sino más bien complementaria y sobre todo necesaria en contextos de marcados componentes rituales.

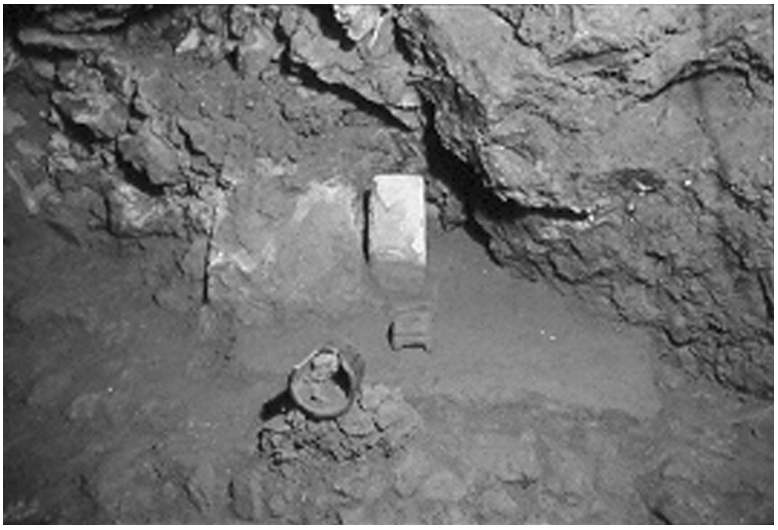


Figura 2. Laja Altar de la Cueva II excavada por N. Moragas (foto de la autora).

[6] «Aunque esta última no se ilumina en ninguna época del año con los rayos directos del Sol, supimos desde nuestra primera visita al sitio, cuando la maqueta aún estaba *in situ* (como único objeto hallado sobre el altar) que era por medio del reflejo lanzado por un líquido depositado en el orificio de la maqueta, como se lograba que la lápida cumpliera sus funciones de marcador astronómico (Morante, 1996: 176)».

## Un antecedente: la laja de *Tetimpa*

En *Tetimpa*, situado en el flanco noroeste del *Popocatepetl*, en el Estado de Puebla, las excavaciones han descubierto un conjunto habitacional doméstico datado en sus fases iniciales para *Tetimpa* temprano (700 aC) y que perdura hasta la fase *Tetimpa* tardío (50 aC-100 dC)[7]. Elementos comunes con *Teotihuacan* se determinan por la presencia del talud tablero, de los altares tipo laja y la presencia de cerámicas de la fase *Tzacualli*[8] (Plunkett y Uruñuela, 1998c: 290). En *Tetimpa* se localizan hasta siete estelas asociadas directamente a áreas de preparación de alimentos y almacenaje. También resulta significativo la presencia de anaranjado delgado en *Tetimpa* en el siglo I d.C. (Plunket y Uruñuela, 1998c: 105) (ver figura 3). El altar con estela de la Operación 11 de Tetimpa (Fig 7 y 10 en: Plunket y Uruñuela, 1998b: 9 y 11; y fig. 15 en Plunket y Uruñuela, 1998c: 304), muestran la asociación de este altar con un metate y un entierro, lo mismo que se determina en la Cueva II de *Teotihuacan*, en la que se encontró también un metate en el murete situado enfrente de la laja-altar justo al otro lado del único entierro localizado en esta cueva.

La aparición de talud tablero en estructuras de carácter ceremonial y en fases anteriores a las teotihuacanas ya ha sido constatado por García Cook en *Tlalanca-*



Figura 3. Foto de la Laja Altar de Tetimpa, Puebla. Excavada por la Dras. Plunket y Uruñuela (Plunket y Uruñuela, 1998b).

[7] Las investigaciones han sido llevadas a cabo por la Dra. Patricia Plunkett y Dra. Gabriela Uruñuela de la Universidad de las Américas.

[8] «We have tentatively placed the Late Tetimpa phase between 50 BC and AD 100 based on these C14 dates and the ceramics recovered from three seasons of excavation, wich include diagnostic traits of Teotihuacan's Tzacualli phase (AD 0-150): spiked *braseros*, censers decorated with thumbed strips of clay, rim-shouldered bowls, and *proto-floreros*. The absence of vessel supports and solid clay earspools provides additional confirmation of this Terminal Preclassic dating (Millon *et alii*, 1965; Rattray, 1973; Smith, 1987; West, 1965). (Plunket y Uruñuela, 1998c: 290)».

*leca* (Puebla); mientras que en *Tetimpa*, se encuentran también estructuras de tipo talud tablero pero en unidades domésticas (García Cook, 1984; Plunkett y Uruñuela, 1998b; Plunkett y Uruñuela, 1998c). La conexión de estos elementos en fases anteriores a las inicialmente consideradas en *Teotihuacan* abre un camino de investigación sobre el tipo de relaciones existentes entre ambas zonas para el período del cambio de era.

## Valoraciones en torno a las lajas altares

Aunque parezca obvio, uno de los principales problemas recae en la definición de qué son las lajas altares y si tal nombre resulta apropiado. La descripción más simple de estas lajas proviene de ser unas piedras ligeramente trabajadas en forma rectangular que se encuentran clavadas en una plataforma. El uso de piedras como elementos marcadores sea bajo la forma de cipos, piedras paradas o estelas forma parte de una amplia tradición en el Mundo Antiguo europeo. De hecho, se define una tradición mediterránea y otra atlántica que abarcan un amplio arco geográfico además de cronológico y tipológico. Tradicionalmente el uso de estos elementos se ha considerado como la señalización de una sepultura y/o la representación alegórica del difunto. Aunque la trayectoria de las investigaciones sobre las estelas en la arqueología peninsular ha evolucionado de considerar a todas las estelas como elementos funerarios a sugerir interpretaciones más complejas. El análisis de la distribución espacial de las estelas en la zona del suroeste de la península ibérica y del Bajo Aragón ha permitido hipotetizar que las estelas fungieron como marcadores de grupos locales y de demarcación territorial[9]. Siguiendo esta línea, las estelas (decoradas o no), llegaría a servir como emblemas de grupos locales en el marco de un grupo mayor.

La diversidad de interpretaciones responde también a la diversidad de tipos encontrados a lo largo de toda la prehistoria peninsular, con lo que a esto añadimos los matices regionales no es extraño que sea difícil llegar a un consenso generalizado para una única función las estelas peninsulares.

En Mesoamérica algo parecido sucede. Las estelas se encuentran ampliamente difundidas bajo numerosas formas. Cronológicamente se detectan ya durante el Formativo medio y se expanden en una amplia área que recorre las principales culturas mesoamericanas. Para el oeste y noroeste de México, se ha sugerido que responden a un proceso de mesoamericanización generalizada, de tal manera que se han denominado como variantes locales de las estelas mesoamericanas (Mountjoy, 1991).

En un primer momento Moragas sugirió que las lajas altares encontradas en *Teotihuacan* pudieran responder también a otros valores como parte de una representación simbólica de algún culto relacionado con el inframundo (Moragas, 1998: 185). Las excavaciones realizadas en la Cueva II nos muestran un interesante ejemplo del cierre ceremonial de esta cueva para fines de *Tlamimilolpa* pero que quedaba mucho por decir acerca del origen de la misma, que suponíamos para las fases primeras de la cultura teotihuacana.

[9] «En conjunto, las estelas representan un proceso de integración socio-política a nivel regional en el que más que la llegada de objetos reales, juegan un papel primordial los deseos de emulación de las elites indígenas y el valor exótico y desconocido de lo representado (Galán, 1993a: 68)».

El descubrimiento de *Tetimpa* no implica que ambas lajas altares sean coetáneas pero sí que nos acercan a una línea de trabajo en la que podemos valorar la aparición de las lajas altares en *Teotihuacan* como un elemento temprano en esta cultura, tal vez en el cambio de era. De esta manera, las lajas altares teotihuacanas podrían ser uno de los más antiguos elementos simbólicos de la futura urbe teotihuacana.

Las excavaciones en *Tetimpa* y *Teotihuacan* muestran un punto común en el desarrollo de esto altares aunque aparentemente alejados en el tiempo la determinación de un ritual parece perdurar más allá del desarrollo regional. En *Teotihuacan* las lajas altares se encuentran, hasta la fecha muy determinadas por su localización en las cuevas lo que se ha relacionado como marcadores solares de tipo calendárico y con cultos relacionados con el Inframundo. En *Tetimpa* su localización en conjuntos domésticos ha servido para que sus investigadoras vinculen dichas lajas con cultos domésticos relacionados con cultos de mantenimiento (Plunket y Uruñuela, 1998b: 11).

Una idea podría venir por el propio carácter de *Teotihuacan*. En *Teotihuacan* existen, evidentemente, cultos realizados en ámbitos domésticos de manera individual o familiar. Pero en *Teotihuacan* se desarrollaran cultos de tipo estatal que no son tan sólo cultos de las elites sino también cultos garantes a expresar el modelo del cosmos teotihuacano y que se difunden más allá de las propias fronteras de la ciudad.

Podríamos pensar que el cambio de contexto en las que se han encontrado las lajas-altares teotihuacanas podría corresponder a la institucionalización de la religión teotihuacana y en el papel de las elites teotihuacanas como garantes del orden social. La Cueva II no es el lugar de culto de un conjunto doméstico sino algo más complejo. El conjunto ceremonial subterráneo se muestra así como un espacio de acceso restringido en el que cada cueva mantiene elementos comunes pero a su vez específicos. En la laja-altar de la Cueva II se determinan una serie de rituales que permanecen a lo largo del tiempo encaminados a garantizar la fertilidad de la propia ciudad o de un grupo más allá del ámbito doméstico.

En este sentido, la Cueva II muestra la pervivencia de modelos establecidos más de trescientos años antes y cuya expresión gráfica se muestra en la piedra hincada en el suelo. La identificación de la laja-altar como emblema de un grupo determinado dentro de la sociedad teotihuacana no queda suficientemente establecida, al menos con los datos actuales. La adscripción de este elemento a un determinado círculo cultural no esta claro ya que el material encontrado en ambas cuevas no parece irse más allá de lo habitual en la tipología del *Miccaotli-Tlamimilolpa*, con el añadido de que la comparación de los materiales de las ofrendas en ambas cuevas son bastante parecidos tanto en la cronología como en la tipología de los materiales utilizados.

Por tanto, las lajas altares como emblemas de grupos locales en *Teotihuacan* (¿de origen poblano?) no parece estar sustentada en más que la reconocida presencia del Anaranjado Delgado en toda la ciudad y no especialmente marcada en las cuevas del sureste de la Pirámide del Sol. No obstante, hay un hecho sutil en el cierre de la Cueva II a fines de *Tlamimilolpa* que mantiene esta hipótesis como elemento de trabajo. En el momento del cierre de la Cueva II, ésta se entierra literalmente, protegiendo la estela de manera deliberada, sin desmantelarla ni romperla, formando parte de un ritual de cierre. No parece formar parte de un evento de

tipo violento sino tal vez, de tipo religioso o más bien político-religioso. La adscripción de este evento a un grupo determinado de la elite no me parece extraña y con ello la identificación de la laja-altar y sus cultos asociados a este grupo. Si nos referimos a un grupo étnico o social queda pendiente de averiguar. Lamentablemente, tanto el entierro central de la Cueva II como el estado de las estructuras exteriores asociadas no permiten aportar mucho más acerca de este grupo. Cuantitativamente el análisis de los materiales cerámicos proporciona un complejo estandarizado de origen teotihuacano con poca o escasa presencia de materiales foráneos. Los sacerdotes o elites que utilizaba este conjunto responden a tipos de propio origen teotihuacano. Ello nos indica que si hubo algún tipo de relación o pervivencia de este culto desde el área poblana, éste se adaptó rápidamente a la cosmovisión teotihuacana desapareciendo cuando posiblemente no tanto en su fondo como en su forma, al menos en las dos cuevas estudiadas ya que, como se ha dicho desde el principio, las lajas altar son estructuras inherentemente frágiles y *Teotihuacan* una ciudad muy grande.

Recientemente y en unas exploraciones que se encuentran en sus fases iniciales conocimos que algunas comunidades de del altiplano central, como la Sierra *Otomí-Tepehua* en Hidalgo, reciben culto algunas piedras en forma de lajas sin trabajar a las cuales se viste con ropas de mujer y a las que se hacen ofrendas en forma de flores, maíz y bebidas. Estas piedras se encuentran en cuevas los que hace que tengamos una línea de trabajo muy sugerente para los próximos años.

## Una reflexión final

Uno de los temas más tratados en arqueología respecto a las piedras han sido los ideogramas y pictogramas grabados en su superficie (ver un ejemplo en México en: Piña Chan, 1993), es decir, como contenedores o el marco de significados. Las herramientas y artefactos de piedra han sido también objeto de devoción ya sea desde un punto de vista puramente arqueológico, o bien a partir de un análisis científico de los objetos, así como etnográfico o de arqueología experimental (ver: Bahn y Renfrew, 1998). Y en no pocas ocasiones, las piedras han sido conceptuadas como signos que remiten a significados fijos, por ejemplo, los megalitos en Europa que servían como mojones de un territorio.

¿Pero qué ocurre cuando el tratamiento de las piedras no se reduce a un marco de significados o a un signo, sino que, hipotéticamente, se presenta como un símbolo? Probablemente, cuando las piedras son analizables en función de su valor simbólico como tales, la antropología puede ser de gran ayuda. Tomemos como ejemplo la piedra sagrada que se venera en La Meca y que no es más que un meteorito incrustado en una especia de vagina de plata. La cuestión es que una piedra, al igual que otros objetos, es susceptible de ser conceptuada como símbolo, y como tal, sujeta a la manipulación de sus significados.

No pocos afloramientos rocosos son dotados de significados en muchas y variadas sociedades y culturas. Quizá *Ayer's Rock* en Australia sea un caso significativo, pues esta formación rocosa en medio del desierto forma parte del mundo mítico, mágico y religioso de los aborígenes australianos; es decir, es un símbolo de su identidad cultural. En México, por ejemplo, las rocas con formas caprichosas pueden ser denominadas simbólicamente con nombres variados: «el caballo», «los

frailes», «la embarazada», «el cofre», etc., estableciendo relaciones metafóricas con otros contextos que no pertenecen al mundo natural. En este caso, existen relaciones de semejanza muy claras para la cosmovisión popular.

En otros casos, incluso encontraremos sesudas interpretaciones de lo que esas rocas aparentemente naturales significan. Denominaciones como «peñas cargadas», «la piedra del diablo», «la roca del olvido», etc., dan cuenta de la riqueza simbólica en contextos particulares.

Siguiendo a Leach (Leach, 1989: 13 y ss.), para decodificar los aspectos de la conducta humana y, por ende, las costumbres de otros pueblos podemos servirnos de las actividades biológicas naturales del cuerpo humano (respiración, latidos de corazón, etc.), las acciones técnicas (plantar un árbol o cavar un hoyo) y las acciones expresivas (que siempre dicen algo sobre el estado del mundo o bien pretenden altearlo por medios metafísicos). La comunicación humana se realiza por medio de estas últimas que funcionan como señales, signos y símbolos. Un objeto del mundo exterior como una piedra mantiene una relación simbólica, y por tanto arbitraria, con una imagen sensorial (el término «piedra»), la cual mantiene a su vez una relación intrínseca con un concepto en la mente (la idea de «piedra»). En la medida que la relación entre el objeto del mundo exterior y la imagen sensorial se estabiliza por convención y uso habitual se convierte en signo (*ibid*.: 26). Por ejemplo, un palo de madera clavado en la tierra o una piedra-mojón que delimita una propiedad posee un significado fijo que es marcar los límites de un territorio.

Sin embargo, es muy distinto que esa piedra la ubiquemos en el campo de lo simbólico, entendido en un sentido amplio como proceso de atribución de significados al mundo. Así pues, si la cualidad simbólica sería una característica de lo social, las piedras podrían presentarse como un objeto natural susceptible de ser seleccionado, clasificado, jerarquizado por parte de la cultura para reflejar un cierto orden simbólico.

Marc Augé planteaba que los dos tratamientos antropológicos del simbolismo podían reducirse a la oposición tradicional entre *sentido* y *función*. En el primer caso, nos referiríamos a las piedras según su dimensión expresiva, remitiéndolos a exigencias de comunicación o de conocimiento. En el segundo, nos interesaría su dimensión instrumental y su relación con las formas de dominación u organización. Podemos interpretar qué sentido tiene el meteorito de La Meca y cuál es su función. Respecto al *sentido* de la laja de *Teotihuacan*, y suponiendo que conllevara una carga simbólica, la hipótesis es que sus significados serían probablemente distintos a los esperados (es decir, si no fuera signo). No presentaría un significado unívoco sino que habría que ponerla en relación al lugar ocupado en un sistema organizado de diferencias. En otras palabras, insertarla en una semiología de la cultura. Esta idea relativista remite al estructuralismo lévistraussiano, en el que cualquier elemento no puede abordarse aisladamente sino debe ubicarse en el sistema de oposiciones y diferencias que lo constituye, como una letra respecto al alfabeto. En suma, para interpretar la laja deberíamos establecer una relación con otros elementos para saber qué dicen, si pertenece a tal o cual cosmología, si se relaciona con un mito, con una taxonomía, en definitiva, como producto del intelecto. La *función* de la laja es otra cuestión difícil de responder. No sabemos si esta laja era parte de algún ritual en particular, y desconocemos en qué medida era parte de ese ritual. Es decir, no sabemos con seguridad qué hacían los hombres de ese tiempo en relación a esa laja. Probablemente, desde un enfoque funcionalista se diría que la función principal de

la laja hubiera sido la de integración social, o más específicamente, la de ser parte del establecimiento y mantenimiento del lazo social. Esta es una visión clásica, la del ritual como acción social que mantiene, legitima y refuerza el orden social, la cual obvia que el ritual también puede destruir y cuestionar ese orden. Probablemente, los trabajos de Victor Turner han reflejado el tránsito de la idea de sentido a la idea de función. En *La selva de los símbolos* Turner expresa cómo los rituales —y las ideas y valores que expresaban— dan continuidad a la vida social. Para poder analizar los símbolos rituales se requieren tres fuentes de información relevantes:

1. La forma externa y características observables.
2. Interpretaciones ofrecidas por especialistas y legos.
3. Contexto pertinente delineado por el antropólogo.

En el caso de la laja de *Teotihuacan* apenas podemos esbozar ese contexto; no disponemos de la opinión de los locales porque ya no existen; y no conocemos qué hacían los locales respecto a esa laja, sólo podemos apreciar su morfología, difícilmente sus sentidos. Desvelar por tanto sus significados resulta una tarea antropológicamente complicada. Ni siquiera de la comparación con cultos actuales a las piedras puede sostenerse, por inducción, una condición universal, precisamente por la carencia de datos acerca de la laja. El contexto pertinente de cultos actuales a las piedras a través del comparativismo entre culturas queda cojo por la falta de detalles precisos acerca de lo que ocurrió con la laja.

Nos conformamos con un pensamiento lábil (no débil) que sospeche que, efectivamente, esa laja representaba algo para alguien. La relación sígnica de la laja (sea un signo de algo o un símbolo), es decir, su vinculación con lo que representa más que su cualidad esencial, escapa a nuestro entendimiento. Las cosas que pudiera representar la laja son, por definición, de naturaleza ilimitada. A pesar de que hablamos de una cosa muy concreta (una piedra, que no es cualquier piedra), la información, experiencia personal o abstracción mental que pudiera comunicar internamente, no resultan muy concretos.

## Bibliografía

Bahn, P. y Renfrew, C. (1998): *Arqueología. Teorías, métodos y técnicas*, Akal, Madrid.

Cowgill, G. (1974): «Quantitative Studies of Urbanization at Teotihuacan», en: Hammond, N. (ed.), *Mesoamerican Archaeology; New Approaches*, Gerald Duckworth, London, pp. 363-396.

Galan Domingo, E. (1993a): «Las estelas decoradas del suroeste y las corrientes historiográficas de la arqueología española», en: De la Casa, C. (ed.), *V Congreso Internacional de Estelas funerarias. Actas del Congreso. Soria 28 de abril al 1 de mayo de 1993*, Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Soria, Soria, pp. 63-68,

Galan Domingo, E. (1993b): «Estelas y Fronteras: Un caso de estudio en el Bajo Aragón en época Ibérica», en: De la Casa, C. (ed.), *V Congreso Internacional de Estelas funerarias. Actas del Congreso. Soria 28 de abril al 1 de mayo de 1993*, Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Soria, Soria, pp. 69-106.

García Cook, A. (1984): «Dos elementos arquitectónic"s «tempranos" en Tlalancaleca, Puebla», *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, 2 (julio): 29-33.

Leach, E. (1989): *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos*, Siglo XXI, Madrid.

Manzanilla, L. (1994): «Geografía sagrada e inframundo en Teotihuacan», *Antropológicas*, 11: 53-66.

Millon, R. (1973): *Urbanization at Teotihuacan, México*, The Teotihuacan Map Text, vol. 1, University of Texas Press, Austin.

Millon, R. (1976): «Social relations in Ancient Teotihuacan», en: Wolf, E (ed.), *The Valley of Mexico*, University of New Mexico Press, Alburquerque, pp. 205-248.

Moragas Segura, N. (1995): *Aportaciones cronológicas y ceremoniales en dos cuevas al sudeste de la Pirámide del Sol, Teotihuacan, México*, Tesis de Licenciatura, Universitat de Barcelona, Barcelona.

Moragas Segura, N. (1996): «Cuevas ceremoniales en Teotihuacan; Nuevos hallazgos», *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* XLII: 121-129.

Moragas Segura, N. (1998): «Cuevas en Teotihuacan durante el período clásico», *Boletín Americanista*, 48: 179-195.

Morante, R. (1994): «Los observatorios Astronómicos Subterráneos: ¿Un invento Teotihuacano?», *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, XLII:159-173.

Morante, R. (1996): *Evidencias del Conocimiento astronómico en Teotihuacan*, Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, División de Estudios de Postgrado, UNAM, México.

Mountjoy, J. B. (1991): «West Mexican Stelae from Jalisco and Nayarit», *Ancient Mesoamerica*, 2: 21-33.

Plunket, P. y Uruñuela, G. (1998a): «Cholula y Teotihuacan: Una consideración del Occidente de Puebla durante el Clásico», en: Rattray, E. (ed.), *Rutas de Intercambio en Mesoamérica. III Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, IIA-UNAM, México, pp. 101-115.

Plunket, P. y Uruñuela, G. (1998b): «Áreas de actividad en unidades domésticas del Formativo terminal en Tetimpa, Puebla», *Arqueología* 20: 3-21.

Plunket, P. y Uruñuela, G. (1998c): «Preclassic household patterns preserved under volcanic ash at Tetimpa, Puebla, Mexico», *Latin American Antiquity*, 9(4): 287-309.

Piña Chan, R. (1993): *El lenguaje de las piedras. Glífica olmeca y zapoteca*, Fondo de Cultura Económica, México D. F.

Spence, M. W. (1984): «Craft Production and Polity in Early Teotihuacan», en: Hirth, K. (ed.), *Trade and Exchange in Early Mesoamerica*, University of New Mexico Press, Alburquerque, pp. 87-115.

Soruco Sáenz, E. (1985): *Una Cueva Ceremonial en Teotihuacan*, Tesis de Licenciatura ENAH, México.

Soruco Sáenz, E. (1991): «Una Cueva ceremonial en Teotihuacan y sus implicaciones astronómicas-religiosas», en: Broda, J. (ed.), *Arqueoastronomia y etnoastronomia en Mesoamérica*, Serie Ha. de la Ciencia y la Tecnología, 4, IIA-UNAM, México, pp. 269-291.

# Raederas entre los fusiles: evidencias de material lítico en los fortines pampeanos del siglo XIX

FACUNDO GÓMEZ ROMERO
Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
Becario Programa ADQUA (Generalitat
de Catalunya) en Dpt. Prehistoria UAB.

**RESUMEN.** El presente trabajo discute la presencia y utilización de material lítico en dos fortines argentinos de la antigua frontera sur de la provincia de Buenos Aires en la década 1860/1870, durante el proceso histórico conocido como «la conquista del desierto». Período cuya temática histórica se explica sucintamente. A través del análisis de huellas de uso efectuado sobre piezas líticas de los fortines Miñana y Otamendi, se pudo confirmar la utilización segura de algunas de las piezas para trabajar madera y piel. Se discuten las implicancias y alcances de estos resultados, y de las evidencias de talla de instrumentos de piedra para el caso de estos yacimientos de mediados del siglo XIX. Considerando que este tipo de procesos de trabajo efectuados con instrumental de tradición aborigen no estaban registrados en la historia escrita de este proceso histórico, y han podido ser identificados exclusivamente a partir de la investigación arqueológica.

**ABSTRACT.** This work discusses the presence and utilisation of lithic material in two Argentine forts on the old southern frontier of Buenos Aires province in the 1860-1870 decade, during the historical process known as the «Desert Conquest». Through a use wear analysis conducted on a series of lithic pieces obtained from the Miñana and Otamendi forts, it was possible to determine the utilisation of some of them to work wood and hide. The implications of these findings are considered in this paper, taking into account that work processes of this kind, performed with tools of Indian tradition, were not recorded in the written history of the times and have only been successfully identified on the basis of an archaeological research.

## Introducción: fronteras, desiertos y fortines

En los siglos XVIII y XIX, a la planicie pampeana argentina se la conoció como el *desierto*, concepto que es factible tildar de metafórico básicamente por dos razones: primero, porque buena parte del mismo era un territorio fértil, una extensa llanura de gramíneas, apto para la agricultura y la ganadería; y segundo porque estaba poblado mayoritariamente por aborígenes de diversos grupos étnicos y por los

llamados *gauchos* (habitantes mestizos de las llanuras pampeanas, ocasionales jornaleros que trabajaban en las estancias con ganado vacuno).

La imagen pergeñada sobre este territorio poseía su propia construcción histórica, según explica Navarro Floria: «En el marco del proceso moderno de expansión europea y particularmente en el de las expediciones científico-políticas de la época de la ilustración, los territorios que resultaban particularmente inhóspitos para los viajeros fueron conceptualizados como *desiertos*, ya fueran páramos, estepas o travesías sin una gota de agua, ya fueran selvas o ciénagas impenetrables. El paradigma cultural europeo occidental asignó la categoría de *desierto* no a los territorios deshabitados ni estériles sino a los no apropiados ni trabajados según las pautas capitalistas» (Navarro Floria, 2002: 140). Este autor expresa que existió un viraje manifiesto en la concepción de *desierto* que tenía la clase dirigente argentina, que fue desde el desinterés al interés, por lo que aquel espacio geográfico «inmenso, infinito, inaudito, despoblado, incierto, inseguro, indefenso, inculto, ilimitado» (Lojo, 1994, citado en Navarro Floria, 2002) tornóse en imperiosamente ocupable. Perspectiva que se delinea durante la década de 1860, se concretiza en el papel mediante la sanción de la ley de fronteras en 1867, y se efectiviza a partir de la conquista militar definitiva de 1879.

Este territorio dividido entre Pampa Húmeda y Pampa Seca, se extendía de Este a Oeste desde el Océano Atlántico hasta la cordillera de los Andes, mientras que el límite sur estaba surcado por una frontera que comenzaba en Buenos Aires, terminaba en Mendoza y constituía los confines del Estado argentino en formación. Más allá de la marca fronteriza se extendía lo que se denominaba *tierra adentro*, un vasto territorio de llanuras verdes, sierras, salinas, médanos de arena; surcado por ríos, riachos y lagunas, con manchones de bosques: talas en la pampa húmeda, algarrobos y caldenes en la pampa seca, y araucarias en los faldeos de los Andes.

Esta región fronteriza fue el epicentro donde se articularon complejas relaciones inter-étnicas desarrolladas entre indios, gauchos, estancieros, militares, comerciantes criollos, europeos inmigrantes y negros descendientes de esclavos africanos. Diversos autores han definido desde la etnohistoria a la frontera sur de la pampa bonaerense, Raúl Mandrini por ejemplo afirma que esta frontera, más que una línea de separación era «un área de interrelación entre dos sociedades distintas, en las que se operaban procesos económicos, sociales, políticos y culturales específicos» (Mandrini, 1992: 63). En una tónica semejante Carlos Mayo se refiere a «esos espacios marginales, en donde gente de distintas culturas interactuaba en el marco de condiciones particulares (militar, comercial, religioso, social y político) y se desarrollaban instituciones específicas (la misión, la encomienda, la milicia y el poblado)» (Mayo, 2000: 16). Finalmente Norberto Ras considera que «El concepto de frontera representa durante la colonia, más que una línea divisoria concreta y bien definida, una franja de terreno de anchura y ubicación mal delimitada, una especie de tierra de nadie, entre los territorios ocupados en forma permanente por los cristianos y aquellos sobre los cuales el control efectivo es ejercido por los indígenas. En ésta existían numerosas manifestaciones de intercambio entre las culturas en contacto, en un flujo y reflujo frecuente facilitado por la falta de obstáculos naturales y la impotencia de ambos adversarios por ejercer un dominio estricto dentro de su respectivo sector» (Ras, 1996).

Una vez ocurrida la independencia de España en 1816, el estado argentino intensificó el proceso de ocupación de la Pampa, que había sido diseñado —aunque

con variantes de operatividad y estilo— en el siglo anterior por los españoles. Debido a que consideró que el progreso material de la nación dependía de la conquista y colonización del *desierto*, ya que el esquema mundial determinaba que la inserción argentina en los mercados internacionales debía basarse necesariamente en la venta de materias primas agropecuarias a las naciones industrializadas. Este proyecto estaba acompañado con la idea de terminar con la «barbarie» de gauchos e indios, para poder poblar las pampas con inmigrantes europeos enfáticamente considerados «civilizados».

La conquista y colonización de la *tierra adentro* se efectivizó a partir del establecimiento de estructuras militares de campaña, ubicadas conformando cordones defensivos, denominados «líneas de fronteras con el indio». Dichas construcciones fueron los fortines, defendidos por escuadrones de caballería gaucha (llamados durante el período español *blandengues* y luego en el período independiente, *guardias nacionales)*. Según una descripción muy vívida de Slatta «these *crude, makeshift sod huts (fortines) were an attempt to push back the frontier line. Poorly armed frontier troops warned ranches and villages of indian attack, often by cannon shot. Soldiers manned rickety watchtowers to afford a longer view across the flat, treeles plains*» (Slatta, 1998: 85).

Las dotaciones de estas estructuras típicas de la vida de fronteras debían alertar a las poblaciones criollas situadas a sus espaldas sobre el paso de las invasiones indias, los temidos «malones» y perseguir a éstas para entablar combate. También eran funciones castrenses cuidar la caballada (aspecto fundamental en este tipo de ejército, conformado exclusivamente por unidades de caballería), reforzar las defensas —fosos, empalizadas, etc.— y realizar las patrullas diarias de exploración o «descubiertas». El grueso de las guarniciones estaba conformada por gauchos y por algunos indios de los denominados «amigos» de las tribus de los caciques *Catriel* y *Cachul* (Ebelot, 1968; Ratto, 1994 y Documentos originales en el Archivo General de la Nación y en el Archivo del Museo Etnográfico «E. Squirru» de Azul).

## Discusión: la talla de la piedra en los fortines Miñana y Otamendi

En este artículo se discutirá el tipo de talla del material lítico y se presentará el análisis del mismo recuperado durante la excavación de dos fortines de la línea de fronteras mencionada: Miñana y Otamendi, el primero de éstos ocupado de 1860 a 1863 y el segundo entre los años 1859 y 1869. No existían referencias de talla lítica como proceso de trabajo en estos contextos, ni en las fuentes escritas de la época —documentación original en archivos— ni tampoco en las fuentes etnohistóricas, ni siquiera las obras literarias que reseñaron la vida de los gauchos en los fortines (como por ejemplo el «Martín Fierro» publicado en 1872), hacían referencia a este particular.

En Fortín Miñana se excavaron 11 cuadrículas de 4 $m^2$ cada una, en 9 de ellas se halló material lítico estrictamente asociado a nivel estratigráfico con la ocupación militar. Si se considera que en las cuadrículas VII y VIII no solo no se registra la existencia de este tipo de material, sino la de ningún otro —solo aparecieron allí las huellas de los agujeros de poste de la empalizada— se puede afirmar que en la

totalidad de las cuadrículas con presencia de objetos arqueológicos del sitio se documentó la presencia de piedra tallada. Llegando a ser el 10 por 100 del total de hallazgos tridimensionales del yacimiento ($N = 150$). El porcentaje es bastante considerable para un fortín ocupado en la segunda mitad del siglo XIX. El inicio de excavaciones en el Fortín Otamendi, ubicado a 20 kilómetros al sur del anterior y con solo 2 cuadrículas excavadas hasta hoy, determina un porcentaje muy parecido respecto del lítico presente: 9 por 100 del total de registros tridimensionales (la segunda categoría más representada del sitio).

Estos números manifiestan la importancia de la talla lítica en los fortines, quedan no obstante diversas preguntas sin respuesta: 1.ª ¿Cuáles pueden ser la/s causas del desarrollo de esta actividad? 2.ª ¿Dónde obtendrían las materias primas líticas para ser trabajadas? 3.ª ¿Quiénes las trabajaban?, y finalmente 4.ª ¿Sobre qué tipo de materias primas lo hacían y qué instrumentos formatizaban —aspecto fundamental para determinar si existía o no actividad de talla— para efectuar qué tipos de tareas y sobre que materias trabajaban?

Una vía para intentar responder a la primer pregunta es considerar el grado de pobreza de estas guarniciones. Referencias explícitas a este particular aparecen en las fuentes etnohistóricas, la documentación de la época y el registro arqueológico. No hay que olvidar que estos efectivos militares estaban conformados por gauchos pertenecientes a los estratos sociales más bajos de la pampa, que eran llevados allí por la fuerza a partir de la existencia de una muy especial tecnología de poder perpetrada por las clases dominantes de Argentina (un análisis detallado de este particular puede verse en: Gómez Romero, 2002). Entonces la pobreza de las guarniciones podría haber determinado que en algunos fortines no hubiera existencia de cierto tipo de herramientas, faltante que pudiera suplirse con instrumental hecho en piedra. De todas maneras, en los registros escritos —inventarios— que consignan las existencias de objetos en los fortines, aparece una profusión de elementos de metal para cortar/raer/raspar, etc además en el registro arqueológico de Fortín Miñana se recuperaron dos hojas de cuchillos. Por otra parte, el precio de un cuchillo, era muy barato en esos años y los documentos refieren a que cualquier gaucho lo portaba (incluso para autores sagaces como Sarmiento éste constituía la prolongación de la mano del gaucho y recordemos que este grupo humano constituía la mayoría de las dotaciones de los fortines). Por tanto, no parece haber sido la escasez de elementos de metal una causa explicativa de este fenómeno. Tal vez la manufactura y utilización de material lítico en estos contextos se explique mejor a partir de un decreto militar escrito el 7 de julio de 1857, expedido para que su dictamen se ponga en vigencia en el ámbito exclusivo de la frontera del Sur de la Provincia de Buenos Aires. El documento especifica que debido a las peleas que se manifestaban en el interior de los fortines, incentivadas por el consumo de alcohol, se prohibía desde esa fecha, la utilización e incluso la portación de cuchillos en el interior de estas estructuras militares. Los infractores sufrirían penas de entre 200 y 800 azotes en público (citado en: Luna, 1996).

La observación en el cumplimento de este decreto no resultaría un problema en un ámbito de fácil vigilancia como era un fortín, con presencia de una torre elevada de observación llamada «mangrullo» desde la cual se observaba constantemente las actividades de los soldados para evitar las continuas deserciones. Por tanto, la imposibilidad de usar cuchillos quizá haya determinado que, al menos ciertas porciones de la guarnición, hayan tenido que utilizar herramientas de piedra para

realizar algunos trabajos concretos. En esos emplazamientos un cierto número de soldados eran, como ya se ha dicho, indios alistados, quienes por tradición poseían los conocimientos necesarios para trabajar la piedra. Al respecto, las fuentes etnográficas de mediados del siglo XIX y estudios posteriores sobre el tema, no especifican que la talla lítica fuera una actividad comúnmente desarrollada por estos grupos aborígenes genéricamente denominados «pampas», en fechas tan tardías, excepto para la fabricación de bolas de boleadora (ver por ejemplo entre muchos otros: Mandrini y Ortelli, 1992). Fenómeno que se explica a partir del intenso grado de aculturación en que se encontraban estos grupos y el fácil acceso a materiales confeccionados en hierro y otros metales que obtenían a partir del intercambio con los blancos. No obstante, los soldados aborígenes o mestizos que habitaban en los fortines, en donde regía la prohibición de usar cuchillos a partir de aquel decreto, quizá se vieron forzados a re-comenzar a tallar material lítico para fabricar los instrumentos tradicionales de su propia cultura (raederas, raspadores, etc.). Es decir herramientas con las cuales se podían suplir a los cuchillos en diversas tareas cotidianas.

Aunque tal vez no eran los únicos que confeccionaban estas herramientas, porque los gauchos eran elementos mestizos de ambas culturas y gran parte de ellos habían vivido en las tolderías aborígenes muchos años por motivos diversos. Por tanto, es muy probable que conocieran las técnicas de fabricación de instrumentos líticos y llegado el caso, los elaboraran ellos también dentro de los fortines. Esta explicación plantea algunos interrogantes acerca de la utilización de unidades analíticas cerradas o esquemáticas que, reflejadas en la cultura material de los grupos étnicos determinen ecuaciones tales como: «talla de piedra = tallador aborigen». Consideramos que ésta resulta inadecuada cuando se trabaja en zonas fronterizas con presencia de sistemas sociales abiertos en donde el intercambio cultural es la norma que estipula las relaciones humanas. El proceso histórico de existencia de dicha frontera posibilitó un período de más de 150 años de interacciones étnicas profundas entre aborígenes y criollos, aspecto que determinará que la mayoría de los actores sociales —indígenas y gauchos, ambos con un alto grado de mestizaje— que habitaban los fortines hubieran podido tallar o utilizar esas herramientas de piedra.

El paisaje de serranías bajas que rodea al Fortín Miñana, y se encuentra cercano al Fortín Otamendi, presenta un par de afloramientos en los cuales las dotaciones de estos emplazamientos obtenían la materia prima lítica para confeccionar los instrumentos. Para el sitio Fortín Miñana las fuentes de materias primas líticas se ubican a 10 kilómetros, en el «Cerro Negro» con presencia de afloramientos de cuarcita y de calcedonia en las «Sierras Bayas» ubicadas a 20 kilómetros. Las distancias se duplican para el sitio Fortín Otamendi, siendo las mismas fuentes de materias primas, aunque de todas maneras no resultan distancias muy significativas para gentes acostumbradas a moverse caballo cubriendo grandes distancias. Queda por responder la última pregunta de las enunciadas; al respecto el análisis lítico de Fortín Miñana a dado los siguientes resultados, en relación a los tipos de piezas y/ o desechos recuperados.

| Categoría | Cantidad | Porcentaje |
|---|---|---|
| Frag. sec. de talla | 65 | 43 % |
| Lascas | 41 | 27 % |
| Fragmentos | 36 | 24 % |
| Instrumentos | 5 | 3 % |
| Guijarros no tallados | 3 | 2 % |
| **Total** | **150** | **100** |

Y se han usado para confeccionarlos las siguientes materias primas líticas:

| Materia prima | Cantidad | Porcentaje |
|---|---|---|
| Cuarcita | 97 | 64 % |
| Calcedonia | 27 | 18 % |
| Roca granítica | 10 | 7 % |
| Cuarzo | 5 | 3 % |
| Sílex | 2 | 1 % |
| No determinada | 9 | 6 % |
| **Total** | **150** | **100** |

Para el caso del yacimiento Fortín Otamendi —en el que se han excavado únicamente 2 cuadrículas— el análisis tecno-tipológico entregó los siguientes resultados:

| Categorías | Cantidad | Porcentaje |
|---|---|---|
| Frag. sec. de talla | 10 | 33 % |
| Lascas | 7 | 23 % |
| Fragmentos | 3 | 10 % |
| Instrumentos | 6 | 20 % |
| No tallados | 4 | 13 % |
| **Total** | **30** | **100** |

Se usaron para confeccionarlos las siguientes materias primas líticas:

| Materia prima | Cantidad | Porcentaje |
|---|---|---|
| Cuarcita | 17 | 57 % |
| Calcedonia | 8 | 27 % |
| Pizarra | 4 | 13 % |
| Roca granítica | 1 | 3 % |
| **Total** | **30** | **100** |

El análisis de las huellas de uso en los instrumentos fue realizada por el Dr. Ignacio Clemente del CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas). El análisis ha dado datos muy significativos por ejemplo, en el orden cuantitativo, las dos cuadrículas excavadas del Fortín Otamendi, ya han entregado más cantidad de instrumentos que las nueve del Fortín Miñana. La descripción técnica de cada uno de los instrumentos se puede ver en el cuadro que sigue, teniendo en cuenta que se han utilizado las siguientes categorías de análisis tomadas de Clemente (1997: 92):

*a*) Piezas con utilización segura: las que presentan rastros seguros que permiten identificar el tipo de material trabajado, el movimiento efectuado o ambas cosas.
*b*) Piezas no usadas: las que presentan indicios claros de no haber sido utilizadas (aristas frescas, etc.).
*c*) Piezas con utilización probable: aquellas que presentan rastros de uso acompañados de alteraciones superficiales que los modifican y que no pueden por tanto, ser asignados a un material determinado o modo de utilización preciso.
*d*) Piezas con utilización posible: las que presentan redondeamiento, lustres, etc. que pueden indicar un posible uso, pero que no muestran claros micro-rastros de uso.

En Fortín Miñana estas piezas poseen las siguientes características en relación con su presencia/ ausencia de huellas de uso: la pieza Nº 1, posee uso seguro en su filo distal y ha trabajado sobre madera y uso probable en su filo derecho. La Nº 83, sobre filo distal uso probable también sobre madera. La Nº 119, usos probables en sus filos izquierdo y derecho; la Nº 53, es un percusor con evidencias de impactos, consecuencia de haber sido utilizado como tal. Finalmente las piezas Nº 4 y Nº 43 que remontan entre sí, no tienen uso.

A su vez, para el yacimiento Fortín Otamendi: la pieza Nº 12, posee uso posible/probable en filo derecho. La Nº 5, huellas de uso probable quizá de haber sido utilizada en trabajo con madera. La pieza Nº 9, uso posible/probable sobre filo derecho, mientras que la pieza Nº 1, tiene uso seguro sobre cuero/piel. La Nº 18, uso posible/probable en filo distal también quizá sobre materia prima cuero/piel y por último la pieza Nº 14, uso probable sobre filo izquierdo y filo distal sobre madera como materia prima.

## Conclusiones

La existencia de buen número de lascas, micro-lascas, desechos secundarios de talla y de instrumentos usados para trabajar materias primas diferentes —fundamentalmente madera y piel— y además la presencia de un percutor con rastros de percusión observados microscópicamente. Permiten considerar, al menos como hipótesis altamente probable, la existencia de talla lítica como proceso de trabajo en los dos fortines pampeanos excavados; y como segura, la utilización de instrumental lítico en el interior de estos contextos.

Como se ha expresado anteriormente, este tipo de procesos de trabajo no estaba registrado en las fuentes escritas de la época. Éstas solo documentaban la presencia

de instrumentos de metal tales como cuchillos, en los inventarios de las fuerzas fronterizas acantonadas en los fortines de la línea del Sur. En las excavaciones de los sitios Miñana y Otamendi, solo aparecieron dos hojas de estos instrumentos, en el primero de los yacimientos mencionados. En contrapartida, la evidencia arqueológica determina la presencia de material lítico en buena cantidad y entre éste, la existencia de diversas piezas utilizadas como instrumentos de trabajo para cortar y raer, como si fueran cuchillos. Creemos que ejemplos como éste, evidencian el gran potencial explicativo que posee la interacción-contrastación-contradicción entre fuentes escritas y evidencia arqueológica, razón de ser de la existencia —en América— de nomenclaturas tales como «Arqueología Histórica».

Las raederas fueron silenciadas porque no tenían lugar en una construcción ideológica que potenciaba el «nosotros *vs*. ellos», a partir de la fórmula «civilización *vs*. barbarie» incansablemente repetida por el estado y la burguesía porteña. La existencia de estos artefactos en los fortines constituye la demostración práctica de la falacia de esas dicotomías aplicadas a contextos de fuerte interacción étnica, como estos emplazamientos militares o las tolderías indígenas. Allí, la coexistencia de indios y criollos determinaba que el «nosotros *vs*. ellos» fuera la expresión de una realidad falsa, porque bien podría afirmarse que «nosotros somos ellos» y «ellos son, a la vez, nosotros». Así, estos objetos líticos se transforman en la manifestación material de la cultura híbrida de la frontera.

De esta manera, las raederas se han posicionado entre los fusiles. Fusiles que comprados a los Estados Unidos sirvieron para aniquilar sin concesiones a los aborígenes de las llanuras. Fusiles bajo cuya sombra se escribió la historia oficial Argentina sobre la «conquista del desierto», historia de omisiones descaradas que no mencionaba las raederas. Consideradas como «fósiles guías» de una época pasada de contaminaciones inter-étnicas que debía olvidarse o minusvalorarse en aras del progreso civilizador de la nación. Por tanto, que éstas como elementos tradicionales del acervo cultural aborigen, hayan sido recuperadas mediante la investigación arqueológica, es un hecho que constituye todo un símbolo en el proceso de reescritura de la historia de la «conquista del desierto».

Para concluir, es posible afirmar que la investigación posterior en otros sitios arqueológicos con características similares a los aquí estudiados, ubicados en otras regiones y/o pertenecientes a otras décadas de permanencia de las fronteras internas con el aborigen. Permitirán determinar si éste fenómeno de utilización de instrumental lítico posee una extensión a nivel tiempo y espacio o si únicamente forma parte de un desarrollo particular y exclusivo de la porción centro-sur de la Provincia de Buenos Aires, durante el decenio de 1859 a 1869.

## Bibliografía

Bechis, M. (1999): «Los lideratos políticos en el área araucano-pampeana en el siglo XIX: ¿autoridad o poder?», *La Etnohistoria en CD. Revista Naya*, Número especial en CD-Rom.

Clemente Conte, I. (1997): *Los instrumentos líticos de Túnel VII: una aproximación etnoarqueológica*, Treballs D' Etnoarqueología, 2, Bellatera (Barcelona).

Ébelot, A. (1968): *Recuerdos y relatos de la guerra de fronteras*, Hachette, Buenos Aires.

Gómez Romero, F. (2002): «Philosophy and historical archaeology: Foucault and a singular technology of power development at the nineteenth century, Argentina», *Journal of Social Archaeology*, 2(3): 402-429.

Luna, M. (1996): *Delitos y delincuentes. Historia de ilícitos en el Azul del siglo XIX*, Ms, Azul.

Mandrini, R. (1992): «Indios y fronteras en el área pampeada (siglos XVI-XIX) Balance y perspectivas», *Anuario del IEHS*, 7: 59-73.

Mandrini, R. y Ortelli, S. (1992): *Volver al país de los Araucanos*, Sudamericana, Buenos Aires.

Mayo, C (ed.) (2000): *Vivir en la frontera: la casa, la dieta, la pulpería, la escuela (1770-1870)*, Biblos, Buenos Aires.

Ratto, S. (2002): «Una experiencia fronteriza exitosa: el negocio pacífico de indios en la provincia de Buenos Aires (1829-1852)», *Revista de Indias*, LXIII(227): 191-222.

Slatta, R. (1996): «Spanish colonial military strategy and ideology», en: Guy y Sheridan (eds.), *Contested ground: comparative frontiers on the northern and southern edge of the Spanish empire*, The University of Arizona Press, Tucson, pp. 83-96.

# Proyecto etnoarqueológico: la ruta del mezcal

JESÚS CARLOS LAZCANO ARCE.
Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM.
MARI CARMEN SERRA PUCHE.
Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM.
MERCEDES ADÁN LIRAS.
Universitat Autònoma de Barcelona.

**RESUMEN.** El presente trabajo es producto de varios años de investigación arqueológica que se ha realizado en el sur del estado de *Tlaxcala*, concretamente el conjunto «*Xochitécatl-Cacaxtla*-Nativitas».

En las unidades habitacionales de Nativitas se localizaron hornos que, los análisis químicos y la etnografía, han afianzado como válida la hipótesis de que habían servido para cocer piñas de maguey con objeto de elaborar mezcal.

Posteriormente se ha realizado el trabajo etnoarqueológico «La Ruta del Mezcal» que nos ha confirmado las fases de producción, las relaciones sociales generadas y la función social que representa.

Ello nos permite afirmar, en una primera aproximación, que la fase de producción del mezcal fue efectuada por las clases sociales más desfavorecidas para el consumo de las elites religiosas y políticas.

**ABSTRACT.** The present work is the result of several years of archaeological research, which has been developed in the southern part of the *Txacala* state. Concretely, in the «*Xochitécatl-Cacaxtla*-Nativitas» region.

In the habitational end household areas of *Nativitas* several ovens were localized. Chemical analysis and ethnography have confirmed the hypothesis that they had been used for baking maguey cones, with the focus on making mescal.

Afterwards, the ethnoarcheological work titled «The *Mezcal* Route» has confirmed the production steps, the social relationships developed and its impact in the society.

This result allows confirming, as a first approximation, that the production step of the mescal was done by the lowest social classes, and that it was consumed by the religious and political elite.

## Antecedentes del Proyecto

Las investigaciones realizadas en el sur del valle de *Tlaxcala* en el centro de la República Mexicana por los proyectos arqueológicos: *Xochitécatl* (1992-1997), el Hombre y sus Recursos en el Sur del Valle de *Tlaxcala* durante el Formativo y Epi-

clásico (1998-2000), así como el proyecto Etnoarqueología del Sur del Valle de *Tlaxcala*: la especialización durante el Formativo (2000) son los antecedentes más inmediatos. Estos proyectos han proporcionado información con respecto a la dinámica cultural del centro ceremonial *Xochitécatl* a través de la recuperación y análisis de los vestigios de la actividad humana. Se han reconstruido algunos modos de trabajo y patrones de conducta cotidiana identificadas durante las diversas fases ocupacionales prehispánicas que se han inferido de *Xochitécatl-Cacaxtla* y el sitio Nativitas. También se ha obtenido información en aspectos como el patrón de asentamiento, extensión, sistemas constructivos, cronología y su proceso histórico y evolutivo, el cual abarca desde el período Formativo (800 a.C.) hasta su abandono a finales del período Epiclásico (950 d.n.e) (Serra, 1998: 11-12).

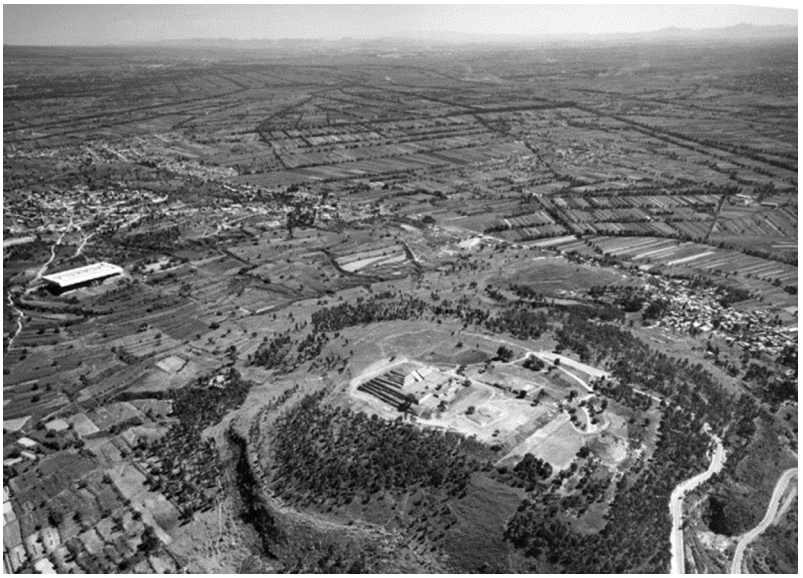


Figura 1. Sitio arqueológico *Xochitècatl-Cacaxtla*-Nativitas.

Singular importancia han tenido los espacios domésticos (unidades habitacionales) localizados en el sitio de Nativitas, descritos desde el siglo XVI por Muñoz Camargo (1984) y reportados por la Fundación Alemana para la investigación Científica (FAIC-1970) y el proyecto arqueológico el Valle de Puebla-*Tlaxcala*, (García, 1974). Con base en nuestros trabajos de excavación y análisis del material arqueológico, realizados en el proyecto arqueológico El Hombre y sus Recursos en el Sur del Valle de *Tlaxcala* durante el Formativo y Epiclásico (1998-2000), se estableció la relación entre el centro ceremonial de *Xochitécatl*, *Cacaxtla* y el sitio Nativitas (Serra y Lazcano, 1999). Fue en este último sitio donde se construyeron terrazas para cultivo y habitaciones asociadas a hornos que sirvieron para el cocimiento de las cabezas del maguey (piñas) y consideramos, producir una bebida. Otras actividades desarrolladas por estos habitantes están relacionadas con la manufactura de cuentas de piedra verde, navajas prismáticas y utensilios de hueso animal, así como la preparación de alimentos y almacenamiento. Esto nos ha llevado a inferir la existencia de diferentes niveles de especialización en los aspectos agro-artesanales. Hemos abordado la asociación habitación-horno, no solamente con el fin de conocer su función, sino para entender todo el proceso productivo que se llevaba a cabo en estas áreas.

La identificación, el grado de especialización y procesos económicos relacionados con los hornos asociados a las habitaciones nos ha llevado a realizar estudios etnoarqueológicos en diferentes comunidades de los estados de Oaxaca y Tlaxcala. Con base en los resultados de dichos estudios podemos inferir que los hornos fueron utilizados para cocer la cabeza o piña del maguey, las cuales sirven para obtener una bebida alcohólica llamada Mexcal.



Figura 2. Magueyes en la sierra del estado de Oaxaca, México.

Los trabajos antecedentes que se han realizado sobre el Mexcal son los de Henry J. Bruman (1935), con su estudio intitulado Alcohol en el antiguo México, donde hace una revisión de documentos históricos y lleva acabo estudios etnológicos relacionados con las bebidas alcohólicas fabricadas por diversos grupos indígenas. Abarcó desde el río Gila de Arizona hasta el sur del Istmo de Panamá, donde propone la existencia de una región productora de bebidas alcohólicas, dividida en seis áreas culturales. Para México menciona el consumo del mexcal por diferentes grupos étnicos: 1) Cactus Noroeste: consumido por los *Pima*, *Papago*, *Ópata* y *Chita*. 2) en al área *Tesgüino*; el mexcal es consumido por los *Tarahumaras*, *Tepehuanes*, *Varohíos* y *Huicholes*. 3) En el área de la Tuna y Mezquite, por las etnias *Zacateca*, *Guachichil*, *Chichimeca* y *Pame*. 4) En el área del Pulque, por las etnias *Tarasca*, *Cazcan*, *Mixteca* y *Zapoteca*. 5) En el área del Mescal y Jocote por los Tahue, Cora, Totorame, Otomí (Jalisco) y Nahua. 6) el área del Balche, dividida en dos partes: *Maya-Quiché* y *Balché*.

Henry J. Bruman, pensaba que el cultivo del maguey, en las regiones de México y América Central, fue fundamental para la fabricación del mexcal y que éste es conocido con diferentes nombres como Tequila y Bacarona. Al igual que nuestros estudios en *Oaxaca* y *Tlaxcala*, reporta el uso de grandes hornos para el cocimiento de las piñas de maguey en los estados de Sonora, Chihuahua, Sinaloa, Durango, *Nayarit*, *Zacatecas*, San Luis Potosí, Jalisco, Colima, *Michoacán*, Hidalgo, Puebla, Estado de México, Distrito Federal, Guerrero, *Oaxaca* y *Tlaxcala*. Establece la existencia de diferentes especies de agave en dichos Estados, utilizándose varias de ellas en la producción artesanal del Mexcal. Desafortunadamente

del momento de su estudio a la actualidad muchas poblaciones han dejado de producir Mexcal, por lo que es importante realizar un registro de aquellas que aún lo producen y consumen.

Otros estudios como el de Ulises Torrentera (2000) titulado «Mezcalaría» efectúa también una recopilación de la historia del Mezcal. Sin embargo, sus estudios están realizados sólo en el estado de *Oaxaca*, en los que señala:

«estos procesos de trabajo quizá eran conocidos antes de la llegada de los españoles, Según Manuel Payno, antes de la Conquista, los indios elaboraban una bebida con hojas de maguey, a la que llamaban *maguee*, que se elaboraba quitándole la corteza y los nervios al maguey, para luego asar y cocer en hornos hechos en la tierra, pero la descripción más bien se refiere al mexcal».

También en el siglo XVI, el franciscano Toribio de Benavelte, Motolinía afirma haber escuchado sobre un licor elaborado a partir del cocimiento del corazón del maguey que llamaban *mezcalli*.

«que los españoles dicen que es de mucha sustancia y saludable».

El encomendero de *Miahuatlán*, *Oaxaca*, Mateo de Monjaraz, hijo del conquistador Gregorio de Monjaraz, en una relación de 1580, al refiriese a los múltiples usos de maguey escribe que de la cabeza o corazón del agave

«se hace un genero de conserva del centro del cual introduciéndolo en un hoyo, encima unas piedras y echan tierra encima y fuego debajo con lo cual se cuece y quedan tan dulce como conserva y se corta a tajadas que llaman *mixcal*, y asimismo hace vinagre y otras muchas cosas que no se pueden explicar ni dar entender».

En la Descripción de la Nueva Galicia (1621), Domingo Lázaro de Arregui consigna que:

«los mexcales son muy semejantes al maguey, y su raíz y asientos de las pencas se comen asados, y de ellas mismas, exprimiéndolas así asadas, sacan un mosto de que sacan vino por alquitara, más claro que el agua y más fuerte que el aguardiente y de aquel gusto. Y aunque del mexcal de que se hace comunican muchas virtudes, úsalen en lo común con tanto exceso, que desacreditan el vino y aun la planta. Alquitara significa lo mismo que destilación o, propiamente, el alambique...».

En una Relación de 1777 el bachiller Nicolás de Feria y Carmona hace una prolija enumeración de hierbas y frutas medicinales en la comunidad de San Pablo Coatlán, *Miahuatlán*, en la que de pasada y sin mayor comentario, se refiere al «*socoyule* un genero de chicha que usan los indios y embriaga».

«Así nacieron los diferentes mezcales que todavía conocemos: tequila, sotol, el comiteco de Chiapas, el bacanora de sonora, la raicilla y barranca de Nayarit y Jalisco, la *tuxca* o *quitupán* de Colima, *yahuytzingu* (en la Mixteca) antiguamente fermentado en cubos de cuero como el Pulque, el Mexcal de sustancia, el Tequila» (Torrentera, 2000: 29-97).

Jorge Quiroz Márquez, en su libro: *Lo que quería saber del Mexcal y temía preguntar* expone que:

«...más que la impresión de que a lo largo de nuestra existencia hemos denostado injustamente contra ellos (los magueyes) al considerarlos generalmente como

plantas que solamente sirven para alegrar los paisajes desérticos de nuestro país y en el mejor de los casos como productoras de ciertos artículos que cada día están más en desuso al ser sustituidos los más por derivados del petróleo... Urgente se antoja la tarea de revalorar la biodiversidad que países como México disfruta, antes de que sea demasiado tarde y se pierdan para siempre especies de vegetales y animales que hoy ven amenazada su existencia».

Lo anterior fue corroborado con los trabajos etnoarqueológicos llevados acabo en algunas comunidades de *Oaxaca*, donde nos expusieron la preocupación de la salida del maguey hacia el estado de Jalisco, esto ha tenido como consecuencia que los palenques se abandonen, pues el dueño de un palenque compra las pencas y no necesariamente cultiva el maguey. Por otra parte, Quiroz sugiere que: «fijemos nuestra atención en el hecho de que el mezcal al igual que el vino es diferente de pueblo a pueblo de acuerdo a como es laborado, estaremos descubriendo una relación por demás interesante, que para la mayoría de nosotros ha pasado desapercibida...si queremos realmente proyectar un reflejo fiel de lo que acontece con los distintos mezcales... tenemos en el futuro que hacer una diferenciación estricta de la procedencia de los mismos...» (Quiroz, s/f: 10-11).

Los trabajos de investigación de *Oaxaca* buscaron dar cuenta de las comunidades indígenas que aún utilizan hornos de tierra y que mantienen sus costumbres, tradiciones y lenguaje, cuyas comunidades son los zapotecas y mixtecas. Las primeras comunidades zapotecas donde se llevo a cabo el estudio etnoaqueológico fueron *Zimatlán*, *Miahuatlán*, Santiago Matatlan, *Tlacolula*, Sola de Vega, *Ocotlàn*, *Ejutla*, San Luis del Río, San Dionisio Ocotepec, San Baltasar Chichicapan, Santa Catarina Minas, San Luis Amatlan y Albarradas.

El estudio realizado en estas poblaciones definió las fases básicas y necesarias que se tienen que realizar para la producción de mezcal:

— Recolección de las piñas o cabezas del maguey, para ello se necesita jimar o despencar el maguey.
— Cocimiento de las piñas del maguey en hornos hechos en el suelo con paredes de piedra o tierra.



Figura 3. Colocación de las piñas del maguey en los hornos con paredes de piedra.

— Corte o trituración de las piñas del maguey cocido:



Figura 4. Trituración de las piñas del maguey cocido, con mazos sobre una palangana hecha de un árbol. Población de San Juan Bautista, *Oaxaca*.

— Fermentación en tinas de madera u ollas de barro del maguey cocido ya triturado:

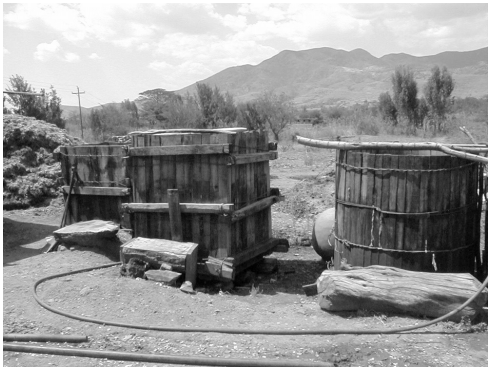


Figura 5. Tinas de madera para la fermentación del maguey cocido.

— Destilación con alambique de ollas, corteza de árbol o de cobre para la condensación de los vapores producidos por el maguey cocido:



Figura 6. Destiladora con base en ollas.

Diódoro Granados Sánchez, en su libro *Los Agaves en México* clasifica al agave por regiones, está el del Altiplano Potosino-Zacatecano, donde el aprovechamiento del maguey, por parte de los poblados donde se fabrica el mezcal, son en la actualidad, ejidos y las áreas donde se recolectan las piñas son propiedad de cada ejido... Los únicos poblados que fabrican mezcal en Zacatecas son el Chino, la Pendencia, Saldaña y Santiago, y en San Luis Potosí, en Santa Teresa Municipio de *Ahualulco*... Los hornos tienen un canal, que los comunica con el molino, por donde escurre el jugo que suelta la piña al cocerse. Al molino se conducen las piñas, después de cocidas y allí se exprimen para hacer que suelten el jugo... en Jalisco... son diferentes los horno Tequila Cuervo, con paredes de ladrillo y tiempo de estancia de las piñas de 36 a 48 horas, o en horno Tequila Sauza, con paredes de auto claves por lo que el tiempo es menor de 8 horas...el mezcal bacanora en Sonora es un horno rústico de un metro de profundidad y amplio (donde puedan caber de 60 a 70 piñas)... el jugo o «saite» de las piñas maceradas se llevan a un tanque de fermentación denominado barroco que está cerca de la destiladora... Después de la fermentación inicia la destilación... para obtener 40 litros de mezcal se utilizan 60 o 70 piñas (6 o 7 cargas de burro)... (Granados, 1999: 85, 99 y 115).

Con base en los antecedentes descritos El proyecto la Ruta del Mezcal corroborara principalmente los datos obtenidos por Henry J. Bruman en la región del mezcal propuesta por él. Se pretende realizar un registro donde se den a conocer los cambios que ha tenido la producción en dicha región, cabe señalar que estos datos se compararan con los resultados obtenidos en los proyectos arqueológicos ya mencionados.

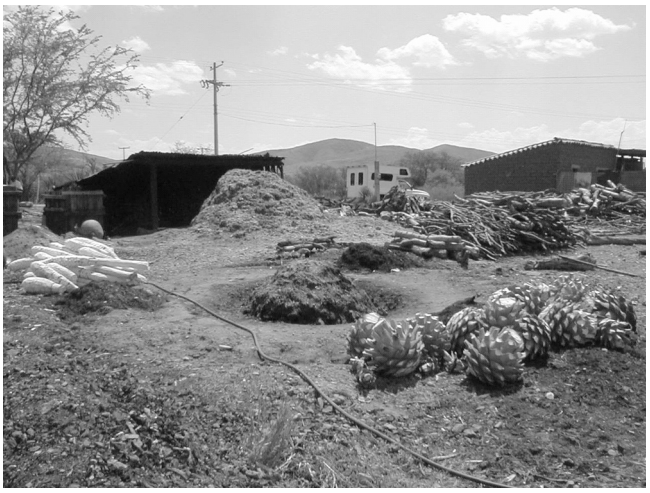


Figura 7. Palenque: área donde se produce la bebida del mezcal.

## Problema de investigación

Los resultados obtenidos, y mencionados en los antecedentes, son una parte de lo que se ha estudiado sobre el mezcal en la actualidad. Si bien, los trabajos etnoarqueológicos realizados, sirvieron para registrar las diferentes formas como se produce el mezcal en algunas comunidades de Oaxaca. En este nuevo estudio nos preguntamos «¿Cómo y cuales han sido los cambios de la producción artesanal del

mezcal en las comunidades de los Estados de la República Mexicana? Por otra parte: ¿los grupos sociales que participan en la fabricación del mezcal están especializados en diferentes actividades del desarrollo de producción?; ¿cuáles son los indicadores que se han propuesto para inferir arqueológicamente el uso de los hornos utilizados para cocer maguey? Por otra parte: ¿Cómo son actualmente los procesos de producción en los estados de la República Mexicana que aún fabrican mezcal? Cada una de estas preguntas guían nuestra investigación.

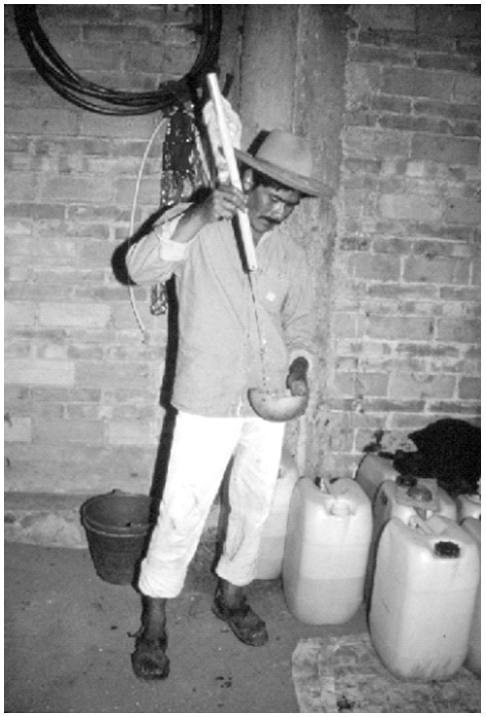


Figura 8. Mezcal producido por un zapoteca del valle de Oaxaca.

## Hipótesis

El proyecto La Ruta del Mezcal, pretende continuar y ampliar las investigaciones Etnoarqueológicas en los estados de Durango, Chihuahua, Jalisco, Sonora, San Luis Potosí, *Querétaro*, el mismo *Oaxaca* y Zacatecas, entre otros, pues:

*a*) Se considera que el mezcal, conocido con diferentes nombres en algunos estados de la República Mexicana, ha tenido cambios en los procesos sociales y técnicos, donde el grado de especialización de los distintos grupos sociales, es adquirido a través del desarrollo total de las actividades necesarias en su fabricación.
*b*) También se propone que los hornos en el sitio Nativitas pudieron tener una continuidad en su uso desde el Formativo hasta el Posclásico Temprano (500 a.C. a 1200 d.C.).
*c*) Asimismo se establece que el hallazgo del complejo horno-unidad habitacional-formación troncocónica localizado en el sitio Nativitas es el reflejo de una actividad productiva concreta: la bebida del Mexcal.

## Objetivos del proyecto

Los diferentes grupos humanos que se han asentado en los estados de la República Mexicana, han aprovechado el Maguey para satisfacer una serie de necesidades como: alimento, construcción de viviendas, medicamentos, textiles, cuerdas, bebidas alcohólicas (Mezcal y Tequila), miel, vinagre, azúcar, tortillas de quiote, entre otros. Si bien, el maguey pertenece al género agave y taxonómicamente se ubica en la familia *Agavaceae*; es una planta que se adapta a condiciones de aridez. Con raíces someras y ramificadas, cutícula gruesa, suculencia, estomas hundidos, metabolismo fotosintético y metabolismo ácido de crasuláceas (MAC) son algunos de los atributos que le permiten establecerse en zonas carentes de agua (Granados, 1999: 9-10).

Uno los objetivos planteados en los anteriores proyectos han sido el de establecer el modo de vida de los habitantes prehispánicos del Valle de *Tlaxcala* desde 500 a.C. hasta el 950 d.C. Para lograr el cumplimiento de este objetivo, se ha ido desarrollando un estudio de investigaciones arqueológicas en el Bloque *Xochitécatl*-Nativitas-*Nopalucan*, y una investigación etnoarqueológica, en las comunidades de *Tlaxcala* y *Oaxaca*.

Por el momento se han originado favorables resultados en el estudio del Mezcal, bebida alcohólica que se obtiene del Maguey a través de procesos de trabajo tradicionales como son: la utilización de canoas y mazos para el machacado de la piña cosida y las ollas que sirven para la destilación. Lo anterior lo hemos planteado como analogía para inferir el uso de los hornos del sitio arqueológico Nativitas, lo cual ha resultado cierto. Las actividades de campo en el sitio Nativitas han consistido en varias excavaciones, cuyo objetivo es la localización de más hornos asociados a unidades habitacionales y formaciones troncocónicas.

Si bien, las fuentes del siglo XVI, a las que generalmente acuden los investigadores, no establecen una distinción clara entre las bebidas fermentadas y las destiladas, a través del trabajo etnoarqueológico hemos podido contrastar los datos con el registro arqueológico por lo que planteamos como objetivo principal:

Continuar con los estudios etnoarqueológicos en diferentes comunidades de los estados de la República, para registrar la diversidad de agaves, hornos procesos de destilación usados en la producción del Mezcal, identificar el grado de especialización adquirido por los grupos humanos e inferir los indicadores actuales que permitan el uso de los hornos prehispánicos en la producción del mezcal.

## Objetivos particulares

1. Estudiar el tipo de especies de agave, así como las formas de cultivo, los instrumentos y herramientas que se utilizan en la producción del mezcal.
2. Identificar los diferentes modos de trabajo que se llevan acabo en los procesos productivos del mexcal, como alimento y el mezcal, como bebida alcohólica.
3. Estudiar los diversos procesos de fermentación y destilación que se llevan acabo en los estados de la República Mexicana que producen el mezcal.
4. Analizar los materiales actuales obtenidos del interior y exterior de los hornos y áreas de destilación usados en la producción del mezcal.

5. Realizar registros etnográficos en cada una de las comunidades a fin de preservar para el futuro, las actividades encaminadas en su producción dado el proceso de extinción en el que se encuentra.

## Metas del proyecto

El maguey es considerado como el árbol de las maravillas; como un recurso natural que se aprovecha para obtener diferentes productos que forman parte de la subsistencia de diferentes grupos sociales. Las investigaciones relacionadas con la fabricación del mezcal, han registrado los procesos de producción, principalmente en algunas comunidades del estado de *Oaxaca*. Si bien dichos trabajos han cumplido solo con una parte de la investigación, falta por realizar nuevos estudios desde una perspectiva etnoarqueológica a fin de obtener un registro de datos que permitan inferir el uso de los hornos prehispánicos en la fabricación del mexcal. Además pretendemos aportar al conocimiento de dichos estudios una alternativa de registro arqueológico para casos similares, a través de la edición de un libro que hable de la vida cotidiana de los diferentes grupos humanos actuales dedicados a la fabricación del mezcal y su pasado.

## Metodología

El desarrollo de esta investigación implica necesariamente el trabajo de campo, a través de estudios etnoarqueológicos, cuya importancia fundamental es el registro actual de la conducta humana en una sociedad, a través de las actividades productivas que han prevalecido y están desapareciendo. Por otra parte estos estudios permitirán inferir los patrones de asentamiento derivados de una actividad especializada, así como establecer analogías a través de las pautas de la conducta humana que puedan corroborarse con los datos obtenidos del registro arqueológico. Analogías relevantes para la reconstrucción de los elementos específicos de tiempo, espacio y ambiente del pasado.

Para el caso de la investigación etnoarqueológica existen dos posturas contratantes respecto al objeto de estudio a partir del cual es factible generar modelos analógicos. El primero es el histórico directo, el cual comienza de lo conocido a lo desconocido, es decir, de las actividades actuales para inferir actividades pasadas. La segunda, comparativa general, parte de los hallazgos arqueológicos y se busca en las comunidades, a través de estudios etnológicos, las actividades, materiales o arquitectura, es decir, todo lo que permita inferir actividades del pasado. Si bien, la mayoría de las culturas que estudian los arqueólogos no tienen descendientes modernos y es frecuente que se carezca de registros documentales acerca de los grupos de interés. Además, la conducta y organización de las culturas descendientes puede definir sustancialmente de sus antecedentes pretéritas... cabe mencionar las hipótesis y modelos generados a partir de la arqueología experimental, arqueología histórica y la etnoarqueología, en varias ocasiones han posibilitado corroborar o refutar inferencias derivadas de situaciones para las cuales no se cuenta con los apoyos técnicos de estas tres modalidades de arqueología citadas. (Fournier, 1995: 10-12).

Dichos trabajos los han realizado arqueólogos, etnólogos, antropólogos físicos y fundamentalmente alumnos de la facultad de química, de ciencias y de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Así, el proyecto La Ruta del Mezcal, se ha desarrollado de manera multidisciplinaria, por lo que los métodos y técnicas propuestas por los investigadores que participan se darán a conocer en el estudio resultante. En el desarrollo del proyecto se pretende corroborar los planteamientos (problemas e hipótesis), sin desviarnos de nuestro objetivo general que es dar cuenta de las actividades productivas principales que se desarrollaron durante el Formativo y Epiclásico en la región del sur del valle de *Tlaxcala*.

## Bibliografía

Bruman, H. (1935): *Alcohol in Ancient México*, The University of Utah Press, Utah.

Fournier, P. (1995): *Etnoarqueología cerámica otomí: maguey, pulque y alfarería entre los hñähñü del valle del mezquital*, Tesis de Doctorado en Antropología, UNAM, México.

Gracia, C. A. (1974): «Una secuencia cultural para Tlaxcala», *Revista de comunicaciones*, 10.

Granados, S. O. (1999): *Los Agaves de México*, Universidad Autónoma de Chapingo, México.

Quiroz, M. J. (s/f): *Todo lo que quería saber del Mezcal y temía preguntar*, Universidad José Vasoncelos, Oaxaca.

Torrentera, U. (2000): *Mezcalaría, cultura del mezcal*, Serie Mezcolatría, Farolito ediciones, Oaxaca.

Serra, P. M. C. (1997): *Informe técnico final de recorrido de superficie Xochitécatl, entregado al Consejo de Arqueología, INAH*, inédito.

Serra, P. M. C. y Lazcano, J. C. (1998): *Proyecto El Hombre y sus Recursos en el Sur del Valle de Tlaxcala en el Formativo y Epiclásico. Entregado al consejo de Arqueología, INAH*, inédito.

Serra, P. M. C. (ed.) (1998): *Xochitécatl*, Gobierno del Estado de Tlaxcala, Tlaxcala.

Serra, P. M. C. y Lazcano, J. C. (1999): *Informe técnico final de excavación del Proyecto El Hombre y sus Recursos en el Sur del Valle de Tlaxcala en el Formativo y Epiclásico, entregado al Consejo de Arqueología, INAH*, inédito.

Serra, P. M. C., J. Carlos Lazcano, J. C. y Hernández, J. S. (2001): «¿Hornos del Formativo para la producción del Mezcal?», *Revista de Arqueología*, 24.

# IV. LOS DEBATES

# Etnoarqueología de la etnoarqueología: una reunión

JOANA BOIX I CALBET
Dept. de Prehistòria (Unidad Asociada al CSIC).
Universitat Autònoma de Barcelona.

IVAN BRIZ I GODINO
Dept. de Prehistòria (Unidad Asociada al CSIC).
Universitat Autònoma de Barcelona.
Dept. d'Arqueologia i Antropologia-IMF.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Ya en las páginas de presentación de este libro se apuntaba, desde nuestra perspectiva, el *statu quo* actual de la Etnoarqueología: ausencia de una definición, si no unitaria[1], sí mínimamente vertebrada y compartida para esta disciplina y su práctica. Y esto, pese a lo relativamente «antiguo» de su existencia (*Living Archaeology*, etc... [veamos el trabajo de *Vila et alii* en este mismo volumen]) y, ante todo, pese a su exitoso desarrollo producto de la expansión del procesualismo surgido del ámbito de la «*New Archaeology*» en la pasada década de los ochenta[2] (sin olvidar un merecido recordatorio al papel jugado por la obra de Watson, Le Blanc y Redman), en donde la nueva definición de la arqueología como antropología capacitaba para restaurar con una capa de cientifismo las viejas fuentes etnológicas que, tradicionalmente, la arqueología prehistórica, había empleado para hacer avanzar sus interpretaciones.

Señalemos que esta aparente contradicción quizás no es tal: esta validación/confirmación de un cierto tipo de etnoarqueología, no tan lejana de los paralelos identificadores clásicos que acabamos de mencionar, puede ser interpretada como una de las causas de esta «confusión» actual. En justicia con los inmensos esfuerzos que significaron los desarrollos de las arqueologías de los años setenta y ochenta, tenemos que reconocer que otra posible (y no menos importante) causa de la actual confusión, fue la ausencia de un análisis (¡y divulgación!) en profundidad, vertebrado y dedicado a cubrir todas las líneas de trabajo, de aquellas líneas de investigación que, como decíamos más arriba, intentaban el análisis de las formaciones sociales humanas desde diferentes ámbitos de registro (arqueología, etnología, etnografía,...), e intentando dejar atrás la analogía como instrumento clave del procedimiento lógico a emplear.

Independientemente de si las causas de esta confusión son más que estas dos aquí apuntadas, los días 1, 2 y 3 de setiembre de 2004 se desarrolló el «Simposio

[1] Sin menoscabo de la elemental y esencial diversidad de posicionamientos.
[2] Nos estamos refiriendo al ámbito de la arqueología en el Estado Español.

Internacional Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la Analogía»[3], con la intención de generar un espacio de debate e intercambio de ideas para todas aquellas personas que mantienen practicar la etnoarqueología (independientemente de a qué práctica se estén refiriendo, como ya hemos visto) y desean trabajar en su desarrollo. Para aquellas lectoras y lectores que ya han revisado los trabajos que constituyen esta obra, esta diversidad/confusión que estamos apuntando es una realidad manifiesta y reflejada en las orientaciones, objetivos y desarrollos de las investigaciones presentadas.

Si el objetivo de la organización del Simposio era iniciar un debate (que será largo y diverso) sobre la esencia, práctica y «utilidad arqueológica» de la etnoarqueología, las discusiones (palabra entendida en estas páginas como sinónimo de debate) concretas surgidas en cada una de las tres jornadas del simposio (tras la exposición de los diferentes trabajos, investigaciones y propuestas) no podían quedar relegadas al olvido y no colaborar en este re-pensar la praxis etnoarqueológica.

La intención de estas páginas es presentar un resumen, lo más fidedigno posible, de las diversas orientaciones y posicionamientos que se expusieron en aquellas jornadas durante las discusiones. Resumen realizado a partir de las grabaciones audiovisuales (con autorización de las personas participantes) de los diferentes debates. Sin embargo, este libro no es las actas de un congreso, ni estas páginas pretenden ser las actas de aquellos debates: sólo hemos intentado recuperar de la forma más adecuada posible aquellas palabras que a veces no tienen reflejo directo en los escritos presentados pero que son parte importante, también, de las jornadas.

Añadir que una lectura aislada de estas páginas no puede ofrecer en toda su profundidad la riqueza de las discusiones que allí se desarrollaron. Rogamos a todas las personas a quienes puedan interesar estos debates que previamente lean los trabajos expuestos en cada una de las jornadas, consiguiendo, así, un contexto imprescindible para comprender los diferentes posicionamientos y comentarios.

En el momento de presentación del simposio, una de las organizadoras, Assumpció Vila, indicó como objetivo del mismo: «(...) poder llegar a un acuerdo de a qué llamamos etnoarqueología, o si realmente hay un objeto de trabajo o técnicas de trabajo especiales para eso que llamamos etnoarqueología (...)». Revisemos cómo se desarrollaron los debates para conseguirlo.

## Conceptos y definiciones de Etnoarqueología (Moderado por Manuel Gándara y Assumpció Vila)

Ya desde el primer momento, se evidenció la importancia de una definición esencial de nuestra práctica científica. Incluso en tanto que arqueología, además del aspecto más concreto del ámbito etnoarqueológico. J. A. Barceló, hacia referencia a una cuestión esencial en la totalidad del simposio: «¿Cuál es el objeto de estudio de la etnoarqueología?» Y, con esta pregunta, se refería a una cuestión más concreta como es la «cultura material», siendo para él sinónima del concepto tec-

[3] Coorganizado por el *Departament d'Arqueologia i Antropologia de la Institució Milà i Fontanals* del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y el *Departament de Prehistòria* (Unidad Asociada al CSIC) de la *Universitat Autònoma de Barcelona*. Para conocer en detalle el génesis de este evento, os remitimos a las páginas de presentación de este volumen.

nología, y definida esta última como el conjunto de acciones del ser humano sobre la materia.

¿Solo nos preocupamos de la «cultura material»? Las diferentes intervenciones que respondían a la cuestión afirmaban que la cultura material es una de las partes más importantes de la etnoarqueología; no hay que olvidar, como apuntó A. González-Ruibal, que la nuestra es una disciplina «de la cultura material, entendida como una parte de la conducta humana»; junto con J. Torres («Como arqueólogos necesitamos los objetos materiales, los objetos y sus contextos») y A. Hernando («relaciones en las que está implicada la cultura material»). Es decir, puede resultar interesante en tanto que en la primera está implicada la segunda y, consecuentemente, las relaciones sociales que son, realmente, nuestro objeto de estudio. En relación al concepto de lo *tecnológico* fue J. Onrubia-Pintado quien señaló la necesidad de replantearlo, puesto que «la tecnología desborda lo social, desborda lo puramente técnico», porque «somos víctimas de estos fetiches intelectuales que son los propios términos».

El desarrollo (y acuerdo) de este debate llevó a la cuestión de los límites que tiene/se ha autoimpuesto la arqueología como ciencia, y que han estado presentes desde el siglo XIX, fijando la frontera de posibilidades de nuestras explicaciones. Un límite superable, como apuntaban A. Vila y A. Hernando, pero el problema venía por la *forma* de superarlo. La etnoarqueología puede ser la herramienta de superación de esos límites, pero ¿todos concebimos la etnoarqueología de la misma manera? Tanto en las comunicaciones, como en el mismo debate se pudieron observar muy distintos planteamientos. En la sala la discusión se concentró en la concepción subjetiva que cada persona posee de la realidad; cuestión que expuso A. Hernando «(...) asumiendo que respecto al pasado trabajamos con seres humanos, que tuvieron una relación con la realidad que era distinta de la nuestra; dejar de proyectar al pasado sin darnos cuenta hasta qué punto hacemos proyecciones del presente; no estamos teniendo en cuenta una apreciación subjetiva de la realidad.». Si no tenemos nuestra propia apreciación de la realidad ¿qué es lo que vamos a estudiar? J. Estévez respondió a esta cuestión: «Necesitamos unos referentes propios. Necesito mis propios conceptos para entender al otro; no renuncio a entender al otro desde mi propia perspectiva.» Coincidimos en asumir que la arqueología se realiza desde el presente, pertenece a lo actual. Somos nosotras y nosotros quienes la realizamos, no las otras gentes. Coherentemente con esta línea, J. Onrubia-Pintado realizó una justa observación: «¿Cuál es nuestra realidad? ¿Cómo la introducimos?». Asumida, finalmente, la existencia de esa subjetividad, no por ello se abandonó la conciencia de las posibilidades reales de nuestras investigaciones; en palabras de A. Hernando: «hay correlaciones objetivables».

En relación a lo anterior versa la pregunta sobre qué es el «registro arqueológico» que realizó A. Vila en este primer día de debate, y que volvió a surgir en la jornada dedicada a la arqueología etnohistórica.

Es interesante destacar que otro punto tratado fue la desaparición de ciertas sociedades objeto de nuestros estudios etnológicos, etnográficos o etnoarqueológicos. Esta desaparición (en tanto que sociedades cuyas características las hacen relevantes o interesantes para nuestros estudios) era observada con cierta preocupación por algunas de las personas participantes. Incluso la palabra *angustia* fue empleada en algún momento en el auditorio. Algunas comunicaciones apelaban a un estudio urgente de estas sociedades, tanto las «exótica*s*» como «nuestras socie-

dades tradicionales occidentales», hecho que fue denominado por J. Estévez, irónicamente, como «etnología de urgencia». En relación a esta discusión sobre la desaparición de estas sociedades la puntualización realizada por Ph. J. Arnold III, con el acuerdo de A. Rodríguez, mostró una nueva dimensión «estamos perdiendo la posibilidad de estudiar los cambios (...), la arqueología estudia todo esto, como en ámbar». No se trata, única y exclusivamente, de estudiarlas porque están desapareciendo, hecho que es trágico desde una perspectiva «sentimental», sino porque, al contrario que muchas concepciones, desde la arqueología o la etnoarqueología, no son sociedades estáticas. Son, como todas las sociedades humanas, agentes y productos históricos: dotadas de historia. Uno de los problemas que ha tenido siempre los planteamientos tradicionales de la arqueología es la incapacidad de ver el cambio, los cambios; de apreciar las diversas dinámicas que han sido en/por los grupos humanos. Estudiamos sociedades que cambian; que han cambiado; que han abandonado (voluntariamente o no) un sistema para adoptar otro. Independientemente de su éxito o fracaso. J. Estévez apuntó a tener en cuenta la experiencia de los fracasos en el cambio: aquellas sociedades que no consiguen continuar existiendo. Nos interesa analizar la dinámica del cambio en tanto que producto y causa de las sociedades humanas.

M. Gándara indicaba*:* «El límite es nuestra creatividad». Esta puede ser una de las claves para hacer avanzar la arqueología (y la etnoarqueología), pese a que esta misma creatividad lleve implícito el riesgo de una divergencia que no nos permita entendernos. Aún así, las palabras finales del día, de A. Vila, fueron indicativas de las discusiones de la jornada: «¿Creemos posible superar el tope actual de la arqueología?».

## Etnoarqueología aplicada (Moderado por Jordi Estévez)

Es en el Cómo y no en el Qué cuando se expresan más claramente las ideas y planteamientos. Coherentemente, fue en esta segunda jornada, en las aplicaciones concretas de los diferentes planteamientos de la etnoarqueología donde surgieron las más intensas y vivas discusiones sobre la esencia misma de la etnoarqueología y, en última instancia, de la arqueología. Buena parte de este debate se centró en la intervención del grupo DEVARA «Análisis etnoarqueológico del valor social del producto en sociedades cazadoras recolectoras».

J. C. Lazcano inició el debate lanzando una necesaria pregunta a esta propuesta: «¿Cuales son los mecanismos por los cuales los hombres no participan tanto en el trabajo?» La respuesta a esta cuestión fue dada por A. Vila: «El cómo histórico es difícil de verlo (...). Pero la división sexual del trabajo y la consiguiente desvalorización del trabajo de las mujeres no es algo irreal ni se corresponde con el tiempo de trabajo invertido, y el beneficio de ese súper-trabajo, en cuanto a cantidad de tiempo invertido, redunda en beneficio de los hombres (...). Podríamos a través de la etnología observar el fenómeno y sus morfologías».

A. Hernando desde un posicionamiento estructuralista y, por tanto, de planteamientos opuestos (como ella misma definió), fue la persona, entre otras muchas, que más enfáticamente expresó sus dudas respecto a esta propuesta; aunque sí manifestó estar de acuerdo en asumir que esta desigualdad (mujer-hombre) no es natural. En relación al resto de la comunicación del grupo DEVARA apuntó diferen-

tes aspectos que ella no consideraba correctamente vertebrados, o mejor dicho, que no compartía. Por ejemplo, la afirmación de la existencia de desigualdad en las sociedades cazadoras-recolectoras podía o daba argumentos para poder afirmar que la desigualdad entre hombres y mujeres es natural. A. Vila, por su parte, respondió que en ningún momento la ponencia había afirmado tal cosa; sí en cambio se apelaba a la necesidad de encontrar un método arqueológico que nos indique si existió o no tal desigualdad en sociedades cazadoras-recolectoras prehistóricas. Con esto se volvió a uno de los temas del día anterior. A. Hernando afirmó enfáticamente que «el método no te da eso», poniendo sobre la arena, nuevamente, la cuestión del límite explicativo de la arqueología. Del mismo trabajo A. Hernando destacó dos elementos expresados en un único enunciado: *el constante desequilibrio,* y *la unidad de producción-reproducción se convertirá en la contradicción antagónica principal*, que ella no veía en las sociedades cazadoras-recolectoras. En respuesta a esta observación A. Vila, habló de los dos aspectos universalmente aceptados sobre las sociedades cazadoras-recolectoras desde la visión etnográfica: la división sexual del trabajo y la discriminación social de las mujeres; es esta discriminación de la mujer la que no se entiende, dado el papel que las mujeres tienen en la producción: porque las mujeres sí producen. Así, esa «Contradicción principal» existente es respondida también desde el control de la reproducción biológica. Esa desigualdad, en palabras de J. Estévez, puede ser un mecanismo para «equilibrar el desequilibrio», que se estabilizará de formas distintas dependiendo del momento histórico y constituyendo diferentes momentos históricos. Pero para alcanzar a «ver» todo esto es necesario «(...) construir un aparato de medida que nos diga cual es el grado de diferenciación.» (J. A. Barceló): «(…), plataformas experimentales, herramientas de control.», porque en estos momentos «(...) no existe el registro arqueológico de la división sexual del trabajo.»

En este punto intervino J. Nadal: «imponemos nuestros valores y los proyectamos a otras sociedades, así no entenderemos el quehacer de otras sociedades», recuperando la discusión sobre el presentismo: nuestra subjetividad. Lo cierto es que, pretendiendo no ser subjetivos, sin nuestros valores y nuestras ideas sólo podemos limtarnosa hacer meras descripciones unicamente comprensibles por nosotros y nosotras mismas. La respuesta de Ph. J. Arnold III fue muy clara al responder a esta intervención: «El registro arqueológico es algo de hoy. No importan los valores de la gente del pasado. Lo importante es qué pensamos de nuestras ideas del pasado.»

Una segunda intervención de J. Nadal amplió hasta sus últimas consecuencias el debate: «la disciplina histórica tiene muy poco de ciencia». Generándose dos colectivos: a favor y en contra. La razón de la concepción contraria a la cientificidad se basa en el componente cognitivo de la investigación socio-histórica, un componente cognitivo que, es aceptado por el segundo grupo, pero no es considerado un elemento invalidador de la naturaleza científica de nuestra investigación. J. A. Barceló aclaró: «(...) el método científico es uno, hemos de obtener los resultados de la misma manera» o, de otra manera, no podremos acumularlos.

Relacionado con la esencia científica de la arqueología (o etnoarqueología) Ph. J. Arnold III incorporó en este punto al debate el **falibilismo**. Nadie contradijo esta intervención en la cual todo el mundo reconoció estar de acuerdo: si pretendemos utilizar el método científico es necesario aceptar que ciertas hipótesis pueden y deben ser falseables, sólo así avanzaremos en nuestros conocimientos.

## Arqueología etnohistórica (Moderado por Iain Davidson). Y Conclusiones generales (Moderado por I. Davidson, Manuel Gándara, Oleg Kuznetsov, Estela Mansur y Assumpció Vila)

El tema que centró el último debate fue el concepto de *etnia*, elemento también básico de la etnoarqueología, pero en el que las reflexiones de la investigación arqueológica no han incidido especialmente. Ya M. Gándara indicó «(...) son conceptos que escapan de nuestro control». Como se pudo comprobar es un concepto que lleva implícito gran número de problemas. No se llegó a proponer una definición a *etnia*, aunque sí se encontraron ciertos puntos de consenso: en primer lugar, aceptar que es «un constructo social moderno» (I. Davidson); en segundo lugar, que la pertenencia a una determinada *etnia* se establecía «en función del observador (...) construido en un momento particular» (E. Mansur), y que se trata de un concepto aplicado «*from outside and from inside*» (Ph. J. Arnold III).

Pudimos constatar que el uso de la concepto *etnia* en arqueología plantea más preguntas que respuestas. Por ejemplo, J. Estévez llamó a la reflexión sobre si: «¿Existió el concepto *etnia* entre cazadores-recolectores?», «¿Cómo reconocemos *etnia* en un contexto arqueológico?», «¿Cuándo se genera este sentimiento de pertenencia a un grupo?» A. Hernando intentó dar respuesta a estas cuestiones: «(...) llamemos como le llamemos, hay una vinculación de la gente a una comunidad. Esta vinculación es más fuerte, hay una necesidad de expresarla, cuanto menor es el grado de complejidad socio-económica (...). Un cazador-recolector tiene una personalidad poco individualizada. Un cazador-recolector necesita expresar su vinculación, su pertenencia a un grupo (...). Esa pertenencia se manifiesta arqueológicamente en una serie de elementos; las identidades se visualizan en el cuerpo (adornos corporales)». Éste podría ser un método para el reconocimiento étnico en sociedades cazadoras-recolectoras; pero I. Clemente apuntó que se partía de demasiadas asunciones y que esa visualización del cuerpo nos puede llevar a errores: esos ítems no tienen porqué indicar que se trata de un único grupo ni nos informan de cómo funciona esa sociedad. Y empleó un ejemplo actual sobre cómo sería el caso de una excavación en un acuartelamiento militar: nos daría un resultado completamente erróneo sobre el funcionamiento de nuestra sociedad.

Otra opinión sobre el uso de el concepto *etnia* fue un poco más allá; no propuso redefinir el concepto, sino que J. A. Barceló propuso, directamente, prescindir del término, pues la utilización de éste derivaba de la «(...) incapacidad de describir la variabilidad social.», y pasar al estudio de las relaciones sociales. Él mismo relacionó el uso de *etnicidad* con la cuestión del estudio de las sociedades como realidades estáticas, tema que ya había surgido en debates anteriores. I. Davidson puntualizó: «(...) la mayor parte del tiempo que hacemos etnoarqueología lo que nos interesa es que ellos saben hacer algo que nosotros desconocemos; saben cosas que nosotros no sabemos.» En consecuencia, ¿qué aporta el concepto etnia?¿Es necesario su uso?

En este punto X. Terradas intervino realizando lo que sería un posible resumen de estos tres días de debates. Y quizás la explicación a lo que pretendía la organización del simposio: «La diferencia más grande entre nosotros, o entre las distintas concepciones que pueden utilizarse en etnoarqueología, podría estar más en relación a la metodología. Nosotros hicimos un subtítulo con trampa, esta propuesta

iba en que nosotros proponíamos la investigación etnoarqueológica como *método* para desarrollar una metodología arqueológica que no tuviera que recurrir a la analogía. Hemos aplicado todos analogías pero sin discutir el alcance de las mismas».

## ¿Conclusiones?

Es difícil tratar de sacar unas conclusiones generales a estos tres días de debate, como también ha sido difícil intentar recoger de forma interesante y fidedigna todo lo que allí se propuso o argumentó.

Quizás los diferentes usos de la etnoarqueología que M. Gándara creyó reconocer a lo largo de las exposiciones y debates a modo de conclusión:

- Uso como conocimiento empírico, como información que nos hace falta.
- Uso metodológico técnico. A través de la información vemos cómo afinamos nuestro análisis.
- Uso ontológico, para construcción de la teoría misma.

Él mismo destaca, que sería este último uso la novedad presentada en Barcelona. De todas estas formas de entender la etnoarqueología, la del equipo organizador del simposio ha sido la más controvertida, y sus comunicaciones las más «discutidas» por tratarse de esta novedad.

En relación a la pregunta con la cual empezaron estos debates: ¿*A qué llamamos etnoarqueología*?, quizás serían necesarios varios encuentros más como éste para darle una respuesta. Ya hemos visto como incluso a niveles de mayor envergadura (¿Es la arqueología una ciencia?¿debería serlo?¿cómo?), la respuesta no es común.

Lo que sí pareció ser asumido por todas las personas participantes es la necesidad de replantearse las cosas, tanto los conceptos y categorías que utilizamos como las metodologías que empleamos. Porque no nos podemos reducir, única y exclusivamente, a una etnoarqueología descriptiva. Y en relación al subtítulo con trampa, lo cierto es que continúan siendo predominantes las analogías específicas. O, como se dijo en uno de los debates: «¿Vamos a seguir usando la palabra etnoarqueología de muchas maneras, para muchas realidades?» (A. Vila).

## Bibliografía

Watson P. J., Le Blanc, S. y Redman L. (1974): *El Método Científico en Arqueología*, Madrid: Alianza Universidad.

# PARTICIPANTES EN ESTE VOLUMEN

**Adán Liras, Mercedes**
Dept. de Prehistòria
Universitat Autònoma de Barcelona
E-mail: *merce.adan@campus.uab.es*

**Amarir, Abdesselam**
E-mail: *abamarir@yahoo.fr*

**Arnold III, Philip J.**
Dept. of Anthropology
Loyola University Chicago
USA
E-mail: *parnold@luc.edu*

**Bokbot, Youssef**
E-mail: bokbotyoussef@yahoo.fr

**Campo, Paula**
E-mail: *p.campo@gmail.com*

**Davidson, Iain**
School of Human and Environmental Studies
University of New England
AUSTRALIA
E-mail: *iain.davidson@une.edu.au*

**Delaigue, Marie-Christine**
UMR 5648 CNRS
Université du Lyon

FRANCE
E-mail: *arcadia3000@navegalia.com*

**Demars, Pierre-Yves**
Institut de Prèhistoire et Géologie du Quaernaire
Université de Bourdeaux
FRANCE
E-mail: *py.demars@ipgq.u-bordeaux1.fr*

**Grupo DEVARA**
Dept. d'Arqueologia i Antropologia
Institució Milà i Fontanals-Consejo Superior de Investigaciones Científicas (IMF-CSIC) y Dept. de Prehistòria, Universitat Autònoma de Barcelona

**Briz i Godino, Ivan**
E-mail: ibriz@bicat.csic.es

**Clemente Conte, Ignacio**
E-mail: *ignacio@bicat.csic.es*

**Terradas Batlle, Xavier**
E-mail: *terradas@bicat.csic.es*

**Tosselli, Andrea**
E-mail: *atosselli@bicat.csic.es*

**Vila i Mitjà, Assumpció**
E-mail: *avila@bicat.csic.es*

**Zurro Hernández, Débora**
E-mail: *debora@bicat.csic.es*

**Afrifa, Jalima**
E-mail: *jafrifa@campus.uab.es*

**Barceló, Joan Anton**
E-mail: *juanantonio.barcelo@uab.es*

**Estévez, Jordi**
E-mail: *jordi.estevez@uab.es*

**Gómez Romero, Facundo**
E-mail: *fgomezromero@hotmail.com*

**Mameli, Laura**
E-mail: *laura.mameli@uab.es*

**Maximiano, Alfredo**
E-mail: *alfredo.maximiano@campus.uab.es*

**Moreno, Federica**
E-mail: *federika@adinet.com.uy*

**Pijoan, Jordi**
E-mail: jordipl131770@yahoo.es

**Piqué, Raquel**
E-mail: raquel.pique@uab.es

**Verdún, Ester**
E-mail: ester.verdun@campus.uab.es

**Gándara, Manuel**
Maestría en Arqueología, Dirección de Posgrado
Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH)
MÉXICO
E-mail: *gandarav@prodigy.net.mx*

**García Rosselló, Jaume**
Arqueobalear
Universitat de les Illes Balears
E-mail: *jaumegaro@ono.com*

**González Marrero, María del Cristo**
Grupo *Tarha*. Depto. de Ciencias Históricas
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
E-mail: *mmarrero@dch.ulpgc.es*

**González-Ruibal, Alfredo**
Universidad Complutense. Madrid
E-mail: a_ruibal@yahoo.co.uk

**Hardy, Karen**
E-mail: mikar@clara.net

**Hernando Gonzalo, Almudena**
Dpto. Prehistoria
Universidad Complutense. Madrid
E-mail: *hernando@ghis.ucm.es*

**Jiménez Medina, Antonio Manuel**
Concejalía de Patrimonio Histórico
Exmo. Ayuntamiento de Arucas (Gran Canaria)
E-mail: *patrimoniohistorico@arucas.org*

**Kuznetsov, Oleg**
Dept. of Cultural and Social Anthropology
State University of Chita
RUSSIAN FEDERATION
E-mail: *oleg_kuznetsov@mail.ru*

**Lagunas Arias, David**
Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo
MÉXICO
E-mail: *davlagunas@hotmail.com*

**Lazcano Arce, Jesús Carlos**
Instituto de Investigaciones Antropológicas
Universidad Nacional Autónoma de México
MÉXICO

**López Mazz, José María**
Universidad de la República
URUGUAY
E-mail: *lopezmazz@yahoo.com.ar*

**Mangas Viñuela, José**
Depto. Física
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
E-mail: *jmangas@dfis.ulpgc.es*

**Mansur, María Estela**
Programa de Antropología
Centro Austral de Investigaciones Científicas (CADIC-CONICET)
ARGENTINA
E-mail: *memansur@tierradelfuego.org.ar*

**Moragas Segura, Natalia**
Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo
MÉXICO
E-mail: *nataliamoragas@hotmail.com*

**Onrubia Pintado, Jorge**
Universidad de Castilla-La Mancha
E-mail: *Jorge.Onrubia@uclm.es*

**Pétrequin, Pierre**
Laboratoire de Chrono-écologie
UMR 6565, CNRS et Université de Franche-Comté
FRANCE

**Pétrequin, Anne-Marie**
Laboratoire de Chrono-écologie
UMR 6565, CNRS et Université de Franche-Comté
FRANCE

**Rodríguez Rodríguez, Amelia del Carmen**
Grupo *Tarha*. Dpto. de Ciencias Históricas
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
E-mail: *arodriguez@dch.ulpgc.es*

**Sagardoy Fidalgo, Teresa**
Fundación Ramón Areces, Dpto. Prehistoria
Universidad Complutense. Madrid
Instituto de Estudios Prerromanos y de la Antigüedad. Cantabria
E-mail: *tsagardoy@yahoo.es*

**Serra Puche, Mari Carmen**
Instituto de Investigaciones Antropológicas
Universidad Nacional Autónoma de México
MÉXICO

**Torres Martínez, Jesús (Kechu)**
Dpto. Prehistoria
Universidad Complutense. Madrid
Instituto de Estudios Prerromanos y de la Antigüedad. Cantabria
E-mail: *ketxutorres@yahoo.com*

**Vidal, Aixa**
E-mail: *aixa_vidal@yahoo.com.ar*

**Zamora Maldonado, Juan Manuel**
C/El Pilar nº 5, 2C, 35414, Bañaderos, Arucas
E-mail: *zamoramaldonado@terra.es*



# ÍNDICE

**Ivan Briz y Assumpció Vila**
Etnoarqueología de la Prehistoria. ¿Más allá de la analogía? Presentación ..... 7

## I. Conceptos y definiciones de etnoarqueología ..... 11

**Manuel Gándara**
La inferencia por analogía: más allá de la analogía etnográfica ..... 13

**Almudena Hernando**
Etnoarqueología y globalización. Propuesta para una etnoarqueología estructuralista ..... 25

**Philip J. Arnold III**
La etnoarqueología como medición ..... 33

**Alfredo González Ruibal**
El giro poscolonial: hacia una etnoarqueología crítica ..... 41

**Assumpció Vila**
Propuesta de evaluación de la metodología arqueológica ..... 61

**José María Lopez Mazz**
Posibilidades y límites para una etnoarqueología de la cerámica *matis* ..... 77

**Jesús (Kechu) Torres y Teresa Sagardoy**
La Etnoarqueología en el norte de la Península Ibérica y el estudio de las sociedades protohistóricas ..... 95

**Amelia del Carmen Rodríguez y María del Cristo González**
«Etno» historias y arqueologías de la periferia. El caso de la reconstrucción del pasado preeuropeo del Archipiélago Canario ..... 109

**II. Etnoarqueología aplicada** ..... 121

**Pierre Pétrequin y Anne-Marie Pétrequin**
Ethnoarchéologie appliquée: le point de vue de deux chercheurs pressés ..... 123

**Karen Hardy**
Lítico tallado y cultura material de los *Wola*, Papúa-Nueva Guinea ..... 141

**Marie-Christine Delaigue, Jorge Onrubia Pintado, Abdesselam Amarir y Youssef Bokbot**
Etnoarqueología de los graneros fortificados magrebíes: el *agadir* de *Id Aysa* (*Amtudi*, Marruecos) ..... 161

**Oleg Kuznetsov**
Ethnoarchaeology in Siberia: an implication to late Palaeolithic settlements analysis ..... 173

**Juan Antonio Barceló, Ivan Briz, Ignacio Clemente, Jordi Estévez, Laura Mameli, Alfredo Maximiano, Federica Moreno, Jordi Pijoan, Raquel Piqué, Xavier Terradas, Andrea Toselli, Ester Verdún, Assumpció Vila y Débora Zurro**
Análisis etnoarqueológico del valor social del producto en sociedades cazadoras-recolectoras .. 189

**Amelia del Carmen Rodríguez, Antonio Manuel Jiménez Medina, Juan Manuel Zamora Maldonado y José Mangas Viñuela**
El empleo de cantos rodados en la elaboración de la loza tradicional de la isla de Gran Canaria, implicaciones etnoarqueológicas ..... 209

**Pierre-Yves Demars**
Le Paléolithique supérieur ou l'Âge du Renne dans le Nord de l'Aquitaine (France). Les modèles ethnographiques – les faits archéologiques ..... 227

**Jordi Estévez y Assumpció Vila i Mitjà**
Colecciones de museos etnográficos en arqueología ..... 241

**III. Arqueología etnohistórica** ..... 255

**Iain Davidson**
Arqueología etnohistórica ..... 257

**Paula Campo y Aixa Vidal**
La imagen como colección etnográfica en la realidad iberoamericana ..... 273

**Jesús (Kechu) Torres Martínez**
La Etnohistoria aplicada al estudio de las sociedades de la Edad del Hierro Final del norte de la Península Ibérica ..... 285

**Jaume García Rosselló**
La producción cerámica en los valles centrales de Chile: estrategias productivas ..... 297

**María Estela Mansur**
Los unos y los otros. El uso de fuentes etnográficas y etnohistóricas en la interpretación arqueológica ..... 315

**Assumpció Vila, Andrea Toselli, Ivan Briz y Débora Zurro**
Trasvase acrítico de categorías etnográficas a la práctica arqueológica ..... 337

**David Lagunas Arias y Natalia Moragas Segura**
Explorando el Inframundo: reflexiones entorno al culto a las piedras en la Cuenca Norte de México ..... 349

**Facundo Gómez**
Raederas entre los fusiles: evidencias de material lítico en los fortines pampeanos del siglo XIX .. 361

**Jesús Carlos Lazcano Arce, Mari Carmen Serra Puche y Mercedes Adán Liras**
Proyecto Etnoarqueológico: la Ruta del Mezcal ..... 371

**IV. Los debates** ..... 383

**Joana Boix i Calbet y Ivan Briz i Godino**
Etnoarqueología de la etnoarqueología: una reunión ..... 385

**Participantes en este volumen** ..... 393

**Índice** ..... 401




ISBN 84-00-08456-X

